

RAFAEL AVENDAÑO - JUAN GALLARDO

LAS FLORES DE OTRO MUNDO

Click
EDICIONES

Índice

PRIMERA PARTE DEL LIBRO 2.0. EL ORIGEN DEL MAL

Preludio

Dos semanas antes. Max N. N.

Carla. Dos semanas antes de ser
ingresada en un hospital
psiquiátrico

Alicia

Eva Luna

Max N. N.

Carla

Eva Luna

Max N. N.

Carla

Eva Luna

Alicia

Max N. N.

Eva Luna

Alicia

Carla

Archivo del CNI. Informe de
inteligencia N.º 000124030314HS.

Grado: secreto (son equivalentes
Cosmic Top Secret y EU Top Secret)

Un hombre se suicida

Carla

Eva Luna

Alicia

Carla

Eva Luna

Carla

Eva Luna

Alicia

Carla

Eva Luna

Alicia

Max N. N.

Carla

Alicia

Max N. N.

Carla

Las flores de otro mundo

Alicia

Carla

Eva Luna
Max N. N.
Carla
Eva Luna
Alicia
Eva Luna
Carla

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO 2.0. LA CONFRONTACIÓN DEL MAL

Carla
Max N. N.
Archivo del CNI. Informe de
inteligencia N.º 000124030314HS.
Grado: secreto (son equivalentes
Cosmic top secret y EU Top secret)
Max N. N.

Alicia

Max N. N.

Alicia

Max N. N.

Archivo del CNI. Informe de inteligencia N.º 0001370120314HS.

Grado: secreto (son equivalentes Cosmic Top Secret y EU Top Secret)

Alicia

TERCERA PARTE DEL LIBRO 2.0.

LA MUERTE BAILA CON LA VIDA

1. Alexandra Ivanova. Kiev, Ucrania, 1996

2. Nikolái Sokolov. Kiev, 1996. Diez años después del accidente nuclear de Chernóbil

3. Eduard Sokolov. Kiev, 1986. Dos meses antes del accidente de Chernóbil
4. Nikolái. Kiev, 1996. Diez años después del accidente
5. Nikolái. Kiev, 1996
6. Iván
7. Eduard Sokolov. 1986, pocas horas antes del accidente
8. Nikolái
9. Nikolái
10. Nikolái
11. Eduard Sokolov. Kiev, 1986. Horas después del accidente
12. Alexandra Ivanova
13. Nikolái

14. Eduard Sokolov. Horas después del accidente

15. Nikolái

16. Nikolái. Pripyat, 1996

17. Nikolái

Biografía

Créditos

Click

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita
Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar
de la lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas
publicaciones

Clubs de lectura con los
autores

Concursos, sorteos y
promociones

Participa en

presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en
la ficha del libro
y en nuestras redes
sociales:



Explora

Descubre

Comparte

**PRIMERA PARTE del
libro 2.0
EL ORIGEN DEL MAL**

PRELUDIO

La enfermera se aproximó a Carla con la aguja hipodérmica. Le ordenó que se arremangase para inyectarle el tranquilizante en el brazo.

—No necesito ninguna inyección —suplicó Carla con los brazos en posición de oración y los dedos de las manos fuertemente

entrelazados—. No estoy loca. Lo que les estoy diciendo es verdad.

—Es por tu bien, querida —dijo la enfermera, impasible.

—¡No! —chilló—. ¡No quiero que me droguen!

—Cariño, tengo que ponerte esta inyección, así que tú verás, por las buenas o por las malas.

Carla forcejeó con la enfermera, queriendo alejarse de sus manos pequeñas y blancas, extrañamente autoritarias, que portaban la jeringuilla. En la habitación había otros dos enfermeros, altos y fornidos; tenían más aspecto de matones de

discoteca que de sanitarios. En realidad, más que una habitación de hospital aquello parecía la celda de una cárcel. La ventana era estrecha y alargada y tenía gruesos barrotes. Las paredes estaban acolchadas. La puerta era metálica con una estrecha ranura para poder observarla desde fuera. Al ingresar le habían quitado la ropa y la habían dejado solo con una bata de hospital que se anudaba por la espalda.

La habían internado en un psiquiátrico.

Pocos días antes, un psiquiatra de guardia la había evaluado y dictaminado su demencia. Carla

insistía en hacerles creer, repitiendo las mismas palabras con un ritmo machacón y estridente, que ella era la culpable de la terrible masacre que acababa de tener lugar en Madrid: un atentado con decenas de muertos y cientos de heridos. El psiquiatra de guardia, sin embargo, no daba crédito alguno a sus palabras. Se limitó a reflejar en el parte de ingreso hospitalario que Carla sufría un ataque de ansiedad y una crisis psicótica con síntomas paranoicos: delirios, atribución de sucesos que no tenían nada que ver con ella, creencia en cosas no reales...

Carla insistía: los muertos, la violencia desatada en las calles, todo lo que estaba apareciendo en las noticias en las últimas horas era por su culpa. Nadie estaba dispuesto a creerla. ¡Actuaban como si nada de aquello estuviese ocurriendo de verdad!

Carla se revolvió para evitar que le clavasen la aguja. La enfermera hizo una seña a los dos auxiliares, que se abalanzaron sobre ella agarrándola por los brazos con manos fuertes como tenazas. Doblegando su resistencia, le ataron las muñecas y los tobillos con correas a la cama. Carla se tensó

arqueando la espalda como una posesa. Gritó sin poder evitar que la aguja venciese la resistencia de su piel. El líquido tranquilizante corrió por sus venas. Los músculos de su cuerpo se fueron aflojando como si unas tijeras fuesen cortando, uno tras otro, hilos invisibles que tirasen de ella en todas direcciones. Un silencio denso cayó sobre la estancia.

Carla escuchó la voz varonil, vibrante y enérgica del psiquiatra de guardia, que acudió a los gritos.

—¿Qué le pasa a esta mujer?

—Está delirando —informó la enfermera al psiquiatra—. Imagina

muertos.

El doctor se inclinó sobre ella. Carla parpadeó con fuerza para zafarse de las lágrimas e intentar enfocar la cara del doctor. Parecía tratarse de un hombre no demasiado alto, de pelo blanco y ojos azules penetrantes que la observaban sin pestañear.

—La pobre piensa que es la responsable de cientos de muertos —insistió la enfermera.

—Esta mujer sufre un delirio psicótico —explicó el psiquiatra, que miraba a Carla directamente a los ojos con un extraño rictus de satisfacción—. Se refiere al atentado

en la manifestación de esta tarde. Se considera responsable de la tragedia que acaba de producirse. Es grave.

Como si acabara de enamorarse, todo el mundo desapareció para Carla excepto aquel psiquiatra y sus ojos azules. Carla supo que al psiquiatra le ocurría algo parecido.

Acababa de comprender que aquel psiquiatra no era otro que el individuo que se hacía llamar Telmo Vargas en las redes sociales, el criminal que llevaba acosándola desde hacía semanas, el perverso

asesino responsable de más de una docena de muertes.

Por fin se veían las caras, se dijo Carla con amarga satisfacción.

Carla sintió que la droga que acababan de inyectarle comenzaba a surtir efecto en forma de una extraña y placentera vibración que se desplegaba por todo el cuerpo: desde los pies le subía por la espalda hasta el cuello y la cabeza.

A pesar de encontrarse en una situación tan extrema como aquella, después de forcejear con media docena de personas en un centro psiquiátrico, Carla era incapaz de sentirse nerviosa; se sentía más

bien como una mujer que se toma un café tranquilamente en una terraza, a la orilla del mar, mientras la ola de un tsunami de treinta metros de altura se cierne sobre ella.

DOS SEMANAS ANTES.

MAX N. N.

Max, con dos bolsas de la compra, caminaba de regreso a casa bajo una mañana luminosa de lunes. Hacía más de una semana que no sabía nada de su amiga Alicia, pero las palabras de la madre de la joven, por teléfono, seguían resonando en su mente:

—Oye, no sé qué tienes tú que ver con lo que le ha pasado a mi hija, pero no quiero que la veas más. Ella es menor de edad.

—Alicia y yo somos amigos —había dicho Max.

—Mira, ¿cómo que amigos? Mi hija tiene que tener amigos de su edad, no que a su lado ronde un tío como tú.

¿«Un tío como tú»? ¿Qué clase de «tío» era él?

Max llevaba toda la semana en una especie de estado de *shock*, sopesando los últimos acontecimientos. Ni siquiera sabía si Alicia estaba de vuelta en

Almería, ni cómo se encontraba, ni cómo estaba su hermanito.

Max N. N. tenía, ciertamente, muchas otras cosas de las que preocuparse. Seguía sin saber nada de su identidad. Se había quedado sin trabajo y cada día comenzaba y acababa anegado de un extraño vacío atemporal.

A pesar de aquellas molestas circunstancias, Max solo podía pensar en lo desdichado que se sentía ante el panorama de no poder volver a charlar con su amiga Alicia.

Mientras recorría un trecho por el paseo Marítimo hasta su casa,

echó un vistazo al Mediterráneo, tan azul e inmenso, y sin saber por qué pensó en Eva Luna y en las circunstancias en las que se habían conocido. ¿Eran normales situaciones como aquellas? ¿Eran normales para el Max N. N. que se escondía al otro lado de su amnesia?

Disparos, violencia, abusos sexuales, secuestros... ¿Así era el mundo para la mayoría de los mortales?

«Un tío como tú.»

Max imaginó que, al otro lado de aquel océano, el otro Max N. N., el hombre que había sido antes de

perder la memoria, le miraba desde un paseo marítimo como aquel tratando de entender su futuro, mientras el Max de esta orilla intentaba rescatar su pasado. El otro Max N. N. se lamentaría de no poder saber lo que le esperaba. ¿Quién sería? ¿Le gustaría a ese desconocido saber que acabaría siendo un mozo de almacén de supermercado en una ciudad extraña?

Por primera vez, Max contempló la posibilidad de que su yo anterior tal vez buscase precisamente aquello: desaparecer, perderse de la vista de todos,

incluso de sí mismo, y vaya si lo había conseguido.

Sumido en sus pensamientos, Max abandonó el paseo Marítimo y cruzó la avenida del Mediterráneo, que se perdía hasta donde alcanzaba la vista y donde el fuerte viento salobre hizo aletear con frenesí su ropa y el plástico de las bolsas que llevaba consigo.

Llegó por fin a la calle donde vivía. Al llegar al portal, se encontró con una sorpresa. En la acera había aparcado un lujoso BMW negro, de cristales tintados. Max, inefablemente, supo que los

ocupantes de aquel vehículo estaban allí por él.

En cuanto Max se puso a la vista, las puertas del vehículo se abrieron a la vez, como un pájaro que despliega sus alas. Se bajaron dos hombres altos y robustos vestidos con traje negro, camisa y corbata también negras. Ambos tenían el mismo aspecto: rubios, rubicundos, ojos claros y fríos.

Los dos individuos se fueron derechos a Max.

—Sube al coche —dijo uno de ellos interponiéndose en su camino.

—¿Por qué? —preguntó Max deteniéndose.

Los dos individuos eran tan altos como él mismo. Tenían el pecho hinchado como un barril y el cuello grueso como el de un toro.

—El jefe quiere hablar contigo.

—Pues que el jefe venga aquí —respondió Max con toda tranquilidad.

Los dos matones intercambiaron una mirada, visiblemente sorprendidos ante su reacción. Max los miró de hito en hito. Lo lógico, advirtió, hubiese sido que unos individuos de aspecto tan peligroso como aquellos dos atemorizasen a cualquiera a quien se acercasen. Max pensó en las

personas que conocía (sus compañeros del supermercado, el camarero del bar donde solía desayunar, el kiosquero...): cualquiera de ellos hubiese retrocedido atemorizado. Pero Max no sintió ni una pizca de inquietud. Al contrario, eran los dos matones los que daban visibles muestras de prevención, como si le temiesen. ¿Era eso lógico? ¿Qué era lo lógico?

—Oye, gilipollas, no me obligues a meterte ahí por la fuerza —amenazó el matón que había hablado primero. Se abrió la solapa de la chaqueta mostrando una pistola.

A pesar de las palabras intimidatorias, su voz carecía de convicción. Max percibió la vacilación de sus pupilas, la distensión de sus hombros, el sudor que perlaba sus frentes..., todo le decía que aquellos dos no estaban realmente dispuestos a hacerle daño. Sea quien fuere «el jefe», habían recibido instrucciones de no tocarle un pelo.

Max reanudó su camino. Su hombro chocó con el del matón, quien se hizo a un lado mirándolo con la nariz dilatada como un toro enfurecido. Ninguno de los dos individuos se movió. Max sacó una

llave y abrió el portal de su casa. Por el rabillo del ojo vio que un tercer hombre se bajaba del BMW negro.

Max se metió en el zaguán. La puerta del edificio se abrió a sus espaldas mientras esperaba el ascensor. Un hombre que no era ninguno de los dos matones pasó al interior. Max no tenía la más mínima idea de moda, ni masculina ni femenina, pero estaba claro que era un tipo elegante y que aquel traje valía más que todas las posesiones de Max juntas. El hombre aparentaba unos treinta y tantos años, era de tez clara y pelo oscuro. Tenía la frente ligeramente

retraída y el ceño prominente. La nariz afilada le daba cierto aire aristocrático a su rostro carnosos, en el que destacaban unos ojos claros y fríos como cristales.

Era, además, un hombre al que Max conocía y, a tenor de la mirada que le devolvió, que también le conocía a él. Ese mutuo reconocimiento no resultaría inusual de no ser por el hecho de que Max había visto esa cara en varias ocasiones antes, pero nunca en persona, siempre en la televisión.

Se trataba de Serguéi Aksionov, el padre de la trágicamente

desaparecida Irena Aksionov, la joven cuyo asesino también había secuestrado a Alicia.

—Sigues siendo el mismo hijo de perra de siempre —dijo Serguéi Aksionov con una voz ligeramente nasal—. Mis chicos no se impresionan fácilmente, pero ahí les tienes, pensando que han tenido un buen día porque han salido ilesos de un encuentro contigo.

El hombre se acercó al buzón. Miró la casilla de Max.

—Señor... ¿N. N.? —dijo desplegando una falsa sonrisa. ¿Ese es tu apellido?, ¿ene, ene?

Aunque aquel hombre parecía relajado, Max captaba multitud de señales contradictorias en su comportamiento. No fue capaz de decidir inmediatamente si se trataba de indicios hostiles o amigables.

—Es un apellido que significa que no tengo apellido, si es que eso tiene algún sentido, señor Aksionov —replicó Max con las bolsas de la compra tirándole de los brazos—. ¿Usted me conoce?

Las voces de ambos hacían eco por el hueco de las escaleras, bañadas por la luz del sol que entraba perfectamente vertical

desde la claraboya del terrado justo a aquella hora del día.

—¿Sabes algo? —dijo Serguéi Aksionov viendo como la luz del sol aparecía sobre el suelo del portal—: precisamente por la luz del sol y el ángulo vertical en el mediodía, un cabrón fue capaz de calcular la circunferencia de la tierra hace miles de años.

Aquello tenía sentido para Max, que imaginó a lo que se refería su extraño visitante, y también caía dentro de lo que podría considerarse lógico que hubiera proferido esas palabras en ruso, no en español.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Max—. Antes ha dicho que sigo siendo... el mismo hijo de perra de siempre... ¿Usted me conoce?

Serguéi Aksionov lo miró con la boca entreabierta, el gesto torcido.

—¿Podemos hablar en tu casa? —preguntó.

Max asintió. Imaginando que resultaría muy incómodo que dos hombres desconocidos, entre los que se respiraba una evidente tensión (el bulto de la pistola bajo la chaqueta de Serguéi Aksionov era evidente), compartiesen el reducido espacio del ascensor, aunque fuese

durante solo un minuto, Max decidió subir a pie por las escaleras hasta el cuarto piso donde vivía. El millonario ruso cogió el ascensor. Ya le esperaba en el rellano con una sonrisa torcida cuando Max llegó.

Una vez en el minúsculo apartamento, antes de que Max dejara las bolsas sobre la encimera de la cocina, la pistola de Aksionov ya había hecho su aparición estelar. Max la miró inopinadamente mientras vaciaba las bolsas y comenzaba a repartir la compra entre su diminuto frigorífico y la despensa.

Serguéi Aksionov, tras escanear durante un par de segundos las reducidas dimensiones de la estancia, se sentó en el sofá sin dejar de apuntar a Max con la pistola.

—Menudo tugurio —dijo arrugando la nariz—. Más propio de cucarachas. Aunque las cucarachas sobreviven a todo. Como tú.

—No sé de qué me habla, señor Aksionov, pero está claro que usted me conocía antes de que sufriera mi accidente —respondió Max con una calma de acero mientras terminaba de colocar la compra.

Serguéi Aksionov lo miraba con gravedad.

—Solo necesito que me respondas a una pregunta, Nikolái.

Nikolái. Aquel hombre acababa de llamarle Nikolái.

—Usted me dirá —respondió Max ya de pie delante de él.

Serguéi Aksionov le hizo un gesto para que se sentase en la silla que había frente a él.

La pistola seguía entre los dos.

Max se inclinó lentamente, dejándose caer en la silla.

—Nikolái —el millonario ruso le miró fijamente a los ojos—:

¿tuviste algo que ver con lo que le hicieron a mi hija?

Aksionov era un hombre que escogía sus palabras cuidadosamente. Otro hubiera preguntado: «¿Tuviste algo que ver con lo que le pasó a mi hija?».

—No —respondió Max con la postura más relajada posible, los brazos separados, el torso echado hacia atrás sobre el respaldo de la silla, actitud que contrastaba con la postura rígida de Aksionov y aún más con la pistola que hacía de intermediario—. Yo solo tuve que ver con atrapar a su asesino, como debe saber. Aunque está claro que

no ha venido usted a darme las gracias.

En un súbito estallido de ira, Aksionov golpeó la mesita de café con la empuñadura de la pistola. Parecía que las venas del cuello le fueran a reventar. Respiró hondo un par de veces.

—Pensé en ti inmediatamente, Nikolái, en cuanto Irena desapareció, pensé que habías sido tú por dos razones: porque tenías motivos, pero, sobre todo, porque eras capaz de hacer algo así, tú y solo tú.

—No sé de qué me habla, señor Aksionov; no sé nada de mi pasado

y por lo visto usted lo sabe todo.

Aksionov no se molestó en falsificar una nueva sonrisa. Sopesaba la pistola en su mano con los párpados entrecerrados, la mirada perdida y la comisura de los labios curvada hacia abajo.

—Tú y yo hemos pasado lo nuestro —dijo—, sabes perfectamente lo que es perder a un ser querido, pero eran otros tiempos, éramos otros, Nikolái..., y una hija... no es lo mismo. No sabes lo que es perder a una hija.

Max no supo qué responder. El millonario ruso siguió hablando.

—A lo mejor tendría que pegarte un tiro y acabar contigo de una vez. —Serguéi Aksionov mudó la expresión de su rostro. Frunció el ceño y apretó la mandíbula como si tuviese una mordaza entre los dientes. Tenía una dentadura muy blanca con los colmillos prominentes—. A lo mejor tendría que asegurarme de que esta vez la bala se quede dentro de tu puta cabeza.

—Usted no tiene intención de dispararme, señor Aksionov —dijo Max con una frialdad que contrastaba con el maremágnum de emociones del hombre que tenía

frente a sí—. Esa pistola está descargada.

—¿Y cómo demonios sabes eso? ¿Es que también puedes interpretar el maldito lenguaje corporal de las pistolas? ¿Esta puta pistola te ha guiñado un ojo o qué?

—No puedo leer el lenguaje corporal de un objeto, señor Aksionov, pero puedo leer el suyo, y usted es el que decide lo que hace esa pistola. Desde el primer momento supe que usted no me haría daño, aunque arde en deseos de hacerlo. Usted ha venido aquí para amenazarme y nada más, porque, por alguna razón que

desconozco, no está autorizado a hacerme daño y mucho menos a matarme.

Con un latigazo del brazo, Serguéi Aksionov le arrojó la pistola a la cara. Max la agarró al vuelo como quien atrapa una mosca. En un solo movimiento maquinal, la muñeca giró, el brazo se extendió y el arma quedó apuntando a la cabeza de Aksionov.

El millonario ruso soltó una carcajada bronca.

—Los viejos reflejos nunca se pierden, ¿eh?

Max bajó el brazo lentamente, no tanto sorprendido como

avergonzado por lo que acababa de hacer. Dejó la pistola sobre la mesita de café. Aksionov se echó para atrás y respiró profundamente. Parecía estar reconsiderando lo que iba a decir.

—De acuerdo —dijo Aksionov, una vez más en ruso, con los ojos clavados en el suelo—, sabes que no puedo matarte, lo cual me demuestra que mientes sobre tu amnesia y sabes perfectamente quién eres. De no ser así, deberías haberte cagado de miedo desde el primer momento, pero dejemos eso por ahora. Repito, no te puedo tocar un pelo y lo sabes, aunque eso no

quiere decir que no te pueda hacer daño... indirectamente.

Max pensó en Alicia.

—Puedo hacerle daño a alguien que quieres, igual que hicieron conmigo.

Max pensó en Eva Luna. Aksionov sacó una fotografía de su chaqueta y la arrojó sobre la mesita.

Se trataba de un retrato, pero no era ni de Eva ni de Alicia, aunque sí de una mujer. En la foto (una ampliación en color de una foto identificativa de un pasaporte o un carnet), aparecía la cara de una mujer de unos treinta años que miraba a la cámara con semblante

serio. Era muy guapa, de una belleza nórdica, y tenía el pelo rubio, con un curioso mechón teñido de azul que le nacía de las raíces sobre la frente.

Max la observó con gesto neutro. Interrogó a Serguéi Aksionov con la mirada.

Aksionov pareció entender que, efectivamente, Max no tenía ni idea de quién era la persona de la fotografía. Si la decepción tuviera una cara, Serguéi Aksionov se la acababa de mostrar.

—Señor Aksionov —dijo Max con la misma calma que le había acompañado desde la génesis de

aquel extraño encuentro—, no sé quién es esta mujer, no recuerdo nada en absoluto de mi vida pasada. Pero usted me conoce, me ha llamado Nikolái. ¿Qué más sabe de mí? ¿Puede aclararme algo sobre mi identidad?

Serguéi Aksionov se puso en pie. Cogió la pistola y se la guardó en la cartuchera del sobaco, bajo la chaqueta.

—¿De verdad quieres saber quién fuiste? —dijo mirándolo desde arriba.

—No podré vivir en paz hasta que lo averigüe.

Serguéi Aksionov empezó a sacudirse con el temblor de una risa que le nació en el abdomen, ascendió por su tórax y finalmente brotó de su garganta en un torrente de carcajadas. Reía como si acabase de escuchar el mejor chiste del mundo.

—Pobre desgraciado. No habrá paz para ti cuando sepas quién fuiste —le dijo cuando logró calmar la risa—. Pero no seré yo quien te descubra tu vida pasada.

Serguéi Aksionov se dirigió hacia la puerta. Max quería detenerlo, obligarlo a contarle todo lo que supiera de él, aunque si algo

había deducido de aquel hombre era que no lograría sonsacarle nada por la fuerza. No le diría nada que no quisiera decirle.

—¿Por qué ha venido a verme entonces? —preguntó Max.

—Hay cosas que nunca cambian, Nikolái —respondió el millonario ruso—. Alguien sigue muy interesado en ti. Pronto tendrás noticias de... ella.

Serguéi Aksionov abrió la puerta y cruzó el umbral. En sus hombros parecía pesar cierto abatimiento.

—Nos volveremos a ver, Nikolái —se despidió sin volverse—. El

último acto de esta función solo acaba de empezar.

Max se quedó envuelto en una soledad reconfortante, mirando los ojos de la mujer de aquella fotografía. Entonces se permitió relajar el control sobre su semblante, cuya fría indiferencia se derritió como una máscara de hielo en la corriente dando paso a una mueca de horror.

Y es que el rostro de la mujer de la foto no era otro que el mismo que se le aparecía una noche tras otra, la mujer con la que había soñado mil veces sumergida en un océano de sangre.

CARLA.
DOS SEMANAS ANTES
DE SER INGRESADA
EN UN HOSPITAL
PSIQUIÁTRICO

El teniente Guerrero se puso en pie con gesto cansado.

—Te creo —se sinceró con Carla—. Si no te creyese, en estos momentos estarías detenida y

aislada en una celda. De todos modos, si Max vuelve a contactar contigo, tengo que ser el primero en saberlo. ¿Está claro?

Carla asintió con los ojos clavados en el *parquet* del suelo, rehuyendo el contacto visual con el policía. Hubiese dicho que sí a cualquier cosa con tal de que aquel hombre que se había colado en su casa, se había acomodado en su sofá, pisando con los zapatos su alfombra, apestando el aire con el humo de sus cigarrillos (por no hablar de la ceniza, ¿dónde había estado echando la ceniza de todo lo que había fumado mientras

hablaban si ella no tenía ceniceros?)..., hubiese admitido cualquier cosa con tal de que se fuese lo antes posible. Aunque había alegado motivos de seguridad nacional, Carla todavía no podía creerse que, por muy policía que fuese, aquel sujeto se hubiese atrevido a forzar la cerradura de su casa para meterse dentro a esperarla.

—Hay otro motivo por el que quería hablar contigo —dijo el policía poniéndose en pie y mirándola desde arriba—. Tiene que ver con el sujeto que secuestró a Irena Aksionov. La policía judicial

ha encontrado pruebas que lo involucran en la desaparición de otras dos adolescentes. También han descubierto que no actuaba por su cuenta. Aparte de los tres hombres detenidos, tenía otro cómplice. Alguien con quien contactaba a través de internet y que le ayudaba a identificar a las chicas que luego secuestraba. Han encontrado mensajes en su ordenador. Parece ser que se trata de un individuo que se hace llamar Telmo Vargas.

—¡No es posible! —gimió Carla. La adrenalina se le disparó. Unos puntos rojos flotaron ante sus ojos

—. Me dijeron que habían detenido a todos los cómplices...

—Al parecer no fue así. Uno de ellos sigue suelto. Quizás no era nadie importante. Identificaron todas las huellas que encontraron en el sótano y pertenecen a los detenidos. Tal vez ese individuo solo les enviaba información sobre algunas chicas, pero no intervenía en los secuestros. De todos modos, pensé que debías saberlo. Según tengo entendido, alguien llamado Telmo Vargas te amenazó. Si vuelves a recibir amenazas tuyas, tendrías que poner una denuncia.

El teniente de policía se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto —dijo antes de marcharse—, te recomiendo que cambies la cerradura. Se abre con demasiada facilidad.

Cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Carla corrió hasta la puerta y pasó el cerrojo. Tenía ganas de gritar. Ante sus ojos flotaba una niebla que no la dejaba ver con claridad. Las piernas le temblaban. En un estallido de febril energía fue bajando las persianas de todas las habitaciones. Encendió todas las luces de la casa. Corrió al baño y vomitó.

Recordaba demasiado bien las amenazas del individuo que se hacía llamar Telmo Vargas. Había creído que el hombre que murió de un disparo a manos de su propia hija, el padre de Eva Luna, era quien se escondía detrás de la identidad del ciberacosador.

¿Era posible que siguiese suelto?, ¿que el hombre que había muerto solo fuese un cómplice más?

Necesitaba serenarse, pero se notaba un nudo en la garganta. No quería llorar. Con movimientos lentos y cenagosos, como si se revolviere en el fondo del lecho

marino, Carla abrió su bolso y sacó el teléfono móvil. Descargó los mensajes de correo electrónico. Respiraba con dificultad y el miedo le encogía el corazón.

Tenía varios mensajes, todos recibidos en las últimas horas. Fue leyendo uno tras otro, entrecerrando los ojos sobre el móvil como si de la pantalla emanase ácido:

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 22:08

Has estropeado mi pequeña venganza,
pero el juego vuelve a empezar.

<fin del mensaje>

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 22:37

Fue una gran jugada por tu parte, mi querida Carla. Muy aguda. La verdad, no calculé que a nadie se le ocurriría relacionar el accidente frente a la mansión de los Aksionov con la desaparición de la joven heredera. Me has sorprendido. Tengo que reconocer que fue una gran demostración de ingenio. ¡Eres taaaan lista!, mi querida Carla. Lástima para ti que el idiota que murió en aquel sótano solo era un peón que utilicé para llevar a cabo mis pequeñas demostraciones. ¿Cómo pudiste pensar que ese patán y yo éramos la misma persona? Ahora vamos a medirnos tú y yo, cara a cara, sin intermediarios. Te crees muy lista y vas a tener que demostrarlo. Al fin y al cabo, la inteligencia de cada persona es relativa, ¿no crees? Depende de con

quién se nos mida. Hasta el hombre más tonto es un genio si se le compara con un chimpancé. Ahora tú vas a medirte conmigo. Quiero que recuerdes mis palabras: llegará el día en el que te tendré a mi disposición.

<fin del mensaje>

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 23:15

He estado averiguando cosas sobre ti, mi querida Carla. Sé, por ejemplo, que estás embarazada. Y eso me ha dado una pequeña idea. Salvar a tu hijo será tu próximo reto.

<fin del mensaje>

¿Embarazada? Carla se desplomó en el suelo de rodillas con el teléfono entre las manos temblorosas. Se fijó en que en el último mensaje había un documento adjunto. Era una copia escaneada del análisis de sangre que le habían hecho en el hospital unos días antes. El análisis para detectar la bacteria que se había colado en el circuito de agua caliente. ¿Cómo había tenido acceso aquel hijo de puta a su sangre?

¡Embarazada! No necesitaba leer el resultado de la analítica para saber que era verdad. Llevaba días sintiéndolo, aunque no había

querido verlo. Los vómitos, los mareos, la extraña sensación en su interior, los sueños repetitivos en los que su hijo Aarón le decía una y otra vez que estaba vivo, que era real... Su subconsciente le estaba hablando.

¡Claro que era real!

Sintió una dicha inenarrable. Era algo difícil de asumir, demasiado abrumador.

Su hijo Aarón iba a tener otra oportunidad. Y esta vez no se trataba de una alucinación, de un fantasma, ni de una especie de amigo imaginario creado por su mente.

El padre tenía que ser Roberto, era el único hombre con el que se había acostado en los últimos meses.

«Salvar a tu hijo será tu próximo reto.»

Para su propia sorpresa, la amenaza no le causó temor. La felicidad que la embargó desde dentro era más fuerte que el miedo.

¡Su hijo era real y estaba en su interior! Esta vez todo saldría bien. Se sentía fuerte, segura de sí misma. Aquel hijo de puta iba a lamentar haber amenazado a su hijo.

Carla se puso una mano en el vientre y esbozó una sonrisa. Había un último mensaje. Carla lo leyó sin miedo, desafiante.

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 23:54

Vamos a subir la apuesta. Tú y yo, sin intermediarios. Voy a ir a por tu hijo. Tal vez lo haga desaparecer de tu vientre, o tal vez espere hasta que nazca. Intenta impedirlo. ¡Eres taaaan lista!, mi querida Carla. Demuéstralo. Vamos a ver si consigues evitar que haga desaparecer a tu hijo.

<fin del mensaje>

Carla no podía creer que después de todo lo que había ocurrido aquel psicópata siguiera libre.

Pero los mensajes en su correo electrónico no dejaban lugar a dudas. El individuo que había secuestrado a la chica de Almería, Alicia, solo era un mero cómplice de la verdadera mente criminal que había planeado el secuestro de Alicia y el resto de los asesinatos, incluido el rapto de Irena Aksionov.

No obstante, a pesar de las nuevas amenazas, Carla no sintió el más mínimo temor. Saber que estaba embarazada la llenaba de

fuerza. Se sentía rebosante de energías. Se puso a llorar, a dar patadas y a gritar como una loca. Tenía ganas de cantar y de saltar de alegría. ¡Iba a tener un hijo! Esta vez todo saldría bien. No cometería los errores del pasado. Tendría a su hijo y lucharía por él. La idea de verlo crecer a su lado la colmaba de una felicidad infinita. Le daría el pecho. Escucharía sus primeras palabras. Le ayudaría a dar sus primeros pasos. Se lo comería a besos y le cantaría una nana cada noche hasta que se durmiera en su regazo.

Carla pensó que todo el sufrimiento del pasado merecía la pena ahora que por fin iba a ser madre. Y pobre del que intentara interponerse entre ella y su hijo. Si aquel ridículo Telmo Vargas pensaba que iba a asustarla con sus amenazas, se equivocaba. Carla estaba dispuesta a acabar con él como se aplasta una colilla con el tacón del zapato.

Pero una cosa era estar dispuesta a hacerle frente y otra poder dormir tranquila sabiendo que aquel individuo lo sabía todo sobre ella, quién era y dónde vivía, y

que podía atacarla en cualquier momento.

Se dio una ducha, se tomó una infusión relajante y se metió en la cama. Aunque intentó descansar unas horas, apenas pudo pegar ojo en toda la noche. Se había desatado una tormenta y el viento arrojaba la lluvia contra las persianas como si unos dedos repiqueteasen llamando con insistencia. La mente de Carla se negaba a descansar y la obligaba a debatirse entre unas inquietantes realidades y unos sueños descabellados. Los pensamientos eran como destellos, volando en

todas direcciones. La sangre pulsaba en sus oídos.

Finalmente, a las cinco de la mañana, se levantó, se tomó un café cargado y se dio una ducha rápida. Después cogió una maleta y metió algo de ropa y los utensilios de aseo básicos para pasar unos días fuera. Se iría a un hotel cualquiera hasta que pusiera en orden su vida. Desde luego, no podía quedarse en aquel piso donde el psicópata podía encontrarla en cualquier momento.

Cuando salió a la calle tirando de su maleta todavía era de noche. La tormenta había perdido fuerza, quedando relegada a una fina lluvia

persistente. Hacía mucho frío. Los baches en el asfalto estaban cubiertos de agua que saltaba como un aspersor cada vez que alguno de los coches más madrugadores pasaba por encima. Sin acercarse al bordillo, Carla aguardó unos minutos hasta que vio aproximarse un taxi. Lo paró con un gesto de la mano.

Se metió dentro y pidió que la llevase a la comisaría de policía más cercana. Decidió que lo primero que tenía que hacer era poner una denuncia.

El taxi la dejó junto a la puerta de la comisaría de Ciudad Lineal.

Carla pagó el taxi, se bajó con la maleta y le indicó al policía que custodiaba la entrada que quería poner una denuncia.

—¿Malos tratos? —preguntó el policía mirando la maleta.

—No exactamente. Alguien me está amenazando.

El policía la miró de arriba abajo.

—¿Alguien? —dijo frunciendo el ceño—. ¿Quién?

—Oiga, eso se lo explicaré cuando presente la denuncia —respondió Carla.

—De acuerdo, señora, pase por aquí.

La hicieron atravesar un detector de metales mientras la maleta pasaba por la cinta de rayos X. Al otro lado del arco de seguridad, un policía le pidió el carnet de identidad y anotó sus datos en un registro de visitas. Después le indicó que pasara a una sala de espera donde la llamarían.

La sala tenía varias filas de sillas donde aguardaban una veintena de personas de diversas edades. Todos tenían el semblante ajado y taciturno, como si llevaran allí toda la noche. Carla se sentó junto a una señora mayor que dormitaba con la boca abierta hacia

el techo. Cada cierto tiempo se abría una puerta y un funcionario llamaba con voz hueca a alguno de los presentes. La estrecha ventana que daba al exterior era un rectángulo de oscuridad. Poco a poco, Carla se fue sumiendo en un pesado sopor que la empujaba hacia la oscuridad. Se sorprendió en varias ocasiones despertando bruscamente de una cabezada con el corazón acelerado. Consultó el reloj: todavía eran las seis de la mañana.

Casi dos horas después, por fin, le llegó el turno. Los cristales del tragaluz emitían ahora un débil

resplandor, señal de que ya debía de estar amaneciendo.

Carla pasó a una sala donde había una fila de cuatro escritorios con un policía detrás de cada uno de ellos. Se dirigió al puesto que estaba libre. El policía que la atendió era un hombre gordo, medio calvo, con uno de esos ridículos peinados con los que se intenta cubrir la calva con el pelo de uno de los lados. El agente le pidió los datos: nombre y apellidos, domicilio, edad... Carla iba respondiendo mientras el policía tecleaba la respuesta en el ordenador. Sin mirarla ni una sola

vez, le preguntó por el motivo de su denuncia.

—Alguien me está amenazando —explicó Carla.

—¿Qué tipo de amenazas?

Carla le mostró su teléfono móvil. El policía sacó la cabeza de detrás de la pantalla del ordenador y miró el teléfono; después, a ella. Carla levantó el brazo, interceptando la mirada del hombre con el teléfono.

—Lea los emails —le dijo.

El policía le quitó el teléfono de las manos y observó la pantalla con el ceño fruncido. Pasó varias veces el dedo índice sobre la superficie de

cristal, desplazando el texto de los mensajes.

—¿Conoce usted a ese hombre?

—preguntó el agente dejando el móvil sobre la mesa como quien arroja un lápiz. Su rostro volvió a ocultarse tras la pantalla del ordenador.

—No, no lo conozco —
respondió Carla.

—Da la impresión de que le habla con familiaridad, como si se conociesen. ¿Han intercambiado mensajes anteriormente?

—Sí, desde hace unos días.

—¿Y cómo se propició el intercambio de esos mensajes?

Carla respiró hondo. Trató de resumir lo ocurrido en unas pocas frases.

—Ese individuo, que se hace llamar doctor Telmo Vargas, aunque dudo mucho que sea su verdadero nombre, en colaboración con otro hombre secuestró a una joven que era mi amiga. La policía atrapó al secuestrador y rescató a mi amiga. Pero su cómplice sigue suelto y ahora me está amenazando a mí. ¿Lo comprende?

—En ese caso, entiendo que ya hay una investigación abierta —dijo el policía tecleando algo en el ordenador—. Bien. Remitiré la

denuncia al juzgado que esté llevando el caso y la policía judicial se pondrá en contacto con usted —hizo una seña con la mano invitándola a marcharse.

—¿Y ya está? ¿Cuándo será eso? ¿Y si este individuo intenta hacerme daño? ¿No van a hacer nada para protegerme?

El policía la observaba con la mirada desinteresada de un perro pachón al que le dan exactamente igual los arrumacos de su dueño.

—No podemos hacer otra cosa. No se imagina la de denuncias por amenazas que recibimos cada día. No podemos poner un policía a

vigilar a cada persona que viene aquí enseñando un mensaje molesto de internet.

—¿Un mensaje molesto? ¿Es que no ha leído? ¡Ese hombre quiere matarme!

—Si ya se hubiese producido alguna agresión, sería diferente...

—¡Genial! —exclamó Carla con los ojos muy abiertos—. Cuando ese tío venga y me clave un cuchillo en la barriga, entonces a lo mejor se lo toman en serio, ¿no es eso?

—Señora, por favor, no se ponga histérica. Su denuncia ya consta y la haremos llegar al juzgado. ¿Algo más?

—Pues mire, sí, ahora que lo menciona, una cosa más: váyase a la mierda —respondió Carla mirando al policía directamente a los ojos.

—Oiga, no le consiento...

Carla se fue dejando al policía con la palabra en la boca. Salió de la comisaría a toda velocidad, tirando de su maleta. Estaba claro que ella y la policía estaban condenados a no entenderse. Cada vez que entraba en una comisaría acababa perdiendo los nervios.

Lo malo era que, en el fondo, sabía que el policía tenía razón. Unos simples mensajes con

amenazas no eran suficientes para que pusieran en marcha una investigación. El doctor Telmo Vargas, o como demonios se llamase en realidad, era demasiado inteligente para exponerse. Podía dedicarse durante meses, o años, a martirizarla con mensajes y ella jamás lograría que la policía moviese un dedo. Pero no iba a tolerar que amenazase a su hijo. Carla meneó la cabeza y apretó la mandíbula.

Paró un taxi y se metió dentro. Le indicó al taxista que la llevase al hospital Doce de Octubre. Allí, su hermano Isaac había sido

trasladado a la planta de rehabilitación. Ya hacía una semana que había salido del coma. Isaac había sido una víctima más del malévolo ingenio de Telmo Vargas. Había caído en una de sus trampas mientras realizaba un reportaje de investigación periodística sobre los ciberacosadores. Telmo Vargas había hecho creer al padre de una de las jóvenes abusadas que Isaac era el acosador de su hija. Como consecuencia, el padre había propinado una tremenda paliza al periodista. Uno de los golpes en la cabeza lo había sumido en un coma al borde de la muerte.

Aunque, gracias a Dios, había logrado recobrar la consciencia, Isaac sufría una parálisis de cintura para abajo y cierta dificultad en el habla que se hacía patente en ocasiones. Los médicos mantenían reservas en cuanto a su rehabilitación completa. Algo relacionado con los centros motores del cerebro. Todavía se estaba recuperando de la última operación y era probable que tuviese que entrar de nuevo en el quirófano.

Carla lo encontró en la sala de recreo del hospital, sentado en su silla de ruedas, frente a la televisión. En la sala había una

amplia cristalera tras la cual solo se apreciaba la cortina de fina lluvia que borraba cualquier rastro de color en el cielo. Junto a su hermano había otro hombre, también en silla de ruedas, leyendo un periódico bajo la luz fría de los tubos fluorescentes. Isaac tenía la mirada fija en la pantalla de plasma que colgaba del techo, donde un presentador de telediario movía los labios en silencio; el sonido estaba quitado. Su hermano tenía la mirada ensimismada clavada en los labios del locutor, como si tratase de descifrar lo que decía. Isaac llevaba una gorra con el escudo del

Real Madrid puesta del revés; una gorra bajo la cual se escondía la terrible cicatriz, recordó Carla.

Cuando la vio llegar, los labios de su hermano se curvaron en una sonrisa, pero Carla se dio cuenta de que había algo oscuro en su mirada. No tardó en identificar que era preocupación.

—¿Ocurre algo? —preguntó Carla después de darle dos besos y un abrazo.

—Ha venido a verme un policía para tomarme declaración —dijo su hermano—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Carla tragó saliva mientras asentía con la pesadumbre de un niño al que acaban de descubrir en una travesura que ha ido demasiado lejos. Sabía que tarde o temprano su hermano se enteraría de lo ocurrido, pero hasta entonces no había tenido el valor de contarle nada.

—¿Qué te han dicho?

—Joder, Carla, no te hagas la inocente. El tío que casi me mata. Seguiste buscándolo por tu cuenta. ¿En qué narices estabas pensando, Carla? ¿Cómo no lo dejaste en manos de la policía?

Carla se dejó caer en una silla frente a él.

—La policía no estaba haciendo nada.

—¡Ah, claro! ¡La policía no hace nada! —exclamó él levantando las manos—. ¡Así que vamos a actuar nosotros por nuestra cuenta! ¿Sabes la de criminales que hay por ahí sueltos? Pues nada, vamos a ponernos a buscarlos nosotros, ¡heroicos ciudadanos!

—Era una investigación en internet. No me puse en peligro.

—¡Acabaste en un sótano con un psicópata amenazándote con una pistola! ¡Por el amor de Dios,

Carla! Cuando la policía me lo contó no podía creerme que estuviese hablando de ti, ¡ide mi hermana!

—No fue así exactamente, pero da igual.

—Gracias a Dios que la pesadilla acabó.

Carla le miró a los ojos. Tenía un nudo en la garganta. Tenía que decírselo. Necesitaba la ayuda de su hermano. Ella sola no podría enfrentarse de nuevo a aquel psicópata.

—No, no acabó.

Isaac se sacudió como si le hubiesen echado agua helada por

encima. La miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

Carla le cogió las manos. Era extraño. Siempre había sido la hermana pequeña, necesitada de la protección de su hermano. Pero ahora se sentía más fuerte que él. Como una madre protectora. Ahora ella iba a ser madre.

—Verás —dijo Carla—, el hombre que acabó muerto solo era un cómplice. El individuo que planeó el secuestro de Irena Aksionov sigue suelto. Y me ha amenazado de muerte.

—¿Qué? —contestó Isaac con los ojos como platos.

—No te preocupes, esta vez vamos a encontrarlo —dijo con firmeza.

—¿Esta vez?

Su hermano la miraba como si se hubiese vuelto loca. Carla intentó mostrarse serena.

—Por el amor de Dios, Carla, tienes que ir a la policía.

—Vengo de poner una denuncia. La policía no va a hacer nada. Por eso tenemos que ocuparnos nosotros —dijo sin perder la calma.

Su hermano se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos unos instantes.

—Carla, explícamelo todo desde el principio. Necesito saber lo que está pasando o me voy a volver loco.

ALICIA

A pesar de ser todavía una adolescente, Alicia, que ya tenía más experiencias traumáticas en la vida que la mayoría de los adultos, había alcanzado la madurez de saber que las lágrimas no servían de nada.

Se había prometido a sí misma que no volvería a llorar nunca más. La injusticia era tan grande que no

merecía derramar una sola lágrima. Como la heroína de aquella película antigua que juró con el puño en alto bajo un cielo en llamas que no volvería a pasar hambre («A Dios pongo por testigo de que no podrán derribarme...»), Alicia había prometido que se volvería dura como la piedra. Lo había gritado a los cuatro vientos frente al hospital donde la habían humillado, el hospital donde convalecía su hermanito David, el hospital del que minutos antes la habían echado como a una criminal.

Le habían prohibido visitar a su hermano. Su impotencia era tan

grande que iba a estallar de rabia.

Al decir su nombre en la recepción y enseñar su DNI, la enfermera la había mirado con el ceño fruncido y le había dicho que no tenía permitido el acceso.

—¿Por qué? ¡Yo soy su hermana!

—Precisamente. Aquí dice que tu madre ha pedido que no te dejen acercarte a él —dijo la enfermera consultando el ordenador—. Además, hay un informe de la policía por malos tratos. —La enfermera arrugó la nariz como si oliese algo podrido—. Tienes que

salir de aquí. —Señaló la puerta con el dedo.

Aunque le ardían las entrañas, Alicia no montó el número. De nada serviría explicarle que ella no le había hecho nada malo a su hermano; todo lo contrario: siguiendo unas innovadoras terapias, había luchado con todas sus fuerzas para que mejorase de su parálisis cerebral. La culpa de que su hermano se hubiese intoxicado no era suya, sino de un perturbado que le había vendido por internet un falso complejo vitamínico que había resultado ser una potente droga. Una cosa era pecar de

ingenua y fiarte de cualquiera que te da consejos por internet, y otra que ella hubiese querido envenenar a su hermanito como pensaban los médicos.

No, ponerse a gritar a la enfermera tampoco iba a servir de nada. Lo que hizo fue abandonar tranquilamente la recepción del hospital, rodear el edificio y buscar la entrada de emergencias. Entonces se metió dentro aprovechando el revuelo que se montó cuando llegó una ambulancia con heridos de un accidente de tráfico. Cruzó un largo pasillo atestado de camillas con

pacientes quejumbrosos y familiares apesadumbrados, dio la vuelta a un corredor y llegó hasta los ascensores. Nadie le dijo nada. Si no pides permiso, nadie te lo puede denegar.

Cada persona que entraba y salía del enorme ascensor tenía a un familiar o a un amigo enfermo y, sin embargo, las conductas eran tan dispares... Algunos hablaban animadamente a gritos, otros permanecían en silencio. Un niño de unos cinco años, de la mano de su madre, tenía los ojos clavados en el suelo y un gesto tan lastimero

que daban ganas de abrazarlo en el acto.

—¡Yo quería ir al parque, mamá!

Alicia subió hasta la planta de pediatría. Se internó por un pasillo con andar decidido, como si supiera adónde iba, leyendo con disimulo los carteles y los letreros de las habitaciones. Una enfermera salió de una habitación y se perdió en el pasillo hacia el extremo opuesto. Por el volante de ingreso que había encontrado en el bolso de su madre, Alicia sabía el número de la habitación de David, número que

descubrió justo enfrente de donde había salido la enfermera.

Alicia se deslizó dentro de la habitación. Se encontró a David dormidito. Tenía los brazos atados a la cama. Entendió que no se trataba de una especie de castigo. Si no ataban a su hermano, el pobre chico era capaz de caerse en uno de sus espasmos musculares desde lo alto de la camilla y hacerse daño, pero aun así resultaba impresionante ver las correas asiendo sus bracitos.

Alicia le dio un beso en la frente, tratando de contener las lágrimas, sin querer despertarlo en ningún momento.

La cama contigua estaba vacía. Alicia se preguntó cada cuánto tiempo pasarían a echar un vistazo a su hermano, cada cuánto le darían de comer, si alguien jugaría con él, si alguien le hablaría...

Estaba simplemente intentando mantener su mente ocupada en banalidades para soportar la emoción de ver a su hermano postrado en una cama de hospital con los brazos atados.

Desató cuidadosamente las correas que lo sujetaban y los bracitos cayeron a los costados. Tenía la cara de un ángel. Se inclinó sobre él y rozó la frente con sus

mejillas. Casi podía escuchar el sonido de sus lágrimas al deslizarse desde sus ojos hasta el pelo oscuro y maravilloso de David. En el silencio blanco y ligero podía sentir los latidos de su corazón.

Apretó los labios contra su frente y aspiró el olor suavemente agrio de su pelo, el mismo olor a tiza que tenía desde que era un bebé.

¡Quería decirle tantas cosas a su hermano! Quería decirle cuánto lo sentía, quería recordarle que un día serían felices juntos, lejos de hospitales y de gente que no les quisiera, pero, simplemente, siguió

rozándolo con las mejillas, queriendo en la liviandad de su roce transmitirle toda la fuerza de su cariño.

Entonces escuchó que se abría la puerta, rompiendo en mil pedazos aquella sábana cristalina de silencio. Alguien entró en la habitación y salió inmediatamente.

—No te preocupes, David, todo va a ir bien —susurró Alicia.

En ese momento el pequeño levantó los párpados pesados de sueño. Sus ojos brillaron de alegría en cuanto se encontró con los de su hermana Alicia.

—Hola, hermano... —Desplegó una gran sonrisa.

Un grito rompió aquel delicado instante como porcelana fina barrida de una mesa con un brusco movimiento del brazo.

—¿Cómo has entrado aquí, niña? —gritó una voz de mujer áspera como la lija.

David se estremeció y torció el gesto, a punto de romper a llorar por el susto. Alicia pasó instintivamente un brazo protector sobre su hermano.

—¿Has venido a hacerle daño o qué? —La enfermera, una mujer corpulenta de caderas anchas como

una mesa camilla, tenía el semblante gélido como el hielo y los brazos en jarras—. ¡Sal de aquí antes de que avise a seguridad!

David comenzó a llorar tras el segundo grito de la enfermera.

—Alicia..., ¿te llamas Alicia, verdad? —preguntó la enfermera mientras se abalanzaba sobre ella.

Pasó todo en un instante. La enfermera agarró a Alicia por los hombros y la zarandeó. Alicia se retorció y se liberó de los brazos de la mujer, cayendo sobre el borde de la cama, lo que hizo que el colchón se volviese y David, que gritaba

desconsolado, resbalase cayendo de bruces al suelo.

Alicia se apresuró a levantar a su hermano. Se había golpeado en la cara. Sangraba por la nariz y gritaba con la desesperación con la que solía gritar por las noches cuando tenía miedo a la oscuridad.

Alicia se encaró con la enfermera. Las dos se miraban acusadoramente, pero la enfermera era mucho más fuerte.

—Ahora sí que te la has ganado, niñata. Mira lo que le has hecho a tu hermano. —La sanitaria se llevó el intercomunicador a la cara y avisó a seguridad.

Tuvieron que sacar a Alicia por la fuerza de la habitación. Mientras, una nueva enfermera le ponía una gasa en la nariz a David, que lloraba a pleno pulmón. Alicia comprendió que su hermano no lloraba tanto por la caída como por verla a ella empujada y sacada a rastras de la habitación.

—¡Por favor, al menos déjenme despedirme! —gritó Alicia con los ojos arrasados.

Cinco minutos después, Alicia trataba de calmar su respiración sentada en un cuarto situado en la planta baja del hospital, una especie de despacho de seguridad.

¿Llevaban ahí a todos los «delincuentes» que encontraban en el centro?

Frente a ella, en una silla reclinable y sin nada entre ambos, se encontraba uno de los guardias que la habían llevado hasta allí a la fuerza. Era un individuo de unos cuarenta años, corpulento y con el pelo entrecano, que la miraba con un desprecio sin reservas, con los pulgares metidos en el cinturón y las manos a los costados. Alicia comprendió que, ante los ojos de aquel matón de mierda, ella era una piltrafa humana.

—Niña, sé que no es fácil tener un hermano con necesidades especiales —empezó a decir el guardia—. Lo sé, lo he visto miles de veces. Hasta he leído libros que tratan precisamente sobre las vidas tan duras y los desafíos que tienen los familiares de niños con problemas.

¿Qué sabrás tú?, pensó Alicia.

El hombre hablaba pausadamente, con calma, pero Alicia captó un tono de desprecio por debajo de su discurso. ¡Lo que daría por tener a Max a su lado!

—Y no te creas que eres la primera —prosiguió el hombre— en

sentirte así, en querer deshacerte del «estorbo»... Hay tantos casos..., incluso a veces son los padres los que intentan asesinar a su propio hijo.

Alicia le miró entornando los ojos y apretando un poco los labios.

—No te dejes engañar, niña, puede que tenga un trabajo de segurata, pero tengo mis estudios y soy capaz de escuchar... a cualquiera que tenga algo que decir, a cualquiera que no sea un desgraciado como tú.

Alicia pensó en abalanzarse sobre el hombre, pero sabía que no llegaría a tocarle. Trató de serenarse

una vez más. ¿Por qué había gente que juzgaba con tanta facilidad y, sobre todo, con tanta determinación a los demás? Alicia comprendió que no podía hacer nada. Aquel imbécil estaba convencido de que ella era una especie de asesina que quería hacer daño a su hermano con parálisis cerebral y no lo iba a sacar de su idea.

—O sea, que te comprendo... hasta cierto punto, Alicia. —El guardia sonrió de medio lado, apuntando hacia ella los cuatro dedos de cada mano, mientras mantenía los pulgares en el cinturón.

Alicia no reaccionó. El hombre entornó los ojos, seguramente sorprendido ante esa falta de reacción.

—Me sigue fascinando, sin embargo, que exista en este mundo gente tan egoísta, gente que anteponga su comodidad a la vida de un ser humano, incluso si ese ser humano es de tu propia familia. No —añadió negando con la cabeza, las manos todavía colgando del cinturón por los pulgares—, tú no estás loca ni necesitas tratamiento psiquiátrico, como diría cualquier abogaducho moderno; tú eres, simplemente, una persona

despreciable, sin sentimientos para los demás.

—¿Puedo irme ya o me va a cobrar por la sesión de psicoanálisis? —preguntó Alicia con voz de hielo.

El guardia frunció los labios, sacando el inferior y asintiendo, como si la actitud de Alicia le confirmase algo. Señaló con los ojos la puerta, dándole permiso para salir. Alicia se encaminó hacia la salida de aquel despacho con toda la calma del mundo. Tuvo que luchar un mundo para no decirle que «se volverían a ver las caras», algo que,

al menos, fue capaz de prometerse a sí misma.

El guardia la seguía a pocos pasos, probablemente para asegurarse de que salía del hospital.

Ya en la calle, Alicia sintió que el dolor le nacía desde dentro, le salía por los poros y la oprimía como una implosión a cámara lenta, una presión que la aplastaría hasta que ella desapareciese, sin poder hacer nada por su hermano, sin el amor de su madre, sin el amor de nadie.

Ese dolor, que la llevaba hasta el cero absoluto, fue el que le dio la mayor libertad que puede tener

nadie. La libertad de no tener, definitivamente, nada que perder.

Mientras se alejaba del centro hospitalario Torre Cárdenas, y sin mirar atrás, comenzó a revivir los meses en los que estuvo dando sesiones de terapia a su hermano (sí, de terapia, la satisfacción infinita ante sus pequeños pero constantes progresos) y decidió que había llegado el momento de dejar de sufrir.

Se juró a sí misma que nadie más volvería a verla llorar.

Lo que había hecho por su hermanito David no lo había hecho a la espera de ningún

reconocimiento ni celebración, lo había hecho por él y solo por él, y su hermano, a pesar del susto, estaba mucho mejor ahora que antes. Decidió también, mientras continuaba bajando la cuesta del hospital, que tenía que hacer lo posible por dejar de pensar en su hermano, ya que nada podía hacer por él, al menos de momento, y no tenía sentido mantener aquella lucha absurda consigo misma. Ahora que nada la retenía (ni su madre, ni su hermano ni siquiera Max, que había roto todo contacto con ella) se iría lejos, se escaparía

de casa, encontraría su camino y un día volvería a por su hermano.

Con esa determinación se detuvo y volvió la mirada al hospital para repetirle a su hermano, una vez más, las mismas palabras de siempre, palabras que acababan de cobrar un segundo sentido:

—David, sé que estás ahí dentro, hermano. Pero no te preocupes, te voy a sacar, algún día...

No llores. No llores. No llores.

Al llegar a casa se encontró con que su madre había recibido ya la llamada del hospital. Tuvieron la discusión más grande de la historia

de las discusiones entre una madre y su hija. Se gritaron y se insultaron con todas sus fuerzas. Las cosas habían ido demasiado lejos, eso era evidente, y Alicia estaba demasiado dolida. Pero ya todo daba igual.

Alicia aguardó hasta que su madre se fue a trabajar. Metió varias mudas de ropa en su mochila, le robó a su madre los doscientos euros que encontró en el cajón del dormitorio, agarró su guitarra y cogió el primer autobús que salía para Madrid.

Fin de la historia. Ella también se esfumaría. Como su amiga Erika. Ahora estaba por ver si montaban

tanto revuelo en el instituto cuando su madre denunciase su desaparición. Alicia soltó una carcajada amarga. Seguro que nadie se inmutaba por su ausencia. Desde luego ella no iba a estar allí para verlo.

Antes de salir de casa en dirección a la estación intermodal, llamó a Max por teléfono, pero no respondió nadie. Max casi nunca respondía al teléfono, ¿por qué demonios no se había comprado un móvil?

Tal vez había que dejar ciertas cosas atrás, sobre todo cuando quieres empezar de nuevo. Cuando

las cosas salieran bien, cuando se convirtiese en una cantante de éxito, podría volver a reencontrarse con quien ella quisiera, pero ahora necesitaba un punto de partida en blanco, nuevo, una vida que no tuviera un solo personaje en común con la de antes.

No había marcha atrás. Sentada en el autobús con dirección a Madrid, alejándose de todo y de todos, las lágrimas se le querían saltar de los ojos. Parpadeó repetidamente y endureció el gesto. No volvería a ver a su madre. Y quién sabe cuándo volvería a ver a su hermano.

El viaje desde Almería a Madrid duró cinco horas, durante las cuales Alicia se limitó a mirar por la ventana con la mente en blanco, viendo deslizarse el paisaje. Primero, el desierto lunar de Almería bajo un cielo azulísimo y nubes tan blancas y perfectas que parecían de decorado. La tierra árida y gris dio paso a kilómetros y kilómetros de verdes montes surcados de olivos y, más tarde, a monótonas llanuras de sembrados en las que, de vez en cuando, destacaba sobre una loma un antiguo molino de viento como los que aparecían en las películas del

Quijote.

Finalmente, cuando los primeros edificios de Madrid surgieron recortados sobre el horizonte crepuscular, Alicia sintió una congoja en la base del estómago. Se iba a Madrid porque era una ciudad enorme donde nadie se conocía. Aquel resplandor anaranjado y gigantesco que proyectaba la ciudad sobre el cielo le daba la sensación de estar adentrándose en un lugar donde una persona como ella se convertía en un insecto minúsculo sin importancia alguna. No como Almería, un sitio tan pequeño

donde era imposible pasar desapercibido, donde, para bien o para mal, sentías que eras alguien.

Alicia decidió una vez más zafarse de ridículos miedos. En Madrid, en aquella urbe gigante, podría perderse sin que nadie la reconociese, que era exactamente lo que estaba buscando. Empezar una nueva vida.

Más o menos.

Alicia fue plenamente consciente de lo que implicaba su huida cuando puso un pie en el andén de la estación. Dolorosamente consciente. Para empezar, una ráfaga de aire frío la

sacudió hasta los huesos. Se dio cuenta de que la cazadora vaquera que llevaba, que la abrigaba de sobra en el templado invierno de Almería, allí era totalmente insuficiente. Todo el mundo llevaba abrigos gruesos, de plumas o parkas de forro polar, bufandas y guantes. Era marzo y nadie la había avisado de que en Madrid hacía un frío mortal.

Eran las siete de la tarde y ya había anochecido. No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación, aparte de congelarse. Genial.

Echó a andar y salió de la estación para encontrarse con una avenida enorme y desangelada por la que pasaban coches a toda velocidad. Cada vez que soplabla una ráfaga de viento tenía la sensación de estar desnuda.

Lo primero que tenía que hacer era buscar algún hotel donde refugiarse. Pasaría la noche y al día siguiente ya empezaría a buscar trabajo. Esperaba poder conseguir algo de dependienta, de cajera, lo que fuese. Mientras encontraba trabajo, tocaría con su guitarra en las estaciones del metro y sacaría algún dinero. Lo justo para comer y

pagarse un alojamiento. De momento, ese era el plan.

Con la mochila en un hombro y la guitarra en el otro, echó a andar por aquella avenida interminable en la que soplaba un viento atroz. Veinte minutos después pasó por delante de la puerta de un hotel. Estaba congelada. ¿Para qué seguir buscando? Decidió entrar y preguntar por una habitación. Nada más traspasar el umbral sintió el reconfortante calor de la calefacción. Se fijó en que el hotel era de cuatro estrellas y tenía un *hall* de lo más lujoso. La recepcionista era una chica joven y

muy guapa, con el pelo recogido y cara de porcelana, vestida con un pulcro uniforme azul y un pañuelo rojo anudado al cuello.

—Hola, quisiera saber cuánto cuesta una habitación —preguntó Alicia—. La más barata —añadió bajando los ojos.

—Son ciento veinte euros la noche —respondió la recepcionista con una sonrisa falsísima.

—Vaya, ¿y no hay ninguna más barata?

—No. Es la tarifa básica. Si buscas algo más económico, te aconsejo un hostel. En la zona de la

plaza Mayor puedes encontrar habitaciones por treinta euros.

—¿La plaza Mayor? ¿Por dónde queda eso?

—Estamos muy cerca del centro. Puedes ir caminando. Son unos veinte minutos. Según sales, sube a la izquierda y cuando encuentres la estación de Atocha vuelve a girar a la izquierda. Llegarás a Sol. Después sigue y te encontrarás con la plaza Mayor.

Alicia le dio las gracias y abandonó el hotel un poco avergonzada. Jo, ciento veinte euros por pasar una noche. Más le valía

dar con algo más barato o el dinero no le iba a durar ni dos días.

Empezó a caminar siguiendo la dirección que le había indicado la recepcionista. Llevaba media hora andando, con el azote del viento en contra, siempre por la misma interminable avenida, y ya temía haberse perdido cuando se encontró con una larguísima fila de taxis estacionados junto a un muro alto de ladrillo rojo que parecía no tener fin. Siguiendo la hilera de taxis, llegó hasta una gigantesca rotonda en la que confluían varias avenidas. A la derecha, un edificio de ladrillo rojo con una cubierta semicircular y

una vidriera emplomada con un reloj que debía de ser la estación de Atocha. Más allá vio otra edificación antigua con un pórtico de columnas y tejado coronado por estatuas de ángeles a lomos de caballos alados. Alicia no estaba de humor para admirar la arquitectura monumental de Madrid. Se puso a mirar un plano que había en la mampara de una parada de autobús.

Después de todo lo que había andado comprobó que en el mapa apenas había recorrido un centímetro desde la estación de autobuses hasta allí. Y el plano de Madrid tenía por lo menos dos

metros de alto por uno de ancho. En Almería, con todo lo que llevaba recorrido, ya se le hubiese acabado la ciudad. Allí, en cambio, se sentía como una hormiguita.

Al menos, gracias al mapa de la parada de autobús pudo orientarse. Enfiló por una calle cuesta arriba y después de otra media hora caminando acabó en unas callejuelas estrechas de adoquines. Por allí todo estaba lleno de bares y pubs con las persianas a medio levantar. Se fue fijando en los nombres de las calles (calle de las Huertas, calle Príncipe, calle Núñez

de Arce...), repitiéndolos para acordarse.

Por fin llegó a la Puerta del Sol. La torre del reloj le resultó familiar por las campanadas de fin de año. Se acordó de que ya no volvería a pasar una Nochevieja con su madre y volvió a anegarla la tristeza.

La plaza estaba llena de grupos de chicos jóvenes, la mayoría con aspecto extranjero. Estudiantes que pasaban en Madrid una temporada con una beca Erasmus y que se citaban allí para salir de fiesta. Alicia sintió una punzada de envidia. A todos aquellos chicos se les veía despreocupados y felices.

Su único problema en la vida era pasarlo bien, emborracharse y ligar. Ninguno de ellos parecía ni remotamente preocupado por el futuro. Todos tenían padres que les pagaban la vida, que les apoyaban y que les ayudaban.

«Tú estás sola», se recordó Alicia mientras caminaba entre los jóvenes, sin poder evitar la sensación de que cargaba el peso del planeta sobre sus hombros. «Pero no te vas a venir abajo. Un día te acordarás de esto y te reirás», se dijo a sí misma sintiendo la extraña y desesperada emoción del que desafiaba al mundo entero.

Por fin llegó a la plaza Mayor. Si hubiese sido una estudiante becada, Alicia sin duda hubiese disfrutado de la magia de aquel lugar. Los soportales de granito, los arcos y callejones de acceso, las fachadas de ladrillo y madera con tejados de pizarra, las torres de aguja, los escudos y murales... evocaban que una vez en España existieron fastuosos reyes y nobles, caballeros andantes con armadura y damas con pomposos vestidos.

Pero el olor a fritanga que emanaba de los bares que ahora ocupaban los soportales evocó en Alicia sensaciones más prosaicas.

Los gruñidos de su estómago le recordaron que no había comido nada desde hacía horas.

En una de las callejuelas laterales de la plaza encontró un cartel luminoso que señalaba un hostel. La entrada no se diferenciaba en nada de las del resto de las fincas antiguas. Alicia empujó una pesada puerta enrejada y pasó al interior.

El *hall* del hostel era estrecho y alargado, con un vetusto mostrador de madera al fondo. El aire dentro estaba tan frío como en la calle. El suelo era de baldosas de cemento gris. Del alto techo decorado con

cenefas y volutas de yeso colgaba una pesada lámpara de cristal que emitía una luz mortecina. A lo largo de una de las paredes había una hilera de sillones de escay y, frente a ellos, una vieja televisión encendida donde estaban dando uno de esos programas musicales en los que ponen a prueba la voz de supuestos talentos. Acoplados en uno de los sillones había una pareja de ancianos de piel arrugada que miraban ensimismados la televisión con ojos vidriosos. En el programa, un chico con voz de pito estaba cantando a pleno pulmón una canción de Nino Bravo. Sonaba

horrible. El público del programa aplaudía entusiasmado. Al fondo del recibidor, en una especie de trono o silla elevada, había sentado un hombre tan gordo que parecía a punto de reventar el traje negro que llevaba puesto. El hombre se llevaba a la boca un enorme puro que chupaba con ansia una y otra vez, como si necesitase el humo más que respirar. A sus pies, un hombrecillo postrado de rodillas se afanaba en limpiarle enérgicamente los zapatos con un trapo ennegrecido mientras el gordo fumaba y dormitaba con párpados entrecerrados.

Si no hubiese estado tan cansada, Alicia hubiese disfrutado de lo absurdo de estar en un lugar como aquel buscando una habitación.

Fue hasta el mostrador, tras el cual había sentado un hombre joven con aspecto de matón de discoteca. A pesar del frío, llevaba solamente una camiseta blanca interior de tirantes. Tenía la cabeza rapada y unos brazos enormes y musculosos cubiertos de tatuajes. Las enrevesadas figuras de los tatuajes le subían por los hombros hasta cubrirle el cuello y parte del cráneo afeitado. En contraste con la

enormidad de sus músculos, el hombre tenía una cara diminuta, como si los ojos, la nariz y la boca hubiesen querido ocupar el mismo espacio en su rostro. Sus pupilas se desplazaron arriba y abajo examinando a Alicia.

—¿Cuanto cuesta una habitación? —preguntó Alicia—. La más barata.

—Treinta euros la noche —respondió.

¡Treinta euros! Por pasar una noche en aquel tugurio tan cutre, ¿y eso era barato? El dinero que llevaba no le alcanzaría ni para alojarse una semana. Y después,

¿qué? Alicia prefirió no pensar en el futuro.

—Vale, me quedo esta noche.

—Tu DNI.

—¿Mi qué?

—Tu DNI. Para registrarte —
pidió el recepcionista.

Genial. Pensaba registrarse con un nombre falso. Si su madre ponía una denuncia y ella iba por ahí enseñando el DNI con su verdadero nombre, la policía no tardaría ni dos segundos en encontrarla.

—Lo he perdido —mintió—. Me llamo Luisa Martínez. Le puedo decir el número de memoria.

—Sin DNI no te puedo dar la habitación.

—Es que no lo tengo. Le digo que lo he perdido. Mire, mañana saco uno nuevo y se lo traigo.

—No puedo arriesgarme a una inspección y que me multen —negó el hombre—. Tengo a los putos municipales todo el día encima. Sin DNI no hay habitación.

Mierda. Con aquello sí que no había contado. Alicia pensó en sus opciones. Desde luego, no podía pasar la noche en la calle.

—Déjeme quedarme solo esta noche, por favor —suplicó.

—Venga, dale la habitación — dijo una voz a su espalda—. ¿No ves que la damisela está en apuros?

Alicia se volvió y vio que había sido el limpiabotas quien había intercedido en su favor. Era un hombrecillo menudo, más bajo que ella y muy delgado, con el rostro alargado y una gran nariz. Subido en la silla de madera, el hombre gordo del puro miraba a Alicia fijamente sin dejar de chupar y expulsar humo, chupar y expulsar humo, una y otra vez. El limpiabotas guiñó un ojo a Alicia.

—Vamos a ver, tú te has escapado de casa, ¿verdad? —

preguntó el hombre de la recepción.

—Digamos que me he independizado de mi familia —respondió Alicia fingiendo una seguridad que no tenía.

—¿Y cómo piensas ganarte la vida en Madrid? ¿Vas a prostituirte? Te advierto que en mi hotel no acepto putas. Este es un sitio honrado.

—Eso a ti no te incumbe —respondió airada—. Para tu información, soy cantante. —Levantó la funda de la guitarra sobre el mostrador.

El hombre la miró con los ojos convertidos en dos ranuras.

—Está bien, solo esta noche. Haré la vista gorda. Pero mañana, si no me enseñas un DNI, te largas.

—Mañana tendrás el DNI — mintió Alicia.

El recepcionista le entregó una llave atada a un pedazo de madera que tenía grabado el número siete. Le explicó que la habitación se encontraba en la segunda planta.

Alicia se dirigió hacia las escaleras. Cuando tenía un pie en el primer escalón se volvió y vio que el limpiabotas la observaba. Creyó ver un brillo de astucia en sus ojos. El limpiabotas bajó la mirada y regresó a los pies del hombre gordo. Alicia

se internó por las escaleras estrechas y mal iluminadas. Desde luego, pensó, la gente en Madrid era de lo más rara.

Se metió en la habitación. Apestaba a humedad y a tabaco. Había una cama doble cubierta por una colcha raída con un estampado de flores, una mesita de madera de pino y una cómoda desvencijada. No había ventanas. Tampoco había calefacción. Hacía casi tanto frío como en la calle.

Alicia se metió en la cama sin quitarse la ropa, arrebujándose bajo unas gruesas mantas que olían a polvo o a algo peor que no se

atrevió a imaginar. La tensión dio paso a una profunda tristeza. Fue al acostarse y encontrarse bajo aquel manto de oscuridad cuando comprendió la gravedad de lo que había hecho, cuando pudo saborear la dureza y la soledad de su situación.

No llores. No llores. No llores.

Fugarse no se parecía en nada a la aventura liberadora que había imaginado. Hacía frío, estaba a punto de pasar la noche en un lugar horrible y estaba muy cansada.

«Mis comienzos no fueron fáciles. A los diecisiete años decidí que tenía que dar un giro a mi vida

y me escapé de casa. Empecé a tocar en pubs de Madrid. Pronto me descubrió un cazatalentos y, bueno, el éxito me llegó casi sin esperarlo», contaría en su biografía.

¡Ja! La idea de ganarse la vida tocando en pubs, de abrirse camino hasta convertirse en una cantante famosa, le pareció tan ridícula como basar sus esperanzas de futuro en que le tocara la lotería. Si casi no había sobrevivido a su primera noche en Madrid... Y mañana ni siquiera tendría una habitación donde dormir.

Pensó en su madre, que estaría durmiendo plácidamente en su

cama, caliente, seguramente abrazada al desgraciado de Mario el Armario. «Gracias, mamá, gracias por todo», dijo en un susurro.

Se acordó de su hermanito. Se lo imaginó en su habitación de hospital, solo y en la oscuridad. La desesperación se derramó por su interior como lava ardiente.

No llores. No llores. No llores.

«Bueno, pues ahora estás sola; eso es lo que querías, ¿no?»

Con los dedos engarfiados en las sábanas, temblando a sacudidas por el frío, se juró a sí misma que iba a salir adelante fuese como fuese. No podía repudiar a su madre

y, a la vez, reprocharle que no la ayudase. Su madre había decidido seguir su propia vida; pues muy bien, que te aproveche, mamá.

Escuchó su propio corazón latir con una fuerza inusitada. Empezó a imaginar que cada latido era como un bombeo que le insuflaba un nuevo ímpetu. Se fue llenando de determinación. No sabía cómo, pero de algún modo se abriría paso en la vida. Se abriría paso o moriría en el intento. No le quedaba otra alternativa.

EVA LUNA

Empezar una nueva vida.

Reinventarse. Dejar atrás el pasado y ser ella misma, una persona completa. Una persona nueva, diferente. Ese era su objetivo.

Era el mismo cielo de siempre, el mismo sol, el mismo aire. Pero algo había cambiado. Todo tenía un aspecto fresco, renovado. Eva nunca

se había fijado en lo hermosas que eran las calles cuando estaban cubiertas de deslumbrante nieve. Nunca se había fijado en los destellos que el sol arrancaba en la nieve que se funde en las hojas de los árboles. Era irónico y trágico pensar que la nieve despliega su máxima belleza en el momento exacto de su muerte, cuando se transforma en agua. Tal vez la muerte no fuese muerte, solo transformación de una cosa en otra.

¿Cuántas otras cosas como aquella habría visto sin ver?, ¿las habría visto la otra mitad de Eva Luna, su mejor mitad?

A veces creía ser Eva en su totalidad. En momentos fugaces parecía incluso que la otra mitad tomaba el control. Entonces la peor mitad de Eva Luna se dejaba controlar, satisfecha, complacida. Pero siempre llegaba una palabra, un gesto, un reflejo de su cara en un cristal que le mostraba a la Eva incompleta, a ella, a su peor mitad.

Vio a su padre gritándole. Vio a su padre morir delante de ella con un agujero de bala en el cuello, un agujero perfecto, limpio, sin sangre, y en sus ojos el reflejo de su hija.

Respiró hondo y apartó aquella imagen de su mente. El aire tenía

un sabor dulce. Hacía mucho frío, pero incluso el frío era agradable.

«Empezar una nueva vida.»

Ya nadie elegiría por Eva Luna. La vida era como una de las páginas amarillentas en las que había volcado sus pensamientos. Las páginas estaban ahora totalmente vacías, páginas que ella debía escribir.

Comenzó a reírse sola mientras levantaba nieve del asfalto y la dejaba colarse, resbaladiza, entre sus dedos.

Eva volvía a estar completa. A pesar de algunos gestos, de algunas palabras, a pesar de sus

imperfecciones, a Eva no le faltaba nada.

No, no iba a volver a la casa donde había vivido con su padre. No quería volver a pisar el mismo suelo que había pisado él. No quería volver a dormir bajo aquel techo. Tampoco regresaría jamás al bar en el que había trabajado desde que tenía dieciséis años.

Incluso el jardín de su casa, su único amigo, no le causaba ya otra cosa que una profunda indiferencia. El jardín había sido testigo mudo de su miseria. En cada una de aquellas flores ahora mustias se escondía

una historia despreciable, un recuerdo del horror.

Construiría un nuevo jardín desde cero. Estaba sola y era libre.

Resolvió el problema del alojamiento alquilando un piso en Madrid. Ahora el dinero de su padre había pasado a pertenecerle a ella y disponía de una cantidad suficiente como para poder mantenerse los próximos meses hasta que encontrase un trabajo. Además, a través de una inmobiliaria había puesto a la venta las propiedades de su padre (Eva se negaba a considerarlas suyas, aunque ahora lo eran).

Después de una semana alojándose en un hotel, Eva por fin había encontrado un piso de su agrado. Era un inmueble antiguo con viejas tuberías de hierro y techos altos con molduras clásicas. Las paredes desprendían un aura ceniza, cálida, y podía casi oler la madera rústica de los suelos, sin pulir ni barnizar, que atrapaba la luz fresca de la mañana como si el sol le perteneciera. El piso era bastante pequeño: un salón estrecho y alargado, una cocina, un baño y un solo dormitorio. La cocina parecía del siglo pasado y las puertas estaban comidas por las termitas.

Pero era exterior, muy luminoso y, lo más importante, disponía de un balcón con vistas al parque del Retiro. Eva se enamoró del piso en cuanto vio aquel soleado balcón. Como era pequeño, no tenía ascensor y estaba sin reformar, el alquiler no le salía muy caro. Además, la caldera, aunque antigua, funcionaba perfectamente. Tampoco la calefacción y las tuberías de agua caliente tenían problema alguno.

El piso, según le explicó el agente de la inmobiliaria que se lo había enseñado, llevaba años cerrado. Al parecer pertenecía a dos

hermanos que lo habían heredado de sus abuelos y que no se ponían de acuerdo sobre el precio de venta. Al final habían decidido ponerlo en alquiler, con la condición de que el inquilino tendría que hacerse cargo de cualquier reforma o gasto en mobiliario. En contrapartida, el alquiler era de solo seiscientos euros para un piso situado en pleno centro de Madrid.

Además de conservar los muebles, el piso contenía todo tipo de objetos antiguos. En las estanterías del viejo aparador del salón había marcos de metal labrados con fotografías en blanco y

negro, un reloj de madera sin cristal al que también le faltaba una manecilla, así como montones de libros de páginas amarillentas. Sobre el taquillón de la entrada descansaban un teléfono de disco color marfil y una radio grande de madera. En una vitrina de cristal que amarilleaba por el tiempo había un bonito juego de porcelana compuesto por una sopera, una tetera, cinco tazas y cuatro platillos. En el tocador del dormitorio encontró una figura de porcelana de un niño Jesús con un brazo roto y un joyero de madera precioso que había perdido la tapa.

Todos aquellos objetos tenían algo en común: estaban rotos o tenían un grave defecto. Todos estaban incompletos, les faltaba algo para poder cumplir la función para la que habían sido contruidos.

—Puedes tirar a la basura todo lo que hay —le había dicho el agente de la inmobiliaria—. Los dueños ya se han llevado cualquier cosa de valor. Todo lo que queda son trastos viejos.

Eva Luna no pensaba tirar nada. Le encantaban aquellos objetos que una vez habían formado parte de un hogar y que ahora aguardaban pacientemente que

alguien volviese a quererlos de nuevo.

Lo primero que hizo fue limpiarlo todo a fondo. Trabajó duro varios días hasta que sacó todo el hollín y la suciedad que el tiempo había acumulado en cada rincón.

Cuando limpiaba el altillo del armario del dormitorio encontró una muñeca antigua que debía de llevar años allí encerrada. No era una de esas muñecas que imitan a un bebé. Tenía brazos y piernas articulados, el pelo castaño cortado como a tijeretazos y un rostro más bien juvenil. Estaba cubierta de polvo y llevaba un vestido de lazos

que daba una idea de su antigüedad. Aquella muñeca se había pasado los últimos cuarenta años confinada en la oscuridad.

—Pobrecita —dijo Eva Luna mientras le quitaba el polvo cuidadosamente—. Tanto tiempo encerrada.

En el rostro de porcelana había algunos desconchones. Tenía unas cejas pintadas del mismo color castaño que el pelo, las pestañas largas y rizadas y unos ojos grandes de cristal que miraban como con asombro. Eva quiso ver reflejada en ellos la alegría de haber sido liberada de la oscuridad.

Dedujo que era una muñeca que había sufrido rasguños dolorosos en circunstancias inimaginables más de un siglo atrás, que había acompañado a su dueña durante su infancia y se había quedado aguardando pacientemente cuando le faltó su presencia.

Eva decidió que aquella muñeca se llamaba Agnessa, como la heroína de un cuento que había leído de niña.

Agnessa, imaginó Eva, había sido muy querida por una niña que había crecido a su lado hasta convertirse en mujer y que la había

conservado consigo mientras envejecía, dejando atrás al morir a su muñeca querida, olvidada por el mundo.

Eva suspiró. Menuda tristeza pasarte medio siglo encerrada en un armario. Estrechó a la muñeca en su regazo.

—Las dos lo hemos pasado mal, ¿verdad? Ahora somos amigas tú y yo. Vas a ser mi primera amiga en Madrid —dijo con una gran sonrisa.

Eva colocó la muñeca en el sillón del salón, cerca de la ventana, donde siempre recibiese la luz del sol.

Después de limpiar el piso a fondo, pintó ella misma las paredes de bonitos tonos pastel. Lo siguiente que hizo fue comprar un buen número de macetas. Adquirió plantas de interior y de exterior. Los geranios, las achiras y las petunias llenaron el balcón. En los estantes del mueble del salón puso azaleas, begonias, camelias y orquídeas.

Aquel piso, poco a poco, fue pareciéndose al hogar de sus sueños.

Abrir la puerta de su casa, pasar al interior y cerrar con llave era toda una sensación indescriptible.

Su propia casa. Podía hacer lo que le viniese en gana sin el temor constante a su padre. Podía dedicarse durante horas a cuidar de sus plantas, a podarlas y regarlas, ocuparse de que cada una recibiese la cantidad justa de luz y agua. Podía preparar cada día sus platos favoritos y ya no tendría nunca más que cocinar para su padre, no tendría que soportar nunca más sus reproches, sus insultos, sus abusos.

Su padre...

Podía llenar la enorme bañera de agua caliente y pasarse una hora allí metida, disfrutando de la

fragancia de sus flores, que se propagaba por la casa.

Compró una pequeña radio y la música inundó el aire de ritmos y alegría. Su padre nunca la dejaba escuchar música. Ahora Eva Luna se pasaba el día con la radio encendida. No echó en falta la televisión porque odiaba las noticias, las malas noticias, los debates agresivos que emitían a todas horas en cualquier cadena; odiaba las discusiones y los enfrentamientos. Eva prefería por compañía la música alegre y burbujeante. A sus flores también

les gustaba la música y ella estaba feliz de verlas crecer a salvo.

Eva sentía que se alejaba a toda velocidad de su pasado y que se acercaba a un hermoso futuro que ya empezaba a ser presente.

No iba a tardar en descubrir que no era la única persona que vivía en aquel regio edificio que estaba huyendo de su pasado.

* * *

Eva se sentía feliz en el interior de su piso, donde era libre, a salvo con sus flores. Adaptarse al mundo exterior era otra cosa bien distinta.

Al principio, cuando se cruzaba con algún vecino en el portal, solían saludarla con un «buenos días», un «buenas tardes» o un «hasta luego». Eva, que evitaba desesperadamente mirarles a los ojos, era incapaz de devolverles el saludo. Cuando intentaba decir algo, se le atenazaba la garganta y la sangre se le agolpaba en los oídos. Al encontrarse con algún vecino, bajaba la mirada y hacía como que no lo veía. Tenía la impresión de que si hablaba se pondría en evidencia, como si su voz pudiese delatar su pasado vergonzoso.

Después de varios encuentros ya nadie la saludaba. Cuando se cruzaba con los vecinos, la miraban de reojo y murmuraban con desaprobación. Eva empezó a tener pánico cada vez que entraba o salía de su piso ante la idea de encontrarse con alguien.

Al otro lado del rellano de su planta, en la puerta de enfrente, vivía una chica joven, pelirroja, de unos treinta años. Se cruzaban a veces en las escaleras, cuando Eva salía o entraba. A pesar de la esquivez hecha rigor de Eva, ella siempre insistía en saludar y sonreír.

—Vamos a ser vecinas, qué bien. Me llamo Mamen —le dijo la primera vez que se encontraron en el rellano.

Al escuchar la voz de su vecina, Eva pensó en rosas rojas como la sangre y en espinas agudas, dolorosas. En su balcón no cultivaba rosas. Se preguntó de dónde le habría venido aquella evocación tan intensa del tacto agudo y punzante de una espina. Miró a la mujer a la cara y comprendió que la vecina llevaba varios segundos esperando una respuesta. Eva simplemente asintió, bajó la mirada y se metió en su casa

como si huyese de algo. Se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho su nombre. Aquella mujer iba a pensar que era una maleducada.

Un día llamaron a su puerta. Eva se asomó a la mirilla y vio que era Mamen, la vecina de enfrente. Por un instante sintió una punzada de pánico. Le pasó por la cabeza la idea de que los vecinos hubiesen decidido expulsarla del edificio. Pero ella no había hecho nada malo. No saludar no era ningún crimen.

Después de instantes de vacilación acabó abriendo la puerta.

—¡Hola! —saludó Mamen con una gran sonrisa.

Llevaba el pelo muy corto y teñido de pelirrojo. Tenía una cara redonda y unos ojos grandes y verdes muy expresivos. Eva quiso devolverle la sonrisa, pero sus labios se torcieron en una mueca. La miró a los pies.

—Perdona que te moleste —dijo la vecina—, pero estoy informando a todas las mujeres del edificio que acabo de inaugurar una peluquería en un local del bajo. Para ganar clientela voy a cobrar a mitad de precio a los vecinos del bloque. Así que, si te apetece un arreglito, pásate cuando quieras.

—Yo... no creo que pueda... — dijo Eva con los ojos clavados en el suelo.

—Perdona si me meto en lo que no me llaman, pero creo que a tu pelo le hace falta un buen corte — dijo Mamen—. Tienes una buena mata, aunque se nota que no lo cuidas.

Eva frunció el ceño. Se llevó una mano detrás de la oreja y agarró un mechón de pelo. Siempre había odiado su pelo. Era grasiento, rizado y rebelde. Muchas veces había pensado cortárselo a lo chico, pero la Eva Luna completa de sus sueños tenía una bonita cabellera y

cortarse el pelo hubiese sido renunciar a estar completa.

Eva no dijo nada. El silencio se quedó flotando entre ellas como una presencia incómoda.

—Pues ya sabes, pásate cuando quieras, que te voy a poner bien guapa —acabó diciendo la vecina—. Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

—Eh, Eva —respondió.

—Pues me alegro de que seamos vecinas, «Eh-Eva»...

A Eva se le escapó una sonrisa.

—... de verdad —concluyó

Mamen.

Aquella vecina, Mamen, era la única persona que la miraba con simpatía cuando se cruzaban en la escalera y que la saludaba incluso si Eva miraba para otro lado. Eva solía encontrársela casi siempre detenida en el portal, hablando con alguien. Mamen siempre parecía tener un tema de conversación para cada uno de los vecinos, en quienes despertaba una sonrisa que se quedaba congelada en sus labios en el momento en que aparecía Eva y la miraban de arriba abajo.

Cuando Eva pasaba por delante de la recién inaugurada peluquería de su vecina, la observaba a través

del escaparate peinando a alguien, hablando y riendo. Siempre parecía que las clientas se lo estaban pasando en grande. En varias ocasiones, Eva estuvo a punto de entrar para hacerse un corte de pelo, pero tenía miedo de hacer el ridículo con aquel pelo tan odioso que tenía.

En cierto modo, envidiaba a su vecina, tan extravertida. Mamen era una especie de reflejo de cómo hubiese querido ser ella misma, de la parte de sí misma que habitaba en su imaginación. La Eva Luna completa siempre saludaba a los demás con una sonrisa en los

labios, siempre tenía unas palabras amables o de ánimo. Siempre que quería era capaz de despertar una sonrisa en los demás. Y siempre quería.

Esa Eva Luna completa habitaba dentro de ella. Eva podía sentirla, pero por algún motivo no lograba que saliese a la superficie. Era como si unas correas invisibles la sujetasen. La Eva Luna divertida y simpática bullía en su interior deseosa de mostrarse al mundo, aunque su cuerpo era como una estatua de barro incapaz de dar salida a lo que albergaba dentro.

No entendía por qué el simple hecho de intercambiar un saludo con alguien hacía que se le nublar la mente y le costase pensar con claridad mientras la invadía la angustia, se le hacía un nudo en el estómago y sentía que algo le robaba toda su energía.

Sentada en un banco del parque del Retiro, observaba pasar a la gente. Chicas cogidas de la mano con sus novios, jovencitas en pandilla, divirtiéndose, riendo. Mamás con sus hijos de la mano o empujando sus carritos. Todas ellas completas. Todas ocupando un lugar concreto en el mundo.

En un banco del parque vio a una chica que leía un libro. Estaba tan concentrada y parecía disfrutar tanto de la lectura bajo la dulce luz del sol que Eva corrió a una librería decidida a comprarse una novela. Cuando entró en el local, la enormidad de posibilidades la abrumó. Su primer impulso fue dirigirse a la sección de botánica o jardinería, pero decidió que tenía que ampliar sus horizontes: quería una novela de ficción. Sus ojos volaron de repisa en repisa y sobre las mesas en las que descansaban los libros más vendidos, expuestos de un modo que esperaba captar la

atención de sus futuros lectores. Las portadas eran de lo más sugerente: caras de niños, de mujeres, paisajes urbanos, fondos oscuros, de vivos colores... Eva siguió deslizando la mirada sobre todos los volúmenes hasta que se detuvo en una portada en la que una chica escuálida, de pelo negro, con un ceñido vestido rojo, parecía mirarla directamente a los ojos. La chica estaba acurrucada en el suelo. Parecía una fotografía modificada para simular un dibujo. La chica no tenía precisamente un porte imponente, pero miraba a Eva con seguridad en los ojos. Había

encontrado su novela.

Sin embargo, cuando regresó al parque y quiso leer, las palabras bailaban ante sus ojos sin que fuese capaz de concentrarse en su significado.

Al pasar por delante de una cafetería, se quedó mirando a un grupo de amigas que tomaban café alrededor de una mesa. Todas reían sin parar mientras una de ellas contaba algo que debía de ser graciosísimo. Aquellas chicas no entendían lo que era una preocupación, como si no existiera en la vida otra cosa que reír y pasarlo bien.

Eva se preguntó quiénes serían sus amigas en el futuro. Estaba convencida de que acabaría formando parte de un grupo de amigas. Quedarían para tomar café o para salir a cenar juntas y todas se lo pasarían en grande. Sus amigas estaban allí fuera, en algún lugar de aquella enorme ciudad, viviendo sus vidas sin saber que un día serían las mejores amigas de una chica llamada Eva Luna. A lo mejor hasta se había cruzado ya con ellas por la calle. ¿Cómo las conocería? ¿En qué circunstancias se harían íntimas amigas?

Eran preguntas que todavía no tenían respuesta, aunque Eva se moría de ganas de averiguarlo.

También, cuando veía a una pareja, Eva se preguntaba quién sería el hombre que se enamoraría de ella. ¿Con quién tendría hijos y sería una esposa y madre ejemplar? ¿Llegaría algún día a formar un hogar?

De momento, el único hombre que conocía era Max. Era, de hecho, el único hombre cuya presencia soportaba, el hombre más hermoso que había visto jamás, el hombre cuyos ojos no conocían el miedo.

Max era firme como una roca y dulce como un niño. Max era el único amigo que tenía en aquella nueva vida que había emprendido.

Eva había comprado un teléfono móvil. Un iPhone blanco muy bonito. En la agenda de contactos, de momento, solo había un nombre:

Todos los contactos
Max

Con el tiempo aquella agenda se llenaría con los nombres de todas sus amigas. La Eva Luna completa que aspiraba a ser tenía una intensa vida social. Quedaba cada noche

para cenar con amigas en bonitos restaurantes. La invitaban a fiestas. Salía a tomar café.

Pero, de momento, su único amigo era aquel hombre sin recuerdos, Max, partido en dos como ella. Max incluso había conocido su nueva casa. La visitó pocos días después de que Eva se hubiese instalado.

Cuando alguien ve por primera vez tu casa, tú misma ves tu casa desde la perspectiva del visitante, te pones en su punto de vista, de manera que las paredes, las repisas, las ventanas y la luz que serpentea por los pasillos, todas esas cosas

que ya has asimilado y se han hecho invisibles te vuelven a parecer nuevas, frescas, como si las mirara un hombre que no tiene recuerdos.

Max se había sentado en el sofá de la salita y estuvo observando cada rincón al alcance de sus pupilas mientras Eva preparaba café.

—Me gusta tu casa —dijo el hombre—. Es muy acogedora. Y las flores son muy bonitas.

Eva dejó sobre la mesita una bandeja con dos tazas antiguas de porcelana que había recuperado del viejo aparador. Una de las tazas tenía un desconchón y a la otra le

faltaba el asa. A Eva no le importaba. Se sentía reconfortada al volver a dar utilidad a aquellos objetos olvidados.

Mientras servía el café se dio cuenta de que Max la contemplaba en silencio. A Eva no le importaba que él la mirase. Sus ojos irradiaban serenidad. Era el único hombre cuya mirada no le hacía daño. Al contrario, la alentaba.

Eva sabía que Max era incapaz de hacerle daño a una mujer y esa seguridad era para ella como un asidero firme frente al torbellino de oscuras intenciones que podía ver reflejado en los rostros de otros

hombres. Cuando iba por la calle no podía evitar cruzarse con ojos que la miraban con lascivia. Si llevaba escote, le miraban los pechos con descaro. Si llevaba un vestido, le miraban las piernas. Casi podía ver como en sus mentes se dibujaba la imagen de su cuerpo desnudo. Era repugnante. Los hombres solo albergaban pensamientos sucios. Con Max era distinto. Max no tenía recuerdos. Su mente era como un libro en blanco. En cierto sentido, Eva lo envidiaba. A menudo se preguntaba cómo sería su vida si de pronto pudiese olvidarlo todo.

Olvidar a su padre...

Eva tenía pánico a sus recuerdos. Procuraba mirar hacia delante, siempre adelante.

A veces se sentía como si estuviese al borde de un precipicio. Si miraba atrás, podía perder el equilibrio y caer en el vacío. Pero todo estaría bien mientras mantuviese la vista fija en el frente. Hacer un esfuerzo constante por no recordar resultaba agotador. Hubiese dado cualquier cosa por sufrir amnesia, como Max. A menudo se preguntaba cómo se contemplaría la vida sin la carga del pasado. ¿Sería como volver a nacer?

—¿Qué se siente cuando miras atrás y no hay nada? —le preguntó en aquella ocasión en la que Max estuvo en su casa.

—Es difícil de explicar —respondió el hombre pasándose una mano por la mejilla—. Supongo que una enorme sensación de soledad. Miro a mi alrededor cuando voy por la calle y cada persona con la que me cruzo parece tener un objetivo en su vida. Yo no sé cuál es mi propósito, no sé qué es lo que se espera de mí. He descubierto que me gusta caminar entre la multitud, sentirme reflejado en el ir y venir de los demás, como si yo también

tuviese un designio, como si yo también fuese a algún lugar donde alguien me espera, donde alguien me echa de menos.

—Hoy yo te esperaba —dijo Eva Luna.

Max la miró como si acabase de comprender algo importante.

—Sin embargo, mientras venía hacia aquí yo seguía sintiéndome como si nadie me esperase —dijo Max—. Como si caminase a ningún lugar. Así es mi desconexión. ¿Puedes entenderme ahora?

Eva Luna reprimió un escalofrío. Lo entendía demasiado bien. Llevaba toda su vida instalada

en la soledad, sin establecer vínculos con nadie. Llevaba años envidiando las vidas de otros que no habían pasado por lo que ella.

Cuando se despidieron, Max se agachó y la besó en la mejilla con dulzura, un beso que hizo a Eva pensar en orquídeas de color púrpura. El silencio quedó flotando entre ellos como un pájaro travieso, dando bandazos dentro de la habitación. Eva esbozó una leve sonrisa apretando un poco los labios y ladeando la cabeza.

Entonces Eva le dijo algo que a ella misma la estremeció:

—Lo más lógico y necesario sería que nos volviéramos a ver pronto.

Max sonrió, asintió con suavidad y desapareció escaleras abajo.

* * *

Eva había llegado a comprender las diferencias y las similitudes entre Max y ella misma. Ambos tenían en común que sus vidas se habían partido en dos. A ella la mitad de su vida se la había robado su padre. Max no recordaba nada de su pasado. Por no saber, no

sabía ni su propio nombre real ni reconocía a persona alguna de las que había conocido antes.

La diferencia entre ambos era que para Eva Luna esa falta de identidad hubiese supuesto una especie de liberación. Para Max, en cambio, era una tortura.

Es curioso como muchas veces dos personas cruzan sus caminos y se envidian mutuamente por no tener lo que el otro tiene, pero más aún por la carga que supone tener lo que el otro envidia. Max quería un pasado, algo que ella tenía; el deseo de Eva era olvidarse del suyo, tal y como había hecho él. Max

buscaba el antes para reconciliarlo con el después; Eva buscaba incendiar el antes para poder afrontar el después.

Tal vez todo aquello fuesen simplemente buenas noticias. Ahora que empezaba a ser una persona completa, no una mitad, quería seguir avanzando y enfrentarse a su soledad. El uno es más que la mitad, pero el uno sigue siendo un número perfectamente solitario. ¿Podía ser la soledad de Max la respuesta a su soledad? ¿Encontrarían compañía el uno en el otro o se limitarían a sumar sus dos soledades?

De momento, su única compañera era la muñeca Agnessa. Ella, al igual que Max, tampoco la juzgaba.

Eva Luna meneó la cabeza con resignación. Acurrucada en el sofá, abrazada a la muñeca en la suave oscuridad del atardecer, fue quedándose adormilada.

Acostumbrada a recordar gritos de mujer en sus pesadillas, Eva sentía un alivio infinito al despertar y comprender que solo eran malos sueños. Pero no estaba preparada para lo que ocurrió aquella noche, cuando se despertó de repente, abrió los ojos y los

gritos siguieron resonando en la oscuridad, aferrándose al mundo real más allá de sus pesadillas.

MAX N. N.

Hospital Provincial de Almería. Área de psiquiatría.

Sesión doce (12) con el paciente Max N. N. El paciente ha demostrado una extraordinaria habilidad para leer el lenguaje corporal. Interpreta los gestos y las expresiones faciales involuntarias hasta el punto de ser capaz de determinar con gran certeza si una persona miente o no. Esta habilidad me ha sugerido algunas posibilidades sobre el pasado del paciente que estoy indagando, ya que seguimos sin tener indicaciones de su identidad anterior. No obstante, se ha abierto una nueva vía de

investigación que resulta prometedora. Se basa en el descubrimiento de que el paciente, además del español, entiende y habla perfectamente el idioma ruso. Mi idea consiste en aplicar técnicas de hipnosis al paciente para acceder a su subconsciente y tratar de recuperar datos sobre su vida pasada. Para evitar falsos recuerdos (algo que el paciente hubiese visto o escuchado recientemente y que su subconsciente situase falsamente en un momento de su pasado), las sesiones de hipnosis tendrán lugar en ruso. Será como interrogar a su subconsciente en ese idioma. Al hacer preguntas en ruso provocaremos que las respuestas también sean en ruso, y de ese modo estaremos seguros de que se trata de recuerdos reales previos a la amnesia, recuerdos que se almacenaron en ese idioma. Para las sesiones de hipnosis he solicitado la ayuda de un intérprete. La administración del hospital me ha facilitado los servicios de un profesional.

Cuando Max acudió a la consulta del psiquiatra para la sesión de hipnosis (una sesión que habían programado hacía días), las revelaciones de las últimas horas, las dudas y la ansiedad bullían en su cabeza como miles de moscas encerradas en un vaso de cristal.

Max quería hablarle al psiquiatra de su extraño encuentro con Serguéi Aksionov, el millonario ruso que al parecer conocía a su antiguo yo: alguien llamado Nikolái.

En los días previos, Max había repasado docenas de veces todas y

cada una de las palabras que había intercambiado con Serguéi Aksionov. A partir de la conversación, Max fue capaz de deducir unas cuantas cosas:

Se llamaba Nikolái.

Aunque, públicamente, Serguéi Aksionov era conocido como un empresario ruso, era obvio que llevaba a cabo actividades delictivas. Llevaba pistola y lo escoltaban unos individuos con aspecto de matones.

Serguéi Aksionov odiaba a Max (o a su yo anterior, el tal Nikolái). A pesar de lo cual, tenía órdenes expresas de no tocarle un pelo (¿órdenes de quién? Se había

referido a una mujer. ¿Quién era esa mujer?).

La mujer de la fotografía que Max conservaba había sido, y todavía lo era, una persona importante para él. La frase «la historia la escriben los ganadores», escrita en el reverso de la foto, seguía siendo tan enigmática como la primera vez que recordaba haberla leído. Ahora Serguéi Aksionov le había dejado una fotografía de esa misma mujer (una imagen que había sido tomada varios años después de la que él atesoraba) y había amenazado con hacerle daño.

A pesar de todos aquellos datos nuevos, Max no había logrado averiguar mucho más sobre sí mismo, lo cual lo llenaba de impotencia y frustración. Se arrepintió mil veces de haber dejado marchar a Serguéi Aksionov por las buenas, sin sacarle más información sobre su pasado.

Al menos, se consoló Max, si aquel hombre le conocía, no debería ser tan difícil tirar del hilo y averiguar qué relación había tenido con el magnate ruso y, por lo tanto, quién había sido antes de su amnesia. El problema era que Serguéi Aksionov le resultaba una

persona inaccesible. No sabía qué pasos seguir para contactar con él o con su entorno y tampoco tenía nadie a quien recurrir. Esperaba que el psiquiatra, que tanto se había interesado por su caso, que tan honestamente había removido cielo y tierra para averiguar algo sobre su pasado..., esperaba que el buen doctor pudiera ayudarle.

Pero cuando tuvo ante sí al psiquiatra se llevó una desagradable sorpresa. El médico lo saludó con frialdad. Rehuyendo su mirada en todo momento, le habló de un modo poco espontáneo, sin prestar atención a lo que Max le decía,

enunciando las frases sin naturalidad, como un mal actor que siguiera un guion a duras penas memorizado.

—Hola, Max —saludó—. Todo está listo. Estamos preparados.

Eso fue todo lo que Max necesitaba, «estamos preparados», para saber que el psiquiatra le ocultaba algo.

El doctor ni siquiera había hecho ademán de estrecharle la mano. Su respiración era profunda y lenta, sus ojos parpadeaban a cámara lenta.

—Doctor —dijo Max—, han pasado algunas cosas que podrían

ser importantes para mí.

El psiquiatra le respondió con una sonrisa somnolienta, fuera de lugar, la sonrisa de alguien que acaba de tomarse un somnífero y está a punto de echarse a dormir. Ni siquiera había escuchado lo que Max le dijo.

—En muchos sentidos, Max, lo que va a ocurrir con la hipnosis se parecerá a un sueño —hablaba como si recitase una lección ante un grupo de alumnos—. Seguirá la lógica de los sueños. Parte será real y parte deformada por tu imaginación. —Dibujó un círculo en el aire con el índice mientras los

ojos se le iban a la lámpara—. La cadena temporal también estará fragmentada. Será difícil establecer un orden cronológico. —Miró fugazmente al techo—. Aun así, podemos averiguar cosas de tu vida que de otro modo serían inaccesibles para tu mente consciente. ¿Estás preparado, Max? —Las pupilas se le fueron de nuevo hacia arriba.

¿Por qué el doctor miraba continuamente al techo? Algo iba tremendamente mal. Max había entrado en la consulta del psiquiatra dispuesto a revelar que ya sabía su nombre: Nikolái.

Dispuesto a pedirle ayuda y trazar juntos un nuevo plan para desvelar su identidad. En su mente se había imaginado una conversación muy diferente.

Decidió que, hasta averiguar lo que iba mal, lo más prudente sería no decirle nada de la visita de Serguéi Aksionov.

Siguiendo las indicaciones del doctor, Max se recostó sobre el diván. En la sala hizo acto de presencia una mujer de unos cincuenta años, alta y desgarbada, con el pelo recogido en una coleta y gafas redondas de gruesos cristales.

—Ella es Tatiana, la intérprete. Él es Max, mi paciente —los presentó el psiquiatra—. Tatiana habla perfectamente el ruso. Ella te guiará durante el proceso de hipnosis.

La mujer saludó apretando los labios, formando una sonrisa poco amigable, aunque Max captó un destello de amabilidad detrás de aquel gesto hosco. El psiquiatra bajó el nivel de la luz hasta el mínimo. La penumbra se apoderó de la estancia. Las hojas de las plantas situadas cerca de la ventana, cuya persiana estaba bajada, parecían grises. Max reflexionó que

era muy curioso que los colores se esfumasen con la penumbra.

—Esto es lo que va a pasar, Max —dijo el psiquiatra, cuyas facciones apenas distinguía ahora—. Lo primero es dejarte claro que en una sesión de hipnosis no vas a decir nada que no quieras decir ni se te puede forzar a que actúes de un modo que no te parezca adecuado. Aunque hipnotizado, seguirás siendo tú mismo, Max, y seguirás teniendo el control sobre ti mismo. Esto no es un truco de magia ni una manipulación de ningún tipo. La razón por la que nos interesa probar con la hipnosis es porque, en

muchas ocasiones, ha despertado en los pacientes recuerdos que estaban en teoría completamente olvidados. Aunque no debes dejar que tus expectativas se disparen. — De nuevo miró al techo—. En muy raros casos las sesiones de hipnosis han servido para recuperarse totalmente de una amnesia. Nada perdemos por probar. Necesito que te relajes, Max. Si estás incómodo por algo, házmelo saber.

Max respiró hondo y negó con la cabeza.

—Bien —dijo el psiquiatra—. A partir de ahora yo saldré de la habitación y Tatiana será quien te

guíe a través del proceso hablándote en ruso. Ella dispone de un guion que yo le he dejado preparado.

—¿Por qué no estará usted presente? —preguntó Max.

—La sesión debe llevarse a cabo íntegramente en el idioma ruso para que tengamos posibilidades de recuperar recuerdos antiguos. Si me ves aquí, tu mente pensará en español, lo cual bloqueará los recuerdos en ruso, ¿comprendes?

Max asintió. El doctor, al menos en eso, le estaba diciendo la verdad.

—De acuerdo. Buena suerte — se despidió el psiquiatra, que

desapareció tras una puerta.

—Vamos a comenzar, Max — dijo Tatiana, la intérprete, en un perfecto ruso. Tenía una voz suave, cálida, extrañamente erótica—. Cierra los ojos y respira hondo, despacio y con un ritmo constante. Visualiza cómo el aire entra y sale de tu cuerpo.

Max cerró los ojos. Sintió en la mano el roce de la bata de Tatiana. Percibió su perfume ligeramente afrutado.

—Max, quiero que recuerdes todas tus preocupaciones, tus miedos —le indicó la mujer—, quiero que los agrupes en tu mente

como si fueran canicas de colores. Si estás preocupado por el dinero, imagínate una canica verde que representa tu preocupación por el dinero; no le tengas miedo, atrápala con tu mano...

Max imaginó una canica negra que representaba su preocupación por Alicia.

—Max, necesito que extiendas tu mano, como si la canica fuera algo real.

Max, con los ojos siempre cerrados, extendió la mano derecha.

—Ahora cierra la mano y aprieta la canica con fuerza, siente su calor.

Max sintió un ardor auténtico dentro de su mano; podía sentir el calor que emanaba de su canica invisible.

—Ahora relaja la mano, pero no dejes que tu bola se caiga al suelo. Así. Bien. Ahora, con un movimiento lento y relajado, deposita la canica sobre tu pecho, donde hay un cuenco invisible de cristal. Tienes que depositar ahí la canica. Muy bien. Ahora imagínate otro problema, otra cosa que te haga sentir malestar.

Max intentaba dejarse llevar, pero era difícil no interesarse por la lógica de lo que estaba ocurriendo.

La intérprete intentaba desinhibirlo con aquellos movimientos ridículos y convencerlo de que sus preocupaciones tenían la importancia de una canica de dimensiones mínimas para que se relajase, para que, desprovisto de distracciones y padecimientos, su mente se aclarase y pudiera sumergirse en un supuesto trance que le haría acceder a sus recuerdos perdidos.

—Otro problema, otra canica... Ahora relaja la mano, pero no dejes que tu canica se caiga al suelo... Respira hondo... Ahora imagínate otro problema...

La cuarta canica (no comprender los dobles sentidos del lenguaje) le pareció a Max mucho más real, casi la podía ver. Por un instante, sospechó incluso que la intérprete le hubiese puesto realmente una bola en la mano abierta y que un cuenco de cristal descansaba sobre su pecho: podía sentir como aumentaba de peso sobre su caja torácica. Max entendió a lo que se refería el doctor. En cualquier momento podía abrir los ojos y salir de aquel extraño trance, pero realmente estaba disfrutando de aquella relajación y decidió dejarse llevar.

Otra canica.

—Muy bien, Max, ahora voy a levantar el cuenco de tu pecho y dejarás de sentir su peso.

El cuenco, efectivamente, desapareció y con él se esfumaron sus problemas y sus preocupaciones.

La voz de la traductora parecía llegarle ahora desde el interior de su oído, como si una diminuta Tatiana le susurrara en la oreja, desde dentro, como una pulga, como un ser diminuto, un hada.

Tatiana le pidió que comenzase un recorrido mental a través de las imágenes que encontrase,

empezando por el momento en el que se despertó en el hospital, desde su primer recuerdo hacia atrás.

Max vio a los médicos horrorizados ante su presencia. Vio a un enfermero con la mandíbula rota. Volvió a sentir el dolor de las heridas que laceraban su cuerpo y que se habían convertido en las cicatrices que todavía lucía. En ese momento, aunque seguía siendo consciente de que estaba siendo hipnotizado y que las sensaciones que recorrían su cuerpo y las imágenes que veía no se correspondían con la realidad

presente, se abandonó completamente a la experiencia.

Entonces, en su rumbo constante hacia el pasado, sintió que una bala se deslizaba por el interior de su cerebro, siguiendo un rastro inverso de daños cerebrales que iban sanando mientras la bala retrocedía lentamente y le devolvía un recuerdo tras otro, hasta que el proyectil salió por la parte de atrás de su cabeza, una luz inmensa se desplegó ante sus ojos y se redujo hasta convertirse en el sol del atardecer, un sol anaranjado que se perdía entre la opacidad del follaje sumergido en un océano violáceo.

Mientras la bala retrocedía y regresaba al percutor de la pistola, Max miró sin emoción el suelo terregoso y calculó que le quedaba a unos ciento ochenta centímetros de los ojos.

Miró al frente y vio una columna de fuego multicolor alzarse desde el interior de unas ruinas e iluminar la noche. Era una columna incandescente de magia, calma y muerte, un haz de luz que brotaba de una bóveda en ruinas y que condenaba a una ciudad blanca y polvorienta como el talco, una ciudad condenada a un olvido tan inmenso como el suyo. De entre los

escombros surgió un hombre que solo tenía un ojo, un individuo furibundo y embrutecido, un auténtico monstruo que empezó a gritar a Max palabras incomprensibles:

«¿Por qué se enamoró la puta del monstruo?».

Max quería salir de allí, pero, consciente de que estaba inmerso en un estado hipnótico y de que en el fondo no había ningún peligro, decidió seguir sufriendo los envites del hombre que tenía la mitad del rostro abrasada, aguantando sus golpes e insultos hasta que la ciudad bañada de noche bajo la

columna de colores se fue apagando poco a poco, como una linterna a la que le fallan las pilas, y entonces se dio cuenta de que se encontraba en otro lugar, una especie de tienda o establecimiento decorado con relojes.

Un viejo afable, como el típico viejo de los anuncios de galletas, abría la boca y entre sus dientes bailaban jóvenes prostitutas, al ritmo que marcaba el tictac de unos relojes.

Relojes antiguos, modernos, grandes y pequeños, en círculos, rodeando la columna multicolor cual mosquitos alrededor de una

bombilla en una noche de verano,
como los anillos de Saturno.

Una chica rubia con un mechón
azul en el pelo. Una chica preciosa
con la mirada triste.

Un hombre con un solo ojo.

Una mujer apaleada sobre el
suelo.

Relojes, relojes.

Era la misma mujer de los ojos
tristes de sus sueños la que lucía
ahora un mechón azul.

Vigilándolo todo, un hombre
pequeño, encaramado a una especie
de pedestal, con el cuerpo lacerado
de cicatrices antiguas. Max tuvo la
impresión de que aquel

hombrecillo, ridículo y aparentemente inofensivo, ejercía sin embargo una especie de control despiadado sobre su destino.

Entonces Max escuchó ruidos desconcertantes que provenían del mundo exterior. Dentro de su estado hipnótico, Max supo que el psiquiatra acababa de entrar en la sala, pudo escuchar claramente su VOZ.

—¿Quién controla tu destino, Max? —preguntó el doctor.

«¿Quién controla tu destino, Max?», repitió la intérprete en ruso.

Max, tras escuchar la pregunta en ambos idiomas, miró al

hombrecillo a los ojos, brillantes como los de una rata asustada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llamo Magno.

—Pregúntale por su nombre verdadero, Max —le decía el psiquiatra.

«Pregúntale por su nombre verdadero, Max.»

—Me llamo Magno.

—Pregúntale dónde vive, Max, dónde está.

—Estoy junto a ti, Max, siempre lo he estado.

Max captó entonces un gesto de desconfianza en el hombrecillo.

—No te fíes de ese doctor —le dijo con las cejas encrespadas.

Max respondió negando con la cabeza una y otra vez. Entonces el hombrecillo comenzó a crecer frente a sus ojos, cada vez más alto, hasta que Max apenas le llegaba a la altura de las rodillas. Aquel hombrecillo, antes insignificante, acababa de convertirse en el hombre más poderoso de la tierra, pero Max sabía que él no tenía nada que temer. ¿Era ese el hombre que no le permitía a Serguéi Aksionov tocarle un pelo?

—Max —llamó el gigante desde las alturas—: despierta; eres muy

vulnerable en este estado, despierta antes de que el doctor abandone la sala.

Max intentó despertar, pero no le resultó tan fácil. Abrió los ojos y entendió enseguida que los había abierto a otra realidad hipnótica, en el centro de una plaza donde un borracho le salvaba de una muerte segura protegiéndolo del frío y cuidando su sueño. Max abrió los ojos una vez más y se encontró a sí mismo sentado en una especie de silla eléctrica. A su lado había otro joven, atado en una silla idéntica a la suya. El joven se le parecía

mucho. Por un instante pensó que estaba ante un espejo.

Max supo que el muchacho que tenía a su lado era su hermano, y también supo que aquel joven estaba muerto. Frente a ellos, alguien accionaba una especie de mando que les producía descargas eléctricas.

—¡NIKOLÁI, POR FAVOR, NO ME DEJES MORIR! —gritó su hermano con un espasmo agónico. El dolor era insoportable.

Max miró al frente, suplicante. Miró al sádico individuo que manipulaba la electricidad de la silla y que estaba friendo vivo a su

hermano. Max lo reconoció en el acto. Con casi veinte años menos, su rostro le resultó inconfundible. Era Serguéi Aksionov.

Un jovencísimo y cruel Serguéi Aksionov estaba electrocutando a su hermano.

Max quiso gritar, pero de su garganta solo salió un silencio abrasador. El dolor desapareció y sobre la ciudad blanca como el talco, la ciudad condenada al olvido por aquella columna incandescente de luz multicolor, brotaron flores hermosas y extrañas.

Flores que parecían de otro mundo.

Max se acercó una flor a la cara. Era blanca como la nieve y cada uno de sus pétalos desprendía un calor innatural.

Entonces se encontró en lo alto de un edificio, subido sobre el pretil, a punto de saltar al vacío.

Max volvió a abrir los ojos.

Estaba en la consulta del psiquiatra. Había despertado por fin.

Las flores se iban desvaneciendo de sus recuerdos. Max quería retener todas las extrañas imágenes, pero aquellas oníricas visiones se iban

derrumbando como castillos de naipes.

—¿Dónde está el doctor?

Los castillos de naipes seguían derrumbándose uno tras otro.

—En la sala contigua, Max —respondió la intérprete.

La mujer no mentía, pero tampoco decía toda la verdad.

—¿Ha estado el doctor aquí?

—Claro que no, Max —mintió la traductora—. ¿Cómo te encuentras?, ¿recuerdas lo ocurrido?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué recuerdas de la sesión de hipnosis?

—¿Hipnosis? ¡No hemos empezado todavía!

En ese momento se abrió la puerta de la sala. El psiquiatra apareció en el umbral. Su respiración era profunda y pausada, sus ojos parpadeaban a cámara lenta. Tenía la frente brillante por el sudor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Max todavía desconcertado.

Max dedujo que la sesión de hipnosis acababa de tener lugar, pero no conseguía recordar absolutamente nada.

—Todo ha ido bien, Max. Todo ha ido bien.

Nada había ido bien. ¿Por qué mentía el psiquiatra? ¿Qué le ocultaba?

—¿Recuerdas conscientemente tu estado de trance? ¿Sabes, Max, lo que acaba de ocurrir?

Max no respondió. Se limitó a observar al médico con detenimiento. Al psiquiatra se le borró la sonrisa de la cara.

—Veamos, Max, en la sesión de hipnosis te has referido unas cuantas veces a un tal Magno. Podría ser una persona interesante, tal vez la clave, la llave que abriría la puerta a tus recuerdos.

Max asintió levemente sin dejar de observar cada gesto del psiquiatra. Aquel repentino interés hacia alguien llamado Magno... ¿Qué demonios había dicho mientras estaba hipnotizado? Fuera lo que fuera, averiguar cosas sobre Magno parecía ser el objetivo del psiquiatra. Quería saber más sobre aquella persona a la que, supuestamente, Max acababa de nombrar en mitad de la sesión hipnótica.

—Pues dime, Max, ¿cómo es el tal Magno? ¿Qué aspecto tenía?

Las cejas del psiquiatra se fruncieron hacia arriba por un

instante. Tenía un pánico inenarrable, necesitaba que Max le dijera lo que supiera.

—No recuerdo lo ocurrido, doctor, no sé quién demonios es Magno.

La expresión de desánimo del psiquiatra se intensificó aún más.

—¿Por qué es tan importante para usted? —preguntó Max—. ¿Qué sabe usted de mi vida?

El doctor se mordió el labio inferior y se apresuró a mentir:

—Nada, no sé nada. Me interesa que recuerdes por tu bien, yo no tengo ningún interés personal, Max.

—De manera que le han amenazado a usted también.

—¿Qué tonterías dices, Max?, ¿qué historia te has montado en la cabeza?

—¿Le ha visitado Serguéi Aksionov?

El doctor no reaccionó. No había sido Aksionov.

—¿La policía, entonces?

Al doctor le vibró la comisura del labio por una milésima de segundo. La policía lo tenía vigilado, tal vez le dictaban sus movimientos.

—Un momento, Max, debes de estar agotado después de la sesión..., ¿no es cierto? Tal vez

quieras un vaso de agua. Perdona que no te lo ofreciera de inmediato; disculpa mi falta de educación.

—Entiendo su nerviosismo. Las cosas no han salido como esperaba —puntualizó Max—. Le están presionando. ¿Quién más hay detrás de esa puerta?

—Por favor, Max, ¿de qué hablas? —dijo el médico con los ojos muy abiertos—. Creo que sigues desconectado de la realidad.

Max se puso en pie y se dirigió a la puerta. La abrió de golpe. Al otro lado había una especie de salita de espera desierta. Max miró a su alrededor como si esperase

encontrar una ventana oculta. Tenía la impresión de que alguien lo vigilaba.

—Max —dijo el psiquiatra a sus espaldas—. Creo que estás sufriendo un brote paranoico. No es la primera vez. Te sientes vigilado, ¿no es cierto? Pero nadie te está observando. Es todo un producto de tu imaginación. No es la primera vez que te ocurre. Ya te pasó algo parecido al salir del coma, ¿recuerdas? Te pusiste violento. Golpeaste a aquel pobre enfermero...

—Será mejor que me marche —dijo Max mirándolo a los ojos.

El psiquiatra no movió ni un músculo mientras Max se dirigía a la salida. Si aquel doctor hubiese pensado realmente que estaba sufriendo un brote psicótico, ya hubiese dado orden de que lo ingresaran. O al menos intentaría medicarlo por su bien.

El psiquiatra no hizo nada, lo cual reafirmó a Max en su idea de que le ocultaba algo: este hombre temía por su vida y por la de su familia.

Cuando, meses antes, le había desvelado su extraordinaria habilidad para leer el lenguaje corporal y, sobre todo, cuando se lo

demostró, su psiquiatra se mostró inquieto ante sus habilidades, pero aquella primera inquietud no era comparable a la que demostraba ahora. Algo había pasado y Max no tenía ni idea de qué se trataba. Estaba claro que el psiquiatra tenía miedo. Y el miedo que tenemos los hombres siempre tiene el mismo origen: otros hombres.

El psiquiatra sabía algo, pero solo se lo desvelaría si tenía más miedo de él que de quien fuera que lo había amenazado. Max no quería volver a jugar a ese juego, menos aún con su psiquiatra.

Salió del hospital sin que nadie se interpusiera en su camino. Cuando tenía un pie en la calle, se le ocurrió la idea de volver sobre sus pasos y regresar a la consulta del psiquiatra. Imaginó que si regresaba de improvviso descubriría una escena totalmente diferente: la verdadera realidad. Imaginó a su psiquiatra rodeado de las personas que lo habían amenazado. Imaginó la consulta llena de gente, todos hablando de Max, tramando contra Max.

Sacudió la cabeza y miró al cielo. Aquellas ideas empezaban a parecerse a las de un loco. A lo

mejor el psiquiatra tenía razón y la hipnosis le había afectado más de lo que esperaba. A lo mejor había algo desajustado en su cabeza.

Max decidió regresar a su casa. Tenía mucho sobre lo que pensar.

* * *

En cuanto Max abandonó la consulta, el teniente de la brigada de inteligencia del CNI Juan Pablo Guerrero irrumpió en la estancia. Iba acompañado de Piotr Vorobiov, el agente especial ruso con el que colaboraba en la operación contra el

crimen organizado coordinada por la Interpol.

El psiquiatra los miró con el espanto de un herbívoro acosado por depredadores. El policía ruso tenía cara de pocos amigos.

—Lamento que no haya salido bien —dijo el doctor—. Intenté sonsacarle como me pidieron, pero el paciente se descontroló.

—El paciente se le descontroló —dijo el teniente Guerrero con el ceño fruncido—. Usted tenía que mantener el control sobre él en la hipnosis. ¿Por qué no pudo llevarlo por donde queríamos?

—No lo entiende..., la hipnosis es pura sugestión. Mientras el paciente se deje guiar todo es posible, pero si encuentro resistencia no lo puedo forzar.

—¿A qué se debió esa resistencia? —preguntó Vorobiov.

El psiquiatra se escudó tras su escritorio y se esforzó por adoptar un aire profesional.

—A veces sucede que un recuerdo traumático bloquea todos los demás. Es como una especie de tapón en su mente —explicó mientras se golpeaba la palma de una mano con la punta de los dedos de la otra—. Es posible que ese

tapón no solo esté bloqueando recuerdos, sino también aspectos ocultos de su personalidad.

—¿Qué quiere decir con «aspectos ocultos de su personalidad»? —preguntó Guerrero.

—Supongamos que Max hubiese sido una persona cruel, vengativa, envidiosa, violenta... Desconozco cómo era su personalidad, pero pudo haber tenido cualidades negativas muy marcadas. El trauma en su cerebro podría haber bloqueado no solo los recuerdos, sino también esos rasgos oscuros de su conducta. En estos

momentos Max es una persona que no exterioriza ninguno de esos aspectos negativos de la personalidad...

—¿Adónde quiere ir a parar? — preguntó Vorobiov.

—Lo que quiero que entiendan es que, si un trauma obstruye su mente, al quitar el tapón podrían emerger otros aspectos oscuros de su psique que también están bloqueados. Deberíamos contar con el expreso consentimiento del paciente antes de proseguir con esto. De hecho, puede que con la sesión de hoy su mente empiece a desestabilizarse.

Guerrero intercambió una mirada con Piotr Vorobiov.

—Es interesante eso que dice —dijo el ruso—. Desestabilizar su mente. ¿Cree que podría lograr desestabilizarlo totalmente?

—¿Es que no me ha entendido? ¡Lo que pretendo evitar es precisamente eso! —exclamó el doctor.

—Le he entendido perfectamente —dijo Vorobiov cortante—. Es usted quien me tiene que entender a mí. Sería interesante que desestabilizase la mente del «paciente», como lo llama usted.

El psiquiatra se revolvió en su asiento como un animal acorralado. Meneó la cabeza a un lado y a otro.

—Me temo que eso va a ser muy difícil. Max no es un paciente fácil de manejar. Ya han visto como desconfió de mí. Y les juro que he tomado tranquilizantes antes de la sesión. A pesar de todos mis esfuerzos, ha notado mi nerviosismo. En otras condiciones, con un paciente confiado, después de un buen número de sesiones de hipnosis, podríamos adentrarnos poco a poco en su psique. Tal y como han ido las cosas hoy, me temo que será difícil que Max

vuelva a confiar en mí para someterse a otra sesión.

—Una lástima —dijo el ruso Vorobiov—. Al menos ha mencionado a Magno. —Miró interrogativamente a Guerrero—. ¿Crees que entre todo lo que ha dicho encontraremos alguna pista útil?

—Creo que no lo han entendido —intervino el psiquiatra—. En esta sesión Max solo ha dicho cosas sin sentido. Está claro que solo ha dado rienda suelta a su fantasía, como si soñase despierto.

—Se equivoca —dijo el agente Vorobiov—. Todo lo que ha

mencionado es real.

—¿Me toma el pelo? —exclamó el psiquiatra alzando las cejas—. No paraba de hablar de flores fosforescentes que irradiaban calor, de una columna de luz de colores, de la muerte, de un hombre monstruoso, de una ciudad muerta cubierta por un polvo blanco. ¿Me quiere decir que todo eso existe?

—Quizás no tenga sentido para usted, un occidental —dijo el ruso Vorobiov—, pero cualquier ucraniano sabría de lo que estaba hablando: la tragedia de Chernóbil de 1986. Max nació allí. El hombre que mencionó, el monstruo de un

solo ojo abrasado por la radiación,
era su padre.

CARLA

Carla tardó más de una hora en relatar a su hermano todos los pormenores de los dramáticos acontecimientos que habían tenido lugar en los últimos días. Lo más difícil fue cuando llegó a la parte de su embarazo. Se sorprendió a sí misma por haber dejado aquella noticia para el final. En otras circunstancias, hubiese acudido

loca de contento a darle la buena nueva a su hermano. La amenaza del maldito psicópata enturbiaba su felicidad.

—No sé cómo lo hizo, pero descubrió que estaba embarazada antes que yo.

—Entonces, ¿vas a tener un bebé? ¿Seguro? —preguntó Isaac.

Carla asintió con un movimiento de cabeza. El rostro de su hermano se iluminó.

—Joder, Carla, ¿y a qué esperabas para decírmelo? ¡Eso es genial!

—Lo sería más todavía si un psicópata no estuviese

amenazándome a mí y a mi futuro hijo.

El rostro de Isaac se ensombreció. Miró con aire pensativo hacia la ventana. Estaba en una de las últimas plantas del hospital y desde allí solo podía verse el cielo plomizo de Madrid. Sus ojos se posaron nuevamente en Carla.

—Fuiste a la policía, ¿qué te dijeron? —preguntó Isaac.

—Puse una denuncia. No esperes que sirva de mucho. —Carla se mordió el labio inferior—. Para la policía unos simples emails con amenazas no son suficiente motivo

para ponerme vigilancia. No les culpo. Deben de recibir cientos de denuncias similares cada día.

—Mierda —contestó Isaac—. Antes de internet, para amenazar a alguien tenías que escribir una carta anónima, tomar las precauciones de no dejar huellas, echarla al correo... Ahora puedes amenazar a cualquiera desde una cuenta anónima de Twitter.

—El problema es que la policía no se lo tomará en serio hasta que no haya una agresión física.

—Eso te deja desamparada hasta que a ese desgraciado se le

ocurra volver a intentar algo contra ti. —Isaac apretó los dientes.

—O hasta que nosotros lo encontremos primero.

Isaac meditó unos instantes. Se miró las manos fuertemente apretadas en un puño.

—La primera vez que intentamos encontrarlo por nuestra cuenta me dieron una paliza que casi acaba conmigo —dijo al cabo de unos segundos. Se quitó la gorra, mostrando la cicatriz que le recorría el cráneo de derecha a izquierda. Carla apartó la mirada—. Cuando tú seguiste tras él, te tendió una trampa y esa pobre chica, Alicia,

casi muere. Lo que tenemos que hacer ahora es ponernos a salvo y convencer a la policía para que siga investigando hasta que lo encuentren.

—¿Crees que me voy a quedar de brazos cruzados esperando? —preguntó Carla—. Ese malnacido está tramando algo contra mí. De eso puedes estar seguro. Y tenemos que actuar si no queremos que cumpla sus amenazas.

—Carla, puedes irte lejos durante un tiempo —dijo su hermano cogiéndola de las manos—. Puedes hacer ese viaje a la India que siempre has querido hacer,

¿recuerdas? El dinero no es problema. Tengo ahorros. Puedes desaparecer durante el tiempo que quieras.

—Yo no me voy a ningún sitio sin ti —negó Carla—. ¿Crees que voy a dejarte solo?

—Joder, Carla. Puedo ir contigo. Nos vamos a algún lugar turístico donde me pueda mover con esta silla de ruedas. —Golpeó con la mano el reposabrazos—. Nos vamos tú y yo a un sitio tranquilo y nos tomamos unas buenas vacaciones, nos relajamos, cuidamos de ese bebé que está en camino hasta que llegue el

momento de dar a luz... Dentro de un año ese individuo se habrá olvidado de nosotros. O, mejor aún, para entonces la policía ya lo habrá detenido.

Carla dudó unos instantes. Tal vez Isaac tenía razón. Podrían cortar todos los lazos con su vida actual, desaparecer, tomarse un merecido descanso, tener a su hijo en una buena clínica privada... La idea de que un día vería a ese niño entre sus brazos la llenó de alegría y esperanza en el futuro. Pero ¿cómo vivir sabiendo que la amenaza pendía sobre ella?

—No, no podría vivir sabiendo que ese individuo sigue tramando contra mí. Puede aparecer en cualquier momento, en cualquier lugar, y hacerle daño a mi hijo. Tenemos que averiguar quién es —añadió con determinación.

Su hermano la miró fijamente. Carla le sostuvo la mirada. Ya no era una niña asustada e indefensa. Ahora era una mujer valiente y dura de pelar. Ella se daba cuenta, y su hermano también, al ver la resolución reflejada en sus ojos. Isaac pareció sorprenderse durante un instante. Después asintió levemente con la cabeza.

—Joder, Carla, pareces otra...

Isaac hizo girar las ruedas de la silla, moviéndose hacia la ventana y dándole la espalda. Carla observó que manejaba la silla con habilidad. Deseó con todas sus fuerzas que pudiera recuperarse por completo y volver a caminar.

—Supongo que tienes razón —dijo su hermano—. No podemos huir ni quedarnos de brazos cruzados...

Se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó—. ¿Qué

lograste averiguar de ese individuo mientras yo estaba en coma?

—En realidad, poca cosa — admitió Carla—. Ya sabes que utiliza internet para coaccionar a sus víctimas con virus y programas espía. Eso significa que es un experto en ordenadores. Aunque hemos cruzado mensajes, nunca pude averiguar desde dónde se conecta.

—¿Un *hacker* informático?

—Yo diría que sí. Otra cosa que sabemos de él es que tiene acceso a ciertos fármacos que alteran el comportamiento. Además, sabe cómo manipular los medicamentos

para adulterarlos. Cuando vendió falsas medicinas a través de internet sabía muy bien el efecto que iba a producir en cada una de sus víctimas. No quería simplemente envenenar o intoxicar. No buscaba provocar un daño porque sí. En cada caso pretendía causar un trastorno concreto: depresión, ansiedad, psicosis...

—Entonces, ¿estamos hablando de alguien que es un verdadero experto en informática y en farmacología? —preguntó Isaac alzando las cejas—. Me parece que estás llegando a conclusiones apresuradas.

—¿Qué quieres decir? Solo he dicho lo que sé de él. Aún no he llegado a ninguna conclusión.

—Te equivocas. Lo primero que nos enseñan en periodismo es a separar los hechos probados de las consecuencias que parecen desprenderse de esos hechos. Todo se basa en aplicar el razonamiento lógico. Cuando se cuenta una noticia, una cosa son los hechos y otra, los efectos que parecen derivarse de esos acontecimientos. Los malos periodistas confunden causa y efecto, lo cual confunde también al público.

—No estoy segura de entender.

—Carla frunció el ceño.

—Verás: me estás diciendo que ese individuo introduce virus espía en los ordenadores de sus víctimas para hacerles chantaje. Para eso hace falta ser un experto en programación. Tú has llegado a la conclusión de que él tiene los conocimientos necesarios para programar esos virus, aunque eso no tiene que ser necesariamente así. La primera posibilidad que me viene a la mente es que esté colaborando con alguien más.

—Puede que tengas razón —
admitió Carla mordiéndose la uña

del dedo índice—. Cuando secuestraron a Alicia dimos por hecho que había sido él en persona, cuando en realidad fue un cómplice.

—Exacto. No caigamos de nuevo en el mismo error.

—Entonces podría seguir teniendo otros cómplices —respondió Carla con fastidio.

—Eso no es necesariamente malo. Si no actúa solo, es más fácil que cometa errores. Si estamos buscando a dos personas en lugar de una, eso multiplica por dos nuestras posibilidades, ¿no te parece?

—Es una forma optimista de verlo —admitió Carla.

—Ya sabes que yo siempre veo el lado positivo de las cosas —dijo él sonriendo por primera vez.

Carla sintió una ternura especial. Hacía mucho tiempo que no veía sonreír a su hermano.

—Hay otra cosa que me inquieta —continuó Isaac—. ¿Cómo supo lo de tu embarazo?

—Hace una semana, cuando todavía estabas en coma, hubo una alerta por una bacteria infiltrada en el circuito de agua caliente del hospital. Me hicieron un análisis de sangre para comprobar si estaba

infectada. Supongo que, de algún modo, tuvo acceso a los resultados.

—Entonces podría ser un informático que tiene un cómplice médico que le suministra los fármacos..., o un médico con un cómplice informático que le ayuda a infiltrarse en las redes sociales.

—¿Un médico? Eso sería horrible. —La idea sobresaltó a Carla. No se le había ocurrido aquella posibilidad.

—Piénsalo. ¿Cómo si no habría tenido acceso a tu analítica?

Carla reprimió un escalofrío. La idea de que pudiera ser cualquiera de los médicos con los que se había

cruzado montones de veces en los pasillos del hospital la hizo estremecer.

—¿Crees que podría estar aquí, en este mismo hospital? —preguntó Carla poniéndose tensa.

—No necesariamente. En Madrid hay docenas de grandes hospitales. Los historiales clínicos están conectados informáticamente. Si colabora con un *hacker* no le debe de resultar muy difícil entrar en la base de datos de cualquier hospital, sobre todo si él mismo tiene acceso a la intranet sanitaria. Podría haber accedido a tus datos desde cualquier otro lugar. —Carla

tenía las manos fuertemente apretadas en un puño. Intentó aflojar la tensión—. Deberíamos centrarnos en encontrar al médico. Al menos sabemos que no está muy lejos. Eso lo pone a nuestro alcance, ¿no crees?

—¿Cuántos médicos puede haber en Madrid? —preguntó Carla desesperanzada—. Pueden ser miles. Sigo teniendo la sensación de que perseguimos humo.

—Lo sé —reconoció Isaac pensativo—. Necesitamos algo que conecte a ese individuo con el mundo real, una pista sólida que podamos seguir.

Se paseó arriba y abajo con la silla de ruedas. Al girar, la silla emitía un chillido agudo, como de pájaro.

—Dime una cosa —prosiguió su hermano—: el hombre que murió, el cómplice que secuestró a esa chica, Alicia, ¿crees que él hubiese sabido quién era?

—Quién sabe —respondió Carla—. Lo seguro es que estaban en contacto. Tal vez si no hubiese muerto... Ahora nunca podremos averiguarlo.

—Su hija sufría abusos. Fue ella quien le disparó, ¿crees que podría saber algo?

—Eva Luna —dijo Carla.

—Puede que ella le viese en alguna ocasión, o que su padre lo mencionase.

—Es una posibilidad —dijo Carla—. A lo mejor recuerda algo. El problema es que no tengo ni idea de cómo contactar con ella. La vi por última vez en el juicio por la muerte de su padre hace unas semanas, pero no sé dónde está ahora.

Carla se preguntó qué habría sido de Eva Luna. La joven había sufrido abusos de su padre durante años, desde que era una niña. Se preguntó si, ahora que él estaba muerto, Eva lograría superar el

terrible trauma de los maltratos y rehacer su vida. Le costaba imaginar el infierno por el que había pasado la pobre chica. Carla maldijo para sus adentros a todos los que abusaban de niños indefensos, inocentes, arrebatándoles la infancia, la vida entera. Semejante crueldad hacía que se le revolbiesen las entrañas. «Ojalá existiese un infierno especialmente reservado para todos ellos, malditos abusadores.»

—¿Podrías averiguar el paradero actual de Eva Luna? — preguntó su hermano.

—Es posible —Carla reflexionó unos instantes—. Creo que hay alguien que podría ayudarme. Déjame intentarlo.

—Sé que no es mucho, pero es algo por lo que empezar.

La mirada de Isaac recayó sobre la maleta de Carla.

—Voy a instalarme en un hotel. —Carla siguió su mirada—. Me sentiré más segura.

—Carla: sigo pensando que esto es una locura. —Su hermano meneó la cabeza—. Deberías irte lejos, fuera de Madrid, fuera de España.

—¿Y si me sigue? ¿Crees que voy a estar más a salvo en cualquier

otro sitio? Lo que tenemos que hacer es dar con él nosotros antes de que él me encuentre a mí.

—Pero, Carla —dijo su hermano lanzando un suspiro de impotencia —, ya has visto lo que es capaz de hacer...

En ese momento un enfermero se acercó hasta ellos. Era un hombre joven y corpulento que vestía un uniforme blanco de hospital y zuecos.

—Es tu turno de rehabilitación, socio —anunció a Isaac. Se colocó tras la silla de ruedas, listo para llevárselo.

Isaac miró a Carla con una expresión cargada de rabia y pesadumbre. Carla imaginó lo duro que tenía que ser para él, acostumbrado a protegerla desde que eran niños, dejarla sola en aquellas circunstancias. Pero ahora estaba impotente ante la situación. Carla permaneció abrazada a él unos segundos. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Estaré bien, no te preocupes por mí —le susurró al oído.

—Llámame cada cinco minutos o me volveré loco —respondió su hermano con voz ahogada.

Carla salió del hospital. Había dejado de llover y un sol tímido asomaba entre las nubes como una promesa que aflora a los labios de un amante. Respiró una fuerte bocanada de aire frío. El olor a lluvia la empapó por dentro, llenándola de un agradable frescor. A pesar de todo, se sentía extrañamente bien. Los sonidos y los olores excitaban sus sentidos y estimulaban su mente. Fue como si de pronto algo se hubiese destapado en su cabeza, abriéndola a nuevas sensaciones, como cuando al tragar saliva se destapan los oídos y los sonidos inundan la conciencia con

inusitado vigor. El embarazo le estaba sentando bien. El recuerdo de que iba a tener un hijo hacía que le diesen ganas de ponerse a saltar y a bailar como una niña pequeña sorprendida y feliz ante un inesperado regalo.

Cogió un taxi que la llevó hasta uno de los hoteles cercanos al hospital. Reservó una habitación sencilla para los siguientes siete días. Tardó cinco minutos en colocar sus cosas en la habitación. Descorrió las gruesas cortinas para que entrase la luz natural, pero la ventana daba a un triste patio

interior de paredes ennegrecidas por la contaminación.

Ojalá no tuviese que quedarse mucho tiempo allí, pensó observando la habitación, limpia y agradable pero impersonal. ¿Qué clase de vida le esperaba si no encontraba al individuo que la amenazaba de muerte? ¿Tendría que pasarse la vida huyendo, escondida? La idea de que esa sabandija se hubiese atrevido a amenazar al hijo que llevaba en su vientre la enfureció. La adrenalina se disparó.

Estaba claro que necesitaba ayuda. En el hospital, mientras

hablaba con su hermano, había tenido una idea. Tal vez era disparatada, pero debía arriesgarse.

Buscó en su bolso la tarjeta que le había dejado el teniente Guerrero, el agente del CNI que había irrumpido en su casa y que estaba tan interesado por el misterioso amigo de Alicia. El policía que le había hecho tantas preguntas no quería saber nada del secuestro de la joven, pero sí del extraño amigo de esta, Max, el hombretón que la había ayudado a encontrarla y a liberarla de su secuestrador.

Carla marcó los dígitos del teléfono. Respondió al segundo tono.

—Soy Carla Barceló. —Dejó transcurrir unos segundos—. Anoche te colaste en mi casa —añadió ante el silencio del hombre.

—Sé quién eres —respondió el policía con sequedad.

—Tenías razón. El individuo que secuestró a Alicia no actuaba solo. Su cómplice, el verdadero cerebro, sigue suelto. Anoche volvió a contactar conmigo. Me amenazó de muerte.

—Ya te avisé.

—Necesito ayuda.

—Lo siento, pero entre mis funciones no está perseguir a lunáticos. Si necesitas ayuda, pon una denuncia en la policía.

—Pensé que eras policía —dijo ella con rabia.

—Trabajo para el CNI. Mis funciones no son las de un policía ordinario.

—Ya he puesto la denuncia, maldita sea. Pero no van a hacer nada. Ese sujeto puede venir y matarme en cualquier momento. ¿Es que no piensas hacer nada?

—Te repito que proteger a mujeres de lunáticos no está entre mis funciones.

Carla contó mentalmente hasta cinco. De nada serviría gritar a aquel imbécil lo que pensaba de él y de sus funciones.

—Supongo que te sigue interesando cualquier cosa que pueda saber sobre Max, el amigo de Alicia —dijo Carla.

—Estás jugando con fuego. Si anoche me mentiste y no me has contado todo lo que sabes...

—No te mentí.

—¿Qué ha cambiado entonces?

—Te lo acabo de decir. Anoche, cuando hablé contigo, no sabía que ese psicópata seguía suelto.

—Eso no cambia nada en lo que a mí respecta.

—Cambia muchas cosas. Por ejemplo, estoy dispuesta a colaborar contigo. Ese hombre, Max, confía en mí, así que yo puedo acercarme a él y averiguar ciertas cosas sobre él que tú no puedes.

Carla se sorprendió de su propia osadía. Hacía solo veinticuatro horas no se hubiese atrevido a decir aquello. Ahora las cosas eran diferentes. Muy diferentes. Se llevó una mano al vientre.

El teléfono permaneció en silencio. Carla temió que se hubiese

cortado la comunicación.

—Continúa —dijo por fin el teniente Guerrero.

—Puedo acercarme a Max cuando tú lo necesites. Lo haré a cambio de tu ayuda cuando yo te la pida.

—Está bien. *Quid pro quo*. Nos ayudamos mutuamente.

Carla hizo un gesto de triunfo con el puño cerrado. Había picado el anzuelo.

—Veo que empezamos a entendernos —dijo Carla con un aplomo en la voz que no sentía—. Para empezar, necesito conocer el paradero actual de Eva Luna. Me

vale con su dirección y un teléfono de contacto.

—No tan rápido. Hablemos. ¿Podemos vernos esta tarde?

—Claro.

—En mi despacho. —El policía le dictó una dirección de Madrid—. A las cinco en punto. No te retrases, estoy muy ocupado. —Colgó.

Carla anotó la dirección en la agenda de su teléfono. Después se sentó en la cama, pensativa.

Por algún motivo, aunque aquel idiota arrogante era policía, tuvo la extraña impresión de que estaba haciendo tratos con el diablo

y no con las fuerzas de seguridad del Estado.

EVA LUNA

Eva estaba acostumbrada a rememorar gritos de mujer en sus pesadillas y sentía un alivio infinito al despertar y comprender que solo eran parte de un sueño. Pero no estaba preparada para lo que ocurrió aquella noche, cuando abrió los ojos y los gritos siguieron resonando, aferrándose al mundo real más allá de sus pesadillas.

Pasada la media noche, un lamento de mujer la arrancó de un sueño profundo. Abrió los ojos sobresaltada. La habitación estaba a oscuras y durante unos instantes no supo si el grito que la había despertado provenía de sus sueños o del mundo real.

De repente la soledad se apoderó de ella; podía sentir de nuevo el horror de hablar a las paredes, de pedir auxilio al viento, de hablar cuando nadie te escucha.

Recordó en un *flash* la puerta entreabierta del dormitorio mientras su padre abusaba de ella por primera vez, hacía muchos

años. Se deshizo de esa imagen casi de inmediato y ni siquiera permitió que se reflejase en su rostro, a pesar de que nadie estaba presente para verla.

A menudo, cuando la asaltaban los malos sueños, Eva deseaba con todas sus fuerzas sufrir una amnesia como la de Max. A lo mejor si se golpeaba la cabeza con fuerza se le borrarían los recuerdos. Porque una cosa era querer dejar atrás el pasado y otra que tu cerebro obedeciese y olvidase realmente. A veces sentía tal impotencia que debía luchar contra la tentación de golpearse la cabeza contra la pared.

Al parecer, había una parte de su mente que se negaba a olvidar, la parte que se manifestaba en las pesadillas.

Se quedó con los ojos abiertos, tumbada en la cama, escuchando en la oscuridad. El corazón le latía con fuerza. Entonces volvió a escuchar los gritos. No estaba soñando. Eran voces de mujer. Chillidos y lamentos reverberaban desde el rellano de la escalera. A sus oídos llegó la voz airada de un hombre.

«¡Putas! ¡Te vas a enterar!»

Un hombre y una mujer estaban discutiendo a gritos. El

hombre amenazaba. La mujer suplicaba.

Eva salió de la cama con el corazón a mil por hora. En el salón cogió la muñeca y, con ella abrazada, caminó descalza hasta la puerta. El suelo de madera acogió sus pies sin hacer el menor ruido. Pegó la mejilla a la fría madera de la puerta de entrada. De pronto tuvo un miedo atroz a asomarse a la mirilla. Tuvo la impresión de que a través de aquel pequeño agujero podría atisbar los demonios que la acosaban en las pesadillas.

—No pasa nada, ¿verdad, Agnessa? —susurró a la muñeca

que llevaba fuertemente agarrada.

El sonido de su propia voz la tranquilizó. No estaba soñando. Aquello era el mundo real. Al otro lado de aquella puerta no podía haber nada peor que lo que había dejado atrás.

Sin embargo, no se atrevió a asomarse a la mirilla y mucho menos a abrir la puerta.

Permaneció agazapada, escuchando sin moverse. Dedujo que los gritos provenían del piso de Mamen, la vecina de enfrente. Hasta sus oídos llegaba el eco de las voces. No podía distinguir las palabras exactas, pero estaba claro

que en su casa había un hombre que vociferaba fuera de sí. El hombre lanzaba insultos y amenazas. Se oyeron un estrépito de cacharros cayendo al suelo, cristales rotos, pasos y carreras, gritos de súplica de la vecina entre alaridos de dolor.

Eva se preguntó por qué nadie salía a ver qué pasaba. Hasta donde ella sabía, Mamen vivía sola. ¿Quién sería aquel hombre que había entrado en su casa? Por las palabras cargadas de reproches que Eva alcanzaba a distinguir, llegó a deducir que su vecina conocía a

aquel hombre. Quizás por eso nadie salía a ver qué pasaba.

Eva regresó a su dormitorio. Tenía a la muñeca Agnessa abrazada y se metió con ella en la cama. Se cubrió con las mantas hasta la cabeza. El amortiguado fragor de los gritos (las voces y el estrépito como el eco de una batalla lejana) prosiguió durante varios minutos hasta que se escuchó un portazo que hizo temblar las paredes del edificio y el escándalo cesó.

Eva agradeció el silencio que se extendió por la casa como un

bálsamo, aunque ya no pudo dormir en toda la noche.

* * *

Al día siguiente, al regresar de su paseo matutino por el parque del Retiro, Eva pasó por delante de la peluquería de la vecina. Era una mañana gris, lluviosa. Vio a Mamen parada en la puerta del local, fumando un cigarrillo con la mirada ausente. La mujer tenía un ojo morado y marcas de golpes en la cara. Ensimismada en sus propios pensamientos, ni siquiera vio pasar a Eva.

Aquella mujer tan alegre tenía ahora la mirada más triste que Eva había visto en su vida. El hombre que la había visitado aquella noche le había dado una paliza.

¿Era normal que un hombre se colase en la casa de una mujer y la golpease? ¿Por qué ningún vecino había salido en su ayuda alarmado por el escándalo?

¿Sentían el resto de los vecinos el mismo terror que había sentido ella? Los demás no tenían un pasado que olvidar ni atesoraban traumas y miedos que los paralizaban. Entonces, ¿por qué nadie había acudido en su ayuda?

Eva pasó el día inquieta, abstraída en pensamientos confusos. Poco a poco fue sumiéndose en un estado de ansiedad. No se quitaba de la cabeza el recuerdo de los gritos nocturnos, la mirada triste de la vecina.

Por la tarde resolvió que debía averiguar lo que estaba pasando. Salió al rellano de la escalera. En cada planta había tres puertas. Los vecinos del piso anejo habrían escuchado también los gritos.

Eva llamó a la puerta contigua. Al cabo de unos segundos, la mirilla se oscureció, signo de que alguien se había asomado al otro lado.

Instantes después, la puerta se abrió una rendija y apareció una mujer de unos cincuenta años que la miró de arriba abajo. Eva vio que la cadena estaba echada. ¿Aquella mujer temía algo de ella?

—¿Qué quieres? —espetó la vecina con brusquedad. Vestía una bata de casa y tenía el pelo recogido en una especie de moño con rulos.

Eva se retorció las manos y se mordió los labios. Tenía un nudo en la garganta.

—Anoche... pasó algo —dijo con un hilo de voz—. Un hombre atacó a Mamen.

—Su exmarido —dijo la vecina —. Discutieron. ¿Qué quieres tú?

—Yo... ese hombre le pegó... He pensado que alguien debería hacer algo.

—¿Dices que tú has pensado? ¿Qué quieres que hagamos? Son cosas de pareja, es mejor no meterse.

—¿Y si vuelve?

—Eso lo tiene que arreglar ella. Pero si vuelve a armar un escándalo como el de anoche, la vamos a echar del edificio. Aquí no queremos gente de mal vivir.

—¿Echarla a ella?

Eva no podía entender. ¿Alguien atacaba a aquella pobre chica y los vecinos querían echarla del edificio?

—Mira, no sé de dónde has salido tú. Ahora alquilan los pisos a cualquiera. Este era un edificio tranquilo antes de que llegaseis. Aquí no queremos gente rara, ¿te enteras?

Le cerró la puerta en las narices. Eva regresó a su piso desconcertada.

* * *

En los días siguientes, cada vez que Eva pasaba por delante de la peluquería de su vecina la encontraba sin clientes. Ya no acudían allí las vecinas del bloque a peinarse y pasar un buen rato. Tampoco nadie se paraba ya a hablar con Mamen en el portal. Cuando otro vecino se cruzaba con ella murmuraba un saludo entre dientes, bajaba la mirada y pasaba de largo como si se avergonzase de lo que había pasado.

En una de las ocasiones en las que Eva pasó por delante de la peluquería decidió entrar.

—Creo que me vendrá bien un corte de pelo —dijo con un hilo de VOZ.

A Mamen se le iluminó el rostro cuando la vio.

—Qué bien que te hayas decidido a venir, cariño. Vamos a ver qué hacemos con ese pelo.

La peluquería era un local estrecho y alargado que olía a tintes y a laca. En la entrada había unos sofás y una mesita repleta de revistas para las clientas.

—Menudo frío hace. Antes de empezar te invito a una copita de anís. —Mamen le ofreció un

diminuto vaso con el licor—. Así entramos en calor.

Ella se lo bebió de un trago y Eva la imitó. El anís estaba muy dulce y sintió un agradable calorcillo en el estómago.

Mamen le lavó el pelo y después le dio un agradable masaje en la cabeza. Tenía unos dedos firmes pero suaves. Tumbada en la silla de lavado, Eva se fue sumiendo en una placentera relajación.

Tras el masaje, Mamen le aplicó una mascarilla hidratante. Después se tomó su tiempo, más de una hora, en hacerle un corte de pelo.

—Para realzar tu cara te conviene un ahuecado y un flequillo. Ya verás. Tú confía en mí, que soy una profesional.

Cada cierto tiempo Mamen hacía una parada y servía una copita de anís que se bebían de un trago. No podía estar quieta ni un segundo. En un momento dado salió a la calle y trajo de la pastelería contigua una bandejita de dulces que se fueron comiendo entre tijeretazo y tijeretazo.

—¿Quién es capaz de privarse de estos pastelitos, con lo ricos que están? Yo no puedo resistirme. Tú en cambio tienes un cuerpo

envidiable y seguro que eres de las que come de todo, ¿a que sí? Ojalá yo tuviese tu silueta. ¡Qué envidia, chica!

A Eva Luna le sorprendió que alguien pudiese envidiar su cuerpo, tan delgada como estaba, casi sin pecho.

—Eres muy mona —aseguró la peluquera—. Ya verás lo bien que te voy a dejar. ¿Tienes novio?

Eva negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y ese hombre tan guapo que vino a verte una vez? Cuando me lo crucé en el portal casi me caigo

muerta. No había visto un tío tan guapo así de cerca en mi vida.

—¿Max? Es solo un amigo.

—Mejor. Los hombres son un asco. —Se le endureció la mirada—. Manténlos bien lejos si quieres que no te arruinen la vida.

En el reflejo del espejo, Eva creyó ver rosas y espinas rodeando a Mamen. Parpadeó y las flores desaparecieron.

Para el mediodía se habían bebido un cuarto de la botella de anís y las dos estaban bastante achispadas. Mamen no había dejado de hacer bromas durante toda la mañana y para entonces Eva ya se

había dejado contagiarse por su buen humor. Cualquiera cosa hacía que las dos se mondaran de risa.

—¿Qué pide un huérfano en una pizzería? ¡Dos familiares!

A las dos les había entrado la risa floja y no podían parar de reír. Mamen soltaba una tras otra. Eva no se lo había pasado tan bien en su vida.

—Espera, ahora te voy a maquillar los ojos. Ponte seria o te quedarán las arrugas.

Cuando acabó y Eva se miró al espejo casi no se reconoció a sí misma. Estaba deslumbrante. El pelo ya no era como una fregona

deshilachada en su cabeza. Estaba lacio y sedoso y lucía un flequillo precioso. Nunca en su vida se había pintado los ojos ni se había puesto rímel o pintura de labios. Ahora su mirada era penetrante y el flequillo le daba un toque de misterio a su rostro. Casi parecía una de esas chicas de los anuncios de las revistas.

—¿Qué te parece? —preguntó Mamen—. ¿A que te he dejado guapa?

A Eva casi se le saltaron las lágrimas de la emoción, pero esta vez eran lágrimas de alegría. La Eva Luna de sus sueños se había

materializado frente a ella en el espejo.

—Venga, vamos a tomarnos la última copita y después cierro — propuso Mamen—. Me parece a mí que hoy tampoco va a venir nadie. Está fatal el negocio, joder. ¡Dichosa crisis! Vamos, te invito a comer. Hay un sitio donde ponen un codillo que te mueres. Yo no debería, pero que les den a los kilos: quien me quiera me tendrá que querer así, con mis kilos de más y mi mal genio.

En la comida se bebieron la botella de vino tinto de la casa y Mamen siguió haciéndola reír.

Cuando Eva llegó a casa pensó que había pasado el mejor día de su vida. Lo mejor, se dijo a sí misma, es que así podrían ser el resto de sus días. Era libre y nada le impedía ser feliz.

En la agenda de su móvil había un nuevo número:

Todos los contactos
Mamen
Max

Eva estaba achispada por el vino de la comida. Encendió la radio y se puso a trabajar en sus plantas, dejándose llevar de vez en cuando por el ritmo de la música. Estuvo

podando el ficus y dedicó un buen rato a trasplantar unas begonias cuyo tiesto ya se estaba quedando pequeño. Sus plantas crecían rápido. Se notaba que eran felices. Ella también empezaba a entender lo que era la felicidad. Cuando acabó con las plantas cogió aquella novela que había comprado y se tumbó en el sillón a leer. La sensación de libertad era maravillosa: poder hacer lo que le viniese en gana en cada momento.

La novela se titulaba *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Al principio se sintió muy identificada con la protagonista,

una joven llamada Lisbeth Salander. Era una chica introvertida que tenía problemas para integrarse en la sociedad y que daba a entender que también había sufrido abusos en su infancia.

A diferencia de Eva, que se consideraba a sí misma una persona muy vulgar, Lisbeth Salander era una heroína en toda regla. No solo era una experta en informática, capaz de espiar cualquier ordenador, sino que tenía un trabajo como investigadora privada y una relación sentimental con el héroe de la novela, un periodista inteligente, guapo y atractivo. Para

colmo, al final de la novela Lisbeth Salander lograba hacerse con una enorme cantidad de dinero y se convertía en millonaria de la noche al día.

Eva Luna leía con una sonrisa a medias en los labios, fantaseando con su propio futuro mientras se quedaba adormilada y las escenas de la novela se entremezclaban con sus propios sueños. Ella no era tan lista como Lisbeth Salander, ni tan valiente, ni tenía idea de ordenadores, pero estaba segura de que, a pesar de todos sus defectos, lograría salir adelante. Había pasado años imaginándose a sí

misma teniendo una vida completa, satisfactoria, plena. Y ahora que era libre nada ni nadie iba a derribar sus sueños.

* * *

Se quedó adormilada con el libro entre las manos mientras anocheecía y la oscuridad se iba apoderando lentamente del interior del piso, difuminando las formas de los muebles, en cuyos estantes las hileras de macetas con plantas y flores se asemejaban a silenciosos y expectantes guardianes del sueño de Eva. La fragancia de las flores

flotaba en el aire mientras en el exterior una lluvia suave acariciaba los tejados como un velo de seda.

Entregada a la oscuridad, un grito arrancó a Eva del sueño.

Se levantó de un salto, corrió hasta la entrada y se asomó a la mirilla. La puerta de su vecina Mamen estaba abierta. Los gritos provenían del interior de su piso.

«¡Putá! ¡Te vas a enterar!»

Era la misma voz grave de aquel hombre. Esta vez Eva no se lo pensó dos veces. Abrió la puerta y cruzó el rellano.

—¿Mamen? —llamó—. ¿Estás bien?

—¡Por favor, ayúdame! —gritó la mujer.

Eva atravesó el recibidor, cruzó un pasillo y llegó al pequeño salón, idéntico al suyo en dimensiones aunque decorado con muebles modernos. Había un cuadro de arte africano, una cara negra pintada y alargada con extraños ornamentos de colores que parecía estar contemplando impasible la situación. Allí estaba su amiga, de bruces en el suelo. Y junto a ella un hombre que la zarandeaba del pelo.

Mamen tenía sangre en un labio. El hombre se volvió hacia Eva cuando sintió su presencia. Era de

mediana estatura, de unos cuarenta años, con el pelo negro y barba.

—¿Quién coño eres tú? —gritó aquel individuo—. ¡Largo de aquí!

—¡Eva! ¡Es mi exmarido! ¡Quiere matarme! ¡Llama a la policía!

Eva Luna miró al hombre a los ojos. Lo más extraño era que no tenía miedo. Aquel individuo, aunque crispado y fuera de sí, no la asustaba en absoluto.

Después de haberse enfrentado a su padre, ningún hombre iba a ser capaz de asustarla nunca más.

—La policía ya está avisada. No tardarán en llegar —mintió Eva con

aplomo.

—¡Putas! ¡Sois todas unas putas!

El hombre alzó la mano contra Eva, pero el gesto no pasó de la amenaza. Se volvió hacia su exmujer.

—Piensa lo que te he dicho. ¡Soy capaz de matarte como no vuelvas conmigo!

Eva se interpuso entre el hombre y su amiga.

—Tendrás que matarnos a las dos —sentenció mirándolo a los ojos.

MAX N. N.

Atardecía en el paseo Marítimo de Almería. Como cada tarde, el sol se escondía al fondo del horizonte, sobre el mar. Esta vez Max, sentado en el murillo que daba a la arena de la playa, no encontraba el placer de antes en los tonos anaranjados del firmamento ni en la quietud del silencio de los hombres, que dejaba escuchar las olas suaves del mar, de

un azul que se hacía cada vez más profundo.

Tenía en sus manos dos fotografías.

La primera era una de las pocas cosas que Max había podido preservar de su pasado. Una foto incompleta, un pedazo de imagen en blanco y negro en la que podía verse la parte superior del rostro de una mujer, una chica de unos veinte años en cuya mirada enigmática se intuía una sonrisa.

Al dorso de la fotografía había una frase escrita a mano:

«La historia la escriben los ganadores».

La segunda era la fotografía que le había dejado Serguéi Aksionov para amenazarle: una mujer de unos treinta años, rubia; una imagen a color en la que ahora podía apreciarse un curioso mechón azul en el nacimiento del pelo.

Se trataba de la misma persona, sin duda, pero en circunstancias muy diferentes. A pesar de la neutralidad de sus facciones, se notaba que sobre la mujer adulta pesaba un halo de tristeza. La chica joven, en cambio, parecía risueña, divertida, feliz.

Max guardó ambas fotos e inspiró una bocanada de aire

lentamente. Como si quisiera que sus pulmones estallasen dentro de su cuerpo, contuvo el aire en su interior unos segundos y espiró por la boca con los labios rozándose...

—Ffffffffffff...

Una vez más, la soledad ante el agua, la sensación de ser alguien insignificante que no encaja en el puzle absurdo que es el mundo.

Serguéi Aksionov, el hombre de las noticias, el padre de Irena Aksionov, no solo le conocía, también le odiaba.

Después había tenido la extraña sesión de hipnosis en la

consulta de su psiquiatra, quien le mentía por los cuatro costados.

A pesar de la sensación intensa de amenaza que sentía desde cada flanco, Max presentía que la amenaza principal venía desde dentro: la impresión de que el tal Nikolái, la persona que había sido antes y de la que no encontraba más rastro que la oscuridad que persigue a la muerte, era su principal enemigo.

Max tenía la intuición de que sería mejor no saber quién era. No necesitaba saber nada del tal Nikolái. Él era Max, Max N. N. ¡A la

mierda con el pasado!: Nikolái tuvo su oportunidad, Max quería la suya.

Maldita sea la vida en la que no sabes quién eres y cuando comienzas a poblar tu vida blanca, vacía de contenidos, con contenidos nuevos, cuando llenas tu soledad de personas hasta que ya casi te cuesta llamarle soledad..., esas personas desaparecen y la soledad vuelve a su estado perfecto, original.

Soledad es no tener a nadie con quien compartir este sol que se esconde tras el horizonte.

Soledad es hablar contigo mismo y tener conversaciones que a

veces se convierten en discusiones... contigo mismo.

Eva Luna estaba en Madrid y la madre de Alicia le había prohibido que volviera a acercarse a su hija.

Sentado sobre el muro del paseo Marítimo, Max se planteaba volver a la consulta y sacarle al psiquiatra la información que necesitaba a golpes.

¿Desde cuándo era Max una persona tan violenta? ¿Era Nikolái una especie de asesino, de delincuente?

Fuera lo que fuera, parecía evidente que la violencia era una íntima compañera de Nikolái.

Volvió a resoplar.

De repente, desde las entrañas del sonido de las olas, escuchó un sonido machacón, repetitivo y veloz, creciente como las aspas de un helicóptero que viene en tu dirección. Algo se aproximaba a él a toda velocidad.

Max se vio a sí mismo a punto de saltar al vacío desde lo alto de un edificio.

Dio un respingo, giró el torso como un gato sobre el muro del paseo y estuvo a punto de tirar al patinador de la impresión. El pobre chico trastabilló, pero no llegó a perder el equilibrio.

—¿De qué vas, gilipollas? —
gritó el chaval alejándose con los
ecos de sus patines contra las juntas
de las losas del suelo.

Max tenía todos los músculos
del cuerpo en tensión, los brazos en
posición de ataque. Sin querer
podría haber golpeado y dejado
inconsciente a ese pobre chico que
patinaba sin molestar a nadie.

Fue entonces, con el cuerpo
aún en tensión, cuando Max
comenzó a escuchar una música
lejana, una música que sonaba
como si estuviera envuelta en
algodones.

Era una melodía de piano sencilla que desaparecía tímida entre las ráfagas de viento.

Max miró la copa de la palmera que tenía sobre su cabeza y vio que las ramas se agitaban sin convicción.

Otra vez el piano.

Max ya no podía ver al patinador, que se había perdido en la distancia; volvía a estar solo en la mitad de aquel paseo sobre el que la noche ya se había cernido, iluminado por la luz amarillenta de las farolas.

No había ni un establecimiento abierto.

Otra vez el piano, lejano, escondido.

Max entornó los ojos, como si así fuera capaz de escuchar mejor. El piano, aquel quebradizo hilo de sonido, desapareció y volvió a aparecer tan tenue y lejano que Max se preguntó si no se trataba de un producto de su imaginación. Entonces comenzó a caminar alejándose del murete del bulevar.

El piano ya no se adivinaba ni a través de los huecos que dejaban las sábanas de viento. Si antes lo imaginaba, ¿por qué había dejado de imaginarlo?

Volvió a acercarse al muro y volvió una vez más el sonido melódico del piano. Era como si una hormiga estuviera tocando un piano diminuto debajo de una hoja seca. Comprendió entonces que el sonido venía de la playa, de la arena.

Saltó desde el murillo a la arena y comenzó a caminar rumbo al agua. El piano se escuchaba cada vez más cercano. Entonces encontró un extraño aparato rectangular semienterrado. El sonido era ya claro y aumentó aún más el volumen cuando lo desenterró.

Era un reproductor de música del tamaño de un teléfono. Max lo

observó con detenimiento mientras le sacudía algunos granos secos de arena que se habían quedado atrapados entre la carcasa y el dispositivo. Había visto esos cacharros en el supermercado. Se trataba de un iPod Touch con una funda roja.

Volvió a sentarse de nuevo en el murillo y tardó unos minutos en deducir cuál era el funcionamiento básico del aparato. Max había visto alguno de los iPods antiguos con su característica rueda. Este cacharro funcionaba presionando en los distintos enlaces de la pantalla. Había iconos que llevaban a

aplicaciones cuyo uso y significado Max desconocía y otros que podía intuir por su nombre:

Mail
Safari
Music
Passbook
Utilities
Camera
Calendar
Photos
Weather
Notes
Voice Memos
Clock
Game Center
iTunes Store
App Store

Max pasó la yema del dedo índice sobre el icono llamado

Music. Un texto deslizando en la pantalla le informó de lo que estaba sonando a través de las diminutas rendijas de los altavoces:

Piano Concerto n.º 3 in D minor, op. 30: I. Allegro ma non tanto

La canción formaba parte de una lista de reproducción personalizada por el dueño del iPod:

Classical Best
AMOK
Battiato Best
Beck
Bjork
Bowie Next Day
Karkwa
Michael Jackson
Martha Pop

Perfect Playlist
PJ England Shake
Radiohead
Vorobiov Watson Others
Tom Waits
TV on Radio Best
Voice Memos
On-The-Go

Max pensó en Alicia. Por alguna razón intuía que a Alicia le gustarían muchas de las canciones que parecía haber escondidas allí dentro. Él solo conocía a Michael Jackson, aquel tipo extraño que parecía una mujer muy maquillada, una figura de cera. Había visto un documental sobre su vida en la tele. Un extraño individuo que había muerto hacía unos años. Tal vez el

Max de antes se había enterado de la noticia de su muerte.

No podía devolverle el iPod a su dueño, simplemente porque no sabía quién podría ser, así que lo apagó y se lo metió en el bolsillo.

La música de piano era, cuando menos, interesante.

Max decidió irse a casa a dormir. Aquel día ya se había estirado demasiado.

Ya en el portal de su casa, mientras esperaba el ascensor, abrió la portezuela del buzón para comprobar el correo.

Sr. Max N. N.

En el buzón había un sobre acolchado de color marrón sin dirección ni remite. Alguien tenía que haberlo dejado allí, ya que no podía venir de Correos al no tener dirección. Max lo abrió allí mismo, en el rellano de su edificio.

Cuando te encuentras de frente con algo que cambia tu vida, curiosamente, no actúas con sobresalto o, al menos, no se nota desde fuera. No es cierto que te pongas a saltar de alegría ni que rompas a llorar, al menos no durante los primeros segundos.

Lo que te ocurre es que te quedas sin habla y tienes que mirar

lo que tienes delante una y otra vez para ser capaz de asumirlo.

Dentro del sobre acolchado había dos libritos del tamaño de una mano, de tapa dura y marrón, ambos con un extraño símbolo y una inscripción en ruso: «PASAPORTE».

Max abrió uno de los pasaportes, que pertenecía a un tal Nikolái Sokolov, y cuya fotografía contenía un rostro que Max conocía muy bien. Era el rostro que veía cada día en el espejo.

El segundo pasaporte pertenecía a alguien llamado

Volodímir Kozaka. La fotografía, de nuevo, era la suya propia.

Ambos pasaportes tenían la fecha perfectamente en vigor.

Max soltó una honda bocanada de aire y entonces se produjo la reacción, cuando ya habían pasado unos buenos diez segundos desde que viera su rostro en aquellos documentos por primera vez.

Comenzó a perder fuerzas en las piernas y se hubiera caído al suelo si no se agarra a la barandilla de las escaleras. ¿Estaba aquello pasando realmente?

Dos pasaportes.

¿Era su cara?

Lo era.

Al menos uno de ellos era falso. O tal vez los dos. Serguéi Aksionov lo había llamado Nikolái. ¿Era ese su verdadero nombre entonces? ¿Era Volodímir Kozaka una falsa identidad?

Max subió a su piso dando cada paso como si flotase sobre una superficie acolchada. Se dejó caer sobre el sofá de su diminuta salita.

Aquellos pasaportes, en lugar de contestar a una pregunta, abrían otras nuevas. Para empezar, ¿quién los había dejado allí?

Indagar en su pasado era como buscar la salida de un laberinto

lleno de bifurcaciones. Hasta entonces había creído que para averiguar su identidad tenía que buscar a un solo hombre. Ahora descubriría que su antiguo yo podría haberse movido con falsas identidades. Eso quizás explicase que fuese tan difícil localizarlo.

¿Qué clase de persona tiene varios pasaportes?

Y, sobre todo, ¿quién los había dejado en su buzón?

Miró su propio retrato con detenimiento, intentando meterse a través de aquellos ojos fríos y estudiar qué había dentro de ese cerebro que aún no había sido

atravesado por una bala, aquel cerebro que sabía todo sobre su vida.

Era su cara, no había duda, pero, aun así, sentía que tenía delante a un perfecto desconocido. ¿Qué pensaría el psiquiatra de eso? Se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que estaba deseando ver al psiquiatra y contárselo todo.

Aquel traidor hostigado por la policía.

«¿Aquel traidor?» ¿Desde cuándo hablaba Max en aquellos términos?

Un timbrazo súbito y estridente del teléfono hizo añicos el silencio.

Max dio un respingo sobresaltado. Se apresuró a contestar. Se trataba de su asistente social.

—Max, hombre, ¿dónde te habías metido? —se interesó una voz femenina al otro lado de la línea —. ¿Por qué no me has llamado?

—He estado ocupado...

—¿Ocupado? Vamos a ver, Max, me acabo de enterar de todo.

—¿De todo?

—Estoy muy afectada. No puedo entender lo que ha pasado. De verdad, no sé por dónde empezar. Primero me llaman del supermercado para decirme que lo has dejado. A ver, Max, me dicen

que has dejado el trabajo, hablé ayer con tu jefe, con tu exjefe...

—Ese hombre es un imbécil.

—Max, no hay un jefe en el mundo que no sea un imbécil... Espera, hay más: me llaman entonces de Madrid, te han interpuesto una demanda porque... ¿atacaste a un directivo de una empresa de comunicaciones en Madrid?

—Sí.

—Max, esto me puede meter a mí en problemas. Esta mañana he hablado con tu psiquiatra y me dice que recomienda suspender el tratamiento, que ya no hace falta

que te vea más. Y no ha querido darme explicaciones. No entiendo nada.

—Puedo valerme por mí mismo, no necesito ayuda psicológica.

—Vamos a ver, Max. Necesito que vengas a mi oficina. La demanda me ha llegado por fax; ven y te la entrego. Tienes que presentarte en Madrid dentro de dos semanas, necesito que te pongas en contacto con tu abogado...

—¿Mi abogado?

—Sí, te han asignado uno de oficio. Tengo sus datos aquí.

—De acuerdo.

—¿Qué vamos a hacer con lo del trabajo, Max? Tengo unas cuantas cosas que te podían interesar.

—Me parece bien. Dígame dónde tengo que presentarme y acudiré.

La trabajadora social se quedó callada unos instantes.

—Vamos a hacer una cosa —propuso finalmente—: ven mañana temprano a mi oficina, te entrego la demanda y la información sobre tu abogado y hablamos sobre el trabajo, ¿de acuerdo?

Max se quedó mirando los pasaportes abiertos sobre la mesita. Nikolái y Volodímir, ambos la misma persona, ambos él mismo, ambos unos perfectos desconocidos, lo miraban desde sus respectivas fotografías con una expresión que se le antojó de burla.

—Sin problemas.

Max colgó el teléfono. La trabajadora social se empeñaba en conseguir para él una vida normal: un trabajo, una casa, una existencia sin sobresaltos, plana y gris, una vida que no llamase la atención. Una vida corriente, como la que todos llevaban.

Pero Max se dio cuenta de que, por algún motivo, él no encajaba en una vida normal. No se veía a sí mismo metido en un trabajo con un horario fijo, con un jefe, con una esposa que se preocupase de su ropa, de la casa, del color de las cortinas; enredado en las tareas domésticas o paseando un carrito de bebé, yendo al cine los fines de semana, a cenar fuera, pasando las noches mirando programas de televisión, matando el aburrimiento con alguna trabajosa afición: fotografía, aeromodelismo, crucigramas...

Él no estaba hecho para esa vida, por más que se esforzase la trabajadora social.

Aquellos dos perfectos desconocidos que eran él mismo seguían observándolo desde la fotografía de sus pasaportes.

—De acuerdo —los retó Max en voz alta—, estoy dispuesto a llegar al final. Pase lo que pase.

CARLA

A las cuatro y media Carla se presentó en las oficinas de la Jefatura Superior de Policía de Madrid, donde la había citado el teniente Guerrero.

Después de identificarse y pasar el arco de seguridad, un policía la acompañó hasta la tercera planta. Allí la condujo por un largo pasillo enmoquetado hasta uno de

los despachos. Carla se cruzó con varios policías uniformados que le lanzaron miradas de reojo al pasar a su lado. Ella llevaba vaqueros y botas, un jersey negro de cuello alto y una gruesa cazadora de piel. Se había recogido el pelo en una coleta y no llevaba maquillaje. Por el modo en que la miraban los policías con los que se cruzaba, entre la curiosidad y la sospecha, quién sabe, se dijo Carla, si no pensarían de ella que era una detenida o una soplona. Quiso imaginar qué clase de mujeres irían hasta allí custodiadas por la policía.

No tuvo tiempo para conjeturar demasiado. Enseguida el policía que la acompañaba la hizo pasar al interior de un despacho donde esperaba el teniente Juan Pablo Guerrero.

Guerrero le estrechó la mano y la invitó a sentarse frente a su escritorio. El policía se acomodó en su silla al otro lado. El despacho era amplio, con una vidriera de cristal plomizo que apenas dejaba pasar un resplandor del exterior. El mobiliario, compuesto por un escritorio, varias sillas y estanterías metálicas atiborradas de papeles, era tan viejo que parecía más bien

el decorado de una oficina en una película de los años setenta. Sobre la mesa había varios montones de carpetas de gomas y un ordenador portátil antiguo. El único objeto personal era un pequeño portarretratos con la fotografía de un niño de unos cinco años. Carla se fijó en que el niño se parecía mucho al hombre que tenía delante. Debía de ser su hijo, imaginó.

—Bueno, ahora ya sabes dónde encontrarme —comenzó Guerrero con una amplia sonrisa.

—Como si fuera tan fácil llegar aquí —resopló Carla—. No sé dónde vives y no podría colarme en tu

casa, y no lo haría aunque lo supiera —añadió con sequedad.

—Perdona por el numerito de la otra noche —dijo Guerrero con la mirada esquiva—. Tenía que hablar contigo cuanto antes. Algunas personas de la Embajada rusa se pusieron muy nerviosas cuando creyeron que uno de sus agentes había... despertado, por así decir.

Carla vio que el policía pretendía ser amable. La superioridad con la que la había tratado en las dos ocasiones anteriores había desaparecido, así como el tono autoritario y tajante de su voz, que ahora recordaba más

al de un empleado que se disculpaba con su jefe. Se preguntó a qué se debería el cambio de actitud.

—Supongo que ese agente ruso al que te refieres es Max —dijo Carla.

—Ese hombre —asintió el policía con expresión contrariada, como si hablase de un viejo y molesto dolor—... ya te expliqué que no es quien dice ser. En realidad se trata de un agente de los servicios secretos rusos. Estuvo varios años infiltrado en un entramado de la mafia rusa en España. Yo colaboré en el operativo y tuve la desdicha de

conocerlo personalmente. Un individuo retorcido y peligroso. Aunque los rusos juraban que pertenecía a sus cuerpos y fuerzas de seguridad, ayudó más a la mafia que a nosotros.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, pero todo eso me suena a una mala película de espías.

—Te sorprendería saber lo que se acercan las películas a la realidad. —Guerrero dibujó una sonrisa. Tenía una dentadura muy blanca y perfecta, de presentador de televisión—. Algún día, si nos conocemos mejor, te podría contar algunas historias sorprendentes.

Carla tuvo que reconocer que era un hombre guapo. Ahora que había decidido ser amable con ella, resultaba aún más atractivo.

—No he venido para que me cuente batallitas de espías —respondió con sequedad.

—Es cierto —concedió Guerrero—. Si estás aquí es porque me ofreciste un trato de colaboración. —Abrió las manos hacia ella.

—Así es. Yo necesito ayuda para encontrar al individuo que me amenaza y tú necesitas alguien que pueda acercarse a Max.

—Quiero que te quede bien clara una cosa, Carla —la miró

fijamente. Sus ojos eran cálidos—: ese hombre que ahora se hace llamar Max es muy peligroso.

—A mí me pareció buena persona. Parecía inocente como un niño. —Carla empleó cierto tono de desafío.

—Si supieras lo que ese hombre ha hecho en los últimos años, no dirías eso. Fue uno de los asesinos más mortíferos del viejo KGB ruso. Conozco a muchos hombres duros que se lo harían encima de miedo si se quedaran a solas en una habitación con él.

—Parece que lo conoces muy bien —dijo Carla provocadora—.

¿Qué es lo que necesitas saber de él entonces?

El teniente Guerrero esbozó una sonrisa torcida. Miró a Carla unos segundos, evaluándola.

—Ese hombre sabe cosas muy importantes para nosotros. Se las ha apañado para convencer a todo el mundo de que sufre amnesia. Supuestamente, no recuerda nada de su pasado. Puede que mienta o puede que diga la verdad. Queremos averiguar si su amnesia es verdadera.

—Y necesitas a alguien que pueda acercarse a él. Eso ya lo deduje yo solita. Por eso estoy aquí.

El teniente Guerrero dedicó una sonrisa a Carla.

—¿Estarías dispuesta a colaborar entonces?

—Depende. ¿Me ayudarás a encontrar al hombre que me está amenazando?

—Verás, yo solo soy un empleado del Centro Nacional de Inteligencia. —No había un ápice de ironía en su voz—. Para hacer mi trabajo puedo disponer de ciertos recursos operativos y fondos reservados, pero debo justificar hasta el último euro que gasto en cada operación. No puedo disponer libremente de mi tiempo ni del de

mis hombres. Aunque quisiera ayudarte a encontrar a ese individuo, no podría. ¿Lo entiendes?

—¡Mierda!, entonces, ¿para qué estoy aquí? —resopló Carla.

—Quería confirmar personalmente tu determinación para colaborar en este asunto —respondió el agente—. Hay algo que se puede hacer. Necesitaré unas horas para confirmarlo. ¿Podemos vernos esta noche?

—Está bien. ¿Tengo que volver aquí?

—No es necesario. Para lo que tengo en mente necesito la

aprobación de varios de mis superiores. —Consultó su reloj de pulsera—. No tendré todas las firmas hasta la medianoche. ¿Qué te parece si nos encontramos en el Hard Rock Café del paseo de la Castellana a las doce en punto?

—De acuerdo. Allí estaré.

Carla se puso en pie. Su mirada recayó en la fotografía enmarcada sobre el escritorio.

—¿Es tu hijo? —preguntó.

—Sí. Se llama Juan Pablo, como yo.

—Es muy guapo.

—Gracias. Espero que lo siga siendo. Desgraciadamente, hace

cinco años que no lo veo.

—¿Por qué?

—Su madre y yo nos divorciamos en no muy buenos términos. Ella es abogada y logró que me retirasen la custodia. Se las apañó para que yo no pudiese verlo ni siquiera en las visitas tuteladas —explicó sin poder ocultar un poso de rencor en la voz—. Después del divorcio, mi exmujer se fue a trabajar fuera de España, creo que logró un puesto en Bruselas, algo relacionado con la Comisión Europea. El caso es que no he vuelto a ver a mi hijo desde que se marcharon.

—Lo siento. Ha tenido que ser duro.

—No te imaginas cuánto. El único recuerdo que tengo de mi hijo es un puñado de fotografías de hace cinco años. He tenido que imaginarme cómo habrá sido su vida desde entonces. A pesar del tiempo y la distancia, no hay día que no piense en él.

Carla le miró y en el azul oscuro de sus ojos creyó vislumbrar un dolor fuertemente reprimido, como un guijarro negro y duro que descansa silencioso en el fondo de un estanque.

—Aunque sé que no es mucho consuelo, entiendo por lo que estás pasando —empatizó Carla.

El teniente Guerrero frunció los labios con un visible esfuerzo por sacudirse la tristeza. Por un instante se aflojó la tensión de su cuerpo y la fachada de policía duro se diluyó para asemejarse más a un vulgar oficinista mustio y cansado después de una dura jornada de trabajo, abatido por los desaires del mundo, un hombre corriente habituado a remontar cada día los sinsabores de la vida.

«La vida nos desgasta —se dijo Carla—. No soy la única que ha

sufrido. Al parecer, todos llevamos heridas en el alma, aunque las ocultemos.»

—Nos vemos esta noche, ¿de acuerdo? —se rehizo Guerrero.

La acompañó hasta el ascensor y se despidieron con un apretón de manos.

En la calle, Carla se apresuró a llamar a su hermano para ponerlo al corriente de lo que habían hablado. Hacía mucho viento y estaba empezando a llover, por lo que se refugió en una cafetería para poder hablar. Se sentó en una mesa y pidió un café con leche mientras marcaba el número.

Carla resumió a su hermano la conversación que acababa de tener.

—Entonces, ¿has logrado que el CNI se involucre en la investigación? —preguntó su hermano incrédulo—. Carla, me asombras.

No le contó exactamente toda la verdad. No podía decirle que Max era considerado un hombre muy peligroso. Su hermano se preocuparía aún más si supiera que su parte del trato con el teniente Guerrero consistía en pasarle información de un exagente del KGB, un sujeto al que, al parecer, todos temían más que al diablo.

—Aún no está confirmado — aclaró Carla—. El teniente Guerrero necesita autorización de sus mandos superiores.

—Si te ayuda, ¿a cambio de qué? —preguntó Isaac. Carla no supo qué responder—. Carla: sé cómo funcionan los servicios de inteligencia en España. Esa gente no mueve un dedo si no esperan conseguir algo a cambio.

—Bueno, ¿recuerdas que te expliqué que un hombre llamado Max me ayudó a encontrar a Alicia? —contestó cautelosamente—. Al parecer ese hombre tiene algún asunto pendiente con la justicia —

explicó tratando de suavizar la historia—. Quieren que yo les pase cierta información. Solo eso. Creen que él confiará en mí.

—¿Información?, ¿qué clase de información?

—Todavía no lo sé. Supongo que me lo dirán más adelante.

—Joder, Carla, todo esto me da mala espina. Cada vez estoy más preocupado por ti. ¡Mierda!, si pudiera salir de este maldito hospital y ocuparme yo mismo...

—Ya no soy una niña pequeña a la que tengas que proteger — protestó Carla molesta. ¿Su

hermano no la creía capaz de desenvolverse por sí misma?

—Carla, olvídate de todo esto. Dentro de unos días me operarán. Después nos podremos ir a cualquier sitio donde ese individuo no pueda encontrarnos. Esperaremos hasta que la policía lo atrape.

—No pienso olvidarme. Ya lo hemos hablado. No voy a esconderme y quedarme con los brazos cruzados.

—Carla, no estoy negociando —contestó Isaac con severidad.

Como si pudiera verla, Carla le devolvió la mirada que adivinaba en

su hermano al teléfono, frunciendo el ceño y apretando los labios.

—¿Cómo? ¿Te crees que puedes mandar en mí como cuando éramos niños? —dijo dolida—. Soy una mujer adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

—Carla, no te lo tomes así, por favor. Haz lo que te digo y no se hable más.

—¿Y no se hable más? ¿Haz lo que te digo y no se hable más? ¡No voy a hacer lo que tú me digas! Voy a hacer lo que es mejor para mí y para mi hijo. «Y no se hable más.»

Colgó. Estaba furiosa. Se mordió el labio inferior para que no

le temblara. Era la primera vez que discutía con su hermano. Contuvo las lágrimas. El corazón le latía a mil por hora. Puso azúcar al café y al agitarlo con la cucharilla se derramó fuera de la taza. Desistió de tomarlo. La cafeína no le haría bien. Llamó a la camarera y pidió un botellín de agua. A su alrededor la gente charlaba con despreocupación. La lluvia era fina, gris, persistente. Se llevó las manos a las sienes.

¿Y si Isaac tenía razón? ¿Y si se estaba exponiendo a demasiados riesgos? Se sentía mal por no haberle contado todo lo que el

teniente Guerrero le había dicho acerca de Max.

Maldijo en silencio a Telmo Vargas. Con solo un puñado de mensajes de texto ya había empezado a arruinarle la vida. ¿Qué más podría hacerle cuando el malnacido se emplease a fondo con ella?

Carla deseó con todas sus fuerzas que llegase el día en que lo tuviera delante, frente a frente. Entonces le haría pagar por todo lo que le estaba haciendo a ella y a todos a los que les había destruido la vida.

EVA LUNA

Eva Luna se interpuso entre su vecina, de rodillas en el suelo, y su exmarido. Mamen sangraba profusamente por el labio, roto por los golpes que le había propinado. El hombre tenía el rostro congestionado y las aletas de la nariz dilatadas como un toro enfurecido.

Eva se plantó firme frente a él. Tuvo la extraña sensación de que su cuerpo ganaba densidad y se aferraba al suelo con más fuerza, pero a la vez se sentía ligera, como si pudiese echar a volar en cualquier momento con solo desearlo.

Su cuerpo experimentó diversas reacciones, pero ninguna de ellas era miedo.

Un simple hombre no iba a asustarla nunca más. Antes moriría que volver a claudicar bajo el yugo de un hombre.

El miedo había desaparecido. Comprenderlo fue una liberación.

Tantos años temiendo, siempre temiendo... La idea de tenerle miedo a aquel hombrecillo le pareció ridícula. Ningún golpe, ninguna amenaza suya ni de ningún otro hombre podría quebrar su voluntad nunca más.

Aquella nueva realidad, aquella manera tan obvia de entender el mundo la sobrecogió hasta el punto de que pudo sentirla como algo físico, como la persona que sufre fuertes dolores y de repente se libera de ellos, como ese maldito dolor de cabeza que se va y te deja una sensación de calma y frescor.

El exmarido de Mamen pareció dudar unos instantes. Señaló con el dedo a su mujer. El labio inferior le temblaba.

—Piensa lo que te he dicho. ¡Soy capaz de matarte como no vuelvas conmigo!

Finalmente dio un paso atrás y abandonó el piso, no sin antes jurar entre dientes que volvería para matarlas.

Eva se arrodilló junto a Mamen, que se abrazó a ella y rompió a llorar.

—Se ha ido, ya se ha ido — susurró Eva mientras le acariciaba el pelo.

La estuvo abrazando hasta que, poco a poco, la mujer dejó de temblar y se fue tranquilizando. Tenía magulladuras en la cara y una herida en el labio que le sangraba.

—Tienes que curarte ese corte —sugirió Eva.

—Si no llegas a aparecer, ese hijoputa me mata. —Mamen se palpó el labio herido con una mano.

Eva no dijo nada. Otros vecinos también habrían escuchado los gritos, pero nadie había acudido. Con el paso de los minutos, varios moratones fueron adquiriendo forma y color en el rostro de la

mujer como detalles de una fotografía revelada.

—No es la primera vez que pasa —constató Eva.

—Tiene mil denuncias, el muy desgraciado. Hay una orden de alejamiento, pero ya ves de qué sirve. Puede venir aquí y darme una paliza cuando se le antoja.

—¿Por qué te pega? —preguntó Eva.

—¡Quiere que vuelva con él! Dios mío, yo no sé cómo he acabado así. —Mamen se tapó la cara con las manos y rompió a llorar—. Todo se me ha ido a la mierda.

Entre sollozos, Mamen abrió el mueble del salón y sacó una botella de coñac. Se sirvió en un vaso y se lo bebió de un trago. Se miró la cara en un espejito que había en la portezuela interior del mueble. Se palpó el labio roto con la punta de los dedos.

—Así es como me dejaba después de cada paliza cuando vivíamos juntos. Una vez me rompió la nariz de un puñetazo, el muy animal. Por vergüenza me pasaba un mes sin salir de casa.

Las lágrimas le corrieron por las mejillas. Encendió un cigarrillo

con manos temblorosas. Dio varias caladas.

—Vas a pensar que soy una perfecta gilipollas por haberme casado con ese desgraciado — continuó—, pero al principio él no era así. Cuando lo conocí no parecía un hijo de puta.

Mamen se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Se quedó de pie, mirando una fotografía que había en una repisa del mueble. En la foto aparecía ella misma, unos diez años más joven, junto a otras dos muchachas de su edad. Las tres reían y se las veía felices.

—Hace tiempo que no sé nada de mis amigas. —Mamen tenía la mirada fija en la imagen—. Yo soy de un pueblecito de Albacete, ¿sabes? De joven era un poco cabeza loca. No quería estudiar. Lo que a mí me gustaba era el estilismo, y cuando repetí varios años en el instituto, mis padres, viendo que lo mío no era estudiar, me pagaron un curso de peluquería en una academia privada. En dos años me saqué el título, pero el pueblo se me quedaba pequeño para cumplir mis sueños. Yo quería tener mi propio centro de belleza. Me vine a Madrid con la ilusión de

poner mi propio negocio. La decisión de venirme a vivir aquí la tomé yo sola. Me imaginaba que la vida en la ciudad iba a ser como en mis sueños. Tenía tal grado de ilusión y ganas de vivir que no veía más allá. Me imaginaba que ponía un salón de belleza y que todas las famosas de Madrid venían a mi peluquería.

Mamen apuró el cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero. Le temblaban las manos.

—Yo siempre veía las cosas con optimismo. Cuando me vi sola en Madrid, tenía veinte años recién cumplidos y me dio un poco de

miedo. Entonces me decía: puedes hacerlo, Mamen, ya verás como todo te sale bien. Dentro de nada vas a ser la peluquera más conocida de la capital.

Sonrió tímidamente, sin que la sonrisa de la boca alcanzara a cambiar nada en sus ojos. Encendió otro cigarrillo. Eva aguardó en silencio. Sabía que ningún comentario sería tan oportuno como quedarse callada y escuchar. Mamen necesitaba hablar, desahogarse, justificar, sobre todo ante sí misma, su historia incompleta.

—Al poco de llegar a Madrid conocí a Ramón —prosiguió—. Él era unos años mayor que yo y a mí me pareció que era un hombre experimentado, de mundo. Me invitó a cenar a unos cuantos sitios de postín y yo me enamoré de él como una tonta. Él es funcionario en el Ministerio de Sanidad. Tenía un puesto fijo y un buen sueldo y parecía que la vida nos iba a sonreír. Al principio estuvimos ahorrando para pagarnos la boda. Fue una boda por todo lo alto —sonrió con nostalgia—, al menos para lo que yo estaba acostumbrada, criada sin grandes lujos. Vinieron mis padres

y prácticamente invitamos a todo el pueblo. La boda nos salió por un pico y nos quedamos sin un duro. Después estuvimos ahorrando para dar la entrada de un piso y luego para un coche. Yo iba aplazando mi sueño de montar la peluquería, diciéndome que había otras prioridades. Ramón, cada vez que yo sacaba el tema, no me animaba lo más mínimo. ¿Para qué vas a trabajar?, me decía. Si así estamos bien. Entonces, no sé ni por qué, un día tuvimos una discusión subida de tono y él acabó dándome un guantazo. Fue como por accidente y me pidió perdón mil veces, pero la

siguiente vez que discutimos me llevé otra bofetada. Y así, casi sin darme cuenta, fue anulando mi voluntad. Yo tenía miedo de contradecirle. Se hacía todo lo que él decía. Y si se me ocurría llevarle la contraria, aunque fuese en lo más pequeño, se ponía hecho una furia y me llevaba unos guantazos.

Mamen tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Le temblaba la mandíbula. Se sirvió otro poco de coñac que se bebió de un trago. Tenía las sienes brillantes: minúsculas gotas de sudor que apenas asomaban a través de sus poros.

—Supongo —continuó— que el orgullo personal de querer conseguir mis objetivos me llevó a alargar la situación, creándome falsas expectativas de que un día se solucionaría el problema. Me engañaba a mí misma diciéndome que al final todo iba a salir como yo había soñado.

Mamen se dejó caer en el sillón con aire abatido, como si se rindiese a un enemigo invisible. Hablaba con la mirada perdida, como si se hablase a sí misma. Eva la escuchaba de pie, relajada, sin mover un solo músculo del cuerpo.

—No sabes lo que es cuando te das cuenta de que tu vida se la ha tragado otra persona. —La voz de Mamen se oía ronca—. Duele tanto y te sientes tan sola que no eres capaz de dar un paso hacia delante por ti misma. No tienes fuerza moral para pedir ayuda porque al principio ni lo ves como un problema. Te dices: mientras no me mate y pueda seguir viviendo, aunque sea a su sombra, todo va bien. Pero no va bien. —Cerró los ojos con pesar—. Hablas con amigas y con otra gente y un día cuentas alguna cosa que no suena bien, no suena a convivencia social. La vida

de la gente no es así. Y otro día, tomando un café, después de una paliza, se te escapan las lágrimas. Y alguien se da cuenta de que las cosas no son normales y te dice que vayas a un especialista en estos temas a que te asesore. Y después de mucho pensar, sin que nadie lo sepa, pides cita un día. No vas. Por remordimiento, pides otra cita y vas de mala gana y encima sales asustada de la consulta, pero como nadie se ha enterado..., todo va bien: no vuelvo y punto. En casa todo sigue como siempre. Los de fuera siguen insistiendo en que pidas ayuda y denuncies la

situación. Y tú, dura: yo no necesito

ayuda, es la vida que he elegido, son rachas, no pasa nada...

Mamen permaneció en silencio un instante, mirando al vacío. El cigarrillo le temblaba en la mano. Una buena medida de ceniza se desprendió y cayó al suelo.

—El caso es que durante años le fui dando oportunidades al matrimonio, hasta que un día me di cuenta de que lo que más deseaba en la vida era separarme de Ramón. El matrimonio me había anulado como persona. Entonces me decidí a dar el paso y denunciar los malos tratos. Fue todo muy desagradable. Hubo un juicio y se dictó una orden

de separación. Fui yo quien voluntariamente abandonó el piso donde vivíamos y me vine a este de alquiler. Con la parte de nuestros ahorros que me tocó en la separación alquilé el local de abajo y monté la peluquería, el sueño de mi vida. Las cosas no se parecen mucho a como las había imaginado. El negocio me va regular y no se ha convertido en el salón de belleza donde acuden todas las famosas de Madrid a ponerse guapas. —Esbozó una sonrisa triste—. Al menos intenté empezar de nuevo. Intenté volver a recuperar mi vida, la vida

de aquella chica de veinte años que se iba a comer el mundo.

Mamen miró a Eva, que sonreía con los labios apretados bajo una mirada compasiva.

—Parecía que iba a lograr empezar de nuevo cuando un día, de eso hace ya unos meses, Ramón se presentó aquí y me dijo que quería volver, ¿te imaginas? Me dice que no puede vivir sin mí y que tenía que volver con él, por las buenas o por las malas. Así me lo dijo: «por las buenas o por las malas». ¡Menuda declaración de amor! Yo lo denuncié a la policía por violar la orden de alejamiento,

pero la policía no hizo nada. Dicen que no pueden hacer nada, que no pueden poner a un policía a vigilarme las veinticuatro horas del día. Envalentonado al ver que no pasa nada, Ramón ha estado viniendo a verme cada vez con más frecuencia, amenazándome. Y ya ves. Hoy se me coló en el piso y empezó a pegarme otra vez, como cuando vivíamos juntos. Si no llegas a aparecer tú, no sé qué hubiese pasado.

Eva se sentó en el sofá a su lado y la cogió de las manos.

—No te imaginas lo que es vivir así —Mamen sollozaba—, siempre

con miedo.

Eva lo comprendía demasiado bien. Sabía perfectamente lo que era vivir con miedo. Ella también había vivido así durante toda su vida: temiendo, temiendo, siempre temiendo. Lo extraño era que ahora no sentía temor alguno. No había tenido miedo cuando se había enfrentado al exmarido de aquella mujer.

¿Significaba eso que se había convertido por fin en la Eva Luna valiente y segura de sí misma, la Eva Luna que no conocía el miedo, que siempre tenía una sonrisa en la cara, la Eva Luna cuya sola

presencia servía para iluminar la vida de los que la rodeaban?

Esa Eva Luna completa no podía tolerar que Mamen viviese atemorizada.

—Perdona por contarte mi vida —se excusó Mamen.

—Quiero ayudarte —declaró Eva—. No puedes seguir así.

—No se puede hacer nada. —Mamen agachó la cabeza negando—. Ya he ido muchas veces a la policía y es perder el tiempo. Cualquier día me mata y se acaba todo.

—Yo no hablo de recurrir a la policía —dijo Eva.

Mamen la miró con extrañeza.

—Entonces, ¿qué se puede hacer?

Eva respiró hondo. Había tomado una decisión. No la iba a dejar sola. No iba a mirar para otro lado mientras aquella mujer pasaba por un infierno.

—Déjame a mí —respondió Eva con el semblante serio y una mirada llena de determinación—. Tu marido no va a volver a acercarse a ti. Eso te lo prometo.

ALICIA

Alicia no pegó ojo en toda la noche. No se atrevía a arrepentirse de haberse fugado de casa. De lo que sí se arrepintió fue de haber pagado treinta euros por cuatro paredes donde no había dormido ni cinco minutos seguidos. Encima, apenas había entrado en calor. Para eso podría haberse quedado durmiendo en cualquier cajero. ¡Ja!

Total, aquel hotelucho no tenía ni calefacción y en la habitación hacía un frío de muerte.

Al menos pudo darse una ducha en una bañera ennegrecida por la roña. El agua salía tibia, aunque con fuerza. Cuando se vistió le castañeteaban los dientes del frío. ¿Por qué rayos hacía tanto frío en Madrid? El clima era una de esas cosas que uno no tiene en cuenta cuando decide escaparse de casa. Tendría que haberse fugado a las islas Canarias. Por lo menos allí hubiese dormido en la playa bajo el cielo estrellado.

Bajó a la recepción, que estaba desierta, a excepción de los dos ancianos que ahora roncaban en los sillones, tiesos, con las desdentadas bocas abiertas. Alicia tuvo la sospecha de que aquellos sillones de escay eran el único hogar que conocían aquellos dos viejos.

No había ni rastro del recepcionista. Alicia dejó la llave sobre el mostrador y salió a la calle. El hambre le pateó el estómago con la misma fuerza que el frío le abofeteó el rostro. El cielo tenía un color gris y un aspecto turbio, sucio, como las pringosas aceras salpicadas de mierda de perro.

Alicia se arrebujo en su cazadora y se metió en uno de los bares de la plaza Mayor.

Sentada frente a un mostrador aceitoso, pidió un café con leche mientras descontaba mentalmente otro euro y medio de sus fondos. Se bebió en dos tragos el café hirviendo.

De nuevo en la calle, se puso a buscar una boca de metro. Había leído en las redes sociales que muchos jóvenes artistas del extranjero se pagaban una estancia en Madrid con las propinas que conseguían actuando en los pasillos del metro. Pensó que ella podría

hacer lo mismo mientras encontraba un trabajo.

Deshizo el camino que había recorrido la noche anterior, cruzó la monumental plaza Mayor y bajó por una calle atascada de coches cuyas aceras bullían de actividad comercial: tiendas de ropa, fruterías, cafeterías, un entrar y salir de gente atareada entre el rumor del tráfico. Caminó con la guitarra al hombro hasta la Puerta del Sol y se metió en la boca del metro.

Descendió varios tramos de escalones y después siguió bajando por una larga escalera mecánica. A

sus pies se abría un enorme espacio subterráneo con varios niveles interconectados por escaleras. Había mucha luz y todo estaba lleno de resplandecientes carteles publicitarios. Alicia nunca había estado en una estación de metro, aunque aquello le recordaba más bien a un centro comercial. Las escaleras escupían sin cesar personas que se dispersaban en todas direcciones. Nunca había visto a tanta gente junta moviéndose tan deprisa, como sincronizada en un insondable trasiego. No pudo evitar pensar que la diferencia entre las personas y las

hormigas era solo cuestión de escala. Mundos frenéticos contruidos bajo tierra con dudosa finalidad.

Compró un billete. Cruzó uno de los tornos de acceso. Se adentró por uno de los largos corredores que discurrían en un paralelismo de líneas que parecía no tener fin. A lo largo del techo abovedado, cubierto de paneles de plástico, brillaba una hilera de tubos fluorescentes que bañaban los pasillos de una luz fría y descarnada.

Todo era muy deprimente, pero al menos allí abajo se estaba caliente.

Alicia se sentó en el suelo, en mitad de uno de los pasillos, con la guitarra en el regazo. Dejó la funda abierta delante para que arrojasen allí las monedas. Frente a ella, un incesante desfile de piernas. Ponerse a cantar allí le daba un poco de corte, pero qué demonios, era lo que tenía planeado desde un principio y no iba a echarse ahora atrás.

Marcó unos cuantos acordes para calentar los dedos. En cuanto el sonido de la guitarra reverberó en la galería del metro empezó a sentirse más animada. Cerró los ojos y empezó a cantar con voz

suave. Disfrutaba tanto cantando que no le importaría hacerlo en el mismísimo infierno. Además, la acústica allí era bastante interesante.

Con los ojos cerrados, interpretó una de las canciones que había compuesto ella misma. Las inflexiones de su voz, entrelazada con la rítmica tonalidad de los acordes, la transportaron a otro lugar impreciso y no determinado donde era posible la felicidad.

Me encontrarán viva
entre el día y la noche,
en esa zona de incertidumbre
más allá de la luz cegadora del sol
y antes de las sombras,

me encontrarán todavía respirando.
Cuando alguien vislumbre al ser humano dentro de mí,
cuando alguien espíe un pájaro azul en pleno vuelo,
no será demasiado tarde,
me encontrarán viva,
pero esa ya no seré yo.

Cuando se atrevió a abrir los ojos, la emoción que había sentido se desvaneció como una pompa de jabón. Nadie reparaba en ella lo más mínimo. ¡Jo! Ni una sola persona se había parado a escuchar. No es que esperase un corrillo a su alrededor, pero si todos pasaban de largo y apenas escuchaban unos segundos, ¿cómo iban a apreciar la música?

No iba a darse por vencida. Siguió tocando, cada vez más desinhibida. Después de media hora tuvo que reconocer que no era la mejor idea. En la funda de su guitarra solo había un chicle masticado, un billete de metro usado y un envoltorio arrugado. Genial.

Guardó la guitarra en la funda y salió a la superficie. Gruesos goterones empezaban a caer del cielo. La gente corría para ponerse a cubierto, como alertados de un bombardeo. Los paraguas se abrían como flores. Alicia se refugió bajo un soportal. Para colmo, estaba

muerta de hambre. Entró en un bar y pidió un café con leche y un bocadillo de jamón que devoró a grandes bocados (cinco euros menos). Ahora iba a conseguir adelgazar de una vez, se dijo con amarga alegría. Ya notaba el pantalón flojo.

Mientras apuraba el café hizo un cálculo mental del tiempo que llevaba fuera de casa. Apenas veinticuatro horas, suficientes para que su madre ya la estuviese echando en falta. ¿Qué estaría pensando? Seguramente estaría muerta de la preocupación. Alicia sintió una punzada de

remordimiento. No estaba bien hacer sufrir a su madre. Entonces se acordó de sus planes para meterla en un internado para jovencitas. Se acordó de su prohibición para ver a su hermano. Se acordó del mafioso de su novio, Mario el Armario. La rabia ahogó cualquier atisbo de remordimiento. No le iba a dar el gusto de volver. Tendría que venir ella a buscarla y suplicarle. Si su madre quería que volviese a casa, tendrían que cambiar muchas cosas.

De momento su fuga tampoco estaba yendo tan mal, se dijo para animarse. Tenía dinero para

aguantar una semana; eso sí no encontraba un sitio más económico para pasar la noche. Además, seguro que encontraba un trabajo pronto. Lo de tocar en el metro era una tontería romántica. Estaba visto que tenía que ir olvidándose de esa idea. Las personas que pasaban por delante de ella tenían tanta prisa que parecían ciegos y sordos. Aunque también podría probar suerte en el parque del Retiro. Había leído en los foros de internet que muchos jóvenes artistas recomendaban los jardines para actuar los fines de semana. Decían que allí, si gustaba la actuación, los

turistas eran generosos con la propina.

Alicia pidió otro café para demorar el momento de regresar a la calle. Mientras se lo bebía a pequeños sorbos sus ojos recorrieron el bar. Una mezcla de olores dulzones y de fritanga flotaba en el aire. El local estaba lleno a rebosar. En Madrid, si algo abundaba, era la gente que abarrotaba cualquier rincón. Todas las mesas estaban ocupadas con gente desayunando mientras leía el periódico o consultaba el teléfono.

Se fijó en una señora mayor que entró recorriendo las mesas del

bar pidiendo limosna. La señora, que tendría unos setenta años, llevaba un gorro de lana en la cabeza y vestía un grueso abrigo de paño negro lleno de remiendos. Llamaba la atención el calzado: unas plateadas zapatillas de deporte, de las de hacer *jogging*. Iba tirando de un carrito de dos ruedas de los que se usan para la compra. La señora recorría las mesas dejando una estampita de un santo mientras pedía «una ayudita» para comer, «que la Virgen se lo agradecería». Nadie le prestaba la más mínima atención.

A Alicia no se le había pasado por alto que en Madrid había mendigos en cada esquina, trajinando las papeleras o los contenedores de basura, pidiendo limosna delante de las grandes tiendas de moda o a las puertas de los supermercados sin que nadie les hiciese el menor caso. La gente iba apresurada de un lado a otro, a donde fuera que se dirigiesen con tanta urgencia, sin al parecer darse cuenta de que convivían con un ejército de mendigos que recorría las calles.

Cuando la señora de las estampitas pasó por su lado, Alicia

rebuscó en su mochila y sacó un billete de diez euros. No era mucho, pero algo era algo y tampoco podía permitirse darle más. No estaba en mejor situación que aquella pobre mujer, al menos en lo económico. Por lo menos, se dijo Alicia, ella era joven y, en teoría, todavía tenía un futuro por delante. Aún se sentía con fuerzas para abrirse paso en la vida y darse a conocer como cantante. Vendería millones de discos y se convertiría en una artista famosa. Tal vez era mucho soñar, pero por lo menos todavía tenía sueños. No podía ni imaginar lo horrible que debía de ser hacerse

viejo y encontrarse solo, sin nada, con la muerte como único horizonte y encima teniendo que pedir limosna para comer. De pronto sintió mucho miedo al fracaso.

Alicia le tendió el billete de diez euros a la anciana.

—Gracias, hija mía, que Dios te lo pague —dijo la señora mirándola con agradecimiento.

La mujer tenía unos ojos grises empañados de dulzura. A pesar de los remiendos, su aspecto era pulcro y aseado. Olía a jabón y a colonia de niño. Un mechón de pelo blanco como la nieve asomaba debajo del gorro de lana. Metió una

mano nudosa en el bolsillo del abrigo y sacó la estampa de un santo.

—Es santa Gema —dijo tendiéndole la imagen—. Si la llevas contigo, ella te ayudará en tu camino, nunca te fallará.

—Gracias, señora. —Alicia cogió la estampita.

La anciana sonrió con bondad y siguió su recorrido. Llegó al final del bar sin que nadie más le hiciese caso y después se marchó caminando despacio, tirando del carrito.

Alicia examinó la imagen que le había regalado. Era el retrato de una

mujer muy joven, casi una niña, vestida con una túnica azul. Tenía el pelo recogido y una mirada cristalina que contemplaba el cielo con devoto agradecimiento. Alicia se preguntó cómo era posible que la anciana siguiera teniendo fe en los santos. «Ella nunca te fallará», le había dicho, cuando era evidente que a la pobre mujer ya le había fallado, o no se vería en la penosa situación de ir pidiendo limosna por las calles.

De todas formas, Alicia se guardó la estampa en el bolsillo interior de la chaqueta. Abandonó el bar. El viento soplaba con fuerza y

hacía un frío de mil demonios. Para empeorar las cosas, la lluvia había arreciado. El viento hacía oscilar la cortina de agua de un lado a otro, como si una mano invisible estuviese sacudiendo las nubes. En la Gran Vía se acumulaban los coches en una larga hilera de vehículos atascados entre el humo negro de los tubos de escape. Alicia alcanzó a ver a la señora que pedía limosna metiéndose en la boca del metro para resguardarse del aguacero. De momento, refugiarse bajo tierra era también lo único que ella podía hacer. Aunque el metro

era un poco deprimente, por lo menos allí se estaba caliente y seco.

Bajó varios tramos de escaleras mecánicas hasta llegar a los andenes del último nivel. Se había dado cuenta de que cuanto más abajo, más caliente se estaba. En lugar de quedarse en uno de los pasillos de acceso, siguió adelante hasta el andén al que llegaban los trenes. Se sentó en un banco junto al negro ojo del túnel. No había casi nadie, pero como no tenía otra cosa que hacer sacó la guitarra y se puso a tocar. En cuanto empezó a cantar, la gente que aguardaba la llegada del siguiente tren se volvió hacia

ella, seguramente para distraerse y matar aquellos minutos de espera. Alicia estaba llegando al final de la canción cuando el bramido metálico de un tren que entraba en la estación eclipsó el sonido de su voz. Varias personas se acercaron a ella y arrojaron unas monedas a la funda antes de subirse al vagón. Apenas unos céntimos, pero algo era algo.

Alicia esperó hasta que el metro desapareció tragado por el negro túnel. Cuando se restauró el silencio empezó otra canción. Mientras tanto, la plataforma se había ido llenando de nuevo

público. Se dio cuenta de lo idiota que había sido por ponerse a tocar en los pasillos, donde todo el mundo pasaba ante ella apresurado. En cambio, allí, en el andén, la gente no tenía otra cosa que hacer que escucharla mientras esperaba al siguiente convoy.

Tocando entre la llegada y la partida de cada tren, se dio cuenta de que algunas canciones tenían más éxito que otras. Alicia midió el éxito por la cuantía de las propinas que arrojaban a la funda de su guitarra y repitió esas canciones una y otra vez.

Una hora después, en la funda de la guitarra había un buen puñado de monedas. Hizo un recuento: ¡casi diez euros! ¡Genial! Con ese dinero podía permitirse un menú para el almuerzo sin tener que tocar sus fondos.

El problema, no obstante, seguía siendo el alojamiento. Si regresaba al mísero hotel en el que había pasado la noche anterior, se gastaría otros treinta euros. A ese paso se le acabaría el dinero en unos pocos días y después, ¿qué?

Al otro lado de las vías, caminando por la plataforma opuesta, Alicia vio a la señora del

carrito que le había regalado la estampita de santa Gema. La anciana iba pidiendo limosna, aunque nadie le hacía mucho caso. Alicia la saludó con la mano, pero la mujer no la vio. Sintiendo el peso de las monedas en el bolsillo, se dijo que a lo mejor la estampita de santa Gema sí que le había dado suerte.

Suspiró profundamente, metió la guitarra en la funda y regresó a la superficie. Seguía lloviendo. Recorrió la calle Arenal hasta que dio con un restaurante que servía menú completo del día por solo siete euros. Se metió dentro y se

instaló en una de las mesas. Nunca un simple filete con patatas le había sabido tan delicioso.

Cuando acabó de comer se fue a un locutorio de los que tenían ordenadores y conexión a internet. Entró en Infojobs. Sentada junto a un árabe que hablaba a gritos a través de la *webcam*, Alicia se pasó un par de horas revisando las ofertas de empleo de Madrid. Se apuntó a todas las que pedían dependientas, teleoperadoras o cajeras de supermercado. Después escudriñó ofertas en otras páginas de anuncios y se inscribió en varias que pedían una chica interna para

hacerse cargo de un anciano. Pensó que no estaría mal conseguir un trabajo de ese tipo: sueldo y casa, todo en uno.

Eso le recordó que aún no tenía resuelto el problema del alojamiento. Si seguía pasando las noches en el hostel a treinta euros al día, pronto se le acabaría todo el dinero. ¿Y si no encontraba trabajo para entonces? Sin dinero no tendría más remedio que regresar a casa. Pero volver no era una opción. Tenía que apañárselas como fuese.

Empezaba a oscurecer cuando decidió regresar al metro para probar otra vez suerte tocando en el

andén. Solo llevaba un día en las calles de Madrid y ya estaba agotada. Fugarse de casa no era tan fácil como la gente creía. ¡Echaba tanto de menos su habitación! Con todo lo que se había quejado de su ruinoso casa en Almería y ahora la recordaba como un palacio... No entendía como los vagabundos y los sin techo que había por todos lados se las apañaban para sobrevivir. Andar por las calles con aquel frío era agotador.

En el andén, Alicia volvió a encontrarse con la señora que pedía limosna repartiendo estampitas de santos. La anciana estaba sentada

en un banco. En las manos tenía una manzana que cortaba con una pequeña navaja, llevándose los trozos a la boca y masticando lentamente. Tenía una expresión risueña en los ojos, como si estuviese merendando en mitad del parque en un día soleado en lugar de encontrarse en un deprimente túnel del metro. Alicia se aproximó a ella.

—¡Hola! ¿Se acuerda de mí? — saludó sentándose a su lado.

La mujer levantó la cabeza y depositó en Alicia una mirada lúcida, los cálidos ojos grises rodeados de arrugas.

—Hola, hija. Sí, tú eres la chica tan generosa del bar —respondió. Sonrió y todo su rostro pareció llenarse de luz.

—Quería decirle que la imagen de la santa que me regaló me ha dado suerte y darle las gracias.

—No se merecen, hija —respondió sin dejar de sonreír.

Cuando la anciana sonreía, todo su rostro, desde la boca a los ojos, reflejaba la sonrisa. Tenía unos labios finos y dientes blancos. Alicia pensó que de joven debía de haber sido una mujer muy guapa.

—Me llamo Alicia.

—Adelaida —se presentó la señora—, aunque todo el mundo me llama doña Ade.

—Encantada de conocerla, doña Ade.

La anciana miró la guitarra de Alicia, que reposaba junto al banco.

—No te creas, todavía tengo buena memoria. Me acuerdo de ti. Esta mañana estabas tocando aquí mismo. Tienes una voz muy bonita.

—Gracias. Fíjese que conseguí diez euros de propinas. Antes de encontrarme con usted no me daban nada. Por eso creo que su estampita me dio suerte.

—Santa Gema nunca les da la espalda a los que tienen buen corazón —dijo la mujer—. Tú me ayudaste a mí y ella te lo ha devuelto. Y aún más te dará si tienes fe.

Alicia pensó en la contradicción que representaba la fe de aquella mujer. Si su santa era tan milagrosa, ¿por qué entonces no la ayudaba a ella misma?

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó la señora—. Tienes un acento como del sur.

—Soy de Almería. Acabo de llegar a Madrid.

—Almería. Lo conozco. Una vez mi esposo, que en paz descansa, me llevó a las playas de Almería. —Su mirada se perdió, nostálgica, en el negro ojo del túnel al otro lado de las vías—. Fue la única vez que estuvimos en el mar, porque a él le gustaba más el campo y a mí también. Nos alojamos en un hotel de Roquetas de Mar. Fíjate que hace ya más de veinte años, pero me acuerdo de todo perfectamente. Ay, lo bien que lo pasamos. —La mujer volvió hacia Alicia sus ojos de miel—. ¿Y qué haces aquí en Madrid? ¿Has venido a estudiar?

—Bueno, no exactamente.
Estoy buscando trabajo.

—¿Trabajo? ¿Tan joven? ¿Y tus padres no te ayudan?

—Mis padres... Bueno, mi padre se separó de mi madre cuando yo era pequeña y no lo hemos vuelto a ver. Yo vivía con mi madre, pero no nos llevamos muy bien que digamos. He decidido independizarme.

—Se ve que eres una chica muy valiente —dijo la anciana—: venirte tú sola a Madrid. La vida es difícil.

—En realidad llegué ayer. O sea, que apenas llevo un día en Madrid. Pero ya me he dado cuenta

de que es bastante duro. Sobre todo si no se tiene ni casa ni trabajo. Si llego a saber que hacía tanto frío, me hubiese escapado a otro lado.

Alicia se dio cuenta de que se había ido de la lengua al decir que se había escapado. La mujer no pareció extrañarse.

—¿Y ya tienes un sitio para vivir? —preguntó la señora.

—Pues anoche me quedé en un hostel que hay cerca de aquí —respondió Alicia—. Un sitio horrible. Esta noche no sé muy bien lo que haré —se sinceró—. No puedo permitirme pagar una habitación de hotel y hasta que

encuentre un trabajo tampoco puedo alquilarme una habitación compartida en un piso.

—Entonces estás sin techo —dijo la anciana—. El corazón me decía que santa Gema te había acercado a mí por algo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque estás buscando un lugar que te acoja y yo puedo ofrecértelo.

—Yo no quiero molestar, señora.

—No es ninguna molestia, hija mía. Además, el lugar que te voy a proponer está abierto a todo el mundo que lo necesite y tenga buen

corazón. Allí hay sitio para todos los necesitados.

—Ya entiendo, señora, pero no quiero quedarme en un albergue de la caridad. Se lo agradezco, pero tendría que dar mi nombre y explicaciones.

—No, no te estoy hablando de un albergue. Mira, hija, yo misma perdí mi casa, ya va para dos años. Me desahució el banco por avalar un préstamo de mi hijo. Pero el Señor no me dejó desamparada: aunque me quitó el piso que con tanto esfuerzo se había ganado mi difunto marido, la divina Providencia me ofreció en su lugar

un palacio. Cuando tenía una casa en propiedad, vivía sola y triste. En cambio, ahora tengo compañía y me siento útil porque puedo ayudar a los que me rodean. Aunque parecía que mi vida había empeorado cuando me echaron de mi casa, en realidad lo que hizo fue mejorar.

Alicia empezó a pensar que aquella pobre señora en verdad había perdido la cabeza.

—Ven conmigo, hija mía —dijo la anciana apoyándose en el carrito para ponerse en pie—. Yo te enseñaré dónde te puedes quedar. Serás bienvenida como una más de la familia.

—Señora, verá..., no se preocupe, yo ya me busco la vida.

—No, hija, no puedo dejar que vayas sola por ahí. Hay gente peligrosa. Ven conmigo y te enseño dónde puedes quedarte. Es aquí mismo, en la plaza de España. Allí está mi hogar y también el tuyo, si quieres.

Alicia no sabía qué decir, estaba claro que la señora estaba mal de la cabeza.

—Yo no quiero molestar, de verdad.

—Pero ¿qué molestia? Hay sitio de sobra, tenemos un edificio entero.

—¿Un edificio? ¿Usted tiene un edificio?

—No es mío, claro que no —la señora soltó una risa alegre—, pero como si lo fuera. Hay sitio para todos. No sé de quién será en realidad. Según me han contado, lleva cerrado más de veinte años. Iban a construir unos apartamentos de lujo, pero con la crisis se quedó a medias. Hay plantas que están vacías y en otras hay muchos apartamentos casi acabados.

Alicia lo entendió por fin. ¡La señora estaba hablando de un edificio abandonado! Allí, en pleno centro de Madrid. Seguramente era

uno de esos edificios de okupas de los que había oído hablar en las noticias. A menudo se formaban altercados cuando eran desalojados por la policía.

La señora se puso en marcha tirando de su carrito. Alicia fue tras ella. Salieron del metro y recorrieron la bulliciosa Gran Vía hasta llegar al amplio espacio ajardinado de la plaza de España. Allí giraron a la izquierda. A su derecha quedó la inmensa mole del Edificio España, el rascacielos construido en los años cincuenta cuya arquitectura neoclásica no hubiese desentonado entre las más

ilustres edificaciones de Manhattan, pero que allí parecía un solitario coloso de otro mundo, fantasmal y anacrónico.

Se detuvieron a los pies de un edificio muy alto, de fachada de mármol oscuro y cristal. La pared de los bajos estaba llena de grafitis y de carteles pegados con anuncios. Subieron unos escalones para llegar al portal de acceso, cerrado con una reja metálica atornillada con remaches al marco de la puerta original, de grueso cristal y de la que solo quedaba intacta una hoja. La reja estaba bloqueada con una cadena y un candado.

Doña Ade rebuscó en su abrigo y sacó una llave. Abrió el candado y quitó la cadena.

—Ayúdame, hija, a empujar la puerta —pidió a Alicia—. No creas que dejamos pasar a cualquiera. Tuvimos que poner este candado porque se nos metían jóvenes a hacer botellón y otros a robar lo poco que tenemos los que vivimos aquí.

Alicia empujó la reja metálica, que se plegó sobre sí misma como un acordeón. Pasaron dentro y volvieron a cerrarla. Doña Adelaida echó el candado.

Estaban en un *hall* amplio, oscuro y polvoriento. Olía a cartón mojado, a excrementos y a un hedor putrefacto que Alicia asociaba a los cadáveres de gatos que aparecían de vez en cuando en el callejón de detrás de su casa.

—Por aquí —la guio la anciana en la penumbra.

Subieron a oscuras por unas amplias escaleras. Alicia ayudó a doña Adelaida a tirar del carrito, cuyas ruedas trastabillaban en cada escalón con un entrechocar de plástico y piedra que resonaba fantasmal en los amplios espacios.

Se detuvieron en la primera planta. El edificio era un cascarón vacío. La planta era diáfana. Solo había techos y columnas. Había agujeros en el suelo donde debían estar los ascensores. La pared que daba a la fachada principal era acristalada y dejaba pasar la claridad del día. Desde allí se divisaba la masa arbórea del parque de la plaza de España, rodeado de solemnes edificios financieros y de oficinas.

La anciana la guio hasta el fondo, donde, detrás de un tabique de ladrillo sin enlucir, había un

pasillo y varios apartamentos casi terminados.

—Aquí iban a hacer apartamentos de lujo —explicó doña Adelaida—, pero se quedó a medias. En esta planta hay algunas habitaciones casi acabadas. Se conoce que eran para enseñar a los compradores, como cuando hacen el piso piloto.

Ciertamente, aquel pasillo parecía el de un edificio cualquiera. Las puertas de los apartamentos relucían flamantes con su capa de barniz brillante. Los malos olores de la planta baja habían dado paso a

un aroma a limpio, como de una casa recién fregada.

—Aquí vivo yo —dijo la anciana señalando una de las puertas—. Aquí al lado está desocupado. Antes vivía un señor mayor, pero el pobre murió hace unos meses.

La señora abrió una puerta que dio paso a una amplia habitación completamente vacía, salvo por un colchón en el suelo y varias mantas cuidadosamente dobladas. Todo estaba bastante limpio.

—El colchón es nuevo, no tengas reparos —dijo doña Adelaida—. Y también las mantas. Son de Cáritas. Le pedí a Borja que las

trajese porque el corazón me decía que alguien ocuparía pronto la habitación. Borja es el chico que vive en la puerta de enfrente — aclaró—. Es muy simpático, ya le conocerás luego. Vive al día con lo que gana haciendo malabares en los semáforos. Al final del pasillo vive doña Matilde —dijo señalando otra de las puertas—. Es funcionaria. También la echaron de su casa y se instaló aquí. Ella tiene trabajo y nos ayuda mucho con los gastos. Y más allá hay un señor extranjero, me parece que es ruso, que es limpiabotas. Es muy simpático, ya verás. Y no somos los únicos que

vivimos en este edificio. En la segunda planta hay un señor con sus perros y varias parejas de rumanos. En el tercer piso hay un grupo de subsaharianos que llevan aquí tres años. Todos nos llevamos muy bien, somos buenos vecinos.

Alicia tuvo que reconocer que la habitación estaba caliente y limpia. Y lo mejor de todo: era gratis.

—No sabe cuánto le agradezco que me deje quedarme aquí.

—No tienes que darme las gracias a mí. Dáselas a santa Gema. Y a Dios. Ellos te han puesto en mi camino. Mira, si te estás

preguntando dónde vas a hacer tus necesidades, aquí está el baño.

La anciana señora abrió una puerta interior. Para su asombro, Alicia se encontró con un lujoso cuarto de baño. Los acabados eran de mármol y la bañera tenía hasta mampara de cristal.

—Borja, que es muy apañado, conectó las cañerías —explicó doña Adelaida—. Hay agua corriente, y hasta caliente si tienes un poco de paciencia. Tenemos un calentador eléctrico general que acopló a la red sanitaria. La electricidad la sacó de un enganche del edificio de al lado. Tenemos luz por la noche, no te

creas. Verás qué bien vas a estar aquí.

—Jo, esto es mejor que un hotel —se admiró Alicia.

—Mejor. Porque yo soy la cocinera —dijo doña Adelaida con una gran sonrisa—. En mi apartamento tengo un hornillo eléctrico y yo me encargo de preparar la cena para todos. Cada uno aporta lo que puede; verás que no nos falta de nada. Pues ahora ponte cómoda y descansa mientras yo me ocupo de lo mío. Te espero dentro de una hora para cenar. Te presentaré a los demás.

Encima le iban a preparar la cena. ¡Menuda suerte tenía! Aquello era casi mejor que estar en casa. Alicia dejó la mochila y su guitarra en el suelo. Bueno, el colchón no es que fuese una maravilla, pero estaría caliente y podría dormir. ¡Y gratis! Se metió en el baño y comprobó que, efectivamente, había agua. Al girar la manecilla hacia el lado caliente, el agua se puso tibia. En la bañera había un bote de gel de baño y un par de toallas. Genial. Aquello parecía un hotel de verdad. Desde luego era mucho mejor que el hotelucho donde había pasado la

noche anterior.

Se quitó la ropa húmeda de lluvia y se dio una ducha con agua entre tibia y fría. Tenía el pelo hecho un asco y después de lavárselo se sintió como si se hubiese quitado un peso de encima. Se vistió con una muda limpia y lavó la ropa sucia en el lavabo. La puso a secar en el filo de la bañera. Iba a echar de menos algunas comodidades de su casa, pero allí podría apañarse de maravilla el tiempo que hiciese falta. ¡Qué suerte había tenido al conocer a aquella buena mujer!

Después de la ducha, con ropa limpia, se sintió muchísimo mejor. Fresca y renovada. Sin nada que hacer, decidió salir de la habitación para ir a ver a doña Adelaida.

Al abrir la puerta, se topó de bruces con alguien. Se llevó un susto de muerte.

MAX N. N.

El día se estaba apagando, tal y como anunciaban las farolas de la calle, que acababan de encenderse.

Max aguardaba apostado frente al número 20 de la calle Juan de Austria, en Madrid. Llevaba sin moverse de su sitio desde hacía una hora cuando, por fin, el hombre que esperaba apareció caminando por la acera opuesta.

Max cruzó entonces la calle mientras el hombre sacaba una llave del bolsillo y la introducía en la cerradura del portal. Antes de que la puerta se cerrase del todo, Max alcanzó el portal y se metió dentro.

Encontró al hombre esperando el ascensor. Max aguardó a su lado. Intercambiaron una breve mirada. Las puertas correderas del ascensor se abrieron dando paso al espacio vacío de aquel recinto triste y rutinario. Ambos hombres se vieron reflejados en el espejo que acababa de surgir frente a ellos. El hombre entró en el ascensor y Max lo siguió. El hombre apretó el botón

del quinto piso y Max el del sexto. Las puertas correderas volvieron a sellar aquel espacio. El ascensor se puso en movimiento con un suave zumbido. El hombre, con los brazos cruzados y el codo izquierdo ligeramente apoyado en el pasamanos, miró a Max de reojo. Max, en lugar de lo que suele hacerse, se quedó de cara al espejo, no a la puerta. El hombre carraspeó y fingió consultar su móvil hasta que el ascensor se detuvo en el quinto.

Cuando el hombre se bajó, Max sujetó la puerta del ascensor impidiendo que se cerrase del todo.

Aguardó unos instantes hasta que el hombre introdujo la llave en la cerradura de su casa. Entonces Max salió del ascensor. De una zancada, se abalanzó sobre el hombre. Le puso las palmas de las manos en la espalda, lo empujó al interior del piso y cerró la puerta tras de sí.

El hombre soltó un grito de sorpresa. Max le asestó un puñetazo en el diafragma para cortarle la respiración y evitar que siguiese gritando. El hombre se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, boqueando como un pez fuera del agua. Max lo agarró por

las solapas de la chaqueta y lo empujó hasta el salón.

—Llévate lo que quieras, pero no me hagas daño —balbuceó el hombre.

—No soy un ladrón —dijo Max.

—¿Qué quieres?

Max se sacó del bolsillo de la chaqueta una fotografía y la puso ante sus ojos.

—¡Es mi mujer! —exclamó el hombre—. ¿Qué... qué tienes que ver con ella?

—Tu exmujer —corrigió Max—, a la que hace poco le diste una paliza.

—¿Qué quieres tú? ¿Te envía ella?

—No, ella no sabe nada. Ni siquiera sabe que existo. Me envía otra persona. Alguien que cuida de ella, alguien a quien no le gusta que maltraten a las mujeres y que me ha pedido que me asegure de que no vas a volver a hacer daño a tu exmujer. Y eso es lo que he venido a hacer.

El hombre dio un paso atrás y sacó su teléfono móvil, tratando desesperadamente de pedir ayuda. Max lo agarró del cuello y le asestó un puñetazo en el estómago que lo dobló en dos. El teléfono cayó al

suelo. Max lo pisó con fuerza, haciéndolo añicos.

—Esto es entre tú y yo —dijo Max irguiéndose amenazante en toda su altura.

El hombre retrocedió varios pasos doblado sobre sí mismo. De una zancada, Max se aproximó hasta él y con un solo golpe con el canto de la mano en el cuello lo obligó a hincarse de rodillas.

Max lo miró desde arriba. Estuvo mirándolo fijamente unos segundos hasta que el hombre comenzó a lloriquear.

—¿Qué... qué vas a hacerme? Por favor...

Max cogió una silla, la colocó a su lado y se sentó a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo.

—En una ocasión —dijo Max—, un instructor militar me enseñó en qué consistía el condicionamiento. El instructor me explicó que Aristóteles lo llamaba la «ley de contigüidad». Cuando dos cosas suelen ocurrir juntas, la aparición de una traerá la otra a la mente.

Hablaba con voz carente de emoción, fría e intimidante, sin dejar de mirar fijamente al hombre postrado frente a él.

—Dos mil años después, un ruso llamado Iván Pávlov ganó el

Premio Nobel investigando el aparato digestivo de un perro — siguió Max—. Pávlov hacía sonar una campana antes de dar de comer a sus perros. Cuando se les ponía la comida delante, los estómagos de los perros comenzaban a segregar jugos gástricos. Después de varios días, Pávlov se dio cuenta de que los estómagos de los perros segregaban al escuchar la campana, incluso antes de que se les mostrase la comida. A eso se le llama «condicionamiento». El cuerpo aprende una respuesta ante un estímulo, aunque el estímulo ya no esté presente. Y funciona igual de

bien con seres humanos. ¿No conoces la historia del bebé Albert?

—¿De qué me estás hablando?
¿Qué tiene eso que ver conmigo?
—gimoteó el exmarido de Mamen.

—Fueron los americanos quienes experimentaron con niños en los años veinte —prosiguió Max, que sentía que el hombre que había sido tomaba el control de sus actos. Fluían a su mente conocimientos que no era consciente de poseer, pero que resultaban muy apropiados en aquel momento—. Descubrieron que el condicionamiento servía para inculcar un miedo que durase toda

la vida. Eligieron a un niño sano que no tenía miedo a los animales. El experimento comenzó cuando el niño, que se llamaba Albert, tenía solo once meses y tres días. Comprobaron que el niño no tenía miedo a las ratas, pero sí pánico a los sonidos fuertes, como golpear una barra metálica con un martillo. Así que se le presentó al niño una rata blanca. Albert quiso tocarla sin el menor temor. Cada vez que sus deditos acariciaban el pelo de la rata, golpeaban una barra metálica con un martillo detrás de la cabeza del niño. El estruendo asustaba al pequeño Albert. Después de varios

ensayos, el niño lloraba asustado ante la presencia de la rata, aunque no hubiese ruido. También lo condicionaron para temer a un perro, un conejo, un abrigo de piel, un jersey de lana... Nadie sabe qué fue del pequeño Albert al crecer, pero se dice que siendo adulto todavía se caga de miedo cuando ve un abrigo de pieles. Eso es exactamente lo que voy hacer contigo —concluyó Max.

—¡Estás loco!

—No, solo quiero que te quede meridianamente claro lo que te va a pasar si vuelves a acercarte a tu exmujer.

Sentado a horcajadas en la silla, Max se inclinó sobre él y le puso delante de los ojos la fotografía de Mamen. Eva Luna le había pedido que le diese un susto a aquel tipo para que no volviese a amenazar a su exmujer, y eso era exactamente lo que se disponía a hacer.

Mientras el hombre lo miraba con miedo, Max le asestó un puñetazo que le rompió la nariz. El hombre aulló de dolor. Max le retorció el brazo y lo obligó a tumbarse en el suelo bocabajo. La sangre que manaba de la nariz se extendió lentamente por el *parquet* del piso.

—Por favor, no me haga daño...

—gimoteó el hombre.

Max le puso delante, en el suelo, la fotografía de su exmujer. Después volvió a sentarse a horcajadas en la silla.

—Extiende tu mano derecha sobre el suelo —le ordenó.

—Por favor...

El hombre alargó el brazo. Max se echó hacia atrás, puso la silla a dos patas y después se dejó caer con todo su peso sobre la mano del hombre. Una de las patas delanteras de la silla cayó sobre la mano. Los huesos crujieron hasta romperse. El alarido de dolor retumbó en las

paredes. El hombre se retorció, aullando y agarrándose la mano con el rostro desfigurado en una máscara de sufrimiento.

—No creo que te haya roto más de tres huesos —dijo Max con voz templada sin moverse de la silla—. Todavía puedo romperte el resto de los huesos de esa mano y puedo seguir con la otra. También puedo romperte los brazos. Y, con algo más de esfuerzo, las piernas.

El exmarido de Mamen se arrastraba por el suelo gimiendo de dolor, queriendo alejarse. Max dio un paso hacia él y le pisó la mano herida. El hombre soltó un alarido.

—¡Por favor! ¡Ayuda, ayuda!

—¿Duele, verdad? Piénsalo bien. Solo son tres huesos. Imagínate el dolor que puedes llegar a sentir con los brazos y las piernas rotos.

Max se inclinó sobre él, lo agarró por el pelo y le obligó a mirar la fotografía de su exmujer.

—Mírala bien. Eso es lo que te haré si vuelves a acercarte a esta mujer. Te romperé todos los huesos del cuerpo. Te lo juro por Dios. Tienes mi palabra. Te encontraré y te romperé todos los huesos. Te pasarás meses en el hospital y cuando salgas vendré a verte y te los

volveré a romper. ¿Lo has entendido, hijo de perra?

El hombre lloraba de dolor.

—Por favor, déjame. Por favor.

—¡¿Lo has entendido?! —gritó

Max—. Quiero que cada vez que se te ocurra pensar en esa mujer recuerdes este dolor. Olvídate de ella. No vuelvas a pensar en ella y el dolor se alejará de ti. Yo soy el dolor.

Max se incorporó. Echó un vistazo a su alrededor. El piso era grande y tenía un aspecto sucio y descuidado. Miró por última vez al hombre que gimoteaba en el suelo, hecho un ovillo sobre sí mismo,

doliéndose de la mano. Después se
marchó silencioso como una
sombra.

EVA LUNA

Eva Luna disfrutaba paseando por las calles de Madrid, recorriendo la Gran Vía y perdiéndose entre el discurrir de la multitud que, como un río tumultuoso, no cesaba de fluir noche y día a lo largo y ancho de la céntrica avenida.

Eva disfrutaba, sobre todo, del sentimiento de libertad: poder

hacer lo que le viniese en gana en cada momento, detenerse a mirar un escaparate, entrar en una tienda y probarse un vestido, tomar un té en un Starbucks o almorzar en un Vips. El centro de Madrid bullía de actividad a cualquier hora del día. Gentes de cualquier edad o condición: viejos y jóvenes, solitarios o en pareja; ejecutivos de traje y corbata o turistas mochileros, madres con sus bebés. Personas de todas las razas y culturas: asiáticos, árabes, africanos, rubicundos europeos... Eva no dejaba de sorprenderse ante la diversidad del ser humano. Todas

aquellas personas eran tan diferentes entre sí y, sin embargo, todas tenían algo en común. Eva las veía como hojas flotando en la corriente de un río, cada una de ellas moviéndose caprichosamente sobre la corriente, pero todas avanzando en la misma dirección.

A veces, observando a alguien que pasaba caminando a su lado, Eva jugaba a imaginar su vida: cómo lo habrían criado sus padres, si habría tenido una infancia feliz o traumática; cuáles serían sus gustos y aficiones, si sería una persona amada o solitaria, cómo sería su casa y si alguien le esperaría allí.

Las posibilidades eran infinitas. Cada individuo era el habitante de sus propias circunstancias, únicas y diferentes. Le sobrecogía la idea de que todas y cada una de aquellas personas siguiese su propia trayectoria en la vida, tan distinta a la de los demás. Era como si cada persona contuviese dentro de sí un universo completo.

¿Qué sabía ella de todos aquellos hombres y mujeres que la rodeaban? ¿Podría llegar a comprenderlos alguna vez?

¿Comprendería alguna vez alguien a Eva Luna?

Lo cierto es que a Eva le hubiese encantado saber más de aquellas personas con las que se cruzaba por las calles. Se moría de curiosidad por saber cómo eran sus casas, sus familias, sus trabajos. Se moría de ganas de hablar y compartir ideas y pensamientos. A Eva Luna le hubiese encantado que alguna de aquellas personas la invitase a su casa:

—Querida amiga, venga a comer conmigo. Charlaremos sobre esto y aquello y pasaremos una velada agradable.

Eva trataba de imaginar lo que debía de sentirse al tener familia y

amigos. Personas que te esperan al llegar a casa y se preocupan por ti. Personas que te llaman para saber cómo estás. Personas que te quieren.

Quizás, al fin y al cabo, lo que Eva trataba de imaginar era la sensación de sentirse querida. Sin duda debía de ser una felicidad inmensa.

¿Sería Eva Luna querida alguna vez por alguien? ¿Era ella digna de ser amada?

¿Qué tenía ella que ofrecer al mundo? ¿Por qué iba nadie a amarla? ¿Tenía cualidades? ¿Tenía algo que ofrecer?

A veces las dudas sobre sí misma y sobre su futuro revoloteaban en su cabeza como un nido de avispas furiosas. Entonces tenía que sentarse, cerrar los ojos y respirar hondo durante unos segundos para tranquilizarse. Normalmente, sus pensamientos discurrían pausadamente, en orden, uno a continuación del otro, pero en ocasiones su mente parecía dispararse en todas las direcciones a la vez, como si quisiera resolver todos los problemas de golpe.

Le habían robado tantas cosas que era como si quisiera recuperarlas todas a la vez

zambulléndose en el mundo. En esos momentos en los que su mente se disparaba, se sentía como un lobo hambriento que intenta saciarse arrancando dentelladas al viento.

El mundo tenía tantas cosas que darle... y ella (podía sentirlo en su interior) tenía mucho que darle al mundo. Pero no era tan fácil recuperar el tiempo perdido. No era fácil sacarle a la vida lo que ella necesitaba.

Desde luego, no pensaba rendirse.

Eva acabó comprendiendo que al menos contaba con algo que le

había sido negado a otras personas que también luchaban por rehacer sus vidas: la libertad.

Eva Luna se entristecía cada vez que pasaba por delante de la peluquería de su vecina Mamen y encontraba el local cerrado. Habían pasado tres días desde que el exmarido se había presentado allí, y para entonces Max ya había tenido una conversación con él.

—Ese hombre no volverá a molestar a tu amiga, te lo aseguro — le había dicho Max hacía unos minutos por teléfono.

Eva se encontraba en su piso cuando recibió el aviso de Max. A

través de la ventana veía caer la lluvia que hacía brillar las hojas de las macetas del balcón con un verdor inusitado. Salió entonces al rellano y llamó a la puerta de su vecina. Mamen apareció al otro lado. Estaba en pijama y tenía el rostro pálido y demacrado. Las huellas de los golpes todavía eran visibles: un ojo hinchado y tumefacto, moratones en los pómulos y la costra de sangre seca en el labio.

—Hola, Eva —saludó con desgana, la mirada perdida.

Lo peor no eran las heridas en la cara, ni las profundas ojeras, ni el

pelo revuelto y sucio o el pijama arrugado. Lo peor era que aquel cuerpo parecía una cáscara vacía; sus ojos, un mecanismo extraviado.

La mujer alegre y dinámica que Eva había conocido había desaparecido. Aquella no era Mamen. Era la mitad de Mamen.

—Ya no tienes que tener miedo de tu exmarido —dijo Eva sin ningún preámbulo—. Ya no va a molestarte más.

—Espera, ¿qué dices?

—Tu marido. Me he encargado de que no vuelva a molestarte.

Mamen sacudió la cabeza hacia atrás, parpadeando repetidamente,

como si tuviese problemas para enfocar la vista.

—Oye, llamas a mi puerta de repente y me dices que te has encargado de que mi ex no vuelva a molestarme, ¿cómo?

—Te dije que te ayudaría —respondió Eva. Quiso componer una sonrisa de ánimo. Mamen respondió cruzándose de brazos.

—¿Ayudarme? Espera un momento, ¿tú crees que eso se soluciona así sin más? ¡Como si fuera tan fácil! —soltó una risa airada—. Chica, me parece que tú no estás bien de la cabeza.

Eva no entendía la reacción de aquella mujer. Debería estar contenta. Ahora podía empezar a vivir de nuevo sin miedo, ser libre, volver a sentirse completa. En lugar de alegrarse, más bien parecía enfadada con ella.

—Tu exmarido no volverá a molestarte más —sentenció Eva y regresó a su casa.

* * *

Dos días después, Eva se encontraba podando sus plantas cuando sonó el timbre de la puerta. Era Mamen. Estaba vestida con

ropa de calle y tenía mejor aspecto que cuando la vio por última vez. Sus mejillas habían recuperado el color y los ojos se movían inquietos, buscando su mirada. Eva la invitó a pasar. Se dio cuenta de que Mamen la observaba de un modo extraño. No supo discernir si se trataba de miedo, curiosidad o ambas cosas.

—Estaba a punto de prepararme un té, ¿te apetece? — preguntó Eva.

Mamen asintió y ambas fueron hasta la cocina. La luz de la ventana incidía en una orquídea tropical que descansaba en la encimera. La planta, de carnosas flores color

fucsia, se erguía orgullosa bebiendo de los rayos del sol. Eva puso agua a hervir. Sacó un tarro de cristal donde guardaba té verde natural. Le encantaba aquel té; era muy estimulante y había sido precisamente Mamen quien le había hablado de sus virtudes.

—Fui a ver a Ramón —dijo la vecina mirándola fijamente.

Eva guardó silencio mientras rellenaba un filtro desechable con el té y lo sumergía en el agua hirviendo. Podía sentir la mirada de Mamen clavada en su espalda.

—Fui a verle a su trabajo —continuó—. Estaba asustada, pero

allí es difícil que pueda hacerme algo delante de todo el mundo. Con todo, estaba muerta de miedo. Lo raro es que, cuando me vio, el asustado era él. Se alejó de mí como si hubiese visto un fantasma.

—Te dije que no volvería a acercarse a ti —contestó Eva inquieta.

—Vi que tenía la nariz rota y una mano escayolada. Eva, ¿qué le has hecho exactamente?

Eva tenía la mirada clavada en el suelo. Temió haberse equivocado, tal vez no estaba bien meterse en las vidas de los demás, sobre todo cuando esas personas no te han

invitado. Algo tenía que decir y decidió hacerlo de la manera más clara posible.

—¿Recuerdas a mi amigo Max?

—dijo por fin—. ¿Aquel hombre que vino a verme un día? Te pareció muy guapo...

—Lo recuerdo —dijo Mamen.

—Él no es de aquí. Vive en Almería, pero ha tenido que regresar a Madrid hace poco.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Mamen.

—Le pedí que tuviese una conversación con tu exmarido. Max le explicó las razones por las que no

tenía que volver a pensar en ti. Es muy convincente.

—Pues sí que lo es, porque cuando Ramón me vio parecía que hubiese visto al diablo.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Eva mirando de nuevo al suelo.

—¿Enfadada? ¡Claro que no! ¡Al contrario! —contestó Mamen. La rigidez desapareció de su rostro.

Mamen la cogió de las manos.

—Eva, no sabes cómo te agradezco lo que has hecho. Tú y tu amigo. Es como si... como si acabase de despertar de una pesadilla —dijo Mamen—. No sabes

lo que es levantarse cada mañana con miedo, sin saber si será el último día.

Eva apretó los labios.

—¿Quién es ese tal Max? ¿A qué se dedica?

—No tengo ni idea.

—¿No lo sabes? Has dicho que era tu amigo.

—Ni siquiera él lo sabe. Sufre amnesia. No recuerda nada de su pasado.

—¿Y cómo lo conociste?

Eva dejó las tazas sobre la encimera. Se volvió hacia Mamen y se atrevió a mirarla a los ojos por primera vez desde que había

llegado. Aquella parte de su vida era algo que no quería volver a recordar. Había quedado atrás como un mal sueño. Ahora ella era la Eva Luna completa, la Eva Luna libre que no tenía miedo a nada ni a nadie, la Eva Luna que siempre tenía una sonrisa en los labios.

Quiso que la sonrisa aflorase, pero tenía los labios rígidos. Se dio cuenta de que tenía los puños apretados con fuerza.

Pensó entonces que, si quería ser libre del todo, tampoco debería tener miedo a hablar de su pasado. Mamen se había sincerado con ella y le había contado cómo había sido

su vida al lado de su marido. Le había hablado de las humillaciones y los maltratos. Si quería tener una amiga de verdad, si quería demostrarse a sí misma que ya no tenía miedo a nada, ni siquiera a sus propios recuerdos, entonces debería hablarle de ello.

—Mi padre era un monstruo —dijo Eva Luna con voz ronca. Las palabras salieron de su boca como si las dijese otra persona—. Abusó de mí desde los diez años, poco después de que mi madre muriese.

—¡Dios mío! —exclamó Mamen—. Eso es terrible.

—No solo abusó de mí — prosiguió Eva bajando la mirada al suelo—, también de otras adolescentes.

Mamen la miraba sin parpadear, con la boca abierta. Eva sintió sus manos sobre las suyas.

—Mi padre secuestró a una chica de dieciséis años llamada Alicia. Max era su amigo. Gracias a Dios, él la encontró antes de que mi padre llegase a hacerle daño. Max salvó a aquella joven y en cierto modo también me salvó a mí. Gracias a él me libré de mi padre para siempre.

La presión de las manos de Mamen sobre las de Eva aumentaba con cada nueva revelación. Mamen sacudió la cabeza, como si asimilar todo aquello fuera demasiado. Tras un instante de silencio, fue capaz de responder.

—Pobre Eva, Dios mío. Y yo que te tomaba por una chica despreocupada y sin problemas. ¡Pero si tú has sufrido mucho más que yo!

Eva meneó la cabeza.

—Lo importante es que ahora podemos empezar de nuevo —dijo Eva—. Somos libres. No tenemos por qué someternos a nadie nunca

más. Ni yo a mi padre ni tú a tu marido. Podemos ser felices como queramos, a nuestra manera. Que nadie nos diga cómo vivir la vida.

Mamen se la quedó mirando fijamente.

—¿Seguro que no estás enfadada conmigo? —preguntó Eva sin atreverse a mirarla a la cara.

—¡Claro que no! —exclamó Mamen—. Al contrario, me alegro tantísimo de haberte encontrado... —La emoción le ahogó la voz—. Eres la persona más valiente que he conocido nunca.

Mamen estaba llorando. Se acercó a Eva y la abrazó. Eva se dejó

estrechar con los brazos caídos a los costados. Ella también lloraba, aunque no había angustia en sus lágrimas. Se sentía bien.

—Entonces, ¿ahora somos amigas? —preguntó Eva.

—Amigas para siempre —dijo una Mamen que a todas luces ni podía ni quería contener su emoción—. Puedes contar conmigo para lo que sea. Puedes pedirme cualquier cosa.

Mamen se quedó en silencio unos instantes, mordiéndose los labios.

—Estás sola, ¿verdad? —preguntó—. No tienes a nadie.

Eva lo admitió negando con la cabeza.

—Es difícil empezar de cero — dijo Mamen—. Después de denunciar los maltratos, empecé a acudir a unas sesiones de terapia de grupo en una asociación de víctimas de malos tratos. Allí he hecho muy buenas amigas. Me han ayudado mucho. Me gustaría que ellas también te conociesen.

Eva experimentó una punzada de inquietud. No estaba segura de estar preparada para ampliar su círculo de amistades.

—Nos reunimos una vez por semana en un local que nos ha

cedido el Ayuntamiento —explicó Mamen—. Lo pasamos muy bien. Somos un puñado de locas que no paramos de beber y de reír. Me gustaría que vinieses, de verdad.

Eva pensó que, si quería abrirse al mundo, no podía tener miedo a una reunión. Conocería a otras mujeres. Sería el momento para demostrar que podía ser la Eva Luna simpática, desinhibida, la Eva Luna cuya compañía todos apreciaban.

Se dio cuenta de que esa Eva Luna era todavía más un producto de su imaginación que una realidad. Allí, en su casa, se sentía bien,

rodeada de sus amigas las flores. Allí podía cantar, bailar, sonreír. Delante de ellas no se avergonzaba. Pero las flores no mantenían una conversación, por más que ella se empeñase. Las flores habían sido sus únicas amigas durante toda su vida, pero ya era hora de que tuviese un grupo de amigas de verdad. Personas con las que quedar para tomar café y charlar. Personas que te cuentan sus problemas y sus alegrías. Personas con las que reír y llorar.

Había llegado el momento de abrirse al mundo. Eva se cargó de resolución.

—Claro. Me gustaría mucho conocer a tus amigas.

ALICIA

La silueta menuda con la que había tropezado dio un respingo hacia atrás, como un animalillo espantado.

—Jo, me has asustado —dijo Alicia.

—Mil perdones —se disculpó alguien con una voz trémula.

En la penumbra, Alicia distinguió a un hombrecillo

huesudo que, a juzgar por su mirada despavorida, se había llevado un susto mayor que ella.

—No sabía que vivía alguien detrás de esta puerta —dijo el hombrecillo.

Era bajito, muy delgado, con el rostro alargado y el pelo moreno y lacio. Llevaba un abrigo negro que le quedaba varias tallas grande. En la mano sostenía un cajón de limpiabotas. Alicia se dio cuenta de que se trataba del mismo limpiabotas que trabajaba en el hostel en el que había pasado su primera noche en Madrid.

—¡Yo te conozco! —exclamó.

—Ya la recuerdo a usted —dijo el hombrecillo alzando las cejas—. Anoche estaba buscando habitación en uno de los hospedajes donde suelo trabajar.

—Sí —asintió Alicia—, y tú intercediste para que me dejaran quedarme en aquel hostel. Me llamo Alicia. Anoche no te di las gracias.

Le tendió la mano.

—No se merecen. Encantado de conocerla —dijo el hombrecillo inclinándose con una reverencia teatral.

En lugar de estrechar la mano que Alicia le tendía, la cogió con

delicadeza y la besó con un roce de labios.

—Me llamo Joseph Dziuk, para servir a Dios y a usted.

—Entonces, ¿también vives aquí? —preguntó Alicia—. Doña Adelaida me ha invitado a quedarme en este apartamento libre.

—Es un honor compartir posada con una «doncella» tan encantadora como usted —dijo el limpiabotas—. Tengo que decir que el mesón donde pernoctó anoche no era demasiado recomendable —añadió.

El «hombrecillo», como Alicia decidió llamarlo en su mente, hablaba con un fuerte acento extranjero, arrastrando las erres. Además, utilizaba unas palabras muy raras. ¿«Doncella»?

—Doña Adelaida ha sido muy buena dejando que me quedara aquí.

—Doña Adelaida es una distinguida dama —reconoció el hombrecillo—. Ahora le ruego que me disculpe, pero debo atender algunos asuntos. Nos encontraremos en la cena. Será un honor compartir mesa con usted.

Dicho lo cual, él y su cajón de limpiabotas desaparecieron tras una puerta.

«Qué personaje más peculiar, ¡y qué educado!», se dijo Alicia encogiéndose de hombros. Empezaba a sentirse como la Alicia del cuento, inmersa en un extraño país de las maravillas, un país en el que aquel hombrecillo, con su extremada delgadez, su aspecto escuálido y quebradizo, desprendiendo educación por cada poro de su cuerpo, sería un personaje digno de la imaginación del mismísimo Lewis Carroll.

Alicia se dirigió al apartamento de doña Adelaida, que tenía la puerta abierta de par en par. Del interior salía un aroma a guiso que provocó que se le hiciese la boca agua.

—¿Se puede? —preguntó desde el umbral.

—Pasa, hija —la recibió doña Adelaida—. Siéntate a la mesa, los demás están a punto de llegar.

El apartamento, de una sola pieza, constaba de una gran estancia y una cocina americana separada por una barra, detrás de la cual la anciana señora trajinaba en los fogones.

La habitación principal, de amplias dimensiones, estaba profusamente amueblada. En el centro había una mesa de plástico con seis sillas alrededor. Al fondo, un enorme sillón de escay con una mesa camilla a su lado; frente a estos, una pequeña televisión. La cocina americana, separada del salón por una barra encimera, estaba equipada con una nevera y una hornilla eléctrica en cuyos fogones doña Adelaida manejaba una gran olla.

—Eso huele de muerte —dijo Alicia acallando los gruñidos de su estómago.

—Es solo un estofado de carne. Humilde, pero con todos los nutrientes. —La mujer removía el puchero.

—¡Doña Ade, usted cocina mejor cada día! —gritó una voz alegre desde el umbral.

Un chico de unos veinte años pasó al interior y se fue derecho a darle dos besos a la anciana.

—Lo que pasa es que no habrás comido nada en todo el día —le reprochó doña Adelaida—. Mira, ella es Alicia. Se va a quedar en la habitación del finado don Felipe, que en paz descanse.

—¡Hola, Alicia! ¡Yo soy Borja!
—saludó el chico con una gran
sonrisa.

Le dio dos efusivos besos en las mejillas. Llevaba el pelo a lo rasta, pantalones bombachos de cuadros y un gastado chaleco de cuero. Era guapo, a pesar de que exhibía una barba enmarañada y bastante roña en el cuerpo. Sonreía continuamente con unos dientes muy blancos.

—Borja es malabarista —dijo doña Adelaida con el mismo orgullo que si hubiese dicho que era médico—. Tienes que enseñarle a Alicia esos trucos que haces de equilibrio.

Es capaz de andar por un alambre, ya verás.

—Cuando llene la barriga —dijo el joven—. Estoy que desfallezco.

Se quedó mirando a Alicia con unos ojos claros, algo perdidos y soñadores.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó.

—Soy cantante —respondió Alicia bajando los ojos.

—¡Artista! —La sonrisa se ensanchó como si acabase de recibir la mejor de las noticias—. ¡Pues bienvenida! Yo algún día fundaré mi propio circo. Como el Cirque du Soleil —dijo poniendo la boca

pequeña—. Será un espectáculo impresionante. Ya veréis.

—Lo que tienes que hacer es buscarte un trabajo en condiciones —le reprendió una voz de mujer.

—Ah, ya está aquí Matilde —dijo doña Adelaida. Dejó el cucharón sobre la encimera y se volvió hacia ellos—. Te presento a Alicia. Va a quedarse con nosotros una temporada.

La recién llegada, doña Matilde, era una mujer de unos cincuenta años con un rostro anguloso y expresión seria y circunspecta. Llevaba el pelo recogido en un severo moño que favorecía muy

poco su rostro más bien cuadrado. Vestía completamente de negro: falda, blusa, chaqueta y medias. Alicia se preguntó si no estaría guardando luto por alguien, aunque no se atrevió a preguntar.

—¿Buscarme un trabajo? — replicó Borja atusándose las rastas con ambas manos—. ¿Para que me exploten a cambio de nada? No, gracias. Prefiero perseguir mis sueños y morir feliz.

—¿Así cómo va a levantar España cabeza, si los jóvenes solo piensan en divertirse y nadie quiere trabajar? —exclamó doña Matilde poniendo los ojos en blanco—. Y tú,

¿a qué te dedicas? —le espetó a Alicia.

—Alicia es cantante —respondió doña Adelaida en su lugar—. Tenéis que escucharla. Tiene una voz preciosa.

—¡Otra artista! —bufó doña Matilde—. ¿Veis lo que os digo? ¿Así cómo vamos a levantar España?

—Yo podría enseñarles el oficio de limpiabotas —dijo Joseph, el hombrecillo con el que Alicia se había tropezado minutos antes, que hizo acto de presencia en la estancia—. Limpiar calzado es un arte humilde y digno.

—Bueno, ya estamos todos — exclamó doña Adelaida con alegría —. Sentaos.

El joven Borja, la circunspecta doña Matilde, el hombrecillo Joseph y Alicia ocuparon sus lugares alrededor de la mesa. Doña Adelaida colocó la cazuela humeante en el centro. Con un enorme cucharón comenzó a servir cada plato. En la mesa también había pan, cerveza y vino.

Cuando doña Adelaida se sentó a la mesa, todos entrelazaron los dedos de las manos en actitud de rezo y quedaron en silencio. Alicia imitó sus gestos.

—Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a recibir por tu misericordia —dijo doña Adelaida con los ojos cerrados—. Da pan a los que tienen hambre y hambre de justicia a los que tienen pan. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

Empezaron a comer. Se sirvieron cerveza y vino. Alicia tuvo que reconocer que el estofado estaba delicioso. No había comido tan bien desde hacía mucho tiempo. Desde luego, jamás en su casa. Su madre nunca cocinaba. Desde que era niña y tenía memoria solo

recordaba haberse alimentado a base de bocadillos fríos.

—¿Sabes, Alicia, que nuestro querido amigo Joseph es de Rusia? —dijo doña Adelaida.

—De San Petersburgo, más concretamente —puntualizó el hombrecillo mientras se llevaba a la boca la cuchara, que en su mano parecía enorme—. Ay, mi querida tierra rusa —suspiró—, eres cruel con tus hijos, pero te echo tanto de menos.

—¿Cuánto tiempo llevas en España? —preguntó Alicia.

—Un año. El triste infortunio que me persigue me hizo abandonar

la madre patria para venir a esta bendita tierra en busca de mejor suerte. —Miró a su alrededor con ojos de cordero degollado—. Como ya sabes, me gano la vida limpiando zapatos. Aunque he de decir que me va regular en mi empresa: en estos lares nadie aprecia la importancia de un buen lustre en el calzado. Se están perdiendo las buenas costumbres y los valores.

—Pues hablas muy bien español —dijo Alicia—. Aunque a veces utilizas unas palabras muy raras, antiguas.

—Debe de ser porque aprendí español leyendo el *Quijote* —dijo el

limpiabotas.

—Pues yo nunca he leído el *Quijote* —intervino Borja—. Una vez me lo hicieron leer en el colegio, pero no pasé de la primera página. Menudo rollo: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...», y ya no me acuerdo de más.

—¿Veis lo que os digo? —exclamó doña Matilde—, ¿cómo va a salir España de la crisis si se ha perdido la cultura?

—No veo yo cómo haber leído el *Quijote* me hubiese ayudado a vivir mejor —dijo Borja—. Si

quieres, me pongo a leerlo ahora mismo a ver si me cambia la vida.

—¡Estos jóvenes no entienden nada! —bufó doña Matilde.

—Lo dice para hacerte rabiar —terció doña Adelaida—. Me consta que Borja es una persona muy leída.

—Venga, mejor os cuento un chiste, que la cultura aburre —dijo Borja.

—Este Borja y sus gracias —suspiró doña Adelaida risueña—. Mejor espera que acabemos de cenar, que la última vez que empezaste con los chistes casi me ahogo de la risa.

—Usted tranquila: si se atraganta con un bocado, yo le hago la maniobra de Heimlich. Estos chistes los he pensado hoy mismo, para el monólogo que estoy ensayando.

Alicia ya casi había acabado su plato. Se sirvió cerveza en el vaso y bebió a pequeños sorbos.

—A ver —dijo Borja—. Se abre el telón y se ve a una rubia en la playa y un montón de gitanos que la siguen de cerca. Se cierra el telón. Se abre el telón y todavía la están siguiendo. ¿Cómo se titula la película? *Los vigilantes de la paya.*

Doña Adelaida soltó una gran carcajada. A los demás, incluido Joseph el ruso, que no había entendido el chiste, se les acabó contagiando la risa.

—Vale, otro —dijo Borja animado por el éxito—. Se abre el telón y se ve un tetrabrik de Don Simón. ¿Cómo se titula la película? *Es tinto básico.*

Las risas se mezclaron con el entrechocar de cubiertos en la loza. Mientras apuraba su plato, Borja siguió encadenando un chiste tras otro. Los demás, entre risas y con lágrimas en los ojos, le suplicaban que parase. Cuando todos los platos

estuvieron vacíos, siguieron bebiendo vino y cerveza alrededor de la mesa, mientras Borja proseguía con su repertorio de chistes, que parecía inacabable.

Achispada por el vino, hasta la circunspecta doña Matilde se animó a contar uno.

—Mirad, me sé uno muy bueno. Está Jesucristo en la última cena y dice: «Discípulos míos: en verdad os digo que y es igual a x al cuadrado»... Se quedan los doce apóstoles muy pensativos y luego Pedro dice: «Maestro, creo que no entendemos». Entonces Jesús responde: «Es una parábola».

Se hizo un breve silencio.

—¡Jo, Matilde, qué chistes tan raros cuentas! —exclamó Borja.

—¡Es que sois unos incultos! Con la gracia que me hizo a mí —dijo doña Matilde enfurruñada—. Una parábola... matemática: y es igual a x al cuadrado... —dijo trazando una U con el dedo en el aire.

—Ay, esta Matilde —intervino doña Adelaida—. Borja, enséñale a Alicia uno de tus trucos de magia.

Borja se puso en pie con gestos ceremoniosos. Los miró uno a uno con aire de misterio. Entonces dio una súbita palmada en el aire. Una

paloma apareció de la nada entre sus manos y comenzó a revolotear por la habitación.

—Jo, ¿cómo lo has hecho? — exclamó Alicia sorprendida.

—Secreto profesional — respondió Borja estirando su sonrisa de dientes blanquísimos.

—¡No me gustan las palomas! —gritó doña Matilde con un aspaviento.

La paloma revoloteó por la habitación hasta que encontró la puerta de salida y desapareció. Todos reían ante los gestos de pánico de la pobre doña Matilde.

—¿Tenéis una baraja de cartas?

—preguntó Joseph, el limpiabotas
—. Conozco un truco de magia con cartas. Lo aprendí hace años, cuando era niño. Me lo enseñó mi padre.

Borja sacó una baraja de su bandolera y se la tendió al hombrecillo ruso. Joseph la cogió entre sus manos pequeñas. Tenía unos dedos largos y finos, como de pianista. Barajó los naipes con destreza profesional. Hizo un abanico con las cartas y las mostró para que todos viesen que eran unas cartas normales y corrientes.

—Veréis, os voy a contar una historia. —Barajaba las cartas con hábiles giros de muñeca.

Dejó las cartas bocarriba sobre la mesa y las extendió en hilera.

—Había una vez un hombre que vivía con su hijo en una pequeña aldea de las montañas —relató—. Su único medio de subsistencia era el caballo que poseían, el cual alquilaban a los campesinos para roturar las tierras.

El ruso separó un caballo de la baraja y dejó la carta vuelta sobre la mesa. Le pidió a Alicia que cogiese otras tres cartas al azar y las depositase bocabajo sobre el

caballo. Joseph reagrupó la baraja y la giró para que quedase también bocabajo.

—Todos los días el hijo llevaba el caballo a las montañas para pastar —dijo señalando la carta que había quedado oculta bajo las otras tres—. Un día, volvió sin el caballo y le dijo a su padre que lo había perdido. Esto significaba la ruina para los dos.

Joseph volvió las cartas una a una y, efectivamente, el caballo había desaparecido.

—Al enterarse de la noticia —prosiguió el ruso—, los vecinos acudieron a su padre y le dijeron:

«Vecino, ¡qué mala suerte!». El hombre respondió: «Buena suerte, mala suerte, ¡quién sabe!».

Volvió a poner las tres cartas bocabajo, una sobre la otra.

—Ocurrió que, al cabo de unos días, el caballo perdido regresó de la montaña, trayendo consigo muchos caballos salvajes que se le habían unido.

Joseph fue volviendo los naipes de nuevo para descubrir que las cartas que Alicia había elegido al azar se habían convertido ahora en los cuatro caballos de la baraja. Todos dejaron escapar un suspiro de asombro. Pero ahí no acababa el

truco. Joseph volvió a extender las cartas en abanico sobre la mesa.

—Todos esos caballos eran una verdadera fortuna —continuó—. Los vecinos, maravillados, felicitaron al hombre: «Vecino, ¡qué buena suerte!». Sin inmutarse, les respondió: «Buena suerte, mala suerte, ¡quién sabe!». Un día que el hijo intentaba domar a los caballos, uno lo tiró al suelo y se partió una pierna al caer. «¡Qué mala suerte, vecino!», le dijeron a su padre. «Buena suerte, mala suerte, ¡quién sabe!», volvió a ser su respuesta.

Mientras todos escuchaban absortos la historia, Joseph separó

una sota de bastos de la baraja y explicó que la carta representaba al muchacho que se había caído del caballo. La dejó bocabajo en la mesa.

—Una mañana aparecieron unos soldados en la aldea —continuó—, reclutando a los hombres jóvenes para una guerra que había en el país.

Joseph separó la sota, el caballo y el rey de espadas, que representaban a los soldados, y puso las cartas sobre la sota de bastos que era el hijo del campesino.

—Los soldados se llevaron a todos los muchachos del pueblo, excepto al joven que se había caído del caballo, incapacitado por su pierna rota.

Volvió las cartas una a una: el rey, el caballo y la sota de espadas, ipero la sota de bastos había desaparecido! Joseph desplegó la baraja y sacó la sota de su centro, a donde se había movido como por arte de magia.

—Entonces vinieron otra vez los aldeanos, diciendo: «Vecino, ¡qué buena suerte!». «Buena suerte, mala suerte, ¡quién sabe!», contestó él.

Joseph los miró uno a uno con sus ojillos del color de la miel.

—Dicen que esta historia continúa, siempre de la misma manera, y que nunca tendrá un final.

Todos aplaudieron entusiasmados. Joseph esbozó una sonrisa tímida, complacido y feliz como un cachorro al que le frotan detrás de las orejas.

—Qué historia tan bonita —dijo doña Adelaida—. En España hay un refrán que viene a decir lo mismo —miró al limpiabotas ruso—: «No hay mal que por bien no venga». Y bien que es verdad.

—¿Cómo has hecho para mover las cartas? —preguntó doña Matilde—. Me he estado fijando y no te he visto tocarlas.

—Un mago no puede revelar sus trucos —respondió Joseph, visiblemente exultante por su éxito.

Borja abrió una nueva botella de vino, rellenó los vasos y prolongaron la velada bebiendo entre bromas y risas.

—Ahora te toca a ti, Alicia —propuso doña Adelaida—. Cántanos una canción —pidió—. Ya veréis qué voz tan bonita tiene.

—Yo... no sé si os van a gustar mis canciones... —Alicia estaba un

poco avergonzada.

Ante la insistencia de todos, no tuvo más remedio que ir a por su guitarra. Temía que ninguna de sus canciones fuese muy propicia para aquella velada. No las había compuesto pensando en animar ninguna fiesta. Sus canciones eran el fruto de momentos de tristeza, de angustia o de depresión. La música era un desahogo para ella, lo más parecido a un grito de auxilio.

Obligada por la insistencia de todos, se decidió por una canción que tenía un ritmo animado y una música pegadiza, aunque la letra era un poco oscura.

—Es una canción compuesta por mí. Se titula *Invento mi mundo*.

Todos quedaron en silencio mientras rasgaba los acordes y entonaba la melodía:

Invento mi mundo
porque me dijeron que escalara.
Me dieron cuerdas,
agua y todo lo necesario,
pero no encontraba las montañas.
También querían que bailara
sin música
y nadara
sin agua,
tal como hacen ellos,
tal como hacen todos,
como payasos, como zombis
girando en curvas imaginarias,
cruzando a nado lagos secos y
desiertos,
volando sin aire,

viendo luz en la oscura noche
y poemas en hojas blancas...
Por eso invento mi mundo...

Cuando acabó, todos aplaudieron a rabiar. Alicia se puso roja como un tomate.

—¡Tienes una voz preciosa! ¡Tú tendrías que estar en la tele! — exclamó doña Adelaida tomándola de las mejillas y dándole dos sonoros besos.

La velada se prolongó hasta bien entrada la madrugada, entre chistes, trucos malabares, juegos de cartas y bromas. Cuando doña Matilde se quedó dormida en la silla, roncando con la boca abierta,

doña Adelaida anunció que era hora de irse a la cama. Todos se marcharon menos Alicia, que se quedó para ayudarla a recoger la mesa y fregar los platos. Doña Adelaida era una mujer mucho más vigorosa de lo que aparentaba a primera vista. Se puso a recoger y no parecía nada cansada.

—Quería darle las gracias por haberme acogido —Alicia escurría los platos en el fregadero—. Si no es por usted, no sé qué habría sido de mí.

—No, hija, es al contrario. Yo no sé qué sería de mí sin todos vosotros. Sois mi familia. Habéis

traído la alegría al corazón de esta pobre vieja.

La anciana le fue pasando un plato tras otro. Alicia se fijó en que tenía unas manos nudosas, grandes y fuertes. Manos de mujer trabajadora, manos fortalecidas durante años y años de abnegado trabajo en el hogar.

—¿No tiene usted más familia?
—preguntó Alicia, que sentía curiosidad por saber cómo una mujer tan buena había acabado de aquella manera, pidiendo limosna por las calles y viviendo en un edificio abandonado de okupas.

—Tengo un hijo, pero hace tiempo que no sé nada de él —dijo la señora—. Se llama Andrés y siempre fue bastante cabeza hueca, todo hay que decirlo.

Doña Adelaida meneó la cabeza como quien reprende a un chiquillo.

—Te estarás preguntando cómo he acabado así —respondió a Alicia como si le leyese el pensamiento—. Verás. Cuando murió mi esposo, que en paz descanse, me quedé sola y apagada. Llevábamos cincuenta años casados, sin separarnos ni un día; imagínate lo que fue para mí de pronto verme sola. A mi hijo no lo veía casi nunca. Solo se dignaba a

venir a verme cuando le hacía falta dinero. Yo ya no tenía ganas de vivir. Me pasaba los días encerrada, sin salir a la calle. Un día, mi hijo vino a pedirme que le firmase unos papeles. Me contó que quería montar un negocio y que para que le diesen un crédito le pedían un aval, que solo era una formalidad: poner el piso en garantía del préstamo. Yo firmé sin pensarlo mucho. No entiendo de números ni de dineros. Mi difunto marido era quien llevaba las cuentas en vida. El caso es que un día me vienen unos señores del banco y me dicen que me van a embargar el piso porque

mi hijo no ha pagado el préstamo. Imagínate.

—¿Y su hijo? ¿No pudo hacer nada? —preguntó Alicia.

—El muy sinvergüenza había desaparecido. Lo estaban buscando por la deuda que había dejado. Ya te digo que el pobrecillo siempre fue un cabeza hueca. Me llamó al poco para decirme que se había ido a Alemania a trabajar y que pronto volvería a España. Yo no le dije nada de que me iban a quitar el piso y él, por vergüenza, tampoco preguntó. Total, que al poco me vi en la calle. Me llevaron a un centro de acogida del Ayuntamiento. A mí

ya todo me daba igual. Estaba muy deprimida, no hablaba con nadie, apenas si comía. Solo quería morirme.

»Después de toda una vida de lucha, de trabajo y de ahorro, me vi sola y sin nada, como una criatura recién salida al mundo. La diferencia es que un bebé tiene toda la vida por delante y yo la tenía por detrás. Lo único que tenía por delante era la muerte y no entendía por qué narices no venía a buscarme. Por lo menos me volvería a encontrar con mi querido esposo.

»Yo no sé. Me parece que perdí la cabeza. Un día me escapé del centro de acogida y eché a andar por la calle sin rumbo y sin saber lo que hacía. Me pasé la noche refugiada en un portal como un mendigo. Al día siguiente me encontró la policía y me llevó al centro de acogida, pero al poco volví a escaparme. No sabía ni lo que hacía. Me escapé en dos o tres ocasiones, hasta que una de las veces, en vez de encontrarme la policía, me encontró Borja. Sí, nuestro Borja. Me vio tirada por ahí y me quiso ayudar. Ese chico tiene un corazón de oro. Como yo no sabía darle señas de dónde vivía,

hizo que me quedara aquí con él. Al principio estuvo pendiente de mí para que no anduviera por las calles. Todo esto estaba cochambroso, no te creas, lleno de basuras y porquerías. Pero a mí me pareció bien. Me parecía un sitio tan bueno como cualquier otro para morir. Había un señor viviendo en la habitación que tú estás ahora. Se llamaba Felipe y el pobre era alcohólico. Estaba muy enfermito. Nunca me contó cómo acabó viviendo así, pero él tampoco tenía ya muchas ganas de vivir. El pobrecito tosía sangre y se vomitaba encima. Se pasaba las noches

llorando de dolor como un niño, no sabes la pena que me daba. Lo único que le quitaba el sufrimiento era el vino. No podía faltarle su cartón. Entonces me dio por cuidarlo. Borja se las había apañado para que hubiese agua en algunas habitaciones y yo empecé a lavarle la ropa y a adecentar un poco todo esto. Salía a la calle y me encargaba de comprar paracetamol y vino para el pobre don Felipe. Cuando se nos acababa el dinero me ponía a pedir por ahí. Siempre hay gente que da unas monedas y con eso y con lo que traía Borja teníamos para comer.

»Lo raro es que, viviendo así, la tristeza que traía de fuera se me fue quitando. Cuidar del pobre don Felipe me hizo olvidarme de lo mío. Entre Borja y yo adecentamos toda esta parte del edificio. Borja fue trayendo muebles y cosas que encontraba en las basuras. Es muy manitas. Las limpia y les da una capa de pintura y lo dejamos todo como lo ves ahora, bastante arregladito. Cuando murió el pobre don Felipe, Borja y yo ya éramos como una madre y su hijo. Yo le lavaba y le cosía la ropa. Por la noche cocinaba para los dos. Él me contaba lo que había hecho por el

día y casi siempre me hacía reír. Ya has visto que es muy gracioso. Y muy buen chico. Tiene un corazón muy grande.

—¿Y él tampoco tiene familia?
—preguntó Alicia absorta en la historia de doña Adelaida.

—Ahí donde lo ves, sus padres tienen muchísimo dinero. Son abogados prestigiosos de Valencia. Querían que el chico estudiase también Derecho, pero él quiere ser artista. Quiere formarse para actor, fundar una compañía de teatro o algo parecido. Aunque se hace el inculto para hacer rabiar a doña Matilde, es un chico muy leído. El

caso es que se escapó de casa, como tú. Quiere abrirse camino por sí mismo sin la ayuda de sus padres. Cuando se le acabó el dinero, hace ya un año, unos chicos de esos que viven de okupas le enseñaron este edificio abandonado y desde entonces vive aquí. Yo lo quiero como a un hijo y Dios quiera que consiga sus sueños, porque tiene buen corazón.

—¿Y doña Matilde? —preguntó Alicia con curiosidad—. Me dijo que ella tiene trabajo. ¿Por qué vive aquí?

—Ay, pobrecita, también lleva lo suyo, no te creas. Ella es

funcionaria del Ayuntamiento, en la oficina del padrón. Y está casada, aunque no pudo tener hijos por algún problema que los médicos no le supieron solucionar. El caso es que lo único que tenía en la vida era su marido, al que adoraba. Pero un día llaman a la puerta de su casa y se le presenta una pelandusca que le dice que se está acostando con su marido desde hace tres años. Imagínate. Por lo visto el marido le había prometido que se iba a separar, pero no daba el paso. Así que la dichosa amante se plantó en su casa para romper definitivamente el matrimonio.

—¡Jo, qué fuerte! —exclamó Alicia—. ¿Y qué pasó?

—Pues pasó que Matilde agarró su bolso y salió del piso con lo que llevaba puesto. La pobre tiene un carácter muy fuerte. Nunca más volvió a su casa ni a ver a su marido. De todo eso me enteré después. Cuando la conocí me la encontré llorando, asomada a la barandilla del puente de la calle Bailén. Estaba anocheciendo y se veía de lejos que no estaba bien. No paraba de decir que se iba a matar. Y yo creo que si no es por mí se hubiese tirado desde el puente. Le sonsaqué como pude lo que le había

pasado y me la traje aquí. Entre Borjita y yo la animamos como pudimos. Y mira que nos costó, por lo menos un mes, hasta que empezó a aceptar que podía haber una vida después del matrimonio. A lo que se negó en redondo fue a volver a su casa, ni siquiera para recoger sus cosas. Se quedó a vivir aquí. Al poco regresó a su trabajo, pero ya no ha querido separarse de nosotros.

—Vaya, pobre mujer.

—Bueno, ahora está mucho más animada. Ya incluso bromea con echarse un novio. Ya verás la sorpresa que nos va a dar un día de estos.

Habían acabado de fregar los platos y doña Adelaida se dejó caer en el sofá con gesto cansado. Se alisó la falda con sus grandes manos huesudas de anciana. Alicia se sentó frente a ella en una silla. Un silencio suave las envolvió como un manto protector.

—¿Y el señor ruso tan educado, Joseph? —preguntó Alicia.

—No sé qué oficio ni beneficio tendría en su país, pero aquí se gana la vida limpiando zapatos —explicó doña Adelaida—. Me contó que había venido a España buscando trabajo, pero yo creo que vino huyendo de algo —dijo con la voz

susurrante con que se cuenta una confidencia—. Me lo encontré tirado en un callejón, sangrando. Le habían dado una buena paliza. Hace ya de eso tres meses. Con ayuda de Borja lo traje aquí para curarlo. Tendrías que ver cómo tiene el cuerpo ese pobre hombre: lleno de cicatrices. No sé qué calvario habrá tenido que pasar en su país, pero da miedo verlo desnudo. Me parece a mí que vino huyendo de alguien, pero nunca nos ha contado de quién. Es buena gente, nos ayuda en lo que puede y no se mete en problemas. Ahora es uno más de la familia.

La señora esbozó una sonrisa que destilaba paz interior.

—Así que ya ves —prosiguió—: dime si ahora no tengo más motivos que antes para vivir. Ya has visto lo bien que nos lo pasamos. Pues así es todas las noches. Somos una familia. Antes, cuando vivía sola, antes de que me quitasen el piso, yo estaba como muerta en vida, pero ahora tengo unas ganas enormes de vivir. Me siento útil para los demás. Aquí me quieren todos.

—Yo también la quiero —dijo Alicia dándole un fuerte abrazo emocionado. Las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Vamos, hija, no llores —dijo doña Adelaida devolviéndole el abrazo con vigor—. Y mejor que te vayas a dormir, que ya es muy tarde. Y abrígate bien, que hace frío.

Alicia se despidió con un beso y se fue a su habitación. Se quitó las botas y se acostó sobre el colchón, tapándose con todas las mantas. No era lo más cómodo del mundo, pero estaba caliente y se sentía segura. Se quedó un rato pensando en todo lo que le había contado doña Adelaida.

La noche no podía haber sido más... Alicia no era capaz de encontrar una palabra con la que

terminar la frase, intentando eludir el adjetivo «familiar», ante el cual tuvo que acabar claudicando.

«Una noche familiar lejos de mi familia», pensó. Se preguntó en cuántos hogares habrían tenido una velada tan maravillosa como la que acababa de pasar ella. Probablemente, en muy pocos. No le era ajena la soledad y la amargura que sienten muchos de los que disponen de todas las comodidades para vivir, incapaces de disfrutar de la vida, sintiéndose desdichados por no poder tener más de lo que ya tienen. En realidad, hacía falta muy poco para ser feliz. Solo el cariño y

la compañía de alguien que te quiera de verdad.

A lo mejor la clave estaba en que todos habían pasado por experiencias dramáticas y por eso ahora aceptaban la alegría sin reservas. Qué extraño cuando la felicidad y el dolor se dan la mano y se abrazan y ya no eres capaz de saber quién es quién.

Antes de dormirse, dedicó sus últimos pensamientos a su hermanito David, al que echó de menos con una intensidad que se le clavó en el centro del pecho. De repente lo imaginó acostado en la cama del hospital, solo y llorando

desconsolado sin que nadie acudiese a calmarlo.

«Ojalá que estés bien, ojalá que alguien esté cuidando de ti como yo cuidaría. Pronto estaremos juntos otra vez, te lo prometo.»

Alicia empezó a llorar bajito para que nadie pudiera escucharla.

CARLA

Tenía por delante varias horas antes de su encuentro con el teniente Guerrero, que la había citado en una céntrica cafetería a las doce de la noche. Después de abandonar la comisaría general de policía, Carla regresó al hotel. Decidió emplear el resto de la tarde en investigar los mensajes de Telmo Vargas.

Conectó su ordenador portátil a la red wifi del hotel y se sentó en la cama, con la espalda apoyada en unos almohadones, las piernas cruzadas y el ordenador en el regazo. Aunque echaba de menos la comodidad familiar de su casa, el silencio que reinaba en la habitación la ayudaba a concentrarse.

Sus dedos aletearon sobre el teclado. Ejecutó la metódica rutina de rastrear el origen de los últimos mensajes de correo electrónico de Telmo Vargas. No es que tuviese demasiadas esperanzas de descubrir algo. En internet, si uno sabía

cómo, era posible moverse sin dejar rastro. Y Telmo Vargas sabía hacerlo.

Internet (eso que llamamos «ciberespacio») no es más que una gigantesca red de redes informáticas que funciona gracias a cientos de miles de ordenadores especialmente configurados (llamados «servidores de datos») repartidos a lo largo y ancho del mundo, conectados entre sí por inmensas redes de fibra óptica; servidores de datos que funcionan sin descanso recibiendo información desde un origen y lanzándola a un destino. Como

origen y destino no están interconectados directamente entre sí, un mensaje tiene que pasar por varios servidores de datos, recorriendo una ruta que lo lleva desde el punto de inicio al punto final. Análogo a una carrera de relevos en la que el testigo pasa de corredor en corredor, solo que internet sería más bien una maratón de magnitud planetaria en la que un mensaje atraviesa la multitud de mano en mano.

Para que cada servidor de datos intermedio sepa a quién tiene que entregar la información, el propio mensaje debe contener los puntos

de origen y final, al igual que una carta necesita un destino y un remitente. De ese modo, interceptando los mensajes y examinando el destinatario, la policía puede averiguar, por ejemplo, quién descarga música ilegal, ya que solo tiene que preguntar al servidor de datos a quién le ha entregado el fichero.

Todo sería muy fácil y transparente si no fuera porque existen servidores de datos, llamados «anónimos», que encriptan la información con sofisticadas claves, de tal modo que es imposible averiguar quién envía

un mensaje o quién lo recibe. La red anónima más popular era conocida como TOR, invulnerable incluso al espionaje de la mismísima Agencia Nacional de Seguridad americana.

Por pesquisas anteriores, Carla ya sabía que Telmo Vargas se comunicaba utilizando la red TOR, en cuyo ciberespacio (también conocido como «red oscura» o «web profunda») se movían a sus anchas delincuentes, traficantes o terroristas. Con todo, no quería dejar ningún cabo suelto y procedió a analizar los emails con la vaga esperanza de que hubiese cometido algún error.

Carla ya estaba preparada para encontrarse con una barrera de datos encriptados cuando se llevó la sorpresa de ver que, esta vez, el *software* de análisis sí era capaz de identificar el origen de la conexión.

No obstante, su esperanza de que el psicópata hubiese cometido un error se desvaneció rápidamente. El primer correo electrónico había sido enviado desde una red wifi abierta. La red pertenecía a un establecimiento público: un café Starbucks de Madrid ubicado en el centro, a pocos metros de la Puerta del Sol.

Cientos de personas pasaban por allí cada día.

Un escalofrío le recorrió la columna de arriba abajo. El hijo de puta estaba cerca, allí mismo, en Madrid. Que le hubiese permitido saber desde dónde se había conectado no podía ser fruto de un descuido. Telmo Vargas se estaba pavoneando, haciéndole sentir su respiración en la nuca.

Carla rastreó el origen de los otros tres mensajes que había recibido, pudiendo identificar también los puntos de conexión. Lo primero que le llamó la atención fue que cada email había sido

enviado desde un lugar diferente. Siempre desde conexiones wifi abiertas al público: un kiosco de prensa, un restaurante de la cadena Vips y una cafetería. Carla fue señalando cada uno de los lugares con un marcador en Google Maps. Se encontraban equidistantes y relativamente próximos entre sí.

Revisó la hora a la que se había enviado cada uno de los cuatro correos electrónicos. Había un intervalo de unos cuarenta minutos. Calculó que ese era el tiempo que se tardaría en ir andando de un lugar a otro. ¿Por qué no le habría enviado los cuatro emails seguidos desde el

mismo sitio? ¿Por qué partir el texto del mensaje en cuatro?

Sobre el mapa, las coordenadas de los lugares guardaban cierta equidistancia entre sí, como si fuesen los vértices de un cuadrado. Usando la herramienta de dibujo de Google Earth, Carla trazó las líneas que unían los cuatro puntos, lo cual diseñaba un polígono de unos quince kilómetros cuadrados de superficie. La extensión que abarcaba era bastante grande, buena parte de Madrid. ¿Qué sentido tenía delimitar aquel área?

Se le ocurrió unir cada punto con el opuesto, lo que dio lugar a

una cruz.

Carla hizo *zoom* en la vista aérea del mapa, acercándose hasta el lugar de intersección de ambas líneas, el centro de la supuesta cruz, hasta que pudo ver con nitidez las calles. Se trataba de un punto en la calle Antonio López, a la altura de la glorieta del Marqués de Vadillo, en la zona sur de Madrid, al otro lado del río Manzanares. ¿Tendría algo de especial aquel lugar? Activó Street View para echar un vistazo a las imágenes de la vía. Era una calle normal y corriente, con árboles y edificios de los años sesenta. La calzada era de doble sentido de

circulación, con dos carriles cada uno. Había coches aparcados a ambos lados. Los edificios tenían las fachadas de cemento enfoscadas de rojo y amarillo. Había ropa tendida en algunas de las ventanas. Las aceras eran amplias. Mesas de un bar alrededor de unas sombrillas con el logotipo de Coca-Cola. En los bajos había una zapatería, una tienda de móviles, un supermercado. Gente que caminaba en un sentido y en otro, congelada, con los rostros difuminados. Nada que llamase la atención. Aquel era un barrio humilde, una calle más de

las muchas similares que había en Madrid.

Sin embargo, tenía la impresión de que Telmo Vargas había querido que se fijase en aquel lugar. ¿Por qué? Carla siguió mirando las fotografías de la calle durante un buen rato hasta que se dio por vencida.

¿Era verdaderamente una cruz la que marcaba aquel lugar, o pura casualidad? Empezó a pensar que se estaba volviendo paranoica.

Decidió dejarlo. El rectángulo oscuro en que se había convertido la ventana le avisó de que ya había anochecido. Apagó el ordenador y se

fue al cuarto de baño. La bañera era grande. Abrió el grifo del agua caliente y puso el tapón para llenarla. En su piso solo tenía un plato de ducha y siempre que tenía la oportunidad de alojarse en un hotel le gustaba aprovechar para darse un baño.

Se sumergió en el agua muy caliente. Cerró los ojos y respiró hondo, despacio, inspirando y espirando, visualizando como el aire entraba y salía a través de su cuerpo mientras sus músculos se distendían placenteramente con el calor, fundiéndose como caucho al fuego.

Puso en práctica una técnica de relajación que le había enseñado años atrás su psicoterapeuta.

Comenzó a contar hacia atrás muy despacio. Diez, nueve, ocho...

Recorrió mentalmente su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, diciéndole a cada parte que se relajase por completo.

Se imaginó una calma especial, un hermoso jardín en un paraíso tropical al atardecer.

Imaginó que descendía diez peldaños para bajar al jardín, contando cuidadosamente cada peldaño.

Cuando hubo descendido los diez peldaños, miró a su alrededor imaginando hermosas y relajantes sensaciones. Sus fosas nasales se llenaron de maravillosas fragancias florales. El aire era fresco y agradable. La silueta intrincada de un templo budista se recortaba contra la luz del atardecer. En el aire flotaba el sonido de un riachuelo y el trinar de los pájaros.

«Hago frente a todos los problemas con calma y seguridad, de un modo relajado.»

Se repitió la frase una y otra vez. Se imaginó a sí misma llena de confianza, afrontando cualquier

situación difícil con serenidad y valentía.

«Mi calma y mi confianza van en aumento.»

Imaginó que caminaba descalza sobre la yerba del jardín, entre las flores. La sensación de frescor en las plantas de los pies era de lo más relajante. La brisa acariciaba su rostro. Flores de diversos colores y fragancias desfilaron ante sus ojos.

«Mi calma y mi confianza van en aumento.»

Se relajó tanto que casi se quedó dormida. Se espabiló cuando el agua empezó a enfriarse. Se dio una ducha rápida y se secó el pelo

con el secador del hotel. Se vistió con unos vaqueros, una camisa de algodón y un jersey de lana. Se calzó las gruesas botas de invierno. Cuando estaba a punto de salir, se cruzó con su propia imagen en el espejo del recibidor. Pensó que a lo mejor debería arreglarse un poco. El jersey gris no la favorecía demasiado. Estaba sin maquillar. Iba a encontrarse con un hombre muy guapo y ella se había vestido como un leñador.

«No seas idiota —debatíó consigo misma—: ese tío es un policía y tú vas a hacer un trato con él, no a ligar.»

No obstante, decidió darse un poco de rímel, se maquilló los ojos y se pintó los labios. El estómago le gruñía de hambre. Bajó a la cafetería del hotel y devoró un sándwich de atún con una Coca-Cola sentada en la barra.

Cuando acabó la frugal cena, llamó a su hermano. Le explicó lo que había averiguado respecto al origen de los mensajes y la curiosa equidistancia de los puntos.

—Apuesto a que quiere decir algo —dijo su hermano—. Ese tío tiene la mente retorcida. No puede ser casualidad.

—No consigo imaginar qué significa. En ese sitio no hay nada especial.

—Ve con cuidado de todas formas. Sigo estando muy preocupado por ti, Carla.

—No te preocupes, no pienso acercarme por ahí. Bueno, tengo que irme ya.

—Llámame en cuanto estés de regreso en el hotel y cuéntame lo que hayas hablado con ese policía.

—De acuerdo, chao, te quiero.

—Yo también.

Carla cogió un taxi. Diez minutos después la dejó a las puertas del Hard Rock Café de la

Castellana. En el local, de pulcros suelos de madera lacada y decoración cosmopolita (rutilantes fotografías nocturnas de Manhattan, guitarras eléctricas y *souvernirs* roqueros en las paredes), había una docena de personas con aspecto de turistas y algunos ejecutivos trajeados que tomaban una cerveza después de una larga jornada. En el ambiente flotaba una melodía de piano punteada con ritmos de *jazz*.

El teniente Guerrero la esperaba sentado en una mesa al fondo. Le hizo una seña con la mano cuando la vio entrar.

Carla se fijó en que había dejado el traje. Llevaba vaqueros, camisa azul cielo y una americana de paño color chocolate. Tenía un aspecto aún más atractivo que con el traje. Carla se acomodó frente a él.

—Mi biografía empieza a ponerse interesante —bromeó—. Nunca imaginé que tendría una cita con un espía pasada la media noche.

El teniente Guerrero alzó una ceja visiblemente sorprendido por el comentario. Carla constató con satisfacción que la broma lo había pillado desprevenido.

—A esto yo no lo llamaría cita, sino hacer horas extras —el policía esbozó una sonrisa—, pero tengo que reconocer que las misiones en horas intempestivas no siempre consisten en un encuentro con una mujer tan guapa.

Ahora fue a Carla a quien cogió desprevenida el comentario. Se sonrojó ligeramente.

—Tengo buenas noticias —el policía se puso serio—: mis superiores han dado el visto bueno a la operación.

—¿Y eso qué significa?

—Como te expliqué en mi despacho, no puedo disponer de

fondos a mi antojo. Pero si formas parte de la operación como colaboradora, entonces puedo justificar la asignación de ciertos recursos. Por ejemplo, puedo establecer un dispositivo de protección y vigilancia sobre tu persona.

—¿Puedes hacer eso?

Carla no pudo evitar pensar que si los mandos del CNI habían aprobado algún tipo de salvaguardia era porque pensaban que lo que iba a hacer la pondría en riesgo.

—Ya te expliqué que el hombre al que te vas a acercar es peligroso —ratificó el teniente Guerrero.

—¿Y qué debo hacer exactamente?

—Eso depende. ¿Crees que Max confía en ti?

—Imagino que sí. No tiene motivos para recelar.

—Bien. Supongamos que él se fía de ti. Lo que necesitamos es que le hagas llegar cierta información...

—¿Qué tipo de información?

—Verás, él sabe que tienes conocimientos de informática. Cuando buscabais a esa chica, Alicia, intentasteis dar con el secuestrador rastreando los movimientos de su teléfono móvil, ¿no es cierto?

Carla asintió.

—No puedo darte los detalles del plan, pero solo te diré que nuestro objetivo es que ese hombre se haga visible ante ciertas personas. Queremos que se muestre en ciertos lugares, ¿comprendes?

—¿Y cómo puedo yo lograr eso?

—preguntó Carla.

—Si es cierto que ha perdido la memoria, estará muy interesado en cualquier dato que arroje luz sobre su pasado. Ahí es donde intervienes tú.

—Pero si yo no sé nada de él. ¿No resultará sospechoso que de

pronto empiece a darle pistas sobre su vida?

—Permíteme explicarte. Ese hombre conserva algunos objetos que le pertenecieron antes de que perdiese la memoria. Uno es un teléfono móvil. Una vieja BlackBerry sin tarjeta SIM, un teléfono aparentemente inservible.

—Carla empezó a comprender adónde quería ir a parar—. Él cree que ese teléfono no puede aportarle información al no disponer de un número activo. Pero se equivoca. Supongo que sabrás que las conexiones móviles se identifican

con el código IMEI de cada teléfono.

—Sé a lo que te refieres — asintió Carla—. El código IMEI es una especie de número de matrícula del móvil. Está grabado en la memoria interna del aparato y serigrafiado en la carcasa, y no depende de la tarjeta SIM ni de la compañía telefónica con la que se tenga el contrato.

—Así es. Por lo tanto, ese número de serie es suficiente para seguirle la pista en las bases de datos de las compañías de telecomunicaciones. Obviamente, ese es un dato que él desconoce.

—Y quieres que yo se lo explique —dijo Carla.

—Exacto. Tienes que lograr que te hable de su problema de amnesia. En algún momento te contará lo de ese teléfono, el cual, según él, no le sirve de nada. Entonces tú le explicarás que sí se puede obtener mucha información y que tú misma puedes dársela.

—Yo no puedo hacer eso. Hace falta una orden judicial para acceder a los datos de conexión de los teléfonos.

—Eso él no lo sabe. Yo te daré la información y tú se la darás a él.

—Dicho así, parece fácil... ¿Y si no se fía de mí?

—Estoy seguro de que encontrarás el modo de que lo haga. Eres una mujer de recursos.

Carla se mordió el labio inferior.

—Lo intentaré. Pero ¿cómo me encontraré con él? No puedo simplemente llamarlo y ya está, le parecería raro.

—Os veréis pronto porque ambos estáis citados ante un juez.

—¿Citados ante un juez? —preguntó Carla desconcertada.

Guerrero se permitió una sonrisa malévola. Metió la mano en

el bolsillo de la chaqueta y sacó un papel. Lo dejó sobre la mesa. Carla lo agarró y leyó lo que ponía. Un sudor frío le recorrió la espalda. Si no tenía pocos problemas, ahora podía acabar en la cárcel.

—Castellanos me ha denunciado, ¡mierda! —masculló Carla.

El papel era una citación judicial por una demanda penal por asalto, intimidación y agresiones. Había sido interpuesta por Carlos Castellanos, el directivo de la empresa de aplicaciones móviles MyLife. Cuando buscaban a Alicia desesperadamente, Carla y Max

habían acudido a su despacho y le habían obligado a darle información sobre el teléfono móvil del secuestrador de Irena Aksionov.

—Tu amigo Max le rompió una mano —dijo Guerrero con una sonrisa torcida—. ¿Esperabas que no os denunciase?

—Yo... no lo sé... Esperaba que entendiese por qué habíamos tenido que hacerlo.

Carla empezaba a sentirse como un animal acorralado. Las amenazas llegaban desde todas las direcciones a la vez. Una demanda penal era algo serio. Podría acabar en la cárcel. La idea de tener a su

hijo en una penitenciaría la llenó de angustia. ¿Qué pasaría si daba a luz en prisión? Seguramente le quitarían la custodia y no podría estar con su hijo. Notó un calor que la abrasaba. La sola idea era insoportable. La asaltó el pensamiento, furioso y ardiente, de que si la separaban de su hijo, aunque solo fuese durante el tiempo que pasara en la cárcel, entonces él estaría a merced del malévolo Telmo Vargas. Ella no estaría a su lado para protegerlo.

¿Sería eso lo que estaba planeando para ella el maldito psicópata? ¿Sabría ya lo del juicio y

por eso estaba tan seguro de poder arrebatárselo a su hijo? La cólera estalló de repente. Empezó a ver manchas luminosas.

—¿Te encuentras bien? — preguntó el teniente Guerrero—. Te has puesto pálida.

Carla lo miró con los ojos empañados, sin ver.

—Perdona por haber sido tan brusco con esto —se disculpó Guerrero—. No tienes que preocuparte.

—¿Qué quieres decir? —Carla le miró envarada.

—Si la demanda progresa, Max y tú podríais acabar en la cárcel

—explicó Guerrero—. No podemos permitir que Max se vea involucrado en un proceso judicial y mucho menos que vaya a prisión. Con amnesia o sin ella, sigue siendo un miembro de los servicios secretos rusos. Forma parte de una operación de inteligencia que debe seguir adelante. Si un juez lo condenase, nos metería en problemas diplomáticos con los rusos. Así que vamos a pararlo. Indirectamente, tú también sales beneficiada.

—¿Podéis hacer eso? ¿Podéis anular una demanda judicial? —preguntó reteniendo el aliento.

—No exactamente: le pediremos a Carlos Castellanos que retire la denuncia.

—¿Y si se niega?

Guerrero se permitió una sonrisa lobuna.

—No lo hará. Lo hemos investigado. Dispongo de datos comprometidos de él y de su empresa, datos que lo hundirían si saliesen a la luz. Colaborará con nosotros, te lo aseguro. —Carla empezó a respirar con alivio—. Acudirás al juzgado. Max también lo hará. Será allí donde os encontraréis. Castellanos, sin embargo, retirará los cargos.

—Comprendo —Carla lanzó un suspiro—: utilizaréis la citación en el juzgado para que Max encuentre natural nuestro encuentro.

—Exacto. Es entonces cuando debes propiciar una conversación con él, ganarte su confianza y lograr pasarle la información. ¿Podrás hacerlo?

—No tengas ninguna duda —dijo segura de sí misma. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa para protegerse a sí misma y a su hijo—. Lo haré. A cambio...

—A cambio puedo hacerte ciertos favores. Te ayudaré en lo

que necesites para encontrar al individuo que te amenaza.

—Me parece buen trato.

El teniente Guerrero se relajó visiblemente. Carla se dio cuenta de que aquel acuerdo era más importante para él de lo que se esforzaba en aparentar.

—Lo primero que necesito es que me consigas el modo de contactar con Eva Luna —pidió Carla.

—No hay ningún problema. Mañana lo tendrás —dijo reclinándose en su asiento y juntando la punta de los dedos de ambas manos—. ¿Algo más?

—Me he mudado a un hotel por miedo a que ese maníaco pudiese encontrarme en mi casa. ¿Crees que podrías poner algún tipo de vigilancia en mi piso? Me gustaría volver.

—Veré lo que puedo hacer. Vives sola, ¿no es cierto?

—Vivo sola.

—¿Sales con alguien? —Carla tuvo la impresión de que en la pregunta había algo más que interés profesional—. Tengo que saber si alguien más entra o sale de tu casa... —dijo Guerrero mirándola muy serio.

—No, no estoy saliendo con nadie ahora mismo —respondió Carla bajando los ojos.

Le vino a la mente que en algún momento tendría que hablar con Roberto, el novio con el que había cortado apenas un mes antes y que era el padre del hijo que esperaba. Pensar en Roberto le ensombreció el ánimo. ¿Tal vez sería mejor no decirle nada? Carla no quería retomar la relación con él y tampoco que Roberto se sintiese obligado o, peor aún, que la presionase para abortar. La idea hizo que el estómago se le revolviere.

—Perdona, tengo que ir al baño.

—Se puso en pie bruscamente.

En el lavabo mojó una toallita de papel y se la pasó por la frente. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las náuseas. Cuando se miró al espejo se encontró guapa. Aunque apenas se había maquillado, tenía que reconocer que el embarazo le sentaba bien.

Se tomó unos segundos para tranquilizarse y regresó a la mesa. El teniente Guerrero la esperaba con una sonrisa asomando en los labios.

—Será mejor que me vaya — dijo Carla.

—Espera, te invito a una copa. Ahora ya podemos relajarnos, ¿no te parece? —La miró fijamente.

La música era agradable y el ambiente tranquilo. No le apetecía nada volver a la deprimente habitación del hotel.

—Está bien. Me tomaré una Coca-Cola antes de irme.

Mientras Guerrero llamaba al camarero, Carla lo observó con disimulo. Tenía que reconocer que era un hombre muy guapo. La mandíbula firme y la piel del rostro morena y tersa. Parecía recién afeitado. ¿Se habría afeitado para encontrarse con ella? No, qué

tontería. Menudos pensamientos se le pasaban por la cabeza, se dijo.

—Admito que tengo curiosidad por saber cómo se llega a ser un espía del CNI —reconoció Carla.

El teniente Guerrero rio. Tenía una sonrisa encantadora. Había algo felino en sus ojos y al sonreír se le formaban hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, no hay ningún secreto. Yo era un mal estudiante. Mi padre era militar y me animó a prepararme para el examen de acceso a la Guardia Civil. Aprobé el ingreso y, para mi sorpresa, resultó que me gustaba la vida militar. Se

me daba bien cumplir órdenes y también darlas. Por aquel entonces yo era un joven idiota con ansias de aventura. Cuando me licencié me ofrecí voluntario para las misiones en el extranjero: Iraq, Turquía, el África subsahariana... Algunas de esas misiones eran operativos conjuntos con países de la OTAN y estaban supervisadas por el CNI. Cuando adquirí cierta experiencia, me ofrecieron un puesto fijo en el mando operativo. Y aquí estoy.

Se llevó la cerveza a los labios bebiendo un trago directamente de la botella. Tenía un cuello musculoso.

—Dicho así, parece de lo más normal. Supongo que estarás al tanto de muchos de los trapos sucios de los Gobiernos. Lo que llaman las cloacas del Estado.

—Bueno, te diré una cosa —respondió Guerrero, que hizo una pausa estratégica mientras carraspeaba, tratando de medir sus siguientes palabras—: la versión oficial de la política que conoces por los medios de comunicación no tiene nada que ver con la realidad. Una cosa es la fachada ante la opinión pública y otra muy distinta lo que realmente se cuece entre bastidores.

—Cuéntame algún secretillo, vamos. —Guerrero se limitó a sonreír. Carla hizo un mohín de decepción—. Cuando quedo con alguien para tomar algo, solemos hablar de trabajo para romper el hielo. Es el tema más socorrido para tener una conversación, pero contigo es imposible.

—Bueno, podemos hablar de otra cosa, ¿no te parece?

—Nos queda tu vida privada. ¿O también es secreto de Estado?

—Mi vida no es ningún secreto —dijo Guerrero riendo—. Ya te conté que estoy divorciado. Desde

que me separé de mi mujer, no he vuelto a tener una pareja estable.

—¿Miedo al compromiso?

Guerrero arqueó una ceja con un gesto que le hacía parecer un niño inocente.

—No lo sé. No creo. No me importaría comprometerme de nuevo. Supongo que sencillamente no he encontrado a la mujer adecuada, aunque nunca se sabe. — La miró intensamente.

Carla le sostuvo la mirada.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Supongamos que tuvieses un lío con alguien del trabajo. Como todo en tu trabajo es confidencial,

no podrías contárselo a nadie, ¿no es así? Nunca podrías presentarles tu novia a tus padres ni a tus amigos. Menuda papeleta.

Guerrero soltó una carcajada.

—Tienes razón. Si, por ejemplo, tuviese una relación contigo, tendría que mantenerlo en secreto.

Carla se ruborizó. Estaba siendo de lo más atrevida. Lo cierto es que se sentía atraída por Guerrero.

—Solo estaba bromeando —se disculpó ella.

—Lo sé. Me encanta tu sentido del humor —dijo Guerrero.

—Intento ver el lado divertido de las cosas. Es algo que he aprendido de mi hermano. Aunque últimamente no he tenido muchos motivos para reír.

Un camarero se acercó a la mesa y les pidió que fuesen pagando. Iban a cerrar. Carla miró la hora. Pasaba de la una de la mañana. El tiempo se le había ido volando.

—Me gustaría seguir charlando contigo —dijo Guerrero—. Si vamos a trabajar juntos, tenemos que conocernos mejor. ¿Te apetece un café?

—A estas horas está todo cerrado.

—Te lo prepararé en mi casa. Suelo acostarme tarde y podemos seguir charlando. Si no estás cansada. Si sigues presionándome un poco más, estás a punto de conseguir que confiese todos los secretos de Estado —propuso con aquella sonrisa encantadora.

—Me sorprende que tengas una casa. En las películas los espías duermen en el coche y se afeitan en la oficina.

—¡Yo soy un espía con hipoteca! —Guerrero soltó una

carcajada—. Vivo cerca, en realidad. Podemos ir dando un paseo.

* * *

Cuando Carla se despertó, tardó unos segundos en orientarse. Por un instante le sobrevino el vértigo de lo desconocido. La habitación estaba completamente a oscuras, pero aquella no era su cama ni la cama del hotel donde había pasado las últimas noches. Era la cama de Guerrero.

La vista se le acostumbró a la oscuridad lo suficiente como para darse cuenta de que estaba sola.

Palpó a su izquierda hasta que sus dedos encontraron la llave de luz junto a la cama. Comprobó la hora en su reloj de pulsera: las cinco y media de la mañana.

Sintió una punzada de remordimientos por haberse dejado arrastrar por el deseo y haber acabado en la cama de aquel hombre. Había aceptado un café en su casa y él se había mostrado encantador. Después, sin saber muy bien cómo, acabaron besándose y haciendo el amor en el sofá. Siguieron haciéndolo en el dormitorio. Carla todavía notaba una agradable sensación en todo su

cuerpo. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien con alguien. Seguramente era cosa del embarazo, pero nunca se había sentido tan desinhibida y tan excitada con un hombre.

Se puso en pie, cogió su ropa y se encerró en el cuarto de baño. Comprobó con satisfacción que Guerrero le había dejado un juego de toallas limpias, listas sobre la repisa del baño. Se dio una ducha rápida y se vistió. Cuando salió de la habitación, escuchó ruidos provenientes de la cocina. Guerrero estaba junto a la encimera cortando algo con un cuchillo.

—Te levantas muy temprano —
dijo Carla.

Él la saludó con una sonrisa. Llevaba una camiseta deportiva y pantalones cortos. Se mantenía en forma.

—Puedes seguir durmiendo, intenté no hacer ruido. Yo me despierto siempre a esta hora.

—No te preocupes, a mí también me gusta madrugar. Soy de poco dormir.

—Me alegro, porque entonces llegas a tiempo para el desayuno. ¿Te gusta el *sushi*?

—Me encanta, pero ¿*sushi* para desayunar?

—Uno de mis primeros destinos fuera de España fue en la embajada de Tokio —explicó Guerrero mientras manejaba con habilidad un afilado cuchillo, cortando pequeñas porciones de pescado—. Me pasé allí dos años. En la embajada entablé amistad con un anciano funcionario que en su juventud había sido maestro samurái. Me enseñó muchas cosas interesantes sobre la vida, pero la más útil, sin duda, fue cómo preparar el *sushi*. El secreto está en el manejo del cuchillo y en el corte.

—Yo adoro el *sushi*, aunque siempre lo compro congelado —dijo

Carla muy seria.

Guerrero soltó una carcajada.

—Me encanta tu sentido del humor.

No solo Guerrero era sexi y le había hecho el amor como nadie en mucho tiempo, sino que además pillaba sus bromas. Carla tenía que reconocer que normalmente tenía un sentido del humor bastante difícil.

Guerrero se volvió hacia ella y la besó en la boca.

—¿Quieres aprender la técnica milenaria? —La rodeó por detrás y puso sus manos sobre las suyas—. Tienes que agarrar el cuchillo así,

con fuerza, y después girar cuarenta y cinco grados, eso es... Despacio, no tan rápido.

Carla sentía su aliento masculino en la nuca. Cuando se dio cuenta estaban haciendo el amor sobre la mesa de la cocina.

Media hora después, Guerrero acabó de preparar el *sushi* y lo comieron sentados en una mesita junto a la ventana, contemplando el fulgurante disco solar que emergía tras el sinuoso perfil a contraluz de Madrid.

—Tu casa tiene unas vistas preciosas.

Guerrero vivía en el ático de un regio edificio próximo al Museo del Prado. Desde allí se divisaba buena parte de la ciudad, además del museo, los rectilíneos parterres de los jardines y, más allá, la amplia avenida arbolada del paseo del Prado.

—El piso no es gran cosa, ya lo has visto. Pero cuando buscaba un sitio donde vivir, después del divorcio, lo único que tenía claro es que debía ser luminoso. He pasado mucho tiempo metido en tugurios militares. Valoro mucho levantarme por la mañana y recibir la luz del sol.

Carla pensó que aquel hombre debía de haber vivido cosas que ella no podía ni imaginar. Y allí estaba ahora, comiéndosela con los ojos.

—Ahora tengo que irme a trabajar —anunció Guerrero—. Me gustaría verte esta noche.

—Claro. Llámame.

—Por cierto, ya puedes mudarte a tu casa. El dispositivo de vigilancia ya está operativo. También te he enviado un mensaje a tu correo electrónico con el teléfono actual de Eva Luna y su dirección. ¿Qué te parece si te recojo a las nueve?

Se despidieron con un beso apasionado. Cuando Carla salió a la calle y respiró una bocanada del aire frío del amanecer, tuvo una sensación de lo más rara. Aunque apenas había dormido unas horas, se sentía muy despierta. La vida se le había complicado muchísimo, pero se sentía más viva que nunca.

**ARCHIVO DEL CNI.
INFORME DE
INTELIGENCIA N.º**

000124030314HS.

**GRADO: SECRETO (son
equivalentes COSMIC
TOP SECRET y EU TOP
SECRET)**

GLOSARIO: El siguiente informe se enmarca dentro de la Operación Máscara de Hielo: operativo internacional de búsqueda y captura del máximo dirigente de la mafia rusa, líder de identidad desconocida, cuyo alias es Magno.

Magno: dicese del nombre en clave por el que se conoce al líder absoluto de una de las redes mafiosas más grandes del mundo, integrada principalmente por ciudadanos rusos y de otros países del Este, que desarrollan actividades delictivas a gran escala (tráfico de armas, drogas, trata de

mujeres, extorsión, chantaje). La Operación Máscara de Hielo pretende identificar al dirigente conocido como Magno, de quien se desconoce su verdadera identidad o apariencia. La información recabada por el operativo de investigación hace pensar que el individuo bajo vigilancia llamado Nikolái Sokolov (actualmente Max N. N.) podría ser la única persona conocedora de la verdadera identidad de Magno (y, por tanto, uno de los pocos capaces de identificarle o describir su apariencia).

CONTENIDO DEL ARCHIVO:

Transcripción de la conversación entre el teniente J. P. Guerrero y Piotr Vorobiov, agregado de la Embajada rusa para operaciones especiales, grabada según el protocolo de Control de la Seguridad Nacional, en las instalaciones del Centro Nacional de Seguridad, amparado por las leyes de confidencialidad y protección de la información clasificada del Reino de España, OTAN, Unión Europea, Agencia Espacial Europea u otras organizaciones de las que España forme parte.

—Joder, ¿no puedes dejar de fumar en mi despacho? —se quejó el teniente Guerrero—. Me molesta el humo.

—No me jodas y dale al *play* —respondió el ruso Vorobiov.

Delante de ellos tenían un pequeño monitor conectado a un reproductor digital. Habían grabado la sesión de hipnosis realizada a Nikolái Sokolov, ahora conocido como Max N. N.

El psiquiatra baja el nivel de la luz y la imagen se vuelve un poco verdosa, pero se distinguen las facciones de Max N. N.

Max N. N. está reclinado sobre el diván, con la cabeza un poco más elevada que el cuerpo.

El psiquiatra le da una serie de explicaciones.

—¿Crees que el doctor se imagina la clase de persona que tiene delante? —preguntó Guerrero.

Vorobiov, con la mirada clavada en el monitor, no contestó.

—Lo que va a ocurrir con la hipnosis se parecerá a un sueño. Seguirá la lógica de los sueños.

Parte será real y parte deformada por tu imaginación. La cadena temporal también estará fragmentada. Será difícil establecer un orden cronológico. Aun así, podemos averiguar cosas de tu vida que de otro modo serían inaccesibles para tu mente consciente. ¿Estás preparado, Max?

—Claro que no sabe a quién tiene delante —contestó Vorobiov casi un minuto después de que le formularan la pregunta—: si lo supiera, se estaría cagando de miedo.

La intérprete le da a Max instrucciones para que se relaje.

—Max: necesito que extiendas tu mano, como si la canica fuera algo real.

Max, con los ojos siempre cerrados, extiende la mano derecha.

—Es un cabrón muy listo, no creo que haya estado hipnotizado ni un segundo —dijo Guerrero.

—Ahora relaja la mano, pero no dejes que tu canica se caiga al suelo. Así, bien. Ahora, con un movimiento lento y relajado, deposita la canica sobre tu pecho, donde hay un cuenco invisible de cristal...

4 m 32 ss

—Max, quiero que retrocedas hasta tu primer recuerdo, cuando despertaste en aquel hospital.

Max comienza a hablar.

—Hay un enfermero que me mira temeroso. Tengo cicatrices por todo el cuerpo.

—¿Ves lo que te digo? —insistió Guerrero—. Él ya sabía todo eso. El psiquiatra le contó cómo fue su salida del coma.

—Bueno, ¿y lo que viene ahora, qué? —contestó Vorobiov.

Guerrero negó con la cabeza, impaciente.

—Luz, luz por todos lados —
dijo Max—, hay una bala que
recorre mi cerebro.

5 m 02 ss

—El suelo está a ciento ochenta
centímetros de mis ojos —dice Max.

—Juraría que se está riendo de
nosotros —señaló Guerrero—. Sabe
que lo estamos mirando.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo
Vorobiov—. Es imposible que
sospeche nada.

—Una columna de fuego de
muchos colores se eleva hacia el
cielo —dice Max N. N.— e ilumina la

noche. Una ciudad blanca y polvorienta como el talco.

—Pripyat —dijo Vorobiov—: el accidente de Chernóbil.

—Él era muy pequeño entonces —replicó Guerrero.

—Su padre debió de contarle lo que ocurrió.

—Me está golpeando, le falta un ojo, es un monstruo al que le falta un ojo —se queja Max desde su diván.

—Creo que no está mintiendo —observó Vorobiov—. El hombre al que le falta un ojo es su padre. Al parecer, el hijo de puta maltrataba a su familia.

—Tenía entendido que su padre era uno de los héroes de Chernóbil.

—Así es. Arriesgó su vida para contener la explosión del segundo reactor que hubiese acabado con media Europa.

—¿Salva a media Europa y le da palizas a su mujer?

—A veces los mayores héroes públicos pueden ser mezquinos en sus hogares —sentenció Vorobiov—. Y, al parecer, este lo era.

—El monstruo de un ojo ha desaparecido, ahora hay un viejecito —habla Max—. Parece una persona entrañable, trabaja en una relojería.

—Andro, el desaparecido jefe de la mafia rusa —se apresuró a decir Guerrero.

—Hay relojes por todos lados, el viejo está abriendo la boca, hay mujeres que bailan entre sus dientes... Hay una chica con un mechón azul junto al monstruo con un solo ojo; otra mujer golpeada, medio muerta, sobre el suelo, relojes, relojes, relojes... La mujer del mechón azul tiene los ojos muy tristes.

—¿Mechón azul? —preguntó Guerrero—. ¿Se refiere a Alexandra Ivanova, la mujer de la que estaba enamorado?

—Por nuestro bien, espero que realmente no recuerde lo que ocurrió con esa mujer —dijo Vorobiov—. Ahora presta atención. Llega lo verdaderamente interesante: cualquier detalle podría ser crucial.

—Quiero escapar..., pero alguien me controla, alguien ejerce un control despiadado sobre mi destino.

La frente de Max se perló de sudor. Su cuerpo se crispó en el diván.

—Aquí ha sido cuando hemos mandado al psiquiatra —dice Guerrero un instante antes de que

el psiquiatra irrumpa en la grabación.

8 m 02 ss

—¿Quién te controla, Max? — pregunta el doctor.

Tras unos instantes, Max responde: «Magno».

—Pregúntale por su nombre verdadero, Max —pide el psiquiatra.

—Magno —repite Max.

—Pregúntale dónde se encuentra, dónde está ahora.

—Está junto a mí, siempre lo ha estado.

Max se estremece sobre el diván, deja de hablar. El psiquiatra parece no saber qué decir. Max se sigue estremeciendo, abre los ojos, pero no parece ver la sala. El psiquiatra sale despavorido. Un instante después, Max vuelve a hablar.

—Un borracho, barbudo, en una plaza, me está ayudando. Yo estoy muy herido, estoy medio muerto, el hombre me ayuda.

9 m 37 ss

—El borracho ha desaparecido. Estoy sentado en una silla eléctrica,

hay un chico sentado a mi lado, en una silla idéntica... Se parece a mí. Pienso que estoy frente a un espejo, pero no, porque el chico grita de dolor...

Max se estremece una vez más y grita con energía.

—¡NIKOLÁI, POR FAVOR, NO ME DEJES MORIR!

Los agentes miraban el monitor con atención absoluta.

—El hermano —susurró Vorobiov—: creo que fue Serguéi Aksionov quien acabó con él.

—¿Crees que por eso lo odiaba tanto? —preguntó Guerrero.

Vorobiov, con la mirada absorta en la pantalla, no respondió.

Max, que ha dejado de estremecerse, vuelve a hablar.

—He vuelto a la ciudad blanca, hay flores por todos lados, flores que irradian luz, flores extrañas...

10 m 15 ss

Max abre los ojos definitivamente, está consciente, pero se muestra muy confundido, ansioso.

—¿Dónde está el doctor? — pregunta.

—En la sala contigua, Max —
responde la intérprete.

—¿Ha estado el doctor aquí?

—Claro que no, Max ¿Cómo te
encuentras?, ¿recuerdas lo
ocurrido?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué recuerdas de la sesión
de hipnosis?

—¿Hipnosis? ¡No hemos
empezado todavía!

—Presta atención ahora; lo voy
a adelantar un poco, cuando habla
con el doctor —dice Vorobiov.

11 m 52 ss

—¿Recuerdas conscientemente tu estado de trance? ¿Sabes, Max, lo que acaba de ocurrir?

Max no responde. Se limita a observar al médico con detenimiento. Al psiquiatra se le borra la sonrisa de la cara.

—Pasa un poco más adelante — solicita Guerrero.

12 m 17 ss

—En la sesión de hipnosis te has referido unas cuantas veces a un tal Magno. Podría ser una persona interesante, tal vez la clave,

la llave que abriría la puerta a tus recuerdos.

Max parece asentir, pero no responde palabra alguna. Es un momento claramente tenso.

—¿Qué estará pensando el cabrón? —dijo Vorobiov.

—Puede que esté preocupado por haber hablado más de la cuenta —respondió Guerrero.

—Pues dime, Max, ¿cómo es el tal Magno? —insiste el doctor—
¿Qué aspecto tenía?

—No recuerdo lo ocurrido, doctor, no sé quién demonios es Magno.

—¿Por qué es tan importante para usted? —pregunta Max tras un instante—. ¿Qué sabe usted de mi vida?

—Nada, no sé nada. Me interesa que recuerdes por tu bien, yo no tengo ningún interés personal, Max.

—De manera que le han amenazado a usted también.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Vorobiov con cierto entusiasmo, como si celebrase un gol de su equipo—. Ya ha descubierto que el psiquiatra lo engaña.

—¿Qué tonterías dices, Max?, ¿qué historia te has montado en la

cabeza?

—¿Le ha visitado Serguéi Aksionov?

El doctor no responde.

—¿La policía, entonces?

—Acaba de mencionar a Serguéi Aksionov —dijo Guerrero—. Han debido de verse hace poco.

—Un momento, Max, debes de estar agotado después de la sesión..., ¿no es cierto? Tal vez quieras un vaso de agua. Perdona que no te lo ofreciera de inmediato; disculpa mi falta de educación.

—Entiendo su nerviosismo. Las cosas no han salido como esperaba —dice Max—. Le están presionando.

¿Quién más hay detrás de esa puerta?

—Por favor, Max, ¿de qué hablas? Creo que sigues desconectado de la realidad.

Vorobiov detuvo la grabación. Los dos hombres se reclinaron sobre sus sillas.

—¿Qué piensas? —preguntó Guerrero.

—Honestamente —respondió Vorobiov—, creo que empieza resistiéndose a la hipnosis, pero en un momento indeterminado cae rendido en el trance.

Guerrero reflexionó unos instantes.

—Eso quiere decir que realmente conoce a Magno en persona.

—Creo que esto lo confirma — afirmó Vorobiov señalando la pantalla.

—Entonces, ¿te crees el cuento de la amnesia? —preguntó Guerrero.

—Yo diría que no miente en eso.

—Yo no estaría tan seguro. Puede que sufriese un episodio de amnesia al salir del coma y eso le vino muy bien para seguir fingiendo después. Estoy convencido de que ahora ha recuperado sus recuerdos.

—¿Por qué se iba a prestar entonces a la farsa de la hipnosis?
—preguntó Vorobiov.

—Sabe que mientras todos crean que tiene amnesia lo dejarán en paz. Pero no podemos dejarlo libre para siempre. Si pasa el tiempo y no ocurre nada, tendremos que ponerlo entre rejas. Cada minuto que ese individuo sigue libre mi carrera está en juego.

Guerrero suspiró desanimado, en un gesto que pareció captar el interés del ruso más que sus palabras.

—En mi país hay un dicho que dice que el lobo cambia el pelo, pero

no las mañas —dijo Vorobiov—. Tarde o temprano intentará contactar con alguno de sus antiguos socios. Sigamos con la vigilancia. Paciencia, camarada. La paciencia es un árbol de raíces amargas pero de frutos dulces.

—¿Los rusos habláis soltando esas dichasas sentencias todo el tiempo, o eres solo tú?

El ruso se limitó a dar una calada al cigarrillo y mirar al teniente Guerrero a través del humo con los ojos entornados.

—Te diré otro proverbio sobre la paciencia —añadió Guerrero, que estaba perdiéndola visiblemente—:

«Siéntate pacientemente junto al río y verás pasar flotando el cadáver de tu enemigo». Solo espero que los cadáveres que pasen flotando no sean los nuestros.

UN HOMBRE SE SUICIDA

**UN HOMBRE SE
SUICIDA
CUANDO IBA A SER
DESAHUCIADO**

**Trágico suceso en el
número 34 de la calle
Antonio López de Madrid**

EFE

Un hombre de 46 años de edad, de nacionalidad española, se arrojó esta madrugada desde el balcón de su domicilio ubicado en el quinto piso del inmueble de la citada calle madrileña. PÁGINA 21

¿La desolación y la falta de esperanza?

¿La contemplación de un futuro aterrador?

No estoy demasiado seguro de qué es lo que me ha hecho arrojarme al vacío desde el balcón de mi piso en la séptima planta...

Sin duda tengo mis motivos para el suicidio, podría enumerarlos, del mismo modo que usted también tiene sus motivos para abandonar este triste mundo y sin embargo no lo hace. Entonces, ¿por qué acabo yo de tirarme por el balcón?

Extremadamente chocante es que, al contrario de lo que esperaba, me invada una calma interior inenarrable, a pesar de que me encuentro rodeado de un universo de aire en mi caída hacia la muerte.

En cosa de dos segundos mi cuerpo se estrellará contra el asfalto y eso no me hace sentir ni bien ni

mal, simplemente tengo ganas de terminar con esto.

Me di cuenta de mi falta de motivación para el suicidio en cuanto perdí contacto con la barandilla del balcón, cuando sentí que nada sostenía mi cuerpo, ya a merced de la gravedad, rodeado de aire azul. Ese fue el momento en el que todo se ralentizó hasta el ridículo. Siento que llevo al menos cinco minutos cayendo ¡y apenas acabo de pasar la ventana del sexto piso!

Cuando el tiempo se acolchonó (es la primera palabra que me ha venido a la cabeza), supe que no

había salvación posible (que nadie se ría de mí: ha habido casos de gente que ha salvado la vida tras caídas desde mayores alturas) y lo supe porque esta paz, este tiempo lento y estirado solo puede significar que el final está cerca. Es la típica historia que nunca podré contar a nadie, una historia que jamás se convertirá en recuerdo.

Por eso siempre digo que no tememos a la muerte, le tenemos un miedo terrible a la amnesia.

Piensa en tu propio tiempo, imagínate una tarde maravillosa con tus hijos y tu esposa, de pesca, de *camping*, imagínate que supieras

que tras esa tarde perfecta te espera la muerte.

Eso lo cambiaría todo, entonces entenderías que la tarde no tiene ni la milésima parte de importancia que el recuerdo de la tarde. Es el recuerdo de esa tarde el que te acompañará durante el resto de tu vida, el recuerdo de esa tarde se transformará dentro de tu mente, volverás a esa tarde perfecta una y otra vez, sonreirás a escondidas o cuando estés acostado (una sonrisa en la oscuridad, que nadie pueda ver, ni siquiera tú; una sonrisa que solo podrás sentir, plasmada y perfecta sobre tus facciones,

tensando tus mejillas y entornando los ojos).

Si después de esa tarde maravillosa te esperase la muerte, esa tarde perdería su significado como lo pierden mis palabras en mi trayecto a través del vacío, a través de este universo de aire que se encoge. Esa tarde no es nada sin un recuerdo que la siga, un recuerdo que se estire y se transforme a través de los años futuros.

Por eso estas reflexiones que me hago, al borde de la muerte, al borde de la no existencia, no tienen ningún valor porque nunca se convertirán en un recuerdo.

Pero no puedo dejar de contármelo todo a mí mismo. Tal vez, ¿quién sabe?, puestos a morirse..., ¿quién te puede decir qué coño hay más allá de ese asfalto grisáceo? Tal vez esto quede grabado de alguna manera en un registro imposible, una grabación, una dimensión desconocida, esa dimensión en la que el tiempo va tan lento tan lento tan lento que observo a los pájaros aleteando con la velocidad de una tortuga caminando sobre una terraza incendiada hacia un vacío tan profundo como este.

En estos últimos segundos, además, vuelvo a ser yo mismo.

Yo antes de perder el trabajo, yo antes de perder a mi familia, a mis hijos.

Aquel yo.

Incluso más atrás, aquel yo soltero con aspiraciones de escritor.

Vuelvo a ser aquel yo.

Cuarta planta.

Lourdes, mi vecina del cuarto, se está desnudando; la veo desde aquí fuera. Me mira a los ojos pero no ve nada. Cuando se dé cuenta de que le ha pasado un bulto en caída libre por delante, ya estaré fuera de su campo de visión. Para ella mi

trayecto frente a su ventana durará menos de una décima de segundo.

Y, sin embargo, siento que me está mirando a los ojos.

Recuerda, recuerda, tal vez puedas entender lo que está pasando antes de que tu cráneo explote sobre el cemento y tu cerebro se esparza en todas direcciones como una flor que se abre entre las meadas de los perros, las colillas o el polvo que vuelve a caer y levantarse de una calle a otra, tierra de otras tierras, motas que se desprenden de suelas de zapatos, partículas que saltan debajo de los neumáticos, que le han dado la

vuelta al mundo mil veces para ahora mezclarse con el polvo óseo de mi cráneo, con mi pelo, con mis recuerdos, con la solución al enigma de mi suicidio.

Tengo dos opciones:

Hacer lo que hace todo el mundo antes de morir: ver pasar tu vida por delante de tus ojos, *flashes* de los momentos más intensos, más importantes; sorprenderte de que los que ves no son los que tú hubieras elegido.

Resolver este misterio que me ha puesto en mitad de este vacío, camino a la pérdida de mi vida.

Me decido por la segunda opción.

Lourdes, mi vecina del cuarto que se desnuda, me sigue mirando, pero no a los ojos: me mira a la barbilla, o tal vez al cuello, cuando mi mente regresa como un huracán hasta el día en que me despidieron del trabajo, cuando me pusieron de patitas en la calle. La cara de mi jefe. Su aliento. El cuello de su camisa. Yo llevaba materiales de construcción de un lado a otro cuando la construcción crecía a lo largo de este país como una especie de lava burbujeante, como un

sarpullido que no respetaba ninguna zona de la piel de la tierra.

Pero no, no, no me quiero recrear en esa parte porque no está ahí la clave.

Mi único objetivo es resolver este misterio, entender por qué caigo al vacío.

El abandono de mi mujer; se llevó a mis hijos.

¿Tiene sentido que no recuerde sus nombres? ¿Los nombres de mis propios hijos? Tal vez sea esa la primera clave. O la única.

Mis hijos y el tiempo estirado. Sospecho que ahí descansa la razón de esta horrible improbabilidad.

Soy un tipo de cuarenta y seis años que, en plena caída al vacío, se siente en calma y trata de entender lo que le ha llevado a suicidarse como si fuera un detective o un escritor de novelas (ese era mi sueño), como un curioso que intenta desentrañar un misterio en el que él ni pincha ni corta.

¿Un tipo que no recuerda el nombre de sus hijos? ¿Un tipo que no está nervioso a menos de un segundo de una muerte segura?

Por fin estamos llegando a algún sitio.

Mi vecina Lourdes, frente a mí, con un pecho al aire como si fuera

una maravillosa pintura renacentista, me mira las piernas a través del cristal de su ventana. Sus ojos aún no entienden lo que ven, aunque puedo ver mis pies reflejados en sus pupilas.

No queda tanto, debo intentar dejar de divagar, que no me distraigan estos pájaros. Tengo que olvidarme de las ramas del árbol que no voy a poder esquivar, ahora a escasos metros de mi cabeza. No pensar ni por un instante en el toldo verde de la panadería bajo las ramas ni en las banderas del hotel Praga a mis espaldas.

Maldita sea, me gustaría echarle un último vistazo a la transitada calle donde he vivido tantos años, pero desde aquí solo puedo ver el cristal de mi propio edificio, los ladrillos, y a mi izquierda, por el rabillo del ojo (hay que recordar que estoy cabeza abajo), capto una pizca de la calle San Delfín, que muere en la avenida del Manzanares. Tráfico fluido, aunque los coches parecen estar congelados en el tiempo.

Joder, si esto no es divagar, que baje Dios y lo vea.

Ya no puedo ver a mi vecina. Solo veo ladrillos y un tubo rojizo.

Perdí el trabajo, me abandonó mi mujer, me quedé sin mis hijos, cuyo nombre aún no recuerdo. Tengo que ir un poco más atrás.

Mi mujer no me abandonó por lo del trabajo. Estando en paro, al menos no teníamos deudas y casi podíamos salir adelante.

No fue el trabajo, fue una consecuencia de aquello.

Empiezo a recordar.

Pedí un préstamo.

¡Eso es, pedí un préstamo!

Lo encontré en internet. No era un banco, era una agencia. Un préstamo en muy buenas condiciones.

Yo trabajaba transportando materiales, sí, pero antes era otra cosa, tenía un trabajo diferente.

Las ramas del árbol ya me están tocando el pelo. Tengo que pensar más rápido.

Antes trabajé en una oficina, me despidieron, luego vino lo del transporte, aquello fue algo temporal. Eso es. También me despidieron.

¿Cómo se llamaban mis hijos?

¿Cómo se llaman?, ino están muertos!

Me acabo de partir el cuello. En el primer impacto con una rama gruesa, siento que la barbilla se me

clava en el pecho, siento el primer latido de mi corazón desde que perdí de vista a Lourdes.

Un latido que parece una explosión a cámara lenta.

Boooooooooooooooooooooooooooooooooooooom...

Boooooooooooooooooooooooooooooooooooooo
oooooooooooooooooooooooooooooooooooo
ooooooooooooooooooooooooooooooooooooommmmmmm.

Necesitaba dinero para mi propio vehículo de transporte, solo necesitaba dinero para el primer pago, cinco mil euros, eso era todo.

Una llamada de teléfono, otra llamada, eso fue todo. Me concedieron el préstamo en menos de veinticuatro horas. Los encontré en internet, unas condiciones muy

favorables: 6 % de interés. Estaba chupado, aquello estaba hecho.

Aquello lo arreglaba todo.

Me reuní con los prestamistas al día siguiente.

No les importaba nada mi historial de crédito, no les importaba nada si tenía trabajo o no. Les importaba una mierda para qué coño quería el dinero.

Solo querían ver las escrituras del piso.

¡Qué hijos de puta!

Aquel cabrón me citó en una notaría. En una maldita notaría. Allí mismo, sin el notario delante, arrojó un fajo de billetes sobre la

mesa. Ni siquiera me los dio en la mano.

Luego entró el notario..., firmas, firmas... Las escrituras. Algunas cosas no me encajaban del todo, algunos números no se correspondían, pero tanto el notario como el tal... como-se-llamara tenían una respuesta lista para cada una de mis preguntas.

Joder, ¡si estaba en una notaría! Si tuviera tiempo recordaría hasta la dirección. ¿Quién no se va a fiar de un notario?

El visto bueno del cabrón. El notario asentía a todo con una

sonrisa.

Mi espalda acaba de estrellarse contra otra rama, siento como se parte en dos la columna vertebral, pero sigo sintiendo los pies.

Debo estar a unos diez o doce metros del suelo. Estoy girando, rebotando por el último impacto, solo veo hojas y hojas, todo es verde.

Compré mi camioneta y me puse a trabajar casi inmediatamente. Todavía había trabajo teniendo vehículo propio.

De hecho, joder, fui capaz de reunir el dinero. ¡Estaba listo para devolver el préstamo!

Tenía el dinero, pero no podía pagar. Era imposible.

Primero, la cuenta de ingreso que me dieron era incorrecta, luego me salieron con que tenía que devolver en líquido, en mano (descubrí que así se estipulaba en el contrato), pero nunca estaban. Tampoco contestaban al teléfono, nunca había nadie en la oficina. Cuando por fin contestaron al teléfono, me dieron largas.

«Ahora no podemos atenderte, estamos hasta arriba.»

«Te llamo más tarde, dentro de una hora.»

El plazo estaba a punto de expirar.

«Tranquilízate.»

¡Que me tranquilizara, decía la tía!

A los pocos días llegó la llamada. Esta vez sí que me llamaron, me llamaron ellos. No me llamaron nunca desde que me concedieron el préstamo.

Mi mujer fue la que contestó al teléfono.

Mi mujer, hasta aquel momento, no sabía nada de lo que yo había hecho (no la quería preocupar, bla bla bla) y se enteró por una desconocida de que

habíamos perdido la casa, aunque, repito, teníamos el dinero para pagar el préstamo. No era una amenaza, no era la típica llamada a morosos para que paguen («o pagas o te vas a enterar»), no, era una llamada informativa, una llamada que te hacía saber que te habían dado mucho por el culo y acababas de perder tu vivienda.

Los gritos de mi mujer. El insomnio. La desesperación.

Las cosas con mi mujer no estaban bien desde antes, pero esto fue el detonante definitivo.

Se fue. Adiós. Te llamo. Mis hijos. Abrazos. Lágrimas.

Han vendido mi piso a alguien que ni siquiera conozco. Un hijo de puta que podría entrar en mi casa en cualquier momento y echarme de su propiedad.

Esperar cada noche a que alguien te eche de tu casa, de la casa que pagaste con tanto esfuerzo durante tantos años.

Encontrar a otras víctimas, centenares de víctimas de la misma estafa que han contactado en internet. Así los conocí; gente tan desesperada como yo. Así fue como conocí a Telmo. Telmo ha sido mi mejor amigo. Telmo es mi mejor amigo. Por Telmo es por lo que he

estado a punto de no dar este salto al vacío. Telmo ha sido lo único bueno que ha salido de toda esta pesadilla.

Un gran tipo, un amigo de verdad, no me puedo creer que lo conociera hace menos de un mes.

Siento mucho hacer esto, Telmo, lo siento de verdad, amigo mío, pero no puedo más.

De repente, las hojas de los árboles desaparecen, debo haber salido rebotado. Una rama me ha escupido hacia el vacío. Sobrevuelo sobre la calle Antonio López mientras giro sobre mí mismo.

¡Hombre de poca fe, pensaste que no volverías a ver la calle Antonio López! Ahí tienes las banderas del hotel Praga, ¿no las ves?

Pero la clave no está ahí; antes casi la tenía y se me perdió. La pieza del enigma que no encaja. ¿Dónde dije que podía estar la clave?

Telmo y sus calmantes. ¡Grande, mi amigo Telmo Vargas! Gracias a los tranquilizantes de Telmo he sido capaz de dormir. Gracias a Telmo he logrado volver a encontrar la posibilidad de una isla de esperanza.

La posibilidad de una isla. Me encantaría volver a leer ese libro.

Esto no tiene ni pies ni cabeza, pienso mientras veo como el asfalto de la calle Antonio López se me acerca de frente para estrellarse contra mi nariz.

Espera un momento. Si había recuperado la esperanza, ¿por qué la he perdido hace menos de un minuto? ¿Por qué digo que «no puedo más»?

¿Por qué he saltado desde mi balcón?

¿Por qué he decidido acabar con todo?

Y sobre todo:

¿Por qué no puedo recordar los nombres de mis hijos?

Al menos ahora conozco la pregunta; no puedes responder si no hay pregunta.

Y la respuesta llega.

Solo hay una explicación.

¡Dios mío, ahora lo entiendo todo!

¡Es posible incluso que esa sea la razón por la que siento que el tiempo se estira como un chicle!

¡Estoy bajo los efectos de una potente droga! ¡Debe de tratarse de algo experimental, algo secreto, algo que estira el tiempo y te hace

olvidar cosas que de otro modo no podrías olvidar!

No hay otra posibilidad: los tranquilizantes. ¿Tranquilizantes?

¿Es posible, entonces, que todo esto sea un sueño?, ¿es posible que mi cabeza no se esté estrellando contra el asfalto?

Tal vez esté acostado en mi cama, soñando esto bajo una manta. Calentito. Imagínate que tu mujer no te ha abandonado. Recuerda su cuerpo junto al tuyo. Recuerda, recuerda, los recuerdos son los que dan sentido a la vida. Sin los recuerdos nada tiene sentido.

Le tenemos un pavor muy racional a la amnesia.

Entonces llega la enorme desilusión.

Esto, por desgracia, está ocurriendo de verdad, estoy a punto de morir estrellado contra el asfalto de la calle Antonio López de Madrid después de saltar al vacío desde mi balcón, después de romperme el cuello en una rama y rebotar despedido en otra.

Y sé que es verdad porque en un sueño no sientes el dolor incendiado que se extiende por mi cuerpo, de dentro afuera, de fuera adentro, como mil cuchillos afilados

que se clavan incandescentes rasgando tus músculos, tu piel...

De hecho, ya tengo la cabeza abierta y siento la humedad de mi propia sangre sobre mi cara. Mis hij...

CARLA

A las nueve de la mañana, Carla ya había dejado el hotel y estaba de vuelta en su piso. Nada más cruzar el umbral, recibió una llamada del teniente Guerrero.

—Bienvenida a casa —la saludó—. La vigilancia ya está operativa.

—No he visto a nadie —exclamó Carla sorprendida. Cuando llegó al

portal miró si había algún coche de policía cerca, pero no vio nada.

—¿Qué esperabas? ¿Una furgoneta negra con una antena en el techo apuntando a tu casa? Mis hombres son discretos.

—No sé, me siento rara sabiendo que me vigilan.

Se asomó a la ventana. En la calle todo seguía como siempre: el clamor del tráfico, los transeúntes apresurados, el bramido de un camión de la limpieza, el eco lejano y metálico del percutir de unas obras...

—Tranquila, pronto te acostumbrarás. Te veré a la noche.

Nada más colgar, Carla recibió una llamada de su hermano.

—¿Has visto las noticias? —la voz sonaba alarmada.

—No, aún no. ¿Pasa algo?

—Entra en cualquier periódico digital y ve a la sección de sucesos.

Con el corazón en un puño, Carla encendió su ordenador portátil y abrió la página de 20minutos.es. Reconoció en el acto la noticia a la que se refería su hermano. La sangre se le heló en las venas.

UN HOMBRE SE SUICIDA CUANDO IBA A SER DESAHUCIADO

Trágico suceso en el número 34 de la calle Antonio López de Madrid

EFE 13.02.2014

Un hombre de 46 años de edad, de nacionalidad española, se arrojó esta madrugada desde el balcón de su domicilio ubicado en el quinto piso del inmueble de la citada calle madrileña.

Sobre la vivienda del fallecido pesaba una orden de desahucio por el impago de una deuda que cargaba sobre él.

Al parecer, según han relatado algunos vecinos a este periódico, el hombre llevaba bastante tiempo en paro y estaba agobiado por problemas económicos y personales. Iba a ser desalojado de su piso en los próximos días y su mujer había abandonado el inmueble junto a sus hijos unas semanas antes. Desesperado, optó por acabar con su vida, según ha quedado reflejado en una nota que él mismo dejó en el interior de su vivienda.

Carla experimentó un sordo estupor, la sensación de estar soñando despierta. Aquella noticia, al margen de lo trágica que resultaba, podría haber sido una más entre los muchos sucesos nefastos que poblaban los periódicos de no ser porque el día anterior ella misma había estado preguntándose qué tenía de especial la calle donde había ocurrido. Ahora lo sabía.

—Dios mío, es él, tiene que ser cosa suya —dijo a su hermano—. Lo ha vuelto a hacer. Pero ¿cómo?

El domicilio de aquel pobre hombre que se había suicidado se

correspondía con el lugar que señalaban los mensajes de Telmo Vargas. No podía ser casualidad, aunque Carla había recibido los mensajes días antes y aquel hombre se había quitado la vida hacía solo unas horas. ¿Cómo podía estar tan seguro de que se acabaría suicidando? A no ser que él le hubiese inducido de algún modo.

—No se cómo, pero ha empujado a ese pobre hombre al suicidio —dedujo Isaac, que parecía estar preguntándose lo mismo que ella.

—Es una demostración de poder. Quiere dejarnos claro que

puede seguir matando desde la distancia, sin mancharse las manos. Eligió a ese pobre hombre hace días y lo ha llevado a la muerte. — Mirándose las manos fuertemente apretadas, añadió con profundo dolor—: Lo peor es que la policía no lo investigará porque creen que se trata de un suicidio.

—Cuesta creer que alguien pueda ser tan desalmado y retorcido. Si al menos supiéramos por qué lo hace.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Carla.

—Me refiero a su motivación. Si entendiésemos qué lo lleva a

matar a la gente, a lo mejor podríamos averiguar algo más sobre él.

Carla levantó las cejas sorprendida ante la idea. Hasta el momento no se le había ocurrido pensar que aquel individuo pudiese tener un motivo para hacer lo que hacía.

—¿Crees que tiene que haber un motivo? ¿No se trata de simple maldad?

—No creo en la maldad absoluta —dijo Isaac—. Si algo conozco de la condición humana es que el bien y el mal nacen de

nuestro interior y obedecen a razones profundas.

—Supongo que encuentra placer —arriesgó Carla sin mucha convicción—. ¿Es una especie de placer sexual para él ver sufrir a la gente?

—Si disfrutara con el sufrimiento de las víctimas, las mataría él mismo, ¿no crees? ¿Por qué hace que sean otros los que cometen los crímenes? ¿Qué es lo que pone tan cachondo a este cabrón? ¡Y luego se regodea enviándoles esas notas a los que cometieron sus atrocidades!

Carla respiró profundamente. Por un instante creyó entender algo, una posibilidad imprevista y sorprendente, una idea que cruzó la periferia de su cerebro pero que se hundió en el abismo del olvido antes de que llegase a enfocarla con el ojo de la mente. Cerró los ojos y meneó la cabeza.

Tras unos segundos de silencio durante los cuales escuchaba la respiración de su hermano al otro lado del teléfono, Isaac volvió a hablar.

—Mierda, Carla. Tengo la sensación de que está jugando con nosotros. Me siento como un

insecto en manos de un niño cruel. ¿Qué es lo siguiente que nos tiene reservado?

—No lo sé, pero lo cogeremos antes —vaticinó Carla.

Su hermano no dijo nada. Lo imaginó debatiéndose en la impotencia de su silla de ruedas. Quiso tranquilizarlo.

—Ahora el CNI me protege. Si intenta hacer algo contra mí, lo atraparán.

—Carla, ese hombre no intentará algo directamente. Nunca se expone. Cuando haga algo, lo hará de un modo indirecto.

—Estaré prevenida. Se cree muy listo, pero no es infalible. Tarde o temprano cometerá un error.

Un silencio pesado cayó sobre los dos. Carla podía escuchar el sonido estático que atravesaba la línea.

—Esto es algo que nos supera, Carla, a ti y a mí. Estamos hablando de un psicópata en toda regla, y nosotros jugando a policías y ladrones con él... Tienes que... bueno, ya sabes qué pienso, hermana.

Isaac no solía llamarla así.

«Hermana.»

—Hablamos pronto, Isaac, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, Carla, te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Sin poder quitarse de la cabeza lo que acababa de suceder, Carla dedicó unos minutos a vaciar la maleta y volver a colocar las cosas en su sitio. Se preparó un café y se lo bebió de pie en la cocina, mientras se esforzaba en pensar. El único modo de descubrir a aquel individuo era adelantarse a sus pasos. No podía quedarse simplemente esperando. ¿Qué haría ella si estuviese en su lugar? Era

difícil pensar como un psicópata. ¿Qué demonios empujaba a alguien a hacer el mal de aquel modo? ¿Cuál era su motivación? Por más que lo intentaba, era incapaz de entenderlo.

Se dejó caer en una silla de la cocina. Empezaba a notar las piernas hinchadas por el embarazo. Ella no era ninguna investigadora de novela, ninguna experta en trazar perfiles psicológicos de asesinos dementes. Solo era una licenciada en informática en paro que aspiraba a ser feliz. Pero allí estaba ahora, sentada en su cocina tratando de meterse en la mente de

un retorcido criminal. Desde luego, la vida se le había complicado muchísimo. Pensó en Guerrero y en la noche que habían pasado juntos. Un agradable cosquilleo le recorrió la columna. La idea de que volverían a verse dentro de unas horas despertó su deseo. Guerrero no solo era increíblemente guapo, también era un hombre interesante.

Carla regresó al salón, abrió el ordenador portátil y comprobó su correo electrónico. Guerrero ya le había enviado el email con los datos de contacto de Eva Luna.

También se descargaron otros mensajes. Una garra helada le

atenazó el estómago cuando vio de
quién provenían:

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: miércoles, a las 09:34

Querida Carla, supongo que ya habrás visto las noticias. Si no, te recomiendo que consultes la sección de sucesos. ¡Qué tragedia más terrible! Una ciudad de cinco millones de habitantes y te sorprenderías de lo solas que se sienten algunas personas. Muchos buscan compañía en las redes sociales. Cuentan sus problemas, reciben el consuelo de amigos anónimos. Es fácil ganarse la confianza de alguien que está desesperado. Solo hay que escuchar, estar a su lado. Entonces, poco a poco, le haces ver que, efectivamente, este es un mundo cruel, que no merece la pena luchar. Porque luchar no sirve de nada. Los fuertes siempre ganan. Los ricos te quitarán tu

casa y te verás vagando por las calles. ¡Qué destino tan triste! Por eso hay que darles una lección de valentía, un gesto para demostrar que no eres una basura más: saltar por la ventana, acabar con todo de un modo heroico, darles una lección. Puedo resultar persuasivo cuando me lo propongo, ¿no te parece, querida Carla?

Carla tenía ganas de vomitar. Aquel individuo era el mismísimo demonio. Había tres mensajes más:

De: Dr. Telmo Vargas
Para: Carla Barceló
Enviado: miércoles, a las 09:54

Dentro de poco te pediré que hagas algo por mí.

De: Dr. Telmo Vargas
Para: Carla Barceló

Enviado: miércoles, a las 10:14

Si no cumples, alguien lo pagará.

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: miércoles, a las 10:35

Yo no juego de farol. Supongo que conoces el juego.

El «juego» se refería a unir los puntos desde los cuales habían sido enviados los cuatro mensajes, conectarlos diagonalmente y ver dónde se cruzaban las líneas, como la vez anterior, cuando le había señalado el lugar donde se había suicidado aquel pobre hombre.

Carla tardó menos de veinte minutos en descifrar el origen de la conexión. Sus dedos aletearon sobre el teclado del ordenador. Como la vez anterior, cada email había sido enviado desde un sitio diferente, siempre usando una conexión wifi pública y abierta. Carla marcó en el mapa cada uno de los lugares. Los puntos formaban los vértices de un rectángulo. Trazó una línea que unía diagonalmente cada punto con el que tenía enfrente. Las dos líneas dibujaron una cruz en el mapa.

Se acercó con el *zoom* para identificar la calle que señalaba el cruce de las dos líneas. Era un lugar

normal y corriente, la plaza de Manuel Becerra, una amplia glorieta que intersectaba la calle Alcalá. Carla fue recorriendo las aceras con la vista de Google Street View: cafeterías, bares, una óptica, un gimnasio, un McDonald's. En las aceras, viandantes con el rostro difuminado captados en la instantánea del coche de Google.

No veía nada especial en aquel lugar. Carla siguió mirando las fotografías de la calle durante un buen rato, buscando pistas en los comercios, las fachadas...

Fue entonces cuando lo vio.

Uno de los transeúntes no caminaba como los demás. Era un tipo de mediana altura que estaba detenido frente a la calzada, con el cuerpo dirigido exactamente hacia la cámara panorámica de Google que había tomado aquella foto.

El tipo sostenía una hoja de papel que le cubría la cara. En la hoja había escritas dos palabras:

«Hola, Carla.»

—¡Hijo de puta! —dijo en voz alta.

Cambió el punto de vista hacia la siguiente foto, tomada a pocos metros de la anterior. Ahí estaba una vez más, en el mismo lugar, con

el cuerpo dirigido a la nueva posición de la cámara de Google.

«Hola, Carla.»

El hombre aparecía en un total de cinco imágenes. Iba vestido de negro y la resolución de las fotos no le permitía saber si se trataba de un hombre grueso o delgado...

Entre 1,60 y 1,80 de estatura.

Entre setenta y noventa kilos.

¡Básicamente podía ser cualquiera! ¡Ni siquiera estaba claro si era un hombre o una mujer!

Hijo de puta, pensó. El cabrón lo había planeado muy bien, como siempre. Eligió los puntos equidistantes de ese lugar a

propósito, se enteró de cuándo pasaría el coche de Google para renovar las fotografías de esa zona, una información al alcance de cualquiera, y se plantó ahí en el momento justo.

Carla se visualizó a sí misma en la comisaría, enseñándoles a aquellos idiotas las fotos que acababa de descubrir.

—Pero, señora, eso lo puede haber hecho usted misma —le contestaría alguno de aquellos inútiles.

Hijo de puta. Hijo de puta. ¡Hijo de puta!

Carla respiró profundamente.

—No vas a poder conmigo — dijo en voz alta, aunque estaba sola en la habitación.

Sin pensárselo dos veces, se puso el chaquetón y salió a la calle; necesitaba un poco de aire contaminado dentro de sus pulmones.

Como quien se lanza a una piscina desde un balcón, se sumergió en la algarabía urbana de Madrid. Era una mañana luminosa.

Ver a la gente caminando de un lado a otro la animó. Todos tenían vidas en las que Telmo Vargas no existía. Ella no disfrutaba de ese lujo.

Comenzó a caminar calle arriba hasta que llegó a la avenida de Pablo Neruda. Sabía lo que tenía que hacer: pensar en cualquier cosa, menos en Telmo Vargas. Sacarlo de su mente por unos minutos, unas horas, vivir sin él, aunque solo fuera un instante, un soplo.

Pensó en meterse a hojear libros en una librería de barrio que quedaba al otro lado de la calle, así que se dispuso a esperar frente al paso de peatones.

Los coches cruzaban su campo de visión como estelas de humo. El carraspeo de los motores estaba

cargado de urgencia y desesperación.

Entonces escuchó un estruendo a su izquierda, el sonido de cristales, de metal en colisión; dos golpes fuertes y un tercero. Gritos.

Todos los que esperaban en el semáforo junto a ella habían vuelto la cabeza.

A pocos metros, vieron un coche bocabajo en mitad de la calle; otro estaba volcado sobre su lado izquierdo.

Acababan de chocar.

¿Cómo era posible un accidente como aquel dentro del casco

urbano? Sin duda, uno de ellos iba a una velocidad muy superior a la permitida.

El sonido de las sirenas de la policía.

Carla, sin saber muy bien por qué lo hacía, comenzó a caminar despacio en dirección al accidente.

El sonido de las sirenas subía en intensidad.

Muchos transeúntes se habían detenido. Llegó la policía, llegó una ambulancia. Por fortuna, los coches no se incendiaron.

Un policía colocó una barrera indicativa. La calle se había

quedado con un solo carril en ese sentido.

Todos los conductores aminoraban su marcha y observaban la escena.

Una mancha de sangre comenzó a extenderse junto al coche que estaba bocabajo. Los policías sacaron a un hombre con vida del coche volcado sobre el costado. Casi podría haber salido por sí mismo. Los agentes simplemente abrieron la puerta, el hombre se encaramó y un instante después estaba fuera.

El hombre parecía haber sufrido solo unos rasguños. Por lo

visto, conducía solo. Un policía le hizo unas preguntas inaudibles. El hombre le mostró su cartera, que el agente requisó mientras le escoltaba hasta la acera, cerca de donde estaba Carla. Le dijo que se quedara sentado sobre el bordillo.

—Un médico le atenderá enseguida, caballero. No se mueva de aquí bajo ninguna circunstancia.

En la acera había alrededor de veinte personas mirando la escena. Carla los observó detenidamente. Todos parecían estar ávidos de sensaciones, de drama.

Del coche que estaba bocabajo sacaron dos cuerpos sin vida. Una

mujer soltó un gemido lastimero y comenzaron los comentarios susurrados.

Sábanas blancas donde la sangre se empapaba.

«Por Dios santo.» «Qué desgracia, hace un momento iban tan tranquilos.» «Qué horror.»

Todos miraban los cuerpos, las sábanas...

El coche bocabajo, el cristal hecho añicos.

Nadie, aparte de Carla, reparó siquiera un instante en el hombre que había quedado con vida. Estaba sentado observando el espectáculo dantesco que se desarrollaba frente

a sus ojos. Las lágrimas le arrasaban las mejillas mientras sufría pequeñas convulsiones.

Carla comprendió entonces que lo que aquel hombre sentía no era horror, no era tristeza, no era dolor; lo que aquel hombre sentía era algo mucho peor. Aquel hombre sentía una culpabilidad infinita. Sin duda alguna, él y solo él había sido el culpable del accidente y estaba viendo como dos personas habían perdido la vida por su culpa.

Carla recordó entonces su propio sentimiento de culpabilidad después de abortar, aunque hacía ya más de diez años de aquello: la

sensación irreparable de haber interrumpido una vida. Fue como si una sombra oscura y vacía se hubiese instalado en su interior, un peso demasiado grande para poder soportarlo, una sensación de angustia tan terrible que le hacía observar la muerte como un final feliz.

Y ahora tenía frente a sí a aquel pobre hombre sintiendo lo mismo que ella sintió, completamente desolado, con un odio inconmensurable hacia sí mismo.

Carla no podía dejar de mirarle, no podía dejar de observar cada gesto, cada expresión, cada lágrima.

Pensó en alejarse de allí y tratar de olvidarlo todo, como haría una persona normal.

¿Una persona normal?

¿Qué pensaría Telmo Vargas de aquello?

Por fin, Carla comprendió.

EVA LUNA

La asociación de víctimas de la violencia machista a la que pertenecía Mamen tenía su sede en los bajos de un antiguo edificio de la calle Génova. Se accedía por una puerta de cristal a un *hall* de recepción y, a través de un pasillo flanqueado por despachos con puertas acristaladas, se llegaba a una especie de salón de actos. Al

fondo había un pequeño escenario como el de un teatro y, frente a este, varias filas de sillas de plástico plegables.

Cuando Eva y Mamen llegaron, se encontraron con varias decenas de mujeres de diversas edades que charlaban ya animadamente en corrillos. A un lado habían dispuesto mesas de *catering* con manteles blancos y platos con canapés y aperitivos, refrescos y bebidas.

Eva se fijó en que todas las mujeres iban muy arregladas: con bonitos peinados que parecían recién salidos de la peluquería y

bien maquilladas. Casi todas llevaban vestidos y zapatos de tacón. Eva no se había maquillado. Se había puesto unos vaqueros y un jersey *beige* de cuello alto y calzaba botas de piel marrón de suela gruesa para el frío.

Al menos Mamen tampoco se había vestido como si fuesen a una fiesta de gala. Llevaba vaqueros y una blusa negra, aunque calzaba unos tacones altísimos que estilizaban su figura. Eva envidió la soltura con la que caminaba con aquellos tacones. Unos días antes, ella también se había comprado unos bonitos zapatos de tacón, pero

cuando intentó dar un paso con ellos se torció un tobillo y casi se cayó de bruces.

Mamen fue intercambiando saludos y le presentó a algunas de las mujeres, aunque Eva no logró retener sus nombres. Todas parecían conocerse bien entre sí. Se quedaron unos minutos con un grupo que estaba comentando lo carísimo que estaba todo. Una de ellas se puso a contar un altercado que había tenido en el supermercado.

Al poco, Mamen tiró del brazo de Eva y la llevó hasta otro corrillo. En aquel grupo alguien estaba

relatando un problema que tenían sus hijos en el colegio, algo relacionado con un profesor. Las otras mujeres asentían y mencionaban situaciones parecidas, dándose la razón unas a otras. La conversación quedó interrumpida unos momentos mientras Mamen presentaba a Eva al grupo.

Después de las presentaciones, Mamen la llevó hasta una de las mesas del *catering*. Cogió una copa de vino blanco y le entregó otra a Eva. Mamen se bebió media copa de un trago. Eva apenas dio un sorbo.

—Oye, tú: habla, intégrate —la invitó Mamen—. Aquí estás en

confianza. Todas son buena gente. Ya verás qué bien lo pasamos.

«Tú habla, intégrate.» ¡Qué fácil les parecen las cosas a los que llevan haciéndolas toda la vida! Eva pensó que igual le podían haber dicho: «Tú estudia, hazte astronauta, tienes toda la tarde».

Se acercaron a otro grupo de cuatro mujeres y Mamen volvió a presentar a Eva. Después de saludarla, retomaron la conversación. Estaban hablando de algo que habían visto o leído. Eva no estaba muy segura de qué se trataba. La conversación saltaba de un tema a otro y Eva era incapaz de

seguirla. Se quedó en silencio limitándose a escuchar y sintiéndose como un pasmarote. Cuando se dio cuenta, Mamen había desaparecido de su lado. ¿Dónde se había metido?

Eva se quedó junto a aquel grupo de cuatro mujeres sin saber qué decir. Buscó la oportunidad de participar en la conversación, pero saltaban de un tema a otro y no encontraba el momento de intervenir.

Finalmente, se separó del grupo sin que nadie reparase en ella. Fue hacia las mesas de los canapés, el único lugar donde vio la

posibilidad de resguardarse en su ahora tan deseada soledad. Se acabó la copa de vino que llevaba en la mano y cogió otra. Buscó a Mamen con la mirada, pero no la vio por ningún lado.

Empezó a sentirse inquieta. Todas aquellas mujeres tenían una habilidad social de la que ella carecía. Formaban corrillos y charlaban entre sí despreocupadamente: niños, colegios, trabajo, política, televisión, espectáculos... Eva había vivido tanto tiempo aparte del mundo que no sabía nada de aquello.

¿Qué podía ella decir que resultara interesante? Sus sueños de integrarse en la sociedad se desvanecieron de repente. La Eva Luna simpática, dicharachera, ingeniosa o simplemente agradable era solo un producto de su imaginación. Esa Eva Luna no existía más que en sus sueños. La Eva Luna real, la Eva Luna que estaba en aquella reunión y que todos podían ver, era tímida, huidiza, apocada. ¿Por qué iba nadie a interesarse en ella?

Buscó a Mamen con la mirada, pero seguía sin encontrarla. Lo mejor sería marcharse cuanto

antes. No podía quedarse allí plantada como un pasmarote. Debía, simplemente, dirigirse a la puerta y largarse. Nadie se daría cuenta, ni siquiera se acordarían de ella al día siguiente.

Con paso decidido se encaminó hacia la salida.

—Oye, tú eres la amiga de Mamen, ¿verdad? —se escuchó una voz a sus espaldas.

Eva se volvió y comprobó horrorizada que aquella pregunta iba, efectivamente, dirigida a ella. Se la había formulado una mujer de unos cuarenta años, muy pintada, de pechos voluptuosos y con el pelo

rubio teñido de mechas voluminoso como el de un león.

—Yo soy Carmen, guapa, nos presentaron antes, pero con tanta gente ni te acordarás —dijo la mujer. Tenía una voz estridente y un acento extraño, como de pueblo—. Oye, llevas un corte de pelo muy mono, ¿dónde te lo has hecho?

—Me lo cortó Mamen —respondió Eva mirando al suelo— en su peluquería.

—Oye, pues está muy bien, monísimo, monísimo de verdad. Mira por dónde no sabía que Mamen era tan buena peluquera. Voy a tener que acercarme a que me

dé un arreglito a mí, aunque no creo que se pueda hacer mucho conmigo —prosiguió con una mirada severa—: tengo pelo para siete cabezas. ¡Isabel, cariño! —alzó súbitamente la voz para llamar a alguien que estaba a unos metros—, mira: ella es la amiga de Mamen de la que nos habló antes.

Isabel se unió a ellas. Era una mujer imponente que vestía un elegantísimo vestido de noche y lucía un corte de pelo estilo *shaggy* que le daba un aire aristocrático. Carmen asió por el brazo a la recién llegada. Eva pensó por un instante que aquello era demasiado...

¿agresivo?, pero la sonrisa que Isabel le devolvió a Carmen dejaba claro que tocarse de esa manera era algo perfectamente normal entre ellas.

—Mamen me dijo antes que se te dan muy bien las plantas. — Isabel la miró con dulzura—. A mí me encantan las orquídeas, pero son tan delicadas de cultivar... En el jardín de casa solo tengo geranios y rosas...

—No lo son —interrumpió Eva con los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué quieres decir?

Eva se cruzó de brazos como si quisiera abrazarse a sí misma.

—Las orquídeas, por su aspecto, la gente cree que son delicadas de cultivar, pero no lo son. Solamente hay que darles la luz y el agua que necesitan, hay que podarlas y quitarles los tallos inútiles, vigilar la humedad y la ventilación; también hay que estar pendiente del abono, en realidad como cualquier otra planta —soltó de carrerilla mirando al suelo—. Las plantas no viven solo de luz y agua...

—Chica, eres una experta. Y yo que pensaba que las plantas no daban trabajo. ¡Ay, madre! ¡Si son peor que un perro!, ¡o que un

marido! —exclamó Carmen con su voz estridente.

—Solo hay que tratarlas con el cariño que se merecen —se atrevió a decir Eva, que ya levantaba tímidamente la mirada como un niño espiando por encima de una valla—. Las plantas nos regalan la armonía de su belleza. A cambio solo piden algunos cuidados. Yo creo que merece la pena dedicarles un pequeño esfuerzo.

—Tienes razón, chica —dijo Isabel levantando el dedo índice de la mano izquierda, que apuntaba hacia arriba—. Las plantas dan mucho a cambio de muy poco, justo

lo contrario que los hombres, que les damos todo y no devuelven casi nada.

Aquella mujer se había acercado demasiado a Eva, que debió hacer un esfuerzo enorme para no echarse atrás. Sabía que esa conducta era perfectamente normal, pero la hacía sentirse invadida, amenazada.

Mientras hablaban, otras mujeres se habían ido sumando al corrillo.

—Bueno, déjame que te presente a todas, ¿no? —se prestó Carmen—. Esta es Andrea; es gallega...

—Mira esta, siempre sueltas lo de que soy gallega justo después del nombre —se quejó Andrea, algo más joven, con el pelo negro, largo y lacio, lo que provocaba un contraste tremendo con la melena esponjosa de Carmen.

—Hija, parece que te molestara, ¡por favor!, ¡qué escrúpulos! —replicó Carmen divertida.

Eva hizo de tripas corazón y se dejó besar en la mejilla por aquella desconocida, que por suerte solo la besó una vez.

Todas parecieron darse cuenta de que a Eva no le iba mucho eso de besarse, de manera que, con

naturalidad, el resto de las amigas le dieron la mano.

—Así, dándose la mano como los hombres. —Mamen, con voz grave, teatral, apareció en ese momento para unirse al grupo.

Eva quería morirse de vergüenza. Se produjo un silencio de un par de segundos hasta que Carmen lo rompió.

—Mira, ahora que sacas a los hombres... Os voy a contar un chiste que escuché el otro día. ¿Qué le pasa a un hombre cuando tiene serrín en el hombro...? ¡Que tiene un derrame cerebral!

Carmen empezó a reírse con una risa estridente y contagiosa que se propagó entre las demás.

—Espera, que yo también me sé un chiste —habló Isabel, la mujer tan elegante—. ¿Qué hace un hombre leyendo una hoja en blanco? Leer sus cualidades.

—A ver, ¿en qué se parecen los hombres a las nubes? —preguntó Mamen—: en que cuando se van se queda un día estupendo.

Mamen siguió contando chistes de hombres; era su especialidad. Las demás se morían de risa. Volaron las copas de vino. Eva decidió simplemente dejarse llevar,

arrastrada por el buen humor de las demás. De vez en cuando, alguna de aquellas mujeres, entre chistes y bromas, la cogía del brazo o le daba un achuchón. Eva empezó a sentir que el nudo que había en su interior se aflojaba poco a poco. No pasaba nada por sentir el contacto de la piel de otro ser humano, no había malas intenciones detrás de cada roce.

—¿Por qué Dios hizo primero al hombre y luego a la mujer? Pues porque los experimentos se hacen primero con ratas y luego con humanos.

Ella también acabó riendo, primero tímidamente, luego

comenzaron a escapársele las carcajadas como inesperadas burbujas de alegría que se abrían paso en su interior. Los movimientos bruscos de aquellas mujeres, que a veces se hablaban a voces con las caras a centímetros de distancia, los achuchones y abrazos, todos aquellos gestos que hacía minutos la tenían intranquila, le iban pareciendo cada vez más normales. Tenía que reconocer que se lo estaba pasando en grande. Quizás contar chistes no era lo suyo, pero igualmente tomaba buena nota mental de todos los del repertorio de Mamen, por si en otra

reunión tenía oportunidad de contarlos ella misma. La Eva Luna que siempre había imaginado tenía un gran sentido del humor, así que más le valía aprenderse unos cuantos chistes y perder la vergüenza para contarlos.

Habían transcurrido más de dos horas y se habían bebido varias copas de vino cuando el grupo se disolvió y Eva se quedó a solas con Mamen.

—Les has caído muy bien a mis amigas. Ven, queremos que conozcas a alguien —la voz de Mamen se puso extrañamente seria.

Mamen la cogió del brazo y Eva se dejó llevar. Salieron a un pasillo y Mamen la guio hasta una zona de oficinas de la asociación. Se metieron en un despacho. Aparte de un escritorio, había un tresillo y varios asientos. Allí estaban tres de las mujeres que había conocido antes: Carmen (la del pelo de leona), Isabel (la elegantísima), Andrea (la Gallega) y también una chica joven a la que no había visto antes. Eva se hubiese acordado si la hubiese visto porque la chica tenía un ojo morado y varias contusiones en la cara. Le habían dado una paliza y, a juzgar por el aspecto de

las heridas, no hacía mucho.

Mamen pidió a Eva que se sentase en una de las sillas vacías.

—Verás —dijo Mamen mirándola fijamente a los ojos—: la mayoría de las mujeres que nos reunimos aquí tenemos algo en común, y es que hemos tenido problemas con los hombres. Algunos, afortunadamente, no demasiado graves: divorcios traumáticos, peleas... Algunas de nosotras hemos tenido experiencias más desagradables. En mi caso, como bien sabes, sufrí agresiones de mi marido, amenazas de

muerte... También es el caso de Carmen, de Isabel y de Andrea.

Las tres mujeres asintieron con gravedad.

—Nosotras cuatro nos conocimos en la asociación de víctimas de la violencia machista — prosiguió Mamen—. Ellas, afortunadamente, no ven a sus exmaridos desde hace años. No es el caso de Sonia, que tiene problemas «ahora» mismo.

Sonia, la chica con las heridas en la cara, miraba al suelo fijamente. Carmen la tenía cogida de una mano.

—Sonia, cuéntanos lo que te está pasando —pidió Mamen—. No tengas vergüenza de hablar. Aquí todas hemos pasado por lo mismo.

La chica tenía los ojos clavados en el suelo. El labio inferior le temblaba. Comenzó a hablar sin levantar la mirada.

—Yo... no sé por dónde empezar. Tengo treinta y dos años. Me casé con mi novio de toda la vida y tuvimos un hijo. Éramos muy felices. Cuando mi hijo tenía tres años, mi marido murió en un accidente de tráfico y todo cambió. La familia de mi marido se quedó muy conmovida por la pérdida.

Parecían culparme a mí de que él hubiese muerto y yo siguiese viva. Yo me vi sola con un niño y con una situación que no sabía cómo manejar. Intentaba seguir adelante con mi vida por mi hijo. Me dolía muchísimo la muerte de mi marido, pero parecía que todos lo sentían más que yo.

Hizo una pausa, tragó saliva.

—Sigue, no tengas miedo —la alentó Mamen.

—Un compañero de trabajo de mi marido me quiso ayudar. Se llama Antonio. Me dio su apoyo y poco a poco fuimos intimando más. Me sentía tan sola y desvalida que

fui depositando en él toda mi confianza. Yo me sentía culpable por empezar una relación con él al poco de morir mi marido, pero necesitaba a alguien en quien apoyarme.

Sonia seguía con la mirada clavada en el suelo. Carmen asía su mano entre las suyas, acariciando los dos lados.

—Al principio, Antonio me puso las cosas muy fáciles — prosiguió la chica—. Hablábamos de nuestros asuntos. Yo le confesaba mis problemas con la familia de mi marido y la falta de tacto que habían tenido conmigo. Contarle

todo eso era como una válvula de escape para mí, me desahogaba con él... Pero, sin darme cuenta, en vez de ayudarme a superar la distancia con mi familia, me fue apartando más de ellos. Hasta que me vi aislada y sola. Él se puso a planificar mis gastos y las compras en casa, empezó a poner pegas a todas mis decisiones, por pequeñas que fueran, justificando que lo hacía para ayudarme y para que las cosas me salieran bien. Mi hijo, todavía pequeño, me exigía mucha atención y a veces la criatura se portaba mal, rabietas y cosas de niños, pero eso a Antonio lo sacaba

de quicio. Parecía que el niño tenía que ser el mejor de todos y, si no, no sería nadie en la vida. Eso era lo que más me dolía. El miedo a estar sola y lo mal que llevaba la muerte de mi marido me hicieron mantener la situación durante tres años. Lo peor fue que al poco de convivir juntos empezaron las críticas y desprecios directos a mi persona por mi forma de actuar, de vestir, de relacionarme con los demás. Criticaba mis comidas, cómo tenía la casa, las conversaciones con las vecinas... Todo lo que yo hacía le parecía mal. Cualquier cosa era motivo de discusión.

Sonia sacudió la cabeza a un lado y otro como si quisiera desprenderse de algo adherido al pelo.

—Si iba a ver a alguna amiga o a un psicólogo lo hacía a espaldas de él —siguió relatando—. Cuando le planteaba las cosas que no me gustaban de nuestra relación, él reaccionaba violentamente. Negaba cualquier culpa suya y me echaba en cara todo lo que había hecho por mí. Entonces, un día, aconsejada por un psicólogo, reuní valor y le dije que quería dejarlo. Los dos vivíamos en el piso que yo había comprado con mi marido. Le pedí

que se marchase. Tuvimos una discusión tremenda y él acabó dándome un guantazo. Ahí se acabó la discusión de raíz. Yo me asusté mucho, pero cuando pasaron los días se fue olvidando y me quise convencer a mí misma de que no había pasado, que nunca me había dado una bofetada. Después, cuando yo volví a sacar el tema de la separación, acabamos discutiendo y otra vez puso fin a la discusión con golpes. Le cogí muchísimo miedo. No podía recurrir a nadie. Mi familia me consideraba una fresca por haberme ido a vivir con un hombre al poco de morir mi marido.

Por ese motivo yo había discutido con mi hermana y con mis padres y no tenía valor para acercarme a ellos y explicarles lo que me pasaba. Al final, un día cogí a mi hijo y me tuve que escapar de mi propia casa a un centro de acogida. Vivo allí desde hace seis meses, esperando un juicio y que a él lo saquen de mi casa. Tengo mucho miedo. Aunque el juez me diese la razón, si vuelvo a mi casa él sabe donde encontrarme. Cada vez que nos hemos visto, me insulta y me amenaza. Me dice que voy a pagar todo el daño que le estoy haciendo. No sé qué voy a hacer con mi vida...

Sonia se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Carmen la abrazó y le susurró unas palabras de ánimo. La mujer temblaba de arriba abajo.

—¿Por qué queréis que escuche todo esto? —preguntó Eva, aunque ya imaginaba la respuesta.

Mamen y las demás tenían ahora la mirada clavada en ella, expectantes.

—Queremos que ayudes a Sonia a librarse de ese miserable —reconoció Mamen—, igual que me ayudaste a librarme de mi marido.

ALICIA

Lo primero que hizo por la mañana fue ir al locutorio de internet para comprobar si habían contestado a alguna de las solicitudes de empleo. Nada. Ni una sola respuesta.

No se dejó llevar por el desánimo. Desayunó un café con leche en un bar de la Gran Vía. A través de la cristalera observaba con

expresión ausente la fina cortina de lluvia que difuminaba el paisaje urbano. Su segundo día en Madrid huida de casa y la sensación de desarraigo, de desconexión, lejos de atenuarse, se acrecentaba.

Bajó al metro, cuyos túneles y andenes ya le resultaban familiares. Se instaló en una de las plataformas, donde se pasó la mañana interpretando canciones con su guitarra. A mediodía hizo recuento de las monedas acumuladas en la funda. Había ganado cinco euros. ¡Genial! Aunque lo que realmente le erizaba la piel de la emoción era que, de vez

en cuando, alguien se quedaba escuchándola con verdadero interés.

Jo, si pudiese tocar en un sitio con público de verdad. Cantar mientras un desconocido te escucha atentamente era una sensación turbadora. Alicia no podía ni imaginar lo emocionante que debía de ser actuar para cientos de personas, como un artista de verdad.

Decidió hacer una parada para comer algo. Salió a la calle. La lluvia había parado, pero hacía un frío de mil demonios. Al cruzar la Gran Vía vio a Borja en mitad de un paso de

peatones. El joven hacía malabarismos con unos bolos frente a los coches parados en el semáforo. Alicia se quedó observándolo. Era muy hábil. Lanzaba hasta cinco bolos al aire, que volaban varios metros sobre su cabeza sin dejar de girar y sin que ninguno cayese al suelo. Cuando el semáforo estaba a punto de ponerse verde, Borja recogió los bolos en la bandolera y recorrió la fila de coches con su gorra en busca de propinas.

Alicia se encontró con él cuando el joven regresó a la acera. Borja la saludó con una gran

sonrisa. Las rastas trenzadas del pelo le brillaban por la humedad de la lluvia.

—¿Cómo te va con el espectáculo? —preguntó Alicia.

—Fatal, la gente no aprecia el arte callejero —respondió el joven sin perder la sonrisa—. En toda la mañana no me han dado ni dos euros.

—Lo siento. A mí no me ha ido mal. La gente no presta mucha atención a la música, pero al menos me han dejado algo de calderilla. Oye, voy a comer. Si te apetece, te invito a un bocadillo.

—Gracias, pero no tengo hambre. Tengo que seguir practicando. ¡Nos vemos!

Borja regresó frente a los coches detenidos y fue lanzando, uno a uno, los bolos al aire con una velocidad endiablada, las manos moviéndose como a cámara rápida. Alicia se quedó mirándolo un rato y después siguió hasta uno de los bares de la calle.

En la puerta del bar, sentado en un pequeño taburete de madera junto a sus útiles de limpiabotas, se encontró con Joseph, el ruso. El hombrecillo, enfundado en su abrigo negro que le quedaba varias

tallas grande, tenía un gesto absorto, con la barbilla apoyada en una mano. Su mirada se iluminó cuando vio a Alicia.

—¡Si es nuestra encantadora dama cantante! —exclamó.

—¡Hola, Joseph! —saludó Alicia—. ¿Cómo va el negocio de los zapatos?

—Pues mal, bastante mal —dijo el ruso rascándose la prominente nariz—. ¡Si lo llego a saber! Cuando vine a España, un rumano malandrín me dijo que a los españoles les encantaba llevar limpios los zapatos. Según él, el oficio con más futuro era el de

limpiabotas. Me vendió estos avíos por trescientos euros. —Joseph señaló el taburete y el cajón con el cepillo y las cremas—. Era casi todo el dinero que traía, pero me aseguró que lo recuperaría en menos de una semana. Ruin estafador. A duras penas consigo un cliente al día.

Joseph la miró con las cejas levantadas. Alicia se compadeció de su ingenuidad.

—Pues lo siento —dijo—. Me he cruzado con Borja en el semáforo y tampoco le va demasiado bien. Al pobre nadie le da ni un euro, con las acrobacias y las cosas tan bonitas que hace.

—Un día la suerte cambiará a nuestro favor —dijo Joseph apuntando con un dedo al cielo como si recitase a Shakespeare—. El infortunio es grande, pero solo los que persistan prevalecerán. Acaso debemos desear que el mal sea insoportable: entonces estaremos más cerca de buscar el remedio.

—Oye, para ser extranjero te expresas muy bien en español —le felicitó Alicia.

—He leído mucha literatura en castellano —explicó el ruso enrojeciendo—. Sobre todo, los clásicos. Hay mucha sabiduría en el *Quijote*.

—Es curioso porque, siendo española, yo nunca he leído el *Quijote*, pero me encanta Dostoievski, que es ruso como tú.

—Si gustas de los clásicos rusos, te recomiendo, humildemente, leer a Gógol —dijo el hombrecillo con entusiasmo.

—¿Gógol? —repitió Alicia—. Ni idea. No lo conozco.

—Él escribió sobre la verdadera naturaleza del ciudadano ruso, que es oscura y trágica —explicó el limpiabotas—. Su obra maestra, *Almas muertas*, tiene similitudes con el *Quijote*, pues el protagonista, Chíchikov, junto con su cochero y

un criado, emprende viaje en su troika por los amplios territorios de la vasta Rusia, deteniéndose en ciudades y aldeas con la intención de comprar almas, almas muertas.

Alicia se quedó mirando a aquel hombrecillo con aspecto de pordiosero. Parecía muy inteligente y culto. Desde luego, mucho más inteligente y culto que cualquiera de sus profesores del instituto en Almería, quienes, sin embargo, llevaban una vida de lo más acomodada a cambio de soltar con desgana cuatro chorradas diarias ante sus alumnos. Doña Adelaida le había contado que encontró al ruso

medio muerto, tirado en un callejón, y que tenía el cuerpo lleno de terribles cicatrices, como si lo hubiesen torturado. A saber qué espantosas vivencias guardaría la memoria de aquel hombre. Alicia hubiese querido preguntarle más sobre su vida, pero no se atrevió. Seguro que su historia era mucho más interesante que las de los famosos que se pasaban el día en la televisión hablando de sí mismos y mirándose el ombligo. Pero allí estaba Joseph, tratando de ganarse un puñado de euros limpiando zapatos, viviendo en la indigencia y siendo ignorado por la sociedad.

Qué lugar tan extraño e injusto es el mundo, pensó Alicia.

—Oye, voy a comerme un bocadillo, ¿te apuntas? Te invito. A mí me ha ido bastante bien en el metro con las propinas.

—Agradezco el ofrecimiento, pero mi estómago es pequeño y de momento está lleno. Que te aproveche el almuerzo.

—Vale, nos vemos, chao.

Alicia se metió en el bar y se zampó un aceitoso bocadillo de calamares y una Coca-Cola. Aunque tenía que reconocer que no pasaba hambre, tampoco comía como antes. Ya no picaba entre horas, ni

comía frutos secos, ni donuts ni refrescos. Estaba adelgazando a pasos agigantados. Eso era un hecho. El pantalón se le fruncía alrededor de la cintura y tenía que llevar el cinturón al último orificio.

Jo, pues no era tan difícil perder peso. Se acordó de todo el sufrimiento, los sacrificios y los traumas que le había traído el maldito sobrepeso. Total, por no dejar de comer unas cuantas porquerías. ¿Y por qué no había podido? Alicia se preguntó si toda su ansiedad por comer, toda la angustia que le traía el exceso de peso, no serían sino un reflejo del

conflicto que mantenía con su madre. Porque ahora que su madre estaba lejos se sentía mucho más libre, ligera, relajada.

* * *

Fue al regresar al andén del metro cuando Alicia se llevó una desagradable sorpresa. Se instaló en uno de los bancos y sacó su guitarra para disponerse a tocar. Entonces, una pareja de policías municipales apareció de la nada y se acercó a ella.

—¿Me dejas ver tu licencia? —
pidió uno de los policías.

—¿Licencia? ¿Qué licencia? —
respondió Alicia—. Solo estoy
tocando la guitarra.

—Hace falta una licencia para
actuar en los espacios públicos de
Madrid —explicó el guardia—.
Tienes que pasar una prueba para
ver si eres apta. Entonces te dan la
licencia. Sin licencia no puedes
tocar, ni aquí ni en ningún sitio.

—Jo, pero si aquí no molesto a
nadie. A la gente le gusta.

—Mira, yo no hago las normas.
Si no te gustan, pon una queja al
Ayuntamiento, pero como no
guardes esa guitarra ahora mismo,
te la requiso y te pongo una multa.

Mierda. Alicia no tuvo más remedio que hacer lo que le decían y salir del metro. ¿Y ahora, qué? ¿Irse al Ayuntamiento y sacarse la dichosa licencia? Tendría que dar sus datos y entonces estaría fichada. Cuando su madre pusiera una denuncia por su desaparición no tardarían en dar con ella. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en complicar las cosas?

Sin saber muy bien qué hacer, sumida en cavilaciones, subió por la Gran Vía con dirección a la plaza de España. Como no encontrase un trabajo pronto, las cosas se le iban a complicar muchísimo. Era su tercer

día en Madrid. Desde luego, su madre ya habría puesto el grito en el cielo por su desaparición. ¿Habría salido su foto en el periódico?

«Alicia Roca. 17 años. Desaparecida.»

¿Estarían sus profesores y sus compañeros de instituto buscándola como locos, como cuando desapareció Érica?

¿Y si nadie la había echado en falta?, se preguntó con amargura. Le costaba imaginar que alguien estuviese preocupado por ella. Alicia se acordó de cuando su madre le había echado en cara que ella y su hermano le habían arruinado la

vida. ¿Cómo pueden unos hijos arruinar la vida a sus padres? Joder, ellos no habían elegido nacer. Su padre se había largado, seguramente para empezar de nuevo. Y Alicia comprendió con tristeza que su madre no había hecho lo mismo porque, sencillamente, no podía abandonarlos. Así que a lo mejor estaría loca de contento por su desaparición. A lo mejor ni siquiera lo había denunciado a la policía.

Mejor. Entonces, ¿a qué venía esa congoja? ¿Es que solo se había fugado para llamar la atención de su madre? Alicia se dio cuenta de que,

en el fondo, lo que anhelaba era que todos estuviesen muertos de preocupación por ella. Necesitaba desesperadamente saberse querida y no como una mierda, que era como la habían hecho sentirse todos hasta el momento.

Caminaba ensimismada en sus pensamientos cuando se topó con otra pareja de policías municipales. Los agentes estaban discutiendo algo con Joseph, el limpiabotas ruso. El hombrecillo hacía aspavientos con las manos y negaba con la cabeza.

Cuando los policías se alejaron, Alicia se acercó a él.

—¿Qué querían esos? — preguntó Alicia.

—No me dejan limpiar zapatos en la calle. Dicen que no está permitido en las ordenanzas municipales. Me acaban de poner una multa —Joseph le enseñó un papel—: seiscientos euros.

—Joder. No es justo. A mí me han echado del metro. Dicen que no puedo tocar sin licencia. ¿Por qué no dejan que la gente se gane la vida como pueda? ¿Qué mal les hacemos nosotros?

Alicia estaba indignadísima. Ahora resultaba que uno no podía

estar tranquilamente en la calle haciendo lo que le viniese en gana.

—Esto es un abuso de poder — se quejó Alicia.

—Como dijo un poeta polaco llamado Stanisław Jerzy: «Todos somos iguales ante la ley, pero no ante los encargados de aplicarla». — Joseph rompió la multa en pedazos —. La sociedad no tiene miramientos con los débiles y eso es lo que somos nosotros, Alicia: el eslabón más débil.

El hombrecillo se quedó inmóvil, con los brazos colgando, mirando al suelo y mascullando algo ininteligible en su idioma.

—Yo puedo buscarme clientes en la recepción de los hoteles —dijo el limpiabotas rascándose la cabeza—. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Pues no sé. En el metro me iba bien. Tengo que trabajar como sea, pero nadie me llama.

Alicia estaba empezando a desesperar. Cada vez se lo ponían más difícil.

—¿Estarías dispuesta a actuar en un *pub*? —quiso saber Joseph.

—¡Claro! ¿Por qué lo preguntas?

—Un camarada ruso regenta un establecimiento aquí cerca —explicó

el limpiabotas—. Contrata artistas para actuar los fines de semana.

—¿En serio? Eso sería genial. —
Se le iluminó el rostro.

—Pues acompañeme, mi bella dama, y entablemos una conversación con mi camarada mesonero.

Joseph la llevó por unas bocacalles de la Gran Vía. Llegaron a una zona adoquinada donde abundaban los *pubs* nocturnos. Algunos locales tenían la persiana a medio echar, todavía cerrados al público. Otros tenían ya la puerta abierta mientras los empleados metían cajas de cerveza, limpiaban

y se preparaban para el ajetreo de la noche.

—Es allí. —Joseph señaló uno de los locales.

PUB SAN PETERSBURGO, leyó Alicia en un rótulo de madera sobre la marquesina, donde también había unas palabras indescifrables escritas en esos caracteres rusos que parecen letras del revés.

Pasaron al interior. El local estaba en penumbra y olía a alcohol reseco. Alicia se fijó en que en el centro había una tarima, una especie de escenario elevado sobre el suelo. Detrás de la barra, un hombre larguirucho con la cabeza

afeitada y una nariz de loro saludó amigablemente a Joseph.

—Camarada Petrov, ella es Alicia —la presentó el limpiabotas—. Es amiga mía, y cantante —explicó—. ¿Podría actuar aquí?

—Los fines de semana tenemos grupos en directo. —El dueño del *pub* arrastraba las erres con un fuerte acento ruso. Clavó sus ojos en Alicia—. Para contratarte, antes tengo que escuchar el repertorio. ¿Tienes una maqueta?

—En una memoria USB —respondió Alicia—. ¿Puede pasar las canciones al equipo de sonido?

—Clarro. Déjame escucharla.

Alicia rebuscó en su mochila y sacó la memoria. El hombre la introdujo en un reproductor que había junto a la caja registradora. Alicia tragó saliva. Había guardado en la memoria una selección de sus mejores canciones, pero las había grabado con su viejo ordenador y el sonido era un desastre. Parecía sacado de una línea telefónica.

El dueño del pub escuchó los compases de la primera canción. Pasó a la segunda y escuchó treinta segundos. Pasó a la tercera y esta vez se quedó escuchando sin detenerla.

Mientras su voz resonaba en los altavoces, Alicia, sintiéndose como si la estuviesen examinando desnuda, se quedó mirando una fotografía panorámica que ocupaba gran parte de la pared tras la barra. Alicia dedujo que la imagen, tomada desde cierta altura, pertenecía a una ciudad rusa. Bajo un amplio cielo se divisaban los tejados de pizarra de casas antiguas bañados por la luz rosada del amanecer. Sobresaliendo entre los tejados, una gran cúpula bruñida sostenida por columnas. A la derecha de la perspectiva, un palacio multicolor con torres coronadas por cúpulas doradas y

azules con forma de cebolla; un

palacio que parecía sacado de un cuento de *Las mil y una noches*.

—Me gusta. —El dueño detuvo la música—. ¿Erres tú?

—Claro. ¿Qué le parece?

—Tienes buena voz. Me gusta el estilo. Mañana viernes tengo hueco. El sábado, imposible, porque tengo apalabrado ya un grupo. Son ciento cincuenta euros por actuación y copas. Dos horas. ¿Tienes repertorio para dos horas?

—Sin problemas. Canciones propias y versiones —respondió Alicia sin inmutarse, como si todos los días cerrase un trato como aquel.

Bajo su fachada estoica, Alicia tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ponerse a saltar como un crío de la alegría. ¿Había dicho ciento cincuenta euros? ¿Por tocar solo dos horas? Había esperado que le ofreciese tocar gratis a cambio solo de las propinas. ¡Pero le iban a pagar y todo!

—Tienes que venir sobre las siete para hacer las pruebas de sonido.

—Genial. Aquí estaré.

—Mil gracias, camarada Petrov

—dijo Joseph inclinándose teatralmente con una reverencia ante el dueño del *pub*—. Nunca

dudé de que un camarada peterburgués sabría apreciar el arte de esta bella dama.

Cuando Joseph se refería a ella como «bella dama», Alicia tenía la impresión de estar dentro de una novela de Dostoievski.

—¿Es San Petersburgo? — preguntó señalando el gran mural tras la barra.

—Así es, mi estimada doncella. San Petersburgo, la ciudad de las mil maravillas. Hermosa y cruel con los desdichados que crecimos en sus calles —suspiró sonoramente Joseph.

Alicia seguía embelesada con aquel edificio que recortaba el horizonte y sus cúpulas multicolores, una especie de palacio como el de los parques de Disney, solo que mucho más bonito.

—¿De verdad existe ese palacio? Parece sacado de un cuento de *Las mil y una noches*.

—No es un palacio —explicó Joseph—. Es la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada. Fue construida en el lugar donde asesinaron al zar Alejandro II de Rusia.

—Jo, qué sangriento.

—En Rusia casi todo ha sido levantado sobre sangre derramada —dijo Joseph con reflexiva seriedad—. Como sucede en casi todas partes, por otro lado.

Aquella era una noción escalofriante: algo tan bonito construido sobre un charco de sangre, ¿era así como se creaba todo en esta vida?, pensó Alicia, ¿sobre un charco de dolor?

Ya en la calle, estaba tan contenta que ni siquiera sintió los latigazos del gélido viento del norte que azotaban la ciudad. No se contuvo: alzándolo un palmo sobre el suelo, le dio un abrazo a Joseph y

estampó un beso en su enjuta mejilla. El hombrecillo enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¡Gracias! ¡No sabes cuánto te lo agradezco! ¡Esto es genial! — Alicia quería saltar de alegría.

—No se merecen —dijo Joseph—. Si el camarada Petrov te ha contratado ha sido porque realmente le ha gustado cómo cantas. Y no es fácil agradarle. Es un caballero de oído muy sensible en cuestiones musicales.

Alicia estaba emocionadísima. Por fin iba a tocar en directo y con público.

Estaba empezando a llover y decidieron regresar al edificio abandonado de la plaza de España. En la Gran Vía, los coches formaban larguísimas hileras frente a los semáforos. En el aire rasgado por la lluvia tronaban bocinas impacientes entre el rugir de motores. La gente iba de un lado a otro apresurada, como si estuviese a punto de suceder algún cataclismo. Alicia y Joseph caminaban indiferentes al bullicio, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

En la entrada del edificio se tropezaron con un grupo de rumanos, tres hombres y tres

mujeres. Bregaban con un carrito metálico de supermercado atiborrado de chatarra, intentando meterlo a través de la puerta entreabierta. Todos tenían un aspecto andrajoso. Los hombres vestían pantalones de chándal y cazadoras de cuero llenas de agujeros y descosidos. Tenían el pelo negro muy sucio. La piel del rostro, morena y cuarteada como la de un anciano, a pesar de que sus ojos reflejaban todavía el brillo de la juventud. Las mujeres llevaban batas de casa anudadas fuertemente a la cintura y la cabeza cubierta con

pañuelos. Como calzado, chanclas de baño y calcetines.

—Son los rumanos cobijados en una de las plantas de arriba — explicó Joseph en voz baja cuando se acercaban a la entrada—. Es mejor que no te relaciones mucho con ellos. No son de fiar.

Alicia los observó con recelo. La verdad era que aquel grupo tenía un aspecto inquietante. No solo porque iban terriblemente sucios: sus miradas eran torvas, inquietas, nada amigables. Alicia tuvo que recordarse a sí misma que no estaba viviendo en ningún hotel, sino en

un edificio abandonado donde se refugiaba todo tipo de gente.

Las ruedas del carrito lleno de chatarra se habían atascado en los raíles de la puerta metálica, bloqueando el paso. Los tres hombres intentaban alzarlo para salvar el obstáculo. Una de las mujeres empezó a gritar algo en un lenguaje incomprensible, aunque claramente recriminatorio. Los hombres soltaron el carro y se pusieron a discutir entre ellos con voz áspera.

Fue entonces cuando Alicia se llevó una gran sorpresa. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta

por un pañuelo, de modo que apenas se les veía la cara, pero una de ellas se volvió hacia Alicia y pudo verla bien. Tenía los ojos claros, la piel del rostro muy pálida y una expresión de miedo.

Sus ojos imploraban ayuda.

Una de las rumanas se dio cuenta de que Alicia las estaba observando y empezó a gritar algo. Agarró a la chica pálida del brazo y la obligó a darse la vuelta. Los hombres dejaron lo que estaban haciendo y se volvieron para mirar a Alicia con gesto hosco. Joseph la cogió del brazo y tiró de ella hacia el interior del edificio.

—Vamos, no los mires más —la conminó el limpiabotas.

Alicia tenía el corazón latiendo a mil por hora. Había algo siniestro en aquel grupo. La chica pálida, aunque iba vestida como las otras mujeres, tenía un aspecto muy diferente. Las otras dos eran muy feas, morenas, con los ojos negros, cejas gruesas y oscuras, las facciones bastas. En cambio, la chica pálida era muy guapa, con los ojos claros y las cejas rubias. Y muy joven, casi una niña.

Si aquella joven era hija de alguna de las otras dos mujeres, se

había producido un salto genético digno de estudio, se dijo Alicia.

—Oye, ¿no te parece muy raro que esa chica fuese tan rubia? — preguntó a Joseph.

El limpiabotas se retorció las manos, visiblemente nervioso.

—A veces salen personas rubias de padres morenos. Nunca se sabe.

—Además, parecía muy asustada.

—Olvídalo. Mejor no te metas en los asuntos de esa gente.

La presencia de aquella chica rubia en el grupo de rumanos no le cuadraba a Alicia, y no le iba a ser tan fácil olvidarlo.

Como la noche anterior, a la hora de la cena todos se reunieron alrededor de la mesa de doña Adelaida: Borja, doña Matilde, Joseph y Alicia.

Cuando doña Adelaida sirvió los platos (un humeante estofado de carne), Borja llenó la cuchara e hizo ademán de llevársela a la boca sin esperar a que, según la costumbre de doña Adelaida, bendijese la mesa.

—Comamos sin dar gracias, por todas las veces que hemos dado gracias sin comer —declamó.

Todos rieron la ocurrencia.

—Ay, este Borja, siempre con sus gracias —rio doña Adelaida.

La cena transcurrió como la noche anterior, entre vino, bromas y chistes. Todos alrededor de la mesa se comportaban como una familia unida en un día festivo, intercambiando miradas de complicidad, pullas intencionadas y dobles sentidos que nunca buscaban herir ni hacer daño, ánimos mutuos, palabras de esperanza que se agazapaban detrás de las palabras y se hacían mayor eco que las palabras mismas... Todos poniendo su parte para

animar la velada y hacer disfrutar a los demás. Joseph, el limpiabotas ruso, hizo aparecer un palillo de dientes de la nada, pero, como estaba un poco achispado por dos generosos vasos de vino, no fue lo suficientemente cuidadoso y doña Matilde fue capaz de darse cuenta de dónde estaba el truco, cosa que reveló, causando un revuelo general (las carcajadas de Borja resonaron por encima de las de los demás), revuelo que se acentuó ante las caras serias que ponía Joseph tratando de hacerse el ofendido, dolido porque le hubieran chafado

uno de sus trucos. No fue capaz y acabó riéndose de sí mismo.

Alicia, más que reír, sonreía. Cada noche transcurría como si hubiese algo que celebrar.

Cuando todos se hubieron marchado, Alicia se quedó para ayudar a doña Adelaida a fregar los platos.

—¿Qué te pasa, hija? —le preguntó la señora—. Pareces preocupada.

Alicia no había podido quitarse de la cabeza la mirada asustada de la chica que iba con los rumanos. La preocupación se le notaba.

—No me pasa nada —mintió—. Al contrario: gracias al bueno de Joseph, mañana voy a poder actuar en un pub. Estoy muy contenta, pero preocupada por si no me sale bien.

—Ya verás como lo haces estupendamente. Ten fe y todo te saldrá bien.

Alicia no quería preocupar a la señora hablándole de los rumanos. La verdad era que casi se le había olvidado lo de la actuación del día siguiente. ¡Con lo contenta que se había puesto! El problema era que le costaba ser feliz si sabía que alguien estaba pasándolo mal. A lo

mejor debía hacer como los demás: mirar para otro lado y no meterse en problemas. Cada vez que había intentado ayudar a alguien, la vida se le había complicado muchísimo. Pero le costaba mirar para otro lado.

—¿Usted cree que se puede ser feliz en un mundo donde hay gente que sufre tanto? —preguntó a doña Adelaida.

—Jesús nos enseñó a ser compasivos —respondió la anciana—. No debemos ignorar el dolor. Ayudar a los demás es una fuente de felicidad.

—Pero hay gente que da la espalda al que sufre y disfruta de su

vida como si nada —objetó Alicia.

Sin ir más lejos, Alicia pensó en su padre. Cuando nació David con parálisis cerebral, su padre se desentendió completamente de sus responsabilidades como progenitor y se largó. Alicia era capaz de comprender ahora, con una perspectiva más madura, que la relación con su madre debió de ser insostenible. Pero una cosa era divorciarse y otra olvidarse completamente de su hijo pequeño con problemas.

—Hija, tampoco puedes reprochar a la gente querer ser feliz —dijo doña Adelaida—. Uno no

puede vivir amargado por los problemas del mundo. Lo importante es que cada uno haga lo que está a su alcance. Yo sé, por ejemplo, que hay unos niños pobrecitos en esos países de África que pasan hambre, y a veces sufro por ellos, pero no puedo hacer nada. Arreglar eso les corresponde a los que gobiernan el mundo. Jesús no querría que yo estuviese triste. ¿De qué sirve que yo me consuma pensando en esos pobres niños? Jesús quiere verme fuerte y feliz para que pueda ayudar a los que están cerca de mí.

—Usted hace mucho por nosotros. —Alicia le dio un beso en la arrugada mejilla—. Nunca le agradeceré lo suficiente lo que ha hecho por mí.

Más tarde, ya en la soledad de su habitación, siguió pensando en las palabras de doña Adelaida. Es verdad que había cosas que estaban fuera de su alcance. De nada servía consumirse por la preocupación. Sin embargo, le costaba conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza la mirada de súplica de la chica que iba con los rumanos. La pobre parecía aterrorizada. ¿Por qué

iba a estarlo si supuestamente aquella era su familia?

«Olvídate del asunto —se dijo a sí misma tratando de conciliar el sueño—, no te metas en problemas.» Lo malo era que, en su fuero interno, sabía que mientras no averiguase lo que pasaba con aquella chica no podría vivir en paz consigo misma.

CARLA

Gracias al teléfono que le había facilitado el teniente Guerrero, Carla pudo contactar con Eva Luna. Resultó que se había establecido en Madrid. Vivía en un piso alquilado en un edificio del casco antiguo, cerca del Retiro. Después de una breve conversación por teléfono, la joven había accedido a verla en su casa.

Cuando Carla llegó estaba a punto de anochecer y el cielo parecía un incendio o el reflejo de un incendio muy lejano. Pulsó el botón del telefonillo y, al cabo de unos segundos, la puerta se abrió con un chasquido eléctrico. Carla se adentró en un altísimo portal, un profundo zaguán de paredes y techo artesonados. No había ascensor y tuvo que subir a pie los cuatro pisos. En cada rellano, la claridad mortecina del exterior se filtraba a través de vidrieras de cristal esmerilado. Cuando llegó al cuarto piso, se tomó unos instantes para recobrar el aliento. Llamó al timbre.

La hoja de madera antigua se abrió. Eva Luna apareció al otro lado y la saludó con una sonrisa tímida.

—Gracias por recibirme — saludó Carla.

La joven clavó la mirada en el suelo. Iba descalza y llevaba puesto un vestido de algodón blanco. Tenía una figura escuálida y frágil. El pelo castaño y rizado le caía a ambos lados de la tez pálida. A Carla le pareció que estaba más guapa de lo que la recordaba: un tipo de belleza quebradiza, melancólica.

—¿Puedo pasar? —pidió Carla—. No te entretendré mucho tiempo.

Eva Luna asintió y la acompañó por un pasillo estrecho hasta el salón. Era una estancia alargada, decorada de una manera bastante original. Los muebles antiguos, de un pretendido estilo oriental (madera sólida y aleros, lacados en negro y rojo y decorados con minuciosos dibujos y relieves), que hace sesenta años hubiesen resultado modernos, estaban atestados de recipientes de todos los colores con plantas y flores. En el aire flotaba una fragancia dulzona, húmeda y terrosa. Si cerrabas los ojos podías pensar que estabas en un jardín al aire libre, en

vez de en un pequeño piso.

Al fondo había un gran balcón desde el cual se divisaba la verde masa arbórea del parque del Retiro, sus paseos y sus retículas de césped bajo el cielo rojizo del atardecer.

—¡Tienes unas vistas preciosas!
—se admiró Carla.

Eva no dijo nada. Carla sintió sus grandes ojos acuosos clavados en ella, mirándola fijamente, de pie con los brazos cruzados como si quisiera abrazarse a sí misma.

—Tienes una casa muy bonita y me encantan los muebles —dijo Carla mirando a su alrededor—. Y

las flores. A mí no se me dan nada bien las plantas.

Carla buscó los ojos de la joven, que la miraba con prevención, como un gato que observa la presencia de un intruso del que no acaba de fiarse.

—¿Qué tal te van las cosas? — preguntó indecisa sobre cómo arrancar aquella conversación.

—Me apaño de momento — respondió Eva—. Estoy buscando trabajo.

—Bienvenida al club —dijo Carla—. Yo llevo dos años en el paro, y nada. Las cosas están difíciles.

Eva asintió sin mucho entusiasmo.

—¿Podemos sentarnos? —pidió Carla—. He venido porque necesito hacerte algunas preguntas.

Eva se sentó en una silla junto a la mesa. Carla se acomodó en un enorme sillón de madera y tela estampada con flores. Las flores, al parecer, eran el motivo dominante en la vida de Eva Luna, pensó.

—Esto también es difícil para mí —dijo—, pero necesito hablar contigo de lo que ocurrió.

Carla dudó sobre cuál sería el mejor modo de abordar aquella conversación. Sin duda, evocar

recuerdos de su padre debía de resultarle muy doloroso.

—Vas a preguntarme sobre mi padre —dedujo Eva con la mirada clavada en el suelo y el cuerpo rígido.

—No exactamente —respondió Carla—. Verás, alguien me está amenazando —dijo sin rodeos—, alguien a quien yo trataba de identificar en una investigación. Yo creía que ese hombre era tu padre y que cuando murió también acabarían las amenazas. Pero acabo de descubrir que tu padre solo era un cómplice. La verdadera mente

criminal que tramaba los crímenes sigue suelta.

—El mundo está lleno de depredadores. —Eva Luna no movió un músculo.

—Pero este individuo es muy peligroso. Ha matado a gente y lo volverá a hacer si no lo detenemos. Actúa en la impunidad, urdiendo sus trampas a través de internet. —Eva se mantuvo en silencio—. El hombre que busco nunca se mancha las manos, siempre actúa a través de otros. Tu padre fue su cómplice. Eso significa que lo conocía, puede que incluso se vieran en persona en una o varias

ocasiones. Necesito saber si tú recuerdas algo que pueda ayudarme a averiguar la identidad de ese sujeto. Tal vez tu padre habló alguna vez de él o mencionó algo que pueda darme alguna pista, cualquier cosa que recuerdes.

—Mi padre era muy reservado con sus asuntos. —Eva agitó la cabeza como si quisiera sacudirse algo del pelo.

—¿Tu padre tenía amistades?, ¿recibía visitas?

—A casa no entraba nunca nadie que no fuésemos él o yo. Era muy estricto con eso. Él se veía con sus amigos en el bar. Saúl, el policía

municipal; Armando, de la oficina de Correos, y también Álvaro Castro, el propietario del bar donde mi padre me había puesto a trabajar.

Carla conocía aquellos nombres. Eran también cómplices del padre de Eva Luna en los secuestros y violaciones de adolescentes. Pero aquellos tres depravados estaban a buen recaudo en la cárcel. Ninguno de ellos era el individuo que se escondía tras el nombre de Telmo Vargas.

—No es ninguno de esos —negó Carla—. ¿Recuerdas alguna otra persona con la que se relacionase tu

padre? No sé, alguien que se presentara en el bar y actuara de un modo extraño, como dándole órdenes, que se mostrara autoritario.

—Era dentista —respondió Eva—. En su consulta se vería con mucha gente, supongo. Gente del pueblo. No tengo ni idea.

Carla la miró con la boca entreabierta. Como había temido, Eva Luna no sabía nada de las actividades de su padre. Imaginó que, por seguridad, Telmo Vargas solo contactaría con el padre de Eva Luna por correo electrónico o, a lo sumo, por teléfono. Habría tomado

todas las precauciones para mantenerse en el anonimato. Era de lo más frustrante, como perseguir a un fantasma.

—Perdona por no poder ayudarte más —se disculpó Eva.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa. Pensé que a lo mejor os habíais visto en alguna ocasión, porque él sí parecía conocerte bien a ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó abstraída.

—Que se hizo pasar por ti en internet para llevarme hasta una pista falsa.

—¿Se hizo pasar por mí? — preguntó Eva lanzando una mirada de soslayo.

—En realidad, me engañó como a una idiota —explicó Carla—. Cuando investigaba a los ciberacosadores, contacté con ese individuo haciéndome pasar por una adolescente. Yo entonces no lo sabía, pero él ya me había descubierto y sabía que no era ninguna adolescente, sino un adulto que se hacía pasar por una menor. En lugar de desaparecer, me siguió la corriente y representó su papel de acosador. Yo creí que había caído en mi trampa. Entonces contactó

conmigo una chica que se hacía llamar Eva Luna.

—Yo no contacté nunca contigo —dijo Eva frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero entonces me tragué el engaño como una imbécil. Fue ese malnacido quien se hizo pasar por una víctima para ganarse mi confianza. ¿Cómo podía imaginarme que el acosador y la víctima eran la misma persona? Fui una idiota y caí en la trampa. Ya ves que es extremadamente inteligente y retorcido. El caso es que investigué sobre esa falsa Eva Luna que había contactado conmigo y acabé dando con una especie de

testimonio en internet. Supongo que eso sí que lo escribiste tú, ¿no es cierto?

—Una vez estaba tan desesperada que escribí algo en un foro de internet. No sé, pensaba que alguien lo leería y vendría en mi ayuda. Después me arrepentí y quise borrarlo. Si mi padre lo hubiese encontrado me habría matado.

—Supongo que fue ese psicópata quien lo leyó —razonó Carla—. Y no fue precisamente ayudarte lo que hizo. Creo que debió de averiguar más cosas sobre tu vida y entonces contactó con tu

padre, pero no para denunciarlo como habría hecho cualquiera, sino para que fuese su cómplice en el secuestro de Irena Aksionov.

—Y mi padre lo hizo. —Eva estaba como en sueños mirando al vacío.

—Así es. Siguiendo la pista de lo ocurrido con la pobre Irena Aksionov, fue como llegué hasta tu padre y hasta ti.

—En el fondo —dijo Eva ensimismada—, escribir ese diario en internet sí que me ayudó. Puso en marcha algo. Hizo que algo cambiase.

—Supongo que sí.

Carla se puso en pie y se acercó a Eva. La tomó de los hombros. La joven levantó la mirada y sonrió débilmente.

—Todo te irá bien —susurró Carla—. Saldremos adelante. Somos fuertes, más fuertes que ellos.

Eva Luna asintió con un movimiento de cabeza, como una niña buena que acepta con convencimiento las palabras de su madre. Se miraron a los ojos. Carla tuvo la impresión de que, realmente, detrás de aquella extraña mirada de ceniza, bajo la aparente fragilidad etérea de la

joven, se escondía una fuerza latente.

—Será mejor que me vaya ya — dijo Carla—. Espero que podamos vernos más veces, ahora que vives en Madrid.

Cogió su bolso. Sobre la mesita había un jarrón con orquídeas de grandes pétalos aterciopelados.

—Me encantan tus flores. — Aspiró la fragancia—. Me tienes que contar el secreto para mantenerlas tan bonitas. A mí las macetas no me duran en casa.

Carla admiró todas las plantas del salón. Las había de muchas formas y colores, aunque ella no

sabía el nombre de ninguna. Le llamó la atención que en una especie de urna circular hubiera una planta seca que contrastaba con el verdor de las demás. Tenía una forma esférica y un color pajizo, semejante a un puñado de raíces resecaas enroscadas como una bola.

—Qué pena, esta se te ha secado.

—No, no está seca. Es una rosa de Jericó. Es mi flor favorita.

—¿Esto es una flor? Más bien parece un arbusto seco.

—Es una clase de flor muy especial —explicó Eva con voz suave, mirando la planta con

verdadero cariño—. La llaman rosa de Jericó. Es capaz de sobrevivir a largos periodos de sequía, aparentar que está muerta y luego resurgir llena de belleza. Cuando renace brotan unas preciosas hojas verdes, pero a mí me gusta verla así, seca, esperando su momento para renacer.

—Qué curioso. ¿Por qué se llama así?

—Se dice que tenía connotaciones sagradas en la Antigüedad porque era capaz de saciar la sed de los caminantes que peregrinaban por el desierto, y se

convirtió en una especie de talismán.

—Vaya, eres toda una experta en flores. No tiene que ser fácil cultivar plantas tan bonitas.

—El secreto está en quererlas —dijo Eva—. Están vivas. No puedo explicarlo con palabras, pero estoy segura de que, aunque sea de un modo diferente, también sienten. Todos los seres vivos nos influimos para bien o para mal. Todos deberíamos ayudarnos los unos a los otros sin reservas. Si lo hiciéramos, el mundo sería mucho mejor.

—Ojalá todos pensaran como tú. Me alegro de que nos hayamos conocido; estoy segura de que acabaremos siendo buenas amigas.

Se despidieron con un suave abrazo en la puerta. En la calle, el aire era frío y como suspendido en el tiempo. Carla se sentía extrañamente relajada. Eva Luna era una de esas personas que parecen vivir la vida a cámara lenta y cuya mera presencia infunde sosiego y tranquilidad.

Qué pena que no supiese nada de Telmo Vargas. No obstante, Carla tuvo la sensación de que algo no le

encajaba del todo. Algo relacionado con las flores.

Mientras aguardaba el paso de un taxi, de pie en la fría acera reluciente por la humedad nocturna, le vino a la mente la extraña flor, la rosa de Jericó, aparentemente seca y enroscada sobre sí misma, aguardando pacientemente su momento para resurgir. Sintió un pinchazo de inquietud en el vientre. Por un instante tuvo la impresión de que aquella flor tenía algo que ver con Telmo Vargas. Pero, por más que intentó profundizar en aquella idea, más se alejaba, como el recuerdo de

un sueño que se evapora al despertar.

EVA LUNA

Eva se despertó con la sensación de que estaba amaneciendo, pero cuando consultó el reloj de la mesilla descubrió que solo eran las cuatro de la mañana. Intentó seguir durmiendo. Después de media hora dando vueltas en la cama, acabó levantándose.

No sabía qué hacer. Mamen la había llevado a aquella reunión de

mujeres en la que había conocido a otra chica maltratada. Mamen y sus amigas le habían pedido que la ayudase a librarse de su pareja, al igual que había ayudado a Mamen a librarse de su exmarido.

Se le había quedado grabada en la mente la desesperación reflejada en los ojos de aquella chica. Era lógico que le pidiesen ayuda. Eva quería ayudarla. Pero no quería recurrir a Max. Max tenía sus propios problemas y, además, no podía estar acudiendo a él como una niña pequeña cada vez que necesitaba ayuda.

Eva se debatía ante un dilema. No quería defraudar a aquellas mujeres. Y, sobre todo, no podía dejar que aquella pobre chica siguiese viviendo bajo la amenaza de su expareja. Pero ¿qué podía hacer ella? No era más que una mujer sola en el mundo.

Se preparó una taza de té y se la bebió mientras contemplaba la oscuridad exterior a través de la cristalera del balcón. El silencio flotaba en la penumbra. Las calles estaban vacías. En ninguna de las ventanas de los edificios que alcanzaba a ver había luces encendidas.

Se le ocurrió pensar que todos los habitantes de aquella gigantesca ciudad dormían en aquel mismo instante, como sincronizados, como si un interruptor hubiese apagado sus mentes al unísono. Todos yacían en sus camas, apilados unos sobre otros en las habitaciones de aquellos enormes edificios que eran como colmenas, durmiendo, desconectados del mundo durante unas horas. Todos menos ella.

Una extraña sensación de desconexión se agudizó en su interior. Se sentó en el sofá de la salita con las piernas recogidas y la barbilla apoyada en las rodillas. La

muñeca Agnessa la miraba con sus grandes ojos verdes como si esperase algo de ella.

—Tú tampoco acabas de encontrar tu sitio en este mundo, ¿verdad?

Eva casi esperaba que la muñeca le contestase. Sintió vértigo, como si se desplomase al vacío. Necesitaba que alguien le hablase. Sentía que se alejaba lentamente, como una cáscara vacía a la deriva en un océano oscuro. Necesitaba escuchar una voz, un ancla con la que aferrarse a la realidad. Pensó en cruzar el rellano y llamar a Mamen, pero su amiga

también estaría durmiendo. Eva cogió su teléfono móvil y abrió la agenda.

Todos los contactos

Mamen

Max

Siguiendo un impulso, presionó con la yema del dedo sobre el nombre de Max. Contestó al segundo tono de llamada. Eva conectó el altavoz. Necesitaba que su voz llenase la estancia.

—Siento despertarte a estas horas, pero necesitaba hablar con alguien.

—No te preocupes —dijo la voz de Max, que brotó del pequeño altavoz del teléfono—. Puedes llamarme cuando quieras.

Eva se sintió reconfortada al escucharle.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Max.

—No podía dormir y... de pronto me he asustado por estar despierta mientras los demás duermen. Vas a pensar que soy una idiota.

—Sé a lo que te refieres —dijo Max—. A menudo me despierto a media noche y salgo a pasear por las calles desiertas. No te lo

recomiendo, te sientes aún más solo.

—Cuando no puedas dormir, tú también puedes llamarme, a la hora que sea —dijo Eva.

—Lo haré.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Max? No es algo que le preguntaría a cualquiera, me tomarían por loca.

—No tienes que avergonzarte de ninguna idea.

—¿Alguna vez has sentido que te mueves en una realidad diferente a la de los demás? Una realidad que comparte el mismo espacio físico, pero que no es la misma realidad.

—Así es como me siento siempre —respondió Max sin un ápice de ironía.

Eva no pudo evitar sonreír. Pobrecito Max, estaba tan perdido como ella en aquel océano extraño en el que trataban de mantenerse a flote.

—¿Cuál es la solución, Max? ¿Cómo conseguiremos integrarnos en el mundo?

—Mi psiquiatra dice que, básicamente, todo el mundo tiene que escoger entre dos opciones. La primera consiste en elegir un grupo e imitar exactamente lo que hacen los demás, no pensar, no

preguntarte el porqué.
Simplemente, copiar y dejarte
llevar.

—¿Y la segunda?

—Hacer lo que te dicte tu
corazón, no importa lo que sea,
aunque eso signifique comportarse
de un modo distinto a todos los
demás.

Eva meditó unos instantes
sobre sus palabras. Max tenía razón.
Lo que más anhelaba era romper la
soledad que la envolvía. Necesitaba
saberse parte de algo, sentirse
querida y necesitada. Aunque para
lograrlo quizás primero tendría que

romper algunas reglas, nadar contra corriente.

—Max, ¿qué le hiciste exactamente al marido de Mamen? ¿Cómo lograste asustarlo?

—Supongo que actué por instinto. Inculcar el miedo en los otros es una de esas cosas que recuerdo, aunque haya olvidado todo lo demás. —La línea quedó en silencio unos segundos. Max pareció meditar lo que iba a decir a continuación—. Verás, lo que hice fue dejarle bien claro que yo podía hacerle daño, pero él a mí, no. Cuando alguien se siente amenazado, intenta defenderse,

pero si sabe que no puede hacer nada, entonces se rinde. Ocurre con las gacelas cuando son atacadas por un león. Huyen mientras tienen posibilidades de escapar, pero cuando se saben perdidas, simplemente se someten. Se dejan devorar sin oponer resistencia.

Eva sintió un estremecimiento. Entendía perfectamente a lo que se refería Max. Durante años había estado sometida a su padre; jamás había puesto la menor resistencia. Su padre había ejercido una dominación completa sobre ella. Durante años había sentido asco de sí misma por no haberse rebelado.

Su padre había vencido su espíritu, igual que se doma a un animal.

Ahora era libre y podía atreverse a hacer cualquier cosa. Eva se sintió llena de determinación.

—Me alegro de haber hablado contigo —dijo Eva—. Creo que me has ayudado.

—Yo también me siento mejor al escuchar tu voz.

—Si te parece, no voy a colgar todavía. Me gusta saber que estás ahí.

Eva se acurrucó en el sillón con la muñeca entre los brazos.

«Buenas noches, Max.»

«Buenas noches, Eva.»

Con la muñeca sobre su pecho, no tardó en caer profundamente dormida. Soñaba con Max, que paseaba junto a ella a lo largo de un jardín majestuoso ribeteado de flores color pastel que pendían. Eva le hablaba, pero Max no contestaba ni falta que hacía; no necesitaba más respuesta que su sonrisa.

CARLA

Eran las nueve de la noche cuando Carla llegó al hospital en el que se recuperaba su hermano. Encontró a Isaac en la sala de recreo, que estaba abarrotada. Todos los pacientes se habían congregado frente a la televisión y miraban entusiasmados un partido de fútbol. Carla no tenía ni idea de quién jugaba, pero tenía que ser un

partido importante a juzgar por los gritos emocionados que brotaban a cada lance del juego. Muchos vestían camisetas blancas del Real Madrid, incluido su hermano, que se encontraba en una de las últimas filas. El ambiente estaba cargado, olía a gimnasio, a sudor húmedo.

—Me parece que el fútbol es lo único que pone de acuerdo a todo el mundo —dijo Carla después de saludar a su hermano inclinándose sobre él y dándole dos besos en las mejillas.

Sus palabras se las tragó un griterío encrespado que brotó al unísono de todas las gargantas. Los

brazos salieron disparados hacia arriba. Quien no estaba impedido por alguna lesión se puso en pie. Después se hizo un silencio sepulcral, tenso, que estalló al cabo de unos segundos en más gritos de denuncia, patadas a la sillas, palmadas de protesta.

—¡El árbitro está robando el partido! —exclamó Isaac llevándose las manos a la cabeza, con el rostro enrojecido y las ventanas de la nariz dilatadas—. Joder, acaba de anular un gol legal. ¿Te ha contado algo útil esa chica? —preguntó sin quitar ojo de la pantalla.

—Poca cosa. En realidad, nada.

—Mejor hablamos en mi habitación.

—Te vas a perder el partido.

—Allí también tengo una televisión pequeña, no te preocupes. Aunque es más divertido verlo en grupo.

Estalló un nuevo griterío. Carla pudo distinguir los insultos al árbitro, bramidos de indignación a los que se sumó su hermano. Observó la pantalla, donde hombres vestidos como niños corrían detrás de un balón provocando el delirio de los espectadores. Era incapaz de entender las pasiones que despertaba el fútbol.

Isaac, aprovechando un momento de relativa calma en el juego, la condujo hasta su habitación, donde lo primero que hizo fue encender la televisión, dejando el volumen en un susurro.

—Entonces, ¿qué te ha contado? —preguntó a Carla sin apartar la mirada de la pantalla.

—Poca cosa, la verdad. Su padre era un monstruo, pero ella no tiene ni idea de con quién se relacionaba.

Carla se sentó en un sofá que había junto a la cama para las visitas. Sentía los tobillos hinchados. Se quitó los zapatos y se masajeó los pies mientras hablaba.

—Supongo que el individuo que buscamos no solo contactaría con él mediante mensajes. Tuvieron que hablar por teléfono para planear algo tan complejo como el secuestro de Irena Aksionov, aunque dudo mucho de que llegasen a verse las caras.

—Entonces seguimos como al principio —dijo Isaac.

Carla tenía la impresión de que había algo importante que se le escapaba, un detalle que permanecía en la periferia de su mente, como uno de esos recuerdos que al despertar huyen y se alejan cuanto más se intenta recordar.

Algo relacionado con las flores, pero era incapaz de conectar las ideas.

—Yo tampoco he averiguado gran cosa. —Isaac no apartaba la mirada de la televisión—. He hablado con el compañero del periódico que cubrió el suicidio. Se mostró escéptico cuando le pregunté si creía que alguien podría haber inducido al suicidio a ese pobre hombre. Insistía en que el tipo tenía razones de sobra para quitarse la vida. Al parecer, después de que lo abandonara su mujer se convirtió en una persona bastante deprimida y solitaria.

—¿Solitario? Nadie sabe cómo era su vida social en internet —objetó Carla con rabia—. Ese hombre podría haberse pasado los días conectado a las redes sociales hablando con gente.

Su hermano soltó una maldición entre dientes. Carla dirigió su mirada a la televisión sin ver.

—Cuando alguien muere, la policía sigue actuando como antes de que existiera internet —dijo Carla—. Investigan a las personas cercanas, a los familiares, a los compañeros de trabajo, pero ignoran que la red de contactos de

una persona se extiende por internet más allá de lo que está a simple vista.

—Mierda, entonces, ¿qué podemos hacer?... ¡Eh, qué coño!

El grito sobresaltó a Carla. La imagen de la televisión se había fundido a negro. Su hermano cambió de canal con el mando, pero todos estaban igual. La apagó y volvió a encenderla sin resultado.

—Joder, se ha ido la emisión.

Isaac abrió la puerta y se deslizó con su silla de ruedas hasta el pasillo. Interceptó a un enfermero, quien le explicó que la tormenta había tirado la antena de

televisión que había en el tejado del hospital.

—Ya han avisado al técnico —explicó el enfermero—, pero a estas horas no va a venir. Además, hasta que no pase la tormenta no podrá subir al tejado, así que se acabó la televisión por esta noche.

—¡Mierda! —gruñó Isaac—, en mitad del partido...

Sacó su teléfono móvil y se conectó a una página de deportes para seguir los resultados. Dejó el teléfono sobre la mesita, a la vista.

—Perdona, Carla, ya sabes que me pierde el fútbol: cuando tengo un orgasmo grito gol, y cuando el

Madrid marca un gol tengo un orgasmo.

Carla lo reprendió con la mirada. Su hermano podía ser la persona más encantadora del mundo, pero cuando se trataba de fútbol se volvía completamente irracional.

—Nunca entenderé lo que os pasa a los hombres con el fútbol. Vivimos rodeados de maravillas tecnológicas y todavía disfrutáis viendo cómo unos niñatos le dan patadas a una pelota.

—Son los mismos instintos depredadores desde hace miles de años. El hombre necesita competir,

luchar. Cuando se dice que la tecnología nos está cambiando es mentira. No es tan fácil cambiarnos.

—¿Ah, no? Perdona, pero yo sí creo que la tecnología nos cambia —rebatía Carla—. No tienes más que mirar a tu alrededor. La tecnología está cambiando el modo en que nos divertimos, compramos, nos informamos, nos relacionamos...

Su hermano la miró con un brillo travieso en los ojos.

—¿Eso crees? Mira, no hace mucho, tal vez hace un par de meses o tres —dijo Isaac—, voy en el metro y veo a un hombre

elegantísimo, traje a medida, una gabardina Yves Saint Laurent, pelo entrecano, corte impecable... El tío era tan elegante que me pregunté qué hacía alguien con ese porte y ese donaire como de... nobleza, qué hacía viajando en el metro, y acabé llegando a la conclusión de que seguramente tenía un Audi en el concesionario porque le estaba haciendo una mejora, vete tú a saber. El caso es que el tío abre su maletín y saca un iPad Air con una funda de cuero que seguramente costaba más que el mismo iPad. Y lo veo ahí dándole al dedito, mirando la pantalla del iPad a través de sus

gafas de diseño, y me empiezo a preguntar... ¿qué coño estará haciendo? ¿Leyendo el *Financial Times*? ¿Trabajando en un contrato de su firma con China?

Carla tuvo que reconocer que la historia de su hermano la estaba intrigando.

—Evidentemente —prosiguió Isaac—, no me iba a quedar sin saberlo. Yo tenía al tipo enfrente de mí y no podía ver la pantalla de su iPad. No había sitio libre a su lado y mi parada estaba al caer, de manera que decido, simplemente, agudizar la vista, porque puedo ver la pantalla reflejada en sus gafas... Veo

muchos colores, debe de tratarse de una especie de hoja de cálculo. ¡Mierda!, el tío se mueve, no hay manera de ver lo que hace con claridad. Entonces saco mi iPhone y con todo el descaro, ya que el tío está absorto, le tomo una fotografía desde donde estoy.

—¿Una fotografía? —preguntó Carla con un gesto entre divertido y asombrado.

—Sí, le hice un *zoom* a la cara, a las gafas, y plas, foto. Entonces observo la foto en el iPhone y la amplió aún más: ya veo lo que estaba haciendo.

—¿Qué estaba haciendo? — preguntó Carla con los ojos como platos, la boca entreabierta, como si estuviera tomando una bocanada de aire antes de sumergirse para bucear.

—Jugando al dichoso Candy Crush —contestó Isaac con los ojos entornados y el semblante serio de un padre que sorprende a su hijo fumando marihuana. Carla soltó una carcajada.

—¡Me tomas el pelo! —gritó entre risas.

—¡Lo que oyes!: el tipo elegante, haciéndose el interesante,

explotando burbujas como un crío...

—Carla no podía parar de reír.

—¡A mí me encanta jugar a Candy Crush!

—Ahí lo tienes. Tenemos toda la información del mundo disponible, hasta clases de universidad *online*, todo al alcance de nuestros dedos, con un procesador un millón de veces más potente que todas las computadoras que llevaron al hombre a la Luna, ¿y qué hacemos con ese prodigio?: ¡explotar burbujas de colores!

* * *

Después de abandonar el hospital, Carla se encontró con Guerrero en una cafetería del paseo del Prado.

El policía ya la esperaba en la puerta fumando un cigarrillo. Vestía un traje gris y un grueso abrigo de paño negro, el nudo de la corbata flojo. Era tan guapo que quitaba el aliento. Ni siquiera el largo abrigo disimulaba su porte atlético. Subieron directamente a su casa, sin detenerse a tomar nada. En el ascensor ya se estaban besando como dos adolescentes enfebrecidos por el deseo.

Después de hacer el amor, se quedaron dormidos, agotados, entre las sábanas revueltas. A las seis de la mañana, Carla abrió los ojos. Guerrero ya se había levantado. Carla escuchó el agua corriendo en la ducha. Salió de la cama y entró en el cuarto de baño. Estaba completamente desnuda. Abrió la puerta de la ducha y se metió dentro. Nunca se había atrevido a hacer aquello con ninguna de sus otras parejas. Siempre había sido muy timorata con el sexo y dejaba a los hombres que llevasen la iniciativa, lo cual la dejaba no pocas veces insatisfecha. Ahora se sentía

guapa y deseaba llenarse de aquel hombre.

Guerrero la recibió con una sonrisa cálida. Se besaron mientras el agua se deslizaba por sus cuerpos. Guerrero la alzó sin dificultad y Carla disfrutó de sus músculos en tensión mientras él la amaba. Acabaron recostados en la bañera, ella encima de él, moviéndose acompasados durante largos minutos. Salieron de la ducha, se secaron y volvieron a la cama. Guerrero comenzó a besarla por todos los rincones de su cuerpo. Después volvió a hacerla suya.

Cuando acabaron, exhaustos, estaba amaneciendo.

—Cuanto más hago el amor contigo, más ganas tengo de ti —le dijo antes de besarla en la boca.

Guerrero se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Durante unos instantes fumó pensativo. Carla se quedó tumbada a su lado, admirando la musculatura de su torso. Tenía algunas pequeñas cicatrices en el costado y en el abdomen. Las acarició con la yema de los dedos y sintió una extraña excitación. Se preguntó cómo se las habría hecho. Imaginó que su trabajo debía de ser algo más

complicado que entrevistarse con gente en su despacho.

—¿Cómo te hiciste estas heridas?

—Esta —se señaló el hombro— fue un accidente de moto. Una caída muy tonta. Las demás son secreto de Estado. No puedo decirte cómo me las hice.

—¿Y si te prometo que nunca se lo contaré a nadie? —Carla le acarició el torso con la yema de los dedos.

—Te aseguro que no son historias agradables. He hecho cosas de las que no me puedo sentir demasiado orgulloso.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos —dijo Carla—. Creo que lo que importa realmente es si hemos aprendido de los errores. —Él giró la cabeza y la miró a los ojos. Se inclinó sobre ella y la besó.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar. —Guerrero se incorporó—. En las próximas dos horas tienes que aprender a mentir.

—¿Aprender a mentir?

Se vistieron y tomaron café en la cocina. Después fueron al salón. Guerrero cogió dos sillas y colocó una frente a la otra. Le pidió a Carla

que se sentase y él se colocó delante de ella, a menos de un metro.

—¿Has visto alguno de esos programas de televisión donde conectan a alguien a un polígrafo y le hacen preguntas comprometidas sobre su vida privada?

—Sí, sé a lo que te refieres.

—Vamos a jugar a eso, pero sin máquina de la verdad. Yo te diré si mientes.

—No entiendo... ¿Esto a qué viene?

—Verás, cuando hables con Max tienes que ser muy cuidadosa. Ese hombre es un experto en lenguaje corporal. Sabe cómo

identificar las señales inconscientes que emite nuestro cuerpo al mentir o al expresar una emoción contradictoria. Si no estás preparada, podría descubrir que mientes o que escondes algo.

—Procuraré comportarme con naturalidad.

—No se trata solo de eso. Te lo explicaré con un ejemplo. Te voy a hacer tres preguntas. Respóndeme con mentiras, ¿de acuerdo? La primera: ¿cuántos años tienes?

—Veinte —respondió Carla después de dudar un instante.

—¿Cómo te llamas?

—Andrea.

—¿A qué te dedicas?

—Soy azafata de vuelo.

—¡Mientes fatal! —exclamó

Guerrero con una gran sonrisa—.

¿Nunca te lo habían dicho?

—Bueno, eran mentiras muy obvias.

—No es solo eso. Cuando dijiste que te llamabas Andrea moviste ligeramente la cabeza a derecha e izquierda, negando. Cuando respondiste que tenías veinte años tus pupilas se movieron abajo y a la izquierda, indicando que estabas inventando. Cuando mentiste sobre tu profesión te rozaste la nariz con

la punta de los dedos como si tuvieses un picor.

—¿Hice todo eso? ¡Si no me he movido!

—Movimientos inconscientes, casi imperceptibles, pero muy evidentes si uno sabe a lo que debe estar atento. Interpretar el lenguaje corporal requiere práctica y habilidad y Max tiene las dos cosas. Cuando hables con él, tienes que ser consciente de cada movimiento de tu cuerpo, incluso el más imperceptible. Yo te enseñaré los gestos que debes evitar si tienes que decir una mentira o una media verdad. También hay otras señales

que generan confianza: sonreír, mostrar una postura del cuerpo abierta, con las manos visibles. Tienes que aprender todos esos recursos y practicar. ¿De acuerdo? —Carla asintió. Entonces cayó en la cuenta de algo.

—Entonces, si lo hago mal, si ese hombre me descubre en una mentira, ¿podría ser peligroso? ¿Sería capaz de hacerme algo?

—Ya te dije que un encuentro con él entrañaba peligro —respondió Guerrero—. Ese individuo es un asesino entrenado por los servicios secretos rusos. Es frío y calculador hasta el punto de

que no sabemos si miente o dice la verdad sobre su amnesia. Podría llevar años fingiendo o podría ser verdad que ha perdido todos los recuerdos. Por eso tenemos que estar preparados. Te voy a ser sincero: no tenemos ni idea de cómo puede reaccionar si se da cuenta de que le estás mintiendo, pero te aseguro que estaremos cerca, listos para intervenir en cuanto sea necesario. ¿Tienes miedo?

Carla sintió una punzada en el estómago que bien podría ser miedo. Pero estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para

que el CNI y Guerrero siguiesen protegiéndola.

—No, no tengo miedo —dijo con decisión.

—Bien, dices la verdad. Eres valiente.

Carla vio un brillo de admiración en los ojos de Guerrero. Por lo que sabía, Max le inspiraba miedo incluso a él. Pero ella no estaba asustada. Al contrario, sentía una excitación electrizante por todo el cuerpo. Se inclinó hacia delante y lo besó. Se sentó a horcajadas sobre él.

—Espera, tenemos trabajo.

—Una parte de tu cuerpo me dice que lo que quieres es otra cosa —dijo burlona—. ¿Ves?, yo también sé interpretar el lenguaje corporal.

EVA LUNA

Eran las tres de la mañana. Eva Luna y otras cuatro mujeres (Mamen, Carmen, Isabel y Andrea) aguardaban sigilosas en el rellano del tercer piso del número 10 de la calle Menéndez Pelayo de Madrid. Mamen sacó la llave que correspondía a la puerta del tercero B. En el interior de aquel inmueble dormía un hombre que estaba a

punto de llevarse el susto de su vida. O al menos eso era lo que esperaban Eva y sus acompañantes.

—Si estamos unidas, no tenemos que tener miedo de ningún hombre —les había dicho Eva Luna días antes, cuando les explicó el plan.

Al principio aquellas mujeres que la acompañaban habían acogido la idea con incredulidad; algunas, con miedo.

Eva no tenía miedo, aunque ahora que se disponían a dar el paso la asaltaron las dudas. Cuando se trataba de infundir respeto, una cosa era Max, con sus casi dos

metros de alto y su gran envergadura, y otra un grupo de mujeres, por muy unidas que estuviesen.

A lo mejor era una locura, se dijo Eva cuando cruzó el umbral, pero ahora que habían llegado hasta allí no iban a echarse atrás, de eso estaba segura.

Estaban a punto de colarse en un inmueble propiedad de Sonia Martínez, pero no eran ella ni su hijo de cinco años quienes dormían en su interior. Desde hacía seis meses, Sonia y su hijo tenían que pasar la noche en una casa de acogida porque la pobre chica había

tenido que huir de su pareja, un hombre de treinta y ocho años llamado Antonio Ortiz. Un hombre que le había dado innumerables palizas y que la había amenazado incluso con matarla si Sonia no regresaba a aquel piso.

Eva sabía perfectamente lo que era vivir bajo el mismo techo que tu mayor terror. Un conocimiento que las demás compartían. Por eso todas habían aceptado finalmente acompañarla.

Max se hubiese librado de aquel desgraciado con facilidad, pero no podía estar recurriendo siempre a él. Max tenía sus propios

problemas y ellas tenían que ocuparse de los suyos. Entre todas tenían que ser capaces de meterle el miedo en el cuerpo a aquel individuo.

En primer lugar, Eva había convencido a Mamen. Le había propuesto la idea de que fuesen ellas mismas las que le diesen un buen susto al maltratador de Sonia. Mamen había acogido la idea con entusiasmo. Después, entre las dos habían convencido a Carmen, a Andrea y a Isabel, las íntimas amigas de Mamen.

Al final todas habían aceptado la responsabilidad. Harían lo que

fuese por ayudar a Sonia a salir de su situación. Todas sabían demasiado bien lo que era vivir bajo el terror de un hombre.

Eva lo había planeado todo siguiendo los consejos de Max. Era importante que aquel hombre entendiese que iban en serio. No debían titubear en ningún momento. Para que el miedo se impregnase en él debían establecer su posición dominante desde el principio, y eso era exactamente lo que se proponían hacer.

Antes de cruzar el umbral se pusieron un pasamontañas en la cabeza, tal y como habían ensayado.

Llevaban ropa negra y elástica: mallas y botas de montaña. Con aquella pinta parecían ladrones de una película. De no ser por la gravedad de lo que se proponían hacer, seguro que Mamen hubiese soltado alguna broma al respecto.

Usando la llave que la propia Sonia les había dado, Mamen abrió la puerta con sigilo. Eva encabezó el grupo. Podía sentir los latidos de su corazón palpitándole en las sienes e imaginó que las demás estarían tan nerviosas como ella. Una cosa es imaginarse una situación así, o leerla, o verla en una película. Cuando cruzas el umbral de una

puerta sin permiso, en mitad de la noche, es algo muy distinto.

Eva encendió una pequeña linterna que les permitió orientarse. En el silencio escucharon los ronquidos al final del pasillo, donde se encontraba el dormitorio principal. Se metieron dentro y se situaron alrededor de la cama, como habían planeado. Eva se colocó a los pies. Dirigió el haz de luz de la linterna al rostro del hombre.

El hombre abrió los ojos. Miró con espanto a las cinco figuras cubiertas con pasamontañas que lo rodeaban. Gritó.

—¡Por favor, llévense lo que quieran! ¡No me hagan daño! — suplicó mirándolas con los ojos desorbitados.

Eva pensó que la pareja de Sonia no parecía gran cosa medio desnudo, con unos calzoncillos de elástico y muerto de miedo.

—No somos ladrones —dijo Eva con voz firme—. Esta no es tu casa y te vas a largar ahora mismo.

El hombre la miró sin comprender. Estaba demasiado aturdido por la sorpresa. Eva dejó que transcurriesen unos instantes para que pudiera asimilar la situación.

—Esta casa no es tuya —repitió—. Te vas a ir para no volver. ¡Ahora!

—Pero ¿qué cojones dices? ¿Quiénes sois? —dijo con los ojos entrecerrados y las palmas de las manos extendidas para protegerse del haz de la linterna.

Eva llevaba una pistola eléctrica en el bolsillo, por si las cosas se ponían feas. La descarga de la pistola dejaría inconsciente en el acto a aquel imbécil. La había comprado por internet en una página ilegal de artículos de defensa personal. Pero una sola descarga eléctrica, por dolorosa que fuese, no

serviría para meterle el miedo en el cuerpo. Max se lo había explicado con nitidez:

«Tienes que dejarle claro que tú tienes el poder y que él no puede alcanzarte. Es como domar un animal salvaje. En la doma, el hombre se sitúa en un plano superior de autoridad respecto a la bestia. La bestia acaba comprendiendo que no puede hacer nada contra el hombre. Así que, si quieres que alguien te tema y te obedezca, tienes que dejarle muy claro que tú puedes hacerle daño a él, pero él no puede alcanzarte a ti jamás».

Eva metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una porra extensible. Las demás hicieron lo mismo. Habían adquirido aquellos artefactos en la misma web de artículos de defensa personal en la que habían comprado la pistola eléctrica. Cerradas, las porras apenas medían diez centímetros, pero cuando se abrían como una antena telescópica llegaban a medir casi medio metro. Eran flexibles, de acero recubierto de piel. En el extremo tenían una bola metálica. El fabricante aseguraba que un golpe provocaba un dolor «cegador y paralizante».

La policía de algunos países las usaba. En otros, como era el caso de España, habían sido prohibidas.

—Esta casa no es tuya —repitió Eva—. Queremos que te marches.

El hombre se revolvió, tratando de incorporarse. Eva se preparó para golpear. Aquel tipo medio desnudo que las miraba con los ojos desorbitados por el susto parecía inofensivo. Eva se obligó a recordar el rostro de su pareja desfigurado por los golpes. El cobarde que tenía delante era capaz de pegarle a una mujer indefensa una y otra vez para someterla a su voluntad. Incluso le había puesto un cuchillo en el

cuello y la había amenazado con matarla.

Amenazar con matarla delante de su hijo pequeño... ¿Qué clase de monstruo sin escrúpulos podía hacer algo así?

Eva imaginó el terror de Sonia cada vez que él llegaba a casa, la angustia de dormir cada noche al lado del que podía ser tu asesino.

Sintió que las piernas se le aflojaban y el campo de visión se le estrechaba, como si mirase a través de una mirilla. El corazón empezó a latirle con fuerza. Las demás aguardaban a su alrededor. Parecían sombras congeladas en el tiempo.

Entonces Eva sacudió el brazo como quien trata de matar una mosca. La porra extensible restalló contra la piel del hombre con un sonido sordo.

Soltó un aullido de dolor. Las demás mujeres se movieron al unísono. Golpearon en brazos, torso, piernas..., en los testículos. El hombre bramó de dolor. Se retorció y gritaba como un poseso.

—¡Parad! —gritó Eva.

El hombre gemía hecho un ovillo en la cama. Eva se inclinó sobre él. Lo agarró por el pelo. Le obligó a levantar la cabeza y mirarla

a los ojos a través del pasamontañas que le cubría la cara.

—Escúchame bien. Si mañana sigues en esta casa, volveremos y te daremos una paliza de muerte — dijo Eva hablando muy despacio, remarcando cada palabra—. Si se te ocurre acercarte a Sonia, iremos a buscarte y te daremos una paliza de muerte. ¿Lo has entendido?

—¡Hija de puta! —gimoteó el hombre—. ¿Quién eres? ¿Te envía ella?

—Respuesta equivocada.

Eva hizo una señal a sus compañeras. Volvieron a golpear, dos, tres, cuatro golpes. El hombre

chillaba como un cerdo degollado. Eva las detuvo con un gesto.

—Sabemos dónde trabajas, sabemos quiénes son tus amigos. No puedes esconderte de nosotras. Si mañana sigues aquí, vendremos y te daremos una paliza que te mandará al hospital un mes. ¿Lo has entendido ahora o te lo tenemos que repetir?

—Por favor, no me pegues más, por favor... —gimoteó con lágrimas en los ojos.

—Si vuelves a ponerle una mano encima a una mujer, lo sabremos —dijo Eva Luna—. Y entonces no seremos tan buenas

como ahora. Esto solo han sido unas caricias comparado con lo que te haremos si se te ocurre acercarte a Sonia. Nosotras cuidamos de ella.

Una a una fueron abandonando la habitación. Bajaron por las escaleras mientras guardaban las porras extensibles en un bolsillo de la chaqueta y se quitaban el pasamontañas de la cabeza. Cuando Carmen lo hizo, su melena leonina pareció estallar en todas las direcciones. Era como si aquel pelo, denso y orgullosamente rubio, hubiera acumulado también la tensión del momento, aprisionado dentro de aquel pasamontañas, y

ahora volviera a liberarse para entrar en contacto con el mundo. Eva sintió que la respiración se le había regulado. Una calma fresca y reconfortante la arropaba como un manto invisible y mágico.

En la calle se metieron en el monovolumen de Andrea, quien pisó el acelerador. Cuando el vehículo se puso en marcha, soltaron un grito que era a la vez una celebración y una liberación de toda la tensión acumulada.

—¡Ay, madre, lo hemos hecho!
—exclamó Carmen—. Me siento como si acabase de saltar en paracaídas.

Se dieron abrazos y besos y entrelazaron las manos las ocupantes de los asientos delanteros y traseros.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Isabel—. ¿Visteis cómo lloriqueaba ese idiota? Con lo machito que era cuando estaba a solas con Sonia.

—A mí no me asustó —dijo Andrea triunfal.

—Eva tenía razón —dijo Mamen—. Si estamos unidas, no podrán con nosotras. Un hombre aterroriza a una mujer sola, pero es incapaz de enfrentarse a varias. En el fondo son unos cobardes.

—¡Esto tenemos que celebrarlo, chicas! —dijo Carmen—. Total, yo ya no voy a poder dormir esta noche, estoy demasiado excitada.

Carmen las llevó a una discoteca del centro donde las invitó a mojitos. A pesar de ser la de más edad, era la que más marcha tenía en el cuerpo: agitaba su melena rubia al compás de la música mientras se internaba en la pista. Las llevó a todas al centro, donde bailaron, bebieron y brindaron una y otra vez. Eva se dejó arrastrar por la euforia de las demás.

Sus nuevas amigas acababan de sacudirse el miedo como quien se

desprende de una vieja piel. Todas ellas estaban experimentando la maravillosa euforia del que ha superado su mayor terror. Estaban saboreando la libertad.

—Eva, esto te lo debemos a ti —dijo Mamen con las mejillas encendidas—. Nos has abierto los ojos. A partir de ahora ya no somos mujeres temerosas. Ahora somos nosotras las que intimidamos a los hombres.

Las cinco hicieron un corrillo en el centro de la pista.

—¡Por las mujeres que no temen a los hombres! —gritó Carmen levantando su copa.

Las demás corearon sus palabras y brindaron con ella. Todas estaban achispadas por la bebida y las fuertes emociones vividas.

—¡Por Eva Luna y por sus flores! —gritó Mamen—. Ahora somos como una de sus flores. Una rara especie. Somos hermosas y aparentemente frágiles por fuera, pero resistentes y valientes por dentro.

Todas reían y se abrazaban, coreando las palabras de Mamen.

—Somos como flores de otro mundo —dijo Carmen rugiendo como un león—. Eso es lo que

somos a partir de ahora: flores de otro mundo.

—¡Por Eva Luna! ¡Por las Flores de Otro Mundo!

ALICIA

Dejando a un lado sus primeros triunfos en su batalla contra la parálisis cerebral de su hermano David, aquella noche había tenido lugar el momento más emocionante de su vida. Más de cincuenta personas absortas frente a ella, escuchándola. El sonido había sido perfecto. Su voz y su guitarra habían sonado nítidas en los

altavoces. Envueltas en la penumbra del pub, las cabezas se movieron arriba y abajo al ritmo que marcaban sus acordes. Ojos entrecerrados, evocadores, sonrisas esbozadas, aplausos entusiastas.

Mientras interpretaba cada canción, Alicia sentía como se iban entrelazando sus emociones con las del público. Su dolor era el dolor de ellos. Su rabia era la rabia de ellos. Su alegría era la alegría de ellos.

Después del concierto, cuando Alicia recogía su guitarra, varias personas se acercaron a felicitarla. Entre ellas, el dueño del pub.

—Ha estado muy bien. ¿Quieres volver el sábado que viene? Esta vez lo anunciaremos con carteles.

¡Carteles! La emoción se le agolpaba en el pecho. Era la primera vez que tenía la oportunidad de tocar ante un público y todos la estaban felicitando. ¡Y encima querían que repitiese! La posibilidad de poder ganarse la vida tocando en los pubs la hacía estremecer. ¡Vivir de la música!: era el sueño de su vida hecho realidad.

Entonces se acordó de su hermano, que no lo estaba pasando tan bien. Hubiese dado cualquier

cosa con tal de que David estuviese recibiendo la rehabilitación que necesitaba. Pensó en su hermanito pasando la noche solo en el hospital atado a la cama. ¿Quién acudiría a consolarlo cuando empezase a llorar a gritos? ¿Y si no acudía nadie? ¿Qué pensaría David cuando su hermana Alicia no acudiese a su lado?

«Eres una egoísta de mierda», se dijo. El ánimo se le ensombreció. No tenía derecho a ser feliz mientras no estuviese en disposición de cambiar la situación de su hermano, aunque para eso primero tenía que cumplir los

dieciocho años y alcanzar la mayoría de edad. Después necesitaba unos ingresos que le permitiesen hacerse cargo de él.

El dueño del pub quería invitarla a tomar unas cervezas, pero Alicia se sintió de pronto muy triste y sola. Se le habían quitado las ganas de celebrar nada.

Detrás de la barra se extendía la imagen de San Petersburgo, tan bella, con aquel palacio de ensueño que se había erguido sobre sangre inocente.

Un palacio que no era un palacio, sino una iglesia.

¿Cambian las cosas por dentro porque las llamáramos de otra manera?, reflexionó Alicia. ¿Le parecía la imagen de aquel palacio diferente porque le habían dicho que no era un palacio?

Tal vez se sentiría mejor si en vez de atribuirse el adjetivo «egoísta» se atribuyera el de «inútil» o «impotente».

No por eso dejaba de sentirse como una egoísta de mierda.

Un chico de los que habían estado entre el público se aproximó a ella. Era un tío bueno a rabiar, alto y rubio, con unos ojos azules penetrantes.

—Hola, quería felicitarte por el concierto. Me han gustado mucho las canciones, sobre todo las letras. ¿Son tuyas?

—Todas son compuestas por mí —respondió Alicia.

—De verdad me han impresionado. Y tu forma de cantar. ¿Te gusta PJ Harvey, verdad? Se te nota la influencia.

—PJ Harvey es una de mis cantantes favoritas —reconoció Alicia un poco avergonzada.

El chico era guapísimo y tenía unos ojos intensos que no apartaba de ella. ¡Guau, qué ojos! Era el chico más guapo que Alicia había

visto en su vida. Vestía unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca. Tenía unos pómulos marcados, los labios gruesos y un hoyuelo en la barbilla de lo más sexi.

—Oye, vengo aquí a menudo y es la primera vez que te escucho. Cuando empezaste a cantar... ha sido como un impacto. De verdad que ha sido todo un *shock*. Cada canción me tocaba una fibra muy dentro. —Se llevó una mano al corazón.

—Me alegro de que te haya gustado. Voy a repetir el sábado que viene.

—Genial —sonrió él mostrando una dentadura perfecta—. Me llamo Marcos.

—Alicia.

El chico se quedó unos segundos en silencio, mirando al suelo y mordiéndose el labio inferior. En el pub, abarrotado de jóvenes con sus copas en la mano, sonaba ahora una vanguardista música folk donde las guitarras acústicas se fusionaban con ritmos electrónicos. Alicia tenía que reconocer que el dueño del pub entendía de música moderna. El ambiente estaba de lo más animado.

—Bueno..., estoy con unos amigos allí —dijo al fin el chico— y, bueno, ¿quieres tomar algo con nosotros?

Alicia no se lo podía creer. El tío no solo estaba buenísimo, era guapo hasta morirse y encima se estaba poniendo nervioso por invitarla a tomar algo. ¡A ella!

—Una cerveza antes de irme —dijo—. Solo puedo quedarme unos minutos.

Se fueron hasta donde estaba el grupo de amigos de Marcos, compuesto por tres chicas y dos chicos. Marcos se los fue presentando uno a uno. Entre el

fragor de la música, Alicia apenas escuchó sus nombres. ¿Samanta, Jenifer, Cintia? Las tres chicas parecían cortadas por el mismo patrón: melenas teñidas de rubio, muy guapas. Llevaban botas altas y unas faldas muy cortas que les permitían lucir unas piernas esbeltas. Los otros dos chicos también eran guapos, aunque ninguno se podía comparar con Marcos. Alicia se preguntó si alguna de las tres chicas sería su novia.

«Claro, idiota, tres tías y tres tíos, todos guapos a rabiar. Serán parejas. Te ha invitado porque le han gustado tus canciones, no

porque quiera ligar contigo. Baja de la fantasía.»

A Marcos no se le caía la sonrisa de la cara, pero a Alicia no se le pasó por alto que los demás no parecían muy entusiasmados con su presencia. Las tías la miraron de arriba abajo con los ojos entrecerrados. Después de que Marcos las hubo presentado, les dieron la espalda sin disimulo, formando un corrillo entre ellas. Los otros dos rápidamente se integraron en el grupo de chicas, dejando aparte a Marcos y Alicia.

Marcos le preguntó si quería tomar algo y Alicia pidió una

cerveza.

—De verdad, me ha encantado tu forma de cantar. —Pegó la boca a su oreja para hacerse oír por encima de la música—. Me ha evocado un montón de cosas. ¿Siempre has tocado en pubs?

—La verdad es que esta es mi primera actuación en público —respondió Alicia. Había decidido ser totalmente sincera. No iba a dárselas de nada con aquel chico, por guapo que fuese—. Bueno, si no cuentas el metro.

—¿Has tocado en el metro?

—Allí no me hicieron demasiado caso, la verdad. —Se

encogió de hombros y le dio un trago al botellín de cerveza.

—Me lo imagino. La gente está ciega y sorda. En su afán por evitar el dolor, se anestesian también contra la belleza.

Jo, aquel chico, además de ser guapísimo, decía cosas muy inteligentes.

—Oye, me da un poco de corte decirte esto, pero yo también hago música, ¿sabes? Aunque lo mío es más bien la música electrónica. El tecno, los sonidos sintéticos, los teclados, ya sabes.

Mientras hablaban, Alicia se dio cuenta de que una de las tías de

su grupo de amigos no les quitaba ojo de encima y no parecía muy contenta. Si las miradas matasen, Alicia ya se habría dado por muerta. Imaginó que, de las tres, la que estaba intentando fulminarla con la mirada debía de ser la novia de Marcos. ¿Pensaría que iba a quitarle el novio? ¡Por favor!

—He estudiado piano clásico desde que tenía ocho años —le estaba diciendo Marcos—, pero al hacerme mayor me di cuenta de que la música clásica no era lo mío. Empecé a experimentar con sintetizadores y con el ordenador. En el garaje de casa tengo un

pequeño estudio de grabación. No es gran cosa, un Mac y algunos cacharros, pero he compuesto algunas cosas interesantes.

—Me gustaría oírlo —dijo Alicia.

—¿En serio? —Al chico se le iluminó el rostro—. Podrías venir un día a mi estudio, si te parece bien. Podríamos incluso ensayar algo juntos. —Se pasó la mano por su pelo rubio—. Mientras te escuchaba, me estaba imaginando cómo quedarían mis ritmos electrónicos en tus canciones. Creo que podría ser alucinante. También podríamos mezclar arreglos de

sintetizador con tu guitarra acústica. En fin, son solo ideas, me gustaría mucho poder ensayar contigo alguna vez.

—Suenan bien —aceptó Alicia enrollándose un mechón de pelo en el dedo índice—. La verdad es que siempre he cantado yo sola con mi guitarra. Nunca me había planteado formar un grupo o algo parecido.

—Pues tenemos que experimentar. —La mirada de Marcos brillaba de entusiasmo—. Creo que la combinación de tu voz con mis sonidos electrónicos podría sonar realmente bien. En serio.

En ese momento, la novia de Marcos se acercó a ellos hinchada como un pavo real. Agarró al chico del brazo, atrayéndolo hacia sí.

—Vámonos a otro sitio —propuso—. Aquí nos aburrirnos.

—Ahora no —respondió Marcos soltándose de ella sin mirarla—. Estoy hablando.

Alicia vio como los amigos de Marcos la miraban con los brazos cruzados y caras de pocos amigos. Jo, qué gente tan desagradable.

—Yo me tengo que ir ya —dijo Alicia.

—Entonces, ¿qué te parece si quedamos y te enseño mi estudio

de grabación? —preguntó Marcos.

—Las únicas canciones que he grabado hasta ahora han sido con el micrófono de mi portátil y sonaba horrible. Si te digo la verdad, me gustaría grabar algo con un equipo de sonido más profesional.

—Tienes una voz tan bonita que da igual cómo la grabes, seguro que sonará muy bien. —El chico la miraba fijamente.

Era tan guapo que parecía sacado de un cartel de esos que anuncian perfumes de hombre. Le costaba apartar la mirada de sus intensos ojos azules. Alicia sintió

una punzada ardiente en las entrañas.

—¿Te parece si te recojo mañana a las cuatro? —preguntó Marcos—. Vivo en Pozuelo, fuera de Madrid, pero puedo pasar a buscarte en mi coche. ¿Dónde vives tú?

—Cerca de aquí —respondió Alicia bajando la mirada—. Mejor quedamos al lado de la parada de metro de Callao. ¿Te parece?

Poco después Alicia caminaba por la Gran Vía con la guitarra al hombro y la memoria sumergida en lo ocurrido en el pub. Una amalgama de emociones la hacía

sentir como si se zambullese en agua fría y caliente alternativamente. El concierto había sido un éxito, muchísimo mejor que en sus más locos sueños. Y encima aquel chico tan increíblemente guapo estaba alucinando con sus canciones.

Cuando se encontraba a los pies de la mole de cemento y cristal del edificio de la plaza de España, vio que el grupo de rumanos salía por el portal y se perdía calle abajo. Alicia se cayó de la nube y se dio de bruces con la realidad. Seguía estando sola en el mundo, fugada de casa, viviendo de okupa en un

edificio abandonado. ¿A quién iba a engañar?

Alicia se había fijado en que la chica rubia que no se parecía en nada a los otros rumanos no iba con ellos. Esperó hasta que se alejaron y se metió en el edificio. Subió las escaleras sumergidas en sombras. Cuando llegó a la primera planta, se dejó llevar por un impulso y siguió hasta la segunda, donde se alojaban los rumanos. Allí las paredes también estaban parcialmente construidas, con tabiques de ladrillo desnudo a medio acabar. A diferencia de la planta ocupada por doña Adelaida y los demás, que

estaba bastante limpia, había pequeños montones de chatarra y cartones por todos lados. El resplandor de las farolas llegaba como vaho a través de la pared acristalada que daba a la plaza de España.

Alicia se quedó inmóvil unos segundos, escuchando. Se oían voces lejanas de la calle y el rumor del tráfico que subía y bajaba como el oleaje del mar. Avanzó con precaución hasta el fondo, donde encontró habitaciones a medio construir. Tenía que ir con cuidado para no caerse por alguno de los huecos de los ascensores que se

abrían en el suelo como pozos oscuros. Todo estaba sembrado de plásticos, cristales rotos, latas y envoltorios de todo tipo. Había bidones metálicos y hasta una pila de neumáticos viejos.

Alicia llegó hasta una especie de pasillo de tabiques. Había varias habitaciones a medio construir, sin puertas. Se asomó a una de ellas. En la penumbra distinguió un carrito metálico de supermercado, cajas de cartón, montañas de ropa, colchones y mantas. Apestaba a excrementos y a orín.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando se fijó en que una de

las habitaciones sí tenía puerta. Y no solo eso, estaba cerrada con un grueso candado.

Se quedó inmóvil, escuchando. Solo se oía el rumor lejano del tráfico.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Alicia en un susurro.

—¡A-yu-da! —dijo una voz débil y aguda de chica.

—Habla un poco más fuerte, no te escucho. ¿Entiendes español? —preguntó Alicia.

Silencio.

—*Do you speak english?* —preguntó en inglés.

—*Help me!* —respondió la chica.

—*What's your name?*

—Natascha, Natascha.

—*Where are you from, Natascha?*

—*Rumanian. I need to get away, they got me trapped against my will, my parents don't know I am here.*

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

Mierda. Alicia se arrepintió de no haber prestado más atención en las clases de inglés del señor T. Acordarse del instituto en aquel momento le trajo una extraña

sensación de irrealidad. Parecía que hubiese pasado un siglo desde la última vez que fue a clase. Era como si hubiese sido otra persona y no ella, la Alicia que iba al instituto, la Alicia que tenía amigas, que tenía una madre y un hogar.

En ese momento, desde el hueco de las escaleras le llegó el sonido arisco de las voces de los rumanos. Parecía como si discutiesen entre ellos, o quizás ese era el tono que siempre empleaban al hablar. Alicia echó a andar por el pasillo y salió por el extremo opuesto al que había entrado. Se quedó parada detrás de un tabique.

El corazón le golpeaba en el pecho como si quisiera atravesarlo. Se tapó la boca con la mano, como si temiese que el sonido del aire al respirar pudiese delatarla. Las voces estaban cada vez más cerca. Cuando Alicia las sintió ya al otro lado de la pared, salió corriendo hacia las escaleras. Bajó a toda velocidad hasta la primera planta y se metió en su habitación con el corazón latiéndole a mil por hora. La sangre batía en sus oídos.

No sabía si la habían visto. Transcurrieron varios minutos y no pasó nada. Poco a poco se fue tranquilizando.

En su mente bullían las preguntas. ¿Quién era aquella chica? ¿Por qué la tenían encerrada? Y, si no había entendido mal, ¿por qué le había pedido ayuda?

CARLA

A las nueve y media de la mañana, Carla llegó a los juzgados de la plaza de Castilla. Allí se encontró con la abogada del CNI que iba a llevar su caso, una mujer espigada, rubia y atractiva llamada María Rey. La abogada la iba a asistir en el proceso de demanda por agresión que había interpuesto contra ella Carlos Castellanos, el

gerente de la empresa de internet MyLife.

La abogada tenía un rostro afilado, ojos ovalados y negros como dos pozos y una boca ancha de labios finos. La piel, artificialmente bronceada, contrastaba con el rubio platino de la melena lacia peinada con flequillo. Delgada, llevaba falda de tubo y unos tacones altísimos. Su silueta sobresalía prominentemente sobre el resto de los hombres y las mujeres que abarrotaban los pasillos de los juzgados a aquellas horas. Carla calculó que descalza ya debía de alcanzar el metro ochenta.

A Carla no le gustaban las mujeres altas. De algún modo la intimidaban. Quizás era el modo en que la miraban desde la altura con aire de arrogancia.

—Bien, supongo que lo tienes todo claro, ¿verdad? —le preguntó la abogada con tono exigente después de saludarla con un frío apretón de manos.

Carla asintió. Días antes se habían reunido los tres: Guerrero, la abogada y ella. Guerrero había asegurado a Carla que el gerente de MyLife retiraría los cargos. Según el policía, no tenía que preocuparse de nada.

—¿Cómo lo has conseguido? —
le había preguntado Carla cuando
estuvieron a solas.

—Secreto de Estado —
respondió Guerrero con una sonrisa
lobuna—. Solo te diré que alguien
que ha llegado a su posición tiene
mucho que ocultar. Le conviene
estar a bien conmigo.

El acuerdo, tal y como explicó
Guerrero, consistía en que
Castellanos se presentaría ante el
juez y sería en ese preciso
momento, y no antes, cuando
retiraría los cargos. De ese modo,
Max recibiría la citación y también
tendría que presentarse en el

juzgado. Carla se encontraría con él de un modo que jamás parecería premeditado.

A Carla no se le escapaban las precauciones que todos tomaban con Max. ¿De verdad era tan peligroso? Aunque le había visto dominar por la fuerza bruta al gerente de MyLife, la impresión que Carla tenía de él era la de un hombre tranquilo, noble, incapaz de hacer daño a nadie, a no ser que se viese obligado por las circunstancias. Como cualquier persona, por otro lado.

No, a Carla no le preocupaba encontrarse con Max. Después de la

terrible vivencia por la que habían pasado juntos, después de ver como Max se desvivía por encontrar a Alicia, Carla sentía una especie de íntima confianza con él. La misma confianza que tienes en un perro fiero que has criado desde cachorro. Aunque otros puedan temerlo, sabes que a ti jamás te haría daño.

El encuentro que realmente temía era el de Carlos Castellanos. El ejecutivo de la red social debía de estar que echaba chispas. Primero, Carla lo había engañado para colarse en su despacho, después le habían dado una paliza y ahora lo

obligaban a quitarle la demanda y olvidarse del asunto.

—Cuanto menos hables, mejor —advirtió la abogada—. No queremos que el juez haga preguntas indebidas. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió Carla.

Le reventaba la superioridad de aquella mujer. ¿Por qué a cada cosa que decía tenía que añadir un «¿lo entiendes?»? ¿La tomaba por tonta? Desde que se conocieron, tenía la impresión de que la consideraba una idiota, como si no fuese capaz de comprender de qué iba todo aquello.

Se quedaron sin decir nada, esperando a que llegasen el resto de los implicados para comenzar la vista. La abogada se puso a mirar su móvil ignorando a Carla. En los pasillos se acumulaban los corrillos de abogados con toga y sus clientes, listos para entrar a juicio. La actividad en los juzgados se volvía más frenética según pasaban los minutos. Del ambiente se apoderó una algarabía de conversaciones que se mezclaban con los rostros de preocupación, las instrucciones de última hora, preguntas, dudas, quejas, puertas que se abren y se cierran, un ir y venir de secretarios

judiciales cargando expedientes.

La abogada se alejó unos pasos de Carla para hacer una llamada. Se puso a hablar en voz baja, aunque poco a poco fue subiendo el tono de voz y haciendo aspavientos con la mano. Carla dedujo que estaba echándole la bronca a alguien, o dándole órdenes. Desde luego, tenía bastantes malos modos. Carla sabía, por lo que le había contado Guerrero, que aquella mujer no era una simple abogada, sino que ocupaba cierta posición en la jerarquía de los servicios de inteligencia, aunque no especificó cuál era su puesto. Por lo que pudo

escuchar Carla de la conversación, la tía era una borde.

En ese momento hizo acto de presencia Carlos Castellanos. Apareció por el pasillo dando grandes zancadas, rodeado de tres hombres con traje y maletín que debían de ser sus abogados. El ejecutivo llevaba un brazo escayolado y Carla pudo apreciar todavía marcas de los golpes en la cara, sobre todo en la nariz. Max se la había roto de un puñetazo.

Cuando vio a Carla frenó en seco y clavó una mirada de rencor en ella. Carla agachó la cabeza, fingiendo no haberlo visto. El odio

hacia ella brillaba en los ojos del ejecutivo como ascuas al rojo vivo. La asaltaron las dudas. ¿Y si no cumplía el trato con Guerrero y seguía adelante con la demanda? ¿Y si acababa en la cárcel? La sola idea de tener a su hijo en la cárcel y que lo apartasen de su lado la llenaba de una angustia indescriptible. La adrenalina fluyó. Se sintió como si se sumergiese en un tanque de agua helada.

Alzó la cabeza. No tenía que arrepentirse de lo que había hecho. La vida de Alicia estaba en juego y aquel imbécil no había querido colaborar por las buenas. Sus

miradas chocaron. El ejecutivo la observó con los dientes apretados como un perro rabioso. Carla le sostuvo la mirada.

La abogada, que ya había acabado su conversación telefónica, pasó junto a Carla meciéndose sobre sus altísimos tacones y fue derecha hacia el grupo de hombres. Saludó calurosamente a Carlos Castellanos y estrechó las manos de los demás letrados. Después intercambió unas palabras con el ejecutivo, aunque entre el barullo de conversaciones Carla no pudo escuchar lo que hablaban. Ambos miraron de soslayo a Carla. El

ejecutivo esbozó una sonrisa torcida mientras la abogada le decía algo cerca del oído. Carla vio como los labios de Castellanos se movían en respuesta. La abogada soltó una risita. Siguieron hablando unos minutos, mirando de vez en cuando a Carla. Entonces el ejecutivo y sus abogados se metieron en el despacho judicial. La abogada regresó junto a ella.

—¿De qué hablabais? —quiso saber Carla.

La abogada se puso a mirar su móvil y no contestó. Carla se la quedó mirando con la boca abierta. La indignación crecía en su interior

como una sustancia efervescente. Le reventaban las personas que ignoraban una pregunta y se quedaban calladas como si no existiesen.

Iba a decir algo cuando vio llegar a Max. El hombre miraba a su alrededor con aire perdido hasta que reconoció a Carla, quien le hizo una señal con la mano.

Max vestía vaqueros, zapatillas de deporte, una camiseta negra y una cazadora de piel marrón. Viéndole con aquellas ropas baratas de hipermercado, su físico imponente y el porte aristocrático, uno tenía la sensación de que

llevaba alguna clase de disfraz, como un guapo actor que se mete en el papel de un obrero pero no te puedes quitar de la mente que en realidad es actor, rico y famoso. Esa era la curiosa impresión que producía Max, pensó Carla mientras lo observaba aproximarse.

Carla lo saludó con dos calurosos besos en las mejillas.

—Me alegro mucho de verte. Ella es María Rey, nuestra abogada de oficio. Nos va a ayudar con el proceso.

Carla vio como la abogada se secaba disimuladamente la palma de la mano en la falda antes de

extenderla rígida hacia Max. Carla se dio cuenta de que estaba envarada y que luchaba por disimular sus emociones. Miedo. La muy idiota apenas podía ocultar el miedo. Si Max era tan bueno interpretando sensaciones como le había explicado Guerrero, se iba a dar cuenta de que la abogada estaba asustada.

—¿Pasa algo? —preguntó Max observando atentamente a la letrada.

—María está nerviosa porque es su primer caso serio —dijo Carla fulminándola con la mirada—. Pero no te preocupes, es una buena

chica. Ya verás como nos saca de esta. Confío mucho en ella.

—Todo está casi resuelto —dijo la abogada inclinándose imperceptiblemente hacia atrás. Miraba a Max con prevención, como si se tratase de una alimaña agazapada a la espera de un descuido—. Hemos llegado a un acuerdo extrajudicial y van a retirar la demanda —añadió.

Max interrogó a Carla con la mirada de un niño que no entiende lo que está ocurriendo a su alrededor, que tampoco aspira a entenderlo y solo necesita las palabras tranquilizadoras de su

madre. No hubo tiempo de más explicaciones porque en ese momento el secretario judicial les pidió que pasaran al interior de la sala.

Era la segunda vez que Carla se enfrentaba a Carlos Castellanos en una demanda, aunque esta vez las cosas fueron bastante rápido. Uno de los abogados del ejecutivo entregó unos documentos al juez, quien los estudió brevemente. Intercambiaron unas palabras en la jerga legal. El juez llamó entonces a la abogada de Carla, que se aproximó al estrado. La abogada dijo algo, asintiendo repetidamente

y mostrando su acuerdo con la propuesta de los abogados del demandante. El juez dio por finalizado el proceso.

—Todo resuelto —anunció María Rey de regreso adonde se encontraban—. Han retirado la denuncia —añadió con los ojos clavados en Carla, como si Max no existiese.

Carla suspiró aliviada. El ejecutivo de MyLife abandonó la sala seguido de sus abogados, apresuradamente, como si les persiguiese el diablo. Carlos Castellanos tenía el rostro congestionado por la ira: el orgullo

se le había atragantado. Ni siquiera se atrevió a una última mirada de odio antes de desaparecer.

Carla hubiese dado cualquier cosa por presenciar la conversación que habían tenido Guerrero y él. Los argumentos esgrimidos por el agente del CNI debían de haber sido de mucho peso para contrarrestar todo el odio que había visto reflejado en los ojos de Castellanos. Sin embargo, Guerrero le había asegurado que no tenía que preocuparse más del ejecutivo. Le había dejado bien claro que si intentaba cualquier cosa contra ella,

directa o indirectamente, se las vería con él.

—Tengo que irme volando —se disculpó la abogada—. Tengo otro juicio y llego tarde.

La mujer se alejó sin siquiera despedirse, taconeando con sus largas piernas de ave zancuda, dejando a Carla a solas con Max.

Ambos abandonaron el salón judicial y salieron al pasillo abarrotado. Mientras caminaban, Carla miró a Max de soslayo. No parecía ni sorprendido ni extrañado por el rápido devenir del juicio. Se movía pausadamente, con semblante relajado pero atento,

como un felino que se pasea por sus dominios escrutando el menor movimiento: con una aparente indiferencia hacia lo que le rodea pero, a la vez, absorbiendo cada detalle con los cinco sentidos.

—¿Te apetece tomar un café? —ofreció Carla—. Podemos charlar un rato, si no tienes prisa.

Max aceptó y se dirigieron a una cafetería próxima al juzgado. Se acomodaron en una mesa. Pidieron dos cafés. Max clavó en ella sus grandes ojos azules. Tenía que reconocer que era un hombre muy atractivo.

—¿Qué tal le va a Alicia? — preguntó Carla—. Espero que siga bien.

—Hace tiempo que no la veo — respondió Max—. Ella dejó el trabajo en el supermercado y yo también. Además, a su madre no le gusta que seamos amigos. Piensa que yo la metí en problemas. Creo que también piensa que tenemos una relación sexual. Aunque eso no es verdad, entiendo sus recelos.

Max hablaba con la inocencia de un niño, hasta el punto de que la palabra «sexual» parecía haberle ruborizado al pronunciarla. Carla recordó que podría estar fingiendo,

aunque era difícil creer que alguien pudiese fingir semejante ingenuidad. Le costaba imaginar que aquel hombre fuese un peligroso asesino, como aseguraba Guerrero. La amnesia debía de haber borrado cualquier rastro de maldad en él. Era algo que se podía ver con solo mirarlo a los ojos. Carla, al menos, así lo veía.

—Siento el malentendido —respondió Carla—. La gente tiene muchos prejuicios. Aunque se oyen tantas cosas que es normal que todo el mundo desconfíe, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Supongo que todos son desconfiados porque la

mayor parte del tiempo la gente miente. Es algo que veo continuamente.

Max la miraba fijamente. Carla notó una oleada de calor en sus mejillas. Inocente o no, tuvo la súbita impresión de que Max conocía las intenciones que ocultaba con aquella conversación. Se obligó a respirar con el abdomen para controlar sus emociones, tal y como le había enseñado Guerrero.

—Supongo que desconfiar es un mecanismo de defensa —dijo Carla—. Fíjate en los gatos callejeros. Los más desconfiados son los que sobreviven más tiempo.

—Entonces desconfiar es bueno.

—Hasta cierto punto. Me imagino que de vez en cuando hay que confiar en alguien, aunque a veces te lleves unos cuantos palos. Si no, nos quedaríamos solos en la vida.

Max asintió lentamente, como si sopesase cada una de sus palabras. Se hizo un incómodo silencio que se propagó lentamente por el tiempo como una mancha de aceite. Carla ganó unos segundos sirviéndose el azúcar en el café y dándole un sorbo. Dudó sobre lo que tenía que decir a continuación.

Se dio cuenta de que no era fácil mantener una conversación con alguien de quien no sabes casi nada y lo poco que sabes tienes que fingir que lo desconoces.

—¿Sigues viviendo en Almería? ¿Buscas trabajo? —Carla preguntó lo primero que le pasó por la cabeza para romper el silencio.

—No, no hago nada —negó Max—. Mi asistente social me está buscando un trabajo.

—¿Tienes un asistente social? ¿Es por lo de tu amnesia?

—Sí, se supone que me ayuda a empezar una nueva vida. También hay un psiquiatra que intenta

rescatar los recuerdos de mi cabeza.
—Se tocó la frente con el dedo índice.

—Vaya. ¿Y has mejorado algo?

—Sigo sin recordar nada de mi vida antes de despertar del coma. —
Max negó con la cabeza.

—¿Nada de nada? ¿Nadie sabe lo que te pasó? ¿No llevabas documentación ni nada encima que sirva para identificarte?

—Al parecer, no. —Se pasó una mano por el mentón—. Solo llevaba encima algo de dinero suelto, un pedazo de fotografía donde aparece la cara de una desconocida y un teléfono móvil.

—¿Un teléfono? ¿Y el número no te sirve para saber quién eras?

—El teléfono no tiene tarjeta. No sirve para nada.

Carla lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Claro que sirve! —exclamó—. Por el código IMEI.

—¿El código IMEI? —preguntó Max alzando levemente las cejas—. No sé lo que es eso.

—Es un número de serie que llevan todos los teléfonos —explicó Carla—. Está grabado en el *hardware*, en el teléfono en sí. No depende de la tarjeta ni de la compañía con la que tuvieses

contratada la línea de teléfono. Es como una especie de número de matrícula del teléfono, un identificador único.

—¿Y ese número para qué puede servirme?

—¡Pues porque, precisamente, con ese código se hace el seguimiento de los teléfonos! — exclamó Carla sonriendo triunfal como si acabase de ganar un premio —. Verás, la telefonía móvil funciona con antenas que están en los tejados de los edificios. Ahora mismo mi teléfono está conectado a la antena más cercana, que estará en este edificio o, como muy lejos,

en el de al lado. Hay muchas antenas, más o menos una por manzana. Así que la operadora de telecomunicaciones sabe que estoy aquí porque registra la conexión a esa antena cercana. Y si me desplazo, mi teléfono se conectará a la siguiente antena, así que la operadora sabe que me he movido y dónde estoy en cada momento, ¿lo entiendes?

—Creo que sí —asintió Max con el ceño fruncido.

—Resulta que, entre otras cosas, uno de los datos que se guardan de los clientes es el código IMEI del teléfono. Aunque yo

cambie de tarjeta SIM o de número, ese código sigue siendo el mismo mientras no cambie de aparato.

Max meditó unos segundos. Sus ojos azules miraban a Carla como si quisieran traspasarla.

—¿Quieres decir que la compañía telefónica sí puede saber dónde estuvo mi teléfono?

—¡Exacto! Y por lo tanto sabe dónde estuviste tú. Con el historial de tu teléfono seguramente puedas averiguar quién fuiste. Sabrás por dónde vivías, dónde trabajabas. En cuanto te presentes en uno de esos sitios, seguro que te reconocerán.

—Pero ¿cómo puedo conseguir esa información?

—Yo te la puedo dar. Ahora trabajo en una empresa de telefonía. Tengo los códigos para entrar en la base de datos de los clientes.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro. Bueno, se supone que no puedo sacar información, pero nadie se va a enterar. Es lo mismo que hicimos cuando buscábamos a Alicia. Si yo hubiese tenido el trabajo que tengo ahora, no tendríamos que haber ido a por Castellanos.

Max metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un teléfono móvil. Era un modelo BlackBerry antiguo bastante gastado. Lo dejó en la mesa. Carla cogió el teléfono y abrió la tapa trasera. Efectivamente, el teléfono no tenía tarjeta ni tampoco batería. Le dio la vuelta para que Max pudiera verlo.

—¿Ves este número grabado en la carcasa? Es el código IMEI. Aunque el teléfono es bastante viejo, todavía puede leerse perfectamente. Con este código puedo averiguar dónde estuvo este teléfono en los últimos doce meses,

al menos mientras tuvo una línea activa.

Max le dirigió una mirada penetrante. Carla tuvo la impresión de que la estaba evaluando. Por un segundo entendió por qué todos temían a aquel hombre. Te miraba de un modo que parecía leerte la mente. Si de verdad era un asesino como aseguraba Guerrero, aquella mirada daba miedo.

—Puedo apuntarme este código y comprobarlo el lunes —propuso Carla—. Si hay datos en los registros de conexión, te los puedo pasar.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo Max en el mismo

tono afable pero frío.

A Carla no se le escapó el desapego de su voz. ¿Sospecharía algo? Carla se había esforzado por mantener el control de sus gestos, tal y como le había enseñado Guerrero. Había mantenido el contacto visual, tenía las manos sobre la mesa en actitud abierta, respiraba lentamente con el abdomen y estaba relajada...

Consultó el reloj.

Max la miraba fijamente. Estaba observando cada facción de su cara con aquellos ojos que podrían atravesar el acero. ¿Intentaba ponerla nerviosa?

Era un momento perfecto para salir de allí volando.

O tal vez no.

Carla comprendió, como si se encontrase en una partida de ajedrez, que su peor movimiento era precisamente ese: irse. Ese era el jaque mate. Si Max sospechaba algo, salir de allí no haría más que confirmárselo.

No podía quedar en evidencia y fallar, tenía que demostrarle a Guerrero que era capaz de hacerlo bien.

Miró a Max a los ojos y sonrió. «¿Quieres jugar? —pensó—. Vamos a jugar.»

—Me encantan estos días lluviosos —dijo mirando a la calle a través de la cristalera mientras dejaba que su cuerpo se relajase sobre la silla como un globo que se desinfla—. Podría quedarme aquí toda la mañana, charlando y tomando café.

Max sonrió como sonríen los niños cuando les dan buenas noticias.

—¿Te gusta vivir en Almería? —preguntó Carla—. Yo siempre he vivido en ciudades grandes. Cuando era niña, en Barcelona, aunque ya no me acuerdo de casi nada. Y después, toda mi vida en Madrid.

No sé si me acostumbraría a una ciudad tan pequeña.

—Almería es más silenciosa que Madrid. Puedes ir caminando de un sitio a otro, y puedes admirar el mar. —Max hablaba como si enumerase—. Mi lugar preferido es precisamente el paseo Marítimo.

El modo de hablar de Max, observó Carla, se parecía mucho a la redacción de un escolar. Parecía que tuviese que esforzarse en extraer una a una las frases de su mente en lugar de que las palabras fluyesen libremente.

—Es curioso —dijo Carla—, pero la primera vez que estuve en

Almería me pareció un sitio horrible. En cambio, cuando regresé después para ver cómo se encontraba Alicia, me pareció una ciudad preciosa. Es sorprendente como las emociones cambian lo que vemos.

—¿Las emociones cambian lo que vemos? —repitió Max extrañado.

—¿Nunca lo has pensado? Cuando estamos tristes o angustiados, lo que vemos nos parece feo y deprimente. Cuando fui a Almería yo estaba desesperada, muerta de miedo. Fueron los peores días de mi vida. Almería me pareció

el lugar más oscuro y tétrico del mundo. —El rostro de Carla se ensombreció por unos instantes al recordar aquellos duros momentos —. Y lo contrario: cuando somos felices o estamos contentos, cualquier cosa nos parece bonita. Cuando regresé a Almería, estaba feliz porque mi hermano se había recuperado del coma. Esperaba encontrarme con la ciudad fea que recordaba de días anteriores, pero me sorprendió la luminosidad de las calles, el aire limpio que se respiraba, la belleza del mar tan cercano a la ciudad. Obviamente, la ciudad era la misma antes y

después. Lo que la hizo diferente fue mi estado de ánimo. La realidad es siempre igual, es nuestra mente la que la cambia. Supongo que no hay una única realidad, sino muchas, dependiendo de nosotros mismos. —Max parecía sorprendido ante las palabras de Carla—. Imagínate hasta dónde podemos llegar a deformar la realidad que vemos. Y eso pasa todo el tiempo, aunque no nos demos cuenta. Por ejemplo, ¿nunca has vuelto a un lugar de tu infancia? Perdona, vaya metedura de pata. —Carla alzó las palmas de las manos—. Es un mal

ejemplo, claro; tú no conservas recuerdos...

—No, continúa —la animó Max —, es interesante para mí. ¿Qué pasa cuando regresas a un lugar de tu infancia?

—Pues que te llevas una tremenda sorpresa. Nada es como lo recuerdas. Todo es más pequeño, más sórdido. El parque donde pasabas maravillosas tardes de juegos cargados de aventura con tus amigos resulta ser un sitio insulso, mustio y polvoriento. Lo que pasa es que el sentido de la maravilla de la mirada infantil le daba una pátina de esplendor que no tenía en

realidad. Y así con todo. Y no es que esos sitios hayan cambiado: lo que ha cambiado es uno mismo.

—Es interesante lo que dices.

—Bueno, no quiero hacer filosofía barata —Carla desplegó una gran sonrisa—, pero ya sabes que los sentidos nos engañan continuamente. Vemos lo que nuestro cerebro quiere que veamos, no la realidad física constatable.

—¿Los sentidos nos engañan?

—preguntó Max atónito.

—Por supuesto. ¿Nunca has visto uno de esos trucos visuales que circulan por internet? Es

cuando te das cuenta de que el cerebro nos engaña.

Carla sacó su teléfono móvil. Tecleó unos segundos en el buscador y giró la pantalla para que Max pudiese verla. Carla había buscado un vídeo que formaba parte de una serie de trucos visuales. En la grabación aparecían seis círculos negros alrededor de otro de igual tamaño. Los círculos que se encontraban alrededor empezaban a crecer a la vez que el círculo central se reducía. Después, a la inversa, los círculos grandes se encogían y el círculo central se hacía enorme.

—En las redes sociales circulan estos vídeos. El círculo central es siempre igual —explicó Carla—, pero al cambiar los que lo rodean hacen creer que se encoge o crece. El cerebro te engaña.

Max observaba la animación boquiabierto.

—Cuesta creer lo que dices. Hubiese jurado que el círculo central cambia de tamaño.

—Pues te aseguro que no. El círculo central nunca cambia de tamaño. Si buscas en internet, hay muchos trucos visuales parecidos. Este es muy bueno.

Max se rascó la cabeza. Parecía conmocionado.

—Si uno no puede fiarse de lo que ve, ¿entonces de qué?

—No lo sé, Max —sonrió Carla—. Supongo que por eso todos vivimos llenos de dudas todo el tiempo. Por eso el mundo es un lugar cambiante. Si algo he aprendido en esta vida es a no poner la mano en el fuego por nada ni por nadie. Es difícil estar seguro al cien por cien de algo. Los que van por la vida creyendo saberlo todo son los que menos saben.

Carla se quedó mirando a Max. El hombretón observaba sin

pestañear el vídeo en el móvil una y otra vez, con los ojos muy abiertos y una sonrisa a medias en la cara. Ahora estaba relajado; la prevención que había percibido en su voz minutos antes había desaparecido. Carla se dijo que había ganado aquella partida y Max no se había dado ni cuenta.

Consultó el reloj y decidió que entonces sí era el momento de marcharse. Carla le pidió una dirección a la que enviarle la información que averiguase sobre su teléfono móvil. Se despidieron en la puerta de la cafetería.

Carla paró un taxi y se metió dentro. Aunque todo había ido bien, se sintió aliviada. Mientras el vehículo se ponía en marcha se volvió para mirar a Max. La lluvia era una fina cortina gris. Max permanecía quieto en la acera, pensativo, con la mirada perdida. Carla se preguntó si realmente habría sospechado algo. Era imposible. Por hábil que fuese aquel hombre interpretando el lenguaje corporal, no podía leerle la mente. ¡Lo había hecho bien!

El taxista soltó un gruñido quejándose con amargura del chaparrón y de los atascos que se

forman en Madrid «cada vez que caen cuatro gotas». A Carla, en cambio, le encantaba la lluvia y así se lo dijo; comentario que no fue nada bien recibido por el taxista.

Lo cierto era que la lluvia le recordaba su infancia. Cuando era niña, un día lluvioso significaba calzarse las botas de agua y aventurarse a pisotear con su hermano todos y cada uno de los charcos camino del colegio, o atreverse a cruzar la gran laguna que se formaba en el patio, emocionante aventura.

Carla se prometió a sí misma que, cuando su hijo tuviese edad de

ir al colegio, se comprarían unas botas de agua y los dos saldrían a la calle los días de lluvia a pisar charcos y tramar aventuras. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras imaginaba el futuro. El contrariado taxista la miraba de reojo, ceñudo, a través del retrovisor.

Cuando estaba cerca de su casa, el taxi pasó por la avenida de Pablo Neruda, justo donde hacía pocos días Carla había observado aquel accidente de tráfico. La luz del semáforo del cruce estaba en rojo y el taxi en el que iba Carla se quedó detenido justo en el lugar en el que

había visto a aquel pobre hombre sentado, el hombre que había provocado el accidente y se moría de culpabilidad. Se lo imaginó sentado en el mismo lugar como un fantasma penante bajo aquel aguacero.

Pudo recordar su cara de absoluta angustia. Miró el asfalto a través de la ventanilla: no quedaba ni rastro de los cristales ni de la sangre.

La lluvia siempre se empeña en limpiarlo todo.

Tal vez necesitamos más lluvia y menos sol.

El taxi la dejó frente al portal de su casa. Allí la esperaba Guerrero. Su rostro reflejó alivio al ver que Carla se bajaba sana y salva del taxi.

—Todo ha salido bien —informó Carla—. Espera los datos del teléfono.

—¿Crees que sospecha algo?

—No sospecha nada. Lo hice muy bien, no te preocupes.

Guerrero la besó. Carla sintió como los altibajos emocionales que había sufrido durante las últimas horas daban paso a un ardiente deseo.

EVA LUNA

Comprobaron que el susto había dado resultado. Antonio, la expareja de Sonia, desapareció de su piso el mismo día siguiente. No obstante, tuvo que pasar una semana hasta que Sonia se atrevió a regresar a su casa. Lo hizo acompañada de las mismas cinco mujeres que días antes habían entrado allí y le habían metido el

miedo en el cuerpo a su pareja. Esta vez las cinco entraron al piso con la cara descubierta. Todas las persianas estaban echadas hasta abajo y olía a calcetín sucio y a humedad. Lo primero que hicieron fue abrir las ventanas y ventilar la casa.

—Joder, qué sucio está todo — dijo Mamen.

—Ay, madre, y qué mal huele. ¿Es que ese hombre nunca ventilaba la casa? —preguntó Carmen.

La cocina olía a basura. El fregadero estaba atestado de platos sucios y había montones de envases

de comida precocinada apilados en la encimera. Lo peor era el dormitorio, que apestaba a marisco podrido y a calcetín usado. La cama estaba revuelta y las sábanas, amarillentas.

—Los tíos no saben que para cambiar las sábanas no hay que esperar a cambiar de colchón —bromeó Mamen—. Es el colchón lo que se cambia cada ocho años, pero las sábanas hay que cambiarlas antes de que aparezca una mancha marrón con la forma del cuerpo.

Todas rieron la ocurrencia. Mamen siempre sabía rebajar la tensión con sus bromas.

Entre todas ayudaron a Sonia a limpiar y a recoger la basura. Se emplearon a fondo con el cuarto de baño y la cocina. Después de toda una mañana de trabajo, la casa estaba limpia y habitable.

Eva trajo macetas y las fue colocando en cada una de las habitaciones.

—Las plantas borrarán las malas vibraciones —se dirigió a Sonia—. Cuídalas y ellas cuidarán de ti.

En el salón, Eva colocó su flor favorita: una rosa de Jericó. Todas se extrañaron por la apariencia de aquella planta, aparentemente seca,

con una forma esférica semejante a un puñado de raíces resacas enroscadas como una bola.

—Ay, qué planta más rara —dijo Carmen—. Parece un matojo. ¿No está seca?

—Es una rosa de Jericó —explicó Eva—. Puede vivir sin agua durante años, aparentemente muerta. Pero si le añades agua, resurge y despliega unas preciosas hojas verdes. Por eso la llaman la planta de la resurrección. Contiene una energía espiritual muy poderosa. Es capaz de absorber toda la energía negativa que puede hacer daño en un hogar. Ahora la casa ha

recuperado el equilibrio. —Eva contempló con orgullo sus plantas.

—Como dicen en mi pueblo —dijo Andrea, la Gallega—, «a auga todo o lava, agás a mala fada»: el agua lo lava todo, excepto la mala fama.

Todas asintieron.

—Gracias; si no es por vosotras yo no sé qué hubiese hecho... —dijo Sonia con los ojos empañados de emoción.

Eva vio que las heridas de los golpes y los maltratos empezaban a borrarse de su rostro. Pronto sería una mujer completa, libre, sin miedo. Como todas ellas.

—No nos des las gracias —
terció Carmen—. Hicimos lo que
teníamos que hacer. Y si quieres, tú
también puedes formar parte del
grupo.

—¿Del grupo? —preguntó
Sonia.

—Las Flores de Otro Mundo —
respondió Carmen, susurrando con
los ojos muy abiertos como si
hablase de algo que todas
conociesen.

—Lo hemos hablado entre
algunas de nosotras —explicó
Mamen—. Eva nos ha abierto los
ojos, nos ha hecho ver que si
estamos unidas no tenemos que

temer nada de los hombres. Cada una de nosotras ha sufrido un infierno. Yo incluso llegué a pensar en el suicidio porque no veía salida. Ahora me doy cuenta de lo idiota que fui por tenerle miedo a mi exmarido. No es más que un cobarde y yo tendría que haberle plantado cara, pero estaba paralizada por el miedo. Vosotras también pensáis lo mismo que yo: ahora ya no tenéis miedo a vuestras parejas porque tenemos la fuerza del grupo.

Todas asintieron con murmullos de aprobación. Eva sintió que las palabras de Mamen

revoloteaban alrededor de ellas como flores voladoras, dientes de león sobre un mar en calma al atardecer.

—Me gustaría que mi marido volviese a amenazarme ahora como hace años —dijo Carmen—. ¡Se iba a enterar ese cabrón!

Soltó una carcajada que escondía toneladas de dolor y humillación vividas durante mucho tiempo.

Eva observó que los dientes de león se deshacían en un millón de pétalos bajo golpes inesperados de viento.

—Pero hay otras mujeres que siguen paralizadas por el miedo —dijo Mamen—. Hay otras mujeres que necesitan que las ayuden y que alguien les abra los ojos.

—¿Y qué propones? —preguntó Isabel, aunque todas sabían lo que Mamen iba a decir.

—Que las ayudemos —respondió Mamen—, que las ayudemos nosotras como hemos ayudado a Sonia. A la Asociación de Víctimas del Maltrato Machista llegan todos los días mujeres huyendo de sus parejas. Las que llegan allí están en una situación límite. Amenazadas de muerte. Sin

casa, sin apoyo. Acosadas como animales. No vamos a permitirlo.

—Tenemos que andarnos con mucho cuidado —observó Carmen, que parecía tener todo aquello hablado con Mamen—. Nunca tenemos que contarle nada de esto a nadie. Tenemos que hacer un pacto, un juramento.

Se cogieron de las manos formando un círculo. Carmen recitó en voz alta:

—Nunca dejaremos que un hombre nos avergüence, ni nos humille ni nos ponga una mano encima. Nunca más. Ayudaremos a cualquier mujer maltratada o

acosada por un hombre. Siempre estaremos unidas. Nos apoyaremos y nos ayudaremos hasta el punto de dar la vida si es necesario. Lo juramos.

—¡Lo juramos! —exclamaron las demás.

—Querido pasado, gracias por todas las lecciones. Querido futuro, estoy lista —recitó Mamen.

—¡Querido futuro, estoy lista! —repetieron todas al unísono.

—Ahora somos flores de otro mundo —sentenció Carmen.

Se soltaron de las manos y se abrazaron una tras otra, sellando aquel pacto.

Eva las contempló a todas con los ojos empañados de emoción: Carmen, tan atrevida, con su melena leonina desafiante, parecía una fiera que acabase de recobrar la libertad; Isabel, cuyo orgullo y elegancia escondían años de maltratos; Andrea, la Gallega, como la llamaban todas, enérgica y reflexiva, y, por último, Mamen, su primera y mejor amiga, que había recobrado la alegría de vivir y rebosaba buen humor por cada poro de su piel.

Eva Luna ya no estaba sola. Ahora formaba parte de un grupo de mujeres valientes. Eran sus amigas

y estaban dispuestas a hacer cualquier cosa por ella. Igual que ella haría cualquier cosa por las demás.

Y pobre del hombre que se interpusiera en su camino.

ALICIA

Marcos, todavía más guapo de lo que lo recordaba la noche anterior, se detuvo en la Gran Vía con un viejo Volkswagen Golf. Alicia metió su guitarra en el asiento trasero y se sentó delante.

A pesar de que seguía fugada de casa, o más bien gracias a eso, Alicia empezaba a tener motivos para ser feliz o para aspirar a ser feliz, lo

cual, paradójicamente, la llenaba de desdicha. Se sentía culpable por sentirse bien. Mientras su hermano languidecía en un hospital, ella comenzaba a disfrutar de cosas con las que ni siquiera se hubiese atrevido a soñar. ¿Era justo que ella empezase a pasarlo bien? Aunque no era demasiado creyente, se aferraba a las palabras de doña Adelaida: «Jesús quiere vernos felices para que así podamos ayudar a los demás con todas nuestras fuerzas». A lo mejor pensar así no era más que un truco hipócrita para tener la conciencia tranquila. A sus diecisiete años, casi dieciocho,

Alicia estaba muy confusa acerca de la vida.

El viejo Volkswagen Golf se puso en marcha. Si Alicia hubiese entendido algo de coches, hubiese sabido que no era la chatarra que ella pensaba, sino más bien un modelo de coleccionista mucho más caro que cualquier versión moderna. Viendo aquel coche de los años ochenta, Alicia imaginó que Marcos viviría en un piso humilde de algún suburbio obrero.

Después de un trayecto de media hora por las transitadas circunvalaciones de Madrid, se

detuvieron junto a un precioso chalet de una lujosa urbanización.

Jo, ¿por qué siempre tenía que conocer a gente asquerosamente rica?

Venga, Alicia, el dinero no es lo importante en la vida, se dijo, no te dejes intimidar. Además, Marcos era un encanto. No solo era guapísimo, entendía de música de verdad. Durante el trayecto en coche le había puesto algunas canciones de un grupo llamado Goldfrapp. Estuvo comentando los ritmos y la instrumentación electrónica. Le habló de efectos, de filtros sonoros y de como él mismo

había aprendido a reproducir todas aquellas texturas musicales.

—Me encanta este grupo — confesó el chico—. Y creo que con tu voz tan cálida podríamos lograr un sonido parecido.

—Bueno, cuesta imaginar que yo pueda sonar como esto —dijo Alicia escéptica—. Hasta ahora mis canciones éramos yo y mi guitarra.

Marcos dejó el coche en el garaje. El chalet tenía una cuidada extensión de césped, piscina, pista de tenis y hasta un invernadero de cristal. Accedieron al sótano a través de una puerta que comunicaba directamente con el

garaje. Marcos le explicó que la casa tenía dos bodegas. La superior, con chimenea, era usada por sus padres para celebraciones o reuniones familiares de invierno. En el sótano inferior era donde él había ido montando poco a poco su estudio de grabación.

—Está insonorizado —explicó—. Podemos hacer todo el ruido que queramos, que nadie nos molestará.

Alicia se quedó con la boca abierta. Aquello parecía una sala de la NASA o algo parecido. Tenía una mesa de sonido repleta de botones y controles deslizantes y un ordenador Mac plateado que parecía

recién salido de la tienda. Pantallas de plasma, altavoces y micrófonos. Teclados electrónicos y hasta un piano de verdad en el centro de la sala. Y por todas partes cables y cajas con dispositivos de efectos de sonido, ecualizadores, interruptores, luces, conexiones...

—¡Guau!, la que tienes aquí montada —exclamó.

Las paredes revestidas de espuma insonorizante parecieron absorber su voz.

—Tengo suerte de que mis padres ganen mucha pasta. Los dos son médicos, cirugía plástica, y tienen su propia clínica. Te puedes

imaginar. El dinero no es problema para ellos.

Alicia no podía ni imaginar lo que tenía uno que sentir sabiendo que «el dinero no era problema». Recorrió la estancia observando los aparatos. Se acordó de su viejo ordenador, con el que tanto había sufrido para grabar sus canciones. Aquello, desde luego, era jugar en otra liga.

Marcos se sentó en un gran sillón de piel que había junto a una de las paredes. Abrió una cajita de madera y sacó un porro liado. Lo encendió y le dio unas cuantas caladas. El aroma picante se

extendió por la estancia. Después se lo pasó a Alicia.

—No me gusta fumar —rechazó ella.

—A mí me relaja, pero no estoy enganchado ni nada de eso. Tus padres, ¿a qué se dedican?

—Son abogados —mintió Alicia—. Tienen un bufete y también ganan mucha pasta.

Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. No tenía ganas de dar explicaciones sobre sus verdaderos padres.

—Me apuesto algo a que tus padres quieren que estudies

Derecho para que trabajes en su bufete —supuso Marcos.

—Algo parecido —masculló Alicia entre dientes.

—Los míos están empeñados en que vaya a la facultad de Medicina. Pero yo no quiero ser médico, y mucho menos cirujano plástico. No quiero pasarme la vida rellenando tetas con silicona. Aunque se gane mucho dinero, no es algo que te haga sentirte realizado en la vida.

—Ya me imagino.

—Me tendría que matricular antes del verano, pero no sé cómo decir que no a mis padres sin que se

monte una buena. Tú, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a hacer lo que ellos quieren?

—Yo quiero dedicarme a la música. Así que paso de estudiar. Me da igual lo que quieran mis padres.

Alicia pensó que ojalá ella tuviese unos padres dispuestos a pagarle una carrera. Para empezar, significaría que estaban juntos y que se preocupaban por ella. Pero entendía a Marcos: no era fácil rebelarse contra los padres. Sin ir más lejos, a ella la rebeldía le había salido muy cara. Había tenido que escaparse de casa y a duras penas

había logrado apañárselas. De no haberse encontrado con gente tan buena como doña Adelaida, quién sabe cómo hubiese acabado.

—Eres muy valiente y tienes las cosas muy claras —la felicitó Marcos.

Se pasó la mano por el pelo en un gesto súpersexi. Jo, era tan guapo que cortaba el aliento. Alicia se recordó que estaban allí para ensayar.

—Pensarás que soy un cobarde —prosiguió el chico—, pero tengo pánico a que llegue el momento de enfrentarme a mi padre para decirle que no voy a ser médico. Mi padre

tiene un carácter fuerte y no sé lo que va a pasar.

—Seguro que te entenderá. Llega un momento en que tienen que entender que no pueden decidir sobre el futuro de sus hijos. Ya no somos niños pequeños.

—Ojalá lo entienda así. — Marcos apuró el porro—. Venga, vamos a intentar grabar algo.

Alicia se acomodó con su guitarra en un taburete giratorio. Marcos manipuló el pie de un micrófono para ajustarlo a la altura de la guitarra y colocó otro más alto para recoger la voz de Alicia. Después le entregó unos

auriculares. Él se sentó junto a la mesa de mezclas y se puso a manipular los controles. Los altavoces emitieron un zumbido sordo. Alicia se colocó los auriculares. Marcos hizo una señal con el pulgar. Alicia rasgó un acorde en su guitarra y pronunció unas palabras acercando los labios al micrófono.

—Probando, probando, uno, dos...

La voz y el sonido de la guitarra reverberaron con nitidez en sus oídos a través de los auriculares.

—Ok, Alicia, vas a escuchar una suave caja de ritmos con el tempo

de tu canción; intenta que no te distraiga, pero toca siguiendo el compás.

Alicia asintió con la cabeza mientras un ritmo muy básico irrumpía en sus auriculares.

Marcos le indicó entonces por señas que estaba grabando y que empezase a tocar.

Mientras cantaba, Alicia se dio cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo para mantenerse al compás del ritmo. Cuando tocaba la canción sola, sin referencias, tendía a acelerarse y a ralentizarse en ciertas partes, pero no le costó demasiado mantenerse sujeta a ese

compás. Al acabar, se quitó los auriculares y miró a Marcos interrogante, un poco frustrada porque tenía la sensación de que no le había salido del todo bien. El chico manipuló durante unos segundos los mandos de la mesa de mezclas. Alicia se quedó asombrada al escuchar el resultado de la grabación.

—¡Guau!, ¿esa soy yo? —dijo abriendo mucho los ojos—. Mi voz suena como... si llenase todo el espacio.

—Solo le he añadido un efecto de reverberación. Suena genial. Ahora vamos a repetir la grabación

y esta vez yo te acompañaré con el teclado.

Alicia volvió a tocar la misma canción. Marcos se sumó a ella tocando en el teclado, nota a nota, los mismos acordes que Alicia marcaba en su guitarra. Se notaba que tenía buen oído musical porque había captado a la primera todos los armónicos y la estructura de la canción. Sus notas en el teclado tenían matices y ligeras variaciones que enriquecían la melodía principal. Alicia sintió un extraño placer al escuchar aquel otro sonido ajeno a ella, que no salía de su guitarra, fundiéndose a la

perfección con su propia voz. La melodía de Marcos era como una caricia inesperada y excitante en la nuca. Las notas del piano eran como dedos cálidos que exploraban su cuerpo. Notó un calor abrasador que le nacía de dentro. Nunca imaginó que una melodía pudiera excitarla de aquel modo.

Cuando escucharon el resultado de la grabación, se quedó con la boca abierta. Sonaba igual de bien que un disco. Marcos se colocó frente al ordenador y empezó a trabajar con un programa de edición musical. Deslizaba controles sin

parar mientras la canción sonaba una y otra vez.

—No me puedo creer lo bien que suena. —Marcos, ensimismado, trabajaba en los controles de sonido —. Voy a sumar un ritmo. ¿Qué te parece algo tipo *chill-out*?

Movió un control deslizante y un suave ritmo de textura electrónica se incorporó a la música.

—Y ahora una línea de bajo.

Secuencias envolventes se fueron incorporando a la canción principal. Alicia no podía creerse que lo que estaba escuchando lo acabasen de grabar ellos mismos.

Era totalmente alucinante. Los ritmos electrónicos percutían con mecánica precisión para dibujar paisajes futuristas que se entrelazaban con la voz cálida y directa de Alicia, una voz que evocaba impresiones de esperanza, de romper barreras y elevarse por encima del mundo. Marcos la miró con ojos empañados.

—Sabía que esto iba a funcionar.

—Es increíble, yo tenía miedo de que...

—¿De qué?

—Pues imaginaba que simplemente ibas a añadir sonidos

sobre mis canciones.

—Bueno, en realidad, ha sido básicamente eso.

—No me estoy explicando. A ver, imagínate una chica a la que le pones un vestido precioso, pero la chica sigue siendo la misma bajo el vestido... Sin embargo, tú lo que has hecho no ha sido simplemente ponerle un vestido a mi música, es como si la hubieras cambiado... por dentro... para mejor.

Marcos se limitó a mirarla intensamente con una sonrisa infantil.

—Es que es una pasada —dijo Alicia emocionadísima—. Con esto

podemos arrasar en el concurso de talentos.

—Olvídate de los concursos. La mejor forma de abrirse paso en la industria musical es tocando en directo. Los cazadores de talentos acuden a las salas pequeñas en busca de grupos. Imagínate cuando escuchen esto.

—¿Puedes hacer que suene así fuera de aquí?

—Claro. Tendremos que ensayar mucho y prepararlo. Todo irá grabado en el ordenador. En directo yo tocaría el teclado y controlaría la mesa de mezclas. Tengo experiencia. Ya he actuado en

algunas discotecas como DJ. Conozco a gente que nos abrirá las puertas de sus locales cuando escuchen esto.

Marcos la miraba con aquellos ojos azules tan profundos. Se notaba que estaba realmente emocionado. Era el chico más guapo que había conocido nunca. Alicia se acordó de que una vez, cuando tenía catorce años, se enamoró en secreto de un chico de su clase que tenía unos ojos azules idénticos. Aquel chico, por supuesto, jamás mostró el más mínimo interés en ella, a pesar de sus patéticos intentos de llamar su

atención. Marcos era muchísimo más guapo. No había comparación. Y encima la miraba como si ella fuese el centro del mundo.

El beso la cogió por sorpresa.

Lo primero que sintió fue algo ardiente derramándose en su interior, como si hubiese estallado un pequeño volcán y la lava líquida corriese por su cuerpo. Marcos la besaba con suavidad. Sintió sus dedos alrededor del cuello y en la nuca. Alicia lo abrazó por la cintura. Tenía un torso musculoso. Después le acarició la nuca. El deseo la cegó como un fogonazo de luz detrás de los ojos.

Entonces Alicia se apartó bruscamente.

—No —dijo—. Tienes novia. No puedes engañarla.

—Samanta ya no es mi novia. Corté con ella la misma noche en que te conocí. —La cogió de las manos—. Ya te dije que conocerte fue un *shock*. Nunca pensé que pudiese existir alguien como tú. Y no solo existes, sino que además te he conocido y estás aquí conmigo. Eres como un sueño hecho realidad.

Sonrió como si no hubiese conocido más alegría que la de estar con ella. Esta vez fue Alicia quien empezó el beso. Se besaron con

avidez y acabaron tumbados en el sillón, ella debajo de él. Marcos la besó en el cuello y después en los pechos por encima de la camiseta. Sus manos la recorrían de arriba abajo. Alicia hundía las manos en su pelo, le acariciaba el cuello... El deseo era como una estrella diminuta y brillante en su interior, una estrella a punto de explotar. Entonces una pequeña voz se abrió paso por el interior de su conciencia.

—Te deseo —dijo con voz entrecortada—, pero no estoy preparada todavía. Por favor, dame tiempo.

—Te entiendo, no te preocupes. No necesito acostarme contigo para amarte. Mira, estoy temblando. —Le enseñó las manos—. Nunca me había pasado esto con ninguna chica. Estoy nervioso como si fuese mi primera cita —sonrió como un niño.

Alicia pensó que ella tampoco había conocido nunca a alguien como Marcos. Era guapísimo, inteligente, con una gran sensibilidad musical. Y estaba loco por ella.

En un universo paralelo formarían la pareja perfecta. Pero en aquel universo asqueroso en el

que le había tocado vivir, ella se había fugado de casa y se refugiaba en un edificio abandonado. Su madre era una alcohólica que se había enrollado con un mafioso y su hermanito pequeño tenía una enfermedad gravísima que requería que alguien lo cuidase de por vida. Marcos era un chico demasiado perfecto para ella.

—Será mejor que me vaya — dijo Alicia poniéndose en pie.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —preguntó él compungido.

—No, claro que no, pero se ha hecho tarde. No quiero que mi

familia se preocupe —mintió Alicia.

—Me gustaría conocer a tus padres y que conozcas a los míos.

Alicia pensó en doña Adelaida, que recorría las calles con su carrito rebuscando en los contenedores de basura; en Borja con sus rastas, sus malabarismos en los semáforos y sus sueños imposibles de fundar una compañía circense; en Joseph, el limpiabotas ruso que tanto había sufrido; en la señora Matilde, la pobre mujer que había huido de la infidelidad de su marido, incapaz de superarlo ni de rehacer su vida. Esa era su familia. Sí, Marcos estaría encantado de conocerlos. Y después

no querría volver a saber nada más de ella.

—Algún día. Cuando nos conozcamos mejor. Ahora llévame a casa, por favor.

MAX N. N.

Cuando el recepcionista del hostel le entregó el sobre de Carla Barceló, Max consideró tirarlo directamente a la papelera sin abrirlo.

Ya llevaba un par de días en Madrid (se había alojado en un hostel muy humilde en el céntrico barrio de Malasaña) y cada vez estaba más confuso.

Crecía la impresión de encontrarse en mitad de una obra de teatro donde todos representaban un papel para él. Una obra de teatro mala, donde los actores cometían fallos continuamente, se ponían nerviosos ante el público, se les escapaba una frase fuera de tono que no estaba prevista en el guion... Actores que parecían deseosos de que acabase su escena y desaparecer de su vista.

¿Por qué un juez lo había citado en Madrid si, después, todo había acabado en cuestión de minutos sin mayores consecuencias? ¿Era posible que

alguien manipulase a todo un juez para que lo obligase a ir hasta allí? Una denuncia que, sin embargo, quedaba misteriosamente en nada.

Ciertamente, el juez, en su breve aparición en escena, en ningún momento le había parecido coaccionado. Por otro lado, entraba dentro de lo lógico que aquel ejecutivo que se había llevado unos golpes le hubiese puesto una demanda. No obstante, si Max no había entendido mal, aquel hombre había acabado retirando la denuncia cuando era obvio que su mayor deseo en el mundo era que Max y

Carla acabasen en la cárcel, o algo peor.

También la abogada que le habían asignado de oficio parecía temer algo y no era precisamente miedo a hacerlo mal en el juicio al que se enfrentaba. Tenía miedo de él. Aquella mujer nunca lo había visto antes en persona, pero lo reconoció en el acto. Cuando él apareció se había puesto en alerta como un herbívoro ante la presencia de un depredador.

Todos se esforzaban por esconder sus emociones frente a él: su psiquiatra, la abogada, incluso Carla Barceló. Aquella mujer, que

había sido clave para rescatar a su amiga Alicia de una muerte segura, una mujer con principios, se había pasado la conversación ocultándole algo y, lo que era peor, intentando que no se le notara. La única conclusión que Max podía sacar del encuentro era que alguien, tal vez la policía, tal vez alguna organización delictiva, o ambas cosas al mismo tiempo, quienquiera que hubiese amenazado a su psiquiatra, había llegado también hasta Carla. La diferencia era que Carla no parecía igual de asustada.

Max no sabía qué hacer respecto a aquel sobre que Carla le

había enviado con supuesta información sobre los movimientos de su teléfono: abrirlo o deshacerse de él. Tenía la impresión de que el contenido de aquel sobre solo podía traerle problemas.

Por momentos Max dudaba de su propia percepción del mundo. Empezó a temer que todos aquellos tics de nerviosismo, gestos de mentira y falsedad, solo fueran fruto de una deformación de su mente al interpretarlos. Como en el vídeo que le había mostrado Carla, donde la esfera central parecía cambiar solo por el efecto relativo de las que la rodeaban. Tal vez era

su mente paranoica la que deformaba todos aquellos gestos perfectamente normales, transformándolos en señales de amenaza.

Max tenía delante de sí el sobre y dudaba entre abrirlo o tirarlo a la basura.

Finalmente decidió abrirlo, riéndose de sus propios miedos. ¿Qué podía haber en un sobre que fuese tan peligroso?

Descubrió que contenía un mapa de la zona centro de Madrid y un papel con un texto escrito a máquina:

Hola, Max:

Como hablamos, he hecho averiguaciones sobre tu teléfono. Tengo buenas y malas noticias. Las buenas son que sí he podido recuperar información en los registros de la compañía de telecomunicaciones. Las malas, que apenas usaste ese teléfono. Solo estuvo encendido veinticuatro horas, de las cuales te pasaste casi todo el tiempo en un mismo lugar. Solo te desplazaste hasta otro punto durante un par de horas. Después regresaste al lugar de origen. Poco después el teléfono se apagó definitivamente. He señalado las coordenadas de los dos lugares en un mapa.

Lamento que esto sea todo lo que se le puede sacar a ese teléfono. Espero que al menos te sirva de ayuda para averiguar tu identidad. Es posible que en alguno de esos lugares te conozcan.

¡Suerte y ánimo!

Un abrazo,
Carla.

Max estudió el mapa. Tardó unos segundos en orientarse lo suficiente para comprender que el primer lugar en el que había estado el teléfono se encontraba muy cerca del hostel en el que se alojaba. Podía ir caminando y descubrir lo que le esperaba allí.

Se encontró calibrando las posibilidades de cada uno de sus movimientos, como si se encontrase jugando una partida de ajedrez con alguien invisible. Una partida donde los movimientos se

hacían con personas reales en lugar de fichas. Una partida de la que Max no sabía lo que estaba en juego.

La información podría ser falsa y, simplemente, alguien (quienquiera que estuviese jugando aquella partida invisible) quería que fuese a aquellos lugares.

O bien toda aquella conspiración en torno a él solo era fruto de un delirio: los datos del teléfono eran reales y, por tanto, estaba ante la oportunidad de averiguar más cosas sobre sí mismo.

Max concluyó que, en un caso u otro, no tenía más remedio que

acudir a aquellos lugares. Si alguien quería que fuese allí, tenía que averiguar el motivo. Y si la información era real, no podía dejar pasar aquella oportunidad.

Tardó apenas media hora en recorrer las céntricas calles de Madrid hasta llegar al lugar señalado en el mapa. Max se encontró en una acera amplia. Frente a él, al otro lado de la calle, una especie de palacio con un gran pórtico triangular sostenido por seis columnas y flanqueado por dos leones de metal. Max leyó la inscripción del pórtico: «Congreso de los Diputados».

El punto señalado en el mapa se encontraba justo a sus espaldas, en el edificio opuesto al Congreso, que resultó ser un hotel: The Westin Palace.

Solo ver la entrada de mármol y las filigranas doradas imponía respeto, casi miedo. Max encajaba en un humilde hostel, pero no en aquel lugar.

Un conserje plantado en la puerta, ataviado con gorra y una especie de traje militar antiguo, lo miró con desconfianza. Max se irguió en toda su imponente altura y clavó en él una mirada de hielo. El

conserje bajó los ojos y se hizo levemente a un lado.

Max respiró hondo y cruzó el umbral. Se encontró en un lujoso *hall*, los suelos de mármol tan brillantes que uno podía verse reflejado en ellos. Una palaciega lámpara de cristal iluminaba la estancia. Artesonados de madera, paredes pintadas con murales renacentistas... Fue hasta la recepción, donde un hombre pulcramente trajeado lo miró con prevención.

Comprendió que poco iba a averiguar allí, en un hotel donde entraban y salían cientos de

personas diferentes cada día. Si había estado alojado allí veinticuatro horas, nadie se iba a acordar de él.

—¿Desea usted algo, caballero?

—preguntó el recepcionista.

—¿Podría decirme si se ha alojado aquí alguien llamado Nikolái Sokolov?

—Lo siento, pero la información de nuestros clientes es confidencial.

—Sé que esto le va a parecer raro —Max sacó el pasaporte del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó abierto sobre el mostrador—, pero yo soy Nikolái Sokolov.

El recepcionista observó el pasaporte, después a Max. Arqueó una ceja.

—Bien, señor Sokolov —dijo con la expresión desconfiada de quien piensa que le están gastando una broma—, en ese caso, dígame usted qué desea.

—Ya se lo he dicho —respondió Max endureciendo el gesto—. Quiero saber si me he alojado antes en este hotel.

El recepcionista miró a su alrededor como si buscara ayuda. Después, ante la mirada imperturbable de Max, no tuvo más

remedio que consultar en el ordenador.

—Usted tuvo una habitación reservada durante un año.

—¿Un año?

—Así es, señor.

—¿Y cuál es el precio de una habitación aquí? —preguntó Max.

—Bien, tenemos diversas tarifas. Concretamente, la suya cuesta doscientos ochenta euros la noche.

—Comprendo. Y yo, ¿viví durante un año entero en esa habitación?

—No le entiendo, señor.

—Quiero decir si entraba o salía, si me ausentaba durante largos periodos de tiempo o pasé aquí cada noche.

—No sabría decirle, señor. Comprenda que nosotros no nos dedicamos a seguir la vida de nuestros huéspedes.

—¿Y no habría alguien que pudiera conocerme? ¿Un camarero, la señora de la limpieza?

El recepcionista se mostraba cada vez más nervioso, aunque Max no detectó en él signos de temor. Tampoco mentía. Simplemente no entendía por qué Max le hacía todas aquellas preguntas.

—Verá, señor, este hotel es muy grande, aquí somos muchos empleados, más de mil. No todos llevamos el mismo tiempo trabajando. Hay turnos, rotaciones... No sabría decirle quién se encargó de su habitación por aquel entonces.

—Entiendo. Una última cosa. ¿Podría decirme si yo dejé algo aquí para recoger después? En la consigna. No sé, una maleta, por ejemplo...

El recepcionista suspiró y consultó de nuevo en el ordenador.

—Parece ser que así fue. Usted dejó algo en la caja de seguridad.

¿Quiere retirarlo ahora?

—Si es tan amable...

El recepcionista se ausentó desapareciendo detrás de una puerta. Regresó al cabo de unos minutos con una pequeña caja metálica que abrió con una diminuta llave.

Max contuvo el aliento mientras se abría la tapa. El interior contenía un libro encuadernado en piel. El recepcionista lo cogió y lo depositó sobre el mostrador.

—Aquí tiene, señor. ¿Desea algo más? ¿Tal vez reservar una habitación?

—No, gracias, nada más. Ha sido usted muy amable —dijo Max cogiendo el libro.

Max abandonó el hotel. Ya en el exterior, inspeccionó aquel libro bajo la luz del sol. En realidad, era una especie de cuaderno lleno de anotaciones a mano acotadas por fechas.

Un diario.

Casi no le sorprendió reconocer su letra.

Hoja tras hoja, el diario estaba manuscrito de su puño y letra.

El diario de Nikolái Sokolov. Su propio diario.

Max se estremeció ante la idea de descubrir su propia vida narrada por él mismo.

No tardó en llevarse una decepción. La primera entrada del diario estaba fechada en noviembre de 1996, en Kiev. Nikolái Sokolov tenía solo dieciséis años cuando había escrito aquello. La última anotación era de tan solo unos meses después. Aquel diario contenía apenas un breve periodo de su vida, una breve época de su adolescencia.

¿Qué había en aquel diario de juventud para que su antiguo yo lo

hubiese guardado durante tantos años?

¿Habría otros diarios con el resto de su vida?

Tal vez allí había escrito algo importante, algo que necesitaba recordarse a sí mismo continuamente. Sea lo que fuere, se dijo, lo averiguaría más tarde, cuando leyese el diario en la tranquilidad de su hostal.

Al menos ahora sabía que, fuesen verdaderos o manipulados los datos del teléfono, él había estado realmente alojado en aquel hotel.

Max consultó el mapa. El segundo lugar en el que había estado, según la posición registrada de su teléfono, se encontraba a un par de kilómetros de allí, al norte del paseo de la Castellana.

¿Qué le esperaba en aquel otro sitio? Decidió ir y averiguarlo cuanto antes.

Tenía una buena caminata por delante. Se colocó los auriculares y activó el iPod, el aparato que había encontrado bajo la arena y que se había convertido en su compañero inseparable. Gracias a aquel pequeño artilugio, había descubierto la existencia de tanta

música nueva y sorprendente, extrañamente emotiva. Cientos y cientos de canciones que parecían no tener fin almacenadas en aquel pequeño aparato.

Reprodujo una de las piezas de música clásica que tanto le habían conmovido, esperando que la música calmase el maremágnum de emociones que bullía en su interior.

Envuelto en una melodía de piano que subía y bajaba como el oleaje del mar, Max emprendió el camino a lo largo del paseo de la Castellana sin poder evitar fijarse en la gente con la que se cruzaba y en lo diferente que era caminar por

aquella gran ciudad. En Almería, todo el mundo iba como dividido en dos: una parte, pendiente de sus cosas, mientras la otra no perdía detalle de los alrededores. Cada almeriense salía a la calle con la certeza de que se encontraría con alguien conocido. Para la gente de Madrid era como si el entorno humano no existiera. Caminaban firmes, directos, como si llegar a su destino lo antes posible fuera el único objetivo de sus vidas. No había motivos de ofensa por ignorar al prójimo. Parecía mas bien que prestar atención a los demás, como

hacía Max, era lo verdaderamente ofensivo.

Después de caminar casi una hora, ni la música de piano que le envolvía ni las reflexiones sobre la gente que veía evitaron que las dudas y las preguntas que lo atormentaban se abriesen paso en sus pensamientos, subiendo como burbujas y creciendo hasta ocupar todo el espacio en su mente, eclipsando cualquier otra idea. ¿Qué le esperaba en aquella dirección del paseo de la Castellana? ¿Se trataría del domicilio de alguien?, ¿se trataría de un amigo de Nikolái Sokolov o

de un enemigo? ¿De qué hablaría el diario? Después de caminar casi una hora, se encontró con que había llegado a su destino.

Comprobó el mapa y se reafirmó en que estaba en el lugar indicado.

Se trataba de una sucursal bancaria: Emirates Bank.

De nuevo un lugar lujoso. Mármol y cristal.

Respiró hondo y traspasó el umbral.

CARLA

El mensaje de Telmo Vargas contenía instrucciones claras y precisas.

El nuevo email con el chantaje entró en su buzón de correo poco después de que Carla llegase a casa. Había pasado la noche con Guerrero. Cuando llegó a su piso eran las nueve de la mañana y estaba agotada.

¡Uf!, el sexo con Guerrero era genial; nunca había deseado tanto estar con un hombre. Además de guapo era listo, culto, ingenioso. Los hombres con los que había salido hasta entonces eran tan diferentes a él... En la universidad había tenido algunos novios, pero ninguno de ellos había llegado a enamorarla realmente. Después había salido casi siempre con hombres que había conocido en el trabajo, aunque ninguno de ellos se parecía ni de lejos a Guerrero. Siempre había tenido la sensación de que a sus relaciones les faltaba algo. En cambio, ahora, al pensar en

Guerrero, la adrenalina le excitaba la sangre. Y se notaba que estaba loco por ella. No había que ser un experto en lenguaje corporal para darse cuenta de eso, pensó sonriendo para sí misma.

Carla se preguntaba qué había visto él en ella. Siempre había sido muy insegura en cuanto a sus relaciones con los hombres. ¿Qué era lo que veían en ella sus compañeros de trabajo? Una chica mona, delgada, atractiva, aunque sin llamar demasiado la atención. Simpática. Suficiente para interesarse por ella y querer llevársela a la cama. Pero las

relaciones acababan muriendo por falta de estímulos. A menudo, Carla se consideraba culpable. Otras veces era ella la que se aburría mortalmente.

En cambio, la versión de Carla que Guerrero había conocido no era la chica mona de oficina. Era más bien una mujer valiente que acababa de pasar por un trauma terrible, que tenía el suficiente arrojo para enfrentarse al psicópata que la acosaba y que no dudaba en entrevistarse con el supuestamente peligroso espía que era Max.

A Carla también le gustaba más esta versión de sí misma.

A pesar de todo, le temblaron las piernas cuando, a mediodía, después de haber comido un sándwich, encendió su ordenador y se encontró con un mensaje de Telmo Vargas.

Después de la conmoción inicial al leer el nuevo chantaje, Carla trataba de entender lo que aquel maníaco pretendía exactamente con todo aquello.

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 13:54

Alguien va a morir si no sigues exactamente mis instrucciones: en primer lugar, debes *hackear* las cuentas de usuario

de los participantes del foro www.amanecer-nuevo.com. Averigua la identidad real de cada uno de sus miembros. Lo mismo harás con todos y cada uno de los integrantes del foro www.anarkia-digital.org. Me enviarás una lista con sus nombres, sus teléfonos y sus domicilios. Tienes 24 h. Si no recibo los datos, se producirá una tragedia donde ya sabes.

Dr. Telmo Vargas

<fin del mensaje>

Carla supuso que el lugar al que se refería («se producirá una tragedia donde ya sabes») no era otro que el punto donde había aparecido con aquel cartel, «Hola,

Carla», en el mapa de Google. ¿Qué estaría planeando hacer?

«Alguien va a morir si no sigues exactamente mis instrucciones.»

Telmo Vargas ya le había demostrado que no iba de farol. No podía dudar de que en aquel mismo momento alguien estaba siendo víctima de sus chantajes y engaños, alguien que moriría si Carla no hacía lo que pedía.

Cogió su ordenador portátil y se fue directa al hospital para mostrarle el mensaje a su hermano. Juntos trataban ahora de analizar la situación.

—Esa web, amanecer-nuevo.com, es un foro de ultraderecha —afirmó Isaac después de leer el email.

Sentado en su silla de ruedas, con una manta sobre las piernas y el ordenador en el regazo, Isaac tecleó la dirección en el navegador. Carla miraba sobre su hombro.

—Conozco estos foros porque hace unos meses mi periódico sacó un reportaje sobre estos grupos de ultraderecha y cómo se propagaban en internet. Aprovechan el vacío legal que existe para difundir su ideario en la red. Si no recuerdo mal, este foro no es de los más

concurridos, pero sí de los más activos.

En la cabecera de la web podía verse una bandera española con el escudo del «águila», así como otros símbolos franquistas, y hasta una esvástica nazi. En la información sobre el foro se decía que era «un espacio libre de discusión política», aunque la mayoría de las opiniones eran simplemente insultos racistas y xenófobos.

Carla leyó algunos de los comentarios que había en la página principal:

español99 escribió: El problema, señores, es que en España sobran un

millón de inmigrantes que nos están quitando el puesto de trabajo a los españoles. Si el Gobierno echase a esa basura a sus putos países, habría trabajo para todos.

leonidas22 escribió: Y no te olvides de la criminalidad. Desde que se abrieron las puertas a los inmigrantes ya no se puede andar sin miedo por las calles.

yugo66 escribió: Bien dicho. El problema es que este Gobierno que se dice de derechas está infiltrado por el ideario de la izquierda, que apoya a todo tipo de gentuza mientras oprimen a los españoles de bien. Me gustaría que esos políticos progres tuviesen que convivir en sus barrios con moros, sudacas y demás gentuza. Entonces ya veríamos cómo cambiaban de opinión.

arcangel12 escribió: Lo que hace falta para levantar España es mano dura. Mano dura en las escuelas. Mano dura en las calles con los delincuentes. A los progres y comunistas les da pena castigar a quien lo merece, pero en cambio humillan al que se ha ganado un lugar en la sociedad siendo una persona honrada y de bien.

español99 escribió: Por si no lo sabéis, la CIENCIA apoya la idea de que razas como la negra son inferiores intelectualmente. DATOS, señores, medibles: esos animales tienen un cociente muy inferior al nuestro, pero si alguien saca a la luz cualquiera de esos informes (repito: científicos), le acusan de racista.

arcangel12 escribió: Ahí le has dado, yo siempre digo que celebran mucho al puto Obama porque es negro. Yo digo que es mitad blanco: de la mitad blanca ha sacado lo inteligente; de la mitad negra, lo rojo que es el hijo de puta.

—Es repugnante —dijo Carla arrugando la nariz—. Pensaba que ya no quedaba nadie con esas ideas retrógradas.

—Pues los hay, y cada vez tienen más seguidores —respondió su hermano—. Aunque parezca mentira hay mucha gente que se cree el cuento de que la culpa de la crisis la tienen los inmigrantes. Curiosamente, el otro foro, anarkia-digital.org, es de ideología de extrema izquierda, radicalmente opuesta. Mira.

Isaac abrió la página web anarkia-digital.org, que tenía como emblema el símbolo anarquista, así

como una bandera comunista y otra española republicana. Leyeron algunos de los comentarios del foro principal:

anarkista33: los fachas proclaman el fin de la crisis mientras las calles se llenan de desahuciados, parados, precarios, mendigos y excluidos del sistema. Enhorabuena. Revolución ya.

Trompetas58: existe un país en el mundo donde la mafia no solo NO es ilegal, sino que además gobierna.

luz22: es la gran hipocresía del rico que manipula a la opinión pública. Ahora que han conseguido derribar todos los derechos sociales que teníamos, les toca convencernos de que todo vuelve a estar bien cuando todo está peor. Nos mean y dicen que llueve.

averroes12: Bien dicho, luz22. Me atrevería a decir que la crisis ha sido una operación premeditada y orquestada desde los poderes económicos para oprimir al pueblo que estaba empezando a despertar de muchas cosas. Compañeros: ¿no vamos a hacer nada?

anarkista33: Putos fachas. Ricos al paredón. Se mata a todos y se ha terminado. Una revolución y un reparto de riqueza justo y equitativo es lo que se necesita. Hay que dejarse de manifestaciones pacíficas, se ríen de ellas; hay que salir armados y cambiar las cosas por la fuerza.

Trompetas58: Tomemos la calle. Ya nos van teniendo miedo. La anarquía es viable como bien piensa Paco Ibáñez.

Carla y su hermano intercambiaron una mirada. Carla se dejó caer en una silla. Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos, pensativa. Una nube tapó el sol y la habitación se oscureció súbitamente. Le sobrevino una abrumadora sensación de fatalidad.

—Para intervenir en estos foros hay que estar registrado con un pseudónimo —dijo Carla—. Evidentemente nadie dice su identidad real, pero ese malnacido me pide que descubra sus verdaderos nombres...

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Isaac.

—Creo que sí —respondió Carla—. Antes de venir hice algunas comprobaciones básicas. La web que administra el foro no parece que haya tomado demasiadas medidas de seguridad. La mayoría de los usuarios se han conectado en algún momento desde sus teléfonos móviles. Eso me permite acceder a sus teléfonos y desde ellos a sus datos personales. No es que resulte sencillo, pero no es imposible. Puedo hacerlo. ¿Para qué piensas que quiere tener los nombres reales de esas personas?

—Es posible que quiera chantajearles de algún modo. —

Isaac la miró con el ceño fruncido—. Hay otra cosa que me resulta más interesante: ¿por qué te lo pide a ti?

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos que no es la primera vez que *hackea* una cuenta de internet, ¿no es cierto?

—Desde luego que no es la primera vez —negó Carla meneando la cabeza—. Para preparar algunos de sus retorcidos chantajes ya ha tenido que robar datos de ordenadores y de teléfonos.

—Pero eso no puede hacerlo cualquiera.

—No, claro que no. Hay que ser experto en informática y en

seguridad de redes para hacerlo.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre eso?

—Que no diese por hecho que «él» era el experto en informática —respondió Carla—, que a lo mejor no tiene ni idea de cómo piratear las cuentas y alguien más le está ayudando.

—Exacto. Y ahora te pide a ti que hagas el trabajo. ¿Por qué?

—Ya veo adónde quieres llegar. Me lo pide a mí porque quien le ayudaba ha dejado de hacerlo.

—Es lo que dicta la lógica. Me inclino a pensar que ese individuo

en realidad no tiene ni idea de informática.

Carla se puso de pie, excitada. Por primera vez tenía la impresión de que estaban avanzando en la dirección correcta.

—Más bien, el verdadero Telmo Vargas podría ser un médico —aventuró Isaac—. Eso encajaría con su habilidad para manipular ciertos fármacos.

—Un médico que colabora con un *hacker* informático sin escrúpulos como cómplice. —Carla hizo una mueca de horror.

—Ya hemos visto lo que han sido capaces de hacer juntos. El

informático introducía virus en los ordenadores de los adolescentes. Por otro lado, el supuesto doctor los manipulaba con drogas y fármacos adulterados. Primero se ganaba su confianza y después los empujaba a actos de consecuencias dramáticas.

Se miraron durante unos segundos. Las nubes se desplazaron y un rayo de sol se coló por la ventana del hospital formando un charco de luz en el suelo de terrazo.

—La siguiente pregunta que debemos hacernos —dijo Isaac— es por qué ya no cuenta con la ayuda de ese informático, por qué te necesita a ti para tramar sus planes.

—Pienso que el informático también sacaba algo a cambio — reflexionó Carla—. Y no es difícil imaginar lo que debía de ser: pornografía infantil, vídeos y fotos obscenas. Es lo que esos depravados buscan cuando piratean las cuentas de los adolescentes. Los obligan a desnudarse frente a la *webcam*.

—Entonces tenemos a un informático pervertido, aficionado a la pornografía infantil, que de pronto deja de colaborar con el individuo que le proporcionaba material. ¿Por qué?

—No lo sé —Carla meneó la cabeza, pensativa—. Puede que

viere algo que le asustara. Aunque no me parece probable. Tenía que saber muy bien con quién se estaba mezclando.

—¿Y si también estaba siendo víctima de un chantaje? —aventuró Isaac.

—¿Igual que ahora me está chantajeando a mí? —preguntó Carla—. Es una posibilidad.

—Supongamos que ese Telmo Vargas supo que distribuía pornografía infantil y contactó con él de algún modo. Puede que lo estuviese amenazando con denunciarlo si no colaboraba con él. Al principio el informático cedería

al chantaje. Hasta que, quizás, le pidió algo que no quiso hacer. No sabemos qué podría ser, pero puede que se echase atrás por algún motivo.

—¿Y crees que entonces, como venganza, lo denunció a la policía?

—Con toda seguridad, no lo dejaría irse sin más. ¿Crees que tu teniente Guerrero podría pasarte una lista de los últimos aficionados a la pornografía infantil detenidos en España?

—Eh, un momento, ¡no es mi teniente!

—Sales con él, ¿no? —la pinchó su hermano.

—Tenemos una relación, eso es todo.

—Vale, solo bromeaba. ¿Podrías pedirle esa información?

—Seguro. Aunque me temo que, por desgracia, solo en el último mes podría haber varias decenas de individuos detenidos por visionar o distribuir pornografía infantil. Con internet los pedófilos proliferan como las setas.

—Aun así, algo es algo.

—Hablaré con Guerrero. Creo que podrá ayudarme con eso.

Carla guardó el ordenador en su funda y se colgó el bolso.

—Me voy —dijo inclinándose para darle dos besos a su hermano—. Tengo mucho trabajo por delante.

—Entonces, ¿vas a hacer lo que te ha pedido?

—¿Qué opciones tengo? Si no lo hago puede morir alguien. Y no quiero que esa muerte pese sobre mi conciencia.

Su hermano la miró sombrío. Carla sabía lo que estaba pensando, aunque no se atreviese a decirlo en voz alta: con la información que ella iba a proporcionarle, era muy probable que provocase algo peor.

ALICIA

Es difícil poner puertas al campo, como suele decirse, pero aún más difícil es poner puertas al amor. Hacía mucho tiempo que Alicia no pensaba en el amor. Había olvidado la maravillosa dicha que inflama el espíritu cuando se está enamorado. También había olvidado que el amor, en ocasiones, puede quemar como el fuego; peor

aún, porque abrasa eso que llamamos «alma».

Durante días, Alicia se estuvo viendo con Marcos para ensayar en el sótano de su casa. Experimentaban con cada una de las canciones, probando nuevos arreglos musicales, revisando el resultado, grabando una y otra vez. La instrumentación de Marcos reforzaba la emoción que transmitía la voz de Alicia y mejoraba sus canciones de un modo que ella nunca hubiese imaginado.

Las horas se les pasaban volando. Marcos no solo era un músico genial. Era divertido,

ingenioso y bromista. Cuando se tomaban un descanso, solían relajarse en el sofá, escuchando música y fumando marihuana. La satisfacción de los ensayos mezclada con la relajación de la yerba y los besos de Marcos actuaban como un cóctel explosivo en el espíritu de Alicia. Aquello era lo más parecido a la felicidad que había conocido nunca. Ojalá pudiese durar siempre.

—¿Crees que tus padres se siguen queriendo? —le preguntó Marcos uno de aquellos días, después de un ensayo.

Recostada en el sillón, con la cabeza en el regazo del chico, fumando y dejándose llevar por el ir y venir de la música que sonaba en los altavoces, rítmica y envolvente como el oleaje del mar, Alicia emitió un sonoro suspiro. Estaba claro que las cosas entre los padres de Marcos no iban bien. Marcos era un chico sensible y al parecer estaba afectado por la situación. Alicia no hubiese querido mentirle acerca de sus propios padres, pero tampoco podía contar la verdad. Se sentía culpable por estar engañándolo acerca de su situación, aunque ahora que había empezado las

mentiras era difícil echar marcha atrás.

—Supongo que mis padres ya no se quieren igual que al principio —respondió Alicia incómoda.

Cuando se refería a su «familia» tenía la impresión de que en cualquier momento cometería un desliz y Marcos la pillaría.

—Creo que mis padres se odian —dijo Marcos—. Es como si ya no se soportasen más. No te imaginas cómo se gritan, las cosas que se dicen buscando hacerse daño. No entiendo cómo se puede pasar del amor al odio. Es como si cada uno le echase la culpa al otro de haberle

arruinado la vida. Parece que han olvidado que una vez cada uno de ellos encontraba el motivo de vivir en el otro.

—A lo mejor resulta que el amor no puede durar siempre —dijo Alicia.

Pensó en su propio padre, que se había largado en cuanto nació su hermano con problemas. Alicia siempre había odiado a su padre por haberlos abandonado. Desde que era niña, su padre siempre había sido el malo de la película de su vida. Había crecido escuchando cómo su madre le echaba la culpa de todos sus problemas. «Si tu

padre no nos hubiese dejado, ahora no estaríamos viviendo así.» «Si tu padre esto, si tu padre lo otro...»

Ahora empezaba a ver las cosas de otra forma. Se daba cuenta de que su padre se había largado porque no soportaba a su madre. En el fondo, había hecho lo mismo que ella: huir para intentar rehacer su vida. Aunque, se dijo Alicia, el hecho de que ella y su padre hubiesen huido no redimía a su padre. Más bien la convertía a ella en una cobarde como él.

Ver las cosas de aquella forma supuso todo un impacto. Tanto tiempo queriendo ser mejor que su

padre, luchando por no defraudar nunca a nadie, y ahora había acabado siendo lo mismo: una maldita cobarde que había huido. Además de una mentirosa, por no hablar de que había abandonado a su suerte a su hermano David.

—Yo creo que el amor verdadero sí dura siempre —dijo Marcos.

—Eso es un acto de fe —replicó Alicia—. La realidad dice más bien otra cosa: que el amor se acaba.

—¿Eso crees? Yo creo que el verdadero amor, el amor que te llevaría a dar la vida por la persona que quieres, no puede tener fecha

de caducidad. ¿Cómo podrías estar dispuesto a entregar tu vida por alguien si supieras que ese amor es pasajero, que un día se acabará?

—La gente cambia. Hoy crees estar seguro de algo, mañana puede que todo sea diferente... —dijo Alicia con escepticismo.

—¿Es que nunca te has enamorado?

—Y tú, ¿por qué estás tan seguro de que existe el amor eterno? —preguntó Alicia a su vez.

Marcos se incorporó. La miró a los ojos. Tenía una mirada azul, limpia, profunda. Alicia sintió un burbujeo en la base del estómago.

—Porque eso es exactamente lo que siento por ti —respondió Marcos.

Alicia fue incapaz de decir nada. Simplemente se dejó llevar por lo inevitable. Marcos la besaba con una dulzura que no conocía.

MAX N. N.

Respiró hondo y traspasó el umbral de la sucursal de Emirates Bank en el paseo de la Castellana con el ánimo de quien se adentra en una cueva repleta de peligros.

La oficina era muy amplia y suntuosa. Había una serie de mesas separadas por paneles de madera dispuestas para atender a los clientes y un espacio con sofás de

piel donde dos individuos vestidos con traje aguardaban su turno mientras leían periódicos financieros. Viendo cómo vestían los demás clientes, Max confirmó una vez más que su aspecto, vestido con ropa barata y zapatillas de deporte, no encajaba en aquel lugar. Uno de los hombres le lanzó una mirada de curiosidad por encima del periódico. Max se sentó en uno de los mullidos sillones para esperar hasta que una de las mesas quedase libre.

No se le escapó que uno de los guardias de seguridad le lanzaba una mirada de desconfianza y acto

seguido desviaba la mirada hacia otro guardia situado en la esquina opuesta de la estancia. Max se fijó en que el pie izquierdo del vigilante estaba dirigido hacia el otro guardia, con el que no lograba establecer contacto visual, y que al mirarlo curvó mínimamente la espalda en señal de sumisión. Estaba claro que el otro guardia era su superior y quería informarle de que un tipo sospechoso se había colado en el banco y podría empezar a dar problemas de un momento a otro.

Max lo miró fijamente hasta que el vigilante volvió a posar sus ojos en él. Max, con la cabeza un

poco ladeada, entornó los párpados al tiempo que sacudía la cabeza en un gesto de desaprobación, tras lo cual dirigió su mirada a su camisa y volvió a mirar al guardia. Con sus manos semiabiertas quiso acompañar dicha reprobación con sincera camaradería. El mensaje, básicamente, era: «No merece la pena que llames a nadie, no me juzgues por mi aspecto».

El guardia asintió imperceptiblemente, relajando el gesto, y no volvió a mirar a Max.

Diez minutos después, cuando los dos clientes que le precedían fueron atendidos, le llegó el turno.

Max se sentó frente a uno de los escritorios de madera oscura con molduras.

—¿En qué puedo ayudarle, señor...? —preguntó el empleado, pulcramente trajeado, de pelo engominado y piel bronceada, mirándolo con recelo.

El banquero desvió una mirada fugaz hacia el guardia de seguridad, como si pidiese ayuda.

—Sokolov, Nikolái Sokolov —respondió Max.

—Bien, ¿y qué desea usted?

Esa era una buena pregunta, ¿qué hacía Max allí? Casi había

esperado que aquel empleado que lo miraba con recelo se lo dijese.

Max se quedó con la mente en blanco. Simplemente, no era capaz de decir una palabra. El empleado frunció el ceño. ¿Estaba a punto de pedirle que se largara de ahí? Había algo en su expresión que no encajaba del todo. Por el rabillo del ojo vio que uno de los guardias de seguridad se había dado cuenta de que ocurría algo extraño y había echado la mano a la pistola.

Max, instintivamente, endureció el gesto y miró al empleado a los ojos.

Entonces ocurrió algo imprevisto.

El empleado desplegó una sonrisa afectada que no se correspondía con el sobresalto que reflejaban sus ojos.

—Señor Sokolov, siento no haberle reconocido al principio, vestido de esa manera —dijo mientras mostraba la mano abierta al guardia de seguridad en señal de que no había nada de qué preocuparse.

Max lo miró con expresión gélida.

—Seguramente viene usted a comprobar el estado de sus cuentas

—tartamudeó el empleado.

—Así es. —Max sintió que otro hablaba por él, como si Nikolái Sokolov comenzara a apoderarse de su cuerpo.

—¿Cuál de ellas, señor Sokolov?

—Todas ellas —respondió Max sin perder la compostura—. Un vistazo general, para hacerme una idea del estado actual.

—Comprendo —asintió el banquero. Tecleó unos segundos en el ordenador que había en el escritorio—. Como sabe, contamos con las más avanzadas medidas de seguridad. Para desbloquear el

acceso a sus cuentas es necesaria su identificación biomédica. Será solo un instante.

El empleado pidió a Max que acercase la cara a lo que había tomado por una lámpara articulada de mesa. Lo que parecía una bombilla halógena era en realidad un lector de la huella del iris.

—Mire aquí —indicó el empleado. Max acercó el rostro al lector—. Eso es. —Pulsó un botón en la base del aparato—. Ya está. Todo es correcto.

El banquero tecleó en el ordenador durante unos segundos. De una pequeña impresora emergió

una gruesa hoja de papel blanco como el algodón, en la que había escritos una serie de números de cuenta y cantidades de dinero ordenadas en columnas. El banquero giró la hoja para mostrársela. Max se dio cuenta de que al hombre le temblaba la mano imperceptiblemente.

—Dispone usted actualmente de quince cuentas abiertas en diferentes entidades bancarias, todas ellas gestionadas por nosotros —le explicó el empleado—. La mayoría de ellas se encuentran en Suiza, pero también en las islas Caimán, Gibraltar, Mónaco y otros

paraísos fiscales. Su dinero no duerme. Nosotros lo hacemos trabajar por usted. Nuestros brókeres han invertido sabiamente en los últimos tres años y lo han hecho crecer. Usted puede comprobar el beneficio neto en esta columna. —Señaló un punto en la hoja—. Y, por supuesto, aquí puede ver el cómputo global al que ascienden sus inversiones.

Max dirigió la mirada a esa cifra total. Mantuvo bajo control hasta el último músculo de su rostro para mostrar una expresión impasible mientras leía la cantidad.

Cuatrocientos ochenta millones de euros.

Max miró al empleado, que lo observaba expectante, obsequioso como un perrillo faldero. Max le respondió con una sonrisa.

—Gracias, eso es todo lo que quería hacer por ahora.

Ya en la calle, Max encendió un cigarrillo. Se dio cuenta de que la mano le temblaba. Respiró hondo y caminó unos metros para alejarse de la oficina bancaria.

Cuatrocientos ochenta millones de euros. ¿De dónde había salido todo ese dinero? Le resultaba difícil hacerse una idea de esa

magnitud. Todo estaba a nombre de Nikolái Sokolov, convenientemente blanqueado y disponible.

«Así que ese es el precio de mi vida —se dijo—, por eso sigo vivo.» Alguien pretendía hacerse con ese dinero, pero no podría hacerlo sin su colaboración.

No le cabía ninguna duda de que no había ganado aquel dinero de forma legal.

CARLA

Para su horror, Carla no tardaría en descubrir lo que estaba tramando la inaccesible y cruelmente de Telmo Vargas.

Sentada en su escritorio, muy temprano, frente al ordenador y con un café humeante entre las manos, leyó las noticias que aparecían en todos los periódicos digitales y empezó a atar cabos.

UN GRUPO DE EXTREMA IZQUIERDA IRRUMPE EN LA UCM Y AGREDE A CINCO ALUMNOS

Un grupo de unas diez personas de extrema izquierda irrumpió en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid y agredió a cinco personas, que resultaron heridas de gravedad, según ha podido saber este diario.

El suceso se produjo en torno a las dos y media de la tarde, una hora y media después de la conclusión de una manifestación no comunicada de la Plataforma Juventudes Libertarias bajo el lema «Contra los fascismos y el capital», que recorrió la avenida Complutense desde la parada de metro de Ciudad Universitaria hasta la facultad de Derecho.

Los cinco alumnos agredidos se encontraban en el interior del local de la

Asociación Foro Universitario Francisco de Vitoria cuando un grupo de personas entró en el edificio. Los agresores subieron al segundo piso, donde se encuentra esta asociación. Una vez allí, atacaron a sus miembros con ferocidad, destrozaron el mobiliario y soltaron algún extintor.

Emergencias informó que cinco personas de esta facultad resultaron heridas con fracturas craneales al ser golpeadas brutalmente en la cabeza con un extintor y un casco de moto. Los estudiantes tuvieron que ser trasladados al hospital de la Concepción.

Otros estudiantes que presenciaron los hechos relataron a un reportero de este periódico cómo se produjo la brutal agresión y afirmaron que el que peor parado salió fue agredido con una barra de hierro por uno de los energúmenos. Igualmente, uno confesó cómo consiguió salvarse de la agresión: «Corrí más que ellos y eso es lo que me salvó».

Por el momento, ninguna persona ha sido detenida por este salvaje ataque que ya

investiga la Brigada de Información de la Policía Nacional.

elpais.com | SUCESOS

BRUTAL PALIZA A UN JOVEN DE LA IZQUIERDA RADICAL POR UN GRUPO DE SKINHEADS EN MADRID

Un joven militante de la izquierda radical ha sido agredido brutalmente por un grupo de *skinheads* en pleno centro de Madrid, dejando a la víctima, Jesús Gómez, de diecinueve años, en estado de muerte cerebral.

(Carla se tapó la boca con la mano, horrorizada, mientras seguía leyendo)

Según ha relatado a este diario una fuente policial, la víctima abandonaba su domicilio cuando un grupo de tres jóvenes «con aspecto *skinhead*», que llevaban las cabezas rapadas, vestían cazadoras tipo bomber y botas de montaña, se abalanzaron sobre él y comenzaron a propinarle golpes brutales.

El joven agredido recibió varios golpes en la cara, posiblemente con un puño americano, y se golpeó la cabeza contra el suelo, por lo que quedó inconsciente.

Un testigo de los hechos ha relatado a este periódico que se congregó un gran número de personas ante la pelea, aunque nadie se atrevió a intervenir: «Eran muy violentos. Un señor les increpó para que dejaran de pegarle y también recibió un golpe».

Jesús Gómez se encuentra hospitalizado en la UCI con pronóstico reservado grave. La policía investiga lo ocurrido para identificar a los responsables, que se dieron a la fuga.

El nombre de Jesús Gómez se clavó en la conciencia de Carla como un arpón. No era casualidad que a aquel joven le hubiesen dado una paliza de muerte. No era casualidad en absoluto.

Veinticuatro horas antes, siguiendo las instrucciones del maníaco Telmo Vargas, Carla había pirateado las cuentas de todos los usuarios de los foros de ultraderecha y de extrema izquierda. Como había supuesto, pudo desentrañar los datos personales de los que habían accedido al foro desde sus teléfonos, que eran la mayoría. A

partir de la información del teléfono, no le fue difícil conocer sus nombres reales y sus domicilios. Había recopilado, en total, más de cincuenta identidades de participantes de uno y otro foro. En su mayoría, ya fuesen del bando de la izquierda o de la derecha, todos eran jóvenes radicales y violentos.

Los datos los había anotado en un documento de Word y se los había enviado a Telmo Vargas en respuesta a su mensaje.

Las noticias de agresiones que comenzaban a aparecer en los medios eran la dramática

constatación de lo que el retorcido perturbado había estado haciendo con los nombres y direcciones que Carla le había entregado.

Porque Jesús Gómez, el joven que había recibido la brutal paliza, era uno de ellos.

Carla entró en la página web del foro www.amanecer-nuevo.es y comenzó a leer las conversaciones más recientes:

Ángel22: Sí, señores, la mal llamada «ultraderecha», como dicen muchos, es la solución a muchos problemas de la sociedad española, como por ejemplo la limpieza de funcionarios que hacen muchas huelgas, pero claro, como no se pueden despedir, a vivir del cuento.

Español99: Bien dicho, yo añado la eliminación de los sindicatos y toda esa gentuza, parásitos.

León20: Y lo más importante: la limpieza de lo peor de la sociedad, que son los inmigrantes, gitanos, perroflautas... En los dos primeros casos, el problema no es su raza, sino la subcultura violenta y antidemocrática, y en el tercero, por pedir derechos pero ninguna obligación. Sin estos tres grupos de gentuza, España sería mucho más segura y avanzada.

Ángel22: No te olvides de la Iglesia parasitaria que inunda actualmente el Estado. Tenemos por ejemplo a Cáritas y su amor por los inmigrantes, gitanos, africanos, latinoamericanos... en detrimento de ayudar a los españoles. A estos les dicen que nanai, que los inmigrantes necesitan más las ayudas. Vergonzoso. Como dice el lema, PRIMERO LOS DE CASA, y a quien no le guste, mala suerte.

J.Gómez: Vosotros sois tontos. No, rectifico, tontos no, sois subnormales profundos. Lamento tener que recurrir al insulto, pero no sé ni cómo podéis pensar todas esas tonterías en serio.

Ángel22: Seguro que tú no vives en un barrio de inmigrantes, qué fácil es hablar y ser comunista cuando se vive bien.

J.Gómez: Dais asco. Vosotros y vuestras ideas trasnochadas.

León20: Nosotros rechazamos cualquier privilegio hacia ciudadanos de segunda como los inmigrantes, gitanos y todos los que pretenden vivir del cuento. Mientras los partidos como el PP, PSOE, IU, etc. sigan apoyando a toda esta gentuza, los que apoyamos a partidos de ultraderecha vamos a seguir subiendo en España como en el resto de Europa. Los

partidos tradicionales abandonan a los trabajadores españoles y la gente se siente desamparada, no diréis que no avisamos del peligro que vivimos.

J.Gómez: Tú eres subnormal. ¿Quién tiene la vara de medir para decir quién es ciudadano de primera y de segunda? Nunca he visto tantas gilipolleces juntas en un foro. ¿Y vosotros vais a arreglar España? Si sois unos tarados, jajaja.

Ángel22: Lo que decimos es lo que piensa mucha gente, te guste o no te guste.

León20: Nuestro partido está subiendo y ya verás cuando gobernemos lo que vamos a hacer con todos los comunistas de mierda, empezando por ti, a ver si entonces te ríes.

Carla consultó los datos del perfil público de J.Gómez. En la ficha de registro que había rellenado para poder participar en el foro no solo aparecía su nombre real, Jesús Gómez, sino también su domicilio. Aquel joven no podía ser tan idiota como para registrarse en un foro de ultraderecha con su nombre real y ponerse a insultar a los participantes.

Quien había intervenido en la conversación no era Jesús Gómez. El malnacido de Telmo Vargas se había registrado con los datos de aquel chico y había intervenido en el hilo del foro. El resultado era que

los violentos descerebrados a los que había insultado habían ido a por el verdadero Jesús Gómez y le habían propinado una terrible paliza.

Carla comprendió para qué le había pedido desentrañar las verdaderas identidades de los participantes en los foros. Telmo Vargas podía hacerse pasar por unos y otros, sembrar el odio para después revelar los nombres de los contrarios.

La mayoría militaban en grupos violentos de ideología extrema. Podían llegar a matarse entre ellos. Ya había víctimas

graves: cinco estudiantes heridos en la facultad. Y aquel pobre chico, Jesús Gómez, estaba en coma por la paliza que le habían dado en represalia por su intervención en el foro.

Sentada en su escritorio, frente al ordenador, Carla cerró los ojos y se masajeó las sienes. Intentó relajarse, pensar con claridad. Tenía que haber un modo de pararlo.

Le dio un sorbo al café, que se había quedado tibio. Fue a la cocina y vertió el contenido de la taza por el fregadero. Encendió la cafetera. Mientras el aparato regurgitaba el humeante hilo de líquido oscuro,

Carla contempló a través de la ventana los negros nubarrones. El viento soplaba con fuerza, moviéndose en círculos que cambiaban constantemente de dirección, como un animal que merodea.

Desde la cocina escuchó el suave campanilleo digital de su ordenador, el aviso de la llegada de un nuevo correo electrónico. El corazón le dio un vuelco. Últimamente, cada vez que recibía un email se le disparaba la adrenalina.

Comprobó con alivio que era un mensaje de Guerrero.

De: Juan Pablo Guerrero

Para: Carla Barceló

Enviado: martes, a las 09:34

Querida Carla:

Tal y como me solicitaste, adjunto te envío información (confidencial) sobre los pedófilos detenidos en España en los últimos meses. Para cada caso, he incluido un resumen de la ficha policial con datos del individuo. Espero que te sea de utilidad.

Atentamente,

J. P. Guerrero

Bien, se felicitó Carla. Guerrero no había tardado ni veinticuatro horas en responder a la consulta que le había hecho.

Poco antes, su hermano y ella habían llegado a la conclusión de que el maníaco que se escondía tras el alias de doctor Telmo Vargas no tenía, en realidad, conocimientos de informática suficientes como para colarse en los ordenadores de sus víctimas. El uso preciso de fármacos y drogas del que había hecho gala les inclinaba más hacia la idea de que fuese un verdadero doctor.

Todo hacía pensar que tenía un cómplice: un experto en ordenadores que había mediado entre él y sus víctimas. El hecho de que algunas de esas víctimas fuesen niños y jóvenes llevaba a pensar

que el cómplice informático bien podía ser un pedófilo. Cabía la posibilidad de que hubiese estado colaborando con el perturbado de Telmo Vargas voluntariamente, o bien bajo chantaje, como le ocurría a ella misma.

La hipótesis, reforzada ahora por el hecho de que Telmo Vargas le hubiese pedido a Carla *hackear* las cuentas de los usuarios de los foros, les hacía pensar que quizás ya no estaba colaborando con el informático.

Era probable que la policía hubiese interceptado el material pedófilo del informático y lo

hubiese detenido. Telmo Vargas ya no contaría con su ayuda.

Una cadena de suposiciones demasiado débil, se dijo Carla. Con todo, tenía que agarrarse a cualquier posibilidad de encontrar una pista, por pequeña que fuese. Por ese motivo, Carla le había pedido a Guerrero los datos de las últimas detenciones de pedófilos. Tal vez uno de los detenidos fuese el cómplice de Telmo Vargas.

El agente del CNI había sido de lo más eficiente. El email adjuntaba un extenso *dossier*. El documento comenzaba con una lista de cincuenta nombres, acompañados

de la fecha de detención y el estado actual de cada uno de ellos (en prisión, en libertad condicional, con fianza en espera de juicio...). Después, había un resumen con los datos más relevantes de cada uno de los detenidos: edad, estado civil, miembros de la unidad familiar, formación, trayectoria profesional, ocupación actual, antecedentes penales...

Carla empezó a leer con detalle las desventuras de aquella lista de depravados en busca de algún indicio relevante. Tres de los detenidos habían muerto poco después de su detención: uno de

ellos se había ahorcado en la cárcel, otro había sido asesinado por sus compañeros y un tercero se había suicidado ingiriendo una sobredosis de pastillas anestésicas cuando aún estaba en libertad pendiente de juicio.

Por más que miraba, leía y releía, no fue capaz de encontrar ningún detalle que relacionase a alguno de aquellos individuos ni con los crímenes de Telmo Vargas ni con su *modus operandi*, y acabó cerrando el fichero, frustrada y con un terrible dolor de cabeza.

Para averiguar si alguno de aquellos pedófilos tenía relación

con el psicópata, tendría que entrevistarse con ellos uno a uno, indagar en sus vidas... Podría llevarle semanas o meses. Notaba que la ansiedad empezaba a apoderarse de ella. Las horas y los días pasaban como arena que se escurre entre los dedos y estaba muy lejos de descubrir la verdadera identidad de Telmo Vargas.

«No puedes rendirte, Carla.»

Cogió un cojín y se sentó en el suelo, frente a la ventana, con las piernas cruzadas de tal forma que la planta del pie derecho estaba en contacto con la parte interna del muslo contrario. El talón, cerca del

perineo. El pie izquierdo, delante del pie derecho. Los tobillos, superpuestos, y las piernas ampliamente separadas, con ambas rodillas en contacto con el suelo.

Respiró lenta y profundamente, inspirando a través de la nariz y espirando por la boca, poniendo en práctica una técnica de relajación que le había enseñado su psicoterapeuta.

Comenzó a contar hacia atrás muy despacio. Diez, nueve, ocho...

Recorrió mentalmente su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, diciéndole a cada parte que se relajase por completo.

Se imaginó una calma especial, un hermoso jardín en un paraíso tropical al atardecer.

Imaginó que descendía diez peldaños para bajar al jardín, contando cuidadosamente cada peldaño.

Cuando hubo descendido los diez peldaños, miró a su alrededor percibiendo hermosas y relajantes sensaciones. Sus fosas nasales se llenaron de maravillosas fragancias florales. El aire era fresco y agradable. La intrincada silueta de un templo budista se recortaba contra la luz del atardecer. En el

aire flotaba el sonido de un riachuelo y el trinar de los pájaros.

«Hago frente a todos los problemas con calma, confianza, de un modo relajado.»

Se repitió la frase una y otra vez. Se imaginó a sí misma llena de confianza, afrontando cualquier situación con serenidad y valentía.

«Mi calma y mi confianza van en aumento.»

Imaginó que caminaba descalza sobre la yerba del jardín, entre las flores. La sensación de frescor en las plantas de los pies era de lo más relajante. La brisa acariciaba su rostro. Flores de diversos colores y

fragancias desfilaron ante sus ojos. Entonces, entre todas aquellas flores tan bonitas y coloridas, se quedó mirando una muy diferente a las demás: tenía forma esférica y era de color pajizo, semejante a un puñado de raíces resacas enroscadas como una bola.

«Esta planta se te ha secado.»

«No, no está seca. Es una rosa de Jericó. Es una clase de flor muy especial. Es capaz de sobrevivir a largos periodos de sequía, aparentar que está muerta y luego resurgir más bella. Cuando renace, despliega unas preciosas hojas verdes. Pero a mí me gusta verla así, seca,

esperando su momento para renacer.»

Carla abrió los ojos de golpe. Joder. ¡La flor! ¿Cómo no lo había visto antes?

Aquello había estado flotando en la periferia de su subconsciente desde que había hablado con Eva Luna, pero no se había dado cuenta de lo que tenía delante hasta entonces.

Corrió hasta su ordenador. Buscó el archivo donde había copiado el texto que Eva Luna había escrito en internet, su «llamada de auxilio», como ella misma la había llamado.

Mi historia incompleta, por Eva_Luna, publicada el 20-marzo-2012 a las 23:44.

No puedo expresar con palabras lo que me cuesta enfrentarme a esta página desolada.

Hace un instante solo veía un valle amarillento de margen a margen, cubierto del polvo pesado que inunda este sótano. Ahora veo apenas tres líneas que se convierten en cuatro. Necesitaré muchas más y, aun así, mi historia estará incompleta porque yo estoy incompleta.

Carla revisó el texto con atención, buscando la parte donde Eva Luna mencionaba sus flores.

Busqué por toda la casa, en la cocina, en el salón, en el balcón...

Pasé al menos dos horas en el jardín, preguntándoles a las rosas, a las achiras, a las caléndulas, buscando entre los tallos,

debajo de las hojas, pero ninguna sabía nada.

Abrigada por la luz de la luna, volví a llorar sobre mis flores.

Rosas, achiras, caléndulas... Eva no mencionaba en ninguna parte la rosa de Jericó. En cambio, cuando Telmo Vargas la había engañado haciéndose pasar por ella en el chat, sí que mencionó esa curiosa planta.

Carla por fin se acordó de dónde había escuchado antes el nombre de aquella extraña flor. Buscó en el historial de su ordenador las conversaciones antiguas que había mantenido con

Telmo Vargas haciéndose pasar este por Eva Luna.

Eva_Luna: tienes el valor que yo nunca he tenido.

Virginia13: me gustaría conocerte en persona.

Eva_Luna: algún día. Siempre he querido ser como la rosa de Jericó, capaz de sobrevivir largos periodos de sequía, aparentar que está muerta y luego renacer más bella. Algún día yo también resurgiré como la rosa de Jericó. Entonces a lo mejor nos podremos conocer en persona.

¡Pero la persona del chat no era la auténtica Eva Luna! Quien hablaba era Telmo Vargas

haciéndose pasar por ella. Su jugada maestra para engañarla había consistido en hacerse pasar por un acosador y a la vez representar el papel de una víctima de ese mismo acosador. Carla había picado el anzuelo y había confiado como una estúpida en la falsa Eva Luna. ¿Cómo iba a desconfiar de alguien que, supuestamente, intentaba advertirla del peligro? ¿Cómo pensar que ambos, acosador y víctima, eran la misma persona?

Pero la mención de la extraña flor confirmaba que Telmo Vargas sí tenía que haber conocido en persona a Eva Luna. ¿Cómo si no

podría saber que su flor favorita era la rosa de Jericó? Eva no la mencionaba en el texto que había escrito en internet.

Carla agarró su teléfono y llamó a la joven. Le explicó que necesitaba volver a hablar con ella. Sí, era urgente. Se citaron en una de las cafeterías próximas al Retiro.

* * *

Atardecía y las formas se volvían borrosas en el prematuro crepúsculo invernal cuando Carla ya estaba instalada en una mesa de la cafetería pastelería Simpatía, en

pleno centro y próxima a la Puerta de Alcalá, donde se había citado con Eva Luna.

Iba por el segundo café cuando por fin vio llegar a la joven. Eva Luna llevaba un vestido largo de lana, botas altas, negras, de cordones, y un grueso abrigo de plumas marrón. Andaba con un aire indeciso, haciendo una imperceptible pausa después de cada paso. Con la cabeza ligeramente ladeada, el pelo le cubría la mitad del rostro. Mientras caminaba sorteando la indecisión, miraba de soslayo, como si atisbase

a su alrededor detrás de una cortina.

Sonrió débilmente cuando vio a Carla, que se puso en pie y la recibió con un cariñoso abrazo.

—Perdona por molestarte otra vez —se disculpó Carla—, pero necesito hablar contigo sobre una cosa.

Eva Luna se limitó a asentir levemente con la mirada fija en la mesa.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Carla.

—Un té verde —pidió Eva.

—Verás, creo que hay algo que se nos ha escapado —dijo Carla

directa al grano después de encargarse al camarero—. El individuo que se hizo pasar por ti mencionó en la conversación una flor, la rosa de Jericó. Cuando estuve en tu casa me dijiste que era tu flor favorita. Sin embargo, en el texto que publicaste en internet no mencionabas esa planta.

Eva la miró como si atisbase por encima de algo. Estaba sentada rígida, con las manos entrelazadas en el regazo.

—¿Por qué no mencionaste la rosa de Jericó en tu diario? —preguntó Carla.

—Porque no la había en mi jardín —respondió Eva.

—¿Por qué no?

—Es una flor que necesita un ambiente cálido, se cultiva en interiores. —Eva fijó la vista en el vacío como si leyera en él—. Es mi favorita desde que era una niña. La descubrí en un libro de botánica. Las flores eran mis únicas amigas, pero mi padre se deshizo de todas las que había en casa. Solo me permitía cuidar las que crecían en el jardín fuera de la casa. En el jardín yo no podía cultivar una rosa de Jericó. Necesita calor. El frío la hubiese matado.

—Comprendo. ¿Cuántos años tenías cuando tu padre tiró todas las flores de tu casa?

—Unos once —respondió Eva poniendo los ojos en blanco—. No estoy segura, no lo recuerdo bien.

Carla sabía que fue más o menos con esa edad cuando Eva empezó a sufrir los abusos.

—¿Y desde entonces volviste a cultivar alguna vez una de esas flores?

—No, hasta ahora. Ahora... tengo una nueva vida —dijo con un hilo de voz, como si se avergonzase de algo.

Sus pupilas se movieron de un lado a otro, recorriendo la superficie de la mesa. Carla se lamentó por tener que hacerla recordar su atormentado pasado. No tenía más remedio, por duro que fuese, si quería descubrir la verdad. Estaban en juego su vida y la de su futuro hijo.

—No te lo preguntaría si no fuese muy importante para mí. Verás, creo que Telmo Vargas te conoce personalmente, y te conoce bien. Sabe que las flores son significativas para ti. Por eso, cuando suplantó tu identidad, imitando tus frases, tu forma de

hablar, me habló de tus flores y también mencionó esa planta. Por eso necesito saber a quién más pudiste hablarle de esa flor de Jericó.

—Yo nunca, a nadie, le he hablado de ella. —Eva sacudió la cabeza—. Ni siquiera a mi padre.

—Eso no puede ser. Esa flor no aparecía en el texto que escribiste en internet. ¿Cómo pudo saberlo entonces? Piensa, por favor. Tiene que haber algo que olvidas. Seguro que tuviste que hablar con alguien de lo que te pasaba.

Eva cerró los ojos, esforzándose por hurgar entre las

nieblas de su memoria. La piel blanca de su frente se pobló de arrugas.

—Lo siento, no soy capaz de recordar nada, no creo haberle dicho nunca nada a nadie...

—Por favor, haz un esfuerzo, ¿desde cuándo te interesan tanto las flores? —insistió Carla—. ¿Desde cuándo te llamó la atención la flor de Jericó?

—Desde que era niña, con once años; es posible que una vez hablase de ello con alguien...

—¿Con quién? —preguntó Carla conteniendo el aliento.

—Yo estaba en el colegio, tuvo que ser cuando mi padre empezó a abusar de mí —rememoró—, porque en el colegio los maestros vieron que me pasaba algo; debieron de notar un cambio grande en mi actitud. Me llevaron a un psicólogo de la escuela. Se supone que era alguien que estaba allí para ayudar a los niños con problemas psicológicos. Hablé con él. Le conté lo que me hacía mi padre. Se lo conté todo. Supongo que también le dije que mi padre había tirado todas las flores de casa, supongo que también le hablé de mi flor favorita, la rosa de Jericó. Creo que por aquel

entonces yo estaba más triste por

mis flores que por lo que me hacía mi padre.

—¿Y qué pasó? ¿Ese psicólogo no denunció los abusos de tu padre?

—No lo sé. Lo único que sé es que mi padre me cambió de colegio poco después. Me advirtió que si volvía a contarle a alguien lo que me hacía me mataría.

—¿Y cómo supo tu padre que se lo habías contado al psicólogo?

—No lo sé, me imagino que se lo dirían en el colegio.

—¿Y no te parece raro que nadie denunciase nada? —Carla tenía los ojos abiertos como platos.

—Yo era una niña. Creía que lo que me hacía mi padre era normal, que era lo que les pasaba a todas las niñas. Si lo pienso ahora, la verdad es que no entiendo por qué aquel psicólogo no me ayudó.

Eva Luna la miró desconcertada. Carla sí lo entendía. ¡Aquel psicólogo debía de ser el mismísimo Telmo Vargas en persona! Carla dio una palmada en la mesa. Tenía sentido. El muy hijo de perra no solo no ayudó a Eva, sino que debió de advertir al padre de Eva de que había delatado los abusos. Semejante crueldad hacia una pobre niña provocó en Carla

una rabia que apenas podía contener.

—Estoy casi segura de que ese psicólogo de tu infancia es el criminal que estoy buscando —dijo Carla con voz ronca—. Por eso no hizo nada para ayudarte. Al contrario. En realidad, pienso que conoció a tu padre gracias a ti. Desde entonces debieron de ser cómplices en los abusos a menores.

Eva Luna se cruzó de brazos como si quisiera protegerse del frío, a pesar de que en el interior de la cafetería hacía calor. Carla imaginó el desamparo que debió de sufrir Eva cuando era niña, la soledad...

Sintió una lástima infinita por ella. Ojalá no tuviese que pedirle regresar al abismo de sus recuerdos. Pero no tenía más remedio.

—¿Recuerdas cómo se llamaba ese psicólogo o qué aspecto tenía?

—No, yo era muy pequeña. —Eva meneó la cabeza—. No me acuerdo de nada. Lo siento.

—No te preocupes. Es normal que no te acuerdes. Me has ayudado mucho. Creo que podré averiguar quién era ese psicólogo del colegio donde estudiabas de niña.

—¿Lo cogerás entonces? —preguntó Eva Luna.

—Hay una posibilidad; por primera vez hay una posibilidad —dijo Carla, esperanzada—. Es posible que ya no siga trabajando en aquel mismo colegio, pero si averiguamos su identidad podremos seguirle la pista. Ya no podrá esconderse tan fácilmente. La policía lo atrapará.

—Me alegro de haberte ayudado.

—Y yo lamento haberte hecho recordar otra vez. Cuando todo esto acabe para mí, me gustaría volver a verte en otras circunstancias más felices.

—Cuando nazca tu hijo. Me gustaría conocerlo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carla sorprendida.

—Se te nota en la cara —dijo Eva mirándola dulcemente con sus grandes ojos de ceniza—. Vas a ser una madre estupenda, la mejor madre del mundo.

Una conmovida Carla cogió con fuerza las manos de Eva. Los ojos se le humedecieron de emoción. Permanecieron cogidas de las manos un largo instante. Carla sintió que aquella muchacha de aspecto frágil atesoraba una fortaleza inesperada. A pesar de las

dramáticas vivencias que la habían llevado hasta ella, se alegraba de haberla conocido. Mirándola, uno tenía la impresión de que era posible vencer cualquier dificultad. Personas como Eva Luna te demuestran que siempre se puede salir adelante, que el mundo puede ser un lugar mejor a pesar de los horrores que lo pueblan.

Se despidieron en la puerta de la cafetería con un abrazo, prometiéndose volver a verse. Carla se metió en un taxi. Le indicó al taxista que la llevase al hospital Doce de Octubre mientras marcaba

en su móvil el teléfono de Guerrero. Las manos le temblaban.

—¡Creo que sé quién es! — exclamó Carla cuando contestó el policía.

Le resumió la conversación que acababa de tener con Eva Luna. El taxista la miraba de reojo a través del espejo retrovisor.

—¿Crees que podrás localizarlo con esos datos? —preguntó Carla.

—Dalo por hecho. Si sigue trabajando en el colegio, lo cogeremos. Te llamaré en cuanto lo tengamos.

Mientras el taxi surcaba la M-30, Carla respiró hondo para

contener las emociones que se agolpaban en su pecho. Estaba segura de que esta vez había dado con él, pero no quería dar rienda suelta a su alegría hasta que no estuviese detenido y entre rejas.

En el hospital, encontró a su hermano en mitad de una sesión de rehabilitación. Isaac estaba tumbado en una camilla mientras un fisioterapeuta le masajeaba los músculos de las piernas.

—Carla, ¿pasa algo? —exclamó su hermano con preocupación al verla llegar alterada, con el rostro congestionado.

—¡Creo que esta vez lo he encontrado! —anunció triunfal.

Su hermano se incorporó girando sobre sí mismo en la camilla y doblándose como un resorte. Isaac rechazó la ayuda que le ofrecía el fisioterapeuta para sentarse en la silla de ruedas, maniobrando con las piernas inertes mientras sus brazos se aferraban con fuerza a los asideros. El fisio, un joven alto y escuálido, le dio una palmadita en la espalda y se puso a doblar el pedazo de tela sobre el que había estado tumbado Isaac.

Carla agarró la silla y empujó a su hermano hasta su habitación. Estaba impaciente por contarle todo.

Mientras recorrían los pasillos del hospital le habló de su descubrimiento relacionado con la curiosa flor de Jericó y de lo que Eva Luna le había revelado sobre su infancia.

—El teniente Guerrero ya ha enviado a sus hombres a buscar al psicólogo que trabajaba en ese colegio en aquella época —concluyó Carla ya en el interior de la habitación.

—¿Y si se ha largado a otro sitio?

—Son policías del Centro Nacional de Inteligencia. Esté donde esté, lo encontrarán.

—¿Te das cuenta, Carla? ¡Estamos muy cerca! —El rostro de Isaac se iluminó.

—Te dije que daría con él.

—Un psicólogo infantil. Qué hijo de perra —masculló su hermano dando una palmada en el reposabrazos de la silla—. Eso encaja perfectamente. El hijo de puta está habituado a tratar con niños. Por eso sabe usar el mismo lenguaje que ellos. Entiende sus

motivaciones y sabe manipular sus sentimientos y emociones.

—Sí, yo también estoy segura de que es él. Tiene que serlo.

El teléfono de Carla emitió un timbrazo. Carla vio en la pantalla el nombre de Guerrero. Respondió con el corazón en un puño. En su fuero interno sabía que era demasiado pronto para que pudiera haber averiguado algo.

—Carla, ya sabemos quién era ese hombre. Ha sido fácil acudir a los registros del colegio y comprobar el personal que trabajaba allí.

Carla contuvo el aliento. Su hermano la miraba expectante.

—Me temo que no es tu hombre —dijo Guerrero—. Está muerto. Se suicidó hace cinco años. Una sobredosis de pastillas para dormir. Al parecer, se estaba indagando por abusos sexuales a menores. Se quitó la vida cuando la policía empezó a investigarlo.

—¿Pastillas para dormir? —dijo Carla con el alma en los pies.

—Sí, aquí tengo una copia de la autopsia. Usó un anestésico que se emplea en los hospitales. Está muerto. No puede ser tu hombre. Lo siento.

Carla miró a su hermano. Estaba pálida. No podía venirse abajo. No con su hijo en camino. Tenía que seguir luchando hasta encontrar a aquel malnacido.

—No era él —dijo a Isaac después de colgar—. El psicólogo que atendió a Eva Luna se suicidó hace años, así que debía de ser otro cómplice.

El rostro de su hermano se descompuso en una máscara de decepción.

—Mierda, mierda... —Isaac movía la cabeza a un lado y a otro—. ¿Es que ese hijo de puta nunca hace

nada por sí mismo? Es como perseguir a un puto fantasma...

—Los fantasmas no existen. Solo es un hombre y no va a vencerme.

Su hermano la miró a los ojos. Parecía sorprendido por la entereza de su voz.

—Mierda, Carla, no es un hombre, es el mismísimo diablo. Y yo tengo miedo por nosotros.

Carla se abrazó a su hermano. Ella también tenía miedo, pero no dijo nada.

LAS FLORES DE OTRO MUNDO

Aunque Francisco Javier se consideraba un hombre de éxito en su vida profesional, no podía decir que en lo personal le fuese tan bien. Se había casado, hacía ya tres años, con María Estévez, una simple dependienta de una tienda de ropa de barrio, guapa y con un buen par de tetas, al menos las tenía cuando

la conoció. Cinco años después, le había engordado el culo y las tetas se le empezaban a caer, pero él la seguía queriendo.

La sola idea de que ella quisiera separarse de él lo ponía enfermo. Después de todo lo que había hecho por ella...

Y es que María era una don nadie cuando la conoció. Una simple dependienta de una tienda de moda. En cambio, por aquel entonces, él (licenciado en Económicas) ya era jefe de toda una planta de alimentación de El Corte Inglés. Ahora, cinco años después, ella seguía siendo una don nadie

mientras que él había ascendido hasta el puesto de gerente. Ganaba setenta mil euros al año. Vivían en un buen piso. Pasaban todos los veranos unas vacaciones en la playa. Salían al teatro y al cine. Cenaban fuera todos los fines de semana, normalmente solos. María no tenía estudios ni carrera y Francisco Javier se avergonzaba cuando la llevaba a las cenas de empresa. Los otros gerentes estaban casados con abogadas, médicas, profesionales cualificadas y de éxito. Cuando él presentaba a María mascullaba entre dientes un «tiene un negocio de moda»,

aunque hacía tiempo que María había dejado el trabajo de dependienta en la tienda. Él la había sacado de aquel trabajo miserable. No soportaba la idea de que su mujer tuviese que humillarse vendiendo ropa en una tienducha.

Todo lo que ella tenía se lo debía a él. Él se lo había dado todo y ahora ella se lo pagaba con una demanda de divorcio. No lo podía entender. No lo iba a permitir.

No habían tenido hijos todavía, pero tal vez había llegado el momento, pensó. Al fin y al cabo, ella tenía solo treinta y cinco años. A María se le quitarían las ideas de

separarse si los tuvieran. Estaba claro que aquel matrimonio necesitaba vástagos. Su madre llevaba tiempo diciéndoselo.

Era cierto que, hasta entonces, a Francisco Javier no le agradaba la idea de tener hijos. En el fondo dudaba de que María pudiese ser una buena madre, una madre que estuviese a la altura. De algún modo, había esperado que ella mejorase a su lado, pero estaba claro que eso no iba a ocurrir. ¡María tenía tantos defectos! Él se había propuesto casi como una meta personal corregirla y hacer de ella una mujer mejor. Todos sus

esfuerzos habían resultado en balde. Para empezar, era tremendamente desordenada. Él tuvo que hacerle ver la importancia del orden para mantener la armonía en el hogar. Le había inculcado la necesidad de que cada cosa estuviese en su sitio: los libros ordenados alfabéticamente; los utensilios de cocina clasificados por tipos y tamaños en sus estantes; los cajones limpios y ordenados; los productos del baño, las toallas..., cada cosa tenía que estar en su sitio. Daba gusto llegar a casa y encontrarlo todo limpio y bien dispuesto.

María tampoco era muy buena cocinera. Después de casarse, él puso empeño en que ella aprendiera a preparar, al menos, sus platos favoritos. Francisco Javier pensó, con una sonrisa condescendiente, que todavía hoy, cinco años después, María era incapaz de preparar el asado como se lo preparaba su madre.

Otro defecto de María era la pereza. A ella le gustaba quedarse hasta muy tarde en la cama por las mañanas. Por las noches, en cambio, le daban las tantas mirando esos programas de televisión que ofendían a la inteligencia.

Fueron hábitos que poco a poco tuvo que cambiar. A Francisco Javier le gustaba que ella madrugase como él: a las seis en punto, en pie. Mientras él se afeitaba, ella debía esperarlo con el desayuno en la mesa. Los fines de semana él leía pacientemente el periódico mientras ella arreglaba la casa. Después salían a dar un paseo como un matrimonio ejemplar.

El asunto de la televisión nocturna le costó algunas discusiones. A ella no le hizo gracia que él decretase el apagado de la televisión a las diez de la noche. A partir de esa hora estaba permitido

leer en la cama media hora antes de dormir. A María le gustaba leer (punto a su favor), aunque sus gustos literarios eran deplorables. Cuando la conoció era una adicta a los *thrillers* de detectives. Le dijo que se enamoró de él porque se parecía a Castle, un actorucho de una serie de televisión. Le hizo ver que leer aquello no le aportaría nada en la vida. Poco a poco le inculcó el gusto por la historia y la filosofía. Tiró a la basura todas aquellas noveluchas de misterio y le regaló una colección completa de clásicos. María se esforzaba por leer a Homero, a Platón, aunque parecía

asimilar muy poco de lo que leía. Puede que su cerebro no estuviese preparado para aquellas exquisiteces. Años de lecturas insustanciales le habían adormecido la mente, pero Francisco Javier no perdía la esperanza.

No todo en su matrimonio había sido idílico, es cierto. Con frecuencia, a María le costaba entender que él lo hacía todo por su bien. Al poco de casarse habían empezado a discutir. María no se daba cuenta del daño que a él le hacían aquellas disputas. Le traían a la mente las peleas de sus padres y

sus interminables discusiones a gritos.

Francisco Javier no soportaba que María le levantase la voz. Lo ponía furioso. Era lógico que hubiese tenido que darle alguna que otra bofetada, aunque solo había sido para que ella dejara de gritarle. No es que le gustase pegar a María, pero ella necesitaba que le corrigiesen sus muchos defectos. A veces, Francisco Javier tenía la impresión de que estaba educando a un niño pequeño. Una bofetada a tiempo evitaba que la rabieta siguiese y siguiese creciendo. A él le dolía tanto como a ella. ¿Por qué

cojones no lo entendía? ¿Por qué ahora, después de todo lo que había mejorado, se le había metido en la cabeza divorciarse de él?

La idea de María marchándose de casa, comenzando una vida por su cuenta, lo volvía loco. No podía soportar la idea de que pudiese conocer a otro hombre y entablar una relación, acostarse con alguien que no fuese él. Antes la mataría.

Tenía que reconocer que cuando ella le planteó la idea de separarse se había enfurecido tanto que había perdido el control. Puede que se le hubiese ido la mano un poco, pero ya le había pedido

perdón. ¿Qué más quería? Desde luego, no la iba a dejar separarse. Eso se lo había dejado bien claro. Además, ¿dónde iba a ir ella sola? María ya no tenía familia, sus padres habían muerto hacía tiempo. No tenía trabajo ni oficio ni beneficio. Todo se lo debía a él. Su vida estaba a su lado. Debía quitarle esa idea del divorcio de la cabeza. Se la quitaría igual que le había quitado los otros defectos, con firmeza y mano dura. No le quedaba otra opción. Algún día ella acabaría agradeciéndole todos sus esfuerzos.

Todos esos pensamientos habían ido dando vueltas en la

cabeza de Francisco Javier mientras conducía de camino a casa desde el trabajo. Entre sus muchas virtudes estaba la paciencia. Había soportado con paciencia el tráfico tan mal gestionado de Madrid, y antes había soportado con paciencia la incompetencia de sus empleados. Pero cuando se bajó del coche y se metió en el ascensor se dio cuenta de que su paciencia con María estaba llegando al límite. La idea de llegar a casa y encontrársela encerrada en el baño llorando, como venía pasando los últimos días, lo irritaba profundamente. La casa estaba cada vez más sucia.

Llevaba una semana teniendo que prepararse él mismo la cena. Y cuando intentaba hablar para arreglar las cosas y ella, en lugar de avenirse a razones, se empecinaba en repetir airada que iba a separarse, entonces ya no podía evitar estallar. ¿Qué hombre era capaz de soportar todo aquello sin estallar?

Para cuando abrió la puerta del piso todos aquellos pensamientos habían hecho que la rabia hubiese ido creciendo en su interior. Le pidió a Dios que María hubiese limpiado la casa. Le pidió a Dios que María le estuviese esperando

con la mesa puesta y la cena preparada. Porque si volvía a encontrársela encerrada en el baño llorando, por Dios que no respondía.

Lo que encontró cuando entró en el salón fue algo totalmente inesperado.

María estaba allí, esperándole, pero no estaba sola. Había otras mujeres con ella, y todas le miraban de un modo extraño.

«Lo que faltaba», pensó sintiendo que ya perdía totalmente la paciencia. Su mujer había traído a aquellas mujeres a casa. ¿De dónde las había sacado? Que él supiera,

hacía mucho tiempo que María había perdido el contacto con las pocas amigas que tenía. Además, ella sabía que no le gustaba que llevase a nadie a casa. Lo último que esperaba era tener que aguantar a unas desconocidas en su propio hogar. La rabia lo hizo enrojecer. Ahora no podría decirse que no tenía un buen motivo para darle una paliza. Se iba a enterar en cuanto echase a aquellas furcias.

Las mujeres seguían mirándolo fijamente de un modo extraño.

* * *

María Estévez había llegado a la Asociación de Víctimas de la Violencia Machista buscando ayuda. Allí había conocido a Mamen, a quien relató la dramática historia de los últimos cinco años de su vida.

Cuando conoció a Francisco Javier, quien se convertiría al poco en su marido, era un hombre amable, atento, atractivo. Al principio se sintió atraída por él porque la hizo sentir importante. La llevaba a cenar a sitios caros y elegantes donde él se desenvolvía con naturalidad. Era culto. Le hablaba de arte y de música clásica,

cosas de las que ella no tenía ni idea.

María provenía de una familia humilde y había dejado los estudios en el instituto para trabajar en una tienda de ropa de mujer. A María le encantaba la moda. Su sueño desde niña había sido montar su propio negocio de modas. Había observado cómo funcionaban la mayoría de las tiendas de ropa y tenía algunas ideas para crear un tipo de establecimiento diferente que se adaptase mucho mejor a los gustos de las mujeres. Sin embargo, solo tenía eso: ideas. Le faltaba dinero para dar el paso de poner su propia

tienda. Había consultado la opción de pedir un crédito ICO de ayuda a jóvenes emprendedores, pero los requisitos burocráticos y administrativos la abrumaban. Nunca se le habían dado bien los números ni las gestiones. El simple trámite para renovarse el carnet de identidad la agobiaba. Lo suyo era la moda. No tenía problema para imaginar con todo detalle el interior de su futura tienda ni para diseñar los escaparates, pero rellenar una pila de formularios con balances, previsiones de amortizaciones y planes de negocio la angustiaba.

Francisco Javier, en cambio, gestionaba con éxito todo un departamento ni más ni menos que de El Corte Inglés. Era licenciado en Ciencias Económicas. Lo suyo eran los números y las finanzas, la gestión empresarial. María pensó que juntos formarían un equipo increíble. Sola, tenía miedo de dar el paso que necesitaba para establecerse por su cuenta. Al lado de Francisco Javier, cualquier sueño le parecía posible. A su lado imaginaba un futuro brillante y eso fue lo que le atrajo de él. María se enamoró de la parte de Francisco Javier que hacía de ella una mujer

de éxito. Ese fue su mayor error. Quizás por eso aguantó tanto tiempo a su lado, porque cuesta renunciar a los sueños. Por eso y por el miedo.

Después de casarse, nada fue como María había imaginado. No hubo cenas en sociedad ni conoció a gente interesante. Su marido la aisló socialmente. La obligó a dejar su trabajo de dependienta en la tienda. Ella accedió con la idea de que así tendría más tiempo para trabajar en su propio proyecto, pero Francisco Javier resultó ser un marido tiránico. Empezó a imponerle agotadoras tareas del

hogar. Para él la casa nunca estaba lo suficientemente limpia ni ordenada. Cuando María protestó, discutieron y al final se llevó un guantazo. Tendría que haberlo dejado en ese mismo momento, pero él le pidió disculpas, le dijo que había perdido el control y le juró que no volvería a pasar. La misma escena se repitió muchas veces más. Su marido cada vez le imponía más y más obligaciones y tareas, y cuando ella se negaba a seguir sus instrucciones al pie de la letra, se llevaba un golpe. Para colmo, además de imponerle un trabajo agotador en la casa, le prohibió leer

sus novelas. También le prohibió ver la televisión por la noche, su único momento de relax y de evasión en todo el día.

María se engañaba a sí misma diciéndose que todo aquello era el peaje que tenía que pagar por la convivencia en matrimonio, que su libertad de soltera se había acabado cuando se casó y que tenía que hacer un esfuerzo por entender a su marido, criado en una familia demasiado rígida. María pensaba que pronto se acostumbrarían el uno al otro, limarían asperezas de la convivencia y entonces encontraría el tiempo y las energías para

dedicarse a su proyecto de poner en marcha su tienda de moda.

Los meses pasaban y después los años, y un día María se dio cuenta de que su marido la había anulado como persona. Ella no existía. No era nadie. No tenía vida propia. Fue una revelación atroz.

Lo comprendió de repente. Recordaba perfectamente el momento porque fue el día uno de enero, mientras cambiaba el calendario de pared del año anterior por el nuevo. En ese momento se dio cuenta de que no conservaba ningún recuerdo memorable del año anterior. En todo un año no

había ocurrido nada, ningún hecho destacable, nada agradable o digno de recordar que se hubiese grabado en su memoria. Todos y cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del último año se habían borrado de su mente. Sus recuerdos solo eran una masa informe de tareas domésticas y actos rutinarios. Comprendió que podría pasar así año tras año hasta consumir completamente su vida sin haberla vivido.

En ese momento tomó la decisión de divorciarse del hombre que la había anulado por completo.

Su peor error fue plantearle abiertamente su decisión. La paliza que él le dio casi la mandó al hospital. Después su marido se dedicó a acosarla, a estar encima de ella, golpeándola con la menor excusa. Ella le cogió auténtico terror. Hasta que un día se decidió a acudir a la Asociación de Ayuda a las Víctimas de Violencia Machista. Allí conoció a Mamen, que escuchó su historia. Después Mamen la presentó a otras mujeres que también habían sido víctimas de la violencia y a ellas les volvió a contar lo que le estaba sucediendo. Todas resolvieron que la iban a ayudar a

separarse de su marido.

María les dijo que era escéptica sobre lo que pudieran hacer por ella. Sabía que las leyes favorecen a los maltratadores y que la policía poco podía hacer. Solo cuando ya era demasiado tarde y la mujer aparecía muerta víctima de una paliza o una agresión brutal era cuando se detenía al marido. Mientras tanto, por muchas denuncias y órdenes de alejamiento que tuviese, Francisco Javier andaría suelto y libre para acercarse a ella y hacerle daño en cualquier momento.

—Aunque consiga divorciarme de él, viviré con miedo el resto de mi vida —dijo María al grupo de mujeres que se habían prestado a ayudarla.

—No —negó Mamen apretando los dientes—. Va a ser él quien vivirá con miedo mientras no se olvide de que existes.

Se presentaron en el domicilio de María, un bonito chalet adosado al norte de Madrid. Eran cinco mujeres. Habían resuelto no ponerse pasamontañas. Actuarían a cara descubierta. Mamen les había dicho que no iban a esconderse como vulgares criminales. Los

criminales eran los hombres que agredían a sus esposas. Eran ellos los que tendrían que vivir atemorizados por si los reconocían en la calle.

El marido de María resultó ser un hombre alto y corpulento. No era difícil imaginar el resultado de un golpe con aquellos brazos de simio. María todavía tenía huellas visibles de la última paliza: moratones en la cara y un labio partido.

—¿Qué hacen estas aquí? — preguntó el marido mirando con rabia indisimulada a su esposa—. Sabes que no me gustan las visitas.

—Hemos venido para mediar en vuestra separación —dijo Mamen dando un paso al frente—. Vamos a asegurarnos de que no vas a poner ningún problema.

—¿Que vais a qué? —bramó el hombre—. Pero ¿qué hostias dices? Fuera de aquí, ¡ya! Esto lo vamos a arreglar tú y yo ahora —señaló con el dedo a María—, te vas a enterar —amenazó.

—Te equivocas. Eres tú quien se va a enterar, hijo de puta —dijo Mamen.

El hombre abrió los ojos y frunció el labio superior como un perro rabioso. Mamen ya tenía la

pistola eléctrica preparada. Había ajustado el nivel de descarga al mínimo. La idea era aturdir a aquel individuo: la descarga no debía dejarlo inconsciente. Lo necesitaban muy despierto para que fuese consciente de lo que le iban a hacer.

Mamen dio un paso adelante y apretó el disparador. Un arco eléctrico se formó entre su mano y el cuerpo del hombre, que soltó un alarido. Hubo un chisporroteo como de bengala y un olor a ozono y a vello quemado se extendió por el salón. El hombre se desplomó en el suelo, gimiendo. Las cinco mujeres

lo rodearon. Mamen se inclinó sobre él.

—Somos muchas. Aquí estamos cinco mujeres, pero somos muchas más. Formamos un grupo enorme. Entre todas podemos vigilarte las veinticuatro horas del día. Podemos saber cada paso que das. Sabemos, por ejemplo, que hoy has comido en un Vips un sándwich y una Coca-Cola. Has venido de tu trabajo directamente a casa, aunque a veces te tomas unas cervezas con tus compañeros antes de venir. Como ayer. Te hemos observado. Te vigilamos.

El hombre la miraba con ojos desorbitados. La descarga eléctrica le había dejado el cuerpo rígido y paralizado.

—No puedes escapar de nosotras —prosiguió Mamen—. No estamos indefensas. Somos muchas y estamos armadas y rabiosas. Nos mueve la rabia de saber que existen sabandijas como tú capaces de maltratar a sus mujeres en lugar de quererlas y cuidarlas. Pero eso se va a acabar en lo que a ti respecta porque no vas a volver a acercarte a María nunca más. Cuando salga de aquí, irá derecha al juzgado para poner la demanda de separación. Tú

aceptarás la demanda. Generosamente, le dejarás la casa y todo vuestro dinero. Después no volverás a verla. Ni siquiera volverás a pensar en ella. Desaparecerá de tu vida para siempre. ¿Y sabes lo que pasará si no lo haces?

Mamen hizo una señal. Carmen sacó un cuchillo de cocina afilado.

Fue Andrea quien le extendió la mano derecha sobre el suelo. El hombre no podía resistirse; tenía todos los músculos adormecidos por la descarga eléctrica.

Carmen le agarró la punta del dedo meñique, separándolo del resto de la mano. Después, con un golpe seco y rápido del cuchillo, le cortó la primera falange del dedo.

El hombre se retorció chillando de dolor. Su esposa, María, se llevó las manos a la cara. Mamen volvió a soltarle una descarga eléctrica que lo dejó paralizado, tumbado bocarriba, temblando con espasmos, pero despierto. Las miraba con ojos desorbitados. Mamen se inclinó sobre él.

—Te acabamos de cortar un dedo —le informó con toda tranquilidad—. Uno no muy

importante; podrás vivir sin el
meñique. Pero escúchame bien,
gilipollas. Si no aceptas la demanda
de separación en todos sus
términos, volveremos y te
cortaremos otro dedo. Si te vuelves
a acercar a María después de hoy,
volveremos y te cortaremos otro
dedo. Si hablas de nosotras, te
encontraremos y te cortaremos otro
dedo. ¿Lo pillas? ¿Sabes contar,
verdad? Porque cuando se acaben
los dedos seguiremos con otras
partes del cuerpo. Y adivina cuál
será la siguiente. Recuerda que te
vigilamos. Olvídate de nosotras.

Olvídate de María para siempre si quieres seguir entero.

Abandonaron la casa. En la calle, María se abrazó a Mamen. Las lágrimas surcaban sus mejillas.

—Sois las mujeres más valientes que he conocido en mi vida. Quiero formar parte de vuestro grupo. Quiero ser como vosotras.

Todas fueron abrazando, una a una, a María. Todas menos Eva Luna, que se había quedado unos pasos rezagada. Hacía varios minutos que le zumbaban los oídos, pero no le había dado importancia. Aunque veía a sus amigas, no podía

escuchar lo que decían. Un silencio denso, sofocante, se instaló a su alrededor.

Miró a sus amigas: las tenía allí, al alcance de la mano, pero tuvo la extraña certeza de que no podría alcanzarlas nunca. Era como si una distancia infinita se hubiese interpuesto entre ellas. Era como contemplar una fotografía y querer ser parte de la escena que muestra.

Las tenía delante, exultantes, alegres, radiantes de emoción, y entonces vio como, desde el suelo, se erguían unos muros de piedra que las rodearon por los cuatro

costados como si se tratara de una cárcel medieval.

Las sonrisas se borraron de sus caras y desaparecieron sus bocas.

Aquello no podía estar pasando otra vez. Volvían las visiones. No, por favor...

De repente las escuchó gemir, al tiempo que unas mordazas que tenían vida propia les rodeaban la cara como si fueran serpientes que, después de rodear sus cabezas dos veces, apretaban con fuerza.

Las manos de todas sus amigas se fueron a sus espaldas, mientras por las piernas les subían deslizándose, como nuevas

serpientes, cuerdas gruesas y oscuras que atenazaron sus muñecas y sus tobillos.

Estaban todas encerradas en aquella celda oscura, amordazadas, con lágrimas surcando sus mejillas, intentando liberarse. Frente a ellas apareció un hombre altísimo, de pelo canoso, con el rostro oculto por una especie de máscara antigás a través de la cual se dejaba entrever una mirada felina y asesina, mordaz y burlona, la mirada de un asesino que disfruta como un niño con el sufrimiento ajeno.

—¡Eva! Chica, ¿qué te pasa?, ¡estás como ida! —gritó Mamen

desde el otro lado de la realidad.

Las paredes se derrumbaron dejando un haz de polvo. Las mordazas se esfumaron, las cuerdas saltaron hacia las estrellas.

Sus amigas volvían a estar exultantes, alegres, emocionadas, pero ahora la miraban con una sombra de preocupación en sus semblantes.

—Eva, ¿estás bien? Parece que acabas de ver un fantasma.

Eva negó con la cabeza, restándole importancia. La sangre volvía a fluir en su interior. Los sonidos llegaban a sus oídos y la luz entraba por sus ojos. El mundo

había recobrado su aparente normalidad.

Pero algo había cambiado.

ALICIA

El primer concierto de Alicia y Marcos estaba siendo un éxito. Marcos había conseguido una actuación en una sala de Madrid llamada Moby Dick, como la célebre ballena. El local, mitad pub de copas, mitad sala de conciertos, tenía aforo para unas quinientas personas y, a juzgar por la multitud

que se agolpaba bajo el escenario, debía de estar completo.

Habían pasado el día preparándolo todo minuciosamente. Marcos había montado su equipo de sonido y habían ensayado una y otra vez hasta asegurarse de que todo funcionaba a la perfección.

Hasta el momento, Alicia solo había tocado en el pub San Petersburgo, el establecimiento del señor ruso amigo de Joseph, sola con su guitarra y un público de menos de cincuenta personas. Tener frente a sí a toda una

multitud expectante la inundó de nerviosa excitación.

La voz de Alicia sonaba grandiosa en la sala, encendiendo los corazones de los presentes. La percusión orquestada por Marcos martilleaba el aire con el ritmo pausado de un gigantesco latido de corazón, haciendo vibrar el pecho de Alicia, que se dejaba llevar por la emoción mientras de su garganta salía, en un solo chorro de voz, toda la rabia y la frustración, toda la esperanza y la alegría que había reprimido durante tanto tiempo. Emociones que se propagaban a través del sonido y contagiaban al

público, cientos de ojos mirándola extasiados. Después de cada canción, los aplausos estallaban con rabioso entusiasmo.

Cuando dieron por finalizado el concierto, la ovación y los vítores se prolongaron durante varios minutos. Alicia y Marcos bajaron del escenario y se metieron por una puerta lateral en el camerino de los músicos. Marcos estaba desbordado por los sentimientos. La besó con fuerza.

—¿Has visto cómo aplauden? ¡Les ha encantado!

—Ha estado bien —reconoció Alicia agotada. Le dolía hasta el

último músculo del cuerpo. Había liberado tanta tensión que se sentía como si hubiese corrido diez maratones.

—¿Solo bien? Joder, la gente estaba vibrando de la emoción.

—Bueno, ha sido increíble. —
Sonrió de oreja a oreja.

Se besaron apasionadamente. Alicia estaba empapada de sudor. Se sentía increíblemente bien. Tocar en directo era como saltar en paracaídas: la adrenalina a tope, las emociones desbordadas y después una asombrosa relajación.

Se dieron una ducha, se cambiaron de ropa y salieron a la

sala para tomar algo y celebrar el éxito. Muchos de los amigos de Marcos habían asistido al concierto y acudieron para saludarles y felicitarles. Alicia notaba las miradas de admiración. Sonreía halagada. Todos le decían que el concierto había sido asombroso; preguntaban cuándo volverían a tocar.

Ser el centro de atención no le molestó en absoluto. Aquello era la fama por la que tanto había suspirado. Bueno, solo un poquito de fama. Le gustaba. Le gustaba mucho. El sueño de su vida siempre había sido poder tocar en pequeñas

salas como aquella, gozando de cada concierto, de cada canción, disfrutar del contacto con la gente, sentir que les has emocionado con lo que llevas dentro.

El sueño de su vida siempre había sido que alguien la quisiera. Miró a Marcos, que estaba pletórico de alegría. Los ojos le brillaban. Estaba guapísimo. Estaba claro que sentía algo especial por ella. No había más que ver el modo en que la miraba. Alicia bebió del fulgor azul de sus ojos. Sintió de pronto el deseo de quedarse a solas con él. Le apetecía besarlo y acariciarle el cuello. Se dijo a sí misma que

aquella noche, cuando acabase la fiesta, se entregaría a él. La idea la llenó de una dicha infinita. Alicia empezaba a entender lo que era el amor, no un tonto enamoramiento de adolescente. El amor de verdad. Y era lo más maravilloso que había experimentado nunca.

Un grupito de tres chicas se acercó a ella. Por un instante Alicia pensó que también venían a felicitarla por el concierto, pero se llevó una sorpresa cuando vio que una de ellas era Samanta, la exnovia de Marcos. Venía escoltada por sus dos amigas, con sus tacones, sus minifaldas y sus piernas de ave

zancuda. Las tres llevaban un rictus de desprecio dibujado en la cara.

—Felicidades, zorra —dijo Samanta echándosele encima. Tenía las cejas erizadas y los ojos le brillaban de odio bajo el grumoso rímel—. Te estás aprovechando de mi novio, pero no te va a durar.

—Ya no es tu novio y yo no me estoy aprovechando de él —replicó Alicia dando un paso atrás. La adrenalina se le disparó.

—Vaya si te estás aprovechando. Él es amigo del dueño de esta sala. ¿Cómo ibas tú a tocar aquí si no? Te ha salido bien la jugada, puta. Te ligas a Marcos en

un pub de mala muerte y ahora vas por ahí dando conciertos y te las das de estrella. Pues escucha una cosa, zorra: Marcos es mucho para ti. Tú no estás a su altura.

—Que te jodan a ti, imbécil. Ahora es mi novio. —Alicia dio un paso adelante.

—No por mucho tiempo. He averiguado cosas de ti. Sé que eres una muerta de hambre. Tus padres no son abogados. Vives con unos pordioseros en un edificio abandonado. ¿De dónde te has escapado, Alicia? ¿Del vertedero?

Alicia sintió que le echaban un cubo de agua helada por encima.

¿Cómo había averiguado aquello?

—Eso es mentira —dijo con esforzada frialdad.

—Mira, puta, yo no soy una muerta de hambre como tú. En mi cuenta del banco tengo más dinero ahora mismo del que tú tendrás en toda tu vida. ¿Te crees que me supone un problema pagar un detective para que averigüe cosas de ti? Tengo hasta fotos tuyas con esa gentuza con la que vives. ¿Qué dirá Marcos cuando se las enseñe? ¿Qué pensará cuando sepa que lo has engañado?

—Eres una hija de puta —Alicia apretó los dientes. Tuvo que hacer

un esfuerzo para no liarse a golpes. Tenía ganas de agarrarla por el pelo y golpear su bonita cara contra el suelo.

—¿Te crees que los padres de Marcos le van a dejar que salga con una muerta de hambre como tú? — siguió Samanta—. Marcos va a ser médico como ellos. Lo enviarán a estudiar a una universidad americana. Casualmente, la misma facultad privada a la que voy a ir yo. Él heredará la clínica de sus padres. Esto de la música es solo un capricho pasajero. Cuando sepa que eres una mentirosa de mierda, volverá conmigo y se olvidará de

todo esto. Y tú volverás a pedir limosna en el metro.

Alicia tenía ganas de arrancarle los pelos a la muy zorra. Sus amigas la miraban con una mueca de desprecio en la cara mientras asentían a cada palabra.

—Haznos un favor y muérete — se despidió Samanta.

—Muérete, muerta de hambre —dijeron sus amigas antes de darle la espalda.

Samanta y sus dos secuaces se fueron hasta donde se encontraba Marcos. Alicia vio como Samanta ponía un sonrisa falsísima y le daba dos besos. Lo agarró del brazo, se

restregó contra él y se puso a cuchichearle cosas al oído.

Alicia no quiso seguir mirando. Fue al camerino, cogió su guitarra y se marchó por la puerta trasera. En la calle, para variar, hacía un frío de mil demonios. Pandillas de jóvenes corrían de aquí para allá con bebidas en la mano, peregrinando de un pub a otro entre risotadas. Alicia, abrazada a su guitarra, comenzó a caminar en dirección al edificio de la plaza de España.

Se sentía tan sola y fuera de lugar... Había fingido ser algo que no era. ¿A quién pretendía engañar? Estaba llorando. La entrada del

edificio abandonado le pareció más miserable que nunca. El viento frío soplaba entre los oscuros pasadizos. Para llegar a las escaleras tenía que sortear las palomas muertas, los condones y los cartones y basuras que alfombraban el suelo.

Subió hasta la primera planta y fue hasta su habitación. Los ronquidos de doña Matilde retumbaban en el aire y se mezclaban con el eco de los coches en la calle.

Se acostó en su triste colchón en el suelo, bajo el puñado de mantas. A lo mejor Marcos se estaba enrollando en ese mismo

momento con Samanta. La muy zorra no tendría problemas en abrirse de piernas y ella ni siquiera había sido capaz de acostarse con él. Menuda gilipollas. «Olvídate de todo, Alicia, deja de soñar, olvídate de todo y de todos.»

Lo mejor, se dijo, sería volver junto a su madre y aceptar el triste destino a su lado. Aceptaría cualquier trabajo miserable. Engordaría cien kilos y se compraría un perro que le hiciese compañía. Sería una solterona amargada que se pasaría la vida recordando que una vez tuvo un romance con un chico maravilloso,

tan guapo que quitaba el aliento. Soñaría cada noche con Marcos. Fantasearía con cómo hubiese sido la vida a su lado mientras se atiborraba de helado y miraba programas del corazón, engordando y envejeciendo. Marcos se casaría con Samanta o con cualquier otra chica triunfadora. Vivirían en un precioso chalet y tendrían hijos adorables de ojos azules. Marcos se convertiría en un médico serio y prestigioso. Y puede que, de vez en cuando, se acordase con una sonrisa soñadora de Alicia, aquella chica idealista que tenía una voz tan

bonita. Ni siquiera recordaría cómo era su cara. Bobadas de juventud.

Cerró los ojos y volvió a verse a sí misma, gorda y solterona, tirando de un minúsculo perrito faldero por las calles de Almería.

Se pasó la noche llorando.

CARLA

Carla se había citado con Roberto en un restaurante de la cadena Vips de la calle Goya. Estaba cayendo un aguacero y se había olvidado el paraguas. Cuando entró en el local tenía el pelo y la ropa mojados y una desagradable sensación de humedad. Para colmo, Roberto aún no había llegado y debió sentarse sola en una mesa a

esperar. Pidió un café con leche que se bebió en un par de tragos para intentar entrar en calor. El café le abrasó la garganta, pero seguía teniendo los pies helados.

Se había citado allí con Roberto con la intención de anunciarle que estaba embarazada y que el hijo que esperaba era suyo. No le había querido anticipar nada por teléfono. Oficialmente, Roberto y ella no eran ni siquiera pareja. Habían salido de vez en cuando y se habían acostado juntos en unas cuantas ocasiones, eso era todo.

Carla y Roberto habían sido compañeros de trabajo antes de que

Carla entrase en el ERE que había echado a la calle a la mitad de la plantilla de la empresa. Roberto había sido uno de los afortunados en conservar su empleo. Y aunque después del despido ya no se habían visto con tanta frecuencia, había seguido llamándola algunos fines de semana, la invitaba a cenar y normalmente acababan pasando la noche juntos. No es que a Carla la entusiasmasen las relaciones esporádicas y estaba claro que él solo la llamaba por sexo, pero tampoco le disgustaba pasar un buen rato. Roberto era atractivo, se mantenía en forma y no estaba mal

en la cama. Aunque nada que ver con Guerrero, pensó Carla con una media sonrisa. El recuerdo de la noche anterior con el apuesto policía hizo que un agradable estremecimiento le recorriese el cuerpo.

El caso es que tenía muchas dudas sobre cómo debía ser su relación con Roberto a partir de ahora. Ella pensaba ser madre soltera, pero no sabía hasta qué punto Roberto querría hacerse cargo de una parte del cuidado de su futuro hijo.

Carla se dio cuenta de lo extraña que resultaba la paternidad

para los hombres. Ellos se limitaban a soltar su semilla y se desentendían totalmente del asunto. Si el niño nacía o dejaba de nacer, no les afectaba para nada. Si ella no se lo contaba, Roberto bien podría tener un hijo y jamás saberlo. En cambio, para una mujer la maternidad era algo que te ponía del revés, física y mentalmente. No se podía simplemente mirar para otro lado. Ella misma ya lo había intentado la primera vez que se quedó embarazada, abortando. Y casi se volvió loca. Ahora no iba a cometer el mismo error. La idea de tener a su hijo la llenaba de tal

felicidad que se sentía pletórica de energía, capaz de enfrentarse a cualquier dificultad.

Cuando Carla ya estaba a punto de irse, Roberto apareció por fin. La saludó con un beso en la boca al que Carla reaccionó con un brusco movimiento de cabeza. El aliento le olía a tabaco de un modo desagradable. Se sentó frente a ella. Llevaba un traje negro arrugado, una camisa de cuadros y una corbata de rombos bastante fea. Se estaba dejando barba, que le sentaba francamente mal en su rostro ovalado. Dejó a su lado el pesado maletín del ordenador

portátil que solía cargar al hombro al salir del trabajo. Tenía ojeras y aspecto cansado.

—¿Qué tal te va, Carla? — preguntó animadamente—. Hace semanas que no sé nada de ti.

—He estado ocupada.

—¿Ah, sí? ¿Ya encontraste trabajo?

Carla pensó en lo extraña que había sido su vida en los últimos días. Roberto no sabía nada del ataque que había sufrido su hermano ni de los dramáticos acontecimientos que había vivido después. Se dio cuenta de lo superficial que había sido su

relación con él. Roberto era poco menos que un desconocido para ella, a pesar de que se habían acostado juntos en varias ocasiones.

«¿Y este hombre va a cuidar de mi hijo, siendo él un perfecto extraño para mí?», se dijo.

—No, todavía estoy sin trabajo. Pero, en fin, me han pasado algunas cosas...

—Joder, para cosas lo que me está pasando en el trabajo. No sabes: casi te envidio porque te despidieran. Las cosas se han puesto insoportables. El nuevo gerente es un cabrón. No te imaginas cómo nos presiona.

Somos la mitad de plantilla y tenemos la misma carga de trabajo, imagínate.

—Ya —dijo Carla sin mucho entusiasmo.

—Lo peor no es eso. ¿Te acuerdas de Santos?, ¿lo inútil que era?, pues el tío se ha puesto a hacerle la pelota al nuevo jefe y ahora lo han ascendido a supervisor, ¿qué te parece? Y no veas cómo se le ha subido a la cabeza.

—Santos siempre fue un cretino.

—Pues ahora no veas. ¿Te acuerdas que él se pasaba el día en

la cafetería? Pues el otro día voy a por un café y me lo encuentro, y tiene la desfachatez de decirme que es la cuarta vez en la mañana que me ve tomando café y que voy a tener que quedarme para recuperar el tiempo que pierdo. ¿Qué te parece? ¡El muy gilipollas! Porque hay rumores de que va a haber otro ERE pronto, que si no le hubiese dicho cuatro cosas a ese imbécil. Me tuve que callar y tragármelo...

Roberto siguió hablando un buen rato sobre sus problemas en el trabajo. Carla escuchaba sin mucho interés y asentía con desgana. Se dijo a sí misma que Roberto no

había pensado ni por un momento en que ella también podría tener problemas, y mucho peores que los suyos. La verdad es que él siempre se estaba quejando de todo: de lo abusiva que era la pensión que tenía que pasarle a su exmujer, de lo poco que veía a sus hijos, de lo mucho que le molestaban sus hijos cuando pasaban un fin de semana con él, del trabajo, de la falta de trabajo, de lo mala que era la comida del menú diario... Cuando fueron compañeros en la empresa, Carla solía escuchar con comprensión, pues ella misma también sufría buena parte de

aquellos sinsabores del día a día. Se había sentido cómoda escuchando, dando ánimos, solidarizándose. Siempre se había definido a sí misma como un tipo de persona que sabe escuchar, comprensiva, empática.

Algo había cambiado, porque ahora todo aquello la aburría enormemente.

—Tengo que decirte algo —le interrumpió en mitad de una frase.

Roberto se quedó mirándola con la boca a medio cerrar.

—Sí, espera que acabe de contarte esto. Luego nos vamos a

cenar a algún sitio y seguimos hablando.

—No, esto es importante y tenemos que hablar ahora —dijo Carla tajante—. Estoy embarazada.

—¡¿Qué?! —Roberto la miró con los ojos muy abiertos—. ¿Embarazada? ¿Qué... y quién...? Espera, ¿no seré yo el padre?

Carla asintió. Roberto se llevó las palmas de las manos a la frente.

—Joder, Carla, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde hace una semana, más o menos.

—¿Y estás segura de que yo...?

—Totalmente segura.

—Mierda. Supongo que necesitarás dinero para abortar en una privada; ya sé que es caro y todo eso...

—¡¿Qué dices?! No, no voy a abortar —exclamó Carla.

—¿Que no vas a abortar? ¿Es que piensas tenerlo? —La miró como si estuviese gastándole una broma de mal gusto—. Yo no puedo hacerme cargo, tengo dos hijos. Mira, si es por dinero, ya sé que esas clínicas son caras; puedo prestarte algo, no mucho, mil euros...

—Te he dicho que no voy a abortar. Voy a tener a mi hijo.

—Venga, es una locura tal y como están las cosas. Y tú sin trabajo. No, no, esto hay que pensarlo bien. Tienes que abortar, es la mejor opción. Esto hay que decidirlo entre los dos.

—No he venido a pedirte tu opinión. Solo quería que lo supieras. —Carla se puso en pie—. Tengo muy claro lo que voy a hacer.

Cogió su bolso y se marchó dejando a Roberto con la palabra en la boca y cara de idiota. La rabia le subía por la garganta como bilis. Ya en la calle tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar. Abortar. Claro, sin duda era lo

mejor para él. Un problema menos. Mejor evitar molestias innecesarias. Ni siquiera había tenido la delicadeza de preguntarle qué es lo que quería ella.

¿Cómo había podido enrollarse con semejante idiota? El problema, pensó, era que se había estado engañando a sí misma durante mucho tiempo, llevando una vida que no la satisfacía en absoluto, conformándose con la mediocridad. Ahora veía las cosas con mucha más claridad. Era como si le hubiesen quitado una venda de los ojos.

Estaba lloviendo y no llevaba paraguas, lo cual hizo que se

enfureciese aún más. Comenzó a caminar apresuradamente hacia la boca del metro. Pasó por delante de un restaurante japonés que tenía comida para llevar y se le ocurrió darle una sorpresa a Guerrero: presentarse en su casa con la cena lista. Harían el amor y cenarían *sushi* a la luz de las velas. Guerrero no la aburriría hablándole de sus problemas en el trabajo. Es más, Carla se moría de ganas por que le hablase de su trabajo. Apenas estaba empezando a conocerle, pero se sentía muy bien a su lado.

Empezó a pensar que se estaba enamorando de él.

Entró en el japonés y compró una bandeja de *sushi*. Después cogió un taxi. Pensar en Guerrero hizo que desapareciese la congoja. Ahora empezaba a darse cuenta de lo deprimente que había sido su vida al lado de hombres como Roberto. El caso es que siempre se había sentido insatisfecha, aunque no acababa de comprender por qué. No era consciente de que lo que le producía una honda insatisfacción era la mediocridad. La mediocridad de su trabajo, de sus jefes, de sus amantes.

Con Guerrero, en cambio, todo era excitante. Con él se atrevía a

hacer cosas que no hubiese hecho jamás con otros hombres. En su fuero interno, Carla sabía que los hombres con los que había salido hasta entonces se hubiesen sentidos intimidados ante una mujer valiente y desinhibida. En cambio, con Guerrero era todo lo contrario. Cuanto más valiente y más desinhibida se mostraba, más deseada se sentía.

Salió del taxi y corrió hasta el portal. Estaba lloviendo a mares. Tenía la ropa mojada y el pelo húmedo. Se arregló en el espejo del ascensor. Estaba guapa. Se sentía guapa.

Cuando se abrió la puerta y Guerrero apareció al otro lado, vestido con vaqueros y una sencilla camiseta, se le encendió el deseo.

—Sorpresa —saludó con ojos brillantes—. He pensado que en vez de salir a cenar fuera nos quedemos en tu casa. He traído *sushi*.

La expresión de Guerrero le dijo que algo iba mal. La miraba como si acabase de ver un fantasma.

—Carla... yo..., no puedes entrar ahora. —Se quedó plantado en la puerta.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Tengo trabajo —dijo—. Ahora no puedo verte.

—Esperaré hasta que acabes. ¿No puedo pasar?

Se le ahogó la voz. Al fondo del pasillo, detrás de Guerrero, apareció una mujer. Era María Rey, la abogada que la había representado en la demanda por agresión. Estaba descalza, sin medias, el pelo revuelto. La miró con malicia. La muy hija de puta había salido a propósito. Quería que Carla supiera que estaba allí.

Carla miró a Guerrero con rabia. Quería gritarle, pero comprendió que no podía

recriminarse nada. No estaban saliendo. No eran pareja. No eran nada. Solo se habían acostado juntos unas cuantas veces. Había sido una gilipollas. Unos cuantos polvos y ya se había hecho ilusiones.

—Carla, será mejor que hablemos después —dijo Guerrero.

Carla se dio la vuelta y bajó por las escaleras. En la calle seguía lloviendo. Tiró la bandeja de *sushi* a una papelera y se puso a buscar un taxi mientras la lluvia la empapaba cada vez más, borrando de su rostro cualquier rastro de lágrimas.

EVA LUNA

—Repítemelo otra vez —dijo Mamen—. ¿Cómo es eso de que tienes visiones?

Se encontraban en el piso de Eva Luna. Estaba anocheciendo y el sonido del tráfico ascendía desde el nivel de la calle como el rumor de un mar inquieto. Eva estaba en el sofá con las piernas encogidas y los brazos alrededor de las pantorrillas.

Mamen, sentada en una silla junto a la mesa, fumaba un cigarrillo tras otro sin quitarle la vista de encima.

—Vamos a ver, Eva, cariño; intenta explicarme otra vez eso que te pasa.

En el camino de regreso, Eva no había podido disimular su malestar. Mamen había insistido en saber qué le ocurría, y Eva, finalmente, le mencionó las visiones que la sacaban de la realidad. La última había ocurrido solo horas antes, después de que hubiesen tenido una «charla» con el maltratador de una de las

mujeres que habían acudido a la asociación buscando ayuda.

Eva se arrepintió de haber admitido lo de las visiones un segundo después de que la palabra «visiones» saliera de sus labios. En el momento en que la mencionó, supo que Mamen ya no se rendiría hasta que se lo contara todo.

—Eva, por favor —insistió Mamen.

Respiró hondo. De nada servía resistirse ya. Mamen pensaría que estaba loca, pero seguramente lo pensaba ya de todas maneras.

—Creo que es algo que me viene ocurriendo desde niña —dijo

Eva con una voz que apenas vencía el silencio—. Las visiones empezaron cuando mi padre me violó por primera vez. Cuando tenía diez años veía cosas que luego se desvanecían como el humo, pero mientras ocurrían parecían totalmente reales. Yo era una niña y no me asustaba.

—¿Qué tipo de cosas veías?

—No lo recuerdo bien. —Eva apretó los ojos con fuerza—. Tenía a alguien delante: una profesora, una compañera de escuela o simplemente alguien que veía pasar por la calle, y de pronto los veía

haciendo algo totalmente distinto. Los veía cambiados.

—¿Cambiados?

—Podía ser que estuviesen más tristes o más alegres. No lo sé. Cambiados.

Aunque la calefacción mantenía la temperatura en el piso, Eva estaba temblando y tenía los labios morados. Mamen cogió una manta del dormitorio y se la echó sobre los hombros.

—Tranquila, mi niña. Sigue contándome.

—Conforme me hacía mayor, esas visiones se daban cada vez con menos frecuencia, hasta el punto de

que llegué a convencerme de que solo eran fantasías de una niña. La última vez que me ocurrió algo parecido fue el día que murió mi padre. Cuando conocí a Max, en aquel sótano de la casa de mi padre, por unos segundos me pareció ver cómo sería su vida si recuperase los recuerdos. El Max con recuerdos no era precisamente una persona feliz. Nunca he visto tanta angustia reflejada en los ojos de alguien.

—Esas visiones..., como las llamas, ¿siempre son negativas? — preguntó Mamen.

—No, no siempre. A veces veo a la gente más feliz de lo que es en

realidad. En aquel sótano también conocí por primera vez a la mujer que investigaba las fechorías de mi padre. Se llama Carla. Pues durante un momento la vi con un bebé en brazos, con su hijo, y no cabía más felicidad en ella. Y después, la chica que había secuestrado mi padre, Alicia, en mi visión era feliz porque su hermano pequeño se había curado de su parálisis y podía caminar como un niño normal.

—Vuelve a contarme lo que viste hace un rato, a ver si lo entiendo.

—Os vi a vosotras, a ti y a Carmen, a Andrea y a Isabel... De

pronto os rodearon unas cuerdas como serpientes, os ataron los brazos y las piernas... Estabais en una habitación oscura, amordazadas, con lágrimas, intentando soltaros. De pronto apareció un hombre altísimo, con el rostro oculto por una especie de máscara antigás. Ese hombre tenía una mirada asesina..., la mirada de un asesino que disfruta como un niño con el sufrimiento ajeno.

—Jo, chica, de verdad, ¡me das miedo! —dijo Mamen con un impostado tono de broma que no ocultó el verdadero temor en su voz—. ¿Le has contado lo que te pasa a

alguien más? ¿Has hablado con un psicólogo?

Eva negó con la cabeza.

—Creo que tendrías que ir a un buen médico. Mira, conozco a una psiquiatra muy buena; algunas mujeres de la asociación son pacientes suyos.

Mamen rebuscó en su bolso y sacó una agenda. Pasó las hojas. Arrancó un pedazo de papel del final y anotó un número y una dirección de Madrid.

—Aquí te dejo el teléfono. Se llama Isabel García. Dile que vas de mi parte y te dará cita rápido.

—No me gustan los médicos.

—Y a mí no me gusta la verdura, pero me la como —la reprendió Mamen como si regañase a una niña, asintiendo con dureza—. Llámala mañana, por favor, hazlo por mí. Y ahora vámonos a dormir, tenemos que descansar, ha sido un día muy duro.

—No creo que pueda dormir.

Mamen rebuscó en su bolso, negro y grande. Más que un bolso parecía una pequeña maleta de mano. Sacó un bote de píldoras.

—Tómate una de estas. Siempre las llevo encima. Son mano de santo. Me las receta Isabel, la psiquiatra con la que vas a hablar;

te hacen dormir como un bebé. Mañana verás las cosas de otra manera.

Mamen le trajo un vaso de agua de la cocina y Eva se tomó la pastilla de un trago. Mamen le acarició el pelo y la mejilla. Eva se tumbó en el sofá. Mamen la tapó con la manta. Le dio un beso en la frente y apagó la luz.

—Duérmete, mi niña. Ponte bien. Te necesito. Todas te necesitamos —le dijo desde la oscuridad.

Una lágrima surcó la mejilla de Eva Luna. Por un momento se sintió como una niña pequeña,

protegida y cuidada por su madre. Eva no sabía lo que era una madre que la arropase y le diese un beso de buenas noches. No sabía lo que era una madre protectora. Su padre se la había robado. Su padre le había robado la infancia y todo lo que significaba.

En cuanto Mamen cerró la puerta, se puso en pie de un salto. Buscó su teléfono móvil, abrió una página de internet y tecleó unas palabras en el recuadro de búsqueda:

«ver cosas que no existen motivos».

Entre los primeros resultados apareció una entrada de la Wikipedia:

Las alucinaciones (ver cosas que no existen) son uno de los principales síntomas de las psicosis.

La psicosis es un término genérico utilizado en psiquiatría y psicología para referirse a un estado mental descrito como una escisión o pérdida de contacto con la realidad.

Las psicosis son formas de la enfermedad mental muy intensas e incapacitantes. El término «locura» se usaba antiguamente para referirse a esa clase de trastornos; todavía en la actualidad es un término legal empleado para hacer alusión a aquellos individuos que no pueden manejar sus propios asuntos de manera adecuada, como resultado de un trastorno mental grave.

La personalidad del individuo psicótico es por lo general desorganizada, incapaz de desenvolverse socialmente de manera normal, y en ocasiones debe ser internado en un hospital psiquiátrico (antiguamente conocidos como manicomios).

Los síntomas principales de las psicosis son las alucinaciones y los delirios, aunque existe toda una gama.

Las alucinaciones se definen como una percepción sensorial de cualquier tipo sin un estímulo externo, es decir, es una percepción que entra por cualquiera de los cinco sentidos sin que haya una razón.

La persona experimenta «visiones o apariciones», ve cosas que nadie más puede ver sin estímulo externo. En donde no hay nada, ve personas, animales, vampiros, alienígenas, etcétera. Testimonio de un paciente: «La última vez que me quedé sola estaba en mi cuarto y de repente entró un muchacho al que habían matado hace tiempo. No me decía nada, solo estaba parado. Después él se fue y al acostarme

en mi cama estaba llena de arañas, culebras y bichos» (paciente con psicosis).

En las psicosis, las alucinaciones suelen ir acompañadas de otros síntomas, como son los delirios. Un delirio es una idea o creencia falsa, extraña, fijada en la mente de la persona e irreductible a toda lógica. Ejemplo: «En la calle todos los coches se ponen de acuerdo para echarme el humo en la cara justo cuando voy pasando. Lo hacen por molestarme» (paciente esquizofrénica).

Hay delirios de diferentes clases:

Delirios de daño: La persona cree que alguien hará lo imposible por dañarla, molestarla o matarla. Testimonio de un paciente: «Unos mafiosos me quieren matar porque ellos saben que yo los conozco, están esperando el momento oportuno; por eso compré una pistola para defenderme» (paciente delirante).

Delirios de persecución: La persona cree que lo están siguiendo, que vigilan sus actos. Testimonio de un paciente: «Los policías me están buscando, creo que me están confundiendo. En cuanto paso cerca

de alguno, usan sus radios y le dicen al que está en la otra calle que ya voy para allá y están por todos lados, no hay donde esconderme» (paciente delirante).

Delirios nihilistas: La persona cree que es alguien muerto o incompleto. Testimonio de un paciente: «Yo estoy muerta en vida, yo no sé hablar. A mí me sacaron el cerebro y me metieron una maceta» (paciente esquizofrénica).

Eva dejó de leer. La garganta se le cerró y le costaba respirar.

«Yo no soy Eva Luna, soy la mitad de Eva Luna.»

De repente la invadió un pánico indescriptible. Tuvo la sensación de que todo aquello se había escrito pensando en ella, describiéndola a ella.

... individuos que no pueden manejar sus propios asuntos de manera adecuada.

... incapaz de desenvolverse socialmente de manera normal.

Lo cual significaba que estaba loca. Lo suyo era psicosis. Esquizofrenia.

... en ocasiones debe ser internado en un hospital psiquiátrico (antiguamente conocidos como manicomios).

Volvió a hacer una búsqueda en el navegador del iPhone:

«cómo se cura la psicosis».

Recorrió varias páginas de resultados, aunque todas venían a

decir básicamente lo mismo:

Si entendemos la curación de la enfermedad mediante alguna técnica, fármaco o intervención, debemos decir que la psicosis no tiene curación. Sin embargo, a lo largo de los años se ha demostrado que un enfermo de psicosis con un tratamiento psicológico apropiado, el correcto seguimiento y una medicación adecuada puede anular casi por completo los síntomas de la enfermedad, alcanzando tal normalidad en su vida como si el mal hubiese sido totalmente curado.

Eva Luna dejó caer el teléfono sobre el sillón. No podía seguir leyendo. Aquello lo dejaba bien claro: estaba loca y no tenía curación. Nunca podría ser normal.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas de pura rabia destilada en cada una de aquellas gotas saladas que se deslizaron por sus mejillas. Se había pasado la vida delirando y con alucinaciones. Había llegado a creer que cuando su padre desapareciese de su vida podría recuperar la normalidad. Pero esa normalidad no llegaría nunca.

Lo que tenía era simple y llanamente una psicosis. La enfermedad se había metido en su cerebro y no se iría. Esa era la «herencia» de su padre. La perseguiría incluso después de

muerto. No podría librarse jamás de aquellos síntomas que nunca la dejarían hacer una vida normal.

... la psicosis no tiene curación.

Eva salió al balcón y gritó al cielo con los brazos extendidos y los puños apretados. La única respuesta a su grito de rabia y frustración fue el silencio indiferente de la noche. Sintió vértigo. Las piernas le fallaron. Una terrible somnolencia se apoderó de ella. Recordó el somnífero que le había dado Mamen.

Regresó al salón dando traspiés, mareada. Se tendió en el

sillón. Junto a su cabeza estaba la muñeca Agnessa, con una expresión de desconcierto en su rostro mudo.

—¿Alguna vez te han dicho que estabas loca? —le preguntó Eva—. No. Claro que no, isolo eres una muñeca!

Eva pensó en lo ridículo que era hablarle a una muñeca. Algo («hablar a los objetos inanimados») que, sin duda, debía de ser otro síntoma de las personas que sufrían psicosis; un síntoma que también estaría descrito en aquellas malditas páginas de internet.

Furiosa, con los ojos cerrados, agarró la muñeca con las dos manos

y la tiró lejos, como quien lanza una pelota, con la esperanza de que saliera despedida por el balcón.

Escuchó el sonido de cristales rotos.

Sus planes de futuro, sus ilusiones de ser una chica normal llevando una vida como todo el mundo..., todos sus sueños se esfumaron ante sus ojos como un dibujo en la arena barrido por el viento. Llevaba el mal dentro de sí, metido en la cabeza, y no podría librarse de él nunca. Esa era la herencia imborrable de su padre.

Lloró amargamente durante un buen rato hasta que las lágrimas se

secaron, su respiración se fue haciendo más pesada y, finalmente, vencida por el somnífero, se quedó dormida.

* * *

Eva pasó la noche entre pesadillas. Soñó con el pasado revuelto, mezclando imágenes de su niñez con su adolescencia. Otros sueños parecían no guardar relación con su vida, pero finalmente la guardaban de la manera más estrambótica, incluso ocurrente, como si el subconsciente estuviera

pasando un buen rato a sus expensas.

Uno de esos sueños se interrumpió por la mañana, cuando los rayos de sol ya entraban por la ventana y Eva saltó del sofá con el corazón acelerado, confusa, sin saber ni dónde estaba.

En aquel último sueño, Eva se encontraba en una manifestación multitudinaria por las calles de Madrid, una manifestación que no proclamaba consignas tipo «Democracia para todos», ni buscaba cambiar el modelo de sociedad ni se gritaba contra el Gobierno; de hecho, era una

manifestación completamente silenciosa.

Todo el mundo caminaba de puntillas, apiñados unos junto a los otros. Se escuchaba a alguien toser y al tosido le seguían lamentos de desaprobación, casi susurros.

Los suaves pasos de los miles de manifestantes, al principio desacompañados, como una banda de tambores rozando el cuero con las yemas de los dedos, todos con su propia intensidad y tempo, comenzaron a sonar siguiendo ciertas pautas, coincidiendo todos en microsegundos de silencio, intensificándose en un tenue

crescendo y luego bajando de intensidad. Entonces comenzaron a acompasarse poco a poco, hasta que, de repente, los miles de personas caminaban al compás y el sonido suave de zapatos que apenas acariciaban el alquitrán grisáceo y cuarteado de la calle pasó de aquel sonido de roce a uno más seco, como el de alguien que golpea una vieja puerta de madera con el puño.

Bom, bom, bom...

Entonces comenzó a subir de intensidad...

¡BOM! ¡BOM! ¡BOM!

Eva, que quería seguir el compás de los pasos

multitudinarios, descubrió que ella misma no emitía ningún sonido. Miró al suelo y descubrió que tenía los pies descalzos. En ese momento se detuvieron todos los manifestantes. Eva cerró los ojos; sabía que la estaban mirando.

Cuando los abrió, se encontró en una casa desconocida, tumbada sobre un sofá con un estampado de flores.

Se incorporó con un respingo y tardó unos segundos en recordar que aquella era su casa. Entonces le invadió un miedo inenarrable.

¡Agnessa! Recordó que la había lanzado al vacío justo antes de

dormirse.

Saltó del sofá y observó el balcón. El cristal de sus puertas estaba intacto, pero debajo de ellas yacía un jarrón de cristal hecho añicos, agua y un ramo de rosas rojas. La muñeca estaba a menos de un metro, a la derecha, rota en dos mitades.

—¡No!

El torso se había separado del cuerpo. Eva intentó volver a acoplar ambas partes, pero una especie de eje de madera se había roto y era imposible volverlas a unir.

Agnessa yacía rota en dos, mirándola como si le reprochase

algo. Eva sintió que ella también estaba rompiéndose, que su mitad completa se alejaba como si nunca hubiese existido, alejándose como los sueños.

—Lo siento, perdóname —dijo a la muñeca apretando las dos mitades contra su pecho—. No te preocupes, volverás a estar entera. Yo nunca podré estar completa, pero no voy a hacerte lo mismo a ti.

MAX N. N.

Con dos mil euros en billetes de cincuenta en el bolsillo, Max deambulaba por el madrileño barrio de Malasaña en mitad de la noche. Ni siquiera sabía cómo había empezado, pero cuando fue consciente había perdido la cuenta de los *whiskies* que llevaba en el cuerpo. Las piernas le empezaban a flojear. Ni siquiera sabía dónde

estaba y mucho menos cómo regresar hasta el hostel.

Aquella misma mañana se había armado de valor y había, por fin, sacado dinero en efectivo de su cuenta bancaria.

Era un desafío para sus perseguidores. Max sabía que había gente observándolo, la misma gente que estaba manipulando a Carla, la misma gente que tenía a su psiquiatra contra las cuerdas.

Max tardó días en darse cuenta de que solo porque su psiquiatra pensara que eran policías, no quería decir que realmente lo fueran.

Llevaba días intentando encontrar un sentido a lo que había leído en el diario que encontró en el hotel, su propio diario, escrito de puño y letra por Nikolái Sokolov cuando tenía dieciséis años.

Para empezar, aquel diario le confirmaba como cierto el dato del pasaporte de Nikolái Sokolov. Había nacido en Prypiat, una localidad de Ucrania que, según explicaba él mismo en el diario, había sufrido las trágicas consecuencias del accidente de la central nuclear de Chernóbil, que se encontraba a pocos kilómetros.

Lo relatado en el diario era una historia impactante, ominosa, sorprendente. Max lo había leído con el distanciamiento y la incredulidad del que lee una novela, teniendo que hacer un esfuerzo continuo para recordarse a sí mismo que era él, y no otro, el protagonista de aquellos dramáticos sucesos vinculados al accidente de la central nuclear y a su propia familia.

A pesar de todo, Max seguía sin entender por qué su antiguo yo seguía guardando aquel diario con tanto celo mucho tiempo después.

Sin saber qué hacer ni cómo actuar, pasaba los días como un lobo en su guarida, agazapado, esperando algo desconocido que no tenía cara ni nombre.

Cuando Max se sorprendía a sí mismo imaginando policías y mafiosos conspirando para asesinarlo, vigilándolo detrás de cada esquina, escondiendo micrófonos a su alrededor, concluía que, después de todo, se había vuelto completamente loco.

Pero esa mañana había ocurrido algo que lo había cambiado todo, algo que no podía ser fruto de la locura.

Aquella misma mañana, hacía exactamente doce horas, Max estaba tumbado en la cama de su hostel tratando de apartar las imágenes del diario de su mente, queriendo relajarse escuchando la música del iPod que había encontrado semanas atrás, semienterrado en la arena, en la playa de Almería.

Poco a poco había ido desentrañando su funcionamiento. Ya era capaz de acceder a las canciones según las listas de reproducción que había dejado su antiguo dueño, clasificadas según el artista o el género. ¡Había tanta

música nueva y sorprendente, extrañamente emotiva!: cientos y cientos de canciones que parecían no tener fin almacenadas en aquel pequeño aparato, en el que nunca se le había ocurrido echar un vistazo a los vídeos.

Hasta aquella mañana, cuando puso el dedo sobre el botón *vídeos* y se abrió una nueva ventana que contenía un solo icono y una etiqueta:

«Chernóbil».

El vídeo comenzó a reproducirse automáticamente. Contaba la historia del accidente nuclear ocurrido en Ucrania el 26

de abril de 1986 en la localidad de Chernóbil.

Una voz relataba lo ocurrido mientras aparecían imágenes de una construcción semejante a una gran fábrica parcialmente destruida, como si hubiese sufrido un bombardeo.

Mientras se sucedían las imágenes, el narrador describía cómo aquel fatídico día de 1986, durante una prueba en la que se simulaba un corte de suministro eléctrico, un aumento súbito de potencia en el reactor 4 de la central nuclear produjo su sobrecalentamiento, lo que provocó

la explosión del hidrógeno acumulado en su interior. La explosión liberó unas cantidades de materiales radiactivos altamente tóxicos estimadas en unas quinientas veces superiores a las de la bomba atómica arrojada en Hiroshima en 1945.

Considerado, junto con el accidente nuclear de Fukushima I en Japón (2011), como el más grave en la Escala Internacional de Accidentes Nucleares.

La explosión forzó al Gobierno de la Unión Soviética a la evacuación de 116.000 personas, provocando la alarma internacional al detectarse radiactividad en al menos trece países de Europa central y oriental.

Pripyat, la ciudad más cercana a la central, quedó completamente desierta. Todos sus habitantes fueron evacuados y realojados en Kiev y otras ciudades. Pripyat quedó convertida en una ciudad fantasma.

Max miraba las imágenes como hipnotizado. Mostraban una ciudad desierta, sumida en un silencio ominoso, con las calles tomadas por el follaje, una vegetación sin verdor, apagada y gris. Todo tenía un aspecto neblinoso, como si la ciudad entera hubiese sido cubierta de polvo de ceniza. Inmóvil, congelada en el tiempo. Ninguno de los altos edificios de cemento conservaba los cristales en las ventanas; algunas paredes

empezaban a derrumbarse parcialmente. En los parques tomados por la maleza las atracciones infantiles soportaban el peso de la herrumbre. En las calles, cubiertas de hojas secas, coches abandonados convertidos en esqueletos de chatarra.

El 26 de abril de 1986 fue un día que quedará grabado para siempre en las mentes de los habitantes de Pripyat.

—Bueno —pensó Max mientras observaba imágenes de los felices habitantes de Pripyat paseando tranquilamente por la ciudad antes

del desastre—, definitivamente, no quedó grabado en la mía.

Cuando llevaba unos diez minutos mirando el vídeo, que duraba una hora, comprendió lo absurdo que resultaba aquello.

¿Un documental sobre Chernóbil en el iPod? De todos los vídeos posibles, ¿uno sobre su ciudad de origen? ¿Cuáles eran las posibilidades de que aquello ocurriera? ¿Qué interés podía tener el dueño original del iPod en su ciudad natal y el accidente como para guardar un vídeo (el único en memoria) en el maldito cacharro?

Entonces comprendió que no había encontrado el iPod por casualidad. Alguien lo había dejado en la arena para que él lo descubriese.

Volvían las paranoias conspirativas, los policías y los mafiosos que le acechaban. ¿Por qué se empeñaba la realidad en acomodarse a sus increíbles fantasías?

Maldita sea. Hizo ademán de lanzar el iPod a través de la ventana, que le quedaba a menos de un metro, junto a la cama.

En lugar de lanzarlo, lo inspeccionó atentamente.

¿Habría algún tipo de localizador en el aparato?

De ser así, no tenía sentido destruirlo ya, al menos mientras no pensara moverse del hostel donde llevaba varios días alojado. A aquellas alturas ya sabrían de sobra dónde encontrarle. Destruir el iPod solo serviría para ponerles sobre aviso.

Sin pensárselo demasiado, decidió ver el resto del vídeo.

La voz en *off* siguió narrando la misma historia espantosa que ya conocía gracias a su diario, esta vez acompañada por imágenes, algunas reales, otras escenificadas, algunas

del pasado, otras del presente. Algunas escenas tenían tal aire de impostura que Max dedujo que se trataba de una simulación con actores. Otras parecían reales.

El cronista describió la evacuación de toda una ciudad a causa de la radiación, gente desesperada que era obligada a dejar todas sus pertenencias atrás. El secretismo del Gobierno soviético. Los ingenieros y demás trabajadores hospitalizados en Moscú muriendo entre dolores inenarrables. Los trabajos que siguieron a la explosión del reactor para contener un nuevo escape de

radiación que hubiese asolado media Europa. El sacrificio de miles de vidas de los obreros que, sin protección alguna frente a la radiactividad, trabajaron noche y día para construir en un tiempo récord una gigantesca losa de cemento que cubrió el reactor, una muralla de contención que llamaron «el sarcófago». Las consecuencias de la fuga radiactiva: el disparatado aumento del número de casos de cáncer, las malformaciones de fetos...

La voz del narrador dio paso a testimonios de algunos de los supervivientes que relataban el

horror de lo vivido, aterrados no tanto por las heridas visibles como por la amenaza de una muerte invisible capaz de asolar países enteros. Familias, amigos, nadie estaba a salvo.

Y fue entonces cuando Max se llevó la mayor sorpresa: un rótulo bajo la imagen de uno de aquellos testigos de la tragedia que hablaba frente a la cámara, un hombre de unos setenta años que tenía medio rostro desfigurado por quemaduras y una venda cubriéndole un ojo, un rótulo con letras diminutas en la parte inferior de la minúscula pantalla del iPod:

Eduard Sokolov. Ingeniero y superviviente del accidente.

Aquel hombre era su padre. La descripción física, su nombre, todo coincidía con lo leído en el diario. ¿Era eso lo que querían que descubriese viendo aquel documental?

«Tantos y tantos murieron aquel día —decía Eduard Sokolov mirando a la cámara con su único ojo de un modo que Max tuvo la impresión de que le hablaba directamente a él—. Tantos héroes anónimos que dieron su vida para evitar la temida segunda explosión del núcleo, una explosión que

hubiera asolado Europa. ¿Quién se acuerda de ellos? ¿Quién les ha reconocido su sacrificio?»

Cada palabra, cada matiz de su voz, cada gesto de aquel hombre exudaba tristeza, rabia, impotencia.

«Lo que más nos duele a todos los que estuvimos allí no son las heridas —dijo llevándose una mano al rostro desfigurado—, ni los muertos que pesan sobre nuestras espaldas ni los enfermos por la radiación; lo que más nos duele a todos es el olvido.»

En ese momento, Max entró en cólera.

—¿QUÉ COÑO QUERÉIS DE MÍ? —
gritó al iPod pensando que había un
micrófono escondido—. ¿QUÉ
QUERÉIS QUE HAGA, HIJOS DE PUTA?
¡NO SÉ NADA!, ¡NO SÉ ABSOLUTAMENTE
NADA! ¡VENID POR MÍ DE UNA MALDITA
VEZ A DETENERME!

Sus gritos resonaron en la
estancia y se hicieron eco en el
pasillo contiguo, pero no
produjeron reacción alguna. Max
esperó unos minutos.

Nadie tocó a su puerta, ni
siquiera para quejarse de los gritos.

—De acuerdo —dijo en voz alta
—, voy a empezar a joderos con el

dinero, voy a sacar unos cuantos euros.

Media hora después, Max sacaba diez mil euros en efectivo de aquel banco del paseo de la Castellana en billetes de cincuenta. Nadie puso ningún problema.

—Aquí tiene, señor Sokolov, ¿seguro que no desea contarle usted mismo? —preguntó el solícito empleado con una sonrisa que se congeló en su rostro ante la mirada gélida de Max—. Solo estaba bromeando. Por supuesto, el importe es exacto.

Max se apresuró a salir a la calle y observó la marea humana

que fluía en ambos sentidos. Por un momento imaginó que caminaban a cámara lenta, todos acercándose a sus propias muertes un paso con cada paso que daban. Max sonrió para sus adentros y separó la mitad del fajo de billetes. Un segundo después lo lanzó al aire lo más alto que pudo y los billetes comenzaron a revolotear de un lado a otro sobre las cabezas de las docenas de transeúntes.

La conmoción fue tremenda. En un primer instante, la gente ignoró los billetes, tal vez pensando que eran falsos u octavillas de publicidad.

Segundos después, algunos, que captaron algún billete al vuelo, lanzaron gritos ahogados. Entonces se detuvo el flujo de transeúntes que discurría en las dos direcciones y el movimiento de aquella masa humana se convirtió en una espiral caótica, girando alrededor de los billetes que revoloteaban por el aire como hormigas nerviosas, en círculos, todos agachados.

Y comenzaron los codazos, los empujones. Los gritos de pánico.

¿De pánico? —pensó Max—. ¿Por qué de pánico?

El caos de verdad empezó cuando algunos peatones se tiraron

sobre el asfalto, deteniendo por un momento el tráfico, en busca de billetes que volaban hacia el otro lado de la calle. Algunos conductores también se bajaron de sus coches, detenidos en mitad de la avenida, y se arrojaron al suelo para atrapar los billetes.

Max observaba a aquella multitud, admirado de lo ridículo que era el ser humano, golpeándose y desesperándose por aquellas malditas hojas de papel que solo valían lo que valían porque todos estaban de acuerdo en que aquel era su valor.

Pero Max tenía una misión más importante que observar y analizar aquel absurdo comportamiento. Max quería detectar a alguien que actuara de forma diferente a los demás. Si alguien le estaba siguiendo, algo así, sin duda, le pillaría por sorpresa. Sus perseguidores se delatarían a sí mismos.

Max quería dar con alguien que no estuviera gritando, ni agachado ni invadiendo la calzada.

Y lo encontró detrás de la vorágine de gente más cercana, hacia la derecha de la calle.

Un tipo bajito, escuálido, con el pelo moreno, despeinado, enfundado en un ridículo abrigo negro lleno de mugre, con el que cruzó una mirada fugaz.

¿Cómo podía un pobre hombre con aspecto de pedigüeño permanecer impávido bajo una lluvia de euros como aquella?

Max intentó acercarse a él, pero no era fácil superar aquella masa de brazos y piernas, manos avariciosas entre gritos de transeúntes deseosos de atrapar cada maldito billete.

Una mujer con una falda corta y estrecha recogía billetes dándole

la espalda al carrito en el que llevaba a su bebé. En ese momento, el carrito recibió una embestida de un hombre que tropezó con él en su afán de recoger el último billete de cincuenta que acertó a localizar. El carrito se deslizó hacia la calzada, directo hacia el tráfico de la Castellana que ya había recuperado su emergencia ciega.

Max corrió para detener el carrito, dándole un buen pisotón en el tobillo a otro señor que estaba agachado en el suelo tratando de asir más y más billetes. El hombre aulló de dolor y se encaró con Max. El carrito dio un salto sobre el

bordillo de la acera. Las ruedas delanteras ya habían hecho contacto con el asfalto de la carretera cuando Max, que tuvo la sensación de no haber tocado el suelo en su carrera, lo asió y lo devolvió a la acera, a salvo del tráfico. El bebé lo miraba haciendo gorgoritos de risa.

La madre del bebé corrió hacia el carrito gritando. Dos hombres empezaron a empujarse en una disputa por un billete. Se escuchó el sonido de sirenas de policía acercándose.

El misterioso desarrapado había desaparecido.

La gente empezó a dispersarse hacia un lado y otro. Max intentó desesperadamente localizar a aquel hombrecillo extraño con aspecto de pedigüeño a quien no le interesaba el dinero. Varios coches de policía se detuvieron frente a la puerta del banco, probablemente creyendo que se había producido un atraco. Dentro del banco ni se dieron cuenta de lo ocurrido.

Max se alejó de allí a toda velocidad. Sin saber qué hacer, comenzó su periplo por los bares del casco antiguo con la firme determinación de beber hasta perder el conocimiento.

Lo consiguió.

CARLA

elpais.com | ACTUALIDAD | SUCESOS
Madrid | 03 marzo 2014 | 22:35 CET

ENFRENTAMIENTOS ENTRE GRUPOS
NEONAZIS Y DE ULTRAIZQUIERDA SE
SALDAN CON VARIOS HERIDOS GRAVES

El madrileño barrio de Carabanchel fue testigo de una batalla campal entre diversos grupos de jóvenes radicales de extrema derecha y de ultraizquierda. Según el testimonio de algunos vecinos, unos veinte jóvenes iniciaron una pelea multitudinaria en

el barrio de Carabanchel Alto. La pelea comenzó alrededor de la medianoche y se prolongó durante más de media hora, hasta que la policía hizo acto de presencia. En ese momento, los jóvenes se dispersaron. Por otra parte, los servicios de emergencias tuvieron que atender a dos de ellos, que sufrieron heridas de arma blanca. La policía investiga lo sucedido y trata de identificar al resto de los participantes en la reyerta.

elpais.com | ACTUALIDAD | SUCESOS
Madrid | 03 marzo 2014 | 14:20 CET

CONVOCADA MANIFESTACIÓN
ANTIFASCISTA EN LA MADRILEÑA
PUERTA DEL SOL

Para el próximo sábado ha sido convocada una manifestación en el centro de Madrid que se prevé será multitudinaria. La concentración ha sido convocada por

diversas plataformas de izquierdas, entre las que se incluyen el 15-M o la Plataforma Stop Desahucios.

El lema de la concentración, según ha podido conocer este periódico, es «Contra el fascismo, que no pisen nuestros derechos». La manifestación pretende ser una protesta contra los últimos actos violentos llevados a cabo por grupos de extrema derecha, que han agredido a miembros de algunas de las plataformas mencionadas anteriormente. Algunos grupos políticos como Izquierda Unida o Podemos ya han manifestado su apoyo a la manifestación del próximo sábado. «Animamos a acudir a todos los ciudadanos y ciudadanas que no quieran que se sigan pisoteando nuestros derechos sociales», ha manifestado el portavoz de dicho partido político.

* * *

Carla llevaba tres días sin salir de casa. Había cogido catarro, no se había lavado el pelo desde hacía una semana y las ojeras le llegaban al suelo. La frente le ardía por la fiebre. Tenía pinchazos en la cabeza y le dolían los ojos, pero no se podía apartar del ordenador.

Las redes sociales, de un bando y de otro, echaban chispas en los últimos días a raíz de las agresiones y enfrentamientos entre grupos de ultraderecha y de extrema izquierda.

Sumida en una actividad febril, sin apenas dormir, con las persianas bajadas, sin saber si era de día o de

noche, Carla leía una y otra vez las conversaciones en los foros más radicales, tomando notas, desentrañando identidades. Estaba segura de que el siniestro doctor Telmo Vargas estaba detrás del odio que florecía en cada rincón de internet, utilizando los perfiles y contraseñas que Carla había robado para él, haciéndose pasar por miembros de un bando y de otro, metiendo puyas, insultando, azuzando todo aquel odio como un pirómano que alimenta el fuego con gasolina y disfruta viendo las llamas elevarse hasta el cielo.

León44 escribió: Comunistas, sois lo peor. El mayor criminal de la historia se llamaba Stalin y era comunista. En nombre de esa ideología, masacró a millones de personas y sembró el terror entre muchos otros millones. El comunismo llevó a millones de personas a la destrucción. Gracias a Dios, Europa dio la espalda al comunismo hace ya unos cuantos años. Sin embargo, aún quedan, en los países libres y democráticos, grupos de izquierda radical (también llamados «antisistema») que gracias a esa libertad que conceden los Estados de derecho pueden manifestarse en contra de lo establecido, llamando fascistas a los que les niegan el mismo albedrío que ellos disfrutaban.

IrayFuego escribió: ¡CÓMO SE OS VE LA VENA CRIMINAL Y ASESINA A LOS FASCISTAS! ¡FASCISTAS... VENCERÉIS,

PERO NO CONVENCERÉIS! SOYS BASURA SOYS LO PEOR, FASCISTAS AL PAREDÓN.

León44 escribió: A mí no me sorprende para nada que los tipos de tu calaña deseen la muerte de aquellos que tienen ideas contrarias a las vuestras. Y no me sorprende porque, en España, la izquierda (tanto la extrema como la otra) es mucho peor que la derecha. A las pruebas históricas me remito.

IrayFuego escribió: Que lo que yo piense o deje de pensar te sorprenda, es algo que me la bufa. A ver, dices, con esa hipocresía que os caracteriza a los fascistas, que no te sorprende para nada que los tipos de mi misma «calaña» deseen la muerte de aquellos que no admiten otras ideas contrarias a las nuestras y no sé de qué te sorprendes, ya que uno de vuestros iconos fascistas actuó mucho peor que yo respecto a los que no opinaban como él,

proceder con el que estoy absolutamente seguro que estás de acuerdo. Mira lo que decía el fascista Emilio Mola en julio de 1936, una vez iniciada la sublevación: «Cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular, debe ser fusilado... Hay que sembrar el terror..., dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros». Ni tenéis vergüenza... ni la habéis conocido, fascistas de mierda.

León44 escribió: Vamos a ver, imbécil: lo que decían Mola, Franco, Largo Caballero, Pablo Iglesias y demás... era la consecuencia de una España negra, profunda y salvaje que la inmensa mayoría de los españoles hemos superado. Pero desgraciadamente quedan algunos subnormales que siguen anclados en aquella España. ¿Crees de verdad que la España de octubre de 2013 es la misma que la del año 1936? ¿O quizás te gustaría

volver al pasado para reescribir la historia? Afortunadamente, los que piensan como tú son los posos y los detritus de aquellos «salvajes» que saldaron sus diferencias a hostias y tiros. ¿También eres de los que piensan que hoy se deben dar hostias y fusilar a los que no piensan como tú? Por lo que leo en este foro, parece ser que sí, que eres la reencarnación de aquellos «bestias».

IrayFuego escribió: La España negra, profunda y salvaje del 36 te aseguro que la he superado con creces, pero en modo alguno la he olvidado, y si supieras los motivos que me impiden olvidarla, a pesar de tu condición de facha compulsivo, estoy absolutamente convencido de que me darías la razón. Como dijo el filósofo estadounidense George Santayana: «Los que olvidan el pasado están condenados a repetirlo». En otro orden de cosas, me preguntas si me gustaría volver al pasado para reescribir la historia y, como no podía

ser de otra manera, te digo tajantemente: SÍ. Si se repitiese la guerra, ahora NO cometeríamos los mismos errores que nos llevaron a la derrota entonces y os llevaríais lo vuestro.

Español99 escribió: Vamos a ver, ignorante: los nacionales, al contrario que los rojos, no presumían de ultrapacifistas ni de ultrademócratas. Los rojos se tiraron años diciendo cosas mucho peores antes de la guerra, y encima presumen de ultrapacifistas y de ultrademócratas, cuando todo el mundo sabe que lo que pretendían era instaurar en España una genocida dictadura comunista. Estudia un poco más, por favor.

IrayFuego escribió: Vamos a ver, gilipollas: cuando deseo la muerte de los fachas, me estoy refiriendo a fachas como tú y a todos los fachas que de manera abyecta y miserable ensalzan, jalean, aplauden y/o justifican la represión

franquista. Yo no os insulto, tan solo os defino según creo que sois, en función de lo que vomitáis a diario en el foro.

León44 escribió: Confundes la velocidad con el tocino. No es lo mismo asesinar y torturar a curas y monjas inocentes, como hacían tus camaradas, que ajusticiar a sus asesinos en el cumplimiento de la ley vigente en aquella época.

IrayFuego escribió: La justificación que pones para dar por buenos los miles y miles de asesinados por el bando franquista, sobre todo una vez finalizada la guerra civil, es lo más vil, vergonzoso y abyecto que he leído en mi vida. ¡No te imaginas lo que daría por echarte la vista encima, fascista h... de p..., más que nada para ver si tienes los suficientes cojones para repetir semejante aberración cara a cara!

León44 escribió: Te ofrezco una oportunidad única para que compruebes si en verdad soy como tú crees que soy, nada más tienes que decirme lugar, día y hora. Venga..., a ver esos cojones.

Los ánimos se habían ido calentando en los últimos días. La escalada de insultos había crecido en las redes sociales y, según reflejaban los periódicos digitales, los enfrentamientos entre algunos grupúsculos radicales ya se estaban trasladando a las calles. El odio crecía como un fuego imparable alimentado por el combustible del insulto y la incomprensión.

Cuando estudiaba en la universidad, Carla había leído

algunos libros sobre la guerra civil española. Por aquel entonces había creído que algo así nunca podría repetirse en España, pero el ambiente de aquellos días bélicos que mostraban los libros de historia se parecía mucho a lo que ahora reflejaban las redes sociales. Si la escalada de insultos seguía creciendo, quién sabe lo que podría pasar.

Carla sabía que el abyecto Telmo Vargas estaría siguiendo con satisfacción todos aquellos enfrentamientos que él mismo había provocado. De hecho, lo identificó participando en varios de

aquellos foros, incitando al odio y a la agresión. Uno de los perfiles que utilizaba era Yugo66, alias con el que el infausto Telmo Vargas estaba tomando partido en aquellas conversaciones.

Después de varios días buceando entre todas las conversaciones públicas y privadas de los foros, Carla por fin alcanzó a descubrir cuál era el siniestro propósito de todo aquello, el golpe de gracia final. Era el acto más terrible de todos los que el psicópata había llevado a cabo hasta entonces.

Carla averiguó lo que pretendía al leer su última intervención. Se trataba de una conversación privada, cerrada a los visitantes y encriptada (aunque Carla disponía de las claves de usuario), solo visible para los miembros registrados. Telmo Vargas (alias Yugo66) solo había necesitado encender la mecha para que los demás, literal y metafóricamente, arrimasen los barriles de pólvora.

foroamanecer-nuevo.com

PORTAL | FORO | CONECTARSE |
REGISTRARSE

español99 escribió: La izquierda se manifiesta y nosotros permanecemos

impasibles. Ellos se creen con la razón legítima.

leonidas22 escribió: Uno de nuestros compañeros está medio muerto y en coma porque uno de esos grupos «pacíficos» le dio una paliza de muerte. Pero de eso no hablan los medios de comunicación entregados a la izquierda y a su propaganda. Según ellos, solo la derecha agrede. Cuando la izquierda ejerce la violencia es legítima, cuando lo hace la derecha para defendernos justamente, somos unos criminales.

yugo66 escribió: ¿Y vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras ellos campan a sus anchas por las calles de Madrid?, ¿vamos a darles la razón con nuestra pasividad?

arcangel12 escribió: ¿Y qué propones tú, yugo66?

yugo66 escribió: Un verdadero acto de valentía. Aquí se habla mucho, pero se hace poco. La situación es crítica y hay que tomar medidas críticas.

español99 escribió: Estoy de acuerdo con yugo66, algo hay que hacer.

yugo66 escribió: Un golpe contundente. La izquierda retrógrada y asesina no puede tener la libertad de tomar las calles cuando le apetece. Tenemos que darles una buena lección, que sepan que estamos aquí para hacerles frente. Citando al canciller Von Bismarck: «Las grandes cuestiones no se decidirán por medio de discursos y votaciones, sino con sangre y hierro».

arcangel12 escribió: Estoy de acuerdo al 100 % con todo lo que dice yugo66.

español99: Yo también.

yugo66 escribió: Yo lo que propongo es un golpe contundente. Hay que sembrar el miedo, es lo único que esos descerebrados entienden. Si planteamos el enfrentamiento como una verdadera guerra, ganaremos.

español99 escribió: Es interesante lo que dices. Yo y muchos estamos dispuestos a seguirte y darlo todo por la patria, pero ¿qué hacer?

yugo66 escribió: Darles donde más les duele, hacer saltar la manifestación por los aires, demostrarles que la calle no es de la izquierda comunista.

arcangel12 escribió: En la manifestación habrá miles de personas y nosotros solo somos unos pocos, decenas.

yugo66 escribió: He estudiado estrategia militar. Desde el punto de vista de una confrontación, esa manifestación está en desventaja. Se concentrará en la Puerta del Sol. Las calles de acceso estarán atestadas de personas que confluirán en ese punto. Simplemente tenemos que empujar y ellos mismos se destruirán. Podemos preparar cócteles molotov y lanzarlos desde las calles de acceso a la Puerta del Sol. El fuego sembrará el pánico, pero solo tendrán un camino de huida: hacia delante.

arcangel12 escribió: Comprendo. En su huida todos confluirán en un mismo punto. Morirán aplastados por su propio empuje.

yugo66 escribió: Será una lección inolvidable que pasará a la historia de la Nación como la gesta que cambió el rumbo. Prepararemos un manifiesto, un comunicado para difundirlo después del

golpe. Les dejaremos claro que enfrente tienen a alguien más fuerte que ellos que no se achanta.

arcangel12 escribió: Pasaremos a la Historia por cambiar el rumbo de España.

leonidas22 escribió: Será nuestro 11-S.

español99 escribió: Adelante entonces.

Lo que estaban planeando los grupos de ultraderecha para sabotear la manifestación sería una auténtica masacre. ¡Atacar con cócteles molotov a los manifestantes! A la concentración acudirían grupos de la extrema izquierda, pero también muchos

ciudadanos indignados que iban a ser víctimas de aquellos descerebrados. El sabotaje estaba siendo planificado como si se tratase de una auténtica batalla campal entre dos contendientes.

A Carla le temblaban las manos. El corazón le latía como el mecanismo de un reloj enloquecido. Mandó a la impresora la conversación del foro, agarró los papeles y se dispuso a salir. Ahora tenía que hacer algo, debía denunciarlo.

Al abrir la puerta del piso, se quedó atónita ante la luz del sol que se colaba hiriente a través del

ventanal del rellano. Hubiese jurado que era de noche. Desorientada, como quien acaba de despertar a la hora equivocada, consultó el reloj: las doce del mediodía. Había perdido la noción del tiempo, conectada noche y día a las redes sociales, sin apenas dormir, con las persianas bajadas y bebiendo un café tras otro.

En la calle, se las apañó para dar el alto a un taxi entre el caos del tráfico y pidió que la llevase a la comisaría más cercana. Desde el asiento trasero, a través del pequeño espejo retrovisor, contempló una porción de su rostro

y asintió satisfecha: el pelo sucio y enmarañado, los ojos rodeados de un cerco rojizo, la piel lívida, tensa sobre los pómulos marcados. En el regazo alisó los folios que había impreso con las conversaciones de los foros. El estómago le dio un vuelco, como si cayese al vacío. ¿Qué pensaría la policía al ver aquello?

En la comisaría dijo que quería poner una denuncia. El agente que custodiaba la entrada le tomó los datos y la hizo pasar al interior de la sala de atestados, un recinto que ya le resultaba tristemente familiar. Para colmo, allí la esperaba el

mismo policía obeso con el ridículo flequillo cubriéndole la calva. El mismo funcionario que, unos días antes, la había atendido cuando denunció las amenazas de Telmo Vargas. En aquella ocasión no se había tomado demasiado interés.

El policía también la reconoció cuando la vio, a juzgar por la expresión de fastidio que se dibujó en su rostro al verla.

—Bien, ¿cuál es «ahora» el motivo de su denuncia? —preguntó no sin cierto retintín en la voz.

—Unos nazis van a reventar la manifestación del sábado en la

Puerta del Sol —dijo Carla atropelladamente.

El policía asomó la cabeza desde detrás de la pantalla del ordenador y la miró con las cejas levantadas.

—¿En qué se basa para pensar eso?

—He leído cómo lo planeaban en un foro de internet. Aquí lo tiene.

Dejó sobre el escritorio los papeles que había impreso con las conversaciones de los foros. El policía ni siquiera los miró.

—¿En internet? Verá, señora, en internet se dicen muchas

tonterías. Si no recuerdo mal, usted estuvo aquí hace unos días para denunciar otros hechos que también encontró en internet. Y, sin embargo, parece que nada de lo que usted temía ha sucedido.

Lo dijo con una sonrisa indulgente, como si esperase que Carla le diese la razón y se marchase tranquilamente.

—¡Claro que han pasado cosas! —exclamó Carla—. Ese desgraciado me está chantajeando. ¿Es que no lo entiende?

—Oiga, señora, no alce la voz. ¿De acuerdo? ¿Qué clase de

chantaje, si se puede saber? —el tono era impaciente.

—Él me obligó a robar las contraseñas de los usuarios de los foros. Me hizo *hackear* sus teléfonos móviles para averiguar sus nombres, sus direcciones. Después se hizo pasar por unos y otros para sembrar cizaña entre ellos...

—Un momento. —El policía levantó las palmas de las manos—. ¿Quién es él? ¿De qué miembros está hablando?

—¡Se lo acabo de decir! —exclamó Carla. Estaba perdiendo la paciencia—. Grupos de

ultraderecha. ¡Nazis! Y también de la izquierda radical. Se-odian-entre-ellos —dijo remarcando cada palabra como si hablase a un niño pequeño—. Van a matarse. Él ha provocado que se propague el odio.

—Vamos a ver, se lo vuelvo a preguntar. ¿Quién es él?

—¡No lo sé, mierda! ¡Si lo supiera se lo diría!

El policía meneó la cabeza a derecha e izquierda. La miró fijamente y después asintió frunciendo los labios.

—Entonces alguien le dice que haga cosas y usted le obedece, ¿es eso lo que me está diciendo?

—No tengo más remedio que hacer lo que me pide. Hay gente que podría morir si no hago lo que él me ordena.

El policía llamó a un compañero con un gesto de la mano.

—Oye, será mejor que avises al 112. Creo que esta señora lo que necesita es asistencia médica.

—¡Pero bueno! ¿Qué está diciendo? —Carla se levantó airada. Estaba gritando y otros policías que había en la sala se volvieron a mirarla—. ¡Yo no necesito ningún médico, joder! ¡Lo que necesito es

que hagan algo de una puta vez para evitar una tragedia!

—Tranquila, no pasa nada. —El policía se aproximó a ella ofreciéndole las palmas de las manos—. Siéntese y esperemos a los médicos. Ellos la van a ayudar. Está usted muy nerviosa.

—Mire, creo que me he equivocado al venir aquí —dijo Carla con un falso tono conciliador—. No quería recurrir a él, pero será lo mejor.

—¿A quién va a recurrir usted? —preguntó el policía con infinita paciencia.

—Al teniente Guerrero. Es del CNI. Yo colaboro con él.

—¿Usted colabora con el CNI?

—preguntó el policía asintiendo.

—Pues sí —respondió Carla mirándolo con la boca entreabierta—. Le he ayudado en una operación con un peligroso espía ruso. ¿Qué me dice a eso?

El policía cruzó una mirada con su compañero. Puso los ojos en blanco.

—Verá, señora, yo creo que usted tiene un problema mental. Será mejor que espere a que vengan los médicos. Ellos podrán ayudarla mejor que nosotros.

Carla se dirigió a la puerta de salida, pero el policía gordo y su compañero le bloquearon el camino.

—Siéntese y espere aquí, por favor. —La cogió del brazo.

—¡No me toque! —chilló Carla retorciéndose para soltarse.

El policía entonces intentó sujetarle las manos, pero Carla reaccionó rápido, volviéndose sobre sí misma y golpeando al policía en la sien.

—¡Desgraciada! —exclamó el policía mientras Carla le daba una patada en la rodilla al otro.

—¡Saca las esposas!

En un abrir y cerrar de ojos, Carla se encontró reducida en el suelo, con las manos esposadas a la espalda.

—Más te vale calmarte, loca del demonio —le susurró al oído uno de los policías mientras la levantaba de un tirón para que se incorporase—. Siéntate, haz el favor.

Con un súbito vértigo se dejó caer en la silla. Rompió a llorar. La cabeza le daba vueltas y ni siquiera estaba segura de lo que estaba haciendo allí. Había pasado demasiado tiempo sin dormir.

A su alrededor se habían ido congregando más personas. Cuando

levantó los ojos nublados, vio a dos chicas jóvenes vestidas con el uniforme del Samur y junto a ellas a un hombre mayor de pelo y barba blancos, gordo como un Papá Noel, también con ropas de sanitario y un estetoscopio que le colgaba del cuello.

—Tiene un ataque de ansiedad —explicó el policía al médico del Samur—. Y yo creo que no está bien de la cabeza. No es la primera vez que viene. Dice que alguien le habla y le da órdenes. Que va a morir gente y algo relacionado con unos espías. Está fuera de sí y no atiende a razones.

—Parece un brote psicótico — escuchó Carla que decía el médico que se parecía a Papá Noel. El hombretón se inclinó sobre ella buscando su mirada—. ¿Cómo se encuentra? ¿Quiere venir con nosotros?

—¡No! —gritó Carla—. ¿Por qué son tan obtusos? ¡Lo que les digo es verdad! Va a haber una tragedia en Madrid si no hacen nada.

El médico y los policías intercambiaron una mirada.

—Vamos, cariño —intervino una de las enfermeras del Samur poniéndole una mano en el hombro—. Mejor vamos a hablar con un

profesional. A él le puedes contar todo. Si es verdad lo que dices, él ya hablará con la policía. No te preocupes. Pero ahora tienes que tranquilizarte y pasar esta crisis de ansiedad. No es bueno que estés tan nerviosa.

La voz de la chica era extrañamente dulce y sosegada. Por alguna razón, a Carla le gustaba que las mujeres le hablasen con dulzura. Probablemente le traía reminiscencias de su madre, de la que ya apenas recordaba nada. Había muerto cuando ella solo tenía cinco años y lo único que rememoraba de ella era la suavidad

de su voz y cómo le acariciaba el pelo con ternura. Sabía cómo era su cara porque tenía fotografías, pero no tenía ninguna imagen de su madre en el recuerdo fuera de aquello. Se puso a llorar de nuevo.

Entre las dos enfermeras la tomaron de los brazos. Carla, entre lágrimas, se dejó conducir al exterior de la comisaría. La subieron a la parte trasera de una ambulancia. El doctor de barbas blancas se subió tras ellas. Le pidió que se tumbase en la camilla y el vehículo se puso en marcha.

—¿Adónde me llevan? —gimió Carla al notar que se movían.

—Tranquila, cariño —respondió la enfermera de la voz dulce—. Vamos a que te vea un profesional. Él te escuchará, no te preocupes.

Mientras la ambulancia avanzaba cada vez a mayor velocidad, saltando ocasionalmente por los baches, el médico le puso una bolsa hinchable alrededor del antebrazo para tomarle la tensión.

—Tranquila, cariño, todo se va a arreglar, sea lo que sea —repitió la enfermera acariciándole la frente—. Todo tiene arreglo, ya verás.

La llevaron al sanatorio psiquiátrico, un complejo hospitalario al norte de Madrid. Allí,

bajo un cielo gris que amenazaba lluvia, la bajaron de la ambulancia y la metieron dentro de un gran edificio gris y achatado que tenía la apariencia de un descomunal búnker. Dentro, cruzaron varios pasillos hasta el área de urgencias psiquiátricas. La hicieron pasar a un despacho de consultas donde la recibió el médico de guardia.

—Bien, cuénteme, ¿qué le pasa? —dijo el psiquiatra observándola atentamente de arriba abajo.

Era un hombre de unos cincuenta años, de piel morena y pelo engominado. Tenía unos ojos

saltones y una barbita negra y puntiaguda. Lo acompañaba una enfermera, sentada a su lado, una mujer joven, de la edad de Carla, con una melena pelirroja, el rostro pecoso y una mirada atenta.

—No me pasa nada, no sé por qué estoy aquí —respondió Carla a la defensiva.

—Al parecer, quería denunciar algo en la policía —observó el psiquiatra consultando un papel que tenía delante—. ¿Me lo puede explicar a mí?

—Un grupo de neonazis va a atentar contra la manifestación de mañana —dijo Carla mirándolo

fijamente a los ojos, casi como si lo desafiase.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque yo lo he provocado.

—¿Por qué piensa que usted lo ha provocado?

—Porque robé para él los usuarios y las contraseñas. Él los ha incitado al odio.

—¿Él? ¿Quién es él?

—¡No lo sé! ¡Ya se lo he dicho a la policía! No sé quién es, mierda. Si lo supiera no seguiría libre. —Carla lo miró con una mueca de obviedad, las cejas alzadas y la boca medio abierta.

—Así que alguien que no sabe identificar le habla y le pide que haga cosas.

—Sí, me hace chantaje, me obliga.

—¿Qué tipo de chantaje?

—Mata a gente si no hago lo que me dice.

—Entonces, ¿usted cree que ya ha matado a alguien?

—¡Por el amor de Dios! ¡Mucha gente ha muerto por su culpa!

—exclamó Carla con vehemencia.

—Tranquilícese, no levante la voz, por favor. ¿A quién ha matado? ¿Puede ponerme algún ejemplo?

—¿Ve las noticias? ¿Recuerda al pobre hombre que se suicidó hace unos días? Le iban a quitar el piso y se tiró por la ventana. ¡Pues resulta que fue él quien lo mató!

—No sé si lo he comprendido. Quiero entender que se está refiriendo a alguien que se suicidó. Entonces no pudo ser un asesinato.

—No, no. —Carla negó con un movimiento brusco de cabeza—. Lo manipularon. Tomaba antidepressivos. Él manipuló las medicinas. Siempre lo hace. Él lo empujó al suicidio.

—Ya veo. Así que alguien que no puede identificar le está

haciendo a usted chantaje. Y la gente muere si no hace lo que le pide. —El psiquiatra tomó unas notas en un papel.

—También amenazó con matar a mi hijo —dijo Carla estremeciéndose.

—¿Tiene usted un hijo?

—Estoy embarazada de tres meses. Se llama Aarón. Una vez le negué la oportunidad de nacer, pero ahora no voy a fallarle.

—¿Qué ha querido decir con que le negó la oportunidad de nacer?

—Yo aborté hace años, aunque el pequeño Aarón estuvo viviendo

conmigo. Yo lo vi crecer. Imaginé cómo sería su vida a mi lado. Y ahora ha vuelto a mi vientre. Esta vez va a nacer de verdad.

El médico intercambió una mirada con la enfermera.

—¿Cuánto hace exactamente que abortó?

—Diez años. Aarón tendría ahora diez años, casi once. Mi pequeño ha estado a mi lado todo este tiempo.

—Bueno, vamos a ver. —El psiquiatra dejó el bolígrafo sobre la mesa—. Usted está sufriendo una desconexión de la realidad y creo que es algo que viene sucediendo

desde hace tiempo. Probablemente se trate de una crisis psicótica de carácter paranoico.

—¡Yo no estoy loca! —gritó Carla.

—Cálmese, por favor. Se está culpando de cosas que no tienen nada que ver con usted, como ese suicidio. Le puedo asegurar que escuchar voces y notar presencias indeterminadas es un claro síntoma psicótico. También lo es el atribuirse uno mismo la responsabilidad de sucesos trágicos que no tienen nada que ver con usted.

—¡Claro que tienen que ver conmigo! ¡Si se lo acabo de explicar!

—Usted está viviendo en estos momentos una realidad que no es cierta. Lo más conveniente en estas circunstancias es que sea ingresada en la unidad psiquiátrica.

—¿Qué? ¿Ingresada? ¿Está diciendo que me van a encerrar como a una loca?

—No, por favor. Esto no es ningún encierro. La vamos a tratar. Usted ahora no puede percibir la realidad con claridad. Podría ser peligroso para usted misma, o para los demás. Por eso la mejor opción es ingresarla. Es necesaria una

evaluación más precisa para determinar un tratamiento. Usted pasa la noche aquí y mañana la entrevistará un psiquiatra residente.

—¡No, no! ¡A mí no me van a encerrar! ¡Yo no estoy loca!

—Es por su bien, de verdad, confíe en mí. ¿Tiene usted familia? ¿Con quién puedo hablar para avisarle de que pasará usted la noche aquí?

—Tiene un hermano —informó la enfermera—. Aquí tengo los datos. La policía me los pasó.

—De acuerdo, hablaremos con él.

Carla imaginó la conmoción de su hermano cuando le dijese que había sido ingresada en un psiquiátrico. Isaac iba a volverse loco de la preocupación.

—Dale veinte miligramos de Transilium —indicó el psiquiatra a la enfermera—. Está muy nerviosa y tiene que descansar. Carla, mañana te evaluarán los doctores de planta. Ellos verán cuál es el tratamiento más adecuado. Estás en buenas manos, de verdad.

Carla se tapó la cara con las manos. Los dientes le castañeteaban. Estaba en un estado febril. Por lo menos le vendría bien

un calmante y dormir unas horas. El corazón se le iba a salir del pecho.

La enfermera se quedó a solas con ella.

—Hola, me llamo Mercedes, cariño.

—Lo sé.

—Todo va a salir bien, ya lo verás, simplemente vamos a hacer lo que nos digan, ¿de acuerdo?, yo voy a cuidar de ti.

Mercedes tenía unos treinta años, era pelirroja y pecosa y se movía con una elegancia casi aristocrática que desentonaba con la función que llevaba a cabo. Le dio

una pastilla y un vaso de plástico con agua. Carla se la tomó de un trago. Después la enfermera la llevó hasta la zona de los ascensores. Un guardia de seguridad uniformado abrió la puerta del ascensor con una llave. Carla se fijó en que para ponerlo en marcha también había que introducir una llave desde dentro.

Subieron hasta la segunda planta. Salieron del ascensor y Mercedes la condujo a lo largo de un pasillo flanqueado por puertas metálicas de color blanco. No había ventanas que diesen a la calle. La única iluminación provenía de los

tubos fluorescentes en el techo, que daban al pelo rojo de la enfermera unos tonos violáceos y anaranjados. Cada puerta a lo largo del pasillo tenía una pequeña abertura de cristal a través de la cual se podía observar el interior de la habitación. Ojos a través de muchas de ellas la miraban como destellos de luz. Carla escuchó gritos amortiguados, llantos y sollozos. Reprimió un escalofrío. La enfermera la llevaba cogida del brazo.

Se detuvieron junto a una de las puertas. La enfermera sacó un manojito de llaves del bolsillo y abrió la cerradura metálica. Le pidió que

entrarse. La habitación tenía las paredes acolchadas y el único mobiliario era una sencilla cama de hospital. En una de las paredes, una ventana con rejas, estrecha y alargada. Había una especie de luminosidad en los objetos, como si aquello no fuera la realidad, como si fuera una película o una especie de realidad virtual. Mercedes le pidió que se quitase la ropa y le entregó un pijama de hospital.

—Por favor, quítate el reloj, cadenas, pendientes, no puedes llevar nada en el cuerpo.

Carla obedeció con absoluta sumisión. Notaba el efecto del

tranquilizante como una pesada calma interior que se apoderaba de ella. La cabeza le pesaba y tenía mucho sueño. Cuando se cambió de ropa se dejó caer en la cama, vencida, indiferente a la helada frialdad de las sábanas.

—Por favor, yo no estoy loca...
—dijo con la voz enredada en narcótico, sujeta a un susurro soñoliento, casi inaudible—. Mañana va a morir mucha gente si no me hacen caso...

Mercedes entornó los ojos interrogativamente y miró a la puerta. Uno de los doctores estaba

apoyado en el marco, observándolo todo.

—Tranquila, cariño. Mañana todo se aclarará. Ya verás. Ahora descansa.

La enfermera salió de la habitación. Carla escuchó el chasquido metálico de la llave al girar en la cerradura.

Si aquello no era un cárcel se le parecía mucho, pensó antes de quedarse profundamente dormida.

EVA LUNA

Eva no tenía ni idea de cómo reparar a su Agnessa, rota en dos mitades. La muñeca era de madera, hueca, y la parte inferior y la superior se habían desgajado y no había forma de que volviesen a quedar unidas.

Buscó en internet y encontró una tienda de antigüedades en la calle Postas, cerca de la plaza

Mayor, que también se dedicaba (según decía en una escueta página web con aspecto de no haber sido actualizada en años) a reparar juguetes antiguos.

Eva guardó cuidadosamente la muñeca rota en dos en una bolsa de tela y se dirigió allí. Había pasado la mañana lloviendo, pero ahora lucía el sol, por lo que hizo el trayecto a pie. Las calles mojadas rebosaban vida y energía. El sol, reflejado en la humedad que impregnaba las aceras, en los coches y en las antiguas fachadas del centro, le daba al mundo un aspecto fresco y brillante, como si fuese un cuadro

antiguo que acabase de ser restaurado mostrando colores vivos que permanecían ocultos bajo la suciedad.

Todo el mundo iba de aquí para allá apresuradamente, como si quisiera aprovechar la tregua que les había dado la lluvia. Todas las personas con las que Eva Luna cruzaba sus pasos, los que caminaban a la par o la adelantaban apresuradamente, todos parecían tener un propósito claro y definido en sus vidas. Iban a algún lugar donde alguien les esperaba, donde eran necesitados o donde simplemente desempeñarían un

trabajo del que sacarían un provecho ellos mismos y que también beneficiaría a otros.

Todas y cada una de aquellas personas que llenaban las calles tenían los pies en la tierra, percibían la realidad de un modo nítido y sin dobles sentidos, sin espejismos. Nadie dudaba de lo que veía con sus propios ojos ni tenía motivos para dudar.

Eva Luna deseaba con todas sus fuerzas ser como aquellas personas cuyas mentes no se habían salido nunca de los raíles de la realidad, que solo habían recibido amor en su infancia, que habían

crecido de un modo sano, sin sentir que alguien les robaba una parte de su vida. Personas que se toman las cosas como son, sin darles más vueltas, sin buscar dobles sentidos. Personas que se sienten valiosas, que se quieren a sí mismas y son queridas, respetadas. Personas que no se quedan paralizadas ante un problema u obstáculo, sino que confían en sí mismas y saben que tendrán el talento y la capacidad necesarios para encontrar una solución. Personas que saben qué hacer cuando su relación con otro ser humano no es como les gustaría que fuera. Personas que se atreven

a más en la vida, que son decididas. Personas que son capaces de seguir adelante incluso después de varias derrotas y que jamás sienten que les abandonan las fuerzas.

Personas completas.

Las dudas la abrumaban. Sentía que una parte de sí misma volvía a alejarse para siempre. Es difícil ser una persona completa cuando han inoculado en ti la semilla de la locura.

Inmersa en sus pensamientos, llegó por fin a la calle Postas y atisbó la tienda de antigüedades casi inmediatamente.

Reparación de juguetes antiguos,
desde 1945

Le llamó la atención un hombre detenido al otro lado de la calle, de unos cuarenta años, elegante, de pelo entrecano, que miraba en dirección al escaparate de la tienda con tristeza.

Lo que le hizo fijarse en aquel hombre fue que no caminaba apresurado como todo el mundo. Simplemente estaba de pie, mirando fijamente hacia la tienda de antigüedades desde el otro lado de la calle. Había algo llamativo en su expresión.

Eva observó al hombre y la asaltó de nuevo aquella extraña sensación premonitoria. Supo que era, sin duda, un señor que estaba incompleto (no roto como ella, no era una persona a la que le faltara una mitad), alguien que anhelaba una parte muy importante de su vida, que, según dictaban la intensidad y la dirección de su mirada, se encontraba dentro de aquella tienda de antigüedades.

Eva se preguntó qué podría haber tan importante en el interior de aquella tienda para el hombre. Y, si lo que había en el interior de la

tienda era tan importante para él, ¿por qué no entraba y lo adquiría?

Eva experimentó entonces un súbito vértigo, le zumbaron los oídos y el campo de visión se estrechó como si observase a través de un túnel. Aquel señor desapareció y su lugar fue ocupado por un niño pequeño que jugaba en la acera con un cochecito de juguete de color rojo. El niño era la viva imagen de la alegría.

A punto estuvo de contagiarse por la alegría de aquel niño, de no ser por la angustia que le produjo el saber que estaba viviendo una nueva alucinación.

Eva se quedó paralizada, muy rígida, con los brazos en tensión pegados al cuerpo y los puños apretados. Cerró los ojos con fuerza para librarse de aquella visión. Respiró hondo una y otra vez, inhalando y expulsando el aire con fuerza. Contó hasta diez y solo entonces se atrevió a abrir los ojos.

Para su alivio, el niño había desaparecido y tenía de nuevo ante sí a aquel hombre. Ahora era él quien la miraba con expresión de extrañeza. Eva se había quedado paralizada a pocos metros de él, pálida, con el cuerpo en tensión, como si quisiera liberarse de unas

ataduras invisibles. El hombre frunció el ceño, volvió a lanzar un vistazo al escaparate de la tienda de antigüedades, se dio la vuelta y se perdió calle abajo.

Eva se tomó unos minutos para tranquilizarse. Respiró hondo, notó que sus músculos volvían a relajarse y finalmente se decidió a entrar en la tienda.

El local era estrecho y alargado, de techos elevados. La luz de la calle se filtraba por el escaparate para inundar el interior de un aura dorada. Las altas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de estanterías de madera oscura, cuyas

repisas estaban atiborradas de objetos antiguos: relojes, almanaques, juguetes de madera, coches de todos los modelos, juegos de mesa... Las cosas supuestamente más valiosas estaban colocadas con esmero, pulcramente alineadas, detrás de vitrinas de cristal. Eva contó cinco cartelitos de NO TOCAR repartidos por diferentes rincones de la estancia, además del grabado en el cristal de la entrada. Se preguntó si estaría permitido tocar el suelo con los zapatos.

Cuando el anticuario (quien supuso sería el Evaristo Rubio que figuraba en la marquesina de la

entrada) surgió de la trastienda, Eva estaba observando unos llaveros que colgaban de una torre de bronce. Parecían muy antiguos, algunos con consignas políticas de antes de la guerra civil. El anticuario era un caballero muy delgado, septuagenario, de piel blanquísima rayando lo grisáceo, con la nariz afilada como el pico de un colibrí.

—Señorita, le agradecería que no tocara esos llaveros, son de colección. A menos que le interese comprar alguno, trato de mantenerlo todo lo más limpio y ordenado posible para que todos los

clientes puedan disfrutar de su misma experiencia.

«¿Todos los clientes?», se dijo Eva. En la tienda no había nadie, y era la típica hora punta para salir a comprar.

Sin decir nada, Eva depositó la bolsa sobre el mostrador de vidrio y sacó a la pobre Agnessa partida en dos.

—Necesito que arregle esta muñeca —pidió con la vocecita compungida de un niño perdido que necesita que le lleven de regreso a casa—. Necesito que vuelva a estar entera, por favor —añadió en tono de súplica.

El hombre miró por encima de las gafas a Eva, después depositó su mirada sobre la muñeca.

—Parece usted angustiada — dijo con una voz sorprendentemente grave—. Esto tiene arreglo, no se preocupe. Lo primero que tengo que decirle es que no es una muñeca.

—¿No es una muñeca?

—No, claro que no —respondió el anticuario.

La cogió con extremada delicadeza con dedos largos y finos y la examinó.

—Es una marioneta. Hay una gran diferencia. Aunque a primera

vista son similares, las marionetas se construyen específicamente para actuar en una función, no para jugar con ellas.

El anticuario le mostró las articulaciones de los brazos y cómo giraban. Agnessa había estado tanto tiempo congelada en una única postura que cada una de las partes móviles (los hombros, los codos, las piernas) se habían quedado como agarrotadas por la falta de movimiento. ¡Qué afortunada la acumulación de circunstancias que la habían dejado en aquella posición tan bella!

—¿Ve usted? Fíjese aquí —el anticuario señaló los brazos de madera—: hay unos orificios para los cordeles.

Eva pensó que, a pesar de la obviedad de que Agnessa fuese en realidad una marioneta, seguía teniendo más de muñeca que de marioneta. Era un objeto para amar, no para dictar sus movimientos con hilos. Imaginó por un instante a Agnessa en medio de una obra de marionetas, moviéndose esclava de los deseos de otros, igual que ella había vivido sujeta a la voluntad de su padre, lo que le hizo sentir un vínculo aún mayor con ella.

El anticuario abrió un cajón y sacó una lupa con la que fue examinando meticulosamente la marioneta mientras hablaba.

—¡Vaya! Me parece que se trata de una pieza muy antigua. Puede que tenga varios siglos.

—¿Tan antigua?

—Puede que incluso más. ¿Sabía usted que las marionetas llegaron a Europa desde China? Hay una leyenda que dice que la primera se construyó tras la muerte de la concubina del emperador, en el siglo II antes de Cristo. El monarca quedó tan apenado por la muerte de su amada que sus siervos crearon

una marioneta con su mismo aspecto para consolarle.

—Sabe usted mucho del tema.

—Eva Luna no quitaba la vista de encima de su Agnessa, observada desde todos los ángulos por el anticuario.

—Los objetos antiguos son mi pasión. —El hombre no dejaba de explorar la marioneta—. Y esta ciertamente es muy antigua. Ya me parecía a mí. Efectivamente, esta madera tiene más de doscientos años.

—¿Doscientos años?

—Ya lo creo. El vestido está hecho con telas relativamente

modernas, de antes de la guerra civil, diría por el tipo de género; pero la madera es mucho más antigua. Hoy día nos parece una cosa de niños pero, aunque no lo crea, las marionetas fueron muy populares en los espectáculos de adultos. En la Edad Media, en el teatro estaba prohibido representar a ciertos personajes o reproducir comportamientos poco ejemplares, aunque las marionetas tenían licencia para representar cualquier papel, desde el papa hasta prostitutas. Mientras un actor de carne y hueso tenía que mantener una actitud regida por la moral

religiosa de la época, a las marionetas se les permitía decir cualquier cosa. Por eso se hicieron muy populares.

—No tenía ni idea.

—Bueno, el verdadero experto es mi hijo. Él incluso ha escrito un libro sobre el tema.

Como en un *flash*, Eva vio a un hombre de pelo entrecano, un hombre con el corazón de un niño, un hombre muy elegante con la mirada triste.

—¿Su hijo es anticuario como usted?

—No, él estudió Medicina. Es un prestigioso cirujano —dijo el

viejo con la voz cargada de orgullo —, pero ya desde niño le encantaban los objetos antiguos. Cuando era pequeño se pasaba horas aquí conmigo, revisando cada uno de los artículos que entraban en la tienda. Prefería estar aquí, inventariando, que en la calle jugando con sus amigos. Era solo un crío y ya sabía distinguir una verdadera antigüedad de una baratija. Era listísimo.

Eva captó un atisbo de tristeza en el anticuario, a quien se le fueron los ojos hacia la vitrina lateral de la tienda.

Bajo ese cristal había una serie de juguetes antiguos. Eva se acercó

a ellos. Se agachó sobre la vitrina y observó los cochecitos de carreras con atención.

—Esos, por ejemplo, son una edición limitada de coches de carreras de los años cincuenta. Eran los preferidos de mi hijo Alfonso. No sabe usted: tan pequeño y ya removía cielo y tierra para conseguirlos. Son de una serie promocional que regalaban en Estados Unidos no recuerdo con qué producto, tal vez con cajas de cereales.

La voz del viejo anticuario derrochaba orgullo al mencionar a su hijo.

—Son muy bonitos, sobre todo aquel rojo. —Eva señaló un coche que a primera vista no parecía tener nada de especial comparado con la otra veintena que le flanqueaban.

—¡Vaya ojo fino el suyo, señorita! Ese es un Pontiac, el más difícil de conseguir. Mi hijo fue capaz de coleccionarlos todos menos ese. Me di de bruces con ese cochecito no hace ni un año. ¡Imagínese!

A Eva no se le escapó un hálito de melancolía en su voz. Eva percibió que al viejo anticuario le faltaba algo muy importante, algo relacionado con el hombre que

había visto en la puerta antes de entrar.

—¿Y no se lo ha dado a su hijo, siendo el que le faltaba para la colección? —preguntó Eva, sin volverse, con los ojos aún clavados en los cochecitos.

—Hace tantos años... Él ya ni se acordará de eso.

—Pero usted sí que se acuerda.

El anticuario volvió a sonreír.

—Mi hijo Alfonso ya no está para jugar con cochecitos. Es doctor, tiene una clínica privada, es especialista en problemas del corazón, ¡es un as! Fíjese que su clínica, en la que tiene varios

doctores a su cargo, lleva su nombre: Clínica Alfonso Rubio. Es un figura... Ha operado incluso a personajes famosos. No creo que ahora tenga tiempo para acordarse de cochecitos de juguete.

—¿No cree?

—Hace años que no nos hablamos; cosas privadas, señorita, es muy terco el chico —replicó el anticuario queriendo quitar importancia al asunto.

—Se le ve muy orgulloso de su hijo.

—Vaya si lo estoy. —Al viejo le brillaron los ojos.

—¿Alguna vez se lo dijo?

—¿Decirle qué?

—Lo orgulloso que está de él.

Al anticuario pareció que le hubiesen tirado una jarra de agua helada por la espalda.

—Es usted una chica muy especial: me trae una marioneta antiquísima para reparar, una marioneta que cualquier otro hubiese tirado a la basura sin darle más vueltas; acto seguido la tengo preguntándome por mi familia... Una *rara avis*, sí señor, pero tengo que decirle que eso no es asunto suyo, señorita, ¿no le parece?

—No he querido ofenderle. ¿Está en venta? Me refiero al

Pontiac rojo.

—Señorita, ese Pontiac vale trescientos euros. No creo que, si no es usted coleccionista, le merezca la pena el gasto.

—Vale más que eso, créame. — El viejo la miró inquisitivamente—. ¿Entonces? —preguntó Eva.

—Ahora se lo envuelvo —dijo el anticuario de mala gana.

—Me refiero a la marioneta. ¿La podrá arreglar?

—Por supuesto, pero necesitaré unos días. El problema es este eje de madera que se ha roto. Para repararlo tengo que encontrar una madera del mismo tipo y tallar toda

la pieza para que quede igual. Pero, más que arreglarla, me gustaría hacerle una oferta por ella.

—No la vendería ni por todo el oro del mundo.

El viejo anticuario frunció el ceño en una mueca, como si acabase de recibir un pinchazo en el estómago. Abrió la vitrina, sacó el cochecito y se lo envolvió en un papel de estraza. No dijo nada más. Ni siquiera para decir adiós cuando Eva Luna abandonó la tienda.

* * *

El doctor Alfonso Rubio llegó a la clínica que llevaba su nombre, en el distrito de Moncloa, en Madrid, sin esperar que aquel día le trajera nada extraordinario.

CLÍNICA ALFONSO RUBIO

Ver las letras de su nombre sobre la marquesina de la entrada le provocaba un sentido de la responsabilidad más poderoso que el orgullo. Tenía cinco doctores a su cargo, tres de ellos jóvenes, con un gran talento, pero que carecían de su dilatada experiencia. En última instancia, él era el responsable de lo

que ocurriera en su clínica, de los éxitos y de los fracasos.

La fama del doctor Rubio se empezaba a extender por fuera de la Comunidad de Madrid. A pesar de ser una clínica privada, le comenzaban a llegar pacientes de todos los rincones de España. Su prestigio había llegado incluso al extranjero. Franceses o alemanes con problemas de corazón viajaban a España solo para someterse a su diagnóstico.

El doctor Alfonso Rubio, padre y esposo ejemplar, enemigo de las sorpresas y amante de unos buenos garbanzos con berzas «como los

que cocinaba su madre», con más dinero del que necesitaría jamás, organizado hasta la exasperación, siempre jugaba el ajedrez de su vida dos jugadas por delante de sus adversidades y a pesar de todo eso no llegaba a encontrarse feliz jamás.

Hacía muchos años que se había distanciado de su padre, el anticuario Evaristo Rubio, dueño de la tienda de antigüedades que fundara su abuelo en plena calle Postas, en el centro mismo de la capital.

Alfonso ya ni siquiera recordaba bien sobre qué trataban aquellas múltiples discusiones:

temas repetidos, política, el papel de la mujer... Temas que no le podían hacer olvidar que fue su padre y solo su padre el que le puso donde estaba, el que a pesar de, o tal vez gracias a su cerrazón de miras, sus estructurados y férreos procedimientos hasta en la manera de poner la mesa (la servilleta sobre los muslos, el tenedor y la cuchara a la derecha del plato, paralelos al cuchillo sobre la otra servilleta doblada diagonalmente), le concedió las armas y la disciplina que le permitieron hacer la carrera de Medicina y especializarse en Cardiología con tal brillantez que

ahora tenía una clínica privada que llevaba su nombre en letras azules sobre la marquesina de la entrada.

En ocasiones (la última hacía un par de días) había reunido el coraje para ir a la calle Postas y presentarse frente a la tienda de antigüedades de su padre, pero nunca fue capaz de cruzar la calle y mucho menos de entrar y dirigirse a él.

El doctor Alfonso Rubio saludó cortésmente a su secretaria y abrió la puerta de la consulta. Después de su secretaria, siempre era el primero en llegar.

—Doctor Rubio —llamó la secretaria cuando su puerta estaba a punto de cerrarse—: tiene usted un paquete aquí desde ayer.

El doctor Alfonso Rubio, enemigo de las sorpresas, miró el reloj y sopesó si abrir el paquete inmediatamente o dejarlo para después de las consultas. Tenía todavía treinta y cinco minutos y decidió volver donde su secretaria para abrir el paquete allí mismo.

Se trataba de un paquete pequeño, envuelto en papel de estraza, que le tendió su secretaria con una sonrisa embadurnada de carmín.

Sobre la misma mesa de la secretaria desenvolvió el papel y se encontró con una cajita de cartón del tamaño de dos cajas de cigarrillos, la una sobre la otra, y una nota en un sobre pequeño. Sacó la nota del sobre con creciente curiosidad. Estaba mecanografiada:

«Como puedes ver, por fin completé tu colección favorita. La próxima vez no te quedes al otro lado de la calle porque te estaré esperando. Tu padre que te quiere y siempre ha estado orgulloso de ti.»

El doctor Alfonso Rubio, enemigo de las sorpresas, se llevó la mano a la boca instintivamente y se

volvió para protegerse de la mirada de la secretaria. Respiró profundamente y abrió el paquetito. Cuando vio el flamante Pontiac rojo, obsequio de Kellogg a los niños norteamericanos que compraban sus cajas de cereales en 1952, rompió a llorar como un niño.

* * *

Dos días después, Eva Luna recibió la llamada del viejo anticuario avisándola de que la marioneta ya estaba reparada y podía pasar a recogerla.

—¿Cómo estás, muchacha?,
ime da mucha alegría verte! —El
anticuario la recibió con un aspecto
mucho más alegre; parecía incluso
haber recuperado el tono de la piel.

—¿Cómo está Agnessa?

—Cualquiera diría que vienes
preguntando por una persona,
muchacha. Le has cogido cariño a
esa marioneta. Espera, voy a por
ella a la trastienda.

Cuando el anticuario salió con
la marioneta, a Eva le costó decidir
cuál de los dos estaba más nuevo y
brillante. A la marioneta le habían
quitado cincuenta años y al hombre
por lo menos veinte: parecía que le

hubieran borrado la mitad de las arrugas.

Eva, admirada, cogió a Agnessa. Toda la madera brillaba de puro limpia, sin restos de los rayones de antes ni de las manchas. Las articulaciones estaban engrasadas de manera que Agnessa yacía grácilmente sobre las manos de Eva con una belleza que la conmovió. Agnessa no solo estaba más reluciente: junto a las manchas y los rayones de la madera se había esfumado también la tristeza que traspiraba antes del tratamiento del anticuario.

—Es impresionante, la ha dejado usted como nueva. Y a usted también lo veo diferente —Eva se mordió el labio inferior—, rejuvenecido, feliz. ¿Le ha ocurrido algo estos días?

—Mi hijo —el anticuario dirigió una sonrisa a Eva—: fíjese que alguien le envió un cochecito de carreras, un Pontiac, idéntico al que usted me compró el otro día, y se lo mandó haciéndose pasar por mí.

—Tal vez no debería haberme metido en sus asuntos —Eva bajó la mirada—; le pido a usted perdón.

—¿Perdón? —replicó el anticuario—, ¡por favor! ¡No tiene

usted que pedirme perdón!, yo soy el que le debe a usted tanto...

La voz del anticuario se quebró por un momento; tenía los ojos al borde de las lágrimas.

—Lo que usted, señorita, ha hecho por este viejo... No tengo palabras para expresarlo, no tengo manera de agradecerérselo. Mi hijo vino aquí ayer, no tuvimos que decirnos nada el uno al otro, las explicaciones vinieron después. Cuando entró por esa puerta por la que usted acaba de entrar, señorita, nos miramos y nos fundimos en un abrazo.

Los ojos del viejo anticuario estaban empañados. Le temblaba el labio inferior de la emoción.

—¿De dónde sale usted, niña?: se presenta en mi tienda con esta maravillosa antigüedad, se interesa por mi vida y, acto seguido, me la soluciona por completo...

Eva no sabía qué decir.

—Ayer mismo conocí a mis nietos —fue capaz de decir el anticuario con un hilo de voz.

Eva se sorprendió cuando el viejo anticuario salió de detrás del mostrador y le dio un abrazo. Agradeció aquella estrecha muestra de afecto, pero le pareció que era

inmerecida, que le sucedía a otra persona en otro mundo, en un lugar distante.

—Es usted un ángel. En este mundo necesitamos más ángeles como usted. Cualquier cosa que necesite no tiene más que pedírmela. Y, por supuesto, ¡no pienso cobrarle nada por la reparación de la muñeca!

* * *

Ciertamente, Eva Luna había estado en la consulta del doctor Alfonso Rubio solo dos días antes, aunque no logró verlo en persona.

—¿Tiene cita? —le había preguntado la recepcionista con un mohín altivo, mirándola de arriba abajo sin disimulo.

—No, no vengo a pasar consulta, solo quiero entregarle este paquete.

Eva le mostró el pequeño paquete envuelto en papel de estraza. Siguiendo un impulso no premeditado, lo había preparado cuidadosamente en casa y había escrito una nota con la vieja máquina de escribir que había en su piso.

—Déjelo aquí y yo se lo entregaré —ordenó la recepcionista,

una chica joven con un rostro mustio como una planta sin regar.

—Debo dárselo en persona — insistió Eva.

—El doctor Rubio está muy ocupado. Sin cita no creo que pueda atenderla en todo el día.

—¿Puedo esperar aquí? ¿Me avisará si sale un momento?

—Allá tú —respondió la recepcionista encogiéndose de hombros—, pero aquí no puedes estar, debes ir a la sala de espera. — Señaló al final de un pasillo.

Eva pasó a una salita donde esperaban al menos una docena de personas. Todas las sillas estaban

ocupadas menos una. El único sitio libre se encontraba junto a un joven que tenía la cabeza afeitada, el cuello y los brazos llenos de tatuajes y *piercings*: en la nariz, en el labio, en una ceja. No era de extrañar que la única silla libre fuese la que estaba a su lado.

Eva se sentó al lado del joven, que tenía la cabeza inclinada hacia delante, casi tocándose las rodillas, con el rostro hundido entre las manos. De vez en cuando se sacudía adelante y atrás y movía la cabeza a un lado y a otro, como si negase algo. Unos minutos después sonó

un timbrazo en su bolsillo y el joven sacó un teléfono móvil.

—Sí, tía, estoy en el hospital... Es mi madre. Ha tenido un infarto... Acabo de llegar al hospital... No, todavía no he podido verla. Creo que está muy mal... No lo sé, no me han dejado verla...

Al joven se le quebró la voz. Colgó. Se quedó con el móvil agarrado con fuerza entre las manos crispadas y temblorosas.

Eva cerró los ojos y respiró hondo. No le gustaban los hospitales, donde la muerte y la enfermedad pesaban sobre los hombros de todos los que

transitaban entre sus paredes. Pensó que había que tener mucho valor para ser médico, para enfrentarse cada día al sufrimiento de los demás. Había que ser muy valiente para mirar cara a cara a la muerte y atreverse a desafiarla. La condición humana era extraña, pensó Eva. El hijo del anticuario, el doctor Alfonso Rubio, tenía la sublime valentía de desafiar a la muerte, pero durante años le había faltado el valor para vencer su orgullo y decirle una palabra amable a su padre.

Pensando en aquellas cosas, sentada en la sala de espera, Eva

experimentó una especie de paz interior, como si de pronto hubiese comprendido algo que la reconciliase consigo misma.

La paz duró poco. De pronto sintió un hormigueo en la base del cráneo y tuvo la impresión de que se desplomaba al vacío, como si el suelo hubiese desaparecido bajo sus pies. Como cuando estás en un sueño y sientes que caes. Una descarga eléctrica le bajó por la columna vertebral. El corazón se le disparó a mil por hora cuando abrió los ojos y vio que la sala de espera había desaparecido.

No, por favor, otra vez no...

Seguía sentada en la misma silla, pero ahora estaba junto a una tumba en un cementerio, al aire libre. El cielo tenía un color azul intenso, salpicado de nubes blanquísimas que flotaban como enormes jirones de algodón. Junto a la tumba vio arrodillado al joven de los tatuajes. En la lápida estaba inscrito el nombre de su madre. El joven estaba solo. Unos metros más allá había un grupo de familiares de la difunta apartados de él, como si lo repudiasen incluso en aquellos momentos de dolor.

El chico lloraba amargamente, roto de dolor. Tenía el rostro

descompuesto. Viendo cómo lloraba uno no podía más que pensar que había querido mucho a su madre en vida. Lo extraño era que nadie lo creía así, ni siquiera él mismo. Solo después de morir su madre se había dado cuenta de lo mucho que la quería. En vida jamás había tenido la más mínima muestra de cariño con ella. Su madre, que había luchado tanto por él, por su pequeño, que había hecho tantos esfuerzos para sacarlo adelante, desvelos que su hijo le había devuelto con desaires, gritos, desobediencias..., con una decepción tras otra.

Eva cerró los ojos y respiró hondo. Las conversaciones en voz baja de la sala de espera regresaron poco a poco a sus oídos como niebla que asciende. La claridad del aire libre en el cementerio perdió intensidad para ser reemplazada por la luz mortecina de las bombillas del techo. Abrió los ojos y se encontró de nuevo en la sala de espera de la consulta del doctor Alfonso Rubio.

El muchacho de los tatuajes seguía a su lado con el rostro hundido entre las manos. Eva comprendió que aquel muchacho no había pensado jamás en su

madre con cariño hasta aquel momento, cuando la mujer se encontraba al borde de la muerte.

Lo peor era que su madre podría morir pensando que su hijo no la quería.

Eva esperó allí sentada durante una hora más. Sacó del bolso el último libro que estaba leyendo: *Alicia en el país de las maravillas*. La sinopsis de la cubierta la había impulsado a comprarlo (una joven que intenta escapar de un enloquecido mundo de fantasía lleno de paradojas), pero la historia de Alicia era muy diferente a la suya propia. Una cosa era intentar huir

de la locura y otra cuando la locura está instalada en tu interior: puedes escapar de cualquier cosa, menos de tus propios pensamientos.

Mientras Eva leía, varias personas fueron entrando y saliendo de la sala de espera. El joven de los tatuajes no se movió de su sitio. Transcurrió otra hora hasta que Eva volvió a la recepción y preguntó si, por favor, el doctor Rubio podría atenderla un minuto. La recepcionista la miró con desgana y le repitió que el doctor estaba muy ocupado y que lo avisaría si tenía un hueco.

De uno de los pasillos que conducían a las salas de la UCI salió en ese momento un médico. No era el doctor Rubio, sino un hombre más joven. Junto a aquel doctor caminaba una enfermera que iba anotando algo en una tablilla.

—La señora de la siete, Gladis Heredia, le hemos hecho un *bypass* y ya está fuera de peligro —iba diciendo el cardiólogo—. La dejaremos en observación unos días antes de darle el alta. Que guarde reposo absoluto.

—Creo que su hijo está esperando —apuntó la enfermera.

—Que pase a verla, pero solo unos minutos —indicó el doctor—. Tiene que reposar. Mañana ya podrá pasar más tiempo con ella.

La enfermera y el médico se entretuvieron unos instantes junto a la recepción, revisando unos papeles. Eva regresó a la sala de espera y se sentó junto al joven de los tatuajes.

—¿Tu madre se llama Gladis Heredia? —le preguntó Eva.

El joven la miró con ojos enrojecidos. Asintió con la cabeza.

—He escuchado al médico que la ha operado hablar de tu madre hace un minuto —Eva hablaba en

voz baja—: parece ser que está muy mal.

El rostro del joven se contorsionó angustiado.

—¿Qué... qué ha dicho el médico?

—Ahora te lo explicará la enfermera, pero creo que van a desconectar a tu madre de una máquina o algo así, y entonces dejará de respirar. Aunque seguramente te dirán que se va a recuperar. Los médicos no suelen decir la verdad hasta que ya todo ha acabado.

—Esto es por mi culpa —el joven apretó los dientes—, por todos

los disgustos que le he dado...

—Tú quieres mucho a tu madre, ¿verdad?

—¡Claro que la quiero! — protestó el chico.

—Pues entonces, cuando vayas a verla, díselo a ella. Aunque sea por una sola vez en tu vida, dile cuánto la quieres. No dejes que muera triste. Si tiene que marcharse, que lo haga sabiendo que su hijo la quería. Eso la hará muy feliz.

La enfermera llamó en ese momento al joven, que se levantó como un resorte y la siguió por el pasillo. Apenas escuchó lo que le decía la enfermera. La cabeza le

daba vueltas y le pitaban los oídos. Los pensamientos le bailaban, como cuando estaba borracho, a pesar de que hacía más de un día que no bebía nada.

Cuando entró en la habitación donde estaba su madre se arrojó junto a su cama y la cogió de las manos. Su madre estaba pálida, con los labios morados, como si estuviese pasando mucho frío. Abrió los ojos y pareció sorprenderse de ver allí a su hijo.

«Dile que la quieres», le había dicho alguien.

Lo pensó, pero fue incapaz de pronunciar esas palabras en voz

alta. Tenía un nudo en la garganta. ¿Por qué le costaba tanto decir aquello? «Te quiero, madre», se dijo para sus adentros. Solo eran tres malditas palabras, pero no le salían. Cada vez que había discutido con su madre había sido capaz de insultarla, de decirle cosas horribles, cosas que no sentía. Y, sin embargo, aquellas tres palabras se negaban a salir de su garganta.

«No dejes que muera triste.»

Sé valiente, joder, se dijo a sí mismo. Solo son tres palabras. Es tu madre, mírala, se va a morir.

«Te quiero, madre.»

Se sorprendió a sí mismo al escuchar su propia voz ronca; las palabras habían logrado salir de su garganta. En el rostro de su madre resplandeció una gran sonrisa, como una flor que se despliega ante un rayo de sol. El muchacho nunca había visto sonreír así a su madre, con aquella luz, con semejante alegría. Su madre, que se dejaba la piel todo el día trabajando en un grasiento restaurante, que siempre llegaba cansada, quejándose de dolores en la espalda, con la mirada triste y ojerosa, su madre sonreía ahora como una niña ante un regalo de cumpleaños. Parecía incluso más

joven, como si le hubiesen quitado diez años de encima.

«Te quiero, madre», repitió el joven con lágrimas en los ojos. La segunda vez casi no le costó decirlo.

Su madre sonreía y lloraba a la vez, emocionada ante semejante muestra de cariño de su hijo, siempre tan rebelde, siempre tan airado. Le puso las manos en la cara y le apretó los mofletes, tal y como hacía cuando era niño. Después de caerse, de hacerse daño, su madre acudía en su auxilio y siempre le acariciaba las mejillas de aquella manera. El joven tuvo la sensación de que, efectivamente, acababa de

convertirse en aquel niño pequeño que adoraba a su madre. Hacía muchos años que no se dejaba tocar por ella. Había olvidado lo que significaba el tacto de aquellas manos cálidas capaces de sosegarle el espíritu, de disipar los temores, caricias que le empujaban hacia el sueño cada noche, que lo alimentaban y le ofrecían el mundo.

* * *

Después de pasar por la consulta del hijo del anticuario, Eva había acudido a la consulta de la doctora Isabel García, la psicóloga

que le había recomendado Mamen. Tenía cita a las doce de la mañana.

El despacho médico privado se encontraba en la calle Goya, en un edificio antiguo frente a El Corte Inglés. Eva fue hasta allí dando un largo paseo cargado de poca convicción. El día era frío y luminoso.

La recepcionista le dijo que la consulta iba con retraso y le pidió que esperase en una salita. Eva pasó a una habitación no demasiado grande, con una cristalera que daba a un patio interior. Había una planta de plástico bastante insulsa y una mesita de centro atiborrada de

revistas del corazón donde rostros de famosos lucían sonrisas falsas. Allí aguardaban su turno una señora mayor y otra mujer más joven con un niño pequeño. El niño debía de tener unos diez años y llevaba una gorra en la cabeza.

En cuanto entró en la sala de espera, Eva no pudo evitar que su atención se centrara en aquel niño. Notó que había algo raro en él. Estaba sentado muy quieto y tenía la mirada triste, como ensimismada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que encontraba raro era que el niño no

tenía ni un solo pelo en la cabeza ni en las cejas.

La madre del niño mantenía una conversación con la señora mayor sentada a su lado. Sin tener otra cosa que hacer, Eva no pudo evitar escuchar mientras esperaba.

—No quiere volver a la escuela —decía la madre del chico—. No quiere que los otros niños lo vean sin pelo. Dice que se burlan de él.

—Pero si estás muy guapo sin pelo —le dijo la señora mayor poniendo una voz esforzadamente festiva.

El niño se limitó a mirar al vacío.

—Los médicos que le tratan la leucemia me han dicho que sería bueno que recuperase el ritmo de las clases. Ahora ya está en la última fase de la quimio. Está casi recuperado físicamente y no es bueno que se quede en casa encerrado. Pero él no quiere volver al colegio. No quiere jugar ni hacer nada. Es desesperante. Esta mañana no quería ni salir de la cama... Dios sabe lo que estamos pasando su padre y yo...

A la madre se le quebró la voz. Eva observó al niño, que seguía con la mirada clavada en el suelo y el ceño fruncido. Movía las piernas,

que le colgaban en la silla, dando patadas al aire.

—La psicóloga me está ayudando mucho a superarlo, pero hay días que una tampoco quisiera salir de la cama.

La madre siguió hablando, pero Eva escuchaba su voz cada vez más amortiguada, como si le llegase a través de una pantalla líquida, hasta que todos los sonidos acabaron desapareciendo y en sus oídos quedó solo un zumbido sordo. Ya apenas se extrañó de que la realidad cambiase una vez más ante sus ojos. Las visiones empezaban a dominar su vida.

Cuando miró al niño que tenía delante descubrió que se había vuelto transparente. Era una transparencia extraña. Seguía viéndolo con nitidez: su cara, su cuerpo; pero a la vez podía ver perfectamente a través de él, como si fuese invisible. Aquel niño transparente se había quedado paralizado, inmóvil como una estatua. Poco a poco fue encogiéndose de tamaño hasta que se volvió tan diminuto que apenas se le podía ver. La leucemia le estaba robando la infancia, consumiéndolo hasta hacerlo desaparecer. El problema no era solo la enfermedad, que de

momento estaba perdiendo la batalla contra su organismo, lo peor era que el miedo a las burlas de sus compañeros, la vergüenza y el terror al rechazo estaban apartando al niño de su mundo. Una separación debilitaba su espíritu y podía abrir de nuevo la puerta al cáncer.

Eva fue consciente de que había alguien más al otro lado de la sala. Era el mismo niño, como una copia. Aquel niño también era transparente pero, en lugar de diluirse como el primero, su cuerpo parecía hacerse cada vez más sólido, como si la leucemia estuviese

remitiendo. Aquel niño estaba rodeado de otros con los que jugaba. Al principio Eva pensó que aquellos otros niños también eran copias del primero, pero una mirada atenta la sacó de su error. Aquellos niños eran sólidos, no tenían ninguna enfermedad en su interior que los estuviese consumiendo. Sus rostros eran diferentes, aunque todos tenían algo en común. Lo que les hacía parecerse era que también tenían las cabezas calvas, redondas, brillantes, sin un solo pelo. ¿Por qué no tenían pelo aquellos niños, si ellos no tenían leucemia?

La pregunta se diluyó en su consciencia como un azucarillo en un recipiente con agua. Eva experimentó una descarga eléctrica antes de volver súbitamente a la realidad. Tenía el rostro lívido y los puños apretados con fuerza. Las dos señoras que tenía delante habían interrumpido la conversación y la miraban con extrañeza. Eva se puso en pie y fue al lavabo. Se mojó las sienes con agua fría. Debajo de los ojos tenía surcos oscuros. Por un instante vio el rostro de su padre reflejado en sus pupilas.

—¡Sal de mi cabeza! —gritó dando un puñetazo al espejo.

Eva se quedó con la cara hundida en el lavabo. El agua que corría le mojó el pelo. ¿Por qué tenía aquellas malditas alucinaciones? ¿Por qué su padre no la dejaba en paz ni siquiera después de muerto?

Permaneció en el cuarto de baño unos minutos hasta que el corazón dejó de latirle con fuerza. Cuando regresó a la sala de espera vio que, además de la madre con el niño y la señora mayor, había otra mujer esperando su turno. Era joven y estaba muy gorda, con una cara abotargada y unos gruesos mofletes. La mujer sonrió a Eva

Luna cuando se sentó frente a ella. Tenía unos ojos pequeños y hundidos, demasiado juntos.

La puerta de la consulta se abrió y llamaron a la madre del niño con leucemia, que pasó al interior del despacho mientras su hijo esperaba fuera.

—No te muevas de aquí. Mamá acaba enseguida de hablar con la doctora.

El niño asintió sin levantar la vista del suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Eva Luna cuando su madre se metió en el despacho.

El niño no respondió. Eva rebuscó en su bolso. Sacó el libro que estaba leyendo, *Alicia en el país de las maravillas*. El libro tenía unos bonitos dibujos.

—¿Te gusta leer? ¿Quieres este libro? Mira qué dibujos más bonitos tiene.

El niño le lanzó una mirada de reojo.

—Si me dices cómo te llamas y a qué escuela vas, te lo regalo.

El niño miró a Eva Luna, después al libro que ella le tendía y por fin habló:

—Me llamo Pedro Ortiz. Voy a La Salle, a quinto. —No dejó de

fruncir el ceño.

—Eres un niño muy guapo. Toma, te lo has ganado.

Le dio el libro al niño, que lo cogió con regocijo con sus pequeñas manos y empezó a pasar las páginas siguiendo las ilustraciones.

En todo aquel tiempo, la chica gorda no dejaba de mirarla fijamente, sin parpadear, lo cual la hizo incomodar.

—¿Tú qué tomas? —le preguntó bruscamente la joven obesa. Tenía una voz aguda.

—Perdona, ¿qué quieres decir? —respondió Eva.

—Qué pastillas te dan —espetó la joven—. Tú estás delgada.

—No tomo nada. Es la primera vez que vengo —negó Eva cruzándose de brazos.

—Cuando te den las pastillas te pondrás como yo: gorda.

—¿Las pastillas? —preguntó Eva sin comprender.

—Las pastillas para la cabeza —dijo la muchacha tocándose la frente con un dedo—. Las pastillas para que dejes de oír voces. Te ponen gorda.

La chica sonrió como si mordiese algo, enseñando las encías.

Eva no dijo nada. Se quedó mirando al suelo, cruzada de brazos como si quisiera abrazarse a sí misma.

—¿Te han encerrado alguna vez?

Eva no respondió.

—A mí, sí. Te encierran si no tomas las pastillas. Te encierran en un psiquiátrico. A mí me han tenido encerrada meses. Ahora ya no escucho voces, ahora estoy bien.

La señora mayor miraba con aprensión, alternativamente, a Eva Luna y a la joven gorda, y en sus ojos solo podía leerse el mayor de los rechazos. Eva se preguntó si no

la verían todos como ella veía a aquella pobre chica obesa: alguien digno de lástima, alguien con quien no quieres pasar mucho tiempo en la misma habitación.

Empezó a sentir pánico. Se ahogaba. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Realmente pensaba que un médico iba a cambiar su vida? ¿Y si lo único que hacía era estropearla aún más?

Estaba confundida. ¿Qué pasaría si los psiquiatras empezaban a hurgar en su cabeza? La joven obesa seguía mirándola fijamente, sin parpadear. Eva se asustó porque detrás de aquellos

ojos pequeños y juntos solo vio el vacío.

Miró por última vez al niño con cáncer, que estaba enfrascado en la lectura de *Alicia en el país de las maravillas*.

Eva abandonó la consulta de la psicóloga decidida a no volver jamás.

* * *

Antes de volver a su casa, Eva Luna cogió un taxi que la llevó al colegio La Salle. Allí averiguó que la profesora del niño con leucemia se

llamaba Clara y daba clases de quinto.

La señorita Clara aparentaba unos treinta años y, al verla, Eva tuvo la impresión de que era feliz siendo profesora. Parecía una persona realizada que se siente a gusto con lo que hace en la vida.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó la maestra.

—Hola, vengo de la consulta de la psicóloga que está tratando a Pedro.

La cara de la maestra se iluminó de repente: estaba claro que tenía adoración por el chico.

Eva conversó con ella durante varios minutos. Le habló de la negativa del pobre chico que sufría leucemia a volver a la escuela.

—Conozco el problema —asintió la maestra—. Hemos hablado con su madre, pero no hay forma de que el pequeño Pedro quiera volver a clase. Al parecer, los otros niños se burlan de él por no tener pelo. El pobre se siente humillado y le ha cogido miedo al colegio.

—Es un niño. Necesita jugar y estar rodeado de otros niños. Si no vuelve a las clases, acabará triste y encerrado en sí mismo, perderá las

ganas de vivir y la enfermedad encontrará menos resistencia en él.

La maestra la miró con preocupación.

—Puede que tengas razón, pero ¿qué podemos hacer nosotros? —Eva sí sabía qué hacer. Se lo explicó—. Es una idea sorprendente, pero admito que podría dar resultado —dijo la señorita Clara después de pensarlo unos segundos—. Bueno, no creo que se pierda nada por probar, habría que hablar con las madres, aunque creo que muchas estarán de acuerdo.

A la profesora de Pedro, la señorita Clara, le llevó tres días poder hablar con todas las madres de los chicos de su clase. Algunas aceptaron de inmediato lo que les pidió. Otras se mostraron más reticentes. Al final todas aceptaron cuando comprendieron lo que estaba en juego.

Dos días después, el pequeño Pedro se llevó la mayor sorpresa de su vida cuando su madre lo llevó a rastras una vez más al colegio. Pedro estaba triste y desolado. Era un bicho raro sin pelo. Todos los niños se reían de él. En el recreo era el centro de todas las burlas. ¿Por

qué se empeñaba su madre en llevarlo al colegio para que lo humillasen de aquel modo?

Esta vez, al entrar en clase, se encontró con algo que no hubiera imaginado jamás. La mayoría de los niños lucían la cabeza calva, sin pelo. Pedro se quedó con la boca abierta. Caminó despacio, casi tambaleante, hasta su pupitre, observando las cabezas afeitadas de sus compañeros. Alguno de ellos soltó una risita. Nadie se volvió a mirarlo: era él quien observaba a todos con la boca abierta.

La maestra comenzó a explicar su lección como si tal cosa, aunque

había una brizna de emoción añadida en su voz. En el recreo, todos los chicos, incluido Pedro, se lo pasaron en grande presumiendo de sus gorras y comparando las formas de sus cabezas sin pelo. Los niños de otras clases les miraban con envidia.

El pequeño Pedro perdió definitivamente el miedo a sus compañeros.

Isabel García, la psicóloga que trataba a la madre del pequeño, se sorprendió muchísimo cuando la profesora del chico la llamó para contarle lo que había pasado en el colegio. La psicóloga quiso verlo

con sus propios ojos. Se quedó maravillada cuando se encontró a todos aquellos niños con las cabezas rapadas, todos tan felices, riéndose del aspecto que tenían sin una brizna de malicia. En pocas horas, el pequeño Pedro había perdido el miedo y recuperado el ritmo normal de sus clases y de sus juegos.

—¿Cómo se te ocurrió? — preguntó la psicóloga a Clara, la maestra de quinto.

—¿A mí? Pensábamos que fue idea tuya.

—¿Idea mía? —respondió la psicóloga—. ¡Si yo no sabía nada!

¿De dónde sacaste que fue idea mía?

—Esa chica que vino a hablar conmigo dijo que había conocido a Pedro en tu consulta.

—¿Esa chica? ¿Qué chica?

—¡No me digas que no sabes de quién hablo! ¡Dijo que venía de tu consulta!

—¿Que venía de mi consulta?

—¡Sí, entendí que... no sé, que sería tu ayudante!

—Yo no tengo ninguna ayudante. ¡Qué cosa más rara! ¿Y no te dijo cómo se llamaba?

La maestra recordó que, llevada por el interés de ayudar al pequeño,

ni se le había ocurrido preguntar a esa chica su nombre.

* * *

Intrigada por lo sucedido, la psicóloga fue a hablar con la madre de Pedro. La mujer no tenía ni idea de quién era aquella misteriosa joven que había tenido la feliz idea de que todos los niños de la clase se rapasen solidariamente.

—Si la encuentras, dale las gracias de mi parte —dijo la madre del pequeño—. Pedro está deseando ahora ir al colegio. Tendrías que ver lo contento que está. Los médicos

dicen que la leucemia está remitiendo definitivamente. Lo que necesitaba era volver a ser un niño.

—Me alegro mucho —dijo Isabel—. Entonces, ¿no recuerdas haberle contado a nadie el problema de Pedro cuando estabas en mi consulta?

—Pues no sé, estuve charlando con una señora con la que me suelo encontrar en la sala de espera. Es una señora mayor, también paciente tuya. Y ahora que lo dices, el otro día había también una chica joven. Era una joven muy delgada, blanca de piel. Me acuerdo de ella porque estaba sentada delante de

nosotras y de pronto se puso muy pálida, rígida, como si le hubiese dado un espasmo o algo.

—¿Tenía el pelo castaño y rizado?

La madre asintió.

—Tiene que ser ella —dijo la psicóloga—. Coincide con la descripción que me dio la maestra de Pedro.

—Pues no crucé una palabra con ella. Tuvo que escuchar lo que hablé con la otra señora.

—¿Cómo averiguó a qué colegio iba Pedro?

—Ni idea —respondió la madre—. Aunque, ahora que lo pienso,

cuando salí de tu consulta, Pedro tenía un libro. Me dijo que se lo había regalado una mujer.

—¿Un libro?

—Sí, *Alicia en el país de las maravillas*. Un libro con unos dibujos muy llamativos. Pedro está entusiasmado leyéndolo. ¿Crees que ese libro se lo regaló esa misma joven?

—Es posible. ¿Podría ver el libro?

—Claro, lo tiene en su cuarto.

La madre de Pedro fue a la habitación de su hijo y regresó con el libro que le había regalado Eva Luna. Isabel le echó un vistazo. No

es normal que la gente escriba su nombre, y menos la dirección o el teléfono, en un libro, aunque nunca se sabe.

Entre las hojas encontró un papel. Era una especie de resguardo de una tienda de antigüedades:

«Eva Luna. Reparar marioneta. Pasar el jueves a recoger».

—Es un resguardo de una reparación —dijo la psicóloga—. Debió de usarlo para marcar la página por la que iba leyendo.

—Eva Luna —leyó la madre de Pedro—. Al menos ahora sabemos su nombre.

En el recibo figuraba el nombre de la tienda de antigüedades y la dirección:

EVARISTO RUBIO - ANTIGÜEDADES
Reparación de juguetes antiguos,
desde 1945

Isabel decidió que no perdía nada por visitar aquel establecimiento para ver si allí podían darle más señas de aquella misteriosa joven que había despertado su curiosidad.

Cuando la psicóloga preguntó al viejo anticuario si recordaba a una clienta llamada Eva Luna, los ojos del anciano se iluminaron.

—Claro que me acuerdo de ella, icómo podría olvidarla! Vino aquí hace unos días para reparar una marioneta antigua.

Isabel se sorprendió del entusiasmo con el que aquel anciano se refería a la joven, pese a afirmar que solo la había visto un par de veces en toda su vida.

El anticuario le explicó que, efectivamente, había conocido a Eva Luna solo unos días antes, cuando la muchacha le había llevado una marioneta muy antigua para reparar. El viejo le relató que llevaba años sin hablarse con su hijo y que eso lo había sumido en

una profunda infelicidad. Sin embargo, a pesar de la tristeza que le producía el distanciamiento, no sabía cómo dar el paso y acercarse a su hijo. En realidad, estaba convencido de que no quería saber nada de él.

—¡Figúrese! Esa joven le dio la vuelta a la situación: ¡he conocido a mis nietos! —El anciano tenía los ojos empañados por la emoción.

Con un sencillo gesto, aquella joven le había cambiado la vida por completo.

—¿Cómo es posible? —preguntó la psicóloga, incrédula.

A Isabel le costaba creer aquella historia. La psicóloga fue entonces a hablar con el hijo del señor Rubio, quien corroboró la historia de principio a fin.

En la clínica del doctor Rubio, Isabel volvió a llevarse otra sorpresa. Mientras esperaba a ser atendida por el hijo del anticuario, entabló conversación con una señora que estaba allí para hacerse un chequeo del corazón. Según le contó la señora, no hacía ni una semana que había estado ingresada por un infarto, del que gracias a Dios se había recuperado. Pero el mayor milagro no había sido

recuperarse del infarto, le explicó la mujer, sino que después de aquello su hijo había experimentado un cambio radical. Su hijo, que hasta entonces nunca había tenido una palabra amable con ella, que la había hecho sufrir lo indecible, que andaba metido en pandillas y drogas, su hijo había dejado de malear por las calles y hasta había vuelto a reengancharse a los estudios. Ahora se desvivía por ella. Era como una persona nueva.

—No hay día que no me diga que me quiere. No sabe lo que nos ha cambiado la vida —contó la señora sin poder ocultar la emoción

— Yo no ganaba para disgustos con él. Y ahora estoy esperanzada. Y todo porque alguien le dijo que yo me iba a morir cuando en realidad había pasado el peligro, aunque él pensó que yo me moría y eso le hizo cambiar. Figúrese.

—¿Alguien le dijo que se iba a morir? ¿Se refiere a los médicos?

—preguntó Isabel con creciente interés.

—No, eso es lo más raro de todo. Los médicos ya sabían que yo estaba fuera de peligro. Fue otra persona, una chica que estaba aquí esperando. Al parecer, le dijo que

había escuchado a un médico decir que yo no salía de esta.

—Pero los médicos no pudieron decir eso si usted estaba ya fuera de peligro.

—Eso es lo más raro: que alguien se lo inventó. El caso es que mi hijo pensó que eran mis últimos momentos en este mundo y eso le hizo recapacitar. Ahora que lo pienso, se lo debo a esa chica.

—¿Una chica?

—Sí. Cuando el médico le preguntó a mi hijo que de dónde se había sacado la idea de que yo iba a morir, confesó que se lo había dicho una chica joven, una muchacha de

unos veinte años que había en la sala de espera, que ella se lo había escuchado a un médico. Obviamente, se lo inventó.

—¿Y cómo era esa chica? — preguntó Isabel, aunque ya intuía la respuesta.

—Delgada, con el pelo castaño y rizado, la piel muy blanca y unos ojos muy expresivos. Así la describió.

Era ella, Eva Luna, pensó la psicóloga. Tenía que ser la misma Eva Luna a la que se refería el anticuario, la misma joven que había estado en su consulta y le

había regalado el libro al pequeño Pedro.

La curiosidad de Isabel iba en aumento. ¿Quién era aquella misteriosa joven que iba cambiando la vida de los demás como un hada madrina? Isabel no era demasiado creyente. No solía pensar a menudo en Dios y mucho menos en los ángeles, pero en aquel momento se le pasó por la cabeza la loca idea de que aquella chica fuese un verdadero ángel.

Desde luego, debía conocerla en persona.

ALICIA

Alicia se levantó al amanecer después de pasarse la noche dando vueltas en el colchón. Se miró en el espejo del cuarto de baño. Tenía la piel del rostro lívida. Las ojeras le llegaban al suelo. Su aspecto era horrible.

«Vete acostumbrando a tener esta pinta», se dijo.

No sabía qué hacer. Le dolía la cabeza y se sentía fatal. Pensó que lo mejor sería coger un autobús y volverse a Almería, aguantar la bronca de su madre, aceptar lo que quisiera hacer con ella, pudrirse en un internado o trabajar de cajera toda la vida en un supermercado de mala muerte...

Alguien llamó entonces a la puerta de la habitación con un suave toque de nudillos.

—Alicia, hija, ¿estás ahí?

Cuando Alicia abrió se encontró los ojos llenos de dulzura de doña Adelaida.

—Hija, tienes mala cara, ¿estás enferma? —preguntó la anciana.

La mujer iba vestida con una bata de casa que le llegaba hasta los pies. Llevaba el pelo plateado bien peinado, sujeto a las sienes con horquillas. Doblado sobre un brazo, sostenía un abrigo negro de señora como si estuviese lista para salir a la calle, aunque llevaba bata y zapatillas de casa.

—No es nada, es que he dormido mal —dijo Alicia con voz hueca, rehuyendo su mirada.

La mujer le puso el dorso de una mano en la frente.

—¿No tendrás fiebre? Estás pálida.

—No, estoy bien, de verdad.

—Te pasa algo, te lo veo en la cara. Venía a que te probases este abrigo —mostró la prenda que llevaba en el brazo—: lo he encontrado en un mercadillo de segunda mano. Con un arreglito creo que te quedaría bien. Te abrigará más que esa cazadora que llevas siempre.

Alicia quiso sonreír con agradecimiento, pero le salió una mueca de amargura. Lo que le faltaba era empezar a vestirse con ropa usada. Aunque, bien pensado,

aquel abrigo pasado de moda de solterona que había encontrado doña Adelaida le iba que ni pintado para su nueva vida.

—No, tú no estás bien. Ven conmigo, anda, te voy a preparar un remedio casero.

Alicia insistió en que no le pasaba nada, pero la mujer la acabó cogiendo de la mano y la llevó a su habitación. Alicia se dejó caer en el gran sillón de escay. La anciana encendió la hornilla y puso a calentar un cazo con agua. Abrió un bote de cristal y vertió unas yerbas. Un aroma de anís inundó la estancia. Pasó el líquido por un

colador y le echó azúcar y unas gotas de limón. Puso el vaso en un plato y sobre este un rosario.

—Tómate este remedio. Ya verás como te pones bien, te pase lo que te pase.

Alicia tenía el estómago revuelto, pero no quería contradecir a la señora y le dio un sorbo. La infusión le sentó bien. Si no calmó el revoltijo de su mente, al menos sí el de su barriga.

—Entonces dime si te gusta el abrigo. —Doña Adelaida se sentó en una butaca y le enseñó la prenda, que tenía un agujero en la solapa—. Le voy a coser un escudo aquí para

tapar este desperfecto y ya verás qué bonito te queda.

Doña Adelaida era la mejor persona que Alicia había conocido nunca. Se desvivía por los demás. Borja también era buena persona, y doña Matilde, y Joseph. Y así les iba a todos ellos: viviendo en la indigencia, excluidos de la sociedad, despreciados o, en el mejor de los casos, ignorados.

En cambio, la zorra de Samanta y sus amigas, todas ellas malas personas, serían abogadas, economistas, políticas. Ocuparían posiciones relevantes en la sociedad. Sus opiniones serían

tenidas en cuenta. La gente las trataría con respeto. Serían personas admiradas y envidiadas. ¡Qué injusto! ¿Qué clase de mundo era aquel que recompensaba a las peores personas y hundía a las mejores?

—¿Qué te pasa, cariño? Estás llorando.

—Nada. —Alicia se enjugó los ojos. Las lágrimas siempre la traicionaban. Nunca sabía contener las dichas lágrimas.

—Nadie llora por nada, hija mía. Cuéntame qué te pasa, anda.

Alicia acabó confesando. Necesitaba soltar lo que la estaba

quemando por dentro o se iba a consumir de la angustia. Le explicó a la anciana señora que se había enamorado de un chico maravilloso, pero que le había contado un montón de mentiras sobre sí misma.

—No sé por qué le mentí —dijo Alicia entre sollozos—. Me dio vergüenza decirle que me había escapado de casa y que vivía en un edificio abandonado. Me inventé un montón de tonterías sobre mis padres. No sé qué esperaba, tarde o temprano me iba a descubrir, pero ahora su exnovia ya se lo habrá

contado todo. Seguro que me odiará por engañarlo.

—No, hija mía, si de verdad te quiere no te puede odiar —dijo la anciana meneando la cabeza—. Esto es lo mejor que te podía pasar.

—¿Lo mejor que me podía pasar? ¿Qué quiere decir?

—Lo único que has hecho ha sido poner a prueba su amor. Habla con él, cuéntale toda la verdad, que la escuche de tus labios. Si él no entiende tus motivos, entonces es que no es digno de ti. Si te quiere, entonces te querrá tal y como eres, con todos tus defectos y tus virtudes. Quien te quiere acepta tu

pasado sin juzgarte, vive tu presente sin señalarte y sueña su futuro sin cambiarte —sentenció la anciana.

* * *

Alicia se pasó el día metida en la habitación, tumbada bocabajo en el colchón. Estaba deprimidísima. Cantar y componer canciones siempre había sido una válvula de escape que la aliviaba del dolor, pero ahora ni siquiera tenía ganas de coger la guitarra. Mejor dicho, tenía ganas de coger la estúpida guitarra y estrellarla contra el suelo.

Lo que experimentaba era una clase de tristeza nueva para ella. Era una sensación terrorífica. Había perdido la esperanza en el futuro. La idea de no volver a ver a Marcos le dolía demasiado. Era la primera vez que experimentaba eso que llamaban el amor verdadero. Marcos era la persona con la que quería pasar el resto de su vida. Quería estar con él, verle reír, perderse en sus ojos azules mientras escuchaban música, componer canciones a su lado, pasar horas abrazados, hacer el amor sin parar...

Por la tarde había alcanzado más o menos la conclusión de que lo mejor que podía hacer era suicidarse. Cualquier otra opción era demasiado dolorosa. Había intentado vivir, pero estaba claro que la vida no estaba hecha para ella. El mundo era muy injusto y encima a ella le había tocado una buena ración de injusticia.

«Alicia Roca, muerta a los diecisiete años. Nadie la echó de menos. Para muchos su desaparición supuso un alivio.»

Alguien llamó a la puerta con un toque de nudillos. Imaginó que sería otra vez doña Adelaida. Alicia

no respondió. Hundió la cabeza en el colchón. La mujer tenía buena voluntad, pero no había nada que la anciana señora pudiese hacer por aliviar su dolor en aquellos momentos.

—¡Alicia! —llamó doña Adelaida—. Abre. Ha venido una persona a verte.

Alicia se incorporó a regañadientes y abrió la puerta. Al otro lado aguardaba Marcos.

—¡Alicia! ¡Menos mal que te encuentro! —exclamó el joven—. ¡Me estaba volviendo loco de preocupación!

Cuando el muchacho la vio, los ojos se le iluminaron. Alicia bajó la mirada. Sintió una punzada dolorosa en la base del estómago.

—¿Por qué desapareciste anoche? ¿Por qué no me has llamado en todo el día?

El chico tenía unas ojeras terribles. Se notaba que tampoco había dormido nada en toda la noche.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Ha sido usted? —preguntó Alicia a doña Adelaida.

—Le pedí a Borja que lo buscase —dijo la señora—. No fue

difícil. En el sitio donde actuasteis anoche tenían su teléfono.

—Pero yo no quería...

—Os dejo para que habléis — dijo doña Adelaida marchándose.

Alicia no se atrevió a mirar a Marcos a la cara. Estaba tan avergonzada de que la encontrase viviendo en un edificio abandonado... Además, debía de tener una pinta horrible, con el pelo hecho un asco y los ojos hinchados.

—Lo siento, no quería preocuparte. Supongo que anoche tu exnovia habló contigo, ¿verdad?

—Oye, ¿no sería por eso por lo que te fuiste? Me contó un montón

de idioteces sobre ti. Está como loca. Pero no te preocupes, Alicia, no voy a volver a hablar con ella en mi vida. Se lo dejé bien claro.

—Todo lo que te dijo de mí es verdad: mis padres no son abogados y aquí es donde vivo. —Abrió los brazos señalando a su alrededor—. Mi madre es una alcohólica y mi padre... hace años que desapareció.

—Alicia, ¿de qué me estás hablando? —Marcos la cogió suavemente por los hombros—. No quiero agobiarte: anoche casi me da algo cuando no te encontraba por ningún lado. Ha sido el peor día de mi vida.

—Perdóname. No quería preocuparte, de verdad. Me he comportado como una idiota. Solo te pido que no me odies.

Marcos quiso decir algo, pero Alicia le puso un dedo en los labios para que escuchase.

—Te he mentado. Mis padres no son abogados —repitió—. Me he fugado de casa. Soy de Almería. Mi madre es asistenta en un centro geriátrico y está divorciada. A mi padre hace años que no lo veo. Me llevaba fatal con mi madre y me escapé de casa. Vine a Madrid a buscarme la vida. Gracias a Dios, conocí a doña Adelaida. Es una

indigente, se quedó sin casa y vive aquí. Ella me acogió y he estado cobijándome en este edificio las últimas semanas. Supongo que eso me convierte en una especie de vagabunda. No sé por qué te conté todas esas mentiras de mis padres. Supongo que me dio vergüenza decirte la verdad. Quería estar a la altura de tus amigas. Ya ves, menuda imbécil. Soy una persona horrible. Todo lo que hago me sale mal.

Marcos no decía nada. Alicia esperaba que se diese la vuelta y se marchase. Alzó los ojos y se atrevió a mirarle a la cara por primera vez.

El pánico había desaparecido del rostro del chico. Más bien parecía aliviado, inmensamente aliviado.

—¿Eso es de lo que tenías tanto miedo de que me enterase? —soltó una risa nerviosa—. Alicia, me da igual quiénes sean tus padres. Me da igual si te has escapado de tu casa. La verdad es que no me da igual, te admiro todavía más. Alicia, me he enamorado de ti, de tu persona, de tu talento, de tu sensibilidad. Me da igual de dónde vienes o quién sea tu familia. Tú eres maravillosa. Eres la persona más maravillosa que he conocido

nunca. Te quiero y quiero pasar a tu lado todo el tiempo posible.

Le puso una mano bajo la barbilla, acariciándola con suavidad.

—Entonces, ¿me perdonas por haberte mentado?

—¿Perdonarte? ¡No hay nada que perdonar! No te imaginas lo contento que estoy, pero de ahora en adelante prométeme que me dirás siempre la verdad. No soportaría otro susto como el que me diste anoche cuando desapareciste. Pensé que no te volvería a ver y casi me vuelvo loco.

—Siempre la verdad. Te lo prometo.

Marcos la abrazó y se dieron un beso largo y apasionado. Alicia se sintió como si acabase de salir de un pozo profundo y viese la luz del sol por primera vez en años. El tiempo echaba a andar de nuevo. Todo un mundo lleno de promesas de futuro se abría ante ella como un paisaje maravilloso que hubiese estado tapado por la niebla.

—¿Por qué lloras ahora? — preguntó Marcos.

Jo, las malditas lágrimas: tenía que aprender a controlarlas de una vez por todas.

EVA LUNA

Eva Luna se encontraba en su casa cuando recibió la llamada al móvil. Era un número desconocido. Cuando descolgó, escuchó una voz de mujer que se presentó a sí misma como Isabel García, psicóloga.

—Tenías cita para verme en mi consulta hace unos días —dijo la mujer—, pero te marchaste. —Eva

permaneció en silencio. Imaginó que la doctora la llamaba para que tomase una nueva cita—. Me gustaría conocerte, hablar contigo unos minutos.

—Yo... buscaré cuándo me viene bien pasar por la consulta —se excusó Eva.

—No, no hace falta que vengas aquí, puedo pasarme yo por tu casa. No se trata de pasar consulta médica. Quiero conocerte en persona, charlar un rato.

—¿Por qué?

—Bueno, es difícil de explicar.

—La mujer pareció dudar sobre lo que iba a decir a continuación.

Durante unos segundos se hizo el silencio en la línea—. Solo quiero conocerte y hacerte algunas preguntas, solo eso. Serán unos minutos si tú quieres.

Eva no entendía por qué aquella doctora se ponía en contacto con ella. ¿Cómo había conseguido su número? No recordaba haberlo dado cuando pidió la cita. Sin embargo, la insistencia en su tono de voz hizo que finalmente aceptase. Le dio su dirección.

La psicóloga se presentó en su casa poco más de una hora después. Era una mujer de unos cuarenta

años, con el pelo negro y lacio cortado a la altura de los hombros. Era guapa. Aunque tenía una nariz ligeramente grande y gruesa, su rostro presentaba una cierta armonía. Llevaba unas gafas de pasta con la montura de color rojo y los labios pintados con un tono similar. Vestía vaqueros, tacones, un grueso abrigo negro y, bajo este, chaqueta sastre *beige*.

Cuando Eva abrió la puerta, los ojos de la mujer reflejaban expectación. Eva no entendió a qué se debía.

—Tú eres Eva Luna. —La mujer mostró una sonrisa afectuosa.

Eva asintió. Se estrecharon la mano. Eva la invitó a pasar. La psicóloga se acomodó en el sofá del salón, lanzando miradas de curiosidad a su alrededor. Eva se sentó en una silla, parapetada tras la mesa redonda del comedor.

—Gracias por recibirme en tu casa. Sé que esto es un poco extraño, pero tenía mucho interés en conocerte.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó Eva.

—Verás, una de mis pacientes tiene un hijo que sufre leucemia. La pobre mujer ha necesitado apoyo psicológico desde que el pequeño

enfermó. Su hijo se llama Pedro. Sabes a quién me refiero, ¿verdad? Supongo que lo conociste el otro día cuando estuviste en mi consulta. —Eva no dijo nada. Tenía los ojos clavados en el suelo—. Tenías cita conmigo, pero te marchaste antes de que te tocara el turno. En cambio, fuiste a hablar con la maestra de Pedro.

—¿Hice mal? —preguntó Eva—. ¿Por eso ha venido?

—¡No!, para nada. Al contrario: tuviste una idea maravillosa. Por si no lo sabes, dio resultado. Ahora Pedro está deseando ir al colegio cada día.

Eva frunció los labios. Se alegraba de que aquel niño hubiese recuperado su infancia.

—Verás, no quiero meterme en tu vida, pero he averiguado algunas cosas de ti que me han sorprendido mucho.

Isabel relató entonces sus pesquisas para averiguar quién era la misteriosa joven que había hablado con la maestra de Pedro. Le contó que su indagación la había llevado a conocer al anticuario, el señor Evaristo Rubio, y a su hijo, el cardiólogo, y le habló de la honda impresión que Eva había dejado en ambos. También sacó el tema de la

mujer que había sufrido un infarto y de su hijo.

—Mis sorpresas no acabaron ahí —continuó la psicóloga—. Cuando me diste tu dirección, me acordé de que en este mismo edificio vive Mamen. La conozco desde hace un tiempo. A veces ella me pone en contacto con mujeres de la asociación que han sufrido maltratos y que necesitan ayuda psicológica.

—Ella me recomendó que fuese a su consulta —aclaró Eva.

—Así es. La llamé mientras venía en el taxi. Me dijo que sois amigas y me contó más cosas de ti.

Me dijo que la ayudaste cuando su marido quiso agredirla.

Eva se mantuvo rígida en su asiento.

—Ella es mi mejor amiga. ¿Qué más te ha contado de mí?

¿Le habría hablado Mamen también de su locura?, se preguntó. ¿Por eso la psicóloga había ido a verla?

—Mamen te adora —confesó Isabel—. Habla de ti maravillas. Solo me dijo que tenías un pequeño problema y que yo podría ayudarte. Por eso te pasó mi teléfono.

—¿Te dijo qué clase de problema era? —preguntó Eva.

—No. Solo que podrías necesitar ayuda de un profesional. ¿Por qué te marchaste de mi consulta, Eva?

—Tuve miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué? Yo no me como a nadie —sonrió la psicóloga.

—No lo sé. Miedo de que me drogasen. Miedo de que me encerrasen.

—¡Qué tontería! ¿Por qué te íbamos a drogar o a encerrar?

—Porque estoy loca.

—Vaya, esa es una afirmación muy discutible. Para empezar, estar loco solo es una expresión coloquial, no es un vocablo que

empleemos los psicólogos para describir ningún cuadro médico.

—Sufro psicosis —puntualizó Eva.

—Psicosis, por el contrario, es un término demasiado específico. ¿Por qué piensas que sufres psicosis?

Eva se mordió el labio inferior. Se cruzó de brazos y agachó la cabeza como si quisiera encogerse hasta desaparecer.

—Puedes confiar en mí, de verdad. Si tienes algún problema, me gustaría ayudarte si está en mi mano.

—Tengo alucinaciones —
reconoció Eva avergonzada—. Veo
cosas que me sacan de la realidad.

—¿Qué clase de alucinaciones?
¿Puedes describirlas? —Eva se
quedó mirando las plantas que
había en el mueble del salón, como
si esperase que fuesen ellas las que
hablasen—. Eva, puedes hablar con
franqueza. Soy una profesional. Te
prometo que nada de lo que
hablemos saldrá fuera de aquí. Solo
quiero ayudarte.

Eva miró a la mujer que tenía
frente a sí. Sus ojos eran cálidos,
atentos. Entonces, venciendo su
resistencia interior, con una voz que

apenas era un susurro, habló a la psicóloga de las visiones que había sufrido en los últimos días cada vez que salía de casa. Primero cuando vio al hijo del anticuario convertido en un niño pequeño, un niño que jugaba con un cochecito rojo frente a la tienda de su anciano padre. Después, en la clínica, cuando vislumbró en un cementerio al joven cuya madre había sufrido un infarto, junto a la tumba de esta. Y la última visión había tenido lugar precisamente en la consulta de la psicóloga. Había visto a aquel niño que padecía leucemia rodeado de otros niños sin pelo, sus

compañeros de clase. Por eso se le ocurrió la idea.

—No sé de dónde salen esas visiones —dijo Eva—, pero llegan de improviso. Es como si quisieran decirme algo, pero me angustian.

—¿Por qué te angustian? —preguntó la psicóloga.

Eva se dijo a sí misma que ahora que había empezado a hablar lo mejor sería no esconderle nada. Al fin y al cabo, si estaba loca tendría que asumir las consecuencias tarde o temprano.

—Me angustio porque esas alucinaciones son la herencia de mi padre —profirió como quien

anuncia una noticia largamente esperada.

—¿Puedes explicarme eso? —la alentó la psicóloga.

Eva le habló entonces de su niñez, de los abusos de su padre, de cómo le había robado la infancia, de su vida cargada de tristeza y humillación hasta que por fin pudo ser libre.

La psicóloga escuchaba mientras una mueca de horror y compasión se acentuaba en su rostro.

—Pobre Eva —la cogió de las manos—: entiendo que has pasado por un trauma terrible. Comprendo

que es difícil rehacer una vida después de lo que te ha sucedido, aunque eso no significa que estés loca.

—Pero las alucinaciones son un síntoma de psicosis.

—A veces lo son, pero no siempre —dijo la psicóloga con voz suave—. En tu caso estoy segura de que no es eso. No veo en ti ningún otro síntoma típico de la psicosis: puedes mantener una conversación que guarda coherencia en todo momento y estás anclada a la realidad. No me parece que sufras una desconexión. No, tú no sufres psicosis, Eva.

—Entonces, ¿qué explicación tienen las alucinaciones?

—Bueno, sin duda podría haber varios motivos. Por cómo has resuelto los problemas de todas esas personas, yo diría que esas alucinaciones, como las llamas, solo son una forma particular que adoptan tus pensamientos para decirte algo que han descubierto. Tienes una gran habilidad, Eva, para descifrar los sentimientos de los demás, para descubrir sus miedos o sus preocupaciones a partir de lo que ves. Lo que ocurre es que la parte de tu mente que tiene esa habilidad es tu subconsciente, y el

único modo que tiene tu subconsciente de hacerte ver lo que ha descubierto es a través de imágenes que tu parte más lógica tiende a rechazar.

Eva la miró atentamente, queriendo comprender.

—Me gustaría que vinieses a mi consulta y hablásemos sobre ello. Quizás no es fácil de entender, pero debes hacerlo para vencer tus miedos. Supongo que no estás muy familiarizada con el funcionamiento del cerebro. —Eva negó con la cabeza—. Verás, déjame que te explique una cosa. El cerebro humano tiene dos hemisferios

cerebrales. Pues bien, sabemos que cada uno de esos hemisferios funciona de un modo diferente. Es como si tuviésemos dos consciencias diferentes compartiendo la misma mente. El hemisferio izquierdo se ocupa del razonamiento lógico. Por ejemplo, sin el hemisferio izquierdo no tendríamos ninguna capacidad para utilizar ni los números ni las letras. No podríamos aprender a leer. Sin la parte izquierda del cerebro las palabras carecerían de significado. El hemisferio izquierdo es el hemisferio del conocimiento lógico. Nos hace ver que cada cosa depende

de otra, creando una relación causa-efecto en los acontecimientos. Si tengo una herida es porque me he caído, si me he caído es porque he tropezado, si tropiezo es porque había una piedra en el camino, y así sucesivamente. Así que, si vemos una piedra en el suelo, el hemisferio izquierdo predice que podríamos tropezar, caernos y hacernos una herida. Establece relaciones de causa-efecto con las que construimos nuestra experiencia en el mundo. Así es como aprendemos la mayor parte de las cosas desde que somos niños.

La psicóloga hizo una pausa. Eva la escuchaba atentamente.

—Ahora bien, también tenemos un hemisferio derecho que funciona de un modo muy diferente al izquierdo —prosiguió—. Para empezar, tiene una fuerte conexión con el sistema límbico, que es donde se generan las emociones. Por eso, todo lo que pasa por el hemisferio derecho tiene una fuerte carga emocional. El problema es que el hemisferio derecho está captando muchos datos del entorno sin que nos estemos dando cuenta de ello. El hemisferio derecho envía todos esos datos a nuestro

subconsciente, al espacio que está por debajo de la consciencia. Allí se encuentra nuestro potencial inexplorado y también el origen de nuestras conductas automáticas. Lo que somos está escrito en el subconsciente, solo que está escrito con tinta invisible. Allí está toda la sabiduría, energía, creatividad, paz, alegría y amor. El problema es que nuestra parte lógica impone una puerta al subconsciente, no nos deja acceder a él con nuestro pensamiento ordinario. El subconsciente es una fuente de sabiduría enorme, pero nuestro yo consciente mantiene cerrada la

puerta, nos limita nuestra percepción.

La psicóloga miró a Eva fijamente.

—Lo que quiero que comprendas, Eva, es que el hemisferio izquierdo utiliza el pensamiento en forma de palabras, mientras que el hemisferio derecho se comunica por medio de sensaciones corporales, de imágenes, de símbolos, de emociones. Uno de los problemas que tenemos las personas es que prestamos demasiada atención a lo que pensamos y muy poca a las sensaciones que tenemos, que es

información que ha descubierto el hemisferio derecho a través del subconsciente y que intenta pasarnos. Como no podemos procesar ese conocimiento de un modo lógico, lo llamamos «intuición». Las intuiciones son ideas que no sabemos muy bien de dónde vienen, pero que advertimos que son ciertas. Si abriésemos las puertas del subconsciente, tendríamos una percepción totalmente diferente de la realidad. Hay personas que toman drogas para abrir esas puertas de la percepción. Otros consagran su vida a la meditación para lograrlo. Creo

que, en tu caso, la puerta hacia tu subconsciente está mucho más abierta que en el resto de las personas. Tu subconsciente es capaz de comunicarse contigo de una forma directa, a través de esas visiones que tanto te preocupan.

—¿Mi subconsciente se comunica conmigo? —Eva trataba de entender.

—Lo que intento explicarte es que esas alucinaciones, como las llamas, solo son tus pensamientos diciéndote algo que han descubierto. Lo que pasa es que quien te habla es tu subconsciente, y el único modo de pasarte la

información es a través de imágenes que tu parte más lógica tiende a rechazar.

—¿Quiere eso decir que no estoy loca?

—¡Claro que no estás loca! Tienes un don muy hermoso. Hay personas que consagran su vida a la meditación para acceder al subconsciente. Tú tienes una puerta entreabierta a la parte más poderosa de nuestra mente. No debes tener miedo, Eva, es tu subconsciente el que capta toda la información del mundo y genera esas imágenes. Son las típicas cosas que todos soñamos por la noche; la

mayoría de las veces las olvidamos antes de despertar, o al poco de hacerlo. ¿Todas las personas que sueñan están locas? ¡Entonces está loca toda la humanidad! La única diferencia contigo, lo que te hace mejor, no diferente, mejor, es que tú eres capaz de entender esas imágenes en un estado consciente. Tu subconsciente está dándote esa información para que la interpretes y actúes en consecuencia. ¿No te das cuenta del impacto que has tenido en todas esas personas? ¡Les has cambiado la vida!

Eva tenía el ceño fruncido, pensaba con intensidad en las

palabras de la psicóloga.

—Me he pasado la vida viéndome a mí misma rota, partida en dos, como si la parte más valiosa de mí se hubiese ido. Me cuesta pensar que soy una persona completa. ¿No es eso estar loca?

—Creo que lo único que te pasa, Eva, es que tienes un enorme problema de autoestima. Mira, hay un ejercicio que hago con mis pacientes. Les pido que escriban en un papel cómo les gustaría ser. ¿Puedes hacerlo tú ahora?

La psicóloga sacó de su bolso una libreta y un lápiz.

—Escribe aquí cómo te gustaría ser —le pidió.

Eva cogió el lápiz y empezó a escribir en una hoja del cuaderno cómo eran las personas completas que siempre había envidiado. Personas que se toman las cosas como son, sin dar más vueltas, sin buscar dobles sentidos. Personas que se sienten valiosas, que se quieren a sí mismas y son queridas, que son respetadas. Personas que no se quedan paralizadas ante un problema u obstáculo, sino que confían en sí mismas y saben que tendrán el talento y la capacidad necesarios para encontrar una

solución. Personas que saben qué hacer cuando su relación con otro ser humano no es como les gustaría que fuera. Personas que se atreven a más en la vida, que son decididas. Personas que son capaces de seguir adelante incluso después de varias derrotas y que jamás sienten que les abandonan las fuerzas.

Después de escribirlo, Eva le pasó el papel a Isabel, que lo leyó atentamente.

—Creo que no me has entendido. —La psicóloga esbozó una sonrisa—. Te he pedido que escribas cómo te gustaría ser, no cómo eres.

—No, yo no soy así. Es como me gustaría ser.

La psicóloga negó con la cabeza.

—Mamen me contó lo que hiciste por ella y por otras mujeres. Ellas te quieren, te adoran, te respetan. Al contrario que otros, cuando te has encontrado con un problema no te has quedado paralizada, sino que has luchado para vencerlo y encontrarle una solución. Eres valiente, decidida y atrevida en la vida. Después de la infancia terrible que has tenido, sigues adelante con fuerzas. Vuelve a leerlo —le devolvió el papel—,

porque creo que te equivocas. Sí que te has descrito a ti misma.

—Pero yo... yo no soy una persona completa, soy la mitad de Eva Luna.

—Eva, te aseguro que a muchos nos gustaría ser solo la mitad de valiente que tú, la mitad de persona que eres ahora.

Eva volvió a leer lo que había escrito en el papel. Después miró a la psicóloga, que la observaba con una mezcla de ternura y admiración.

Los ojos de Eva Luna brillaron anegados de una nueva clase de luz. En sus labios, como el sol que

asoma tras el horizonte al amanecer, lentamente, fue desplegándose una amplia sonrisa.

CARLA

La brumosa luz del amanecer se filtraba por la ventana cuando se abrió la puerta de la habitación con un quejido metálico. Carla luchó por salir de las nieblas del sueño. Tenía la cabeza pesada, la boca seca y pastosa, los pensamientos a medio gas, como si una parte de su cerebro hubiese sufrido un apagón. A aquellas horas ya hubiese estado

despierta y despejada, pero por culpa de los tranquilizantes todavía se sentía soñolienta. Tardó unos segundos en recordar que estaba internada en un hospital psiquiátrico.

—Arriba, guapa —saludó Mercedes, la enfermera de la noche anterior—. Vamos a la ducha y luego a desayunar.

Carla se incorporó con dificultad. Se sentó al borde del lecho, las manos colgando entre las rodillas.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, Carla?

—Nerviosa, Mercedes, hoy es el día.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

—¿Cuándo podré hablar con los médicos?

—Después del desayuno.

Le entregó una toalla y la acompañó hasta un cuarto de baño comunitario en cuyo interior había varias duchas sin puerta. Bajo dos de los chorros de agua humeante había sendas mujeres desnudas, envueltas en jabón. Frente a ellas, otra enfermera no les quitaba ojo de encima.

Carla se desnudó bajo la mirada de las enfermeras y se metió

en una de las duchas libres. No había repisas ni perchas para colocar la ropa, así que tuvo que dejar el pijama de hospital sobre el lavabo. Tiritando de frío abrió el agua caliente y se enjabonó el pelo y el cuerpo con el mismo gel de un bote que simplemente decía «baño». Se enjuagó rápidamente y se envolvió en la toalla.

—¿Dónde está mi ropa?

—No puedes vestir ropa de calle. Mientras estés en este módulo tienes que llevar la ropa del hospital.

Carla volvió a ponerse el horrendo pijama verde de áspera

tela. Mientras se vestía fueron llegando más mujeres que ocuparon en silencio las duchas. La mayoría tenía una expresión ausente, no hablaban y se movían como autómatas. Carla se miró en el espejo y comprobó con íntima satisfacción que ella también tenía el mismo aspecto: la mirada opaca, la boca entreabierta, los músculos de la cara flácidos. Así debía ser el efecto de la medicación que le habían dado la noche anterior.

Después de vestirse, Mercedes la condujo por los pasillos del hospital hasta un gran comedor donde ya estaban desayunando

varias docenas de pacientes. Había hombres y mujeres de todas las edades, desde chicos muy jóvenes hasta ancianos. Todos llevaban el mismo pijama verde de hospital. Para alivio de Carla, no todo el mundo estaba como ido y drogado. Las conversaciones animadas de algunos de ellos se entremezclaban con el estruendo de la cafetera y el entrechocar de tazas y cucharillas.

Carla se sentó en una mesa. Le sirvieron una bandeja con un vaso de leche, un sobre de Cola Cao y dos madalenas envueltas en un sobre de plástico.

—Cuando acabes el desayuno, tienes que pasar por la enfermería para que te den tu medicación —informó Mercedes antes de marcharse—, y no te preocupes por nada, recuerda que yo te cuido.

—¡Espera! —llamó Carla—. ¿Cuándo me verá un médico?

—En la enfermería te dirán.

Tenía el estómago cerrado, pero, pensando en el bebé, hizo un esfuerzo y dio un buen sorbo a la leche mientras observaba a su alrededor. Sentada al otro lado de la mesa, una mujer de unos cincuenta años se había quedado mirando a Carla fijamente con el ceño

fruncido, como si la odiase. Carla le dedicó una sonrisa. La mujer hizo un gesto con la boca mordiendo el aire. Carla apartó la mirada. En la mesa siguiente, frente a ella, un chico y una chica de unos veinte años charlaban animadamente mientras fumaban un cigarrillo. Carla se dio cuenta de que no eran los únicos que fumaban. Al parecer, aunque estaban en un hospital, estaba permitido fumar a los pacientes. Era de lo más raro.

Carla decidió que era mejor no involucrarse con nadie y volvió a concentrarse en su objetivo:

conquistar aquel vaso de leche que se hacía interminable.

Una mujer de unos treinta años se sentó a su lado. Cruzaron una mirada. La recién llegada tenía el pelo rubio y rizado y un rostro mofletudo. Llamaban la atención las ojeras profundas, dos huecos negros que se hundían en la piel. Aunque tenía los ojos rodeados de un cerco rojizo, la mujer miró a Carla con simpatía.

—Hola, tú eres nueva, ¿verdad? Yo soy Elvira.

—Hola; yo, Carla. Sí, me ingresaron anoche.

—He visto que hablabas antes con una enfermera.

—Mercedes, sí, es muy amable.

—No te fíes de ella.

—¿Por qué dices que no me fie de Mercedes?

—Las pelirrojas no son de fiar.

—¡Vaya!, tendré que tenerlo en cuenta —contestó Carla sin saber qué cara poner.

—No, eso es broma —replicó Elvira sonriendo—. Mira, yo no me había fijado en ella hasta hoy, pero es que esa tía no deja de mirarte.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te ha dejado sola, ha estado un buen rato observándote

desde la puerta; no te quitaba ojo, te tiene vigilada.

Si Elvira estaba bromeando, no lo reflejaba en absoluto.

—Supongo que se preocupa por mí —Carla miró de soslayo hacia la puerta del comedor—, teniendo en cuenta que acaban de ingresarme.

—Pues ten paciencia, guapa. Aquí se sabe cuándo entras pero no cuándo sales. Yo llevo aquí un mes y todavía no me dicen cuándo saldré, imagínate. ¿Por qué te han encerrado?

—Es un error —respondió Carla—. Yo no tendría que estar aquí.

—Ya, eso decimos todos. No te fíes tampoco de ninguno de los médicos —Elvira se acercó demasiado. Tenía un aliento agrio, metálico—: nos tienen aquí para probar sus medicinas. Entrás sano y te vuelven loco.

—Vaya.

—Aquí solo puedes fiarte de los pacientes.

—¿En serio?

—¡En serio! ¡Están locos como cabras, pero al menos sabes a qué atenerte! —Elvira rio alegremente.

—Tiene... sentido —respondió Carla, que no sabía si aquella mujer

le estaba tomando el pelo o hablaba en serio.

Un empleado de la cafetería empezó a retirar las bandejas y todo el mundo se puso en pie. Carla no tenía ni idea de dónde estaba la sala de enfermería a donde la enfermera le había dicho que se dirigiese después del desayuno, pero vio que todos los pacientes, incluida Elvira, que se separó de ella, se ponían en marcha y caminaban dócilmente en la misma dirección, como ganado. Imaginó que todo el mundo habría recibido las mismas instrucciones para recoger la medicación después del desayuno y se puso a seguirlos.

Con movimientos lentos, como sonámbulos, pero sin arrastrar los pies como hacían otros internos que avanzaban torpemente a su lado, Carla recorrió varios pasillos laberínticos que giraban una y otra vez. La planta del hospital debía de ser enorme. No lograba orientarse entre todos aquellos corredores flanqueados por puertas blancas. En aquel momento ni siquiera hubiese sabido cómo regresar a su habitación.

De vez en cuando se cruzaba con algún médico, pero nadie reparaba en ella. Después de varios recodos se encontró con una

antesala y una cola a la que se iban sumando pacientes frente a una puerta acristalada coronada por el cartel de «Enfermería». Carla se puso en la fila a esperar su turno.

La cola avanzaba con rapidez. Los pacientes recibían un vaso de plástico con agua y unas píldoras que se tragaban allí mismo antes de marcharse. Minutos después le llegó el turno a Carla. Una enfermera comprobó su nombre en una lista. La enfermera seleccionó unas pastillas de una caja compartimentada que contenía píldoras de diferentes formas y colores. Le dio dos pastillas

amarillas y el vasito de plástico con agua.

—Tienes que tomártelas ahora, delante de mí; debo comprobar que te las tragas —indicó la enfermera.

—¿Para qué son? Yo no necesito pastillas —protestó Carla.

—Tómatelas, guapa; si no, tengo que inyectarte la dosis. Ahórrate el pinchazo.

Carla se tragó las pastillas y se bebió el agua sin protestar.

—¿Cuándo me verán los médicos?

—Ve por ese pasillo de la derecha; al fondo hay una puerta

que pone «Consulta 2». Espera fuera, que ya te llamarán.

Carla se encaminó por donde le dijeron. En los pasillos laberínticos se cruzaba constantemente con pacientes en pijama que deambulaban como sonámbulos, arrastrando los pies con la mirada perdida. Una nota de desesperación resonó en su interior, un frustrado intento de su organismo por disparar la adrenalina. Imaginó que, amortiguada por los tranquilizantes, el pánico quedaba lejano, como un sonido por debajo del umbral de audición. Las pastillas que acababa de tragarse

empezaban a hacerle efecto. Se sentía demasiado relajada, con sueño. Le costaba pensar con claridad.

Siguiendo los carteles que colgaban del techo, llegó a la consulta 2. En la puerta se volvió a encontrar con Elvira, la mujer que había conocido en el desayuno.

—¿También te ha tocado la consulta 2? —preguntó la mujer.

—Eso parece, me han dicho que esperase aquí.

En el suelo, junto a la puerta de la consulta, había sentado un hombre gordo como un tonel, las piernas inertes extendidas como

troncos. Movía la cabeza arriba y abajo en un perpetuo asentimiento a quién sabe qué oscuras aseveraciones que discurrían por su mente. La baba incontrolada le corría por la comisura de la boca. Tenía una respiración sonora, de fuelle.

—Pues a ver si tienes más suerte que yo —dijo Elvira—. Todos los días me ven y me llenan la cabeza de preguntas, pero nunca me dan el alta. —La mujer se aproximó a Carla hasta que su cuerpo presionó el suyo. Pegó la boca a su oreja—. Ten cuidado con lo que les dices —le susurró al oído echándole

un aliento caliente— si no quieres que te dejen como a este —señaló al hombre gordo sentado en el suelo—. Te fríen el cerebro.

—¿Te fríen el cerebro? —repitió Carla.

—A este yo lo conocí cuando entró. Estaba bien. Pero la medicación lo ha dejado así, fíjate, como un vegetal.

El pobre hombre, intuyendo que estaban hablando de él, soltó un bufido y empezó a agitarse con más fuerza, como si quisiera liberarse de unas ataduras invisibles. De su garganta salía un sonido ronco y quejumbroso. Tenía

la pechera del pijama empapada en saliva y la baba le colgaba en un hilillo desde la boca hasta el suelo.

—¿Y qué pasa si te niegas a tomar la medicación? —preguntó Carla.

—No puedes negarte. Te obligan. Aquí no te pierden de vista ni un momento. Si se te ocurre vomitar, se dan cuenta y entonces te inyectan la dosis y ya no te libras.

Elvira la miró fijamente con los ojos muy abiertos. Respiraba agitadamente. Carla apartó la cara para no recibir su aliento metálico. Para su alivio, la puerta se abrió en ese momento y un doctor dijo su

nombre después de consultarlo en una tablilla.

—¡No les digas nada! —gritó Elvira mientras Carla pasaba al despacho y se cerraba la puerta tras ella.

El tribunal médico estaba compuesto por tres hombres de mediana edad y una mujer algo más joven, dispuestos tras una larga mesa. Los cuatro vestían batas blancas y llevaban una chapa en la solapa, aunque Carla no alcanzó a distinguir sus nombres. En la sala, de paredes desnudas, había unas gruesas cortinas que filtraban la claridad del exterior.

Carla se sentó en una silla frente a los cuatro médicos. El que se encontraba más a la derecha (calvo, con barba de chivo y gafas de gruesos cristales) le preguntó su nombre y le hizo algunas preguntas básicas mientras tomaba notas: cuántos años tenía, cuál era su trabajo, si estaba casada...

Carla intentó responder con naturalidad, recordando lo que había aprendido sobre el lenguaje corporal para representar la verdad. Lo cierto es que no necesitaba controlar la respiración para estar relajada. Las pastillas que le habían dado la mantenían sumida en una

calma artificial. Mientras contestaba a cada pregunta tenía la vaga impresión de que no vocalizaba bien. Tenía que hacer un esfuerzo para convertir cada pensamiento en sonidos que saliesen de su garganta. Era como si su mente y su cuerpo hubiesen dejado de estar coordinados.

Luchando contra el acolchamiento de la lengua y la boca, Carla volvió a explicar lo que ya les había dicho, primero a la policía y después al psiquiatra que la entrevistó la noche anterior.

—Esta noche va a haber una tragedia en Madrid... si no lo evitan.

Unos fanáticos van a atacar a los manifestantes por mi culpa.

—¿Por qué te sientes culpable?

—preguntó uno de los psiquiatras, un hombre de semblante severo y hombros anchos.

—Porque yo lo he provocado. Yo le di el control a ese individuo.

—¿A quién te refieres exactamente? ¿Puedes concretar un poco más?

—Ya les he dicho que no sé quién es. Me chantajea. Ha matado a gente y matará a más si no hago lo que me dice.

—¿Te ha pedido ya que mates a alguien?

—¡No, claro que no! No a mí directamente, pero me utiliza.

—Ya veo. ¿Y cómo se comunica contigo? ¿Te habla al oído? ¿Lo escuchas dentro de tu cabeza?

—¿Me toma por una chiflada? Le repito que yo no estoy loca. Se comunica conmigo por internet. Me envía mensajes en los que me dice lo que quiere que haga.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que pasaría si no le haces caso?

—Ya se lo he dicho. La gente muere.

—Pero igualmente dices que va a morir gente porque le has

obedecido. ¿No es eso una contradicción?

—Él amenazó a mi hijo —Carla se sintió acorralada—..., yo no tenía otra opción. Tenía que obedecer.

—Sí, ya veo que estás embarazada de tres meses —dijo el médico comprobando la ficha—. Así que amenaza a tu hijo que no ha nacido aún. ¿No te parece eso raro?

—Es muy capaz. Ha hecho cosas terribles. Dios mío, ¡me amenazó con robarlo de mi interior! ¿Qué podía hacer yo, qué podía hacer yo?

Carla se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—Tranquilízate, por favor. Dele un poco de agua —pidió el médico.

Una enfermera le dio un vasito de plástico. Carla lo apartó de un manotazo y el agua se derramó por el suelo.

—¡Déjeme! ¡No quiero más pastillas! ¡No hace falta que me droguen! ¡Yo no estoy loca!

—Verás, Carla, es muy evidente que sufres un trastorno psicótico —explicó el psiquiatra que la interrogaba—. Se trata de una disociación con la realidad. Uno de los síntomas más claros es que te sientes responsable de acontecimientos que no tienen nada

que ver contigo. También imaginas cosas, como los enfrentamientos entre grupos de jóvenes radicales que has relatado. Todo es producto de tu imaginación.

—¡Todo eso ha sucedido de verdad! ¡Lean los periódicos!

Carla miró a todos los médicos uno por uno. Ninguno se inmutó. Todos la miraban atentamente.

—Sé que te resulta difícil entenderlo ahora, pero todo lo que hacemos es por tu bien. Aunque para ti es real, tu mente te está jugando una mala pasada inventando todo eso que dices. —
Carla lo miró con los ojos

desorbitados—. Vamos a ponerte un tratamiento, Carla, y veremos cómo evolucionas. Hablaremos dentro de un par de días, ¿de acuerdo?

—¡No me hagan caso si no quieren! ¡La tragedia pesará sobre sus conciencias! —gritó Carla con una risa airada.

Se puso en pie y salió de la sala. Cerró la puerta tras ella con un portazo. Recorrió los pasillos buscando su habitación, cada vez más furiosa. Después de diez minutos dando vueltas por los laberínticos corredores, por fin se encontró con Mercedes, la enfermera.

—Quiero entrar en mi habitación.

—No está permitido, Carla; hasta la hora de dormir tienes que estar fuera.

—¿Por qué? —espetó Carla—. Quiero estar dentro de mi habitación.

—Son las normas. Tienes que estar visible en cada momento. Se trata de evitar que los pacientes se hagan daño a sí mismos.

—Yo no voy a hacerme daño, Mercedes, por favor.

—Son las normas. Yo no puedo hacer nada, hay que seguir las normas, Carla.

—¿Por lo menos puedo usar un teléfono?

—No puedo darte un teléfono hasta que lo autoricen los psiquiatras. De momento estás incomunicada.

Joder. Desde luego aquello se parecía mucho a una prisión. Carla fue consciente de que una vez que entrabas en el pabellón de salud mental estabas bajo el poder absoluto de los psiquiatras. Ellos decidían si podías ponerte en contacto con el exterior o no, si podías entrar o salir, te obligaban a tomar la medicación que podía dejarte como un vegetal...

—¿Sabes si ya han hablado con mi hermano?

—Lo avisaron anoche mismo, después de ingresarte —respondió la enfermera—. Tu hermano se presentó aquí esta mañana.

—¿Estuvo aquí? ¿Por qué no le dejaron verme?

—Son las normas, Carla; por tu bien no se permiten visitas hasta que los doctores lo autoricen.

—Y mi hermano, ¿cómo estaba? —Carla tenía un nudo en la garganta.

Imaginó a Isaac consumiéndose de la preocupación al enterarse de que la habían

ingresado presa de un supuesto trastorno psicótico. A pesar de su delicado estado de salud, Isaac se había presentado en el hospital psiquiátrico para verla.

—No se lo tomó demasiado bien. Perdió los nervios en la recepción cuando le dijeron que no podía verte. Se puso a gritar y tuvo que intervenir seguridad. Al final le hicieron entender.

—No es justo para él —dijo Carla con un hilo de voz.

Su hermano estaría sufriendo lo indecible, sin saber lo que había pasado, sin saber cómo se encontraba ella. Lo imaginó

arremetiendo contra todos, impotente en su silla de ruedas. Solo deseó que todo acabase lo antes posible y que Isaac le perdonase algún día por hacerle sufrir de aquella manera.

—Hay una sala de recreo con una televisión al final de este pasillo —dijo Mercedes—. Puedes esperar allí hasta la noche.

Carla se encaminó por donde le había indicado la enfermera. Ahora entendía por qué había tantos pacientes deambulando por los pasillos. No podían ir a ningún lado y tampoco podían entrar en sus habitaciones. La gente iba de un

lado a otro como sonámbulos, adormilados bajo los efectos de los potentes antipsicóticos.

Se cruzó con una mujer de unos cuarenta años que estaba sentada en el suelo, acurrucada en una esquina. Tenía las manos en la cabeza y se apretaba los oídos con fuerza, sin parar de temblar, gimiendo lamentos quejumbrosos.

Carla se alejó corriendo. Por todos lados había pacientes moviéndose de un lado a otro, caminando arrastrando los pies, lloriqueando, mirando al vacío, con las barbillas humedecidas por la saliva incontrolada. Por el amor de

Dios. ¿Era eso lo que se hacía con los enfermos mentales? ¿Convertirlos en vegetales? ¿Era eso lo que harían con ella?

Sintió alivio cuando por fin encontró la sala recreativa y vio allí a Elvira, la mujer que había conocido durante el desayuno. Al menos era alguien con quien se podía charlar. Elvira estaba sentada junto a un hombre joven, que tenía la cabeza completamente afeitada. Frente a ellos había una televisión de plasma colgada de una pared donde estaban dando un documental de la selva africana. La imagen en aquellos momentos

mostraba a un león bostezando con infinita pereza.

—Carla, guapa, ¿cómo te ha ido? —saludó animadamente Elvira al verla. Sonrió mostrando unas encías enrojecidas.

—Mal —resopló Carla dejándose caer en una silla a su lado—. No me dejan salir.

—La enfermera esa pelirroja, ¿verdad? ¡Te dije que te tenía vigilada!

—Eso parece —respondió Carla dándole la razón.

—Mira, este es mi amigo el Rizos —presentó al hombre sentado a su lado.

El Rizos la saludó con un apretón de manos. Aparentaba unos treinta años, el rostro mofletudo, en los labios el rictus de una sonrisa juguetona que le daba un aire simpático. Tenía la cabeza lisa como una bola de billar. Carla tuvo que suponer que el apodo debía de venirle de la época en que había tenido pelo.

—El Rizos es de los más veteranos aquí —explicó Elvira—. Lleva años entrando y saliendo. Conoce a todo el mundo.

—Muchos entran y salen continuamente por crisis mentales —informó el hombre con una voz

nasal—, pero los internos de larga estancia se pasan la vida aquí metidos. Tú parece que estás bien, ¿por qué te han encerrado?

—Dicen que me invento tragedias —respondió—. Pero esta noche van a ver que no me lo invento, que es verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y qué va a pasar? —preguntó Elvira mirándola con los ojos muy abiertos.

—Esta noche hay una manifestación en el centro de Madrid —explicó Carla—. Va a salir en las noticias dentro de un rato, ya veréis. Un grupo de radicales violentos de ultraderecha va a

atacar a los manifestantes. Han preparado bombas. Han perdido la cabeza. Va a haber una masacre.

—Jo, eso es muy fuerte —dijo el Rizos.

—Podrían evitarlo si me hiciesen caso —resopló Carla—, pero cuando he intentado avisar de lo que iba a pasar me han tomado por loca y he acabado aquí.

—Yo una vez soñé con un accidente de avión —recordó Elvira—. Cuando lo conté nadie me hizo caso. Cuando se estrelló el avión dijeron que yo no había dicho nada, que lo de haberlo soñado me lo inventé después, pero no es verdad,

yo estoy segura de que lo soñé antes.

—Pues qué suerte has tenido, porque nosotros vamos a ser tus testigos —dijo el Rizos—. Mañana todo el mundo va a estar hablando de lo que ha pasado y nosotros podremos decir que tú nos lo contaste antes. Entonces se darán cuenta de que no estás loca y te dejarán salir.

Carla pensó con tristeza que aquellos dos, internados en un psiquiátrico, no iban a ser para nada testigos fiables ante nadie, aunque no compartió sus sombríos pensamientos.

—¿Cómo se puede escapar uno de aquí? —preguntó Carla mirando a su alrededor.

—No hay forma —respondió el Rizos negando con la cabeza—. Todo el mundo entra y sale por el ascensor y está siempre vigilado por un guardia de seguridad. Además, para abrirlo o ponerlo en marcha hay que meter una llave.

—Sí, ya me fijé cuando me trajeron.

—Las ventanas tienen rejas y todas las puertas están cerradas con llave. Si ellos no quieren que salgas, no saldrás —sentenció.

—¿Y tú llevas mucho tiempo aquí? —preguntó Carla, que no veía nada raro en él.

—Entro y salgo. A veces me tienen meses sin dejarme pisar la calle, pero no me quejo. A algunos nos ha tocado vivir una putada de vida. Se nos sueltan los tornillos y nos quedamos descolgados del mundo.

Carla asintió con simpatía. En el documental de la televisión, un león acababa de atrapar a una pequeña gacela que se debatía inútilmente entre sus fauces.

—Los más veteranos ya nos conocemos de muchos años —

continuó el Rizos—. Algunos se han pasado media vida aquí dentro. Como mi amigo Luisma, que no ha puesto un pie en la calle en cinco años. El pobre está enamorado de Leticia, una enfermera que está como un tren, todo hay que decirlo, y él cada vez que se la encuentra se empeña en decirle que acaba de ver a su novio por la calle con otra poniéndole los cuernos. «¿A tu novio le gusta beber? Es que iba un poco perjudicado... El otro día me crucé con tu novio; iba con un grupo de gente, tonteando con una...»

—Cuéntale lo de la emisora — sugirió Elvira.

—Una vez, desde una emisora de radio, pidieron un enfermo que estuviera medio bien para una entrevista para el día de la salud mental. Eligieron a Luisma y lo pusieron al teléfono. Empezó bien, hasta que se puso a decir que por las noches las voces no le dejaban dormir, luego se animó y las voces también estaban por la tarde, por la mañana, «en realidad estoy fatal, no sé qué hago aquí hablando con ustedes». Tuvieron que interrumpir la emisión.

Carla no pudo evitar una sonrisa.

—Es para reírse —afirmó el Rizos—. Aquí hay cada uno... El más veterano, Alfredo, lleva como diez años y le encanta celebrar su cumpleaños. Lleva todo este tiempo cumpliendo sesenta años. O Mariano, que solo puede llevar unas gafas fabricadas por él mismo con alambres y tornillos recogidos por él, porque dice que en la óptica lo timan. Luego tienes al Chema, otro que está enamorado de la enfermera Leticia. Es diplomado en Empresariales; el brote psicótico le vino más tarde que a la media.

Trabajaba para la Agencia Tributaria en Barcelona cuando empezó la esquizofrenia. Se plantaba en medio de la Rambla con su varita mágica a transformar en gorrinos a todo viandante que se le cruzase, incluidos los *mossos d'esquadra* que le detuvieron. Una vez, ante el tribunal médico que evaluaba el grado de minusvalía que le correspondía, él dijo que estaba bien, que no quería ninguna minusvalía, sino seguir trabajando. El tribunal no opinaba igual, por lo que automáticamente fueron transformados en gorrinos, conservando dicho estado hasta la

fecha. En sus delirios también se creía Harry Potter y acostumbraba a parar trenes de cercanías en Madrid, con notable éxito.

—¡No es posible! —exclamó Carla.

—Como lo oyes —confirmó el Rizos—. Tienes también a Juani: buena gente, pero muy pesada; no para de hablar, hay que cortarla o solo la escucharías a ella. Me cuenta entusiasmada: «Rizos, tengo móvil con Whatsapp, ¿quieres que te lo dé?». Juani, amenazas no. La pobre es bastante hipocondríaca, tanto que la operadora del 112 la conoce por la voz.

El Rizos las miró con un rictus socarrón. A Elvira hacía rato que le había entrado la risa floja y lo peor era que estaba contagiando a Carla, que se resistía a encontrar divertidas las desventuras de aquella pobre gente.

—Mi amigo Alfonsín — continuó el Rizos—, de una familia con pasta, se iba de putas cada vez que podía. El decía «irse de marcha». Como las putas a las que se follaba fumaban puros (iba al burdel que hay en una calle peatonal por la plaza de Santa Ana), asociaba el sexo al tabaco. Cuando íbamos por la calle en alguna salida

y le gustaba cualquier mujer, le preguntaba: «¿Tú fumas?». Aquí dentro no para de preguntar a las pacientes si fuman; la mayoría, sí, y te puedes imaginar el lío.

»Pablito, muy buen chaval pero muy perjudicado, un día se puso como loco y salió corriendo como si hubiese visto al diablo. Después nos enteramos de que la alucinación consistió en ver a una de las enfermeras desnuda con un pene considerable. Al conocerme a mí me preguntaba: «¿Tú eres Iniesta?». La segunda vez reconocí que sí, pero le pedí que mantuviese el secreto.

Ahora nuestras miradas son de complicidad.

»Andrés desenchufaba todos los aparatos eléctricos de la cafetería en un tiempo récord cuando presentía una invasión alienígena. Sufrimos varias. Afortunadamente, pudimos repelerlas todas gracias a su rápida actuación.

»Matías no reconoce su enfermedad, tanto es así que hay que recordarle que no es monitor, porque en cuanto te descuidas está dirigiendo a todos los pacientes.

»Alberto solo hace dibujos, todo el día, y por supuesto te los

enseña. Los hace siguiendo el diccionario, por riguroso orden alfabético. Está a un paso de que lo mandemos a Pasapalabra.

»Ángel dice que el agua del váter le habla y las enfermeras le responden que muy bien, pero que aquí mandan ellas y eso es lo que hay.

»Tobías tiene potomanía: no para de beber agua si no se lo impides. En una salida se tiró a un charco y hubo que pedir ayuda para sacarlo. En otra ocasión se escapó del piso tutelado donde vive y se fue a la Comandancia de la Guardia Civil. Allí dijo haber sido

secuestrado y que tenía mucha sed. La Benemérita, ante su sed insaciable, se creyó lo del secuestro. Cuando finalmente su responsable dio con él y se personó en la Comandancia, casi lo detienen como secuestrador. Tobías no ayudaba mucho porque seguía bebiendo agua.

El Rizos miró con socarronería a las dos mujeres, que luchaban por sofocar la risa.

—Cuando salgas de aquí —soltó Elvira—, te puedes ganar la vida como monologuista si cuentas todo eso.

Carla hubiese querido preguntar al Rizos cuál era el motivo por el que lo tenían allí recluido, pero no se atrevió por miedo a caer en otro ataque de risa.

* * *

Carla pasó el resto del día acurrucada en una silla frente a la televisión, luchando contra el abismo del sueño inducido por la medicación, sumergiéndose en pesadas nieblas pobladas de presagios, despertándose de pronto presa de una furiosa agitación para volver a caer en un sopor imposible

de vencer. A la una todos los internos fueron llevados al comedor, donde les dieron el almuerzo. Carla comió con desgana y regresó a la sala de recreo. Encendió la televisión y buscó el canal de noticias 24 Horas. Se pasó toda la tarde mirando la televisión y dando cabezadas esporádicas. A través de la ventana enrejada vio que había empezado a llover. Los truenos retumbaban en la distancia y el viento aullaba con fuerza.

A las ocho de la noche el canal de noticias comenzó a dar cuenta de la manifestación que se iniciaba en las calles de Madrid. Una vista aérea

mostró la Puerta del Sol atestada de manifestantes y pancartas. La lluvia no había impedido que la asistencia a la manifestación fuese masiva. Carla notó como el corazón se le aceleraba en el pecho. Había llegado el momento de la verdad.

Viendo la imagen aérea, comprendió que la cosa podría acabar en una tragedia mucho mayor de lo que imaginaba. Los integrantes del grupo neonazi, espoleados por el malévolo Telmo Vargas, habían planificado un ataque en toda regla siguiendo una estrategia casi militar.

A la Puerta del Sol estaban llegando oleadas de gente desde las calles que desembocaban en la plaza. Si, como habían planeado, tiraban cócteles molotov desde varios puntos a la vez, la gente que se había concentrado en la plaza iniciaría una estampida y se formaría un tapón al chocar con los que intentaban acceder. No solo habría heridos y muertos por las explosiones o el fuego, sino que lo peor vendría por la avalancha humana que se produciría.

Carla miraba la televisión ensimismada, anticipando en su mente lo que podía ocurrir de un

momento a otro. No se dio cuenta de que muchos pacientes habían ido llegando a la sala y ocupando las sillas a su alrededor. Uno de ellos agarró el mando que controlaba la tele y cambió de canal.

—¡Eh, qué haces! —protestó Carla—. ¡No cambies ahora!

—¡Va a empezar el partido!

En la televisión apareció el verde césped de un campo de fútbol.

—¡No, no...! Tengo que ver las noticias —insistió Carla.

Intentó arrebatarse el mando de las manos, pero el hombre se revolvió como un poseso. Todos los presentes en la sala empezaron a

protestar con gritos. Una enfermera acudió a poner orden.

—Lo siento, pero hoy hay fútbol —se dirigió a Carla—. Cuando acabe el partido, puedes poner el canal que quieras.

Carla se quedó en su asiento, mirando con incredulidad a los hombrecillos vestidos de corto que corrían de un lado para otro dando patadas a un balón. Los pacientes, zombis inertes hasta hacía poco, ahora chillaban y pataleaban emocionados siguiendo el juego. Carla imaginó que su hermano estaría viendo aquel mismo partido

en aquel momento y sintió una honda desesperación.

«¿Qué estoy haciendo aquí? — se preguntó a sí misma—, ¿y si todo sale mal?»

Sintió de pronto la necesidad de precipitarse a ello. Se puso de pie, se dirigió a la ventana y apoyó la frente y las palmas de las manos en la helada frialdad del cristal. Al otro lado, la noche era una compacta negrura.

«¿Me veis?, ¿podéis verme? Hacedlo ya», murmuró para sí.

Un trueno retumbó en el exterior. A su espalda, de las gargantas de todos los pacientes

salió al unísono un suspiro ahogado. Por un instante la sala quedó sumida en el más absoluto silencio, como si el mundo entero estuviese conteniendo la respiración. Carla se dio la vuelta. La imagen en la televisión se había ido a negro. Estalló una algarabía de protestas y gritos de estupor.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha apagado la tele? —gritaban.

—Parece que un rayo ha golpeado la antena —explicó Mercedes, la enfermera—. Vamos a llamar al técnico, pero hasta mañana, hasta que no pase la

tormenta, no se podrá reparar. Lo siento, pero se acabó el fútbol.

Hubo gritos y lamentos de decepción, protestas. Los pacientes, poco a poco, fueron abandonando con resignación la sala de recreo. Carla corrió hasta la oficina de administración.

—¿No funciona ninguna televisión en todo el hospital? — preguntó a la enfermera de guardia.

—Parece que se ha dañado la antena general. Nos hemos quedado sin señal.

—¡Tengo que ver las noticias! Por favor, déjame consultar internet

en el ordenador. Solo un minuto, por favor.

—No está permitido que los pacientes consulten internet.

—Solo un momento —suplicó Carla juntando las manos como si rezase—, solo un minuto.

—Está bien, pasa, pero solo un momento. ¿Qué quieres ver exactamente?

—Un periódico online. Cualquiera. Déjame a mí.

Carla se sentó frente a uno de los ordenadores de administración. Abrió el navegador de internet y tecleó en la barra de direcciones. La portada del periódico mostraba una

foto aérea de la manifestación de Madrid tomada hacía solo unos minutos. La plaza y las calles adyacentes estaban atestadas de gente. El titular decía así:

elmundo.es

AFLUENCIA MULTITUDINARIA A LA PROTESTA EN SOL

Son miles de personas las que acuden en estos momentos a la madrileña Puerta del Sol en protesta contra los últimos recortes del Gobierno. Bajo el lema «Contra el fascismo, que no pisen nuestros derechos», la concentración convocada por plataformas de izquierdas como el 15-M o fuerzas políticas como Podemos está teniendo una afluencia de participantes mayor de lo esperado.

La enfermera de administración echó un vistazo a la pantalla del ordenador. Después se alejó hacia un archivador donde se puso a ordenar unos papeles.

—Te dejo que mires cinco minutos, Carla, después se acabó. Si un doctor me pilla dejándote conectarte a internet, me echará la bronca.

Carla consultó la hora. Pasaba de las nueve de la noche. Si todo había resultado según lo planeado, el ataque ya tendría que haberse producido. Los titulares debían de estar a punto de actualizarse en todos los periódicos digitales. Cerró

los ojos con fuerza. Imaginó el frenesí en las redacciones, la avalancha de información, la estupefacción y la conmoción al conocer lo que estaba ocurriendo, los redactores escribiendo a toda prisa un esbozo de la tragedia mientras los teletipos no paraban de vomitar hechos dramáticos.

Carla refrescó la pantalla del navegador y se encontró con lo que estaba esperando.

elmundo.es

TERRIBLE ATENTADO CONTRA LOS MANIFESTANTES EN MADRID

Un grupo de radicales de extrema derecha acaba de atacar a los

manifestantes que se concentraban a estas horas en la Puerta del Sol. Según las primeras informaciones que llegan a esta redacción, los radicales han arrojado bombas incendiarias de fabricación casera directamente sobre los asistentes, lo cual ha provocado una avalancha de pánico. La policía trata de controlar la situación, que es caótica. Los datos que llegan son todavía confusos, pero se teme que pueda haber cientos de heridos y muertos.

ATENTADO EN MADRID

Primeras reacciones

La alcaldesa de Madrid llama a la calma.

El presidente del Gobierno anuncia una rueda de prensa.

La policía ha detenido ya a varios jóvenes radicales responsables.

Los primeros datos apuntan a más de cincuenta muertos y cientos de heridos. (seguir leyendo...)

Carla empezó a chillar y a convulsionarse. Tiró la pantalla al suelo con un manotazo y la emprendió contra el ordenador, arrancando los cables y golpeándolo furiosa como si tuviera la culpa de lo ocurrido. La enfermera corrió hacia ella.

—¡Ya está hecho! ¡Todos muertos por mi culpa! —gimió cayendo de rodillas. Su cuerpo se contraía espasmódico.

La enfermera de administración pidió ayuda a gritos.

Mercedes y dos robustos asistentes especializados en tratar con pacientes violentos acudieron a su llamada.

Carla estaba en el suelo, contorsionándose como una posesa y dando patadas. Lloraba y gemía.

—Sujetadla para que no se haga daño —ordenó Mercedes—, está sufriendo un ataque. —Sujetaron a Carla por la cabeza para que no se golpease accidentalmente contra el suelo—. Llevadla a su habitación, rápido.

Entre los dos fornidos enfermeros, especializados en tratar con pacientes agresivos, la

levantaron en vilo y la llevaron a su habitación, que estaba a pocos metros, mientras Carla no dejaba de gritar. Instantes después, la tenían inmovilizada sobre la cama.

—Hay que calmarla como sea.

—Mercedes ya tenía la inyección con el tranquilizante lista en sus manos.

—No necesito ninguna inyección —suplicó Carla con los brazos en posición de oración y los dedos de las manos fuertemente entrelazados—. No estoy loca. Lo que les estoy diciendo es verdad.

—Es por tu bien, querida —dijo Mercedes impasible.

—¡No! —chilló—. ¡No quiero que me droguen más!

—Cariño, tengo que ponerte esta inyección; así que tú verás, por las buenas o por las malas.

Carla se revolvió para evitar que le clavasen la aguja. La enfermera hizo una seña a los dos auxiliares, que se abalanzaron sobre ella agarrándola por los brazos con manos fuertes como tenazas. Doblegando su resistencia, le ataron las muñecas y los tobillos con correas a la cama. Carla se tensó arqueando la espalda como una posesa. Gritó sin poder evitar que la aguja venciese la resistencia de su

piel. El líquido tranquilizante corrió por sus venas. Los músculos de su cuerpo se fueron aflojando como si unas tijeras fuesen cortando, uno tras otro, hilos invisibles que tirasen de ella en todas direcciones. Un silencio denso recayó sobre la estancia.

Entonces Carla escuchó la voz varonil, vibrante y enérgica del psiquiatra de guardia, que acudió ante los gritos.

—¿Qué le pasa a esta mujer?

—La pobre se cree que es la responsable de cientos de muertos —respondió Mercedes.

El doctor se inclinó sobre ella. Carla parpadeó con fuerza para zafarse de las lágrimas e intentar enfocar su cara. Parecía tratarse de un hombre no demasiado alto, de pelo blanco y ojos azules, penetrantes, que la observaban sin pestañear.

—Se refiere al atentado en la manifestación de esta tarde —explicó el psiquiatra, que miraba a Carla directamente a los ojos con un extraño rictus de satisfacción—. Se cree responsable de la tragedia que acaba de producirse. Es grave.

Como si acabara de enamorarse, todo el mundo

desapareció para Carla, excepto aquel psiquiatra y sus ojos azules. Supo que al psiquiatra le ocurría algo parecido.

Acababa de comprender que aquel doctor no era otro que el individuo que se hacía llamar Telmo Vargas en las redes sociales, el criminal que llevaba acosándola desde hacía semanas, el perverso asesino responsable de decenas de muertes.

—Telmo... Vargas... —dijo con un hilo de voz—, te he atrapado.

La sorpresa se dibujó en el rostro del psiquiatra.

Carla sintió que el tranquilizante que acababan de inyectarle comenzaba a surtir efecto en forma de una extraña y placentera vibración que se desplegaba por todo el cuerpo: desde los pies subía por la espalda hasta el cuello y la cabeza.

A pesar de encontrarse en una situación tan extrema como aquella, después de forcejear con media docena de personas en un centro psiquiátrico, Carla era incapaz de sentirse nerviosa. Se sentía más bien como una mujer que se toma un café tranquilamente en una terraza, a la orilla del mar, mientras

la ola de un tsunami de treinta metros de altura se cierne sobre ella.

Carla estiró el cuello y pudo por fin observar el nombre del psiquiatra en la tarjeta de plástico pinzada a su bata blanca:

Dr. Abel Abrante

Así que ese era el verdadero nombre de Telmo Vargas.

—Ya se está calmando, dejadme a solas con ella, por favor —pidió el psiquiatra.

Carla, aturdida por el narcótico, buscó a Mercedes con la mirada, pero solo la encontró cuando la

enfermera abandonaba la habitación seguida por los dos forzudos auxiliares.

Notaba que su respiración se iba regulando. Aquella era una calma artificial provocada por un fármaco, pero la estaba disfrutando como si fuera genuina. El tsunami ya había arrasado toda la ciudad, pero Carla seguía sentada tranquilamente bajo el mar.

Se replegó sobre sí misma en la cama, la espalda apoyada en la pared y las piernas flexionadas.

—¿Te encuentras mejor, querida? —preguntó el psiquiatra con una sonrisa lasciva.

Carla lo observó sin decir nada. Por fin tenía enfrente a aquel monstruo. Ya no podía esconderse, ni cambiar de máscara ni refugiarse tras falsas identidades en internet. Lo tenía delante, en carne y hueso. No era ningún fantasma ni demonio. Solo un hombre, un simple hombre. Tenía unos cincuenta años. Era delgado y no muy alto, con el rostro afilado, la nariz grande y unos ojos pequeños y azules bajo unas pobladas cejas.

—Por fin cara a cara, querida Carla. Admito que me has sorprendido. ¿Cómo supiste que era yo? —Carla no contestó. El

psiquiatra que se escondía tras el pseudónimo de Telmo Vargas la observaba atentamente—. Dime cómo te sientes, querida, con tantísima sangre derramada por tu culpa. A estas horas los muertos en la manifestación se cuentan por decenas.

Carla sintió la mirada del doctor recorriéndola de arriba abajo. Se estremeció. Respiró profundamente antes de decir una sola palabra a aquel ser ruin.

—Es usted un monstruo —la voz de Carla estaba cargada de desprecio.

—Eso es cierto, Carla. —El psiquiatra esgrimió una sonrisa benevolente.

El psiquiatra se sentó a los pies de la cama. Carla se replegó en la esquina opuesta.

—No temas, no te voy a hacer nada... todavía. En este momento iba a ser complicado dar explicaciones después.

—Lo sé. —Carla no mostraba ninguna señal de sentirse asustada.

—Un monstruo, sin duda —repitió el doctor como si aseverase para sí mismo—. Igual que todo el mundo, Carla, igual que tú.

—Yo no soy un monstruo —
suspiró Carla, que podía sentir el
calmante como un extraño masaje
interior que le acariciaba todo el
cuerpo.

—Claro que lo eres —contestó
el psiquiatra sin levantar la voz—.
Por tu culpa han muerto más de
cien personas.

—Usted me ha obligado.

—Es posible —admitió Telmo
Vargas—, igual que a todos, y eso es
exactamente lo que pretendo
demostrar, Carla, que todos somos
monstruos si se dan ciertas
condiciones, si se dan determinadas
circunstancias. Mira lo que ocurre

en una guerra civil, cómo se matan unos a otros, se traicionan, se torturan incluso, matan a niños si es necesario... ¿Piensas que la gente con la que te cruzas por la calle es diferente? Son todos asesinos, querida Carla, no han matado a nadie porque no se han dado las circunstancias determinadas de las que te hablo. Piénsalo bien, querida. Hace veinte años había tantos casos de corrupción política como ahora o más, pero nadie salía indignado a la calle, nadie cuestionaba la monarquía y mucho menos el sistema político... ¿Por qué? Es muy sencillo: porque se vivía mejor que

ahora. Apriétales las tuercas un poco más a esos manifestantes que gritan consignas cargadas de odio por las calles, ponles armas en las manos y vas a ver lo que pasa. Ya has visto lo que te ha pasado a ti, una ciudadana modelo, llevando a la muerte a docenas de personas. Y si lo piensas bien, esas mismas víctimas, con el empujoncito que tú les diste cuando creaste para ellos determinadas circunstancias, se masacraron entre sí.

Carla se mordió el labio inferior sin dejar de mirar a aquel hombre.

—Eso es todo lo que hago, Carla, yo no mato a nadie, yo solo pongo las condiciones, los pongo en la situación propicia...

—Les empuja... —murmuró Carla.

—No, yo solo creo «determinadas circunstancias» y ellos se matan. Los monstruos son ellos, no yo, igual que tú, ¿o acaso crees que no tienen alternativa? Tú podrías haber evitado esa matanza, cada una de esas personas tuvo la oportunidad de no ser un monstruo y todos, sin excepción, demostraron lo que son en realidad.

—Sus víctimas..., usted los obligó...

—Piensa bien lo que dices, Carla, yo no obligué a nadie, todos tuvieron la opción de ser inocentes.

—No...

—¡Claro que sí, Carla! ¡Todos ellos! Todos esos padres, si se hubiesen preocupado realmente por sus hijos, ahora seguirían vivos. El padre del niño autista, por ejemplo, ¿quién le mandaba poner la salud de su hijo en manos de unos medicamentos que había encontrado en internet? Si no hubiese ansiado una solución mágica que resolviese sus

problemas de un plumazo, sin esfuerzo, su hijo seguiría vivo... ¿Qué te parece Héctor Rojas? ¡Ese hombre secuestró a dos chicas y las envió a una vida horrorosa!

—Para salvar a su propia hija — replicó Carla.

—Esa es la parte que no entiendes, Carla. ¡Yo no hubiera matado a su hija si él se hubiera negado a hacer lo que yo le propuse! ¡Yo nunca he matado a nadie! ¡Lo mismo con todos los demás! Pero todos, siempre, demuestran lo que son. Todos esos radicales que se han matado se

podían haber quedado en su casa esta noche, ¡y todos estarían vivos!

«Todos estarían vivos.» Las palabras de Telmo Vargas se quedaron flotando en la celda durante unos instantes.

—Tu fe en la gente es tu mayor debilidad, Carla —prosiguió Abrante jaleado por su propio discurso—. Crees que la gente es buena por naturaleza. Esa es una idea ridícula; la gente es monstruosa por naturaleza. Todos están obsesionados consigo mismos; ya has visto lo que la gente muestra en las redes sociales: fotos y fotos de viajes, de éxitos, fotos de sus hijos

pasándolo bien en un parque de atracciones, solo lo bueno, siempre celebrándose a sí mismos para ridiculizar a los demás, para provocarles envidia.

—Usted no entiende; la gente comparte su felicidad con sus amigos...

—Definitivamente, estás delirando, Carla. El objetivo de esas «noticias» que la gente escribe sobre sí misma es idéntico al de las pintadas de los hombres prehistóricos. Miles de años no nos han cambiado en nada. Aquellos hombres que vestían pieles de animales (igual que nosotros) se

pasaban el día de cacerías y luego pintaban dibujos de sus conquistas para presumir, para demostrar que eran mejores que los demás. ¿Has visto alguna imagen de un hombre herido o fracasado en esas cuevas? Te aseguro que si las hay no las hicieron los vencidos, sino sus enemigos. ¿Has visto en una red social alguna fotografía de alguien mostrando que ha suspendido un examen, que le ha abandonado su mujer? Lo que quiero demostrarte es que somos animales despreciables. Antes nos matábamos entre nosotros poniendo cualquier excusa; ahora,

que debemos enfrentarnos a la ley, pasamos nuestras vidas ofendiendo y humillando a los demás, y si nos empujan un poquito (eso es lo que hago yo), nos matamos igualmente, como antes, primitivos, horrorosos...

Abrante respiró profundamente y prosiguió con renovada calma.

—No tenemos mucho tiempo para seguir hablando, querida Carla, porque después de esta conversación te voy a inyectar unos medicamentos que he diseñado especialmente para ti, y digamos que vas a dejar de ser tú. Es posible

que a partir de mañana ni siquiera recuerdes cómo te llamas.

Carla no reaccionó a la amenaza.

—Me sorprende tu sangre fría, Carla —dijo el malévolo doctor—. O puede que a esa enfermera nueva, Mercedes, se le haya ido la mano con la dosis de tranquilizante. ¡Qué estúpida enfermera! Hubiese preferido tenerte delante asumiendo plenamente las consecuencias de lo que has hecho.

—Disfruta viendo como me siento culpable por la masacre en la manifestación.

—Eres muy aguda, querida Carla. No dejas de sorprenderme. —
Sonrió aviesamente—. Has sido la única persona que me ha plantado cierta resistencia. Pero, a pesar de lo brillante que eres, te he ganado la partida. Ahora yo voy a salir de esta celda y tú seguirás aquí encerrada, a mi merced. Yo gano.

—Está usted muy equivocado, doctor Vargas, yo soy la ganadora. —Carla apretó los dientes desafiante.

Las pupilas brillantes del psiquiatra se movieron de derecha a izquierda para posarse de nuevo en Carla.

—¿Qué dices, estúpida? ¿Te has vuelto loca de verdad? ¿A estar aquí encerrada a mi merced lo llamas ganar? —Señaló al suelo con el dedo índice de cada mano.

—No, doctor, yo no estoy aquí a su merced como usted dice, yo estoy aquí porque he querido. Estoy aquí porque sabía que usted trabajaba en este hospital; solo tenía que averiguar quién era entre todos los médicos.

Abrante sonrió de medio lado. Clavó en ella sus ojos envenenados.

—¿Tú sabías que me encontrarías aquí? No te creo —dijo con voz agazapada, abyecta—. Es

imposible que lo adivinaras. Bien sabes que he sido muy cuidadoso para no dejar nunca, «nunca», ninguna pista de mi identidad. Aunque reconozco que hay una cosa que me intriga: ¿cómo me reconociste antes?

—Tuve acceso a la autopsia del psicólogo infantil que atendió a Eva Luna cuando era niña. ¿Recuerda a ese hombre, verdad? Al principio pensé que ese psicólogo era usted. Aparentemente, se suicidó hace años. Aparentemente, porque aquel médico se quitó la vida utilizando un anestésico hospitalario.

—Es imposible que eso te llevase hasta mí. —Abel Abrante mostraba un rictus altivo.

—No, pero ese fue el primer paso. Mi hermano me dio la siguiente pista cuando dedujo que usted había tenido un cómplice informático y que ese cómplice podría haber sido detenido por la policía acusado de pedofilia. Conseguí la lista de los detenidos por delitos relacionados con abusos sexuales a menores.

El doctor la miraba con semblante impasible, las comisuras de los labios curvadas hacia abajo. Con voz tan sosegada que le parecía

de otra persona, Carla prosiguió su explicación.

—De nuevo, era imposible relacionar a esos pedófilos con usted. Pero en esa lista de detenidos por la policía encontré la conexión que necesitaba. Uno de los pedófilos que constaba en los registros policiales se acababa de suicidar. En el informe de la autopsia se dictaminaba que había muerto al ingerir un anestésico hospitalario. La policía no le dio importancia a que un informático hubiese tenido acceso a un anestésico quirúrgico...

En la frente de Abrante se formó una arruga casi imperceptible.

—No le dio importancia porque ese informático trabajaba en un hospital —prosiguió Carla—. Era el encargado de mantenimiento de los ordenadores del Hospital Psiquiátrico de Madrid, de este centro.

El psiquiatra frunció el ceño.

—El componente del anestésico con el que supuestamente se habría suicidado era el mismo que había matado al psicólogo infantil que atendió a Eva Luna años antes. De no haber conectado ambas muertes,

nunca hubiese relacionado al informático que se suicidó con usted. Pero ni el psicólogo ni el informático se habían quitado la vida voluntariamente. Ambos habían sido sus cómplices y ambos estaban muertos. Ambos murieron cuando la policía los estaba investigando. Usted no quería que nadie pudiese incriminarle. No se suicidaron. Usted los asesinó a los dos envenenándolos con el anestésico. Todos los indicios señalaban a que usted era un auténtico médico, así que deduje que el psicólogo muerto y el técnico de ordenadores podrían haber

trabajado en el mismo hospital, este hospital, donde se habrían conocido.

—Un error imperdonable —dijo Abrante después de una pausa, negando con la cabeza—. Cometí el error de matarlos a los dos con la misma sustancia. Nunca se me ocurrió pensar que alguien podría relacionar las dos muertes. A pesar de lo cual, es imposible que me reconocieras cuando me viste.

—Se cree usted infalible, pero no lo es —dijo Carla—. Aunque en eso tiene razón: saber que trabajaba en este hospital no era suficiente; aquí hay decenas de médicos. Lo

cierto es que ninguna de esas pistas apuntaba a nadie en concreto, solo a este hospital. Si hubiese empezado a investigar a los doctores haciendo preguntas, lo hubiese puesto sobre aviso. Usted podría haber escapado o simplemente no llamar la atención y permanecer en el anonimato para siempre. O podría haber precipitado el ataque que usted me tenía reservado, fuera lo que fuese. Reconozco que le tenía miedo, mucho miedo. Tenía que ponerle al descubierto de un modo definitivo. Entonces lo comprendí. Comprendí su motivación, comprendí por qué hace lo que

hace. Y esa fue la clave definitiva para desenmascararlo.

—¿Mi motivación? —preguntó Abrante con suficiencia. Los temibles ojos azules querían fulminarla—. ¿Cómo puedes tú pensar que alcanzas a comprenderme a mí?

—Me avergüenza decir que por un instante entendí por qué hace lo que hace —dijo Carla arrugando la nariz—. Lo comprendí cuando presencié un accidente de tráfico. Un hombre se salió del carril, provocó que otro coche volcase y murieron sus dos ocupantes. El conductor que provocó el

accidente..., el rostro de aquel hombre destrozado por lo ocurrido, descompuesto por la culpa, me hizo sentir...

—¿Qué te hizo sentir, Carla? — El psiquiatra la miró con las pupilas brillantes, excitado de pronto como un carnívoro que huele sangre.

—Alivio —respondió bajando los ojos.

Carla había comprendido la motivación de Telmo Vargas desde el mismo momento en que presencié el accidente de tráfico en el que un conductor había causado la muerte de dos personas. Lo entendió cuando ella se sorprendió

a sí misma sintiendo alivio al observar al conductor responsable, aquel pobre hombre destrozado por lo ocurrido. Sintió alivio al ver diluida en la culpa de aquel hombre la suya propia por el aborto. Durante años había cargado en su conciencia con el peso de la incomprensión de los que la acusaban de haber puesto fin a la vida de su hijo. Y cuando tuvo delante a aquel conductor, vio que no era la única que cargaba con esa culpa, justificada o no, y sintió alivio.

Un pensamiento vergonzoso que duró apenas unos instantes,

que repudió con toda su alma, pero que le hizo comprender de pronto qué es lo que buscaba el maldito psicópata en las muertes que provocaba.

—Así es, querida Carla, «alivio», alivio al darte cuenta de que cualquiera puede hacer cosas horribles, igual que tú —dijo Abrante triunfal—. ¿Lo ves? ¿Lo entiendes ahora, Carla? El hombre que provocó el accidente que presenciaste, que hasta ese momento había sido una persona normal, se vio a sí mismo convertido en un asesino llevado por las circunstancias y por sus

propias decisiones. Tal vez conducía con unas copas de más, como tantas otras veces en las que no hubo problema, no pasó nada..., pero esa vez —el doctor abrió los ojos de par en par mientras hacía una pausa— ... esa vez se vio frente a frente con las consecuencias de sus actos, comprendió que era un monstruo. Lo que tal vez no supiera es que era un monstruo desde antes, desde que nació, pero nunca se dieron las condiciones apropiadas... hasta entonces. Tal vez deberías condenar la actitud de Dios. Admito que él es mucho mejor que yo creando determinadas circunstancias.

—Sus malditas «determinadas circunstancias». —Por un segundo sufrió un amago de vértigo, pero se recompuso—. Lo que usted busca no es el placer de matar ni el de ver morir —dijo Carla con voz sonámbula—. Se las ingenia para que unos se maten a otros para regodearse en el sentimiento de culpa de los que se han convertido en verdugos involuntarios. Por eso manipuló la muerte de esos chicos, los empujó al suicidio o los envenenó de tal modo que sus padres se creyesen responsables de la muerte de sus hijos. Porque necesita aliviar su propia culpa.

¿Qué hizo usted? ¿A quién hizo daño? ¿Qué es lo que pesa tanto en su conciencia que necesita descargarla de ese modo?

Abrante no contestó. Su rostro era una máscara de hielo.

—Es lo único que tendría sentido dentro de su mente de psicópata —prosiguió Carla— Lo he pensado miles de veces: usted debió de hacerle daño a alguien, posiblemente sin quererlo; sufrió un sentimiento de culpa tan inmenso que se sintió como un monstruo, y entonces se le ocurrió ese disparate de que todos somos

monstruos después de todo para aliviar su propia responsabilidad.

Abrante seguía sin contestar. Carla no quiso mirarle a la cara.

—Debió de ser alguien muy querido para usted.

Carla pudo ver como el psiquiatra se estremecía en ese momento.

—Supongo que te has ganado el derecho a saberlo —dijo el doctor con voz queda—. Mi hijo murió por mi culpa. Sufría una enfermedad mental. Quise curarlo con un tratamiento experimental. Pero eso solo lo empeoró. No fui capaz de

salvarlo. Podría haberlo hecho, pero cometí errores. Acabó muriendo

Sus ojos, por primera vez, reflejaron cierta humanidad, un destello de tristeza. Carla apartó la mirada.

—Entonces, un día presencié algo que le produjo alivio —intuyó Carla sin poder evitar estremecerse, como si le leyese la mente—. Por casualidad, se las vio con alguien que mató a su propio hijo por accidente, ¿no es eso? Usted encontró alivio en la culpabilidad de otros. ¿Qué fue? ¿Un accidente, una negligencia?

—No sabes cuántos padres descuidan a sus hijos —Abrante tenía la voz gélida—, padres que olvidan a sus hijos en el interior de sus coches a pleno sol, padres que dejan al alcance de sus hijos venenos, armas...

—Así empezó todo —adivinó Carla—: se encontró por casualidad con alguien que tuvo la culpa de la muerte de su hijo por una negligencia. Presenciar aquello no fue suficiente y empezó a provocar sus propios accidentes, a crear las circunstancias para que algunos padres se sintiesen responsables de

la muerte de sus hijos. ¿No es así? Así empezó todo.

—¿Lo ves, Carla? Tal vez no tengamos que seguir adelante con esto, itú y yo somos idénticos! Tal vez podríamos colaborar juntos, seguir demostrándole a la sociedad lo que realmente es. Tú y yo juntos podríamos hacer algo tan elevado como el arte más exquisito, seríamos los responsables del despertar de la sociedad, inos recordarían como aquellos que le pusimos a la sociedad un espejo delante!

—Pero es usted un fracasado, doctor, un fracasado total, porque

sabe que en el fondo su plan no funciona; quiere diluir su culpabilidad en la culpabilidad de los demás, pero no le funciona.

—¿Por qué dices que no me funciona, estúpida? —Los ojos se le encendieron de repente.

—Porque si le funcionara, dejaría de hacerlo, dejaría de matar. No me diga que yo soy su última víctima porque sabe que no lo soy. Sigue usted buscando su propia paz con lo que le ocurrió y sigue provocando muertes, pero nunca encuentra la paz. Por eso, cuando entendí lo que buscaba en cada crimen, también descubrí el modo

de atraerlo hacia mí. Sabía que si yo me hacía responsable de la masacre en la manifestación, usted no podría perder la oportunidad de mirarme a los ojos, de aliviarse en mi culpa. Después del atentado, yo solo tendría que fingir un ataque y el psiquiatra que acudiría sería usted. Por eso supe quién era.

—Me sigues sorprendiendo, Carla. —Abrante alzó levemente las cejas—. Has sido capaz de llegar hasta el final, de propiciar que mueran decenas de personas solo para llegar hasta mí.

—No ha muerto nadie, eso es lo que usted no comprende...

—Carla, definitivamente has perdido la cabeza, han muer...

—¿Tiene usted su teléfono en el bolsillo, no es así? —le interrumpió Carla.

—Sí —contestó el doctor titubeante.

—Consulte usted las noticias, por favor, busque la noticia de la masacre.

—No sé adónde quieres ir a parar con esto —replicó el psiquiatra con un tono impaciente mientras sus dedos aleteaban sobre la pantalla de su teléfono.

Carla disfrutó de cada segundo en el que observó a Telmo Vargas

buscar la información de los atentados.

—¿No encuentra nada, verdad?
—se burló Carla—. Una masacre semejante debería estar en las primeras planas de todos los medios y no hay noticia de ella en ningún lado.

Abrante la miró incrédulo, confundido, con la boca entreabierta.

—No ha muerto nadie, hijo de puta, toda esa información la he estado enviando yo a su ordenador. Yo escribí todas esas falsas noticias llenas de errores en la redacción, pero usted no se dio cuenta de

nada; estaba tan emocionado con el transcurrir de los falsos acontecimientos que yo escribía para usted que no se dio cuenta de que a veces la misma frase venía de boca de dos personas diferentes, que las fotos no se correspondían, que el estilo editorial de algunos artículos no seguía las normas de estilo de este o aquel periódico.

—¿Pero... cómo? —Abrante todavía rebuscaba información en su teléfono.

—Le colé un virus informático en el ordenador. Usted me pidió que averiguase las identidades de los participantes en los foros radicales.

Ese fue su gran error: me demostró que no tenía grandes conocimientos de informática y me dio una oportunidad de oro para introducir un virus dentro del documento con la información que me pedía. ¡Yo sabía que usted, sin el cómplice informático, nunca se iba a dar cuenta!

Abrante, con fingida calma, apagó la pantalla y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo de su bata. Se puso en pie, lento y envarado.

—Aunque usted seguía utilizando una conexión oculta imposible de rastrear —explicó

Carla—, el virus que le envié me proporcionó un modo de tomar el control de su ordenador para modificar las páginas web que visitaba. Cuando usted consultaba las noticias en internet en cualquier periódico online, el virus me permitía insertar noticias falsas. Yo nunca le di las verdaderas identidades de los miembros de los foros ultras, solo nombres y usuarios inexistentes. Las conversaciones en los foros, las disputas y las subidas de tono también son falsas. Yo misma suplanté a todos los usuarios y escribí los diálogos. Trabajé durante

días y noches sin descanso simulando una escalada de violencia que usted creyó real. Usted incitó al ataque a los manifestantes de la Puerta del Sol, pero quien aceptaba con entusiasmo su plan solo eran falsos perfiles creados por mí. ¡Yo estaba al otro lado!

El doctor la miraba fijamente, inexpresivo.

—Entonces —se explayó Carla —, cuando todo estaba listo para la tragedia, cuando yo hacía que los inexistentes grupos radicales planeasen el atentado a la manifestación, fingí el ataque de

nervios para que me ingresaran y me trajeran aquí. Todo ha sido un montaje, hijo de puta; yo ingresé en este centro voluntariamente. Mientras usted creía que yo caía en su trampa, era usted el que caía en la mía. Yo sabía que usted no podría resistirse a mirarme a los ojos, a regodearse en mi culpabilidad después de la tragedia. Por muchas precauciones que tomase, tenerme aquí cerca, sintiéndome culpable de lo ocurrido, era una tentación demasiado poderosa. Se las apañaría para estar de guardia esta noche. Acudiría a verme, como ha hecho.

Abrante recobró el brillo en sus pupilas, como si despertase de un trance. Aplaudió con suavidad.

—Bravo, querida Carla, bravo... bravo... vo. Eres brillante. Sin duda, te he subestimado, mi querida Carla. No esperaba semejante demostración de ingenio, aunque convendrías conmigo en que sigues estando ingresada en un psiquiátrico, a mi merced.

—Atrévete a hacerme algo —le desafió Carla.

—Te recuerdo que aquí mando yo: decido quién entra o sale, qué medicación tomas... Puedo

inyectarte una dosis que te dejará como un vegetal.

—No puedes hacerme nada. ¿Todavía no lo entiendes?

El doctor sacó el intercomunicador del bolsillo.

—Necesito ayuda —habló al aparato—. Envíen dos enfermeros. El calmante no ha surtido efecto; esta paciente está a punto de perder el control.

Carla sonreía con la calma de una madre que amamanta a su hijo.

—Ningún enfermero va a acudir. Cuando se abra esa puerta, los únicos que la cruzarán serán policías.

—Estás delirando —dijo el doctor—. Nadie va a venir en tu ayuda. Recuerda que estás ingresada por demencia; aunque la simularas, eso no cambia nada. Si hay policías al acecho, no tienen ni idea de lo que está ocurriendo en esta celda. No saben de qué estamos hablando, no tienes pruebas de nada.

—Lo saben todo, doctor. —Carla acarició la pared a sus espaldas con la palma de la mano abierta como si acariciase el lomo de un perro—. Hay micrófonos escondidos detrás de estas paredes.

—Eso es absurdo, querida: con lo que llevamos hablado, la policía ya hubiera entrado hace un buen rato.

—Tal vez están dejándole que se incremine más y más —contestó Carla sonriente mirando a la puerta—. Porque, a pesar de todo, yo seguía sin tener pruebas contra usted. No había nada que lo vinculase con ninguna de las muertes... hasta ahora. Esta conversación ha sido muy interesante.

La sonrisa de Carla cobró un matiz desafiante.

Se escuchó el sonido de pasos apresurados por el pasillo. El doctor miró a Carla. Sus ojos brillaban con una frialdad reptiliana. Los pasos sonaban cada vez más próximos.

—Tú y yo somos iguales, Carla.

La puerta de la habitación se abrió violentamente con un estruendo de chapa. Dos policías cruzaron el umbral. Llevaban casco y el acolchado uniforme de asalto de los grupos especiales. Barrieron el espacio con sus metralletas. Apuntaron al doctor, que se quedó mirándolos con la boca abierta.

—Te equivocas en todo, hijo de puta —dijo Carla todavía agazapada

sobre la cama, mirando directamente los incrédulos ojos del doctor con la mirada de un lobo hambriento que mira a su presa antes de saltar sobre él—. Tú y yo no somos iguales. Esta partida, la definitiva, es mía: yo gano, tú pierdes... No me importan las teorías de lunático que te has creado en la cabeza para justificar tus crímenes, para justificar lo que le hiciste a tu hijo. Es cierto; la gente puede hacer cosas horribles en determinadas circunstancias, pero también pueden convertirse en héroes, como acabo de hacer yo. Bajo tus malditas «determinadas

circunstancias», he arriesgado mi vida y la de mi hijo para proteger a tus futuras víctimas de una escoria ridícula como tú.

»Observas el mundo bajo un prisma muy sesgado, ves cómo se comporta la gente y solo eres capaz de ver lo que quieres ver: odio, envidia, soberbia..., que es exactamente lo que tú tienes dentro. Lo único que haces es proyectar tu odio sobre el mundo, no eres capaz de ver que existe gente que se entrega a los demás, que se ayuda, que se da ánimos. ¿Por qué no te fijas en Nelson Mandela? ¿Por qué no te fijas en

Gandhi? ¿Por qué no les prestas atención a tantos que, en circunstancias aún peores, salen adelante contra viento y marea, que se oponen a la tiranía, a la injusticia...? ¿Cuánta gente ofrece dinero y ayuda a amigos o incluso a desconocidos con problemas, con enfermedades...? ¿No conoces organizaciones sin ánimo de lucro que extienden su ayuda a través de las fronteras? ¿No has oído hablar de asociaciones de mujeres maltratadas, de organizaciones de apoyo al menor, de caridad con los desfavorecidos? ¿No sabes lo que una madre es capaz de hacer por

sus hijos? ¿Dónde está ahí ese odio que tanto te fascina?

»Claro, esa es la parte que a ti no te interesa... ¡No todos somos monstruos! —gritó Carla con los ojos clavados en los de Telmo Vargas como si quisiera fulminarlo con la mirada—. Tú eres un monstruo, y lo sabes, y lo sientes, y lo seguirás siendo, y te seguirías sintiendo así aunque consiguieras que media humanidad masacrara a la otra media. Maldito idiota. ¡Esta partida, la definitiva, la gano yo!

El doctor estaba petrificado, con la boca abierta y la mirada enloquecida, cuando entró el

teniente Guerrero también con el uniforme de combate. Dedicó una rápida mirada a Carla. Después fue derecho hacia el psiquiatra y le estampó el puño en la cara. La pared evitó que el doctor cayese al suelo de espaldas.

Los policías lo esposaron y lo sacaron de la celda a rastras, mientras Guerrero se agachaba sobre Carla para ayudarla a ponerse en pie, pues todavía se encontraba mareada por los efectos del somnífero. O tal vez estaba borracha de alegría... ¡Por fin todo había acabado!

—¿Estás bien? —le preguntó Guerrero tomándola suavemente de los hombros—. Dios mío, estaba tan preocupado. No sé como te he dejado hacer esto.

Se quitó el casco. A Carla le pareció el hombre más guapo del mundo.

—Todo ha salido como lo planeé —dijo Carla triunfal.

En la puerta vio a Mercedes, la enfermera, que no era tal, sino una agente de policía encubierta. Llevaba un acolchado chaleco antibalas sobre la bata de hospital y en la mano sostenía una pistola.

—Gracias por cuidar de mí —
agradeció Carla dedicándole una
sonrisa.

—Lo has hecho muy bien,
Carla, has sido muy valiente —
contestó Mercedes con una gran
sonrisa afectuosa.

Carla creyó ver un brillo de
admiración reflejado en los ojos de
la policía.

Guerrero, protector, le pasó un
brazo sobre los hombros. Salieron
juntos a la calle, donde un coche
oficial les esperaba. El aire
nocturno era dulce y se sentía
liviana, como si flotase en la luna.

Pensó en su futuro hijo, en el amor del hombre que tenía a su lado... Respiró hondo y se sintió colmada de vida y de esperanza.

Probablemente eso era lo que llamaban felicidad.

SEGUNDA PARTE del
libro 2.0
LA CONFRONTACIÓN
DEL MAL

CARLA

En el cielo brillaba el sol más hermoso que Carla hubiese visto jamás.

Se encontraba en la terraza acristalada de una cafetería próxima al Museo del Prado. Frente a sí tenía a su hermano y por delante un duro trago para hacerle entender lo que había hecho y, sobre todo, los

motivos por los que había tenido que ocultarle sus planes.

Carla había vencido al astuto doctor usando sus mismas armas, tejiendo un sofisticado engaño a su alrededor.

Como había imaginado, al principio Isaac reaccionó con gran alivio al saber que Telmo Vargas por fin había sido identificado y detenido por la policía, pero con asombro y disgusto después, al conocer la estratagema que Carla había ideado para atraparlo.

—No estaba sola. Guerrero estaba al tanto de todo desde fuera.

—Pero ese psicópata estaba «dentro», Carla; podría haber sido cualquiera, te podía haber inyectado cualquier cosa en cualquier momento.

—También tenía protección dentro.

—¿Quién?

—Una agente de policía que se hacía pasar por enfermera, Mercedes. Ella controló desde el primer momento que no me diesen ninguna medicación peligrosa para mi embarazo, solo tranquilizantes inofensivos que me ayudaron a mantener la sangre fría.

—¿Sangre fría dices? —exclamó su hermano—. ¡Hay que ser el puñetero Harry el Sucio para hacer lo que tú hiciste!

—Me la jugué —reconoció Carla—, pero valió la pena.

Su hermano la observó con detenimiento.

—¿Cómo podías estar tan segura de que darías con él? En un complejo hospitalario tan grande como ese trabajan... ¿cuántos médicos? ¿Más de cien? Dando por sentado que tenías indicios suficientes para deducir que Telmo Vargas era uno de ellos, ¿cómo dar con él entre tantos otros?

—Sabía que él vendría a mí. Lo supe en cuanto comprendí su motivación. A él no le importan las víctimas. Lo que le mueve no es el placer de matar; lo que le impulsa a cometer sus crímenes es crear verdugos que se sientan responsables de las muertes de otros. Me avergüenza decirlo —dijo Carla bajando la mirada—, pero por un instante entendí su forma de pensar, me puse en su punto de vista.

—¿Te pusiste en el punto de vista de ese psicópata? —Isaac sacudió la cabeza sorprendido.

Carla respiró hondo. No tenía fácil hacer entender aquello a su hermano. Isaac no sabía nada de su aborto ni del obsesivo sentimiento de culpabilidad que había arrastrado durante años. Era algo que había soportado ella sola; lo había mantenido en secreto, no lo había compartido con nadie, ni siquiera con su hermano, la persona con la que tenía más confianza en este mundo. Si lo hubiese hecho, se dijo, a lo mejor no hubiese cargado tanto tiempo con ese peso. Muchas mujeres abortaban y no se volvían locas, tal vez porque lo hacían arropadas por la comprensión de los

demás.

Ya nada de eso importaba: su hijo estaba en camino, había decidido ser madre y tenía todas las razones del mundo para ser feliz.

—Verás, ese hombre enloqueció cuando su propio hijo murió en sus manos en el quirófano —explicó Carla—. Él me lo dijo. Entonces su mente enferma buscó una escapatoria para soportar el peso de la culpa: repartir ese peso entre otros. Quiso demostrarse a sí mismo que él no era el único que cometía errores trágicos que acaban con la vida de un hijo. Por eso creaba las condiciones: empujando

al suicidio a un adolescente homosexual, incapaz de soportar la vergüenza de ser descubierto por su padre manteniendo relaciones con otro hombre, y promoviendo en el progenitor la idea de que su intolerancia de la sexualidad de su hijo lo ha empujado al suicidio; suministrando somníferos en lugar de anfetaminas a un hombre que transporta a su bebé cada mañana, provocando que el pobre hombre se quede dormido en el interior del coche a pleno sol y el bebé muera deshidratado; dando falsas esperanzas al padre de un niño autista a través de supuestos

fármacos milagrosos que hacen creer al pobre hombre que su hijo ha muerto en sus brazos por su culpa...

Isaac levantó la palma de la mano para que parase. Conocía el repertorio de atrocidades ideadas por el ruin doctor. Él mismo había resultado herido gravemente cuando las investigaba.

—Su mente retorcida y enferma ideó esas situaciones que acabaron en tragedia —prosiguió Carla—, pero el alivio con cada muerte solo era momentáneo. Por eso seguía matando; he ahí el caso de Irena Aksionov: disfrutó viendo a su

padre cada día en las noticias, impotente, clamando por la liberación de su hija, incapaz de salvarla a pesar de todo su dinero, recriminándose no haber sido capaz de protegerla mejor. A Telmo Vargas nada le conseguía aliviar el sentimiento de culpa. Cada vez necesitaba más y una matanza a gran escala era el siguiente paso. Por eso ideó los atentados en la manifestación. Esta vez yo sería la víctima elegida: me haría responsable de decenas de muertos y me amenazó con matar a mi futuro hijo si me negaba a seguir sus órdenes. Hiciese lo que hiciese,

yo me sentiría culpable del resultado. Él ganaba. Estaba demasiado seguro de ganar, y ese fue su mayor error.

Su hermano escuchaba atentamente con el ceño fruncido.

—Cuando comprendí por qué lo hacía..., ese fue el momento en el que se me ocurrió el plan: fingir que lo obedecía, que todo ocurría según sus planes. Le entregué datos falsos de activistas radicales cuya identidad en las redes sociales yo misma suplanté. Cuando él creía estar calentando los ánimos de los radicales, era yo misma quien contestaba a sus provocaciones.

Pasé días y noches encerrada en casa escribiendo falsos comentarios en los foros más violentos. El teniente Guerrero estaba al tanto de todo desde el principio. Fueron sus hombres quienes sabotearon la instalación de televisión del hospital para cortar la emisión. De ese modo, la noche del supuesto atentado, el único contacto de Telmo Vargas con las noticias del exterior sería mediante internet...

—Y él no es informático... — dijo Isaac como si leyese la mente de su hermana.

—Exacto. Si en lugar de un psiquiatra me hubiese enfrentado a

un *hacker* informático, nunca hubiese podido colarle el virus en mi mensaje de respuesta. Aunque el doctor ya no colaboraba con un informático, seguía utilizando una conexión protegida, imposible de rastrear, pero no protegió su buzón de entrada contra los virus.

—Y el virus modificaba las páginas web que visitaba — corroboró su hermano.

—Así fue como tuvo acceso a las falsas noticias de los ataques a la manifestación. En el hospital todos me tomaban por loca cuando les hablaba de los atentados. Todos menos él, el único psiquiatra que no

creía que yo estuviese teniendo alucinaciones.

—Por eso lo reconociste —
comprendió Isaac.

—Así es. Sabía que, si estaba a su alcance cuando se produjera la falsa masacre, él sería el psiquiatra que se me acercaría antes que ningún otro.

—Pero hay montones de médicos en ese hospital. ¿Cómo elegiste el momento? ¿Y si él no era el psiquiatra de guardia?

—Se las arreglaría como fuera para estar ahí, Isaac. Se las apañaría para estar de guardia esa noche a propósito, esperando que se

produjera la matanza para observar mi reacción. Es lo que intento explicarte. Era su victoria: observarme sintiéndome culpable de montones de muertos, enloquecida. Era algo que no se iba a perder por nada del mundo.

Isaac se pasó una mano por la mejilla pensativo.

—Creo que lo entiendo. Lo engañaste. Lograste engañar a todos esos médicos que te evaluaron. Me engañaste incluso a mí. ¿Por qué no me lo contaste? —preguntó dolido.

Carla miró a su hermano directamente a los ojos. Le cogió las manos.

—Te pido perdón —dijo solemne—, perdóname por haberte hecho sufrir de esa manera, pero era necesario. Tu angustia, tu preocupación eran lo que necesitaba mi actuación para parecer real.

Isaac se la quedó mirando fijamente. No dijo nada.

—Por favor, perdóname —insistió Carla—. Solo espero que me entiendas. Tenía que lograr que Telmo Vargas no sospechase nada. Debía conseguir que creyera que de verdad me había vuelto loca, que mi ingreso en el psiquiátrico era real. Ya sabes lo retorcido, lo inteligente

que es ese hombre. Alguien tan precavido como él estaría alerta ante cualquier señal contradictoria. Todo tenía que suceder de tal modo que no apareciese la más mínima sombra de sospecha en su mente. Si recelaba lo más mínimo, mis planes se irían al traste.

Su hermano frunció los labios. Emitió un sonoro suspiro.

—Sabías que cuando me avisaran de tu ingreso me presentaría en el psiquiátrico —comprendió Isaac—; sabías que haría todo lo posible por averiguar lo que te estaba pasando y que, al no poder verte, montaría un

espectáculo en el hospital. Y eso es exactamente lo que hice, aunque no me sirvió de mucho...

—Por eso necesitaba que tu preocupación fuese real —asintió Carla—. El maldito doctor estaría al tanto de todo lo relacionado con mi ingreso. Tendría noticias de tu aparición en el hospital. Es probable que incluso te viese.

—Y verme tan angustiado reforzaría la idea de que realmente habías caído en una crisis mental —admitió Isaac—, disiparía cualquier idea de un posible fingimiento.

—Así es. Si alguna vez la duda pasó por su cabeza, tu aparición en

el hospital la borró por completo.

Su hermano la miró con una expresión indescifrable.

—Ten en cuenta —continuó Carla— que si te hubiese contado lo que pretendía hacer, no lo hubieses aprobado. Habrías intentado disuadirme. Lo que he hecho ha sido muy difícil para mí y no quería tener que enfrentarme también a ti —la voz se le rompió.

Su hermano le apretó las manos con fuerza. Carla le devolvió la mirada con ojos empañados.

—No te preocupes —la calmó Isaac—, no voy a reprocharte nada. La parte más difícil de todo esto la

has hecho tú sola. Si mi papel consistía en angustiarme y pasar las peores horas de mi vida, lo acepto. —En su rostro floreció una sonrisa—. Ahora ya da igual. Todo ha salido bien y de nada sirve preocuparnos por lo que podría haber salido mal. Vivamos el presente. Por cada minuto que pasamos angustiados por el pasado, perdemos sesenta segundos de felicidad.

Carla sonrió y suspiró aliviada. Sabía que su hermano era sincero. Si por algo se caracterizaba Isaac era por no guardarse reproches.

Carla se relajó en su asiento, recibiendo los cálidos rayos de un

sol que ya empezaba a oler a primavera. En la calle, al otro lado de la cristalera, desfilaban incesantes los turistas rumbo al Museo del Prado. En los jardines del museo, un músico callejero interpretaba una melodía de violín cargada de sentimiento.

—Por cierto, ¿cuándo voy a conocer a tu teniente Guerrero?

—¡No es mi teniente! —replicó Carla sin poder ocultar una sonrisa.

Guerrero y ella habían aclarado las cosas después de su fatídico encontronazo con la abogada. Guerrero le había pedido una y mil veces perdón por su desliz al

acostarse con aquella mujer. Juró que había sido algo imprevisto, que se había dejado seducir como un idiota. Juró que no volvería a pasar. Juró que la quería a ella.

Carla tuvo que admitir que también sentía algo profundo por él, algo más allá del ardiente deseo.

—Pronto lo conocerás —
respondió Carla—, pronto.

MAX N. N.

Max se despertó en la cama del hostel.

¿Cómo demonios había llegado hasta allí?

Recordaba el día anterior entre brumas: primero, descubrir al hombre que era su padre en el vídeo del iPod, luego sacar miles de euros del banco, la escena en la Castellana, billetes volando por

todos lados, aquel hombrecillo con aspecto de pedigüeño que lo miraba impávido, el peregrinar por los bares hasta acabar borracho...

La negrura eléctrica de la noche madrileña se colaba por la ventana. Consultó el reloj de pulsera; eran las siete de la tarde.

Se había pasado el día durmiendo, ¿o había sido más de un día?

Fue capaz de recordar cómo, ayudado por el recepcionista del hostel, había subido entre brumas de alcohol las escaleras hasta su habitación, aunque seguía faltándole un tramo a la historia.

¿Cómo había ido desde la zona de copas hasta el hostel? Recordaba haberse perdido entre las laberínticas calles de Madrid, la desorientación, la ceguera del alcohol, dar vueltas y vueltas hasta desplomarse inconsciente en una acera en mitad de la calle.

En la mesilla estaba el maldito iPod.

Aquel aparato iba a ser su perdición. Ya tenía claro que por él lo tenían localizado.

Lo que no imaginaba la policía, o quien fuera que lo estuviese vigilando, era que Max solo quería una cosa: que fueran a por él.

Tal vez —pensó— la respuesta esté en este maldito cacharro.

Una vez más, sentado en la cama, se puso a examinar el contenido de aquel dispositivo cuyo funcionamiento había ido desentrañando poco a poco, como un arqueólogo que descifra las instrucciones de una antigua tumba egipcia.

Music / Playlists...

No dejaba de ser curioso que estuviera en inglés. Max cayó en la cuenta de otro detalle: sabía inglés, al menos aquel inglés elemental

que le permitía comprender las funciones básicas de un iPod.

Playlists: Listas de play, Listas de canciones (las escuchas dándole al Play).

AAA201

AMOK

Battiato Best

Beck

Bjork

Bowie Next Day

Classical Best

Karkwa

Michael Jackson

Martha Pop

Perfect Playlist

PJ England Shake

Radiohead

Vorobiov Watson Others

Tom Waits

TV on Radio Best
Voice Memos
On-The-Go

¿Qué sería aquello de Voice Memos? ¿Memorias de voz? ¿Tendría eso algo que ver con su memoria perdida?, se preguntó con un escalofrío nervioso.

Una vez más, las palabras, aquellas palabras juguetonas que Max había ido descubriendo con el paso del tiempo. Ahí estaba una palabra nueva, *memo*, otra palabra que flotaba en un universo blanco. Max vio que la palabra se extendía en su mente y se convertía en «memorándum».

Algo que recordar.

Si Max quería hacer algo en esta vida, era recordar.

No sin miedo, seleccionó Voice Memos con la esperanza de que se tratara de una lista de canciones vacía...

Había un archivo etiquetado como Eduard Sokolov, el nombre de su padre.

Max se colocó los auriculares. Respiró con profundidad.

Play.

Supongo que cuando escuchéis esta grabación, si es que alguna vez la escucháis, habrán sucedido nuevas catástrofes.

Espero que sigáis vivos, hijos míos, espero que viváis una vida larga y próspera.

Los acontecimientos han dado un giro terrible, mucho peor de lo que yo jamás hubiese podido imaginar.

Mi vida acaba de desmoronarse y el mundo entero podría estar llegando a su fin.

Todavía es sábado, 26 de abril, todavía no han evacuado la ciudad. Me siento cada vez peor, casi he perdido la visión en mi ojo derecho; pero debo dejar constancia de esto para vosotros, no sé si sobreviviré. Conozco bien los efectos de la radiación. Ya deben de haber muerto bastantes trabajadores de la central y muchos irán cayendo en los próximos meses.

**ARCHIVO DEL CNI.
INFORME DE
INTELIGENCIA N.º**

000124030314HS.

**GRADO: SECRETO (son
equivalentes COSMIC
TOP SECRET y EU TOP
SECRET)**

GLOSARIO: El siguiente informe se enmarca dentro de la Operación Máscara de Hielo: operativo internacional de búsqueda y captura del máximo dirigente de la mafia rusa, líder de identidad desconocida, cuyo alias es Magno.

Magno: dicese del nombre en clave por el que se conoce al líder absoluto de una de las redes mafiosas más grandes del mundo, integrada principalmente por ciudadanos rusos y de otros países del Este que desarrollan actividades delictivas a gran escala (tráfico de armas, drogas, trata de mujeres,

extorsión, chantaje...). La Operación Máscara de Hielo pretende identificar al dirigente conocido como Magno, de quien se desconoce su verdadera identidad o fisonomía. La información recabada por el operativo de investigación hace pensar que el individuo bajo vigilancia llamado Nikolái Sokolov (actualmente Max N. N.) podría ser la única persona que habría conocido la verdadera identidad de Magno (y, por tanto, uno de los pocos capaces de describir su apariencia).

CONTENIDO DEL ARCHIVO:

Transcripción de la conversación entre el teniente J. P. Guerrero y Piotr Vorobiov, agregado de la Embajada rusa para operaciones especiales, grabada según el protocolo de Control de la Seguridad Nacional en las instalaciones del Centro Nacional de Seguridad, grabación amparada por las leyes de confidencialidad y protección de la información clasificada del Reino de España, OTAN, Unión Europea, Agencia Espacial Europea y otras organizaciones de las que España forma parte.

—Está jugando con nosotros, Vorobiov, no le des más vueltas — dijo Guerrero cabeceando con convicción.

Vorobiov, sin embargo, no se dejaba contagiar por su certeza, aunque tampoco era capaz de rebatir a Guerrero. Aplastó con saña una colilla contra el cenicero.

—¿Por qué está haciendo cosas sin sentido? —prosiguió Guerrero mirando fijamente a Vorobiov, que le rehuía la mirada—: arrojar miles de euros a la multitud,

emborracharse hasta perder el conocimiento...

—De acuerdo —acabó diciendo Vorobiov—, se emborrachó, es humano. ¿Y qué pasó después?

—Alguien lo ayudó a llegar hasta el hostel donde se aloja. Cayó muerto a unas pocas calles...

—¿Cayó... «muerto»? — interrumpió Vorobiov alarmado.

—Es una expresión hecha, hombre; quiero decir que se desplomó inconsciente —explicó Guerrero con cierta impaciencia.

—Entonces alguien lo encontró y lo arrastró hasta el hostel donde se aloja. ¿Quién?

—De eso quería hablarte. Resulta que el individuo que lo recogió es un inmigrante ruso.

Vorobiov alzó una ceja.

—¿Un ruso?

—Lo hemos identificado como Joseph Dziuk, nacido en San Petersburgo, treinta y cinco años. Aquí tienes su foto.

Guerrero dejó sobre su escritorio una fotografía en la que aparecía un hombre menudo, con una nariz prominente, enfundado en un gastado abrigo negro que le quedaba varias tallas grande.

—Parece un don nadie, un tipo insignificante —dijo Vorobiov—,

¿crees que puede tener alguna relación con Nikolái?

—No lo sé —Guerrero se encogió de hombros—. Hemos comprobado su historial. Ese tipejo tiene una larga lista de antecedentes por pequeños delitos: hurtos, timos, estafas, nada serio. He pedido a la Interpol que me amplíe su historial fuera de España.

—¿Cómo sabía dónde se alojaba Max? —preguntó Vorobiov.

—¿Qué quieres decir?

—No hace un minuto me dijiste que Max cayó inconsciente, que cayó «muerto». ¿Cómo le dice un

tío inconsciente a otro dónde se aloja?

—¿Insinúas que ya se conocían de antes? Desde que seguimos a Max es la primera vez que vemos a este individuo, Joseph.

—¿Y si es un correo de la mafia rusa? ¿Y si lo han enviado para que le pase un mensaje a Max?

—Pues debería haber elegido otro momento: Max estaba borracho como una cuba. Ni siquiera creo que se acuerde de lo que pasó.

—¿Y si Max fingió la borrachera —sugirió Vorobiov— para que ese

tipo se acercase a él sin levantar sospechas?

—Demasiado retorcido, demasiado precavido.

—Precisamente —dijo Vorobiov — ese es el estilo de Nikolái Sokolov.

Ambos agentes se quedaron mirando la fotografía de Joseph Dziuk, un hombrecillo con aspecto tan frágil que parecía que en cualquier momento un soplo de aire podría llevárselo volando.

—Me parece que estamos volviéndonos paranoicos si creemos que este tipejo tiene algo que ver

con la mafia rusa —afirmó Guerrero.

—Si algo he aprendido —replicó Vorobiov sombrío— es que, cuando se trata de Max, ser paranoico no resulta lo bastante precavido. Deberíamos encontrar a ese tal Joseph y tener una conversación con él.

MAX N. N.

Vuestro abuelo, mi padre, se encuentra junto a mí. No sé qué habrá sido de vuestra madre ni de vosotros. A pesar de todo, quiero a mi mujer más que nunca.

Me siento muy mal.

Quisiera tener la oportunidad de contaros tantas cosas, hijos míos, pero no puedo, al menos hoy ya no puedo más.

Aquí termina mi grabación.

Os quiero.

La grabación había llegado a su fin. Max, sentado sobre la cama de

su hostel, se quitó los auriculares despacio, como si realizara una delicada operación quirúrgica.

—De acuerdo —dijo en voz alta mirando el iPod—. Queréis que recuerde, ¿no es eso? Supongo que hay algo en mi cabeza que es muy valioso. Está claro que no se trata de dinero. Pues bien, no sé cómo ayudaros. ¿Estáis esperando que haga algo?

Max estaba solo en la habitación del hostel. Evidentemente, nadie respondió a su pregunta.

—¡¿Qué queréis que haga, maldita sea?! —gritó.

Max se incorporó y, con el iPod en la mano como si se tratara de un teléfono móvil, salió de la habitación. Buscó las escaleras y empezó a subir.

—Estoy subiendo a la azotea —habló al aparato—, quienquiera que seáis. Este edificio tiene ocho plantas; cuando llegue a lo alto, saltaré al vacío. Si no me creéis, no importa demasiado, vais a comprobar que digo la verdad en pocos minutos.

Los pasos de Max sobre las escaleras de madera crujían determinantes. Llegó a una especie de caseta abuhardillada y empujó la

puerta de hierro oxidado. Al otro lado le esperaba el rumor perenne del tráfico flotando sobre una panorámica de los tejados de Madrid, una cuadrícula inabarcable de cemento y ladrillo hendido por luminosas avenidas que se fugaban hasta el horizonte, de la que sobresalían en la distancia los rascacielos de las cuatro torres, metal y cristal, semejantes a los cuatro dedos de una mano gigantesca y robótica emergiendo de un mar luminiscente.

Sacó un Marlboro. El hueco de su mano cobijó por un segundo la

llama del mechero. El humo del cigarrillo se entrelazó con la noche.

Acababa de escuchar la historia (o parte de la historia) de su padre, Eduard Sokolov, pero no sentía nada especial al respecto. Al parecer tenía un hermano llamado Iván. Eso tampoco le importaba lo más mínimo: era la historia de otra persona, la historia de Nikolái Sokolov, un perfecto desconocido.

La historia de Max N. N., un loco desmemoriado con delirios de grandeza que hablaba a supuestos agentes secretos a través de un iPod, estaba a punto de acabarse.

En la vida de Max no había nada, solo el vacío. Si acaso, conversaciones nocturnas con una mujer llamada Eva Luna, a la que Max solo podía complicar la vida. También estaba Alicia Roca, una adolescente a la que quería como a una hermana, pero que le era aun más inaccesible.

Terminó de apurar la colilla, que lanzó hacia la noche de Madrid, cuya oscuridad se la tragó sin piedad.

Puso un pie sobre el murete de la azotea. Se dispuso a saltar.

En ese momento, la puerta de la azotea se abrió de golpe.

Max sonrió para sus adentros y se volvió para observar a sus «guardianes», dos hombres vestidos con traje y semblante preocupado. Los dos le conocían de cuando era Nikolái Sokolov.

—Hola, Max, soy el teniente Guerrero; este es el agente Vorobiov. Está usted detenido.

ALICIA

No perder la esperanza. Alicia se lo repitió una y otra vez. Nunca tenía que volver a perder la esperanza. Hacía un momento quería suicidarse y ahora se sentía la chica con más suerte del mundo. ¡Marcos la quería! Marcos la quería a pesar de todo y de todos, y eso no iban a cambiarlo ni su madre, ni quienes la consideraban una

criminal ni todas las exnovias del mundo.

Doña Adelaida tenía razón. A lo mejor solo era cuestión de no perder la fe y seguir luchando siempre, pasara lo que pasase. No rendirse nunca, nunca claudicar, luchar por tus sueños hasta el final.

Cuando Marcos se hubo marchado, después de hacer planes para el día siguiente, Alicia corrió a darle las gracias a la anciana señora. La encontró sentada en su butaca, cosiendo.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí. —Alicia se arrodilló frente a ella, cogiéndola de las

manos—. Si no es por usted, ya estaría muerta. Cualquiera cosa en la que yo pueda ayudarla no tiene más que decírmelo.

—No, hija, no tienes que darme las gracias a mí, sino a Dios. Él te puso en mi camino. Soy yo quien tiene que darle las gracias a Él. Ya te dije que no hacen falta grandes riquezas para ayudar a los demás, simplemente estar cuando se necesita.

—Tiene usted toda la razón.

La anciana le acarició el pelo con ternura. Alicia sintió la santidad de aquella mujer a través de sus manos. El amor la cubrió como un

bálsamo, erizándole la piel con una alegría desbordante. Experimentando una especie de revelación, entendió lo que significaba el amor como solución a los problemas del mundo.

—Dios siempre tiene una buena razón para hacer las cosas. Lo que pasa es que a veces nos rebelamos y no queremos ver sus motivos. A mí me puso en las calles para ayudar a otros. De eso me di cuenta hace tiempo, por eso soy feliz y no me lamento por haber perdido mi casa. Si hubiese seguido entre esas cuatro paredes, ya me

hubiese muerto consumida por la tristeza.

—Es usted muy buena. Ojalá un día pueda pagarle todo lo que ha hecho por mí.

—Tonterías, no me tienes que pagar nada. Solo tienes que ser una persona recta que ayuda a los demás cuando lo necesitan. Nunca le des la espalda a quien le hagas falta y siempre te irá bien en la vida. Acuérdate de eso.

—Me acordaré.

Alicia, además de una gran felicidad, sintió un enorme vacío en el estómago. No había comido nada en todo el día.

—Baje conmigo al bar de la Gran Vía —animó a doña Adelaida—. Tomaremos café y unas tortitas de las que tanto le gustan. Yo la invito.

Las dos salieron a la calle; doña Adelaida cogida del brazo de Alicia, como una abuela que pasea con su nieta. Atardecía y el cielo era un fulgor de tonos anaranjados. Alicia respiró hondo, disfrutando del aire frío que tenía sabor a esperanza.

Se metieron en uno de los bulliciosos bares de la Gran Vía. Allí se encontraron con Joseph, el hombrecillo ruso que recorría las mesas buscando sin éxito clientes

para su negocio de limpiabotas. Cuando las vio entrar, las saludó con una sonrisa que ocupó todo el espacio en su estrecho y alargado rostro.

—¡Hola! ¿Quieres sentarte con nosotras? —invitó Alicia—. Vamos a tomar café con tortitas.

—Ese convite lo acepto —dijo el ruso—. La tripa me ruge desde hace horas. Una buena pitanza no me vendrá mal.

—Este Joseph, tan poca cosa y tanto que come —exclamó doña Adelaida—. No sé dónde lo mete.

—Mi buena señora: pensar también da hambre y, aunque no lo

parezca, yo soy una persona que piensa mucho.

—Y también que habla mucho. Me parece a mí que la fuerza se te va por la boca —rió doña Adelaida.

Tomaron asiento en una de las mesas. El camarero les sirvió los cafés y una bandeja repleta de tortitas con nata y sirope de fresa. Detrás de Alicia, en la pared, había una televisión encendida. Alicia no podía ver la pantalla, pero sí escuchar las voces de los presentadores del telediario:

En Siria continúan los bombardeos contra los rebeldes por el control de la frontera.

Aumenta la tensión entre Rusia y Ucrania por el futuro de Crimea.

Duras represiones policiales en Venezuela. Al menos tres jóvenes han resultado muertos mientras protestaban en una manifestación contra el régimen de Nicolás Maduro.

Hacía semanas que Alicia no veía la televisión y no tenía ni idea de lo que pasaba en el mundo, pero escuchando las noticias tenía la impresión de que todo seguía más o menos igual: guerras, conflictos, muertes, problemas... Alicia siempre había pensado que nada de aquello le importaba a nadie lo más mínimo, aunque todo el mundo

viese las noticias. Mirar el telediario parecía más bien una tradición arraigada. Cualquiera de aquellas noticias, que el presentador acababa de narrar como si tal cosa, era lo bastante grave como para poner el grito en el cielo. Pero no había tragedia suficientemente fuerte para que alguien moviese un dedo. Puede que la gente sintiera cierto morbo en contemplar las desdichas de otros. Tal vez el sufrimiento ajeno les hacía creer que sus vidas no estaban tan mal. Seguramente por eso el telediario, con todo su repertorio de penalidades, siempre

era el programa más visto de cualquier cadena.

Sentado frente a ella, Joseph no se perdía detalle de la pantalla mientras masticaba a dos carrillos.

En clave nacional, buenas noticias para la economía española. El paro ha bajado en treinta mil personas el mes pasado.

Convocada una manifestación para este sábado por la plataforma del 15-M y otros grupos de izquierda. Según declaraciones del portavoz de la plataforma, la protesta surge «ante la ofensiva capitalista y de la derecha contra los obreros». Entre otras cosas, los manifestantes reivindicarán al Gobierno un puesto de trabajo para todos los parados y que garantice unas condiciones de vida dignas.

—¿Por qué aquí en España la gente siempre le está exigiendo al Estado un puesto de trabajo? — preguntó Joseph alzando las cejas —. No lo entiendo. ¿Es que no se han enterado de que esto no es un régimen comunista?

—Pues no sé —dijo Alicia sin prestar demasiada atención—. ¿A qué te refieres?

—Desde que vine a España oigo que la gente no para de echarle la culpa de sus problemas al Estado, pero no lo entiendo. —Joseph movió sus pupilas a derecha e izquierda—. ¿Qué tiene que ver el Gobierno con la vida privada de

cada uno? Yo no le echo la culpa al Estado de mi infortunio, sino a mí mismo y a mi mala cabeza.

—Supongo que pasa lo mismo que cuando suspendes un examen —dijo Alicia—, que es por culpa del profesor. Pero cuando apruebas es por tus propios méritos. Nos cuesta admitir que no lo hemos podido hacer mejor o que no lo hemos intentado...

Alicia se interrumpió en mitad de la frase. Joseph se había puesto blanco como el papel, con los ojos muy abiertos y las pupilas clavadas en la televisión.

—¡Nikolái! —exclamó el
hombrecillo y casi se atragantó.

Mientras Joseph tosía, Alicia se volvió hacia la tele para descubrir el motivo de la sorpresa del pobre limpiabotas. Entonces fue ella la que casi se atraganta.

Max. En las noticias. ¡Su amigo Max!

La imagen mostraba a su antiguo compañero del supermercado mientras estaba siendo conducido al interior de un vehículo de la policía con las manos esposadas a la espalda. Su porte, alto y elegante, era inconfundible.

—¡Pero si es el camarada Nikolái! —exclamó el limpiabotas con los ojos abiertos de par en par.

Alicia se puso de pie para escuchar mejor. La sangre se le heló en las venas al oír su propio nombre relacionándola con la detención de Max.

La policía investiga la desaparición de Alicia Roca, de diecisiete años de edad, acaecida hace tres semanas en Almería. Todas las sospechas recaen sobre un hombre de unos treinta años, de procedencia indeterminada, que ha sido detenido esta madrugada acusado de secuestro y asesinato de la menor. Según fuentes policiales, se sospecha que este individuo mantenía una relación sentimental con la menor, a la que presuntamente ha asesinado. La policía trata de averiguar

dónde ha podido esconder el cuerpo de la joven.

—¡Eso es absurdo! —gritó Alicia—. ¡Max no tiene nada que ver con mi desaparición!

Alicia y Joseph cruzaron una mirada.

—¿Tú conoces a Max? —preguntó al limpiabotas, que la miraba como un conejo deslumbrado por los faros de un coche en mitad de la carretera.

—¿Por qué lo llamas Max? —preguntó a su vez el hombrecillo.

—Porque es su nombre.

—Su nombre es Nikolái.

—¿Nikolái? ¿Tú lo conoces?

—¡Claro que lo conozco! ¡Es el camarada Nikolái! Yo lo daba por muerto. ¡Pero está vivo!

Alicia se dejó caer en la silla, estupefacta. Los pensamientos le zumbaban en la cabeza como abejas enloquecidas. ¡Había salido en las noticias! Eso quería decir que en Almería todo el mundo estaría hablando de ella. ¿Qué pensarían cuando apareciese y explicase que solo se había escapado? ¡La odiarían! Mierda. Lo único que quería era desaparecer y ahora todo el maldito universo estaba pendiente de ella. ¿Cómo iba a imaginarse que echarían las culpas

al pobre Max? Y Max no era Max, era un tal Nikolái, según el hombrecillo que tenía delante.

—¿De qué conoces tú a Max? — le preguntó Alicia apoyando los codos en la mesa y sujetándose la cabeza con las manos.

—No entiendo por qué lo llamas Max —dijo el limpiabotas—. Su nombre es Nikolái Sokolov, el camarada Sokolov. ¡Y es mi amigo! O por lo menos lo fue hace años. Pensaba que estaba muerto.

—Entonces tú sabes quién es en realidad —comprendió Alicia—. ¡Tú conoces su pasado!

Ahora era el limpiabotas el que parecía confundido.

—¿Su pasado? ¿Qué quieres decir?

—Max sufre amnesia, no recuerda nada de su vida. Ni siquiera sabe su verdadero nombre. Desde que lo conozco está intentando averiguar quién fue. ¡Y ahora resulta que tú puedes resolver el misterio de su vida! ¿Te das cuenta?

—¿El camarada Nikolái tiene amnesia? ¿No se acuerda de nada?

—De nada —constató Alicia.

—Entonces tampoco se acordará de mí —dijo Joseph

torciendo el gesto.

—Seguramente no, pero lo importante es que tú puedes ayudarle a recuperar su vida. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—Pues... desde hace más de veinte años. Cuando nos conocimos éramos unos jóvenes incautos en las calles de San Petersburgo.

—¿Max es ruso como tú? — preguntó Alicia.

Joseph asintió. Alicia se preguntó qué tipo de relación habrían tenido. Le costaba imaginar a Max, con su imponente físico y su porte distinguido, junto a aquel

hombrecillo que tenía delante, aunque Joseph no tenía por qué mentir. Estaba claro que se había llevado una buena sorpresa al ver a su camarada en la tele.

Alicia se moría de curiosidad por saber más cosas de Max. Todo lo que habían dicho de él en las noticias era mentira. Max no tenía nada que ver con su desaparición. Tendría que presentarse a la policía, demostrar que estaba viva y exculpar a Max. Y, de paso, tendría que hablar con su madre. No podía dejar que siguiese creyendo que estaba muerta. Su madre la odiaría

todavía más por haberle hecho aquello. Ya no había otra opción.

Jo, la alegría que había sentido hacía unos minutos se le había bajado a los talones. La idea de ir a Almería y presentarse a su madre la angustiaba de un modo que le cortaba el aliento, aunque si algo había aprendido era a encarar los problemas. De nada valía esconderse. Además, tenía que hacerlo por Max.

—Iré a Almería y me presentaré a la policía —planteó a Joseph y a doña Adelaida—. Tengo que decirles que estoy viva y que él no tiene nada que ver con mi desaparición.

¿Vendrás conmigo? —le preguntó al limpiabotas.

—¿Ir yo a Almería? —preguntó Joseph arqueando las cejas.

—Claro. Tienes que decirle a Max todo lo que sabes de él. Por fin podrá saber quién fue, ¿no te das cuenta?

—El camarada Nikolái es mi amigo —asintió el hombrecillo—. Haré lo que haga falta para ayudarle.

Alicia se moría de ganas de preguntarle muchas cosas acerca de Max: de qué lo conocía, a qué se dedicaba, si tenía familia, esposa o hijos..., pero no tenía tiempo que

perder. Durante el viaje a Almería ya tendría ocasión de hacerle todas las preguntas del mundo.

Regresaron al edificio abandonado para recoger algunas cosas. Alicia guardaba allí su dinero. Cogerían el primer autobús que saliera aquella misma noche para Almería.

Así que todos la habían dado por muerta. Su pobre madre estaría sufriendo mucho. Sintió unos remordimientos enormes por haberse escapado y no haberla avisado en ningún momento de que estaba bien. Su madre tampoco se merecía el martirio de creer que a

su hija la habían violado y matado. ¿Cómo se tomaría su aparición? Lo peor era que, cuando volviese, su madre se daría cuenta de que lo había hecho para ayudar a Max y no para tranquilizarla a ella. Estaba claro que, hiciese lo que hiciese, siempre la cagaba. De todas formas, debía regresar a Almería y aclarar las cosas. Iba a quedar ante todos como la peor persona del mundo. No podía hacer otra cosa.

Cuando se metieron en el edificio y Alicia abrió la puerta de su habitación, se llevó un susto de muerte. Una sombra se movió en la

penumbra y se abalanzó sobre ella. Alicia soltó un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó el limpiabotas tras ella.

La sombra retrocedió asustada al escuchar la voz de Joseph. Alicia tardó unos segundos en distinguir los rasgos de la silueta femenina. Era la joven rubia de piel blanca que andaba con el grupo de rumanos.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Alicia con el corazón todavía desbocado.

La chica la miró con sus grandes ojos claros, suplicantes.

—A-yú-da-me, por favor —dijo con dificultad y un marcado acento

— Ayúdame a escapar.

—¿A escapar de quién?

La chica no respondió. Juntó las palmas de las manos a modo de súplica.

—Joseph, ¿por qué pide ayuda?

—exigió saber Alicia.

—Mi querida dama, no creo que te convenga saberlo. —El hombrecillo se retorció las manos.

—¡Claro que quiero saberlo! —le conminó Alicia.

—No tendría que contarte esto.

—Joseph miró en todas direcciones temeroso. Bajó la voz hasta apenas un susurro—. Hay grupos de rumanos, como el que se esconde

en este edificio, que traen muchachas a la fuerza desde ciertos países del Este y las venden aquí a las redes de prostitución. Tráfico humano.

—¡Eso es horrible!

—Ciertamente lo es, pero también es un negocio muy rentable. Las redes de tráfico a gran escala transportan señoritas escondidas en camiones, docenas en cada viaje. Otros, como ese grupo de rumanos, trafican a pequeña escala. Captan a una chica en su país de origen y la traen camuflada hasta España, donde

esperan venderla por un buen dinero a algún prostíbulo.

Alicia no podía creer que aquello pasase en España, en pleno siglo XXI, delante de las narices de todo el mundo.

—Esto es increíble. ¿Venden personas como si fuesen ganado? — dijo escandalizada.

—Los prostíbulos están llenos de mujeres. ¿De dónde crees que salen? Hay todo un negocio, un mercado negro.

—Joder, ¿es que nadie hace nada?

—Esa gente es peligrosa. Es mejor que nos desentendamos de

ella.

La joven rumana les miraba con ojos suplicantes. Si Alicia tenía algo claro era que no podía ignorarla. La suerte de la pobre chica pesaría sobre su conciencia.

—No podemos dejarla aquí sabiendo que la van a vender como si fuera un animal de compañía.

—Cada día hay miles de señoritas que son obligadas a prostituirse —dijo Joseph—. Es algo que nos sobrepasa a ti y a mí.

—Ella se viene con nosotros —replicó Alicia.

Miró a Joseph de un modo que no admitía discusión. Desde luego,

no iba a dar la espalda a aquella
chica sabiendo el destino horrible
que la esperaba.

MAX N. N.

Max permanecía sentado sobre la cama de una celda en el calabozo de la Dirección General de la Guardia Civil en Almería. Le dolía el pecho al respirar; probablemente tenía una costilla fracturada que no se habían molestado en curarle. También tenía contusiones por todo el cuerpo, aunque no le habían tocado la cara para no dejar señales

visibles. La policía se había ensañado con él.

El dolor físico era como un viejo compañero, un camarada molesto e insidioso al que uno acaba acostumbrándose.

Max llevaba varias horas en la celda y había tenido tiempo de calmarse. En aquella reducidísima estancia solo había una cama, un lavabo y un inodoro.

Los perseguidores de Max por fin se habían quitado la careta. ¿O no? Ya no sabía qué pensar.

Cuando los policías irrumpieron en la azotea, Max los

había encarado con una sonrisa desafiante:

—¿Así que estáis aquí? No podéis dejar que me mate, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas —le había respondido uno de ellos—. Te buscamos por la desaparición de Alicia.

Sin darle más explicaciones, lo esposaron y lo llevaron a una comisaría. Allí otros policías lo habían interrogado, pero las preguntas que le hicieron no tenían nada que ver con lo que había esperado.

No le habían interrogado sobre Nikolái Sokolov ni sobre su

encuentro con Serguéi Aksionov. Ni siquiera sobre su pasado en Ucrania.

Le habían hecho preguntas acerca de Alicia. Su amiga Alicia, a la que no veía hacía semanas.

Al parecer, Alicia había desaparecido y lo acusaban a él de su secuestro y homicidio.

Querían saber dónde había escondido el cuerpo.

Max perdió los nervios. Tuvieron que acudir media docena de policías para reducirlo, no sin antes recibir algunos de ellos varios golpes de Max, golpes que les provocaron graves contusiones.

Cuando Max estuvo esposado e indefenso, algunos policías heridos habían aprovechado para pegarle en represalia.

Después lo metieron en un furgón y lo condujeron a la Dirección General de la Guardia Civil de Almería. Un funcionario le explicó que un juez de Almería estaba instruyendo la investigación sobre la desaparición de Alicia, un secuestro del que Max era el principal sospechoso.

Max no había vuelto a ver a los dos policías que lo habían detenido en la azotea. Estaba convencido de que aquellos dos no eran simples

policías y que su irrupción en la azotea no había sido simple casualidad. El rompecabezas en el que se había convertido su vida no tenía importancia frente a la preocupación que sentía por Alicia. ¿Qué le habría pasado? Max se maldijo a sí mismo mil veces por haber perdido el contacto con ella. Alicia siempre estaba metiéndose en líos. Él debería haber estado cerca para ayudarla. Creía haber hecho lo correcto alejándose de ella, haciendo caso a la madre de la joven. Al parecer, lo correcto no era siempre la mejor opción.

Si algo había aprendido sobre sí mismo era que Max no estaba hecho para seguir las convenciones de lo correcto. Se juró que a partir de entonces se dejaría guiar siempre por su instinto. Era como si la sociedad quisiera imponerle una mordaza, correas invisibles, y el hombre que había en su interior, el verdadero Max, se revolviese para liberarse.

Quizás había llegado el momento de liberarlo.

El único problema era que estaba en una cárcel y no tenía ni idea de cuánto tiempo podrían tenerlo allí. Según había entendido

en el interrogatorio, si lo condenaban por la desaparición de Alicia podría pasarse el resto de su vida en prisión.

Ahora que estaba encerrado notaba más que nunca como el Max de su interior quería subir a las alturas libres. Su alma codiciaba las estrellas, pero también sus malos instintos anhelaban la libertad. Sus perros salvajes ansiaban que los soltase y, cuando su espíritu trataba de abrir todos los cerrojos, ellos ladraban de alegría en su jaula.

La única puerta que se abrió con un estruendo metálico fue la de

su celda, dejando entrar una luz cegadora que venía del pasillo.

—¡Adentro! —gritó un policía mientras empujaba dentro de la celda a un tipo bajito, flacucho y mal encarado.

Max tuvo apenas un segundo para verlo con luz, hasta que la puerta se cerró. Cuando la penumbra volvió a tomar posesión de la estancia, un instante le bastó para reconocerlo.

—¡Tú! —exclamó Max poniéndose en pie.

ALICIA

Alicia, Joseph y la joven rumana llamada Natascha salieron a toda prisa del edificio abandonado de la plaza de España. Aunque ya había anochecido, el tráfico y el trasiego de gente en las aceras era incesante. Se metieron en el abarrotado metro y cogieron la línea que llevaba a la Estación Sur de Autobuses.

Gracias a Dios, los malditos rumanos no dieron señales de vida. Alicia pidió a Natascha que se quitase el pañuelo que le cubría la cabeza para dejarse suelto el pelo rubio. Así llamaría mucho menos la atención. Desde luego era una chica muy guapa. Tenía la piel blanquísima y unos llamativos ojos claros, acuosos y asustadizos, que recordaban los de un cervatillo de dibujos animados. ¿Qué clase de malnacidos eran capaces de secuestrar chicas indefensas y obligarlas a prostituirse?

Mientras el metro avanzaba, parada tras parada, Natascha no

paraba de mirar a su alrededor como un animalillo atemorizado. Agarró a Alicia del brazo y no la soltó en todo el trayecto. Alicia le apretó la mano con fuerza, intentando tranquilizarla. Ella también tenía los nervios a flor de piel, aunque intentaba disimularlo. Quien no podía apenas esconder el terror era Joseph. El hombrecillo parecía a punto de sufrir un ataque de pánico en cualquier momento. Cada vez que el metro se detenía en una parada, escrutaba con ojos desorbitados a las personas que se subían al vagón, temiendo que los

rumanos apareciesen en cualquier momento.

—Tranquilo —dijo Alicia fingiendo un aplomo que no tenía—. Madrid es muy grande. No pueden saber adónde vamos.

—Esa gente es muy peligrosa —dijo Joseph—. Tienen toda una red de mendigos que vigilan. Si nos encuentran, nos podemos dar por muertos.

Cuando el metro llegó a su destino, se bajaron y corrieron hasta las taquillas de la estación de autobuses. Alicia compró tres billetes para Almería. Según el

panel de horarios, el siguiente autobús estaba a punto de salir.

Mientras recorrían los andenes con nerviosismo, Alicia tuvo la sensación de que todo el mundo clavaba la mirada en ellos. Había grupos de rumanos por todos lados con bultos y maletas. O a lo mejor no eran rumanos. El miedo hacía que todos aquellos extranjeros de rostro cetrino y miradas torvas le pareciesen iguales. Natascha se pegaba a ella muerta de miedo.

Subieron al autobús. Alicia ocupó un asiento junto a la ventanilla y Natascha se sentó a su

lado. Joseph se acomodó en un asiento libre detrás de ellas.

Cuando el autobús por fin se puso en marcha, Alicia respiró aliviada. Tras la ventanilla vio desfilar las calles de Madrid, las interminables avenidas y después el laberinto de autovías de varios carriles. En unas horas llegarían a Almería, irían derechos a la policía y se acabaría aquella pesadilla. A su alrededor la mayoría de los pasajeros habían echado las cortinillas de las ventanas y se acomodaban para dar una cabezada. Algunos leían un libro o una revista alumbrados por la diminuta luz del

techo sobre el asiento. El sonido del motor los envolvió con un zumbido sordo y monótono.

Alicia miró a Natascha, sentada a su lado muy rígida.

—Ya estás a salvo —le anunció queriendo tranquilizarla—. Cuando lleguemos a Almería iremos a la policía. No tienes que tener miedo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

La joven rumana la miró con sus ojos gatunos, anhelantes. Poco después se hizo un ovillo en el asiento y se quedó dormida.

Cuando el autobús surcaba ya la oscuridad de la autopista a

velocidad uniforme, Alicia se volvió para buscar a Joseph en el asiento trasero. A pesar de todo, se moría de curiosidad por saber de Max.

—Joseph, ¿cómo era la vida de Max? —preguntó Alicia en un susurro—. ¿A qué se dedicaba? ¿Tenía familia?

Envuelto en sombras, el hombrecillo se removió incómodo en el asiento, como si quisiera ser tragado por la oscuridad.

—No sé si debería hablarte de él.

—¿Por qué no?

Joseph se mordisqueó el labio inferior antes de contestar.

—El camarada Nikolái es... una especie de policía —dijo con voz apenas audible—, de los que trabajan en secreto.

—¿Un policía?

—Un policía que se pasó al bando de los malos —susurró Joseph meneando la cabeza—, un policía corrupto.

Jo, un policía corrupto, eso sí que no se lo esperaba. Max era tan buena persona que no se lo imaginaba haciendo nada malo.

—¿Dónde vivía? ¿Tenía familia, hijos?

—No, que yo sepa. Nikolái era un lobo solitario. Iba de aquí para

allá. Uno no sabía muy bien lo que se le pasaba por la cabeza. Un individuo bastante peligroso, por otro lado. Poco sociable. La gente le rehuía.

—Vaya, esa persona es muy diferente del Max que yo conozco.

—Las apariencias engañan — dijo Joseph mirándola con ojos astutos—. Hay hombres que necesitan de una máscara para transitar por el mundo sin llamar la atención. Nikolái era una persona tan extraordinaria que no dejaba indiferente a nadie. Ahora es posible que haya cambiado.

—Y tú, ¿de qué lo conocías? —
quiso saber Alicia.

—En San Petersburgo yo era un delincuente de poca monta. —El hombrecillo cerró los ojos con fuerza y por un segundo su rostro se llenó de arrugas, como si pensar en su ciudad de origen le produjese un dolor intenso y súbito—. A veces, Nikolái acudía a mí para averiguar ciertas cosas. Me movía por las calles, escuchaba cosas. No me enorgullece decirlo, pero me ganaba la vida como soplón de la policía. Si tienes las orejas abiertas, siempre se escuchan cosas que otros están dispuestos a pagar para saberlas. —

Abrió los ojos y sonrió mostrando una hilera de dientes pequeños y bien alineados.

Max, un policía corrupto. Costaba creerlo, pensó Alicia para sí misma. Joseph como soplón de la policía le encajaba más. Agazapado en la penumbra de su asiento, el hombrecillo se asemejó a una clase de animal pequeño y peligroso. Alicia recordó las cicatrices en el cuerpo de las que le habló doña Adelaida cuando lo encontró herido. Dios sabría en qué problemas habría estado metido aquel pobre hombre antes de venir a España.

—Entonces, ¿Max es ruso como tú?

—Ucraniano, para ser más exactos. Nacido en Chernóbil.

—¿Chernóbil? ¿Donde la famosa central nuclear?

—Así es —asintió Joseph.

—Pero Max habla español muy bien. Apenas tiene acento ruso, no se le nota como a ti.

—Aprendió español de niño. Su abuelo era un exiliado de la guerra civil española en la Unión Soviética.

—¿Y cómo acabó en Almería?

—Eso lo desconozco. —El limpiabotas se encogió de hombros —. Yo creía que estaba muerto.

Alicia tuvo la impresión de que Joseph sabía más de lo que contaba. No era difícil imaginar lo que estaba haciendo Max en un lugar tan remoto como Almería. Si el propio Joseph había venido a España huyendo de algo o de alguien, con toda probabilidad Max también se escondía de algo: un policía corrupto ruso que intenta pasar una temporada desapercibido en una pequeña ciudad de la costa española, oculto, fingiendo ser un turista cualquiera, y sufre el inesperado accidente que le hace perder la memoria. ¿De qué habría estado huyendo?

La vida de Max era como esas muñecas rusas. Cuanto más averiguaba de él, más preguntas nuevas surgían.

Mientras tanto, el autobús había dejado la autopista y se había desviado hacia un área de servicio para hacer una de las paradas estipuladas en el trayecto. El conductor informó a los ocupantes de que disponían de veinte minutos para bajarse y tomar algo en el bar, ir al aseo o estirar las piernas. El autobús se detuvo en la explanada de estacionamiento. Se encendieron las luces y la puerta se abrió con un bufido de aire comprimido. Algunos

pasajeros se despertaron entre bostezos y se levantaron en silencio con la mirada soñolienta. Otros ignoraron la parada y se acurrucaron en sus asientos para seguir durmiendo.

Por señas, Natascha indicó a Alicia que necesitaba ir al baño.

—Tenemos que ir al aseo — avisó Alicia a Joseph.

El hombrecillo ruso se había quedado dormido como un tronco. Alicia salió del autobús seguida por Natascha. Fuera estaba oscuro y hacía mucho frío. Corrieron hasta el interior del bar de carretera y se metieron en el baño de mujeres.

Había tres retretes con puertas y un lavabo bastante sucio. Natascha se metió en uno de los retretes y cerró la puerta. Alicia se miró en el espejo. Estaba cada vez más delgada. Ya se le marcaban los pómulos en la cara. Había perdido por lo menos quince kilos en las últimas semanas. Tenía el cuerpo que siempre había soñado. ¡Menuda sorpresa se iba a llevar su madre cuando la viera! En lo que llevaba de viaje no paraba de dar vueltas una y otra vez a lo que le iba a decir. Se imaginaba la reacción de su madre: primero de alivio, al ver que estaba viva, después de enfado.

Alicia había llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era pedirle perdón con humildad. Pedirle perdón y aguantar el chaparrón. Había hecho creer a todos que estaba muerta, así que su madre tenía derecho a enfadarse con ella lo que quisiera. Ya lo tenía asumido. Lo único que esperaba era que su madre, finalmente, pudiese perdonarla.

—Natascha, ¿te queda mucho?

—llamó Alicia.

La puerta se abrió en ese momento. Un hombre pasó al interior.

—Se ha equivocado —dijo Alicia—. Este es el baño de mujeres. No puede entrar.

El hombre no dijo nada. Cerró la puerta tras de sí y se la quedó mirando. Era un individuo con la piel del rostro oscura y cuarteada, la mirada fría y agresiva. Alicia quiso gritar. El hombre se abalanzó sobre ella y la tumbó en el suelo de una tremenda bofetada.

El miedo amortiguó el dolor. De bruces en el suelo, notó la sangre en el labio partido por el golpe. Una gota roja, redonda y perfecta, se dibujó en las blancas losas del suelo. El hombre la agarró

por un brazo y se lo retorció a la espalda. Alicia intentó gritar, pero un trapo húmedo le presionó la boca.

Se ahogaba. Vapores etílicos le abrasaron la garganta. Sintió un vértigo súbito y después las fuerzas la abandonaron.

«¡Joseph! —pensó agarrándose a un último hálito de esperanza—: encuentra a Max. Él me ayudará. Max removerá cielo y tierra para salvarme.»

Después, la oscuridad y el silencio.

MAX N. N.

—¡Tú! —exclamó Max en la celda poniéndose en pie.

El hombrecillo, por el empujón del guardia civil, se fue al suelo de bruces y, después de rodar sobre sí mismo, se quedó postrado con la espalda contra la pared. Miró a Max y en su rostro se entrelazó una mueca de alegría y de terror, dos emociones que tiraban de sus

músculos faciales luchando por tomar el control de su expresión como dos imágenes que muestran sentimientos opuestos fusionadas digitalmente, superponiéndose la una a la otra con el resultado final de que su cara no reflejaba ni una cosa ni la otra.

El hombrecillo permaneció unos segundos como congelado en el tiempo, con el rostro descompuesto en aquella mueca mitad asombro mitad pánico, hasta que finalmente se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—¡Perdóname, Nikolái!
¡Perdóname! —sollozó.

—¿Me conoces? —preguntó Max con voz dura.

—¡Claro que te conozco! ¡Somos amigos! —respondió el otro con el rostro escondido entre las manos.

Acurrucado en el suelo, lo miró por entre los dedos como un niño que se descubre ante un adulto.

—¿Quién eres? ¿De qué me conoces?

—Soy Joseph, tu camarada Joseph —dijo con voz compungida—. ¿No te acuerdas de mí? Entonces es verdad que has perdido la memoria. Somos amigos desde hace

años, desde que una vez me salvaste la vida en San Petersburgo...

—No recuerdo nada de mi vida pasada, pero sí me acuerdo de ti. Me seguías en Madrid. Te vi cuando lancé los billetes en plena calle. Tú estabas allí observándome.

—Tenía que hacerlo, Nikolái, tenía que seguirte —reconoció con voz temblorosa.

—¿Por qué? —Max se cernió sobre él.

Joseph, tirado en el suelo, se acurrucó contra un rincón de la celda.

—Me vi obligado por las circunstancias, obligado por la

mafia –masculló entre dientes—. Soy un cobarde, un miserable, un mal amigo, pero no me odies, por favor...

—¿Alguien te pidió que me siguieses?

Joseph asintió con repetidos movimientos de cabeza. En la penumbra de la celda, con la cara vuelta de lado hacia la pared, Max no podía observarlo bien. Aun así, podía darse cuenta de que el hombrecillo no decía toda la verdad, aunque tampoco mentía.

—¿Qué te pidieron que hicieras exactamente?

—Yo... tenía que seguirte. Ese era el plan. Seguirte —dijo con voz entrecortada como si le faltase el resuello—. Ellos saben que eres amigo de esa chica, Alicia, y yo tenía que acercarme a ella y ganarme su confianza. Eso era todo... Si estaba cerca de ella, estaría cerca de ti...

—¿Alicia? —interrumpió Max. El pulso se le disparó—. ¿Conoces a Alicia?

—Alicia, una buena chica, una dama con un verdadero corazón de oro. Yo no quería hacerle daño, de verdad. No me culpes a mí...

—¿Tú sabes dónde está Alicia?

—Nnn... no.

Mentía.

Max lo agarró por el cuello y lo alzó en vilo hasta que su cara estuvo a la altura de la suya. El hombrecillo pataleaba en el aire, los pies a un metro del suelo.

—¿Qué le ha pasado a Alicia? Y no vuelvas a mentirme.

—¡La secuestraron! —gritó Joseph, que apenas podía respirar.

—¿Quién?

—Rumanos..., matones de la mafia.

Max aflojó la presión. Dejó caer al hombrecillo al suelo. La cabeza le daba vueltas.

—¿Por qué la mafia iba a querer secuestrar a Alicia?

—Alicia ayudó a escapar a una joven rumana destinada a un prostíbulo —explicó Joseph sentado en el suelo, hecho un ovillo sobre sí mismo—. Los tres veníamos a Almería huyendo de ellos, pero los matones la encontraron por el camino.

Max empezó a sentir como algo oscuro se removía en su interior. Podía soportar cualquier cosa, que lo acosasen, que intentasen volverlo loco, que le diesen una paliza..., pero no podía soportar la idea de

que alguien hiciese daño a Alicia por su culpa.

—¿Tú sabes dónde la han llevado?

—No —respondió el hombrecillo temblando de la cabeza a los pies como un conejo asustado.

Mentía.

Max se disponía a abalanzarse sobre él para sacarle la verdad a golpes si era necesario cuando se abrió la puerta de la celda. Max esperaba la irrupción de algún guardia alertado por los gritos del hombrecillo, pero no había nadie al otro lado del umbral.

Max miró al pasillo y vio que habían dejado un objeto en el suelo, una especie de gafas de buceo con una boquilla respiradora y un tubo cilíndrico acoplado en la parte inferior.

Aquel objeto no evocó en Max una zambullida en el mar, sino el peligro de un veneno invisible que te abrasa los pulmones.

Una máscara antigás.

«¿Qué demonios?»

No tuvo tiempo de hacerse preguntas. La vista se le nubló mientras un vapor blanco como la niebla se propagaba por el pasillo y comenzaba a inundar la celda. Vio

que el hombrecillo ruso caía desplomado al suelo, inconsciente. Sintiendo que no podía respirar y que estaba a punto de perder la consciencia, Max se tiró al suelo y agarró la máscara antigás. Se la acopló en el rostro y notó como el oxígeno volvía a llegar a sus pulmones.

El vapor que se extendía por la celda debía de ser una especie de gas somnífero, a menos que fuera algo peor.

Max echó un vistazo al pasillo de los calabozos. Se dirigió hacia la puerta que había al fondo, que también estaba abierta. Conforme

avanzaba notaba que el gas se hacía más denso. En la pequeña sala de control de acceso se encontró al centinela en el suelo, inconsciente. Subió un tramo de escaleras y descubrió que el humo blanco anegaba toda la comisaría. Todos los policías yacían inconscientes tirados en el suelo o sobre sus escritorios.

Max no tenía ni idea de quién había arrojado aquel gas, pero estaba claro que le estaban dando una oportunidad para escapar.

Regresó a su celda y agarró al misterioso hombrecillo que decía

ser su amigo. Tenía que sonsacarle lo que había pasado con Alicia.

Salió de la celda cargando con Joseph sobre un hombro. Avanzando entre la densa niebla, sorteando los cuerpos de varios guardias civiles que yacían inconscientes en el suelo, encontró la puerta de salida del edificio.

Ya al aire libre se arrancó la máscara de gas. Sintió, aliviado, el frescor de la noche. El recinto exterior del cuartel de la Guardia Civil estaba desierto y silencioso.

Cruzó una avenida con el sonido de sus pasos rompiendo el inmaculado y extraño mutismo que

inundaba aquella parte de la ciudad. Ni siquiera se escuchaban coches en la distancia.

Max dirigió sus pasos hacia la pasarela roja que se elevaba sobre las vías del tren y que llevaba a la playa.

Fue entonces, cuando se encontraba en el cénit del arco de la pasarela, con la ciudad dormida a sus espaldas, las negras vías del tren bajo sus pies en un discurrir paralelo hasta el infinito, la franja negra del mar frente a sí..., cuando le llegó el sonido de las alarmas desde el cuartel de la Guardia Civil, acompañado de sirenas de coches

patrulla que se escuchaban desde otros puntos de la ciudad. Resplandores de luz roja y azul brotaban entre las calles, centelleando hacia el cielo. Era como si Almería entera hubiera estado inconsciente unos minutos y, de repente, despertase con toda su animación, como cuando conectas un árbol de Navidad y empieza la fiesta.

Con Joseph al hombro, inerte y liviano como un muñeco de trapo, Max corrió hasta el paseo Marítimo. Saltó el murete y atravesó la arena hasta que sus pies tocaron el agua.

Arrojó a Joseph a la orilla como si fuese un saco de patatas.

Una ola lamió la cabellera del hombrecillo ruso, otra brincó sobre su cabeza cubriéndolo de agua. Joseph se despertó y tosió con fuerza. Miró unos segundos a su alrededor, parpadeando repetidamente, desconcertado.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien me acaba de ayudar a escapar —dijo Max con aplomo.

—Mierda. Ha sido «él» —murmuró Joseph.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Nadie. No... no sé lo que me digo... Estoy aturdido.

Max se había cansado de las mentiras.

Agarró a Joseph por el cuello y se adentró en el agua hasta que le llegó por la cintura. Sumergió la cabeza del hombrecillo y contó hasta sesenta. Después lo sacó a la superficie.

Joseph escupió el agua que había tragado mientras trataba desesperadamente de meter aire en sus pulmones. Miró a Max con ojos desorbitados.

—No voy a permitir una sola mentira más. Si vuelves a mentirme, te juro por Dios que esta noche serás comida para los peces.

—Está bien, está bien. Te diré todo lo que quieras saber; por favor, odio el agua...

Max regresó a la playa tirando de él. Joseph se dejó caer en la arena. Mojado, con las ropas pegadas al cuerpo, tenía un aspecto lamentable, como un perro famélico bajo la lluvia.

—Es tu última oportunidad para seguir viviendo. Una mentira más y se acabó.

—Vuelves a hablar como el verdadero Nikolái. —Joseph lo miró con algo semejante a la admiración.

—¿Quién me ha ayudado a escapar?

—Magno.

Decía la verdad.

—¿Quién es Magno?

—Un hombre poderoso. Es el jefe de uno de los clanes más grandes de la mafia rusa. Controla gran parte de la droga que se mueve por Europa, incluida Rusia.

—¿Y qué quiere ese individuo de mí?

Joseph se puso en pie trabajosamente. Se tambaleaba sobre la arena como si estuviese borracho.

—Magno mantiene una rivalidad con el clan de los Aksionov, que tienen tratos con los

cárteles mexicanos de la droga. Hay una guerra abierta entre bandas.

De nuevo Aksionov, pensó Max. Según el diario, Serguéi Aksionov había matado a su hermano. Eso había ocurrido hacía muchos años.

—¿Qué tengo yo que ver en esa guerra?

—Tú conoces el punto débil del clan de los Aksionov. Magno cree que podrá destruirles con tu ayuda.

Max pensó en lo que había leído en su diario sobre la pugna de un joven Nikolái Sokolov con un también jovencísimo Serguéi Aksionov, un conflicto que había

acabado en tragedia. ¿Acaso estaba en los hechos que allí contaba la clave para destruir a Aksionov, convertido ahora en un poderoso mafioso? ¿Sería ese el motivo por el que había guardado aquel diario con tanto celo?

—Yo no pienso tomar partido en ninguna guerra entre bandas mafiosas.

—Magno lo sabe, por eso ha secuestrado a Alicia, para obligarte a que tomes partido.

—¿Magno tiene a Alicia?

—Sus hombres la tienen.

Hasta el momento, el
hombrecillo le decía la verdad.

—¿Tú sabes dónde encontrar a Magno?

—No.

Mentía. Max hizo ademán de agarrarlo. Joseph reculó en la arena.

—¡Espera! Sí, sé dónde ha estado a veces, podría estar allí de nuevo...

—Llévame hasta él. Tengo que encontrar a Alicia.

—No, por favor, Nikolái, no me obligues... —lloriqueó Joseph.

—Ese hijo de perra no va a poder esconderse de mí.

—¿Esconderse? ¿No te das cuenta? Eso es precisamente lo que quiere..., que vayas a por él. Quiere

que salgas de España para buscar a Alicia. Quiere utilizarte. Sabe que te conozco y que te temo. Sabe que soy débil y que acabaría hablando cuando me presionases. Por eso me obligó a estar cerca de Alicia. Por eso acabé en la misma celda que tú. Él sobornó a los agentes para que me metieran contigo. Él los sobornó para que te entregasen una máscara de gas y después bombardeó el cuartel con un somnífero. ¿Quién sino alguien como Magno tendría el poder para hacer algo así?

Max observaba al hombrecillo ruso con atención. No mentía en absoluto.

Estaba confuso. Experimentó la creciente sensación de que, si quería salvar a Alicia, necesitaba que ese alguien que no era él y que habitaba en su interior decidiese sus actos.

Max sentía cada vez con más fuerza como sus malos instintos anhelaban la libertad. Sus perros salvajes ansiaban que los soltase. Max decidió abrir todos los cerrojos.

—Me da igual lo poderoso que sea ese Magno —apretó los dientes —: voy a ir a por él. Y más le vale tener un buen trato con el diablo porque lo voy a enviar directo al

infierno si le ha hecho un solo rasguño a Alicia.

**ARCHIVO DEL CNI.
INFORME DE
INTELIGENCIA N.º
0001370120314HS.
GRADO: SECRETO (son
equivalentes COSMIC
TOP SECRET y EU TOP
SECRET)**

CONTENIDO: Transcripción de la conversación grabada entre el teniente J. P. Guerrero y Piotr Vorobiov, agregado de la Embajada rusa para operaciones especiales, grabada según el protocolo de Control de la Seguridad Nacional desde un teléfono perteneciente al Centro Nacional de Seguridad, grabación amparada por las leyes de confidencialidad y protección de la información clasificada del Reino de España, OTAN, Unión Europea, Agencia Espacial Europea y otras organizaciones de las que España forma parte.

El teniente Guerrero se encontraba charlando agradablemente con Carla y el hermano de esta cuando sintió que le vibraba el móvil. Era una llamada de su compañero Vorobiov.

—Disculpad. —Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta—. Habla.

—Nikolái Sokolov acaba de activarse. Se ha fugado del cuartel de la Guardia Civil de Almería y ha desaparecido.

—¿Qué coño dices? —Se puso en pie y se alejó unos pasos—. ¿Cómo ha podido fugarse de un

cuartel de la Guardia Civil? — preguntó Guerrero sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Como lo oyes. Utilizó gas somnífero, uno de los trucos favoritos de Nikolái Sokolov.

—¿Y nuestra vigilancia? ¿Cómo han podido perderlo? ¿De dónde sacó el gas? ¡Estaba detenido dentro de una celda incomunicada!

—Los datos son confusos — respondió el agente ruso Vorobiov —. Nadie se explica todavía qué pasó. Los agentes que lo seguían han desaparecido. Nikolái Sokolov ha vuelto a esfumarse como un fantasma.

Guerrero miró al vacío con la boca entreabierta. No podía creerse que Nikolái Sokolov se les hubiese escapado como humo entre las manos.

—Ese cabrón ha vuelto a la actividad —resumió Vorobiov—. Dios nos ayude.

ALICIA

La cabeza le palpitaba con violencia. Tenía la boca seca y los músculos doloridos. Alicia fue consciente del dolor de su cuerpo mucho tiempo antes de darse cuenta de que estaba despierta. Abrió los ojos con dificultad, como si tuviese pegados los párpados. No sabía si estaba tumbada o de pie. Tenía la mirada borrosa. Parpadeó

repetidamente hasta que su campo de visión se amplió lo suficiente para comprender que estaba recostada de lado sobre algo blando. Una cama.

Quiso ponerse de pie. Tenía todo el cuerpo entumecido y la impresión de llevar días durmiendo. «¿Dónde estoy?»

Vio que se encontraba en una habitación amplia de paredes desnudas. No había ventanas. Había varias hileras de camas, como en una especie de dormitorio comunitario. Sobre algunas de las camas retozaban chicas jóvenes vestidas con ropa de casa: batas,

pijamas... Algunas dormían. Otras leían revistas recostadas sobre almohadones. Aquello parecía una especie de colegio mayor para jovencitas. ¿Su madre la había internado por fin y no se acordaba de nada?

Logró sentarse en la cama. La cabeza le daba vueltas. Sintió un ataque de náuseas. Cerca de ella, en una cama contigua, había una chica que se la quedó mirando. Tenía unos ojos azules e inexpresivos.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Alicia.

La chica no respondió. Otra que se encontraba a unos metros de ella

dijo algo en un idioma incomprensible. A Alicia le recordó el modo de hablar de Natascha, la joven rumana a la que había querido ayudar. Poco a poco recordó lo ocurrido: el viaje en autobús, aquel individuo atacándola en el bar de carretera. El corazón empezó a latirle con violencia.

—¿Dónde estamos? —repitió.

Una de las jóvenes empezó a decirle algo en aquel idioma atropellado.

—¿Alguien habla español aquí? —preguntó Alicia en voz alta.

Varias chicas volvieron la cabeza hacia ella. Señalaron a otra

que estaba tumbada en una de las camas. Alicia se puso en pie y se dirigió hacia ella caminando con dificultad. Estaba descalza. Le costaba mantener el equilibrio. Dando tumbos, llegó hasta la chica que le habían señalado. Le costaba respirar y tenía la garganta muy seca. Las sienes le palpitaban.

La muchacha estaba tumbada bocabajo, con la cara hundida en la almohada, los brazos flácidos colgando hasta el suelo como malignas serpientes muertas. Alicia la sacudió por los hombros, pero no se inmutó. Todas parecían como adormiladas. Entonces se fijó en

que una de las jovencitas que estaba a su lado se estaba atando una goma elástica en el brazo. Después agarró una jeringuilla y se inyectó en la vena. ¡Joder! ¡Se estaba drogando!

Alicia sacudió con fuerza a la chica que dormía. Agarrándola por los hombros, le dio la vuelta para despertarla. Horrorizada, descubrió que se trataba de alguien que ella conocía.

¡Érica!

Era ni más ni menos que Érica, su amiga del instituto!, la mismísima Érica que había desaparecido hacía unos meses!

Estaba muy delgada y pálida, pero era ella, sin ninguna duda.

—¡Érica!, ¡Érica! —La zarandeó con fuerza sobre el colchón.

Algunas de las chicas empezaron a mirarla con párpados entrecerrados y una curiosidad desganada.

Érica abrió por fin los ojos pesados de narcótico. Clavó la mirada en Alicia y la observó fascinada, como si tuviese delante el objeto más misterioso del mundo.

—Alicia, ¿eres tú? —dijo con voz hueca.

—¡Érica! ¿Dónde estamos?

—¿De verdad eres tú?

Érica alzó una mano y tocó la cara de Alicia, como si quisiera asegurarse de que era real. Cuando sintió el contacto, su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Se incorporó rodeando a Alicia con los brazos y se apretó a ella con fuerza, sollozando.

Alicia respiró un efluvio enfermizo de sudor proveniente del cuerpo de Érica. No comprendía nada. Según se había sabido, Érica había caído en manos de una red mafiosa de prostitución. Eso significaba que estaban en un burdel, seguramente en uno de los

muchos clubs de la costa de Almería. Y ahora los malditos rumanos la habían llevado allí también.

—Érica, tenemos que escaparnos de aquí —dijo Alicia.

Fue entonces cuando ocurrió lo más extraño. Érica seguía convulsionándose, no ya de llanto: se estaba riendo a carcajadas.

—Si sigues siendo virgen, tu primer cliente va a pagar mucho dinero por ti —espetó.

—¡Érica!, ¡¿qué significa todo esto?! —se zafó de ella y la agarró por los hombros.

Érica fue capaz de contener la risa, que se transfiguró en una mueca desencajada.

—Lo siento mucho, Alicia, lo siento muchísimo.

—¡Vámonos de aquí ahora mismo, Érica!

—Eso es imposible. Nadie puede escapar de ellos, jamás. ¡Ni siquiera te dejan suicidarte!

Alicia miró a su alrededor desesperada. La chica que se acababa de inyectar en el brazo se había desplomado en la cama y estaba inconsciente. Érica cogió la jeringuilla usada.

—Primero te drogan, luego te obligan a acostarte con hombres a cambio de más droga —explicó con voz ronca—. Acabas tan enganchada que haces cualquier cosa por una dosis.

—Érica, tenemos que escapar, tiene que haber alguna manera de escapar.

—Eso es imposible. Todo está vigilado. Todo está controlado.

Érica hablaba, pero parecía otra persona; había algo en su voz que se había roto.

Alicia vio que se abría una puerta por la que entraban chicas envueltas en albornoces. A través de

la puerta se filtraba la claridad del exterior.

—¿Esa puerta da a la calle?

—Solo es una azotea —respondió Érica—. Nos obligan a salir a tomar el sol para coger color en la piel y que no parezcamos enfermas.

—¡Esa es la solución, Érica!, vamos a subir al terrado y desde ahí llamamos a la policía aunque sea a gritos.

Érica dejó caer una risa repentina como un látigo. Comenzó a reír como si hubiese perdido la razón. Reía con los ojos muy abiertos, casi desencajados.

Alicia quiso hacerla callar, pero la risa de Érica se convirtió en un flujo incontenible que se contagió a todas las demás.

—¿De qué os reís? —gritó Alicia desesperada.

Salió despavorida en dirección a la puerta, por la que entraba una luz amarilla y penetrante, perseguida por el eco de las risas de las chicas rebotando en todas direcciones.

Se aventuró por unas estrechas escaleras que desembocaban en una puerta metálica pocos metros más arriba.

Cuando Alicia la abrió se encontró con un cielo claro y limpio. Aquel cielo tan azul solo podía ser el de Almería. En Madrid el cielo siempre estaba sucio de contaminación.

Estaba en una especie de azotea de suelo de cemento. Había varias butacas ocupadas por chicas en bikini, de piel blanca como la nieve, que tomaban el sol.

El perímetro de la azotea estaba rodeado por una valla de tela metálica, alta y tupida, que impedía ver lo que había al otro lado.

Alicia corrió hasta la valla con la esperanza de pedir auxilio. Tenía

que encontrar una manera de salir de allí, de descolgarse de aquel tejado por unas tuberías, saltar a otro edificio, hacer lo que fuera. Lo raro era que no hubiese nadie vigilándolas.

Alicia pegó la cara a la tela metálica, tratando de enfocar lo que había al otro lado a través de los diminutos orificios.

La imagen de una ciudad comenzó a perfilarse ante sus ojos. Se encontraba en un edificio muy alto, más de lo que había pensado. Divisó tejados de pizarra de casas antiguas. Sobresaliendo entre los tejados, vio una gran cúpula

bruñida sostenida por columnas. A la derecha distinguió con claridad sobrecogedora un palacio multicolor con varias torres coronadas por cúpulas con forma de cebolla, cúpulas doradas y azules. Un palacio de fantasía que parecía sacado de un cuento de *Las mil y una noches*.

Alicia había visto antes aquel palacio: en una fotografía tras la barra del pub San Petersburgo, el local donde había actuado por primera vez.

San Petersburgo.

«¿De verdad existe ese palacio?», le había preguntado a

Joseph, el limpiabotas, cuando vio la fotografía.

«No es un palacio, es la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada. Fue construida sobre el lugar donde asesinaron al zar Alejandro II de Rusia.»

Un palacio que no es un palacio.

Alicia comprendió entonces varias cosas, todas a la vez.

Comprendió que no estaba en Madrid ni en Almería, sino que la habían llevado a Rusia, a San Petersburgo.

Comprendió que aquella alta valla metálica no estaba allí para

impedir que las chicas escapasen, cosa imposible debido a la altura del edificio. La valla estaba allí para impedir que se suicidasen saltando al vacío.

Y, por último, Alicia comprendió que había cosas peores que morirse.

**TERCERA PARTE del
libro 2.0
LA MUERTE BAILA
CON LA VIDA**

Según el fulminante juicio del guionista de cine ruso Vladímir Bortko, lo que le queda a Rusia es «exportar petróleo, gas y prostitutas», y lo mismo puede decirse, a grandes rasgos, de Ucrania..., sin el petróleo ni el gas. Ucrania, que llegó a ser conocida como el granero de Rusia por su abundante producción de trigo, hoy ostenta el cuestionable título de prostíbulo de la Unión Europea: se estima que en Ucrania unas 80 000 mujeres ejercen la prostitución, una cifra difícil de corroborar, pero que, teniendo en cuenta la cantidad de casos que escapan a la metodología de los estudios, con toda probabilidad sea mucho mayor.

Fuente: *Wikipedia, la enciclopedia libre.*

**1. ALEXANDRA
IVANOVA
Kiev, Ucrania, 1996**

Alexandra Ivanova se preparaba para su indeseada transformación.

Se encontraba en las afueras de Kiev, en la peluquería ilegal de Natalia, una mujer entrada en los

cincuenta a la que había conocido hacía pocos días.

Alexandra estaba sumida en una tristeza que no había sentido nunca antes.

¿Cambiarle el pelo te cambiaba por dentro? ¿Cambiarle la ropa cambiaba tu manera de ser?

Alexandra tenía dieciséis años, la piel blanquísima como la nieve, el pelo liso y dorado. Solía vestir con faldas largas, camisas *beige* y cárdigan, su prenda preferida.

Era además una de las mejores estudiantes de su instituto, al sur de Kiev.

El color *beige*, la suavidad de los tonos pastel..., eran algunas de las cosas que estaban a punto de esfumarse. Debía cambiar mucho si quería ser capaz de seguir adelante con su transformación. Ya se había puesto una ropa más atrevida; ahora era el turno del pelo, con el que no sabía qué hacer.

¿Tintarlo de negro? ¿Tintarlo de rojo?

Cuando saliera de aquel cuarto, después de su transformación, sería otra, con aspecto diferente, con nombre diferente, con alma diferente, un alma que alcanzaría el final de su transformación pocos

días después, cuando un desconocido la poseyera.

Ese era el punto exacto en el que la transformación se completaría. Alexandra se imaginaba la sensación de dolor que sentiría cuando fuera penetrada por primera vez; ya podía intuir el fuego, el final del camino.

—¿Te encuentras bien, Alexandra Ivanova?

Natalia tenía la extraña costumbre de nombrar a todo el mundo por su nombre y apellido. Eso le daba un aire de persona conservadora, anticuada, lo cual contrastaba con el hecho de que

saltara del ruso al ucraniano en mitad de una frase, y aún más por ser una maldita yonqui.

No, Alexandra no se encontraba nada bien y su cara lo reflejaba.

—No te lo tomes así, chica, o te volverás loca. Sé que no es un buen trago, pero, si lo piensas bien, no es el fin del mundo. Tómalo como un trabajo que tienes que hacer, como una simple tarea física.

Ese era el sabio consejo de aquella mujer: tomarse la prostitución como un trabajo, sin que te tocara el alma, sin que te tocara por dentro, sin que te afectara. ¿Qué sentido tenía

entonces la transformación a la que ella misma la estaba sometiendo?

Aquel cuarto olía mal, como el resto del oscuro apartamento. Alexandra pensó que ya quisiera ella contar con un apartamento tan indigno como aquel, en vez de no saber dónde dormir cada noche.

El padre de Alexandra llevaba años en la cárcel, de donde esperaba que no saliese nunca. Su madre, alcohólica, acababa de fugarse con un desconocido dejándola a ella y a su hermano pequeño abandonados a su suerte.

Ahora Alexandra tendría que sobrevivir en la joven Ucrania de los

años noventa.

Unos individuos le habían hecho una propuesta horrible, una propuesta que le garantizaba un plato de comida y un lugar donde dormir a cambio de un precio terrible.

Si alguien le hubiera tendido una mano, una mano a cambio de algo que no fuera espantoso, una mano a cambio de su amistad, de su gratitud, incluso de su trabajo, entonces el paso que iba a dar, el paso que «debía» dar sería innecesario. Ni siquiera Natalia, que le estaba arreglando el pelo, estaba

dispuesta a acogerla en aquel horrible apartamento.

—Creo que lo tengo, Alexandra Ivanova —dijo entonces la mujer—. Te voy a hacer una cosa muy sencilla que le va a dar un cambio radical a tu aspecto. Cierra los ojos.

Alexandra escuchó el siseo de un espray que se espolvoreaba sobre su pelo, de la raíz a las puntas, por el lado derecho. Natalia, acto seguido, lo cepilló con vigor.

Mientras la peluquera daba tirones a su cabello a golpes de cepillo, Alexandra recordó el pacto secreto que hizo con su hermano

Misha, al que llevaba sin ver desde el día que desapareció su madre.

—Si te sientes solo, tócate el pecho, justo donde está el corazón, con la palma abierta, como si te lo quisieras empujar, como en las películas en las que alguien parece que se muere, como si quisieras reanimar un corazón que ha dejado de latir. Ese será nuestro vínculo. Cada vez que lo hagas, me estarás diciendo «te quiero». Yo haré siempre lo mismo.

—Abre los ojos.

Alexandra contempló entonces la imagen que se proyectaba desde el viejo espejo, aquel rectángulo de

luz que acumulaba óxido en las esquinas.

Sin pensarlo, abrió la palma de su mano y se la llevó al pecho, sobre el corazón.

En el centro de aquel espejo vio a una chica dos o tres años mayor que ella, con un mechón azul que nacía desde la raíz sobre la mitad derecha de su despejada frente, un azul que contrastaba con el rubio platino natural del resto de su cabello, como la bandera de Ucrania. Azul cielo sobre fértiles campos amarillos.

Vio a una chica lista para afrontar la vida con energía,

dispuesta a no rendirse ante nada; una chica que sabría salir adelante en un mundo hostil dominado por la codicia de los hombres y las traiciones de las mujeres. Una chica que encontraría a su hermano Misha y conseguiría que los dos salieran adelante.

Vio a una puta.

2. NIKOLÁI SOKOLOV

Kiev, 1996. Diez años después del accidente nuclear de Chernóbil

Kiev se despierta

Kiev, la ciudad gigantesca que bebe del río Dniéper, no se levanta de puntillas. La ciudad de Kiev es como un niño desconsiderado que, antes de que al sol se le permita asomarse y mirarle a la cara, ya

te zarandea con el clamor de los coches surcando sus amplias avenidas.

En los márgenes de esas avenidas, junto a las hileras de árboles, navegan los melancólicos, los poetas, embutidos en sus abrigos, caminando despacio sobre la piedra resbaladiza bajo la primera neblina, entre los vapores del río Dniéper.

El sol no se ha asomado, pero ya envía sus primeros avisos azulando la oscuridad del firmamento, y con eso da esperanzas a las hojas de esos árboles que flanquean las calles, y con eso amenaza a la escarcha que ya no se cree nada.

Los barrenderos comienzan sus rutas gemelas, rutas que parecen invisibles en la inmensidad urbana de una ciudad que sobrepasa el horizonte, y repiten su ritual sombrío de cada mañana arrastrando sus escobas alrededor de las catedrales, que ya dan noticia de sus colores brillantes agrietados por la soledad de la multitud.

Siguen bramando los coches, a veces con tonos quejumbrosos, atravesando este

azulado blanquecino que marca el fin de la noche.

Los quiosqueros se ajustan sus gorros de lana y abren sus quioscos, reciben y colocan sus periódicos y dan un sorbo a una cerveza escondida bajo el mostrador mientras vigilan con sus ojos azules a los primeros intrusos en sus aceras.

En las entrañas de los edificios grisáceos o de los que empiezan a desvelar sus tonos verdosos, celestes, ladrillo..., los colores que los kievitas no queremos apreciar más allá de sus grietas, los estudiantes amanecen repasando mentalmente sus lecciones; algunos tendrán exámenes hoy y navegan por esas montañas de fechas, fórmulas y palabras mientras mordisquean una salchicha con desgana.

Sale el sol, hoy sin nubes que difuminen su luz,

pero en Kiev nadie sonrío: ni los poetas, ni los barrenderos, ni los nostálgicos, ni los conductores, ni los estudiantes, ni los quiosqueros con sus

cervezas escondidas ni las madres que ya se arreglan, que ya arrancaron a sus hijos de la cama, que ya cuentan sus monedas antes de salir a comprar el pan.

Solo los niños, los más pequeños, que se visten para ir a la escuela, se atreven a asomarse con una sonrisa a esta ciudad que ya es luminosa y colorida como su esperanza. Tal vez sean estos mismos niños los que en un futuro acaben cambiando definitivamente nuestra ciudad, contagiando su felicidad a nuestra querida Ucrania, ya que no han aprendido todavía a esconder su sonrisa. Y ojalá nunca aprendan.

—Es precioso —dijo mi madre, que sostenía mi cuaderno de tapas verdes—. Creo que has captado la esencia de Kiev. Me encanta eso de que los quiosqueros esconden una

cerveza bajo el mostrador. Lo dices por el de la esquina, ¿verdad?

Asentí. Mi hermano Iván me miró con una aprobación contenida desde el otro lado de la mesa de la cocina en nuestro pequeño apartamento de Kiev. Era el cumpleaños de mi madre y los tres nos habíamos reunido allí para celebrarlo alrededor de una pequeña tarta.

—Tal vez algún día te conviertas en un nuevo Dostoyevski. —Iván hizo una mueca burlona solo perceptible para mí.

—En serio, Nikolái. Esto que haces es incorrecto —señaló mi

madre—: pones una coma y te vas al siguiente renglón.

Mi hermano Iván quería reírse de mí, pero me quería demasiado y no dijo nada.

—Lo hago a propósito —contesté—. Es una nueva manera de puntuación que me he inventado, la llamo «coma y aparte».

Mi madre sonrió con la misma sonrisa que otras veces acompañaba al comentario: «Aunque no habéis pisado España, sois demasiado españoles, tu hermano y tú».

Mi hermano y yo teníamos sangre española por parte de nuestro padre, que era hijo de un

inmigrante español refugiado en la Unión Soviética tras la guerra de aquel país.

—Las reglas se han hecho con un propósito, Nikolái, incluidas las de ortografía —insistió mi madre—, pero bueno, la verdad es que es precioso. De todas maneras, hijo, deja esto bien guardado. No querrás que lo vea algún profesor, ya sabes que hay que desconfiar.

—Ya no somos soviéticos, mamá —respondí yo.

—Siempre fuimos soviéticos y lo seguimos siendo, para bien o para mal. La esperanza de la que hablas puede resultar ofensiva.

—¿Cómo puede la esperanza resultar ofensiva? —le pregunté sorprendido.

—Porque la esperanza denuncia el presente y la gente está muy acostumbrada a no poder hablar mal de él. Ahora que pueden, se supone, no quieren, no saben, y hacen muy bien.

Mi madre siempre hablaba desde el corazón y su corazón vivía en el pasado. Desde que ocurrió el accidente en la central nuclear de Chernóbil, hacía una década, yo sentía que el corazón de mi madre se había quedado congelado en el tiempo, en aquel tiempo, y

bombeaba sangre helada a través de su cuerpo, un frío cortante y gris que se reflejaba en sus ojos. Mi hermano y yo habíamos intentado de mil maneras que su corazón volviera a latir en el presente, pero, a pesar de que sabíamos que nos adoraba, ni sus propios hijos le poníamos el corazón en el presente, mucho menos en el futuro.

—Bueno, mamá, en esta ocasión tan especial...

Mi madre me miraba con atención. Iván me decía que no con la cabeza.

—... hummm. Te he escrito un poema.

—¡Nooooooooo! —gimió Iván, que había leído aquel poema con anterioridad y sabía que evidenciaba cosas demasiado personales sobre nuestra madre, cosas sobre su vida y su extraño y errático comportamiento que la harían incomodar.

Mi madre, frágil y bella como el hielo quebradizo, me miraba con una sonrisa tenue sin decir nada.

—Está en mi cuaderno —proseguí inseguro—. Se llama «La rosa en el hielo».

Mi madre me miró con el gesto congelado como el título de mi poema. Miré a mi hermano mayor,

que negaba frenético con la cabeza, y supe que no era el mejor momento para leerlo, tal vez no lo fuera nunca.

Aquel fue el día en que cambió todo y, cuando lo pienso, cuando intento recrear en mi mente qué fue lo que inició la cadena de acontecimientos que acabaría cambiando nuestras vidas definitivamente, todo empieza siempre en el mismo momento, aquel momento: mi hermano negando con la cabeza.

Antes de seguir relatando lo que ocurrió aquella fatídica noche

de cumpleaños, tengo que hablar un poco sobre nuestra familia.

Lo primero que cualquier persona notaría de mi padre sería, lógicamente, su aspecto físico. Mi padre tenía el rostro de un monstruo: la mitad de la cara quemada y una mancha oscura donde debería estar su ojo izquierdo. El ojo sano de mi padre, cuya pupila estaba rodeada de una tela de araña de venas rojas, parecía querer salirse de su órbita cuando se enfadaba. Y mi padre siempre estaba enfadado. Mi hermano y yo lo llamábamos el Monstruo a

escondidas, aunque el apelativo no se debía solo a su aspecto físico.

Mi padre se pasaba el día borracho desde que perdió el trabajo en la central nuclear de Chernóbil, diez años antes, cuando la clausuraron por culpa de un accidente, el mismo accidente que le había producido quemaduras en parte del cuerpo y desfigurado su rostro. Mi padre, borracho o sobrio, rara vez nos ponía una mano encima a mi hermano o a mí, pero solía pegar con frecuencia, borracho o sobrio, a nuestra madre.

La mirada congelada y celeste de mi madre. Nunca entendí como

mi padre (ni persona alguna) podía ser capaz de maltratar a alguien con aquellos ojos, profanar una belleza de cristal como la suya.

Respecto a mi hermano Iván y a mí, todo el mundo comentaba siempre lo mucho que nos parecíamos. Mi abuelo decía incluso que, antes del accidente, nuestro padre tenía nuestras mismas facciones, y no le faltaba razón. Sin embargo, encima de esas facciones españolas, caucásicas con casi imperceptibles pinceladas arabescas, siempre veo que tanto mi hermano como yo escondíamos la mirada eslava de mi madre, su

fragilidad de mármol quebradizo alrededor de nuestros ojos. Mi padre se había dado cuenta de esos suaves rasgos femeninos que escondíamos, y no le gustaban en absoluto.

Aquella noche, la noche en la que todo empezó, yo le había comprado a mi madre una pequeña tarta de fresa para celebrar la ocasión. Recuerdo que las velas hacían temblar las sombras sobre las alacenas. Estábamos los tres en la cocina (mi hermano, mi madre y yo), con aquel pastel delante, y, aunque deseábamos reír, estábamos

preocupados, aunque nadie quería admitirlo.

Mi hermano negando con la cabeza.

No, no leería aquel poema a mi madre. Poco podía imaginar que, en efecto, no se lo leería nunca.

—Me habéis dado toda una sorpresa —dijo mi madre desplegando una sonrisa orgullosa que escondía una sombra de melancolía.

Nadie se hubiera dado cuenta de esa sombra, nadie salvo mi hermano y yo.

Mi hermano Iván agachó un poco la cabeza avergonzado, y es

que todo había sido idea mía: comprar el pastel y darle la sorpresa a mi madre, aunque yo no quería arrogarme todo el mérito.

—No es para tanto, mamá — contesté—, es lo menos que «podíamos» hacer por ti.

Iván sonrió y me miró a los ojos; había captado la indirecta. Solía tener largas conversaciones con mi hermano sin decirnos una palabra.

Me gusta mucho recordar a mi hermano Iván como aquella noche. Me gusta, de hecho, recordar «aquella» sonrisa de «aquel» momento, irónica y agradecida. Es

curioso como, después de todo, el recuerdo que nos dejan nuestros seres queridos se concentra siempre en un solo instante, un solo gesto. Iván andaba metido en asuntos peligrosos a esas alturas, pero la cosa no había llegado a un punto tan obvio que me impidiera disfrutar de la falsa ilusión de que todo iba bien y todo seguiría yendo bien siempre.

La admiración que sentía por mi hermano es algo que no puedo expresar con palabras y hacerle justicia. Incluso en sus malos pasos, mi hermano fue siempre mi mejor defensor, mi mejor aliado, mi

protector frente al mundo... Solo de pensarlo ya brotan las lágrimas,

pero no es este momento de lamentarse, ahora necesito escribir esta historia, de la mejor manera posible.

Los tres alrededor de la tarta, recuerdo que nos quedamos sin palabras y, en ese silencio, la incertidumbre parecía correr en su elemento. Mi madre captó nuestra agitación.

—Si algo os vais a llevar de mí, hijos míos, que sea esto: cuando viváis un momento hermoso, no esperéis a que pase para disfrutarlo, hacedlo mientras sucede, como yo

lo siento ahora junto a mis dos ángeles.

«Si algo os vais a llevar de mí» fue una frase que me entristeció, pues sonaba a despedida, a un futuro sin mi madre.

—Vuestro padre es un buen hombre —dijo, de nuevo de la nada, con una sonrisa que cargaba toneladas de tristeza—. Algún día le entenderéis, algún día nos comprenderéis a los dos. Antes de juzgar a alguien, a cualquiera, tratad primero de entenderlo, hijos míos, de entender sus circunstancias... Vuestro padre ha vivido cosas muy duras.

Lo pienso una y otra vez, lo pienso continuamente, y siempre llego a la misma conclusión: todo fue culpa de mi padre. Mi madre era demasiado benévola con él, casi ridículamente benévola.

Muchas veces he intentado recordar cuándo hablé con ella por última vez y, aunque incluso a mí me cuesta creerlo, creo que no volvimos a cruzar una palabra después de aquella noche, a pesar de que viví bajo el mismo techo durante varias semanas más. Recuerdo mis idas y venidas, entrando y saliendo de la casa; recuerdo que la vi una y otra vez,

pero no recuerdo una sola palabra después de aquella noche y eso, no sé por qué, me entristece como no sería capaz de explicar.

—¿Deberíamos esperar a que llegue vuestro padre antes de cortar el pastel? —preguntó mamá.

—No —respondí tras una pequeña pausa mientras Iván asentía con la cabeza.

Las palabras pesan más que los gestos, a pesar de lo que dicen algunos.

—Sabéis que me encanta la fresa —dijo mamá mientras cortaba un pedazo, dejando ver el interior rosado del pastel.

La vuelta a casa de mi padre era como una maldita lotería. Para empezar, nunca sabías a qué hora volvería y, lo que era peor: nunca sabías «cómo» llegaría, de qué manera, con qué ánimo; una variable que tampoco se podía relacionar con el nivel de alcohol que llevara en la sangre. Podía llegar muy borracho y muy contento o al contrario, y había veces que llegaba casi sobrio con un humor de perros.

Mientras nuestra madre cortaba el pastel, tanto mi hermano Iván como yo estábamos rezando por dentro para que mi padre no

llegara y, si llegaba, que lo hiciera de buenas maneras. Tengo que admitirlo: una infinitésima parte de mí aún creía que era posible que mi padre volviera de buenas maneras, incluso que soltara un largo discurso en honor a mi madre, como era tradición en los cumpleaños.

Mi padre llegó, y llegó de malas maneras.

Irrumpió en la cocina (ni siquiera escuchamos la puerta de la calle) y encendió la luz, bañando la estancia de una especie de tristeza amarillenta y descarnada. Estaba borracho, con una embriaguez agria

que le supuraba en el sudor del cuello, en el cabello húmedo, en la sombra hiriente de la cicatriz del ojo perdido, en el brillo amenazante del ojo bueno...

—¡¿Qué mierda estáis celebrando?! —gritó. Antes de que pudiéramos decir nada, volvió a gritar—. ¡¿Qué mierda estáis celebrando sin mí?!

Recuerdo el brillo húmedo de sus sienes surcadas de cicatrices rosadas como el chicle masticado.

Mi padre apartó el pastel de la mesa de un manotazo. El pastel acabó aplastado sobre el suelo de la cocina.

—Eduard, por favor... —Mi madre lo miró con ojos suplicantes —. No tienes por qué enfadarte, los chicos me han comprado esa tarta...

—Se nota que lo estáis pasando muy bien aprovechando que no estoy —respondió mi padre clavando en ella la mirada desquiciada de su único ojo.

Mi madre se puso en pie y se acercó a él para abrazarlo. Abrió los brazos y quiso rodearlo como un manto protector que pudiera sosegarlo, calmar sus demonios.

Mi padre la empujó con la fuerza salvaje de tres hombres, alejándola de sí como si el tacto de

ella quemase. La espalda de mi madre fue lo primero en golpear la pared de la cocina. La cabeza impactó un segundo después y perdió, afortunadamente para ella, el conocimiento.

Mi hermano Iván se levantó como un resorte y se atrevió a plantar cara a mi padre.

Recuerdo sus puños cerrados, sus antebrazos tensos con las venas a flor de piel como si la sangre estuviera a punto de reventarlas. Recuerdo que pensé que mi hermano era como un soldado que se yergue solitario frente a un ejército. Pensé en una batalla en un

desierto; mi hermano sobre una loma de arena frente a docenas de tanques.

—¡No le hagas daño a mamá! ¡Eres un monstruo! —gritó mi hermano con la voz ronca de rabia.

—¿Te atreves a llamarme monstruo? ¿A mí? —dijo mi padre apretando los dientes y señalando a mi hermano con un dedo. Aquello pareció enfurecerle mucho. Empezó a respirar agitadamente—. A lo mejor yo soy un monstruo, pero entonces dime una cosa: ¿por qué se enamoró la puta del monstruo?

—¡Estás loco! —dijo mi hermano.

Aunque a sus diecisiete años Iván ya era tan alto como nuestro padre, este todavía lo superaba en envergadura física. Mi padre, embrutecido por el alcohol, se abalanzó sobre Iván y le asestó un tremendo puñetazo en la cara seguido de otro en el pecho. Iván se desplomó en el suelo sin resuello, sangrando por la nariz y doliéndose de una costilla rota.

Yo me arrodillé y me abracé a mi madre con fuerza, como si colgase de ella en un precipicio.

La tarta de cumpleaños yacía en el suelo de la cocina pisoteada por mi padre.

Mi padre, el Monstruo, como lo llamábamos mi hermano y yo a escondidas, se dejó caer sobre la encimera, acariciando con su dedo meñique la punta de los cuchillos, mirando a mi madre con todo el desprecio con el que se puede mirar a alguien, con la nariz contraída y arrugada como si acabara de acercarla a una botella abierta de leche podrida. Después se volvió hacia mi hermano Iván.

—Vamos, idiota, sé un hombre —lo retó con una voz que parecía serena pero impenetrable—, contesta a lo que te pregunto: ¿por

qué se enamoró la puta del monstruo?

—Papá, no sé de qué me hablas... —fue la respuesta de Iván.

El pecho de mi hermano subía y bajaba como si acabase de llegar de una larga carrera. Tenía las fosas nasales dilatadas y miraba a mi padre fijamente de un modo extraño. Sus ojos se volvieron duros y fríos. Detrás de aquellos ojos inmóviles no había rastro de humanidad. Sentí un escalofrío porque no reconocí a mi hermano en aquella mirada.

Mi padre, Eduard Sokolov, el Monstruo, empezó a gritar, palabra

por palabra pero con ritmo pausado, remarcando cada sílaba:

—¡¿NO LO SABES?! ¡ENTONCES
PREGÚNTASELO A TU MADRE!
¡PREGÚNTASELO A LA PUTA DE TU
MADRE, QUE TE PUEDA OÍR!

—No llames así a mamá —
respondió Iván apretando los
dientes de rabia.

—¡¿Y QUIÉN ME LO VA A
IMPEDIR?!, ¿TÚ, BASTARDO DE MIERDA?

Yo hubiese querido hacer algo,
colocarme junto a mi hermano y
enfrentarme también a nuestro
padre, pero el miedo me tenía
paralizado. Me quedé allí quieto, de

rodillas en el suelo, abrazado a mi madre.

—Entonces, dime, ¿por qué se enamoró la puta del monstruo?
—preguntó nuestro padre una vez más.

Recuerdo que aquel día nuestro padre llevó las cosas demasiado lejos.

Demasiado lejos incluso para un monstruo como él.

Mi hermano Iván no abrió la boca. Mi padre se arrodilló junto a él y le pasó un brazo por encima, el brazo que estaba quemado, surcado por cicatrices y brillos. Iván no opuso resistencia, lo cual provocó

una sensación agridulce en mí, ya que, en cierta manera, quise encontrar en la docilidad de mi hermano una pequeña señal de cobardía que se pudiera comparar a la mía propia, una señal que no me hiciera sentirme tan despreciable.

Apretando su cara contra la de su hijo mayor, mi padre comenzó a susurrarle con inusitada claridad:

—No eres más que un mierda.

Mi hermano se dolía del pecho. Respiraba con fuerza, apretando los dientes. Entonces Iván hizo acopio de todo el aire con el que contaba en sus pulmones y fue capaz de mascullar una frase:

—Te... voy... a matar...

Las cosas estaban llegando demasiado lejos. La locura se realimenta cuando una mirada desquiciada choca contra otra. La locura de mi padre se alimentaba de la rabia de su hijo.

—Oh, mira cómo tiemblo de miedo. Mira, infeliz, dentro de unos segundos me voy a sacar la polla y voy a mear encima de la puta de tu madre, y no podrás hacer nada al respecto porque, si lo haces, te mato a ti y después la mato a ella.

Yo sabía que mi padre decía la verdad. Tanto yo como mi hermano Iván siempre hemos sabido cuándo

la gente habla en serio o en broma, y nuestro padre, aunque estaba borracho como una cuba, hablaba completamente en serio.

El miedo me ahogaba cuando mi padre me agarró por las solapas de la chaqueta y me apartó de un empujón lejos de mi madre. Recuerdo que me golpeé contra la encimera en el costado y acabé en el suelo, junto a mi hermano.

No pude más que observar, con los ojos arrasados de lágrimas, cómo mi padre cumplía su palabra. Iván, apretándose el pecho de dolor, rechinaba los dientes con rabia.

Las cosas habían ido demasiado lejos.

Cuando el Monstruo acabó de orinar soltó una risa nerviosa seguida de un profundo bostezo. En la cocina se instaló un silencio sepulcral. Sin siquiera mirarnos, abandonó la cocina y se metió en su dormitorio, cerrando con un portazo que hizo estremecer los débiles tabiques del piso.

A través de la puerta alcancé a escuchar, o tal vez lo imaginé, el sonido de su cuerpo al caer sobre la cama, que muy probablemente había recibido la sacudida de su

peso cuando este ya había sucumbido al sueño.

Entonces agarré un paño de cocina y me puse a limpiar como pude a mi madre. Humedecí un trapo y se lo puse en la frente. Mi madre recuperó poco a poco el conocimiento. La ayudé a ponerse en pie.

Tambaleándose, mi madre fue hasta el fregadero, llenó un vaso de agua y bebió un trago. Luego lo escupió como si le quemase. Abrió un armario y cogió una botella de vodka. Se sirvió en el vaso y se bebió todo el contenido de un largo

trago. Después se quedó mirando al vacío con ojos vidriosos.

—¿Por qué le dejas que nos haga esto? —preguntó mi hermano Iván, todavía tirado en el suelo.

—Tu padre es un buen hombre —fue la lacónica respuesta de nuestra madre.

—¿Un buen hombre? ¿Tú también te has vuelto loca, mamá? —dijo Iván.

Ella no respondió. Volvió a servirse un vaso de vodka. Yo estaba en un rincón de la cocina, reprimiendo los temblores que se habían apoderado de mí. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas

que nada de aquello hubiese pasado. Por favor, que mi padre no hubiese orinado encima de mi madre. Por favor. Quería eliminar ese recuerdo de mi mente, pero el recuerdo no se borraba.

Yo había escuchado en televisión que el presidente de la Unión Soviética llevaba siempre consigo el llamado «maletín nuclear», el cual contenía un botón que lanzaría todas las bombas atómicas de nuestra nación contra el enemigo americano. Había quien decía que apretar el botón significaría el fin del mundo porque el enemigo capitalista disponía de

un botón exactamente igual que activaría al ser atacado, haciendo que sus bombas cayesen a su vez sobre nosotros.

Yo soñaba con tener un botón así en mis manos, un botón que pudiese borrar para siempre a la familia Sokolov de la faz de la tierra.

—¿Por qué dejas que nos haga esto? —insistió mi hermano Iván—. ¿Por qué sigues al lado del Monstruo?

—¡No llames así a tu padre!

Mi madre taladró a su hijo mayor con la mirada. Sus ojos azules estaban enmarcados por unas profundas ojeras. Las

ventanas de su nariz se ensancharon. No dijo nada más. Agarró con furia la botella de vodka y abandonó la cocina.

Por increíble que aquello pareciera, nuestra madre se metió en el dormitorio y fue a acostarse junto al hombre que acababa de someterla a humillantes vejaciones.

Me arrodillé junto a mi hermano. Quise limpiarle la sangre del rostro. Iván me apartó con brusquedad.

—¡Déjame!

Se quedó mirando al vacío largo rato, con los ojos convertidos en dos ranuras. De pronto, como si

despertase de un trance, se puso en pie y abrió un cajón de la cocina. Con la mirada todavía perdida, como si estuviera hipnotizado, sacó el cuchillo de cortar carne más grande que teníamos.

Entonces supe que nada volvería a ser igual. Entonces supe que mi hermano Iván acababa de decidir que el Monstruo tenía que morir.

También comprendí que hacía mucho tiempo que mi hermano Iván había dejado de ser un niño para convertirse en un hombre, aunque no en cualquier clase de hombre.

Un asesino.

3. EDUARD SOKOLOV **Kiev, 1986. Dos meses** **antes del accidente de** **Chernóbil**

Me dirijo a vosotros, hijos míos, porque tenéis derecho a saber ciertas cosas.

Os habla vuestro padre, Eduard Sokolov.

Nunca se me ha dado bien expresarme por escrito, así que he decidido usar esta grabadora de casete para que me resulte más fácil dejar constancia de lo que os quiero contar.

Es mi intención que un día podáis conocer de mi propia voz el motivo de la decisión que tomé cuando eráis muy pequeños, casi bebés, una decisión que podría tener graves consecuencias para vosotros en el futuro. Creo que es mejor que sepáis la verdad por mis propias palabras. Ahora sois niños sin capacidad de entender estas cosas, pero espero que cuando seáis

adultos yo mismo pueda explicaros todo esto sin necesidad de recurrir a esta grabación, aunque nunca se sabe lo que puede pasar en la vida. Si a mí o a vuestra madre nos pasase algo, Dios no lo quiera, siempre podréis conocer lo ocurrido escuchando esta cinta, que dejaré a buen recaudo.

Veamos. ¿Por dónde empezar?

Nacisteis con poco más de un año de diferencia. Ambos comenzasteis a sufrir graves crisis epilépticas a una edad muy temprana, una clase de epilepsia muy rara y muy virulenta:

convulsiones, ahogos, violentos espasmos...

No puedo expresar con palabras la clase de angustia y desesperación que se siente cuando ves a tu hijo convulsionándose como si estuviera poseído por el demonio y no hay nada que puedas hacer salvo rezar para que no muera. Pasar por una experiencia semejante una vez en la vida es duro, pero cuando ocurre cada día, cuando cada día, sin previo aviso, tus hijos se debaten durante unos minutos entre la vida y la muerte sin que puedas hacer nada...

Cuando algún día vosotros también seáis padres, seguro que me entenderéis.

Podría decir que la primera vez que Iván sufrió una crisis fueron los peores minutos de mi vida, de no ser porque los peores minutos se repitieron una y otra vez durante los días siguientes.

Los médicos me explicaron que se trataba de epilepsia, un tipo de epilepsia muy grave y virulenta. Las crisis se repetían prácticamente cada día. Lo peor era que la gravedad de los ataques era tal que su vida corría serio peligro. Según nos explicaron los médicos, en una

crisis a edad tan temprana existía un alto riesgo de morir por asfixia o simplemente por una congestión nerviosa.

Lo peor fue que Nikolái empezó a padecer los mismos ataques apenas unos meses después de nacer.

¡Es tan difícil explicar lo que sentimos vuestra madre y yo!

Hasta que enfermasteis de ese modo todo era perfecto en nuestras vidas. Amo con locura a vuestra madre. Es la mujer más maravillosa que he conocido jamás. Tener hijos era un sueño hecho realidad, el culmen de nuestra felicidad. Tengo

un trabajo de ingeniero muy bien pagado en la planta nuclear de Chernóbil, lo que nos permite vivir en un buen piso en la ciudad dormitorio de la central, Pripyat, que es una de las ciudades más privilegiadas de toda la Unión Soviética. Todo iba a ser perfecto en nuestras vidas, pero por algún motivo el destino se empeñó en poner en peligro lo que más queríamos. Por eso quizás nos costó tanto asumir vuestra enfermedad.

Llegó un momento en el que no pude evitar sospechar que tal vez mi trabajo en la central nuclear tuviera algo que ver. ¿Me había

expuesto a la radiación en alguna ocasión?, ¿podría tal cosa haberlos afectado?

Con mucha cautela, insinué esa posibilidad a uno de los neurólogos del hospital y este me amenazó con denunciarme si se me ocurría volver a sugerir tal cosa.

—Camarada Sokolov: la central nuclear es perfectamente segura, sabe usted mejor que nadie que proveemos de electricidad a muchas ciudades, que lo que hacemos aquí es un orgullo para Moscú y se le paga a usted muy generosamente para que se atreva ahora a hacer semejantes insinuaciones.

La central era segura, de eso no tenía la menor duda, pero vuestra situación no mejoraba, los ataques se repetían cada vez con más frecuencia, os golpeabais en los brazos, en las piernas, en la cabeza. En mitad de un ataque os poníais rígidos como una piedra. Era algo verdaderamente espantoso.

Al final, cuando Iván no tenía ni dos años, el neurólogo del hospital nos propuso a vuestra madre y a mí someteros a los dos a un tratamiento no exento de riesgos, pero que podría acabar de raíz con vuestro problema.

El neurólogo nos explicó que la epilepsia se origina por un defecto de un grupo de células del cerebro que empiezan a irritarse y a producir una serie de descargas súbitas y exageradas. Estas descargas, como si se tratase de una onda que se extiende por la superficie de un lago, provocan a su vez que los grupos de neuronas adyacentes empiecen a excitarse y a descargar. En cuanto esta corriente de disparos neuronales llega al cuerpo calloso, uno de los puentes que conectan los dos lados del cerebro, entonces la totalidad del cerebro entra en ese estado anormal

y la persona accede a esa situación convulsa llamada epiléptica.

Aunque existen fármacos para combatir la epilepsia, en vuestro caso resultaron totalmente inútiles. El neurólogo que os trataba nos propuso una solución arriesgada pero efectiva: una intervención quirúrgica.

Al parecer, la descarga epiléptica comienza en una zona del cerebro y se extiende hasta el resto. El doctor nos explicó que, décadas atrás, se había encontrado un modo radical de evitar la propagación: seccionar el cuerpo calloso que une ambos hemisferios cerebrales.

Nos explicaron que los pacientes que se habían sometido a esta operación desde hacía varias décadas se habían recuperado sin problemas y habían llevado una vida perfectamente normal.

En mi desesperación, y estando vuestras vidas en juego, vuestra madre y yo accedimos a que os practicasen esa operación. El primero en pasar por el quirófano fue Iván. La recuperación fue tal y como predijeron los médicos. En los meses siguientes no se produjo ningún ataque epiléptico. La esperanza se abrió ante nosotros. Seis meses después de la operación

de Iván llegó el turno de Nikolái. La recuperación también fue plenamente satisfactoria.

La pesadilla de vuestra enfermedad parecía haber quedado atrás. Crecisteis como dos niños sin problemas. Desarrollasteis todas las habilidades motrices e intelectuales propias de cada etapa del crecimiento. Os realizaron test de inteligencia. Todo era normal. Incluso mostrabais una inteligencia bastante por encima de la media. No solo sois dos niños muy inteligentes, también habéis demostrado una gran habilidad para empatizar con los sentimientos de

los demás. A veces tengo la impresión de que, aunque todavía sois unos niños, podéis captar las emociones de otros de un modo mucho más preciso que un adulto.

No sé cómo explicar esto..., pero lo cierto es que resulta difícil ocultaros las cosas. Por ejemplo, vuestra madre y yo discutimos a veces, aunque nunca lo hacemos en vuestra presencia. Sin embargo, después de una de esas discusiones, cuando nos veis, os ponéis a llorar sin un motivo aparente, como si supieseis que algo malo ha pasado.

El suceso más inquietante ocurrió en una ocasión en la que

estaba en casa con Nikolái. Le pedí, por error, que se pusiera a jugar con los «bloques» de colores, cuando lo que tenía en mente para él era que jugase con los «lápices» de colores. Nikolái dudó un instante, tras el cual se sentó en la mesa de dibujo y agarró los lápices. Yo ni siquiera me hubiera dado cuenta de lo ocurrido si vuestra madre no hubiera intentado corregir a Nikolái.

—Tu padre te ha dicho que juegues con los bloques.

—No, cariño, lo que le he dicho ha sido... ¡Tienes razón!..., pero lo que quería decir era que... colorease.

Aunque vuestra madre se olvidó de lo ocurrido, aquello me hizo darme cuenta de que algo era diferente en vuestra percepción.

Hice el mismo experimento con Iván, con idéntico resultado. Le pedí que hiciese algo mientras pensaba con todas mis fuerzas en otra cosa diferente. Iván pareció adivinar mis pensamientos e hizo lo que yo estaba pensando.

Vuestra madre no sabe nada de esto. No he querido preocuparla.

Sospecho que esa capacidad para reconocer las emociones ocultas de los demás sea un efecto

secundario de la operación a la que fuisteis sometidos.

Espero que cuando escuchéis esta grabación los dos llevéis una vida perfectamente normal y que no hayan aparecido otras secuelas ni efectos secundarios. Si no es así, solo espero que me perdonéis. Vuestra madre y yo quisimos lo mejor para vosotros.

Vuestra madre.

La quiero más que nunca y, sin embargo, ahora que han vuelto los problemas ella parece alejarse de mí. Cada día es más distante. Cuanto más necesito su apoyo, más se aleja.

Cuando escuchéis esto seguramente seréis lo suficientemente mayores como para comprender lo que significa el amor. Yo estoy enamorado de vuestra madre, pero tengo un miedo atroz a que ella haya dejado de quererme. Últimamente, cuando miro sus ojos, veo la mirada de una extraña.

Quizás no debería hablaros de nuestros problemas. Ese no era el propósito de esta grabación. Es mi deseo que cuando seáis mayores solo recordéis de nosotros los besos, los abrazos y la monótona y feliz vida en familia, aunque no os

ocultaré que también en ocasiones hubo peleas, gritos y reproches. Unos buenos padres nunca deben discutir delante de sus hijos. Es a lo que siempre he aspirado, a ser un buen padre, y espero seguir siéndolo. Espero que me recordéis con cariño, allí en el futuro prometedor que os espera a ambos, mis queridos hijos.

4. NIKOLÁI

Kiev, 1996. Diez años después del accidente

«Descubrí que mi padre no había sido siempre un monstruo. Hubo una época en la que fue un padre y un esposo ejemplar, un tiempo perdido en las nieblas de mi niñez en el que éramos una familia feliz. Algo metió los demonios en su

interior. Las mentiras y los engaños inocularon en él un terrible veneno que llenó su vida de furioso odio.

Si el mal lo provocó la mentira, la verdad era lo único que podría liberar a mi padre de los demonios y restaurar la paz en nuestra familia. Y yo intenté encontrar esa verdad a toda costa.»

* * *

Nikolái Sokolov, el muchacho que un día, en otro tiempo y lugar, se convertiría en un hombre llamado Max N. N., descubrió que su padre no había sido siempre un

monstruo. El primero en hablarle a Nikolái de la relación entre la locura de su padre y los dramáticos acontecimientos que tuvieron lugar en la central nuclear de Chernóbil, diez años atrás, fue su abuelo Eduardo.

El abuelo de Nikolái, un comunista exiliado de la dictadura española llamado Eduardo Soria, que había rehecho su vida en la Unión Soviética, llevaba tiempo saboteando su propia cordura en un asilo de las afueras de Kiev. Su nieto Nikolái era el único miembro de la familia Sokolov que iba a visitarlo cada sábado sin falta. En

realidad era el único miembro de la familia que había ido a ver al abuelo en los últimos tiempos.

Como cada sábado, Nikolái madrugó para coger el autobús. Tenía que recorrer un trayecto de dos horas desde su casa hasta las afueras del norte de Kiev donde se encontraba el asilo. A hora tan temprana, el autobús estaba prácticamente vacío. Solo había un par de asientos ocupados por un hombre de unos cincuenta años con los ojos medio cerrados por el sueño y una chica joven, bastante fea, que mascaba chicle con un ritmo industrial. La chica,

sintiéndose observada por Nikolái, le clavó una mirada desafiante y este bajó los ojos. Nikolái se concentró en observar las calles a través de la ventanilla, viendo deslizarse un edificio tras otro, enormes bloques de hormigón pintados de amarillo y azul entre el verdor herido por el frío de los parques.

Era una mañana ciertamente gélida. En el cielo no había ni una sola nube. No soplaba ni una brizna de aire. Kiev parecía sumido en una misteriosa inmovilidad. A Nikolái le gustaba levantarse muy temprano los fines de semana. Le gustaba el

aspecto que tenían las calles justo después de amanecer: el silencio denso y gélido atravesado por los quejidos de los primeros coches, de los primeros testigos del día, flotando en una añoranza de lo que nunca pasó. A veces fantaseaba con que los madrugadores (o extremos trasnochadores) desaparecían y le dejaban disfrutar en exclusiva de la mañana kievita.

Le gustaba la idea de estar solo en el mundo.

Había ocasiones en las que Nikolái empujaba aún más su imaginación y recreaba el mundo como un lugar muy diferente al que

conocía. El mundo ideal, el mundo como debería ser, o un mundo paralelo que no era mejor ni peor.

Con doce años, Nikolái había quedado francamente impresionado al leer *La metamorfosis*, un relato de un escritor checoslovaco llamado Franz Kafka en el que un joven se despierta transformado en una cucaracha descomunal. A raíz de leer aquel relato, decidió ser escritor. Se dio cuenta de que las fantasías que poblaban su mente podían escribirse en una hoja de papel en forma de historias.

Tenía un cuaderno donde escribía relatos basados en las

situaciones que imaginaba. Despertar un día y descubrir que eres la única persona que queda viva sobre la tierra era una de sus fantasías favoritas. También había escrito un cuento sobre un muchacho cuya familia desaparecía un día sin dejar rastro. Y el de un chico que despierta una mañana con la mente en blanco, sin recuerdos, sin poder reconocer a sus padres ni a sus amigos. Sin recuerdos, sin ataduras. Despertar en un lugar lejano a Kiev, muy lejano, donde nadie te reconozca, donde mirases atrás y te encontrases con un mar de blancura

que se pierde en un horizonte incorpóreo, vacío. ¿Había una libertad más perfecta que esa?

Nikolái soñaba con la idea de convertirse en un aclamado escritor. En el copioso discurrir de su imaginación, le hacían una entrevista, ya convertido en un autor de éxito y fama. Se imaginaba a sí mismo sentado en un sillón de cuero, en un plató de televisión o en el estudio de una emisora de radio, con una bella periodista delante, una chica que habría leído todas sus novelas e intentaba verter luz sobre las sombras de sus libros haciéndole preguntas sobre su

pasado, su vida, sus misterios apasionantes...

—Dígame, señor Sokolov, no le gusta hablar de su padre —preguntaría la entrevistadora—. En una ocasión ha mencionado que su relación no estaba exenta de problemas. ¿Puede hablarnos un poco sobre su padre?

—Llámeme Nikolái, por favor. Verá, se lo puedo resumir en una frase muy sencilla: mi padre era un monstruo.

La bella entrevistadora levantó las cejas con sorpresa.

—Entonces, señor Sokolov..., Nikolái, el hombre oscuro y

monstruoso que aparece en algunas de sus novelas ¿representa a su padre?

—Así es, y espero que aprecie mi manera directa de exponerle la situación. Ahora ya sabe de dónde saqué la inspiración —respondió Nikolái con una amplia sonrisa.

—Y dígame, ¿su padre sigue vivo? —preguntó la periodista señalando el pecho de Nikolái con su estilográfica.

Nikolái la miró fijamente durante unos instantes. La chica, con el gesto forzadamente congelado, bajó la estilográfica.

—Eso es algo que no puedo decirle... porque no lo sé.

El autobús llegó a la parada cercana al asilo de su abuelo y un brusco frenazo sacó a Nikolái de sus fantasías. Captó la mirada de la muchacha sentada al otro lado, que sonreía como si hubiera visto algo graciosísimo.

—Mierda —pensó Nikolái—, seguramente estaba moviendo los labios, contestando a mi entrevista imaginada como si estuviera loco de remate, y esa chica me ha visto hablando con el cristal.

La parada se encontraba a dos manzanas de la residencia para

ancianos. Nikolái se bajó del autobús y recorrió con pasos rápidos las aceras heladas. El aire era frío y cortante. Minutos después llegó al edificio del asilo, una construcción de tres plantas con la fachada de cemento, rodeada de un pequeño jardín de arbustos mustios donde la hierba parecía perder terreno frente al gris helado de la tierra.

Cruzó el umbral agradecido por el calor del interior. Fue derecho hasta el mostrador de recepción y saludó a Olena, una de las enfermeras de guardia. Olena le devolvió el saludo con una sonrisa

apenas esbozada. Olena lo había visto docenas de veces, pero nunca le había sonreído. Era una mujer alta y gorda, con el pelo teñido de rojo.

—Ahora mismo bajamos a tu abuelo —dijo entrecerrando los ojos y frunciendo los labios con simpatía. La sonrisa había sido tan fugaz que Nikolái se preguntó si no habría sido producto de su imaginación.

Más cariñosos o menos, Nikolái sentía el aprecio que le tenían los miembros del personal del centro. Le conocían bien, ya que acudía allí todos los sábados desde

que su abuelo había sido recluido en el asilo.

Eduardo Soria, que más tarde adoptó el apellido Sokolov, era de origen español. Luchó en el bando republicano en la guerra civil española y fue acogido en la Unión Soviética como refugiado político cuando acabó la contienda. Era muy joven cuando llegó a Ucrania y había rehecho allí su vida por completo. Se casó y tuvo un solo hijo, Eduard, el padre de Nikolái.

Eduardo Sokolov había enviudado a los cincuenta años y no se había vuelto a casar. Vivió solo en un pequeño piso de Kiev hasta

que la artrosis lo postró en una silla de ruedas. Con noventa años, la artrosis, el alzhéimer y las frecuentes lagunas mentales lo habían incapacitado para valerse por sí mismo.

Cuando el abuelo vivía todavía en su piso de Kiev, Nikolái y su hermano Iván solían visitarlo con frecuencia. El abuelo había sido un hombre risueño, siempre de buen humor. Les hablaba en castellano, idioma que tanto Nikolái como Iván dominaban a la perfección gracias a las innumerables historias que su abuelo les narraba durante horas. A ambos hermanos les fascinaba la

vida en España. El abuelo les hablaba con nostalgia de Estepona, su localidad de nacimiento, un lugar donde, según él, la temperatura nunca bajaba de veinte grados y donde uno podía bañarse en las cálidas aguas del Mediterráneo incluso en invierno. Un lugar en el que podías caminar por las calles y conocer a todo el mundo, donde improvisabas una tarde visitando a cualquiera, sin avisar, donde el tiempo discurría caprichoso, donde los acontecimientos de los días dependían más del azar que de los hombres..., hasta que la vida se volvió del revés porque los

hombres, tal vez celosos del azar, tomaron el rumbo y lo cambiaron todo.

Nikolái aguardó en la sala de recreo, sentado en una silla de plástico. La sala era grande, con varias filas de sillas y un ventanal alargado desde el que se divisaba el seto del jardín exterior que rodeaba el edificio. El cielo estaba teñido de blanco y proyectaba su luz difusa en el interior de la sala de recreo, dándoles a los colores de la estancia un matiz como el del recuerdo de un sueño. Las flores del alféizar de la ventana se inclinaban a un lado y otro como si anduvieran a tientas,

sin saber qué ángulo era el más ventajoso para absorber la luz.

Las paredes de la estancia, como siempre, acumulaban toneladas de nostalgia.

Era una afición de Nikolái captar las huellas que las personas dejaban en los objetos. Imaginaba, por ejemplo, que en las tenues marcas de las sillas de ruedas sobre el suelo quedaban rastros de los sentimientos de los ancianos que extinguían sus últimos soplos de vida en aquel lugar.

En una televisión atornillada a un soporte de la pared estaban dando el popular concurso «Qué,

dónde, cuándo», en el que el público enviaba preguntas extremadamente difíciles a un grupo de expertos que estaban en el plató. ¿Qué hacía una televisión encendida en una estancia vacía? (lo estaba hasta que entró él). ¿Servía el sonido de la televisión, acolchado a través de las paredes, de telón de fondo para los ancianos?

Nikolái, inopinadamente, se encontró prestando atención a la siguiente pregunta:

—Los antiguos escandinavos usaban la figura retórica conocida como *kenning*. Por ejemplo, «la

tierra del espíritu» significaba el pecho y «la tierra de la ballena» significaba el océano. ¿Qué significaba «la tierra del halcón»?

Nikolái reflexionó un instante. ¿Qué hacen los halcones?, ¿qué hacen los halcones que no hagan los demás animales?, ¿por qué son conocidos los halcones? Cuando piensas en un halcón, te lo imaginas haciendo ¿qué? ¡Capturando algo!, ¡atrapando algo! Las personas atrapamos las cosas con las...

—La mano —interrumpió uno de los expertos en la televisión. ¡Respuesta correcta!

—¡Casi lo tenía! —se lamentó Nikolái para sus adentros—, y yo no soy experto de nada...

Como de costumbre, Nikolái estaba solo en la sala. Los ancianos recluidos allí no solían tener muchas visitas. Aunque la estancia hubiese estado abarrotada, no hubiera podido evitar fijarse en la muchacha que entró en ese momento empujando la silla de ruedas de una anciana.

No era habitual encontrarse con otras visitas y mucho menos que fuesen chicas solas tan jóvenes. Era muy guapa. Lo que más llamó la atención de Nikolái fue que

llevaba un mechón de pelo teñido de azul, mecha que contrastaba con el resto de la melena rubia. Vestía unos vaqueros ajustados, botas y un grueso jersey de lana marrón. Aunque las ropas no eran muy femeninas, tenía un bonito cuerpo; era alta y bajo el grueso jersey se adivinaban unos pechos redondos y firmes.

La chica pasó por su lado sin fijarse en él, con sus grandes ojos verdes ensimismados, el gesto afligido, enigmático. Tenía los labios ligeramente fruncidos en una media sonrisa, como si intentase compensar de algún modo la

tristeza de su mirada. El brillo de sus ojos parecía el preludio del llanto o tal vez una huella del mismo, el que ahora pretendía borrar con una sonrisa a medias.

En la silla de ruedas que empujaba había sentada una anciana pálida enfundada en una raída bata de paño. La chica llevó la silla hasta un extremo de la sala y se sentó junto a ella. Rindiéndole la pleitesía que se le destinaría a un héroe nacional, tomó la mano de la anciana entre las suyas y empezó a decirle algo en voz baja que Nikolái no pudo escuchar, pero que identificó como un comentario

amable que deleitó a la anciana al punto de arrancar una sonrisa a aquellas facciones fatigadas. Cada movimiento de la joven para con la anciana solo podía describirse como un acto de amor.

En ese momento una de las enfermeras entró empujando la silla con su abuelo. Nikolái se puso en pie y corrió a darle un beso.

El abuelo llevaba, como era habitual en él, un cigarrillo humeante en la mano derecha. A pesar de su avanzada edad y de su delicado estado de salud, no había desistido del tabaco.

Los ojos del anciano resplandecieron al reconocer a su nieto. Nikolái se sentó a su lado en una de las sillas de plástico. El abuelo llevaba el celeste del Mediterráneo reflejado en el iris de sus ojos. Últimamente, como a un pescador perdido, le costaba enfocar la mirada en un punto concreto; siempre parecía otear algún lugar distante.

—Abuelo, ayer fue el cumpleaños de mamá —dijo Nikolái—. Iván y yo preparamos un pastel para celebrarlo. Nos salió muy bien. Mamá nos felicitó.

—¿Tu hermano Iván no ha venido?

—No, abuelo, hoy tenía que jugar un partido de fútbol muy importante. Me dijo que te pidiese disculpas. Iván está jugando ya en la competición semiprofesional. Pronto se fijarán en él en las ligas superiores.

Lo cierto era que, aunque de niño le encantaba jugar al fútbol, Iván lo había dejado años atrás. También hacía meses que no acudía a visitar a su abuelo. Sin embargo, el anciano siempre preguntaba por él y Nikolái siempre respondía con la misma mentira.

—Hicimos una pequeña fiesta. A mamá le encantó la tarta. — Nikolái prosiguió con el relato del cumpleaños—. Papá le regaló un bolso nuevo. Mamá se puso muy contenta. Era un bolso muy bonito, de piel, muy caro.

—Tu padre es un hombre muy atento. —El abuelo asintió con firmeza—. Siempre acierta con los regalos.

—Sí, abuelo. Después de comer la tarta, papá nos llevó al parque de atracciones. Entre Iván y yo convencimos a mamá para que subiese en la noria. Ya sabes que le dan miedo las alturas. Tenías que

ver la cara que puso la pobre; estaba asustadísima. Nos divertimos mucho. Después papá nos llevó de vuelta a casa. Ellos dos se fueron a cenar solos a uno de los restaurantes del centro, uno de los caros.

—Tu padre sigue enamorado de tu madre como el primer día.

—Sí, abuelo. Se nota que se quieren mucho. —Nikolái tenía un nudo en la garganta.

Tuvo que apartar la mirada, haciendo un esfuerzo para reprimir las lágrimas. Respiró hondo.

—Mucha gente dice que el amor no dura, que más tarde o más

temprano se acaba —dijo el abuelo con voz ronca—. ¡Tonterías! No te lo creas. El amor, cuando es verdadero, no se acaba nunca. Mira a tus padres —señaló al frente con los dedos que sostenían el cigarrillo como si los tuviese delante—. Tu abuela y yo, sin ir más lejos, estuvimos casados veinticinco años y solo la muerte pudo separarnos. A la pobre se la llevó cuando estaba en mitad de la vida. Pero si estuviese viva a mi lado, yo la seguiría queriendo como el primer día. Así es el amor de verdad, hijo mío. Lo demás son calenturas.

Nicolái asintió mientras miraba distraído a su alrededor. Su abuelo siempre le soltaba el mismo discurso sobre el amor. Se lo sabía de memoria. Mientras su abuelo le hablaba del verdadero amor, de la mujer que te seguiría para siempre y a la que no podrías dejar de admirar hasta el final de tus días, la mirada de Nicolái recayó en la chica del mechón azul. Seguía sentada junto a la anciana, la tenía cogida de la mano, pero ya no hablaban. La chica seguía manteniendo aquella mirada triste. Su abuelo seguía hablándole («... una compañera a través de los años, con su vida

oscilando en torno a la tuya») mientras la chica del mechón azul dejaba simplemente que pasara el tiempo. A Nikolái le gustó el modo que aquella chica tenía de dejar pasar el tiempo. «Una mujer que te querrá siempre como el primer día», decía su abuelo.

La chica del mechón azul tenía una misteriosa serenidad en su tristeza.

Nikolái regresó la atención a su abuelo. El anciano se llevó el cigarrillo a la boca con una mano temblorosa. Entonces llegó la pregunta que Nikolái había estado temiendo desde que llegó:

—¿Por qué no ha venido tu padre a verme?

El abuelo siempre le preguntaba lo mismo y Nikolái siempre respondía con la misma excusa:

—Ha tenido un problema en el trabajo, abuelo. Lo han llamado para que solucionase algo y ha tenido que acudir. Vendrá el sábado que viene.

El anciano acogió la respuesta con un rictus de orgullo.

—Tu padre vale mucho. Siempre lo buscan cuando hay problemas que nadie más sabe resolver. ¿Sabías que tu padre es un

héroe? Si no es por él, Dios sabe cuánta gente más podría haber muerto en el accidente de la central.

Nikolái asintió con tristeza. El guion de la conversación de cada sábado se estaba repitiendo al detalle, punto por punto. Nikolái le relataba a su abuelo una vida idílica en familia que solo existía en su imaginación. El abuelo, instalado en la misma fantasía, le repetía una y otra vez que su hijo Eduard era un héroe que había salvado a miles de personas.

Nikolái no recordaba exactamente en qué momento el abuelo había perdido la cabeza.

¿Había sido consciente el anciano alguna vez de la clase de monstruo que tenía por hijo? ¿Sabía algo de los maltratos a los que sometía a su familia?

El abuelo respondía a sus fantasías con otras fantasías. Cualquiera que oyese sus conversaciones creería que su padre era la persona más fabulosa de Ucrania.

—Tu padre es un hombre extraordinario —abundó el abuelo—. Cuando era niño sacaba las mejores calificaciones de todo Kiev. ¿Sabías que estuvo en un programa especial para niños superdotados?

Yo sabía que estaba destinado a grandes cosas. Y así ha sido. Ahora es un héroe. Muchos le deben la vida.

—Claro, abuelo.

—Tu padre es una buena persona. No se merecía la desgracia que le pasó.

—No, abuelo, no se lo merecía.

Nikolái suponía que el abuelo se refería a las quemaduras que su padre había sufrido en el incendio de la central nuclear donde había trabajado. Como consecuencia del fuego que había devastado la planta nuclear, su padre había perdido un ojo y tenía la mitad de la cara

quemada, además de parte del cuerpo.

—No, tu padre no se merecía lo que le pasó —insistió el anciano. Le temblaba la voz y tenía la mirada vidriosa—. Tu pobre padre todavía se estará preguntando por qué la puta se enamoró del monstruo.

—¿Qué has dicho, abuelo? —preguntó Nikolái sobresaltado.

—Tu padre es un gran hombre. Un héroe.

—No, abuelo, has dicho algo de «la puta y el monstruo». ¿A qué te refieres?

El día anterior su padre había repetido esas mismas palabras una

y otra vez. ¿Cómo podía saberlo el abuelo? A no ser que no fuese la primera vez que lo decía.

—¿Qué has querido decir?

—A tu padre lo traicionaron.

—¿Lo traicionaron? ¿Quién traicionó a mi padre?

—La puta y el monstruo.

—¿Por qué dices eso, abuelo? ¿Quiénes son la puta y el monstruo?

—Tu padre es un gran héroe.

—Eso ya lo has dicho. Me refería a lo otro.

El anciano clavó sus ojos claros en su nieto. Nikolái tenía la sensación de que cuando su abuelo

recuperaba la cordura, sus ojos se volvían más claros y profundos, azules como una tarde luminosa de verano.

—Fue algo que pasó hace mucho tiempo. Tú eras un niño —explicó el anciano—. El día que tu padre se convirtió en un héroe también lo traicionaron.

Nikolái pensó que su abuelo estaba desvariando otra vez. Aunque, si era un desvarío, era la primera vez que le hablaba de aquello.

—¿Estás hablando de mi padre?

—¿De quién si no?

—¿Qué crees que pasó con mi padre? —insistió Nikolái—. ¿Por qué dices que se convirtió en un héroe? ¿Por qué has dicho que lo traicionaron?

—Es una larga historia. Si yo te lo contase no me ibas a creer. Hace tiempo que todos pensáis que he perdido la cabeza, pero a veces la locura solo es un refugio.

Nikolái lo observaba con los ojos muy abiertos, expectante. El anciano miró a su nieto como si acabase de despertar de un largo sueño. Esta vez no reflejaban sus ojos destellos de otros tiempos ni otros lugares. Por primera vez en

mucho tiempo, Nikolái tuvo la sensación de que su abuelo había vuelto al aquí y ahora.

—Llévame a mi habitación —pidió el anciano con una firmeza en la voz que hizo estremecer a Nikolái.

—¿Por qué? Todavía falta para que se acabe el horario de visitas. Sigamos hablando.

—Quiero enseñarte una cosa que guardo allí —respondió el viejo agitando la mano del cigarrillo con tono imperioso.

Nikolái, arrastrado por la curiosidad, empujó la silla de ruedas fuera de la sala hasta el

interior del ascensor. La habitación de su abuelo se encontraba en la segunda planta. Atravesaron un largo pasillo de baldosas blancas y negras como un tablero de ajedrez. Los suelos brillaban y olían a desinfectante y lejía. Nikolái abrió la puerta de la habitación y pasaron al interior.

El cuarto era pequeño, de paredes blancas y amueblado con sencillez: una cama de madera con un pasamanos metálico para que los ancianos pudieran apoyarse, una mesita de noche y un armario de dos puertas. Unas cortinas descoloridas filtraban la luz

brumosa del exterior. Nikolái dio a la llave de la luz y el tubo fluorescente del techo inundó la estancia de luz amarilla y descarnada. La única decoración consistía en un cuadro en mitad de una pared con una mala reproducción de los girasoles de Van Gogh.

—Abre el primer cajón —indicó el abuelo señalando la mesilla de noche con la mano que sostenía el cigarrillo.

Nikolái hizo lo que le pedía. En el cajón había varios documentos, monedas sueltas, paquetes de cigarrillos... Debajo de todos los

papeles, encontró una fotografía. Cuando la miró se quedó con la boca abierta.

—¿Es esto lo que querías que viese, abuelo? —preguntó al cabo de unos segundos, cuando se recuperó de la sorpresa.

El anciano lo miraba fijamente, la mandíbula ligeramente temblorosa, sus ojos azules empañados como un cielo nublado sobre el mar.

Nikolái miraba una y otra vez la fotografía con incredulidad, sintiendo la extraña y repentina sensación de que retrocedía en el tiempo. En la imagen aparecía su

padre antes del accidente. Su padre, diez años más joven. Su padre sin el rostro desfigurado. Posaba junto a la madre de Nikolái, a quien abrazaba con ternura. Su padre tenía el brazo pasado alrededor de la cintura de su esposa. A los dos se les veía despreocupados, felices.

Era sorprendente lo mucho que su padre se parecía a Nikolái, pero, sobre todo, a Iván. O, mejor dicho, rectificó Nikolái para sí: ellos dos se parecían a él. Su padre, de joven, parecía una versión madura de Iván: su hermano Iván diez años después.

Lo más sorprendente de todo era la paz que destilaban sus ojos. Incluso en una foto estática, Nikolái era capaz de captar el gesto de amor inconmensurable de aquel hombre hacia la mujer que tenía a su lado. Su padre adoraba a su esposa, que exhibía una belleza deslumbrante. Aquella imagen, tomada hacía una década, bien podría haber encabezado un cartel de la propaganda soviética: «La pareja más feliz de Ucrania».

—Ya lo ves. Tu padre no siempre fue un monstruo.

Nikolái tuvo la impresión de que no solo se refería al aspecto

físico.

—En esta foto se nota que quería mucho a mamá. ¿Qué... qué lo hizo cambiar?

—Tu padre cambió el día del accidente en la central nuclear —respondió el anciano.

—No me refiero solo a su aspecto, a su cara, me refiero a...

—Yo tampoco me refiero a su cara —interrumpió el abuelo—. El día del accidente nuclear pasó algo que transformó a tu padre en el hombre de carácter agrio que conoces ahora.

Nikolái miró a su abuelo a los ojos. El anciano le sostuvo la

mirada firme. Solo la mandíbula temblorosa delataba su agitación interna.

—¿Qué quieres decir con que algo transformó a papá? ¿A qué te refieres?

—Las mentiras cambiaron a tu padre.

—¿Qué mentiras?

—A tu padre lo traicionaron.

—¿Quién traicionó a mi padre?

—La puta y el monstruo.

—¿Quiénes son la puta y el monstruo?

—El día del accidente los demonios se metieron en la cabeza de tu padre. —Los ojos del abuelo

brillaron como ascuas—. Las mentiras lo volvieron loco.

Nikolái se sentó en la cama mirándole fijamente, tratando de entender lo que intentaba decirle. Miró la fotografía. Aquel hombre joven que era su padre (le costaba reconocer a su padre) le devolvió una mirada risueña. Su padre no siempre había sido un monstruo. La fotografía reflejaba que hubo una época en la que fue un marido y un padre ejemplar.

—Algo hizo cambiar a mi padre. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Las mentiras y la traición le metieron el demonio en el cuerpo.

Solo la verdad puede liberarlo.

—¿La verdad puede liberarlo?

—Si tu padre conociera toda la verdad, podría vivir en paz.

—¿Qué verdad, abuelo?

—No puedes fiarte de mi cabeza, hijo. Lo que pasó tienes que averiguarlo por ti mismo.

—¿Cómo voy a saber lo que pasó hace diez años? ¡Eso es imposible!

—En parte, por tu propio padre. Hay una grabación.

—¿Una grabación?

—Tu padre llevaba un diario en un magnetófono. Dejó constancia de todo lo que pasó el día del

accidente de la central. Esa cinta está escondida en vuestra antigua casa.

Nikolái supuso que se refería a la casa de Pripyat, la ciudad próxima a la central de Chernóbil que había sido evacuada por el accidente. Sabía que habían vivido en Pripyat hasta que él cumplió seis años. Después se mudaron a Kiev.

—¿Y esa cinta estará todavía allí? ¿Por qué está escondida?

—Si el contenido de esa cinta saliera a la luz, vuestro padre tendría problemas; podría acabar en la cárcel o algo peor.

—¿En la cárcel? ¿Es mi padre un delincuente?

—¡No! —bramó el anciano—. Ya te he dicho que tu padre es un héroe, un gran héroe.

—No lo entiendo. Si es un héroe como dices, ¿por qué iba a acabar en la cárcel?

—Tu padre intervino directamente en el desastroso accidente de Chernóbil. Si no hubiese estado allí, el desastre hubiera sido mucho mayor. Salvó la vida de cientos de miles de personas, tal vez millones, y nadie se lo ha reconocido nunca.

De nuevo aquella insistencia en que su padre era un héroe. El accidente al que se refería el abuelo, según le habían explicado en la escuela, había consistido en una pequeña fuga radiactiva que no había entrañado apenas peligro. Solo algunos trabajadores, como su padre, habían tenido la desgracia de resultar heridos por el incendio que se produjo en la planta de combustible nuclear. Pero, como todo el mundo sabía, gracias a la rápida intervención del Gobierno, que evacuó en un tiempo récord a todos los habitantes de Pripyat y sepultó bajo toneladas de cemento

el núcleo radiactivo, se evitó que el accidente tuviese algún efecto en la población. Todo había quedado en un susto sin mayores consecuencias. Prueba de las exhaustivas precauciones del Gobierno era que habían prohibido el acceso a toda la zona en un radio de treinta kilómetros alrededor de la central para evitar que cualquier atisbo de radiación que se hubiese filtrado pudiese afectar a nadie.

—No entiendo de qué hablas, abuelo. Mi padre resultó herido en el accidente, pero el Gobierno evitó los daños. Contuvieron la radiactividad.

—Lo peor del accidente no fue la radiactividad, hijo, sino las mentiras —dijo el anciano categórico—. Empieza a pensar por ti mismo, Nikolái. Empieza a aprender a separar las mentiras de la verdad.

—¿Qué mentiras, qué verdad? —preguntó Nikolái confuso.

—¡Las mentiras del Gobierno! —exclamó el anciano abriendo mucho los ojos. Las cejas se le encresparon—. Piensa por ti mismo, Nikolái. Si yo hubiese pensado por mí mismo cuando tenía tu edad, no me hubiese embarcado en una guerra que me arruinó la vida y la

de tantas personas. Los que mandan no tienen escrúpulos. Nos engañan y nos manipulan con su propaganda para convertirnos en esclavos a su servicio. Nos engañan para llevarnos a la guerra a servir sus intereses. Nos engañan para que matemos y muramos por ellos. Nos engañan para que les estemos agradecidos hasta por matar y morir.

Nikolái estaba muy confuso. No sabía hasta qué punto su abuelo estaba desvariando. El anciano tenía las cejas crispadas y las manos le temblaban. Sin embargo, hablaba con firmeza. La voz tenía el aplomo

y la gravedad de una persona que dicta sentencia, que necesita dejar constancia de algo tan importante como necesario, algo tan real como la vida misma.

—Nunca te creas nada que no hayas comprobado por ti mismo —sentenció el anciano.

—Pero, abuelo...

—¡Los Gobiernos siempre mienten! Y en eso el soviético no es una excepción. ¡Los Gobiernos nunca quieren que la gente piense por sí misma! ¡Es el poder sobre la mente el que buscan!, ¡sin ese poder no son nadie! ¡No son nada! ¡Por eso yo proclamo la anarquía!

Nikolái sintió que el abuelo se le estaba escapando, una vez más, a lugares remotos que no se correspondían con la realidad.

—Abuelo, háblame de mi padre, por favor, ¿qué es lo que pasó aquel día?

—Tantos camaradas y amigos que murieron por nada —prosiguió el anciano, ahora con voz queda. Cerró los ojos y agachó la cabeza, la barbilla tocándose el pecho—. Éramos tan jóvenes, con la vida por delante, llenos de ilusiones, idealistas... Los mataron a todos, todos muertos, fusilados en cunetas como animales. —Negaba con la

cabeza de un lado a otro—. Peor suerte tuvieron algunos, humillados, torturados, expoliados..., no te imaginas lo que el hombre es capaz de hacer a sus semejantes. El infierno existe, vaya si existe —la voz se le fue apagando hasta acabar en un murmullo ininteligible.

—Abuelo, por favor, estabas hablando de mi padre...

El anciano siguió murmurando con la cabeza caída y los ojos entornados, lagrimosos.

—Abuelo...

El anciano alzó la cabeza. Su mirada volvió a extraviarse. Sus

ojos fueron perdiendo aquella luminosidad veraniega, como una vela que se apaga. Nikolái presenció con desesperada ansiedad como la mirada de su abuelo se precipitaba de nuevo hacia las profundidades de un mundo imaginado e infranqueable, un mundo en el que la ficción era un refugio de la realidad...

—¿Y dices que están considerando a tu hermano Iván para que juegue en la selección nacional de fútbol?

... Un mundo que él mismo, Nikolái, había contribuido a construir.

Una enfermera abrió la puerta en ese momento y entró en la habitación.

—Se acabó el horario de visitas —anunció.

Nikolái se abrazó a su abuelo con fuerza. Aspiró su olor a medicinas, a tabaco y a viejo, y sintió que ese era el olor del irremisible paso del tiempo.

—Nos vemos la semana que viene, abuelo —se despidió.

Salió de la habitación. Llevaba consigo la fotografía de sus padres. Tenía mucho que pensar sobre todo aquello. El abuelo podía haber perdido la cabeza, podía vivir en una

fantasía desmemoriada, una figuración tal vez pretendida por él mismo, pero de lo que Nikolái no podía dudar era de que aquella imagen era real.

Su abuelo podría estar más o menos lúcido, aunque aquella fotografía no dejaba lugar a dudas: había un antes y un después en la vida de su padre. Algo había ocurrido el día del accidente que lo había cambiado. ¿Qué es lo que podría haber pasado aquel día para que el hombre de la fotografía se convirtiese en un monstruo, y no solo físicamente?

Nikolái cruzó el largo pasillo ajedrezado de baldosas blancas y negras y se metió en el ascensor. Bajó hasta la planta inferior. En la zona de recepción se encontró con la chica del mechón azul. La anciana a la que la joven había ido a visitar era llevada por una enfermera de vuelta a su habitación.

Nikolái cruzó una sonrisa tímida con la chica. Ahora era él el que intentaba disimular su tristeza.

—¿El anciano con el que hablabas antes era tu abuelo? —le preguntó la chica a bocajarro.

Nicolái se detuvo junto a ella. Tardó unos segundos en comprender que la pregunta iba dirigida a él. Finalmente, asintió torpe, sorprendido por el atrevimiento de la muchacha. No era muy normal que la gente te preguntara algo personal sin que hubiera un motivo claro, una necesidad.

—Os he escuchado antes. ¿Era español lo que hablabais?

—Sí. Mi abuelo nació en España —respondió Nicolái de nuevo admirado por la actitud tan abierta de la chica.

—Tú también lo hablabas.

—Mi abuelo siempre quiso que mi hermano y yo aprendiésemos su lengua natal, por eso nos hablaba en español desde niños.

—Me gusta como suena, sobre todo ese sonido de tiza.

—Oh, sí, la letra ce, la zeta... —respondió Nikolái con una sonrisa.

—No, es más como si estuvieras a punto de escupir.

—¡Ah, la jota!

Alexandra carraspeó con fuerza y luego hizo como que escupía. Ambos rieron. A Nikolái le maravilló descubrir que una broma así, que hubiera resultado vulgar si

la hubiera hecho cualquier otra, resultaba dulce viniendo de ella.

—No, en serio, me gusta cómo suena. Es como una especie de serpenteo de sílabas, con esos sonidos como de roce que no paran. Me pregunto cómo os aclaráis para saber cuándo termina una palabra y cuándo empieza la siguiente.

Nikolái sonrió; nunca se había planteado cómo le sonaría el castellano a alguien que no supiera hablarlo.

—Por cierto..., me llamo Alexandra.

—Yo, Nikolái.

—¿Has estado alguna vez en España, Nikolái?

—Nunca. Aunque conozco muchas cosas de ese país que mi abuelo me ha contado.

—Yo he oído que allí siempre brilla el sol y que nunca nieva ni se hielan las calles. Y que todo el mundo siempre sonrío y es feliz. ¿Es eso verdad?

—Bueno —titubeó Nikolái—, lo del clima debe de ser verdad. Pero mi abuelo salió de allí hace muchos años, cuando hubo una guerra. Y, al menos entonces, la gente no era muy feliz que digamos. Se mataban

unos a otros, entre vecinos, entre amigos, incluso entre hermanos.

—¡Entre hermanos! ¡Qué espanto! —exclamó Alexandra tapándose la boca con la mano—. ¿Qué clase de gente son los españoles?

Nikolái se encogió de hombros. Iba a decir algo cuando la voz de un hombre que gritaba enfadado desvió su atención. En el *hall*, un individuo de unos cincuenta años, vestido con traje y corbata, estaba increpando a una de las encargadas del centro. Junto a él había cinco chicas vestidas con el uniforme del servicio de limpieza. Las cinco

miraban al suelo con expresión azorada.

—¡Me han robado! ¡Una de vosotras me ha sacado unos billetes del abrigo! —vociferaba el hombre.

—Eso no es posible, caballero —respondió la encargada—. ¿Cómo iba usted a no darse cuenta de que le metían la mano en el abrigo?

—¿Encima se va usted a reír de mí? ¡Dejé el abrigo aquí colgado mientras visitaba a mi padre!

—¿Cuánto dinero le han robado, caballero?

—Dos billetes de cien grivnas. ¡Y no me venga con que eso no es

nada! ¡Lo importante aquí es que me han robado!

—No debería usted dejar cosas de valor sin atender, ¿no le parece?

—¡¿Cómo me iba a imaginar que me iban a robar en una residencia de ancianos?! ¡Se ríe usted de mí! ¡Si no aparece el dinero, voy a tener que hablar con el director del centro! ¡Voy a hacer que las despidan a todas, incluida usted! —gritó con el rostro congestionado.

Nikolái dedujo que el hombre debía de ser alguien influyente, un político o empresario, porque cuando amenazó con hacer despedir

a la encargada, esta se lo tomó muy en serio.

—Le pido disculpas —contestó la responsable visiblemente preocupada—. No será necesario que hable usted con nadie más porque esto se va a aclarar ahora mismo.

La encargada, haciéndose eco de las exigencias del hombre, exigió a las limpiadoras que confesasen allí mismo, delante de las demás, quién había cometido el robo, bajo amenaza de despedirlas a todas.

Una de ellas rompió a llorar y se llevó las manos a la cara. Juraba y perjuraba que ella no había sido y

que, por favor, no la despidieran porque necesitaba el trabajo para mantener a su familia. Las otras cuatro negaban con la cabeza. Una tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido. Otra permanecía inmóvil, mordiéndose los labios. Todas eran muy jóvenes, no debían de llegar a los veinte años.

—O confiesa la autora del robo —dijo la encargada— o vamos a despedirlas a todas... de inmediato.

Transcurridos varios segundos, una de las muchachas confesó que ella había sido la ladrona.

—Necesitaba el dinero para ayudar a un familiar con

dificultades —explicó—. Sé que estuvo mal lo que hice. Ahora mismo le devuelvo el dinero, pero, por favor —suplicó—, permítanme seguir trabajando, por favor, por favor...

—¿Ayudar a tu familia con doscientas grivnas? —replicó el hombre—, ¡menuda ridiculez!...

Nikolái, que había seguido toda la escena, supo que la chica que había confesado mentía.

—Ella no es la ladrona —dijo en voz baja.

—Pero si acaba de confesar —respondió la joven del mechón azul,

que tampoco había perdido detalle de lo ocurrido.

—Pues miente —afirmó Nikolái categórico.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alexandra sorprendida.

—Lo sé por sus gestos, por la expresión de su rostro... —Nikolái se mordió el labio inferior sin saber cómo explicarlo—. Es una habilidad que tenemos mi hermano y yo. «Sabemos» cuándo la gente miente.

Alexandra lo miró atentamente con los ojos convertidos en dos ranuras.

—Eso que dices es muy raro. Aunque, suponiendo que tengas

razón, ¿por qué iba a decir que es la ladrona si no lo es?

—Ni idea, pero te aseguro que ella no robó el dinero del abrigo. La ladrona es la pelirroja, la chica más gordita. —Nikolái señaló al grupo de empleadas, que ya se dispersaba.

El hombre al que habían robado se marchó dando grandes zancadas, andando muy tieso, con un rictus de satisfacción. La chica del mechón azul también se disponía a marcharse. Nikolái no dejó pasar la oportunidad. No sabía si la volvería a ver.

—¿Me dejas que te invite a un té?

Alexandra lo miró detenidamente unos segundos. Se mordisqueó el labio por dentro, como si paladease un caramelo. A Nikolái le gustó el modo en que ella se tomaba su tiempo para pensarse las cosas.

—¿Es verdad que puedes saber cuándo miente la gente?

—Sí.

—¿Y nunca te equivocas?

—Casi nunca. O eso creo.

—¿Y cómo lo sabes? Quiero decir, ¿por qué sabes cuándo alguien dice la verdad o no?

—No estoy muy seguro de dónde viene —respondió Nikolái

rascándose la cabeza—. Es algo que reconozco en los gestos de la gente, no sé, en la expresión de sus caras. Es como si los movimientos de su cuerpo me hablasen en un lenguaje que yo puedo interpretar.

—Oye, eso que dices es muy raro. ¿No serás una especie de chalado o algo así, no?

—No estoy loco, te lo aseguro —rio Nikolái—. Mi hermano y yo compartimos esa habilidad. Así que supongo que es algo que nos viene de nacimiento. No es nada agradable: no te imaginas la de hipocresía que hay en el mundo. La gente es falsísima.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Entonces, ¿me dejas que te invite a tomar algo?

—¡Humm!, puede que otro día.

—Me gustaría invitarte a salir.

—La próxima vez que nos veamos, quizás. —Alexandra se lo pensó unos instantes—. Oye, ¿crees que lo que te acabo de decir es verdad?

—Cuando has dicho eso de... «la próxima vez que nos veamos», mentías —respondió Nikolái—. No tenías intención de aceptar una invitación para salir conmigo. Después has dudado. Cuando has

añadido que «quizás», estabas dudando de verdad. Así que aún conservo la esperanza.

—¡Guau, me das miedo! Es como si pudieses leerme la mente.

—No te leo la mente, solo la expresión de tu rostro, la postura de tu cuerpo, tus movimientos. Me lo has dicho todo claramente.

—Vaya, con una habilidad así podrías hacerte rico.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—¡Pues jugando al póquer, sin ir más lejos! Cada vez que alguien fuese de farol, tú lo sabrías.

—Nunca lo había pensado. —
Nikolái asintió con una sonrisa—.

La verdad es que no tengo ni idea de cómo se juega al póquer.

—Pues aprende. Si yo tuviese una habilidad así, no la desperdiciaría.

Nicolái la miró con atención. La tristeza que había visto antes en sus ojos había desaparecido. Ahora que charlaba animadamente no había ninguna huella de sufrimiento en su rostro. No solo era guapa, sino muy lista. Las chicas del instituto que Nicolái conocía eran bastante tontas y superficiales. Con excepción de su hermano Iván, Nicolái nunca había tenido una conversación tan abierta con nadie

de su edad. En realidad, con nadie de ninguna edad, joven o viejo. Se sentía muy a gusto hablando con ella. Como si se conocieran de toda la vida.

—Me tengo que ir ya —dijo Alexandra—. Me ha gustado hablar contigo, Nikolái. Y sabes que es verdad.

Le obsequió con una sonrisa maravillosa. Alexandra ya se alejaba hacia la salida cuando de pronto se detuvo como se hubiese acordado de algo y regresó sobre sus pasos. Nikolái sintió un burbujeo en el estómago.

—¿Sabes qué? —le dijo—. Me parece que ya sé por qué mintió esa chica cuando dijo que ella robó el dinero. Sabía que la ladrona no iba a confesar y que las cinco se irían a la calle. Supongo que es amiga de la chica que rompió a llorar, la que dijo que necesitaba el trabajo para mantener a su familia. Así que se sacrificó por ella. De todas formas, si nadie confesaba, igualmente la iban a despedir. Mintiendo, al menos salvó el trabajo de sus compañeras y ayudó a la que más lo necesitaba.

Alexandra lo miró con intensidad, como si esperase un

veredicto a su conjetura.

—Es posible que tengas razón, pero es muy injusto. La ladrona es quien tendría que haber confesado para que no despidiesen a las otras.

—Entonces la hubiesen despedido a ella y además hubiese tenido que devolver el dinero. Si no confesaba la iban a despedir igual, pero al menos se quedaba el dinero.

—Eso es muy egoísta por su parte.

—Además de mentirosa, la gente es egoísta —dijo Alexandra con una sonrisa—. Si todos se comportasen como la chica que ha confesado, el mundo sería un lugar

mucho mejor, ¿no te parece, Nikolái?

Dicho aquello, Alexandra caminó hasta la salida, cruzó la puerta y desapareció.

De pronto, Nikolái tuvo la extraña certeza de que no volvería a verla jamás.

* * *

«De pronto, tuve la extraña certeza de que no volvería a verla jamás. Me equivocaba. Ojalá no me hubiese equivocado. Si Alexandra Ivanova no se hubiese cruzado nunca más en mi camino, muchas

de las cosas terribles que pasaron
después jamás hubiesen ocurrido.»

5. NIKOLÁI

Kiev, 1996

«Querer averiguar la verdad sobre mi padre me condujo hasta Chernóbil. Eso lo desencadenó todo. A veces es mejor no remover el pasado, ni siquiera un pasado tan reciente. Esa lección la aprendí luego, cuando ya era demasiado tarde. Una dura lección.»

Espoleado por la curiosidad acerca de lo ocurrido a su padre hacía una década, Nikolái decidió empezar averiguando más sobre el accidente de la central nuclear de Chernóbil. Según su abuelo, había un vínculo entre el accidente que motivó el cierre de la central y los agresivos ataques de locura de su padre. Nikolái, por más vueltas que le daba a la cabeza, no veía qué relación había entre una cosa y otra.

Al acabar las clases, Nikolái acudió a la biblioteca de la escuela para buscar más información sobre

el accidente de la central nuclear. Se encontró con que la biblioteca estaba vacía, lo cual era algo que Nikolái no era capaz de entender: cómo aquellas repisas cargadas de conocimientos podían permanecer tan ignoradas.

Buscó en la sección de historia. Después de recorrer todos y cada uno de los libros, solo encontró uno que hablase del accidente más allá de una simple mención. Era una especie de enciclopedia juvenil de la historia de Ucrania y dedicaba unas cuantas páginas a lo ocurrido en Chernóbil.

Nikolái se sentó en una de las amplias mesas situada entre dos largas estanterías. A pesar de que no era una estancia especialmente grande, las hileras de libros parecían perderse en la distancia. Un haz de luz solar, que se colaba oblicuo por uno de los altos ventanales perfilado por repisas, columnas y otros obstáculos, se posaba ahora justo encima del libro que Nikolái acababa de abrir, lo que le arrancó una sonrisa.

Por el libro supo que la ciudad en la que había vivido de niño, Pripyat, se había construido expresamente para los trabajadores

de la central nuclear de Chernóbil, que quedaba a escasos kilómetros. La ciudad era todo un ejemplo de modernidad. Pripyat gozaba de un nivel de vida alto y la delincuencia era prácticamente desconocida. Todos sus habitantes eran personas jóvenes, trabajadores escrupulosamente seleccionados y llegados desde todos los rincones del país a los que el Estado dio una casa gratis en la recién creada ciudad.

Nikolái sacó la fotografía de sus padres y la depositó sobre la mesa. Aquella pareja joven, sonriente y feliz, con un futuro prometedor,

encajaba perfectamente en la descripción que se hacía de los habitantes de la joven Pripyat. «La pareja más feliz de Ucrania», bien podría rezar un cartel de la propaganda soviética encabezado por aquella fotografía.

Nikolái leyó que el accidente que originó el cierre de la central tuvo lugar el 26 de abril de 1986. En el libro se hablaba de una fuga radiactiva en el reactor número cuatro de la central. Según se explicaba, el accidente se produjo debido a «una rara conjunción de pequeños errores humanos y técnicos durante una de las pruebas

rutinarias a las que eran sometidos los reactores». La fuga abrió el camino de una posible explosión a gran escala, pero los ingenieros y los científicos fueron capaces de mantener la central bajo control. En el libro se veía un dibujo de los científicos abrazándose entre ellos y con los bomberos que sofocaron el incendio.

Después de aquello, el reactor se volvió inestable y hubo una pequeña fuga radiactiva. En prevención, y para que los habitantes de la ciudad de Pripyat no sufrieran los efectos de la

radiación, se les evacuó a toda velocidad.

Nikolái intentaba entender cómo se podía vaciar una ciudad entera. Imaginó a todos los habitantes, puestos en fila uno tras otro, abandonando la ciudad hasta algún otro lugar. La cola sería interminable.

Cuando evacuaron Pripyat, Nikolái tenía seis años. Sus recuerdos de aquellos acontecimientos eran escasos. Recordaba que un día cambiaron de casa. Recordaba que ese día su madre estaba muy seria. Recordaba un silencio sepulcral en las calles,

conversaciones en susurros, el mundo silencioso.

Nikolái se quedó mirando una de las ilustraciones, que era en realidad un dibujo donde se plasmaba la evacuación de Pripjat con niños sonrientes dentro de un autobús multicolor.

Nikolái no recordaba niños sonrientes cuando salió de Pripjat. Recordaba que su madre estaba muy triste; recordaba un silencio solemne, una gran incertidumbre, un palpable nerviosismo en las miradas de los viajeros del autobús, que observaban como sus hogares se alejaban a través de los cristales

de las ventanillas. Nikolái recordó el llanto de una mujer, los lamentos de los hombres, la solemnidad del conductor.

—Todo va a acabar bien —dijo uno de los militares que viajaba en el autobús, un hombre que ostentaba un frondoso bigote que despertó la admiración del pequeño Nikolái—. En un par de semanas volveremos. Ha sido una pequeña fuga sin mayor importancia.

Nikolái recordó como, siendo tan pequeño, lo que más le preocupaba era haber dejado atrás unos juguetes que le gustaban, unos bloques de colores. ¿Y si otra

familia regresaba antes que ellos y le robaba sus juguetes? La luz que entraba en su cuarto, oblicua y mágica, los bloques, los libros infantiles que se amontonaban en la repisa de su dormitorio...

Nikolái volvió a la realidad de la biblioteca como si regresara de un trance. Hacía mucho tiempo que mantenía todos aquellos recuerdos enterrados en lo más profundo de su subconsciente.

Antes de aquello solo alcanzaba a verse a sí mismo, casi siempre en compañía de su hermano Iván, correteando por un parque infantil

o jugando con él en el suelo del piso.

A decir verdad, buceando entre las nieblas de su niñez, no recordaba gritos en su casa ni discusiones entre sus padres. No recordaba a su padre malhumorado. Al contrario, de pronto una imagen acudió a su mente: su padre arrodillado en el suelo, jugando con Iván y con él, apilando bloques de colores para construir una gran torre. Su padre de rodillas, como un coloso protector.

Nikolái miró al hombre de la foto y le recorrió un estremecimiento. Visualizó de

pronto a su padre leyéndoles un cuento en la cama antes de dormir. Se recordó caminando cogido de la mano de su padre: el mundo como una vorágine incomprensible a su alrededor y la mano de su padre firme, protectora, amorosa. Su padre alzándolo en brazos y estampando un beso en sus mejillas.

Recuperar todos aquellos recuerdos de la niñez colmó de desconcierto a Nikolái. El abuelo tenía razón. Su padre no siempre había sido un monstruo. Su padre había cambiado y algo había

ocurrido hacía una década para provocar ese cambio.

¿Tendría alguna relación el accidente de la central nuclear con el cambio en su padre? ¿Era eso a lo que se refería el abuelo? Y, si así era, ¿cómo podía un simple accidente en una central productora de energía cambiar a una persona para convertirla en un monstruo que somete a humillantes vejaciones a su esposa y maltrata a sus hijos?

Nikolái siguió leyendo el relato de los hechos: las ingentes labores de prevención que siguieron a la fuga radiactiva, la construcción de

una enorme cubierta de cemento, llamada «sarcófago», que taponó y aisló el reactor para que no se escapara radiación al exterior, y la gran tarea de coordinación llevada a cabo por el ejército para evacuar a todos los habitantes de la ciudad de Pripyat sin que sufrieran el menor daño.

Lo cierto es que, leyendo aquello, Nikolái tuvo la impresión de que algo maravilloso había ocurrido en la central de Chernóbil. El relato de los hechos parecía una especie de celebración del trabajo realizado por el Gobierno para

impedir que el accidente ocasionase daños a la población.

El libro alababa el carácter heroico de los soldados, los mineros y los científicos que habían trabajado denodadamente para evitar que la fuga radiactiva tuviese mayores consecuencias.

Nikolái imaginó que su padre también habría participado en los trabajos y que por eso su abuelo lo consideraba un «héroe», lo que le hizo preguntarse si no habría más héroes como su padre repartidos por Kiev o por Ucrania maltratando a sus familias y con sus hijos mayores planeando asesinarles.

Nikolái imaginó un documental de televisión del futuro en el que se hablaba de los «héroes» asesinados por sus hijos. Comenzaría con una sucesión de primeros planos de fotos de las víctimas, entre las que aparecería la de su padre.

De vuelta al libro, en una ilustración se mostraba a un político del Gobierno dando premios a los héroes. Nikolái no vio entre ellos a nadie con un ojo perdido o con las quemaduras de su padre.

Uno de los supuestos héroes estaba sentado en una silla de ruedas, con vendas en la cabeza y

un brazo enyesado, pero desplegaba una amplia sonrisa, como un millonario que se hubiera lesionado esquiando en mitad de sus vacaciones de invierno.

Nikolái empezó a pensar que en aquel libro no se estaba contando toda la verdad. Si aquello había sido algo tan fantástico, ¿por qué nadie hablaba de ello?

Oscurecía. La biblioteca seguía vacía y el haz de luz había desaparecido. Ya habían concluido las clases y casi todos los estudiantes, desde los de primero hasta los de undécimo, habían salido rumbo a sus casas o a realizar

actividades deportivas en algún centro cercano.

Nikolái revisó uno por uno todos los libros de historia, pero no encontró ningún otro que hablase de lo ocurrido en Chernóbil. El bibliotecario, un hombretón llamado Bob Brobobnyk, leía una revista por encima de su frondoso bigote sin prestarle atención. Nikolái fue hasta la sección de ciencias que versaba sobre tecnología nuclear, donde esperaba encontrar, tal vez indirectamente, más detalles sobre el accidente. Localizó dos docenas de libros

divulgativos sobre energía nuclear. El bibliotecario lo miró de reojo.

Con aquellos libros se le pasó otra hora. Solo en uno de ellos se hacía una velada referencia al accidente de Chernóbil. Nikolái suspiró una vez más consumido por el desánimo.

Consultó al bibliotecario. Bob Brobobnyk era un individuo corpulento, con la espalda ligeramente curvada y grandes brazos, cuya figura recordaba vagamente a un oso del bosque. El hombretón dejó a un lado la revista que estaba leyendo y lo miró con recelo.

—¿Por qué buscas libros sobre Chernóbil?

—Son para un trabajo de la escuela —mintió Nikolái.

—El único libro que habla del accidente de Chernóbil es el que hay en la sección de historia, que según he podido ver ya has consultado. Ahí está todo lo que necesitas para tu trabajo escolar —dijo Brobobnyk como si dictara sentencia.

—Ese libro tiene muy poca información, y es un trabajo muy importante para la nota de fin de curso —respondió Nikolái ante la mirada inquisitiva de Brobobnyk—.

Me pondrán una nota muy baja.
Necesito profundizar más.

El bibliotecario soltó un gruñido. Se volvió hacia un enorme archivador metálico y abrió una de las gavetas, estrecha y profunda, llena de fichas de libros. Las consultó pasándolas velozmente con el dedo anular, como quien pasa las hojas de un libro.

—Mira, chico, en esta biblioteca no vas a encontrar ningún otro libro con la palabra Chernóbil en el título —dijo al cabo de un minuto—. Tendrás que apañarte con el que hay.

—¿Está seguro? ¿No hay más libros? ¿No podría buscar en otras secciones?

—Mira, chico, llevo veinte años trabajando en esta biblioteca y conozco muy bien los títulos que entran aquí. Y los libros que hablan de lo que pasó en Chernóbil no son una de las prioridades de esta escuela. Ni de esta ni de ninguna otra, ¿entiendes lo que te digo?

—¿Quiere decir que esos libros existen, pero no se consideran de interés para los alumnos de la escuela?

—Vamos a ver cómo te explico esto —replicó el bibliotecario

visiblemente molesto—. Esos libros, si existen, no son considerados por el Estado de interés para los ucranianos en general. Así que no los vas a encontrar ni aquí ni en ninguna otra parte. No hay que andar hurgando en cosas «de antes»... ¡Si no hay nada disponible es porque no hay necesidad de que lo haya!

El bibliotecario se quedó con el dedo índice señalando al cielo, aleccionador.

Nikolái reflexionó unos instantes sobre las palabras de Brobobnyk. Recordó lo que le había dicho su abuelo: «al Estado no le

interesa que se sepa lo que pasó, el Estado miente».

¿Quería darle a entender el bibliotecario que el Estado había impedido que se publicase cualquier libro relacionado con la central nuclear de Chernóbil?

La idea lo llenó de frustración. Si no había libros, no podría averiguar nada más. Estaba claro que al bibliotecario, además, no le hacía gracia la investigación que llevaba a cabo, por lo que decidió dejar de insistir en el tema si no quería meterse en problemas; ya había llamado bastante la atención.

—Tiene usted toda la razón. Me basaré en los libros que hay disponibles; estoy seguro de que contienen toda la información que necesito para obtener una buena calificación, señor Brobobnyk.

El bibliotecario, sonriendo satisfecho, pagado de su actuación, se dio media vuelta y se encaminó de regreso a su mostrador, lo cual impresionó a Nikolái. ¿Cómo podía ser tan fácil engañar a alguien?

Tuvo una idea. A lo mejor se estaba equivocando de libros. Si quería encontrar algo más sobre el accidente de la central nuclear, no

era en la sección de tecnología donde tenía que mirar.

«En esta biblioteca no vas a encontrar ningún otro libro con la palabra Chernóbil en el título», había dicho el bibliotecario, y seguramente tenía razón, lo cual no significaba que no existiese lo que necesitaba.

* * *

«Una vez más, la respuesta a mis preguntas se hallaba en la biblioteca. Me pregunto con frecuencia cómo es posible que la gente no sepa valorar el poder que

tienen en sus manos cuando traspasan el umbral de esos edificios rebosantes de libros donde las ideas siempre se las apañan para esquivar a la censura.»

A pesar de ser una escuela avanzada especializada en ciencias y matemáticas, la sección de libros en lengua extranjera de la biblioteca del Liceo Politécnico era muy extensa gracias a las donaciones de libros de estudiantes extranjeros que vivían en Kiev.

Nikolái tenía un nivel muy avanzado de inglés y pensó que tal vez encontraría algún libro sobre Chernóbil en ese idioma, alguno

que hubiese pasado inadvertido a la censura del Estado.

Su fortuna fue aún mayor. En las atiborradas estanterías dio con un libro en español titulado *Horizonte rojo*. Se trataba de una novela de espías ambientada en los acontecimientos del accidente nuclear, pero no tenía la palabra Chernóbil en el título, por lo que descansaba invisible en las repisas de la sección de «Libros en español».

Sin pensarlo dos veces, Nikolái se metió el libro en el forro de la chaqueta y abandonó la biblioteca, el corazón latiendo a mil por hora

ante la posibilidad de que le pillaran robándolo. Por suerte, el bibliotecario ni siquiera se fijó en él cuando pasó a su lado en dirección a la salida.

Mientras caminaba por las calles de Kiev, sorteando los grises bloques de edificios, tensos y erguidos en el frío creciente de la alborada, reflexionó sobre sus gestiones: ¿por qué se había llevado el libro sin permiso?, ¿por qué lo había robado en lugar de simplemente sacarlo prestado? ¿Había algo malo o incriminatorio en sacar aquel libro de la biblioteca de la escuela?

El libro trataba sobre algo que habían evitado en todos los demás: estaba en la biblioteca por error, porque se les había pasado por alto. Nikolái sintió que una mano invisible decidía lo que se podía y lo que no se podía hacer, qué leer y qué no. Cualquiera otro chico de su edad, de su tiempo y lugar, hubiera concluido que, igual que los padres te controlan cuando eres un niño, el Estado controla a la población «por su propio bien».

Nikolái podía entender que unos padres vigilasen a sus hijos pequeños, pero ¿el Estado controlando a sus ciudadanos

adultos «por su bien»? ¿Significaba eso que había que vivir como un ciego en un mundo en el que otros te guían y te dicen adónde puedes ir y adónde no? ¿Quién decide quién va a ser el guía y quién va a ser el ciego? ¿No estaríamos mejor en un mundo sin ciegos en el que todos pudiéramos ver y saber lo que realmente ocurre? ¿Tomar nuestras propias decisiones?

«Ningún Estado quiere que sus ciudadanos piensen», fueron las palabras de su abuelo.

De repente, la idea de la mano invisible que acababa de dibujar en su mente le pareció algo espantoso

y decidió apartar tal concepto de su cabeza.

«Vamos por partes —pensó—. Ahora toca resolver el enigma de papá; luego nos preocuparemos de lo demás.» No tuvo en cuenta que tal vez el enigma de su padre y el de «lo demás» estaban íntimamente relacionados.

Coronada por una luna enorme y resplandeciente, la noche envuelta en cortantes sábanas de viento helado ya había caído sobre Kiev cuando Nikolái llegó a casa. Sus padres veían la televisión en el salón. Un concurso. La mesita de centro estaba atestada de botellas

de cerveza vacías y, en el centro, como la reina de un tablero de ajedrez rodeada de piezas inferiores, una botella de vodka medio vacía. El aire apestaba a tabaco. Los ceniceros estaban repletos de colillas.

Nikolái fue hasta la cocina sin decir nada y se sirvió un vaso de leche. Se lo bebió de un largo trago. Después se preparó un bocadillo. Se lo comió en cuatro bocados y se metió directamente en su habitación. Escuchó la tos fuerte y seca de su padre. Cerró la puerta.

Su hermano no estaba en casa. Iván cada vez pasaba más tiempo

fuera y llegaba a horas más intempestivas. A sus padres no parecía importarles.

Nikolái se quitó las botas y se tumbó en la cama con el libro que había robado en la biblioteca. Con la cabeza sobre la almohada presionada contra la pared, sintió que estaba a punto de tocar la pared de enfrente con los pies y tomó conciencia, por primera vez, de lo diminuta que era aquella habitación, algo que no le había molestado nunca antes, considerando su inadvertencia.

Su mundo, el mundo que había conocido hasta entonces, le parecía

cada vez más sesgado y pequeño, menguante como aquella habitación.

Iluminado por la lámpara de la mesilla, abrió el libro y comenzó a leer ávidamente.

La novela trataba sobre un agente americano de la CIA que investigaba una trama de espionaje ruso en Ucrania. El prólogo, escrito por un historiador, se deshacía en elogios para con la «enorme y exhaustiva documentación realizada por el autor para crear la trama de esta magnífica historia».

La primera sorpresa de Nikolái vino al leer que la fuga radiactiva

había sido de una gravedad inusitada, lo que no tenía nada que ver con la información que había leído en el único libro aprobado por el bibliotecario Brobobnyk, en el que se hablaba de «una pequeña fuga».

En la novela se contaba que el 26 de abril de 1986 el reactor número cuatro de la central nuclear de Chernóbil sufría daños en el núcleo. Hasta ahí coincidía con lo que había leído en la biblioteca. Lo que no se decía claramente en el libro de la escuela era que el accidente provocó la liberación a la

atmósfera de toneladas de material altamente radiactivo y muy dañino.

La novela explicaba que la cantidad de material radiactivo expulsado fue unas quinientas veces mayor que el liberado por la bomba atómica arrojada en Hiroshima en 1945.

Nikolái había estudiado en clase de historia sobre la bomba atómica lanzada en Japón por los americanos. A su mente acudió la imagen del hongo de fuego de la explosión que aparecía en una fotografía del libro de historia. La bomba de Hiroshima había

destruido la ciudad entera, aniquilando a todos sus habitantes.

Imaginó quinientas bombas atómicas explotando a la vez, silenciosamente, a pocos kilómetros de allí. ¿Era eso posible? ¿No estaría exagerando el novelista?

Nikolái siguió leyendo. Entre los datos que se entremezclaban con la acción de la novela, supo que los elementos radiactivos expulsados a la atmósfera crearon masas de aire contaminado: una gigantesca nube radiactiva. Una nube que, arrastrada por el viento, no solo afectó a la zona próxima a la central, sino que viajó miles de

kilómetros contaminando grandes áreas de Bielorrusia, Ucrania, Rusia, amplias zonas de Asia y la mayor parte de Europa. La nube radiactiva alcanzó incluso a España, especialmente a Cataluña y Baleares.

La noticia de la fuga radiactiva en Chernóbil se anunció al mundo tarde y mal. La primera señal de alarma, curiosamente, vino de una central nuclear a miles de kilómetros de Chernóbil, en Suecia. Un trabajador de la central, al pasar por un control que medía la radiactividad, descubrió que sus botas acumulaban polvo radiactivo.

En principio, como es lógico, se pensó que se trataba de radiactividad de la propia central sueca. Pocas horas después se descubrió que la radiación había viajado desde muy lejos, desde la Unión Soviética.

Más de cuatrocientas mil personas se vieron forzadas a dejar sus hogares. Otros muchos, centenares de miles, no fueron evacuados inmediatamente por falta de presupuesto. En general, la evacuación se realizó con gran retraso. Los habitantes de Pripyat, «nadando en radiactividad», no fueron evacuados inmediatamente,

tal como rezaba la enciclopedia que Nikolái había leído en la biblioteca. Pasaron más de veinticuatro horas en la ciudad como si tal cosa, completamente ignorantes de los niveles astronómicos de radiactividad a los que estaban siendo expuestos. Durante el sábado, horas después de la fuga, muchos transeúntes, vestidos con ropas ordinarias, se sorprendían al ver a aquellos extraños hombres que caminaban por las calles embutidos en gruesos trajes de goma con los rostros cubiertos por máscaras de gas. El accidente se produjo en la madrugada del

viernes al sábado, pero los habitantes de Pripyat no fueron evacuados hasta el domingo al mediodía. Algunos notaban un regusto metálico en la boca que luego resultó ser efecto del polvo radiactivo.

Así, la totalidad de la población en una franja de treinta kilómetros alrededor de la central (la llamada «zona de exclusión») no fue evacuada por completo hasta el 21 de mayo de 1986, casi un mes después.

En la extinción del fuego y otras tareas de urgencia en los días inmediatos al accidente

intervinieron cerca de cien mil personas. Estos auténticos héroes (también víctimas, dado que muchos no sabían a lo que se estaban enfrentando ni las consecuencias que tendría), que trataron de evitar la propagación de los materiales radiactivos despedidos a raíz de la explosión, recibieron el nombre de «liquidadores».

Se trataba de bomberos, obreros, soldados y voluntarios que se encargaron de apagar los incendios y construir el «sarcófago», una estructura de hormigón diseñada para contener la

radiación. Estas personas trabajaron sin equipo protector, por lo que absorbieron gran cantidad de radiación. Ese gran servicio a la humanidad resultó fatal para miles de ellos y dejó graves secuelas en muchos otros.

Después de la explosión, y con la intención de sellar el reactor nuclear que seguía emitiendo (y lo sigue haciendo todavía hoy) dosis extremas de radiación, se construyó el sarcófago.

Durante las tareas previas a la construcción de esta estructura, se detectó que en lo que quedaba del tejado de la central había restos

esparcidos de las barras de grafito y de combustible nuclear, arrojados allí por las colosales proporciones de la explosión que destrozó todo el edificio. Estos materiales debían de ser lanzados, desde aquel tejado, al interior de lo que en su momento era el núcleo del reactor. Para esta tarea trataron de emplearse medios mecánicos, como robots teledirigidos, pero la intensidad de radiación era tal que los robots, al poco tiempo de funcionamiento en esas condiciones, terminaban por estropearse, pues sus circuitos se veían afectados y dañados por las emisiones. En un tono casi poético,

el libro explicaba cómo los robots «enloquecidos» se lanzaban al vacío desde el tejado, como si se suicidaran.

Ante la imposibilidad de usar los robots, el trabajo debía ser hecho por operarios humanos.

Estos operarios, denominados «biorrobots», trabajaron durante una semana arrojando aquellos desechos desde lo que quedaba del tejado. En periodos máximos de dos minutos (cuando cuarenta y cinco segundos ya suponían una dosis letal de radiación), más de tres mil personas, sobre todo soldados, realizaron la mortal tarea.

Ocultando los riesgos que implicaba, el Gobierno soviético ofreció permutar los dos años de servicio militar obligatorio por dos minutos trabajando en el reactor. Muchos soldados aceptaron voluntariamente.

Apenas protegidos con improvisadas corazas de plomo, como si de guerreros medievales se tratase, corazas que pesaban unos treinta kilos, cada grupo de «biorrobots» salía a la azotea y arrojaba uno o dos bloques o paladas de restos contaminados al fondo del reactor, todo lo que les diera tiempo a hacer en

exactamente ciento veinte segundos, tras los cuales abandonaban el tejado. Más de la mitad de aquel grupo particular de «liquidadores» había fallecido y el resto presentaba, en casi la totalidad de los casos, daños irreversibles.

Otro grupo de «liquidadores» que pagó un precio altísimo fue el de los pilotos de los helicópteros. Las aeronaves sobrevolaron el núcleo en los instantes posteriores a la explosión para arrojar diversos materiales que debían detener la fisión del núcleo y su incendio.

Todos los pilotos fallecieron a los pocos días.

Absorto en la lectura, lo que más le sorprendió de *Horizonte rojo* fue la información acerca de la pérdida inútil de muchas de aquellas vidas, como las de miles de mineros que murieron para nada tras exponerse durante semanas a niveles de radiación letales. Los dirigentes que gestionaron el desastre pretendían construir un túnel subterráneo debajo de la central en el que instalar un potente refrigerador que mantuviera bajo control la temperatura de la lava radiactiva y evitar así que aquel

veneno se pusiera en contacto con las aguas subterráneas debajo de la central. Si la radiación llegaba a aquellas aguas, se extendería por media Europa. Con el túnel terminado y las vidas de miles de mineros condenadas a una muerte lenta y horrible, el plan se canceló y acabaron sepultando el túnel.

Todos aquellos abnegados y entregados trabajadores fallecidos en condiciones lamentables... ¡Por nada! ¡Miles de personas sufrirían una muerte lenta y penosa por un error de cálculo, por un cambio de planes! ¿Era semejante cosa posible?

Nikolái leyó aterrado la manera en que aquellos miles de mineros trabajaban un día tras otro, desprotegiéndose de la radiación, simplemente trabajando a destajo con el único fin de completar el túnel.

—Llegó un momento en el que ya no nos preocupaba la radiación. Las máscaras simplemente nos estorbaban; lo único que queríamos era completar el trabajo lo antes posible —declaraba un minero.

Aquellas personas habían dejado de ser personas y se habían convertido en hormigas con la mente monopolizada por la idea de

avanzar más metros, más, más... Nikolái se estremeció de los pies a la cabeza. Se acordó de las palabras del abuelo:

«Ningún Estado quiere que sus ciudadanos piensen».

En el libro de historia de la biblioteca se mencionaba el sarcófago que se construyó en tiempo récord y lo transparente que había sido la información dada por el Gobierno sobre el accidente, pero no se decía una palabra de aquellos mineros que murieron por nada. Tampoco se mencionaba que el prestigioso científico en química inorgánica Valeri Legásov, que fue

siempre franco en sus informes acerca de los efectos de la catástrofe y tomó medidas decisivas para evitar una segunda explosión, se acabó suicidando (se le encontró colgado en su apartamento).

Tampoco se hablaba de los innumerables casos de cáncer de tiroides que se produjeron en los meses y años siguientes, ni de los miles de abortos y niños con deformaciones.

Ni de las muertes horribles de los «liquidadores» que iban aspirando el polvo radiactivo casa por casa.

Ni, evidentemente, de Eduard Sokolov, un padre ejemplar que por algún motivo se convirtió en un monstruo que maltrataba a su familia.

El libro repetía un mensaje aún más contundente: lo peor del desastre de Chernóbil no fue la radiactividad, fueron las mentiras.

Página a página, la novela descubría nuevos datos engarzados con una supuesta investigación de un agente encubierto de la CIA.

Nikolái se dijo a sí mismo que era imposible saber qué cosas eran ciertas y cuáles ficción.

Según los datos vertidos en la novela, debido al debilitamiento del sistema inmunológico causado por las radiaciones, las enfermedades de todo tipo en Ucrania eran un 30 % superiores a lo normal. En la región de Gomel, en Bielorrusia, los cánceres de tiroides entre la población infantil se habían multiplicado por cien y el número de casos no paraba de aumentar. Los casos de leucemia y tuberculosis se habían disparado.

Nikolái leyó con horror que los niños estaban entre los más afectados y eran muchos los que padecían cáncer. Las

malformaciones entre los recién nacidos se habían duplicado en los últimos tiempos. El diagnóstico era demoledor: en los próximos treinta años miles de personas contraerían cáncer a consecuencia del accidente de Chernóbil.

Lo peor de todo era que el peligro no había pasado. Más de cien toneladas de combustible nuclear y más de cuatrocientos kilos de plutonio (material altamente radiactivo) continuaban en el interior de las ruinas del reactor accidentado. Para confinarlo y evitar la liberación de más radiactividad, se tuvo que realizar

una construcción de acero y hormigón de cincuenta metros de altura: el «sarcófago». Construido apresuradamente, en condiciones muy difíciles, el sarcófago sufría una gran debilidad estructural y, según la novela, se encontraba ya en condiciones lamentables. Dejaba escapar radiactividad de forma continuada por más de 200 m² de grietas, pero ese problema era insignificante comparado con la radiactividad que se liberaría si algunas secciones del sarcófago se derrumbaban.

Una vez más, Nikolái releyó el prólogo, escrito por un historiador,

que se deshacía en elogios para con la «enorme y exhaustiva documentación realizada por el autor para crear la trama de esta magnífica historia».

Nikolái cerró el libro como si despertase de un sueño, o más bien como si entrase en una pesadilla. Tenía el corazón acelerado. Algo le apretaba la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

Su habitación se había convertido ya en un lugar diminuto, como si hubiera estado encogiéndose centímetro a centímetro mientras él pasaba una página tras otra. Su mundo, su vida, una vida afectada

directamente por los acontecimientos y las mentiras desvelados en aquel libro, eran otros, no los que conocía. Ya no se trataba de que su mundo fuera pequeño como aquella estancia que se le antojaba asfixiante, era menos que pequeño, no era, era falso.

Todo aquello suponía una revelación asombrosa. Se sentía como alguien que acabase de descubrir que su mejor amigo, la persona de más confianza, se había pasado la vida conspirando a sus espaldas para amargarle la vida.

Nikolái no podía abarcar con la mente todo el horror descrito en

aquella novela. ¿Cómo podía mantenerse oculto algo así?

Lo más increíble era que su padre había estado en el mismísimo centro de aquella catástrofe.

Quinientas bombas atómicas explotando a la vez. Quinientas bombas que no hacen ruido ni emiten luz, solo propagan la muerte silenciosa y letal. Y su padre en el centro de la explosión. Su padre en el ojo de un gigantesco y devastador huracán.

Nikolái sintió de pronto un enorme deseo de hablar con su padre. Tenía mil preguntas que hacerle. Su padre podría contarle lo

ocurrido, podría hablarle de la verdad o de las mentiras. Su padre había sido testigo en primera persona de toda aquella gigantesca tragedia muda e invisible.

Nikolái escondió el libro bajo el colchón y salió de su dormitorio. Su padre roncaba en el salón. Nikolái seguía teniéndole un miedo atroz. ¿Cómo iba a hacerle preguntas? ¿Cómo iba a hablar con él? Su padre era un ser inaccesible y violento, un monstruo.

La televisión seguía encendida, pero tenía el volumen quitado. El resplandor fantasmagórico iluminaba la estancia, arrancando

destellos a las botellas de cerveza vacías que llenaban la mesita de centro. Todo estaba en silencio. Nikolái tuvo la impresión de que la radiación, silenciosa y mortífera, bien podía estar anegando el aire en aquel momento sin que nadie lo supiera. Se asustó muchísimo. La muerte podía llegar en cualquier momento. Quizás todos estaban ya condenados a una muerte horrible y todavía no lo sabían.

Fue la primera vez que pensó conscientemente en la muerte. Estaba confuso y asustado.

Regresó a su habitación con el pulso acelerado. Su hermano seguía

sin aparecer. Se preguntó dónde estaría. Lo echaba de menos. Hubiese querido hablar con él de todo aquello. Echaba de menos al Iván de antes, el Iván con el que compartía confidencias, el Iván con el que bromeaba y en el que podía confiar, el Iván con el que mantenía conversaciones antes de dormir hasta bien entrada la noche.

Nikolái contempló la fotografía que reposaba en un marco sobre la mesilla de noche. En la instantánea posaba junto a su hermano, ambos sonrientes, vestidos con ropa deportiva. Se la habían hecho en el colegio un año antes. En aquella

foto su hermano era el de siempre. En cambio, ahora, cuando lo miraba veía en sus ojos la frialdad de los ojos de un lagarto, veía como su rostro se había vuelto más duro e inexpresivo. En solo un año su hermano había cambiado muchísimo. Pensándolo bien, hacía tanto tiempo que no lo veía reír que ni recordaba cuándo había sido la última vez. Ni siquiera sonreía; ni a los demás ni a su propio hermano.

Nikolái se tumbó en su estrecha cama y se colocó los auriculares. Encendió el *walkman* y el primer movimiento del concierto número tres de Rajmáninov,

interpretado por el genio de Vladímir Horowitz, se entrelazó con sus pensamientos.

La mente de Nikolái, quien no paraba de cambiar de postura tumbado sobre su cama, vagaba imprecisa de un lado a otro, como las hojas que caían de los árboles mientras regresaba de la escuela, hojas que siempre terminaban derrotadas en el suelo, tan quebradizas e inútiles como sus absurdos pensamientos.

Imaginó ser un escritor de éxito. Escribiría sobre su padre y lo que había ocurrido en Chernóbil. Su novela se vendería en todo el

mundo. Lo entrevistarían por la tele.

—Sus novelas han emocionado a millones de personas —diría una periodista preciosa mirándolo con ojos arrobados—... ¿Dónde encuentra la inspiración para sus historias, señor Sokolov?

—Le ruego que me llame Nikolái. Aunque sé que le costará creerlo, tuve una infancia muy dura. —La reportera se inclinaría levemente hacia delante, ofreciéndole inconscientemente sus pechos. Sus ojos enmarcados en rímel oscuro le sonreirían con admiración—. Lo cierto es que he

llegado hasta donde he llegado gracias a la ayuda e inspiración de mi hermano mayor, Iván.

—¿Tiene usted un hermano?

—Así es.

—¿Y a qué se dedica? ¿Es escritor como usted?

—No, escribir es posiblemente lo único que no se le da del todo bien. Mi hermano lo ha pasado muy mal y ha tomado muchas decisiones equivocadas en su vida, pero todo lo hizo por mí. Quiero decirle esto en exclusiva, antes de que la noticia salte en todos los periódicos. Mi hermano pasó años en la cárcel por

asesinato. Ya está fuera y trabaja conmigo, es mi agente literario.

La cara de la entrevistadora era todo un poema.

—¿Nos puede dar algún dato más sobre el asesinato? —preguntó la periodista echándose hacia atrás y cruzando las piernas—. ¿Fue en defensa propia, un accidente?

Nikolái se arrepintió de haber dado tanta información. No iba a ser fácil explicar que su hermano, Iván Sokolov, había asesinado a su propio padre.

¿Era eso cierto? ¿Hablaban Iván en serio cuando dijo que mataría a su padre?

Nikolái estaba cada vez más confundido sobre su hermano. Últimamente se habían distanciado mucho. En la escuela, Iván andaba en compañía de matones. Había hecho amistades que a Nikolái le daban miedo, como el tal Serguéi Aksionov, un tipo violento y sin escrúpulos.

Medio adormilado, Nikolái concluyó que su vida y la de su familia eran como un puzle desbaratado y sin sentido, un puzle cuyas piezas habían saltado por los aires hacía diez años.

«Mi vida era como un puzle desbaratado y sin sentido. Yo quería

descubrir la verdad para ayudar a mi padre, aunque indagar sobre la verdad fue la peor decisión que tomé en mi vida.»

6. IVÁN

Iván se encontraba junto a su amigo Serguéi Aksionov en una habitación de la planta baja de un edificio de apartamentos abandonado, al sur de Kiev. Habían sido citados allí por Borís, alias el Skin, para recibir instrucciones.

Llevaban ya más de una hora esperando. Iván empezaba a impacientarse. En cambio, su amigo

Serguéi estaba tan a gusto, sentado en un polvoriento sofá, hojeando unas revistas porno importadas.

—Estas zorras no son nada comparadas con los chochitos que tengo en mi casa...

Era imposible decidir si las paredes del piso estaban pintadas de un amarillo gastado o de un blanco que se había vuelto amarillento. En el techo se veía una mancha de humedad con forma de lagarto con cuernos. En el suelo desnudo había hileras de latas de cerveza vacías puestas una al lado de otra como velas de un altar.

Iván ya se estaba cansando aquella noche de escuchar las eternas bravuconadas de su amigo, las asquerosidades de Serguéi Aksionov. Serguéi se aprovechaba de sus clientes o, mejor dicho, de sus clientas, de las que obtenía favores sexuales y todo tipo de vejaciones a cambio de dosis de la cocaína y heroína más cortadas e infames de su arsenal.

—¿Te he contado aquella vez que vino el padre de una guarra a buscarla a mi casa? Jo, jo, iesa sí que fue buena! Te lo aseguro, socio, esa guarra no llegaría ni a catorce años, no sé cómo es posible que sus

padres no se den cuenta del pendón que tienen por hija. Si la ves en la escuela con el uniforme, te piensas que es un angelito. Y yo cada vez que la veo me acuerdo de mi semen por toda su cara. ¡Lo que las guarras son capaces de hacer por una dosis, las muy hijas de puta! Malditas zorras de mierda.

A veces Iván se preguntaba si no se había equivocado de camino, tal vez presintiendo lo que vendría después. ¿Quién era Iván Sokolov? La pregunta no era tan angustiosa como su versión en futuro: ¿quién sería Iván Sokolov?

Era una pregunta que, desde hacía unos meses, ya tenía respuesta, desde que su amigo Serguéi le había presentado a su primo Borís y había empezado a trapichear con drogas.

Iván no había dudado en aceptar la propuesta de Borís, el Skin, de vender drogas para él. Serguéi y Borís eran primos y, al parecer, Borís, un par de años mayor que ellos, era ya el jefecillo de una banda que controlaba el tráfico de drogas en Kiev.

Borís lo puso a prueba: le dio cinco gramos de cocaína, ya separada en diez paquetes de medio

gramo. Le dijo que si le vendía esos cinco gramos en cuarenta y ocho horas, seguirían haciendo negocios.

Iván pensó que sería difícil encontrar los clientes, ir ofreciendo a ciegas por el instituto. No fue así. La habilidad que compartía con su hermano para identificar las emociones de la gente le fue muy útil. En menos de dos horas había colocado dos gramos y, para entonces, ya conocía las características de un consumidor asiduo de cocaína, los tics, los movimientos, el sonido de su voz. Esa misma tarde se fue a un campus universitario y reconoció al

menos a veinte consumidores en los cinco primeros minutos caminando por los pasillos. Se acercó a uno de ellos y le dijo que tenía cocaína a buen precio. Se quedó con dos gramos él solo.

A partir de ahí todo fue cuesta arriba, o cuesta abajo (según se mire). Comenzó a vender marihuana y cocaína en el instituto y en el campus universitario. Era un as para encontrar nuevos clientes; sabía a quién tenía que evitar, sabía quién podía ser un soplón, quién traía malas artes. Podía colocar toda la mercancía en cuestión de minutos.

Iván había decidido actuar sin pensar, seguir adelante a pesar de que no había ningún plan establecido, ningún objetivo determinado, solo reaccionar ante los estímulos y callarse lo máximo posible.

Serguéi Aksionov, sentado a su lado, seguía hojeando la revista porno.

—Fíjate en lo que hace esta zorra con la boca, jo, jo, jo. ¡Esto tengo que probarlo! —rio Serguéi.

En ese instante llegó por fin el primo de Serguéi. Borís, el Skin, apareció sudoroso, tenso, aunque

intentando que no se le notara.
Como una olla a punto de reventar.

—Tenéis que hacerme un favor
vosotros dos —dijo apuntándoles
con el dedo, saltando del ruso al
ucraniano y del ucraniano al ruso
en una sola frase.

—Claro, lo que tú quieras,
primo —respondió Serguéi
mezclando igualmente los dos
idiomas para burlarse de él.

—Necesito conductores —
explicó Borís.

—¿Un transporte? —preguntó
Serguéi extrañado—. Oye, eso nos
viene grande a nosotros.

—No son drogas, imbécil, lo que tenéis que llevar. ¿Te crees que me he vuelto loco para poner en vuestras manos un cargamento?

Iván y Serguéi intercambiaron una mirada. Borís les arrojó un mapa.

—Ahí tenéis marcadas las rutas y el calendario. Cien pavos por cada viaje.

Iván desplegó el mapa en sus rodillas. Habían señalado con rotulador rojo varios trayectos entre diversos puntos de la ciudad, y también fuera de esta. En cada uno de los destinos había una anotación escrita con bolígrafo indicando el

punto de entrega. En su mayor parte eran hoteles, pero también había algunos edificios públicos, como la oficina central del sindicato obrero o un cuartel militar.

—¿Vamos a entregar drogas aquí? —preguntó Serguéi.

—Ya te he dicho que no vais a llevar drogas, imbécil —respondió Borís.

La revista porno de Serguéi resbaló del brazo del sofá y quedó abierta mostrando una escena sexual explícita. Borís se quedó mirando la revista en el suelo.

—¿Todavía no sabéis de lo que estoy hablando? ¡Tenéis los dos una

cara de gilipollas que os caéis de culo, cabrones! ¡Mirad esa revista, pajilleros de mierda!

Borís le dio una patada a la revista, que saltó por los aires con un revoloteo de hojas.

—¡Pu-tas, joder! ¡Vais a llevar putas! —exclamó Borís—. Es un servicio a domicilio para clientes especiales. Serguéi conducirá la camioneta y tú irás detrás con las chicas —le dijo a Iván— para tranquilizarlas y que ninguna se ponga nerviosa.

—Eh, mejor que conduzca él y yo iré detrás con los chochitos —propuso Serguéi.

—Ni lo sueñes —respondió Borís—, eres demasiado feo. Iván tiene una cara bonita. A las chicas les gustará su compañía. Las relajará. Dale conversación —clavó sus ojos en Iván—, hazlas sentir que van a una excursión al campo.

—No hay problema —dijo Iván—. Sé cómo tratar a una tía.

—Joder, yo también sé cómo tratar a una tía —se quejó Serguéi.

—Tú solo sabes correrte en sus caras —rio Borís. Los tres soltaron una carcajada—. Está bien, sabéis lo que tenéis que hacer. Empezáis mañana. No la caguéis.

Iván se puso en pie seguido de su amigo Serguéi. Chocaron la mano con Borís y abandonaron el piso. En la calle, Serguéi se montó en su flamante motocicleta y se alejó con un retumbar de tubo de escape. Iván prefirió caminar hasta su casa recorriendo las aceras heladas.

A veces Serguéi se comportaba como un gilipollas, pero era su amigo y sabía cómo moverse en aquel mundillo. Además, no tenía más remedio que aguantarlo si quería seguir en aquello. Ganaba mucho dinero vendiendo drogas. Transportar chicas de un lado para

otro iba a ser todavía más sencillo y le pagarían incluso más que con las drogas. Pronto habría ganado tanto dinero que podría largarse a donde quisiera, a cualquier lugar fuera de aquella asquerosa ciudad. Cualquier lugar estaría bien con tal de estar lejos de su familia. Iván se arrebujó en su chaquetón y escupió en el suelo.

La idea de llegar a casa y encontrarse con su padre lo ponía enfermo. Si volvía a ponerle la mano encima a mamá, no sabía lo que era capaz de hacer.

Le clavaría un cuchillo en el corazón. El Monstruo se lo estaba

buscando.

7. EDUARD SOKOLOV 1986, pocas horas antes del accidente

Queridos hijos, os habla vuestro padre, Eduard Sokolov. Antes que nada, y para que os situéis, os indico la fecha: viernes, 25 de abril de 1986.

Siento la responsabilidad de hablar de algunas cosas que están

sucediendo en la central nuclear donde trabajo, cosas preocupantes. Me veo en la obligación de dejar constancia de ellas por si, Dios no lo quiera, ocurriese lo peor.

En primer lugar, tengo que decir que ya son cinco años los que llevo trabajando como operario en la central de energía nuclear Lenin, en Chernóbil, aunque supongo que esto ya lo debéis de saber.

Hace apenas unas horas me encontraba en mi puesto de trabajo, llevando a cabo tareas de mantenimiento en el reactor 4 de la central. No me encontraba cómodo.

Aunque siempre me ha disgustado la ligereza con la que se ignoran las normas de seguridad básicas, nunca me había sentido tan intranquilo como hoy viernes. Repito: 25 de abril de 1986.

La construcción del recientemente inaugurado reactor 4, a todas luces, se había llevado a cabo a toda velocidad, para júbilo absoluto de Briujánov, el director de la central. Durante meses Briujánov nos ha hecho trabajar duro a todos para finalizar los trabajos antes del plazo previsto y así llevarse él los honores.

Aunque muchos le critican por eso, a mí no me importa. Yo hago mi trabajo lo mejor que puedo. No espero que nadie me lo reconozca con una palmadita en la espalda. Me gusta hacer mi trabajo bien por mi propia satisfacción personal. Llamadme anticuado.

Tengo que decir que los chistes sobre el director Briujánov (que siempre se dicen vis a vis, con el más estricto cuidado de que no se deslicen entre las rendijas y lleguen a oídos habladores) son habituales en la central; básicamente la burla descansa en la particularidad de que el director no tiene experiencia

previa en centrales nucleares ni estudios serios sobre el tema, ya que viene a la central de Chernóbil desde una planta eléctrica.

Lo que oís: de una planta eléctrica a otra nuclear, sin ningún tipo de preparación para hacer la transición, al menos que se sepa.

A pesar de eso, admito que le tenía respeto, un respeto superior al que me exige cubrirme las espaldas. Considero que ningún hombre alcanza su posición siendo un completo idiota, pero hoy su actitud me ha causado una honda preocupación.

Briujánov dio la orden de llevar a cabo un experimento para comprobar el sistema de autoalimentación del reactor, algo que, en teoría, nos podría permitir ahorrar energía.

Como os digo, yo no estaba nada tranquilo, aunque no creo que mi gesto de preocupación llamara demasiado la atención. Yo solo era uno más entre las docenas de operarios enfundados en batas blancas diseminados a lo largo del enorme panel de control. Son muchas las responsabilidades cuando trabajas en una central

nuclear y lo cierto es que nunca llegas a acostumbrarte del todo.

El motivo de mi inquietud añadida se debía a que para poder realizar la prueba que requería Briujánov teníamos que bajar la potencia habitual del reactor, y para poder hacer eso... ¡había que desactivar los sistemas de seguridad! Era una duda dentro de otra, un problema dentro del siguiente, igual que nuestras muñecas rusas, una dentro de otra, y dentro de aquella otra más. Para asegurarme de que estaba haciendo lo correcto, consulté el grueso manual y me encontré, para mi

sorpresa, con que muchas de las instrucciones estaban tachadas.

Tengo que enfatizar este punto: muchas líneas de texto del manual, correspondientes precisamente a las secciones que versaban sobre este tipo de experimentos, como bajada de potencia o niveles mínimos y máximos de seguridad, estaban tachadas o, mejor dicho, cubiertas con un grueso marcador negro. Alguna instancia superior debía de haber considerado que todas aquellas precauciones no eran sino una pérdida de tiempo que ralentizaba las operaciones.

Miré a derecha e izquierda: todos los demás ingenieros que manipulaban los controles de la enorme consola parecían perfectamente tranquilos.

Finalmente, volví la mirada hacia atrás para hacer contacto visual con Yuri Treguv, el supervisor, y capté un destello de preocupación en sus ojos, seguido de una forzada sonrisa. Yuri Treguv no es un hombre especialmente enérgico. Es el tipo de persona que necesita consultar con su superior cada decisión, por nimia que sea. Me daba igual su falta de empuje: tenía la obligación de hablar con él

y le hice un gesto para que viniese a la consola. Su cara, mientras se me acercaba, no demostraba precisamente entusiasmo.

—Supervisor, corríjame si me equivoco: para poder llevar a cabo la prueba tenemos que bajar los niveles de potencia —le dije casi susurrando, como si estuviera llevando a cabo alguna actividad delictiva.

—Así es —confirmó Treguv.

—Pero el reactor es muy inestable a baja potencia, la resistencia hidráulica va a ser mínima.

—No si nos mantenemos por encima de 700 megavattios, el 20 % de la potencia máxima.

—¿Y cómo vamos a controlar precisamente ese nivel?

—Iremos bajando despacio, casi una barra de control tras otra.

Treguv tenía una respuesta esperando impaciente a cada una de mis preguntas, como si las hubiera estado ensayando antes de hablar conmigo.

—Solo quiero asegurarme de una cosa, supervisor —dije—. Observo demasiado entusiasmo en nuestros superiores. Me han dicho

que esta noche viene Anatoli Kulyk; ese hombre...

—Ten cuidado sobre cómo hablas de tus superiores, Eduard — me reconvino Treguv con firmeza—. No lo entiendas como una amenaza, en realidad lo digo por tu propio bien...

Tuve que medir mis palabras, pero, con todo, no pude dejar de expresar mi preocupación.

—Kulyk es muy impulsivo y autoritario, y eso es perfectamente normal dado su historial —añadí con el tono más conciliador que supe—. Pero una tarea de esta

índole requiere al mando a alguien sosegado que mida bien cada paso.

A nadie se le escapaba que el jefe Anatoli Kulyk era un hombre muy impulsivo y severo que no aceptaba que le contradijeran. Yo ya había trabajado con él anteriormente, y por eso mismo conocía bien su autoritarismo.

Aunque con estudios de ingeniería, Kulyk provenía de la rama militar. Antes de ser destinado a Chernóbil había trabajado en el programa de armamento nuclear de la Unión Soviética. Era un hombre bien relacionado en las altas esferas. Se decía que incluso

mantenía contactos con el KGB y el Gobierno de la nación.

En definitiva, alguien a quien todos temen. El tipo de persona que puede enviarte a la cárcel con solo levantar un teléfono.

Supongo que en mitad de una batalla el autoritarismo extremo tiene sentido. No se puede conducir un ejército en el que los soldados cuestionen las órdenes de su superior aunque les conduzca a la muerte. Sin embargo, no estamos en guerra y la central nuclear no es una instalación militar. En una instalación civil algunas órdenes deberían ser cuestionadas.

—El punto es que cuando venga Kulyk habremos concluido el experimento —señaló el supervisor Treguv—. ¡No entiendo tu preocupación!

—No quiero contrariarle, supervisor —insistí—, pero piénselo bien. Con o sin Kulyk no va a haber manera de mantener esos niveles al 20 %; los sistemas de seguridad no lo permitirán.

—Por eso habrá que desactivarlos.

—¿Desactivar los sistemas de seguridad? —repliqué con un tono de alarma que no supe controlar—.

¡Los sistemas de seguridad están ahí por una razón, supervisor!

Varios operarios nos estaban observando, pero en ese punto yo ya no podía quedarme; sabía que una insubordinación podía tener consecuencias nefastas para mí y para mi familia, pero un accidente sería mucho peor para todos.

—Baja la voz, Eduard —replicó Treguv con esforzada calma—. No va a pasar nada por trabajar a baja potencia, más bien sería al contrario, ¿no crees?

—Mire el manual, supervisor: ¿qué es lo que han tachado? ¿Estamos ignorando medidas de

seguridad a propósito?, ¿una vez más?

—¿Qué quiere decir «una vez más»?

—Supervisor, sabe usted que la cúpula, por ejemplo, está construida con materiales inflamables porque son más baratos... ¿Materiales inflamables en una central nuclear? ¿Hemos perdido la cabeza completamente?

Treguv respiró profundamente, como si quisiera organizar bien lo que me iba a responder.

—Eduard: a poca potencia, con toda la inestabilidad del mundo, a lo único a lo que nos exponemos es a

que el reactor se detenga; ya ha ocurrido antes. Te repito una vez más: lo peligroso sería que se recalentara.

La lógica de Treguv era difícil de contradecir. Quise respirar aliviado ante mi propia estupidez, pero no fui capaz.

—Hablas con demasiada ligereza, Eduard —prosiguió Treguv a la vez que asentía con firmeza—. Te vas a acabar metiendo en problemas si esto llega a oídos de Kulyk. No te tenemos aquí para pensar; límitate a hacer lo que se te ordena.

Admito que la actitud de Treguv no me resultó ofensiva. A pesar de la firmeza de sus palabras, sonaba conciliador, como un abuelo que da un consejo a su nieto. Básicamente, quería que no me metiera en líos (y de paso no meterse él mismo).

Poco convencido, me arrojé con la idea de que por mucho que yo conociera el funcionamiento de la central, Treguv debía de saber más que yo. Sé que suena más a excusa que a razón, pero Treguv es un hombre sensato, de una inteligencia indiscutible. Pensé que tal vez, a veces, debe uno ponerse

en manos de los demás, no responsabilizarse de todo.

Mis nervios también venían alterados de antes y quise atribuir a mis circunstancias personales la causa de mi desazón. Confieso que no duermo demasiado bien últimamente. Las cosas con vuestra madre, en lugar de solucionarse, parecen ir a peor. No puedo entender qué demonios pasa con vuestra madre, de dónde ha surgido el enorme abismo que nos separa, un abismo que parece agrandarse un día tras otro. Asenka es el amor de mi vida y se me está escapando como arena entre los dedos. Cada

vez la siento más distante de mí, y la idea de que vuestra madre haya dejado de quererme es algo que me está rompiendo el corazón...

Pero volvamos a lo sucedido esta mañana. Sin más preámbulos, y según lo ordenado, desconecté los sistemas de seguridad y comencé a bajar barras de control sobre el núcleo del reactor, lo que hizo que descendiese la potencia rápidamente.

Tal y como Treguv pronosticaba, la potencia se redujo a un estable 20 %. Todo iba bien.

Algunos operarios mostraban amplias sonrisas. Aquel podía

terminar siendo, después de todo, un gran día.

Fue entonces cuando Treguv recibió una llamada. Podía verle hablando desde la consola. Con gesto más decepcionado que preocupado, Treguv asentía en silencio. Tras un par de minutos, colgó el teléfono y dio la noticia.

—Camaradas: ha llamado el regulador de la red eléctrica de Kiev. Necesitan más energía desde el reactor o vamos a dejar a media ciudad sin electricidad, así que vamos a tener que subir un poco la potencia. Aplazamos la prueba al

turno de noche; ¡aumenten la potencia!

No pude evitar sentirme profundamente aliviado; no tenía ninguna gana de llevar a cabo aquella prueba. Seguía habiendo algo que no encajaba, aunque no era capaz de materializarlo en mi mente.

El alivio me duró solo unos pocos minutos, los que tardé en comprender que, si la prueba se realizaba durante el turno de noche, Anatoli Kulyk estaría personalmente al mando.

Una vez más, tenía que hablar con Treguv.

—Supervisor: las condiciones a baja potencia son muy inestables, sé que bajo su supervisión no podría pasar nada porque usted cancelaría el experimento ante la mínima señal de alarma; eso lo sé bien, supervisor..., pero ese hombre, Kulyk, siento hablarle así (ya he trabajado a sus órdenes), ese hombre jamás cancelaría la prueba, es demasiado obstinado y no entiende de riesgos.

Treguv, con los ojos clavados en el suelo, negaba con la cabeza.

—Sé que esto es muy desagradable para usted —proseguí—. Entiendo que mi actitud es

molesta e insubordinada, pero no puedo quedarme cruzado de brazos mientras...

—Muy bien —interrumpió Treguv—. Si no te vas a quedar cruzado de brazos, ¿qué demonios vas a hacer?

—Simplemente le pido que se quede usted también durante el turno de noche mientras traspasa las responsabilidades de la prueba. Le pido que no salga usted de aquí hasta que todo haya terminado. — La mirada de Treguv permanecía impenetrable; se notaba que quería decir algo, pero simplemente no lo hacía. Yo aproveché ese tenso e

incómodo silencio para contraatacar —. No se vaya de aquí, supervisor, traspase las responsabilidades y después no se mueva, no salga de la central. Supervisor Treguv, se lo ruego.

Treguv me dedicó un gesto de reprobación, pero acabó susurrando:

—De acuerdo, me quedaré aquí, pero tú también. Ve a casa ahora y descansa. Vuelve esta noche; quiero que estés cerca y visible, donde pueda encontrarte con facilidad.

Yuri Treguv accedió a quedarse en la sala de control durante el turno de noche según mi consejo, el

consejo de un subordinado. Que Treguy hubiera aceptado mi ruego me causaba alivio, pero también turbación: en el fondo, daba consistencia a mi intranquilidad.

8. NIKOLÁI

Nikolái estaba impaciente por que llegase el sábado y volver a ver a su abuelo en el asilo. Quería contarle todo lo que había descubierto, gracias a la novela *Horizonte rojo*, sobre el terrible accidente nuclear de Chernóbil.

Esta vez, cuando tuvo delante a su abuelo, Nikolái no perdió tiempo en relatarle una falsa escena idílica

de vida familiar, como solía hacer cada sábado. Fue directo al grano:

—Abuelo, he averiguado cosas sobre Chernóbil, como me dijiste. Tenías razón. Nada es como nos contaron en la escuela. Todos los libros sobre Chernóbil están censurados, pero encontré uno que escapó a la censura.

El anciano desprendía un fuerte olor a tabaco, como si él mismo fuese un cigarrillo encendido. Se encontraban solos en la sala de recreo. Nikolái lo miró a los ojos, que brillaron por un instante como ascuas.

—Eres un muchacho muy listo —dijo el anciano sonriendo a medias, con la voz teñida de orgullo—. Llegarás lejos en la vida. Eres como tu padre.

—De eso quería hablarte, abuelo. Ya sé lo que pasó en el accidente, pero sigo sin saber lo que pasó con mi padre.

—Siempre piensa por ti mismo, Nikolái. Aprende a mirar el mundo con tus propios ojos. Yo ya estoy desencantado de todos los sistemas políticos, dictaduras y mal llamadas democracias. Me pregunto si hice bien posicionándome políticamente y dándolo todo por ideales que

nadie cumple. Tal vez debería haber actuado por mí mismo, sin adscribirme a unos ni a otros; son todos unos hijos de puta. Como aquel asesino de Quiñones en la catedral de Úbeda: mataba a los presos como si matara moscas, y ese era de los míos...

El abuelo ya había regresado a su mundo, pero Nikolái no se iba a dar por vencido.

—Volviendo a lo que estábamos hablando: ¿mi padre es uno de los héroes que intervinieron en el desastre? ¿Es eso lo que querías que supiera?

—Tu padre evitó que las cosas fueran a peor. Él y otros muchos que se jugaron la vida.

—Entonces, si mi padre es un héroe, ¿por qué el Gobierno no le premia? ¿Por qué nadie se lo reconoce?

—Al Gobierno le gustaría que todos los que estuvieron allí desapareciesen —dijo el abuelo.

—¿Por qué? —Nikolái abrió mucho los ojos—. ¿Después de lo que hicieron? ¡Nos salvaron la vida a todos!

—Porque lo que ocurrió en Chernóbil fue una vergüenza para los dirigentes del Gobierno y

ensalzar a los héroes también ensalzaría la vergüenza de los acontecimientos que ocurrieron. Por eso el Gobierno pretende borrar lo ocurrido de nuestras memorias como si nada hubiese pasado. Por eso el Gobierno no quiere héroes, porque cada héroe es una mancha que nos recuerda la vileza de los que nos gobiernan.

Nikolái reflexionó unos instantes. Le costaba entender aquello, pero había una cosa que todavía entendía menos.

—Entonces ¿mi padre enloqueció por la radiación?

El anciano agitó negativamente la cabeza.

—Aquel fatídico día pasaron cosas peores que la maldita radiación —dijo entre dientes—. La radiación abrasó a tu padre por dentro y por fuera, pero lo que realmente le hizo perder la cabeza fue la traición.

A Nikolái le sorprendió la franqueza de su abuelo. La farsa acerca de su familia que ambos habían mantenido durante meses se había roto. Su abuelo parecía ser muy consciente de que su hijo era un monstruo que martirizaba a los suyos, aunque no siempre había

sido así. Hubo una época en la que habían sido felices.

—¿La traición? ¿A qué traición te refieres? ¿Quién traicionó a mi padre?

—Eso es algo que no puedo decirte, hijo mío.

—Por favor, abuelo, tengo que saberlo.

El anciano meneó la cabeza con tristeza. Con una mano temblorosa se llevó el cigarrillo a la boca y chupó aspirando el humo con avidez.

—La verdad es demasiado dolorosa. Tienes que escuchar la verdad de lo que pasó en boca de tu

propio padre. Solo así podrás separar la verdad de la mentira. Tienes que encontrar la grabación de tu padre. La oculté en el falso techo del cuarto de baño, en vuestra casa de Pripyat.

—Pripyat está dentro de la zona de exclusión. No se puede entrar allí. El ejército controla los accesos. Además, es peligroso, todo está inundado de radiación.

—No es peligroso si solo pasas unas horas. Todavía hay gente que trabaja en esa central maldita, gente que entra y sale.

—Pero ¿cómo voy a entrar yo allí?

—Eres un muchacho listo. Ya encontrarás la manera.

Nicolái lo miró expectante, pero el abuelo se negó a decir nada más. Se quedó callado, con la mirada perdida y un ligero temblor en la barbilla. Aquel día el anciano no le preguntó por su hermano Iván ni por su padre. La farsa que ambos habían mantenido durante meses se había roto. Nicolái no sabía qué decir. La dolorosa verdad se había levantado entre ambos como un muro de vergüenza.

Un matrimonio de unos cincuenta años irrumpió en ese momento en la sala, llevando del

brazo a un anciano que caminaba con dificultad. Nikolái se preguntó dónde estaría la chica del mechón azul y si volvería a verla alguna vez.

Permaneció junto a su abuelo en silencio, limitándose a reflexionar sobre lo que sabía. En su antigua casa de Pripyat había una cinta con un testimonio grabado por su padre. Esa cinta contenía información comprometida sobre el accidente en la central nuclear, pero también, de algún modo, explicaba los motivos de la locura de su padre.

Necesitaba escuchar aquella cinta. Necesitaba saber, pero el

acceso a Pripyat estaba cerrado. Toda la ciudad había sido evacuada para prevenir la contaminación radiactiva. ¿Habría algún modo de entrar allí? Era algo que tenía que averiguar.

Cuando finalizó el periodo de visitas, una enfermera se llevó a su abuelo. Nikolái se dirigió a la salida, caminando cabizbajo. Fue en el *hall* de entrada, junto al mostrador de recepción, donde se encontró con Alexandra, la chica del mechón azul.

La joven permanecía pensativa, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y la vista clavada en un punto del suelo. En sus labios había

instalada una sonrisa triste. Ella aún no le había visto. Nikolái contuvo el aliento. Era demasiado hermosa. No se trataba solo de que tuviese bellas facciones; todo en ella era demasiado perfecto para ser real, parecía salida de un sueño. Por algún motivo, su belleza pura provocó en Nikolái un sentimiento de tristeza. La idea de una felicidad inalcanzable acudió a su mente.

De repente, como si hubiese sentido el peso de la mirada de Nikolái, la joven cambió de posición y miró hacia donde él se encontraba. Se llevó la mano a la frente para tocarse el flequillo azul.

Nikolái identificó en aquel gesto un rastro de vergüenza, pero no supo qué la provocaba. Se aproximó a ella.

—¡Hola! —saludó Nikolái esbozando una sonrisa—. Me alegro de verte.

—Hola, Nikolái —respondió la chica.

Nikolái quiso ver en sus ojos que se alegraba de verle, pero la alegría solo era un rastro tenue, como las imperceptibles ondas en la superficie de un lago tiempo después de haber arrojado una piedra al agua.

—He estado pensando en ti, ¿sabes? —dijo Alexandra con su habitual franqueza.

—¿Ah, sí? —El corazón de Nikolái empezó a latir con fuerza.

—He pensado en esa habilidad tuya para reconocer la mentira. ¿Crees que podrías enseñarme?

—¿Enseñarte?

—Sí, yo también quiero aprender a reconocer la mentira. Me sería muy útil en la vida, ¿no te parece?

—Bueno, no es algo fácil de explicar —respondió Nikolái rascándose la cabeza.

—¿Por qué no?

—Pues porque... —titubeó— es como si quisiera explicarte de dónde vienen las palabras.

—¿Es como un lenguaje?

—Algo así. Tiene que ver con los gestos involuntarios que hacemos, de eso estoy seguro. De alguna manera puedo descifrar esos gestos. Es como una especie de lenguaje de señas que hubiese aprendido en algún momento de mi vida.

—¿Y no sabes ni cuándo ni cómo lo aprendiste?

—Ni idea. Seguramente me viene de nacimiento. A mi hermano

Iván le ocurre lo mismo. Siempre sabe si alguien miente.

Alexandra lo observó atentamente, analizándolo.

—Entonces ¿no puedes enseñarme a mí? —preguntó finalmente.

—Podría intentarlo. En primer lugar, tendría que empezar a preguntarme yo mismo qué es lo que delata a alguien cuando miente. Algo así como descifrar un lenguaje. Podría hacer una lista de lo que significa cada gesto. Después te la enseñaré. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, Nikolái —asintió Alexandra como quien

felicita a un niño pequeño—. ¿Ya has aprendido a jugar al póquer?

—¡La verdad es que no! —rio Nikolái—. Los juegos no me interesan demasiado. Oye, ¿tú no querrás que te enseñe para convertirte en jugadora?

—¿Una mujer jugando al póquer? ¿Dónde se ha visto eso?

—Serías la primera. Serías famosa.

—Es una posibilidad. —Frunció suavemente el ceño y se mordió por dentro el labio inferior. Nikolái pensó que era el gesto más adorable que había visto nunca. Notaba el corazón latiendo con fuerza y una

extraña efervescencia en la sangre —. Y tú, ¿cómo piensas ganarte la vida?

—Yo seré escritor, un escritor famoso —dijo sin dudar.

—Pareces muy seguro de ti mismo. ¿Ya has escrito algo?

—Por ahora, solo relatos breves, pero pronto escribiré una novela.

—¿Sobre qué tratará?

—Sobre Chernóbil. Sobre los héroes olvidados y las mentiras.

—Un drama. Me gusta —dijo entrecerrando los ojos. Nikolái no podía apartar la mirada de las comisuras de sus labios—, aunque

yo nunca leo ningún libro que no cumpla el test de Bechdel.

—¿El test de Bechdel? ¿Eso qué es?

—Es una prueba para detectar el machismo en el espectáculo. Lo inventó una autora lesbiana de cómics. En una de sus historias gráficas, dos chicas, por supuesto lesbianas, están debatiendo qué película quieren ir a ver al cine. Una de las protagonistas se niega a comprar una entrada para ninguna película que no reúna estos tres requisitos: primero, en la película deben aparecer por lo menos dos mujeres y sus personajes han de

tener nombre, no ser una aparición más; segundo, esas dos mujeres tienen que hablar entre ellas, y tercero, el tema de conversación no puede ser un hombre. Te sorprenderías de lo difícil que es encontrar una obra que reúna esos tres requisitos.

—Te prometo que todo lo que yo escriba a partir de ahora cumplirá el test de Bechdel —dijo Nikolái solemne.

—No prometas nada que no estés dispuesto a cumplir hasta el final —respondió Alexandra poniéndose súbitamente seria.

—Yo siempre cumplo mi palabra.

—Eres todavía muy joven para haber comprometido tu palabra en algo importante, Nikolái. Cuando la vida te ponga a prueba, sabrás si tienes el valor para cumplir tu palabra o no. —Alexandra sonreía con la boca, pero no con los ojos. En ese momento una enfermera la llamó por su nombre—. Debo irme... Me ha gustado mucho hablar contigo, Nikolái. La próxima vez que nos veamos espero que puedas enseñarme a detectar algunas mentiras.

—Cuenta con ello.

Alexandra desapareció en uno de los pasillos acompañada por una enfermera del centro. Nikolái sintió un vacío en algún lugar de su pecho. Un sentimiento nuevo para él estaba creciendo en su interior, algo a lo que Nikolái no se atrevía a poner nombre, pero que bien podría llamarse amor.

* * *

«Alexandra se marchó y yo sentí un gran vacío. Anhelaba con todas mis fuerzas volver a verla. Un sentimiento nuevo para mí estaba creciendo en mi interior. Algo a lo

que no me atreví a poner nombre,
pero que bien podría llamarse amor.
Un amor de consecuencias
devastadoras.»

9. NIKOLÁI

«Yo estaba obsesionado con averiguar lo que pasó con mi padre. Empecé a investigar el modo de traspasar la zona de exclusión para acceder a nuestra antigua casa de Pripyat y recuperar la cinta con su testimonio grabado. Mientras mis compañeros de clase se divertían jugando al fútbol o saliendo con chicas, yo buscaba el modo de

sortear los controles militares para entrar en una zona altamente radiactiva. Sé que no era una ocupación típica de un chico de dieciséis años, pero mi vida no era la típica de un chico de esa edad. Yo vivía marcado por la influencia de mi padre. Mi hermano Iván tampoco llevaba una vida normal, como no tardé en descubrir. Poco podía imaginar que sus actividades ilegales serían la llave para acceder a Chernóbil, como tampoco podía sospechar que mi obsesión por descubrir lo que le ocurrió a mi padre sería nuestra perdición.»

Nikolái se encontraba en el instituto, en el descanso entre clases de media mañana. Mientras sus compañeros se divertían jugando al fútbol o fumando (unos a escondidas, otros no tanto), él se había quedado sentado en un banco del pasillo, con el libro *Horizonte rojo* extendido a un lado y su cuaderno de notas sobre las rodillas. Entresacando datos de la novela, intentaba reconstruir un resumen de los acontecimientos ocurridos en la central nuclear en los minutos previos al accidente.

«Es 25 de abril de 1986. Ha sido un precioso día de primavera», escribió Nikolái en su cuaderno.

Los 176 trabajadores que trabajan en el bloque 4 reciben la orden de probar un sistema de autoalimentación del reactor que les permitiría ahorrar energía.

La orden viene del ingeniero Brumin, que convence a Briujánov, el director de la planta, para que curse la instrucción. Se desactivan los sistemas de seguridad y comienza la preparación formal del experimento. Hay que bajar la potencia habitual del reactor número cuatro para preparar las

condiciones de la prueba de seguridad.

La prueba está prevista para la tarde, pero se cancela, ya que el controlador del suministro eléctrico de Kiev llama para pedir que aumenten la potencia: se acaba de apagar una central eléctrica en Kiev.

El director Briujánov viene de trabajar en una central eléctrica. Solo tiene estudios por correspondencia sobre energía nuclear, por lo que está acostumbrado a delegar responsabilidades en los ingenieros.

La prueba se retrasa (diez horas) hasta la noche.

El reactor número cuatro ha sido recientemente inaugurado.

Alexandr Akimov, el supervisor del reducido grupo de trabajadores que llevan a cabo la prueba en el reactor número cuatro, muestra reticencias a llevar a cabo la misma, pero acata las órdenes.

Yuri Treguv, que trabajaba en el turno anterior, se queda para formalizar el traspaso de las responsabilidades de la prueba. Por alguna razón que no queda clara, en vez de irse a su casa al acabar su turno, permanece en la central.

Vuelven a llamar de la central eléctrica de Kiev: no hay problemas

y pueden seguir adelante con la prueba.

Aunque Alexandr Akimov es el jefe, hoy tiene un supervisor por encima de su rango: Anatoli Kulyk, un ingeniero nuclear de prestigio en la URSS, un tipo de unos cincuenta y cinco años, pelo blanco y bigote, que parece un general. Acaba de ser ascendido y no quiere ni oír hablar de cancelar la prueba. Quiere seguir adelante y triunfar para confirmar su ascenso.

Leonid Toptunov, ingeniero eléctrico de veintiséis años (ojos redondos, con bigote), es el técnico principal. Se ocupará de mover las

barras de control. Hay doscientas once barras, que son el motor de arranque, acelerador y freno del reactor nuclear.

0:20 h - Comienzan los preparativos y los problemas. Toptunov piensa que la energía es demasiado baja para realizar la prueba con seguridad.

Los problemas que desconocen los ingenieros son dos:

1. Hay un defecto en el diseño del reactor cuatro que lo hace muy inestable a baja potencia.

2. El jefe Kulyk no está lo suficientemente preparado y se deja llevar por su orgullo.

Se desactivan los sistemas de seguridad y comienza la preparación formal del experimento. Hay que bajar la potencia habitual del reactor número cuatro para preparar las condiciones de la prueba de seguridad.

Toptunov desciende las barras y los niveles de energía comienzan a bajar, pero bajan demasiado. El reactor es además muy inestable a baja potencia. Toptunov se da cuenta de que se ha colado y consulta el manual en busca de ayuda. En el manual hay muchas instrucciones tachadas, lo cual le

confunde. Entonces llama a un ingeniero del reactor tres.

Akimov y Toptunov proponen cancelar la prueba porque con esos niveles de energía tan bajos es muy peligrosa. Kulyk se opone enérgicamente; se hace responsable y da la orden de subir las barras de control para incrementar la potencia del reactor.

Les grita, les llama incompetentes.

«¿Quién os ha dicho a vosotros que estáis aquí para pensar?, ¡estáis aquí para obedecer órdenes!»

Aunque Toptunov ha subido muchas barras, el nivel de energía

no pasa del 7 %, muy lejos del 20 % necesario para realizar la prueba (700 megavatios, como se indica en los manuales).

0:36 h - Borís Stoliarchuk, encargado de controlar el flujo del agua de refrigeración, encuentra que a baja potencia no logra controlar el flujo, pero no le da mayor importancia.

0:38 h - Se detiene el reactor debido a la baja potencia. Hay que subir las barras de control. Kulyk está como loco gritando que las suban.

Para subir más barras hay que desactivar el mecanismo de

detención automática que sirve para evitar que el reactor alcance temperaturas de fusión. Kulyk entra en cólera y él mismo desactiva el sistema de detención automática.

El reactor parece estabilizarse al 12 %.

1:22 h - Kulyk indica que comience la prueba y da la orden a Toptunov para que eleve manualmente las barras.

1:23 h - Comienza la prueba.

La potencia sube enormemente y el núcleo se sobrecalienta. Toptunov se asusta mortalmente. Akimov pulsa el botón de emergencia para que las barras

caigan y detengan el reactor. La temperatura se sigue disparando. Las barras caen en el núcleo por su propio peso. El núcleo, sin embargo, se ha deformado por el calor y las barras no encajan. El agua de refrigeración comienza a hervir desde su base, se evapora y estalla el hidrógeno acumulado dentro del núcleo.

La tapa del reactor, que pesa mil toneladas, vuela por los aires.

Se produce una columna de luz, de tonos naranja, rojo, azul y violeta, que se eleva hacia el cielo como un arco iris.

El núcleo arde al rojo vivo. La temperatura alcanza 2500 grados.

Las luces se apagan en la sala de control. Hay un momento de histeria y confusión.

Toptunov, que todavía no sabe lo que ha pasado, llama a unos técnicos para que vayan a la sala del reactor y reporten lo ocurrido.

Llaman a los bomberos, que no temen nada extraño.

Los trabajadores de la central sienten un sabor metálico en la boca y un cosquilleo en la piel.

Akimov toma el mando e ignora a Kulyk. Llama al jefe de la

planta e informa de un pequeño fuego.

La prioridad en la mente de los ingenieros es que no se propague el fuego.

Los habitantes de Pripyat que se asoman a la calle sienten que les caen gotas de lluvia en la cara, aunque no llueve.

A lo lejos ven una columna de luz multicolor que se eleva hasta el cielo estrellado.

Todos se sienten débiles y mareados.

* * *

Después de escribir el resumen, Nikolái trataba de imaginar qué papel habría jugado y en qué momento habría intervenido su padre en aquella cadena de acontecimientos. Sobre todo, le interesaba saber qué es lo que podría haber ocurrido para que su padre enloqueciese y se convirtiese en el monstruo que empezó a ser a partir del día del accidente.

Nikolái pensaba que su padre había sido uno de los ingenieros que trabajaban en el reactor número cuatro. También cabía suponer que se encontraba en el turno de noche durante el cual se

había llevado a cabo la desastrosa prueba, ya que su padre había resultado herido por el fuego que provocó la explosión. La ausencia de su mención se entendería simplemente porque debía de ser uno de los operarios de bajo rango. A pesar de todo, y por más vueltas que le daba, no encontraba una relación entre el accidente y la locura.

¿Podía la radiación a altos niveles convertir a un apacible padre de familia en un monstruo maltratador?

El abuelo afirmaba que la radiación no tenía nada que ver con

el cambio en su padre. Entonces ¿dónde estaba la clave?

Si quería conocer toda la verdad sobre lo ocurrido aquella fatídica noche, no tenía más remedio que lograr acceder de algún modo a su antigua casa de Pripyat para recuperar la cinta con el testimonio grabado por su padre. El problema era que el acceso a Pripyat estaba prohibido. Nikolái había hecho indagaciones. Toda la ciudad de Pripyat se encontraba en la llamada «zona de exclusión», una franja vallada de treinta kilómetros de ancho alrededor de la central nuclear, un área cuyos accesos

estaban custodiados por los militares. Solo se permitía la entrada a los operarios que seguían trabajando en el mantenimiento del sarcófago que contenía la radiación del núcleo.

¿Cómo se las apañaría para colarse en la ciudad abandonada? ¿Tal vez sobornando a algunos de aquellos militares, tal y como hacía el agente de la novela *Horizonte rojo*? Pero él no era ningún espía americano; solo era un chaval de dieciséis años y ni siquiera estaba seguro de que lo que contaba aquella novela fuese cierto.

Unos gritos de alarma lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Llamad a una ambulancia! — gritó alguien.

Desde donde estaba sentado, a través del arco que daba al exterior, Nikolái vio que se formaba un gran revuelo en el patio. Algunos estudiantes corrieron por los pasillos atraídos por los gritos. Otros entraban pidiendo ayuda a voces.

—¡Llamad a una ambulancia!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nikolái interceptando a uno de ellos.

—¡Una pelea! ¡Han apuñalado a Oleg! —respondió el chico con los ojos desorbitados—. ¡Se está desangrando en el patio!

El muchacho se apartó de Nikolái con un empujón y corrió en busca de un profesor. Un flujo de estudiantes empezó a recorrer el pasillo hacia el exterior. En el patio se formó un corrillo alrededor del chico herido, tendido en la nieve. Varios profesores acudieron a la carrera.

Cuando Nikolái, contagiado por la curiosidad que arrastraba a los demás, se dirigía también al patio, se cruzó con su hermano Iván, que

salía del gimnasio, aunque no llevaba ropa deportiva. Iván tenía la mirada absorta y no se fijó en él. Su hermano, ignorando el revuelo que se había formado, se internó por uno de los pasillos con dirección a los lavabos.

Nikolái se fijó en que las pisadas de su hermano dejaban un rastro de humedad en el suelo. Sabía que el gimnasio del que había salido también tenía una puerta que daba al exterior, lo que significaba que Iván venía del patio.

Algo en la expresión de su hermano lo impulsó a seguirlo. Se metió por el mismo pasillo a tiempo

de ver como entraba en uno de los baños. Nikolái giró el pomo de la puerta, pero su hermano había echado el cerrojo por dentro.

—¡Iván! —llamó. No obtuvo respuesta—. ¡Iván! —repitió sin alzar demasiado la voz. Algo le decía que no debía llamar la atención sobre su hermano en aquel momento.

Nikolái volvió sobre sus pasos y salió al patio. Tuvo que abrirse paso a empujones entre la multitud de chicos curiosos que se agolpaban alrededor del herido.

En el suelo, tendido sobre la nieve, un estudiante del último

curso con una herida de navaja en el estómago. El chico tenía el rostro contraído por el dolor mientras un profesor le presionaba la herida con un jersey enrollado. A su alrededor, la nieve se iba tiñendo de rojo en una mancha que se hacía cada vez más grande. Oyeron la sirena de una ambulancia que se aproximaba.

Nikolái regresó al interior del edificio. Corrió hasta el cuarto de baño donde se había encerrado su hermano. Encontró la puerta abierta, pero Iván ya no estaba dentro. Había manchas de sangre en el lavabo. Alguien había intentado limpiarlas, pero todavía

quedaban restos húmedos y rosados en el borde. Nikolái abrió el grifo y acabó de restregar la sangre para que no quedase ni rastro. También había gotas de sangre en el suelo. Cogió papel higiénico y se arrodilló para limpiarlas. Bajo el lavabo, descubrió un guante de lana de color *beige*. Era uno de los guantes de su hermano Iván. Nikolái los conocía perfectamente porque él tenía un par igual. Su madre se los había regalado las Navidades anteriores. Incluso había bordado sus iniciales en el interior para que no los confundiesen al meterlos en la lavadora.

Cogió el guante con la punta de dos dedos. Estaba manchado de sangre por la parte de abajo.

Nikolái sintió de pronto un cosquilleo en la boca, como si hubiese tocado los polos de una pila de petaca con la lengua. Aquello confirmaba lo que había temido cuando vio la expresión de su hermano al salir del gimnasio: Iván había apuñalado al chico del patio y quién sabe si no estaría también herido, a juzgar por la sangre que había dejado en el lavabo.

Se guardó el guante en la mochila. Se aseguró de que no quedaba ningún rastro de sangre en

el cuarto de baño y regresó al interior de su aula. Las clases, no obstante, se habían interrumpido ante el grave incidente. Los rumores corrían de boca en boca. El chico herido ya había sido trasladado a un hospital donde se debatía entre la vida y la muerte. Nadie sabía quién lo había apuñalado en el estómago, pero la policía ya estaba investigando. Los profesores ordenaron que todos los alumnos ocupasen sus asientos y prohibieron salir a nadie del instituto hasta que lo autorizasen. La policía fue llamando a algunos de los chicos más conflictivos para

hacerles preguntas. Nikolái no sabía si entre aquellos chicos «conflictivos» no estaría también incluido su hermano Iván, que iba a un curso superior.

Pasaron dos horas hasta que por fin les permitieron abandonar el instituto. Por los comentarios, Nikolái supo que no habían logrado identificar al agresor. También supo que el chico apuñalado había sido llevado al hospital a tiempo y que su vida no corría peligro.

Cuando llegó a casa, su hermano Iván todavía no había llegado. Sus padres estaban sentados en el sofá del salón,

mirando la televisión con el volumen muy alto. Nikolái se preparó un bocadillo en la cocina y se encerró en su habitación.

Iván pasaba cada vez más tiempo fuera y cada vez regresaba más tarde, incluso los días de colegio, sin que a sus padres pareciera importarles lo más mínimo. Los domingos Nikolái se había acostumbrado a despertarse al amanecer y encontrarse con que la cama de su hermano todavía estaba vacía.

Pensó en lo mucho que había cambiado Iván últimamente.

Llevándose solo un año de diferencia, los dos habían crecido muy unidos. Tenían un gran parecido físico y de niños, como iban juntos a todas partes, mucha gente los tomaba por hermanos gemelos. Habían crecido juntos compartiendo juegos, descubrimientos y revelaciones.

Sin embargo, al llegar a la adolescencia, Iván había empezado a tener otros amigos. Empezó a salir con chicas, a tener su propia pandilla. Una pandilla que excluía a su hermano Nikolái. Iván ni siquiera le había dado la

oportunidad de formar parte de su nuevo grupo de amigos.

Lo que más le dolía a Nikolái era que la complicidad entre ambos se había desvanecido. Ya no compartían bromas ni confidencias. Iván se estaba volviendo un desconocido para él.

En el silencio nocturno, los ronquidos de su madre combinados con los del Monstruo resonaban sincopados a través de la puerta que le separaba de ellos.

Iván no llegaría a casa hasta bien entrada la noche. Con mucho cuidado para no cambiar nada de sitio, Nikolái abrió el cajón de la

mesilla de noche de su hermano y empezó a revisar los objetos que contenía. Había tebeos mezclados con calcetines y, bajo estos, unas revistas porno. En el cajón inferior había un *walkman* estropeado, pilas sueltas, papeles del colegio, un paquete de chicles y algo de calderilla. Nada muy diferente de lo que había en su propia mesilla.

Nikolái fue hasta el armario de su hermano y revisó los cajones, metiendo cuidadosamente la mano bajo la ropa doblada. No encontró nada. Revisó los estantes donde se amontonaban los jerséis y las

bufandas, las camisetas y los pijamas. Tampoco encontró nada.

Fue metiendo la mano en los bolsillos de los abrigos y chaquetas que colgaban de perchas en el armario. Tanteando, en uno de los bolsillos encontró una bolsita de plástico que tenía algo blando. La sacó y vio que era marihuana. Volvió a dejarla en su sitio. Que él supiera, Iván no fumaba, pero encontrar marihuana escondida tampoco le extrañaba: bien podría haberse aficionado últimamente a la yerba.

En otro bolsillo encontró otra bolsa de plástico que, al tacto,

contenía algo granuloso. La sacó para examinarla. Eran pastillas, pequeñas y de diversos colores: rojas, azules, amarillas... Había por lo menos cincuenta. Nikolái imaginó que serían anfetaminas o éxtasis. Muchos chicos las tomaban habitualmente los fines de semana. Pero allí había demasiadas pastillas. Al precio que solían comprarse, en aquella bolsita había una pequeña fortuna.

Nikolái vio por fin lo que no había querido ver hasta entonces.

Aquellas pastillas encajaban con el modo de comportarse de Iván últimamente y con las compañías

que frecuentaba. Aun así, para Nikolái fue todo un mazazo descubrir que su hermano se dedicaba a vender drogas.

Se había convertido en un traficante.

—Mi hermano Iván y yo somos muy diferentes —diría a la entrevistadora.

—¿En qué sentido? Físicamente, ustedes dos se parecen mucho.

—Como ya le he explicado, nuestra situación familiar era muy dura. No es fácil crecer odiando a tu padre, sufriendo maltratos y humillaciones. Yo me refugié en

mis sueños, ya sabe, convertirme en un escritor de fama. En cierto sentido, a través de mis relatos creé mi propio mundo en el que aislarme. Me consolaba imaginándome a mí mismo en el futuro, llevando una vida de éxito internacional como escritor. Iván, en cambio, canalizó su rabia hacia el exterior. Se convirtió en un muchacho violento.

—Ya veo —respondería la entrevistadora—. Su sueño se cumplió, pero ¿cuáles eran los sueños de su hermano?

Buena pregunta, se dijo Nikolái. ¿Cómo vería Iván su propio

futuro? Dormían en la misma habitación cada noche, pero sabía tan poco de su hermano como de un desconocido.

Lo que Nikolái sí sabía era que, si Iván había sido capaz de apuñalar a aquel chico en el instituto, también sería capaz de clavarle un cuchillo a su padre como había amenazado.

A pesar del distanciamiento de los últimos meses, Nikolái quería mucho a su hermano. Si seguía por ese camino, acabaría matando a alguien o siendo asesinado él mismo. ¿Qué podía hacer él para que su hermano dejase el mundo de

las drogas en el que se había metido? ¿Qué podía hacer él para evitar que Iván se convirtiese en un asesino?

Nikolái dejó la bolsa con las pastillas en el mismo bolsillo donde las había encontrado. Su mano tropezó con una especie de libreta. La sacó y vio que no era exactamente una libreta, sino un mapa doblado de Kiev.

De uno de los pliegues del mapa resbaló una hoja de papel que cayó al suelo y se deslizó bajo el armario.

«Mierda.» Nikolái se apresuró a cogerla. Metió la mano bajo el

armario, tanteando a ciegas. Era poco probable que su hermano llegase tan pronto, pero si lo pillaba husmeando entre sus cosas lo mataría.

Cuando alcanzó la hoja se puso en pie y le echó un vistazo antes de devolverla dentro del mapa. Era una lista de fechas, horas y direcciones. Muchos sitios eran hoteles, aunque le llamó la atención el nombre de un lugar que no parecía guardar relación con los demás: Pripyat.

sábado 13 febrero, hotel Radisson
Blue 19:50 h

viernes 20 febrero, hotel
Intercontinental 21:30 h

domingo 21 febrero, Pripyat 18:00 h

¿Por qué su hermano tenía anotado el nombre de la ciudad abandonada en una especie de calendario? Se le ocurrió desplegar el mapa sobre la cama y vio que sobre este había señalada una ruta a lápiz. La ruta partía de Kiev, se adentraba en la zona de exclusión de Pripyat y llegaba hasta la mismísima central nuclear de Chernóbil.

Nikolái copió en su cuaderno las fechas y lugares que había en el pedazo de papel.

Después lo devolvió todo al bolsillo del abrigo y cerró el armario dejándolo como estaba. Se tumbó

en la cama. El corazón le latía con fuerza.

Las actividades de su hermano cada vez lo intrigaban más.

* * *

Estaba anocheciendo cuando por fin apareció Iván. Sin decir una palabra, se puso a rebuscar en los cajones de la mesilla y del armario. Parecía furioso y nervioso. Cerró el armario con un portazo.

—¿Qué buscas? —preguntó Nikolái.

—Nada —respondió Iván cortante.

Nicolái permaneció en silencio, observando como su hermano se desnudaba y se metía en la cama. Sabía que Iván buscaba el otro guante: el guante ensangrentado que había perdido en los aseos del instituto. Ese guante, que además llevaba sus iniciales bordadas, era la prueba de que había sido Iván quien había apuñalado al chico en el patio. Iván no debía recordar si lo llevaba puesto o no y dónde lo había perdido.

Nicolái podría haberlo tranquilizado diciendo que él lo había encontrado, pero prefirió no decir nada.

Aquel guante podía ser su pasaporte para entrar en Pripyat.

10. NIKOLÁI

El viernes por la tarde Nikolái se adentró en las entrañas de Kiev para coger el metro. Atrincherado en un rincón de su vagón, observó que el desánimo silencioso de Kiev era todavía más patente en las miradas infranqueables de aquellos viajeros del subsuelo. Hasta donde alcanzaba a entender, los ucranianos vivían en el

convencimiento de que ese mundo de silencios era el único que existía, que las sonrisas y la alegría eran cosas demasiado lejanas, de otras épocas y otros lugares, sin darse cuenta de que aquella obstinación en la desesperanza no venía ni de su tiempo ni de su espacio, sino de dentro de sí mismos, que brotaba de sus corazones, donde la tristeza y la felicidad bailaban a la par, como la muerte baila con la vida, sin darse cuenta de que un gesto amable podía transformarlo todo, que las sonrisas se podían contagiar y que el futuro no era como el pasado: el futuro se podía cambiar.

Pero no lo cambiaban.

Tras treinta minutos de trayecto, se bajó y salió a la avenida Velyka Zhytomyrska, en el centro de Kiev. Divisó las torres del monasterio de San Miguel, coronadas por cúpulas doradas. El día había sido luminoso y la tarde se aferraba a los ecos de su luz a través del aire.

Nikolái caminó hasta la entrada del hotel Intercontinental, a unos cien metros de la boca del metro. El hotel era un edificio enorme de piedra y cristal con una lujosa puerta de entrada de metal dorado. Por el aspecto, aquel debía de ser

uno de los hoteles más caros y suntuosos de Kiev.

Consultó su reloj de pulsera. Eran las ocho. Había llegado casi hora y media antes de la señalada en la agenda de su hermano. Quiso ser precavido y explorar el lugar con antelación. Nikolái decidió cruzar al otro lado de la avenida y meterse en una cafetería.

Quería comprobar cuál era la relación entre su hermano y los lugares anotados en el mapa que había encontrado en su armario. Sospechaba que las direcciones debían de ser puntos de entrega de drogas. No obstante, era bastante

extraño que Iván fuese a vender drogas en un hotel tan lujoso como aquel: llamaría la atención de cualquiera. Por otro lado, ¿por qué uno de los puntos de entrega anotados en el mapa estaba dentro de Pripyat, una zona cuyo acceso estaba prohibido? ¿A quién iba a vender drogas en una ciudad abandonada?

Nikolái no entendía nada y tenía la intención de esclarecer el misterio.

Se sentó en una de las mesas de la cafetería, junto a una gran cristalera desde donde se podía

divisar la calle. Pidió un té con leche que se bebió a pequeños sorbos.

Para matar el tiempo sacó el libro *Horizonte rojo*. Empezó a releer uno de los capítulos que más le habían impresionado. Se trataba de la historia del químico Valeri Legásov, uno de los científicos que habían intervenido directamente en los días posteriores a la fuga radiactiva y cuyas decisiones habían salvado la vida a millones de personas.

El químico Legásov, sin embargo, lejos de ser considerado un héroe, había muerto

miserablemente, ignorado y despreciado por las autoridades.

Nikolái volvió a leer aquel capítulo donde se narraba una de las intervenciones más decisivas del químico en los días posteriores al accidente.

La triste historia del ingeniero Legásov

Antes de ahorcarse en su apartamento, el prestigioso químico soviético Valeri Legásov se dispuso a grabar su voz en una cinta de casete convencido de que aquella grabación jamás llegaría a ser escuchada por el público [...].

Corría el mes de abril de 1988 y se cumplían exactamente dos años

desde el desastre de la central de Chernóbil; Legásov, que había tomado la determinación de quitarse la vida unos días antes, pensó que esa sería una buena ocasión para abandonar este maldito mundo de mentiras y traiciones.

Legásov era consciente de que la radiación a la que se había expuesto, además de mermarle la salud, había provocado, directa e indirectamente, su estado de depresión y desesperanza.

Poco importaban las razones.

La cinta comenzó a girar frente a sus ojos. Legásov tenía miedo de

no saber qué decir, pero las palabras comenzaron a deslizarse por sus labios, una tras otra, evocando imágenes tan intensas como terribles. Habló con sarcasmo de su cándido entusiasmo cuando le encargaron que investigase los hechos sucedidos en la planta nuclear, de la estúpida satisfacción que sintió porque le reconocieran su valía como científico confiándole semejantes obligaciones. Cambió el tono a otro más solemne y sombrío cuando comenzó a relatar las presiones que había sufrido para ocultar tantas partes oscuras de la verdad o las mentiras que se vio

obligado a decir en la conferencia de Viena.

El orgullo por haber sido elegido para aquella tarea desapareció, de hecho, a las pocas horas de iniciarla, mucho antes de hablar en Viena. Legássov recomendó sin fisuras la inmediata evacuación de los habitantes de Pripyat en cuanto comprobó los niveles de radiación que rodeaban la central; una radiación que se extendía como la pólvora en todas direcciones. A pesar de la urgencia que quiso transmitir a las autoridades, los habitantes de Pripyat no fueron evacuados hasta

treinta y seis horas después de la catástrofe. Habiendo sido expuestos a niveles altísimos de radiactividad, las tragedias de aquellas familias se extenderían a través de los años. Miles de embarazos tuvieron que ser interrumpidos en las semanas siguientes; luego llegarían las malformaciones en los futuros hijos, los cánceres de tiroides, el horror más absoluto a manos de un enemigo invisible.

Legásov tuvo que secarse las lágrimas cuando habló a aquella indolente grabadora de casete sobre las celebraciones del Día de la

Independencia, que tuvieron lugar como si tal cosa en muchas ciudades cercanas a Pripyat, bajo niveles de radiación criminales, tan criminales como las recomendaciones del diario *Pravda* de salir a la calle a pasar un día maravilloso, entre desfiles y fiestas, al aire libre. Miles de los ciudadanos que salieron a las calles a celebrar el Día de la Independencia acabarían muriendo de cáncer tras meses de horrorosa agonía. A aquellas celebraciones las acabarían llamando «desfiles de la muerte». El alcalde de Cherkassi, cuando conoció los padecimientos

de sus conciudadanos, a los que él mismo había animado a salir a festejar el día, se suicidó.

Legásov habló de los miles de obreros que murieron inútilmente excavando un túnel subterráneo bajo la central.

No olvidó a los miles de «liquidadores» que enviaron a limpiar la ciudad y que luego irían perdiendo sus vidas como moscas.

A pesar de que todos sus recuerdos del horror vivido aquellos días eran igualmente espantosos, había entre ellos uno que destacaba siempre entre los demás: un recuerdo de primeros de mayo de

1986 que se colaba siempre entre sus pesadillas.

Ese recuerdo comenzaba el cuatro de mayo, cuando aún no habían transcurrido ni dos semanas desde el accidente. Aquel día le informaron de que había agua estancada en las piscinas de condensación de la central y que la temperatura del reactor, para complicarlo todo, seguía subiendo. Lo peor de todo era que le reclamaban una solución, y el problema que representaba el agua estancada de aquellas piscinas era tan enorme que le hacía temblar solo de pensarlo. Si la lava

radiactiva entraba en contacto con el agua, se produciría una temida segunda explosión mucho más devastadora que la primera, liberando tal cantidad de material radiactivo que podría exterminar a la mitad de los habitantes de Europa, tal vez a más. Y era cuestión de días.

Legásov, protegido con un traje especial, comprobó visualmente a través de un agujero de acceso que la piscina superior estaba vacía, no así la inferior. Aquel agua estancada iba a provocar millones de muertes, además de la evacuación imposible de media Europa, si no eran capaces

de sacarla de allí cuanto antes. Legásov convocó una reunión de urgencia con los mandos militares que habían tomado el control de la central.

Se reunió con un general, cuyo nombre no podía recordar, y con el nuevo presidente de la comisión que había asignado el Gobierno, un individuo llamado Siláev.

El químico Legásov extendió sobre una mesa los planos de la central.

—Camarada Legásov, ¿qué podemos hacer? —preguntó Siláev después de que Legásov hubo expuesto la dramática situación.

—De algún modo hay que vaciar esa piscina, puede que solo tengamos horas por delante para evitar la catástrofe —respondió Legásov ajustándose las gafas con la mirada fija en los planos, como si estos pudiesen revelar la respuesta que necesitaba.

Tenía el rostro crispado y el sudor perlaba su frente. Era consciente de que la vida de millones de europeos dependía de lo que decidiesen ellos tres en aquella sala.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el militar al advertir su estado de malestar—. ¿No tenemos

escapatoria? ¿No podemos evitar la segunda explosión?

Legásov, con las manos y los ojos clavados en la mesa donde yacían amontonados los planos de la central, trató de responder con la mayor compostura posible:

—Incluso si logramos vaciar esa piscina, nos vamos a encontrar con otro problema más adelante: hay aguas subterráneas unos metros más abajo.

—¿A cuántos metros de profundidad? —preguntó el comisionado Siláev.

—No tengo esos datos aquí..., quiero decir, seguro que los tengo,

pero eso no es lo importante.

—Usted dirá, ingeniero — replicó el militar.

—No soy ingeniero, pero... lo que quiero decir es que esas aguas subterráneas nos van a plantear un problema enorme dentro de unas semanas o unos meses, y esas aguas no las podemos vaciar de ninguna manera. En cualquier caso...

—De acuerdo, en momentos como estos hay que ser prácticos — dijo el militar con aplomo—. Vamos a preocuparnos por el problema que tenemos más próximo, luego nos preocuparemos por el que venga.

Ahora tenemos que sacar esa maldita agua de la piscina.

—Tiene usted toda la razón — admitió Legásov, que agradeció la sangre fría del militar—. Centrándonos en el problema de la piscina, la única solución consiste en abrir las válvulas de escape para que el agua se reúna con las subterráneas, eso nos hará ganar mucho tiempo.

Legásov hizo una pausa, meditabundo.

—Prosiga, por favor.

—El problema que tenemos es que... para vaciar el tanque de agua no hay más solución que abrir las

válvulas que hay en el fondo de la piscina. El verdadero problema que tenemos es que esas válvulas se encuentran debajo del agua, debajo de un agua inmensamente radiactiva que mataría a una persona en cuestión de horas, tal vez minutos. No hay medios mecánicos que puedan hacer esa tarea, ni siquiera en tierra firme, mucho menos debajo del agua. Ya he pedido que nos traigan los trajes de submarinismo más gruesos. Necesitamos —Legásov tragó saliva —... necesitamos voluntarios que buceen en el agua radiactiva y abran

esas válvulas con sus propias manos, no hay otra manera de...

—Pero quienquiera que se ofrezca para semejante tarea perderá la vida... —interrumpió Siláev alzando ambas cejas a la vez.

—Exacto. Sin duda no llegarán vivos a la mañana siguiente —contestó Legásov—. Y no solo morirán, sino que su muerte será espantosa, abrasados desde dentro por la radiación..., a menos que se suiciden primero o que alguien tenga la misericordia de matarlos cuanto antes, en cuanto salgan del agua, seguramente sufriendo ya quemaduras radiactivas.

Los tres hombres permanecieron en silencio, crispados y sudorosos, intercambiando breves miradas entre sí. Incluso el general estaba visiblemente conmocionado.

—Lo que usted está diciendo es que tenemos que pedirles a unos soldados que entreguen voluntariamente sus vidas — resumió el militar.

—No dos hombres cualesquiera —se escuchó Legásov decir a sí mismo—: dos de sus mejores hombres, fuertes y jóvenes, no solo con el inmenso valor de entregar sus vidas, sino con una capacidad

física que nos permita asegurarnos de que serán capaces de bucear hasta las válvulas y abrirlas para que salga el agua. Necesitamos dos hombres de una capacidad física extraordinaria, dispuestos a llevar a cabo esta misión sabiendo que será lo último que harán en esta vida.

Un nuevo silencio recayó sobre ellos. Legásov no podía creerse lo que acababa de decir.

—Yo le proporcionaré esos dos hombres —aceptó el general—. Asumo esa responsabilidad.

Legásov tenía la mirada clavada en el suelo. Sentía descargas heladas dentro de los pulmones,

como si miles de botellas de agua congelada estallaran en su interior.

Media hora después, Legásov, el comisionado Siláev y el general al mando se abrieron paso hasta uno de los patios interiores de la central. Allí les esperaban una docena de soldados, a los que el general había mandado llamar de entre los que hacían el turno de guardia.

Los soldados que estaban sentados se pusieron inmediatamente en pie ante la presencia del alto mando, con el que intercambiaron un saludo militar. Legásov se fijó en que todos los soldados eran muy jóvenes.

Daba la impresión de que algunos habían alcanzado recientemente la mayoría de edad.

Atardece —pensó Legásov— y dos de estos hombres no volverán a ver la luz del sol.

—Muchachos —el militar empleó una voz firme—, necesitamos al menos dos voluntarios para llevar a cabo una misión muy importante. Esta misión, de no tener éxito, tendría efectos catastróficos en toda Europa. Los voluntarios deberán bucear dentro de un tanque de agua, que se encuentra en los niveles inferiores de la central, con

el fin de abrir unas válvulas para que el agua salga de la piscina: no puede quedarse ahí estancada bajo ningún concepto o morirán miles, tal vez millones de inocentes cuando la lava radiactiva entre en contacto con ella.

En este punto el militar hizo una pausa. Miró a algunos de los jóvenes soldados a los ojos.

—Tenéis que saber que el agua ya es de por sí altamente radiactiva —prosiguió—, de manera que los que se ofrezcan a llevar a cabo esta empresa se enfrentarán a una muerte segura e inminente.

Al oír aquello, algunos de los chicos, que para Legásov parecían niños, abrieron la boca y dejaron escapar un gemido de angustia. Algunos se tambalearon, otros se llevaron las manos a la frente y miraron al cielo.

Legásov se sorprendió de la franqueza del militar y lo admiró por no eludir la verdad. Sin duda no era la primera vez que daba órdenes que enviaban a hombres a una posible muerte, pero nunca con la certeza de aquella vez, nunca con las caras de los muertos vivientes delante.

—El presidente de la Comisión Gubernamental Siláev me ha asegurado que las familias de los voluntarios serán cuidadas y mantenidas por el Estado durante el resto de sus vidas —añadió el general—. Los voluntarios...

El militar tuvo que hacer una nueva pausa. Legásov se dio cuenta de que incluso un hombre duro como él estaba conmocionado.

—Necesito que los voluntarios den un paso al frente.

El militar mantuvo el gesto de hierro. Los muchachos titubearon, intercambiando miradas entre sí; algunos se llevaron las manos a la

cabeza, otros debieron apoyarse en la pared del muro que tenían a sus espaldas para no caerse.

Fueron apenas unos segundos de desconcierto, tras los cuales los diez soldados, sin intercambiar una sola palabra entre ellos, se alisaron sus chaquetas, apretaron sus mandíbulas y dieron un decidido paso al frente al mismo tiempo.

Los diez acababan de ofrecer sus vidas. Legásov entendió que aquellos hombres con cara de niños eran sin duda las personas más valientes que había conocido en toda su vida.

El general ya no fue capaz de mantener su aparente impavidez. Se quitó la gorra militar y agachó la cabeza ante sus soldados en un gesto de humildad, impresionado ante semejante muestra de valor y espíritu de sacrificio.

Legásov cerró los ojos unos instantes, conmovido. Aquellos soldados, muchachos sencillos, no eran nadie y, sin embargo, representaban lo mejor del espíritu humano. No eran nadie y nunca lo serían. Nadie les rendiría homenaje, nadie hablaría de ellos con orgullo; sus nombres no figurarían en la historia junto a los de los héroes

nacionales, se desvanecerían en el olvido, arrastrados como la ceniza de un cigarrillo en el alféizar de una ventana, trémula antes de una bocanada de viento que ya se escucha en la distancia.

Y, a pesar de todo eso, aquellos soldados, muchachos sencillos que no eran nadie y nunca lo serían, acababan de erguirse como los verdaderos representantes de la humanidad. De lo mejor de la humanidad.

Los dos soldados elegidos temblaban de la cabeza a los pies cuando, enfundados en sus trajes de buzo, se aproximaron al tanque de

agua, un agua que los mataría y los enviaría a una gloria invisible.

Sentados en el borde de la piscina, antes de sumergirse, se cogieron de las manos temblorosas para infundirse ánimos. Entonces, así cogidos de la mano como dos amantes, se sumergieron en las aguas oscuras dejando atrás sus vidas, sus familias, sus novias, sus sueños.

Salvándonos a todos.

* * *

Nikolái no podía dejar de preguntarse qué hubiese hecho él de haber sido uno de aquellos soldados. ¿Hubiese dado un paso al frente? Era una pregunta que podía

permitirse porque, sentado en aquella cafetería, sabía que una situación así nunca se le presentaría a él, aunque la sola idea de imaginarse en la piel de uno de aquellos soldados lo llenaba de angustia. Le angustiaba pensar que aquellos soldados, que ahora solo eran parte de una novela, habían existido, habían sido reales. Diez soldados habían escuchado las palabras de su general y habían tomado la decisión voluntaria de sacrificar sus vidas a cambio de las vidas de otros.

Desde que lo leyó por primera vez, Nikolái había reflexionado

muchas veces sobre aquello. Puesto en la balanza, desde el punto de vista del mando militar, no había elección posible. Más valía perder la vida de unos pocos que las de cientos de miles. El químico Legásov, el general y cualquier otra persona lo vería igual. Cualquiera menos cada uno de aquellos diez soldados. Para ellos sus vidas eran todo lo que tenían; para cada uno de ellos su vida bien valía tanto como la de cada uno de los miles que se disponían a salvar. Y, sin embargo, todos ellos dieron un paso al frente y se sacrificaron a cambio del bien de otros.

Si todos fuésemos la mitad de generosos que aquellos diez soldados, el mundo sería un lugar mucho mejor —se dijo Nikolái—. Al final solo dos de ellos tuvieron que morir. Se necesitaba solo a dos personas para abrir las válvulas de agua, pero los ocho restantes también se habían ofrecido voluntarios y eran tan héroes como los dos que murieron en pocas horas. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Les habría premiado el Gobierno su valor, tal y como había prometido el comisionado Siláev? Nikolái tenía serias dudas. Quién sabe dónde habrían acabado. Cómo

podrían imaginar ahora quienes les conociesen (sus amigos, sus compañeros de trabajo, sus novias) ... que les debían la vida.

«Tu padre también es un héroe —le había dicho el abuelo—, pero no fue la radiación lo que lo enloqueció, sino la traición.»

Nikolái ansiaba conocer esa historia. Necesitaba saber cuál había sido el papel de su padre en la tragedia y por qué el accidente había arruinado su vida de aquel modo.

A través de la cristalera de la cafetería, la mirada ensimismada de Nikolái se perdió entre los copos de

nieve que revoloteaban en el exterior. Algunos transeúntes caminaban arriba y abajo apresuradamente, arrebujaos en sus abrigo. De sus bocas salía un vaho blanco. A Nikolái se le ocurrió imaginar que las nubecillas blanquecinas que exhalaban eran sus almas. De repente se le ocurrió pensar que dentro de cien años todos los habitantes actuales de Kiev habrían desaparecido, convertidos en polvo y ceniza. Al pensarlo le asaltó una extraña sensación. Como si de un momento a otro un soplo de viento invisible fuese a barrerlo todo. El miedo

volvió a apoderarse de él. La muerte latía incesante bajo toneladas de cemento a pocos kilómetros de allí. El reactor nuclear seguía latiendo y lo seguiría haciendo durante cientos de miles de años. Un latido incandescente y ominoso cuya única finalidad era exterminar toda la vida sobre la faz de la tierra.

Nikolái pensó que era terrible y hermoso a la vez. Hubiese querido compartir sus pensamientos con alguien, pero estaba solo. Miró a la chica que servía las mesas en la cafetería. Era de una belleza más bien vulgar. Tenía unas piernas un poco gruesas y una falda corta y

ajustada que le ceñía el trasero. La blusa también era apretada, marcando el pecho. La chica lo había mirado y sonreído varias veces. Nikolái sabía que era guapo y que atraía a las chicas. Si la invitase, aquella camarera seguramente se iría con él al acabar su turno.

¿Qué diría ella si fuesen a tomar algo y entonces le contase que la energía siniestra de mil bombas atómicas palpitaba impaciente a pocos kilómetros de allí? No era el tipo de ideas que uno pudiese compartir con cualquiera en una charla en una cafetería. No era el tipo de cosas en las que un

joven de dieciséis años debería estar pensando, se reprochó Nikolái.

Recordó entonces a la chica del mechón azul, Alexandra. Con ella sí que podría hablar de aquello. En realidad, con ella podría hablar de cualquier cosa. O, mejor dicho, cualquier cosa se volvía interesante si la hablaba con ella.

* * *

—Los críticos siempre han destacado de sus novelas una gran sensibilidad femenina —dijo la entrevistadora—. Suele decirse que sus novelas están escritas para

mujeres. ¿A qué cree usted que se debe esa sensibilidad?

—Sin duda se lo debo a mi esposa Alexandra.

—¿Ella revisa sus textos?

—No exactamente, pero una vez, al poco de conocernos, me dijo algo que siempre he aplicado a todas mis novelas: el test de Bechdel.

—¿El test de Bechdel? —repitió la entrevistadora—. ¿En qué consiste?

—Es una prueba para detectar el machismo en un guion cinematográfico —explicó Nikolái—. Aunque también se puede aplicar a

un libro. Lo inventó una autora lesbiana de cómics. En una de sus historias gráficas, dos chicas, por supuesto lesbianas, están debatiendo qué película quieren ir a ver al cine, pero una de las protagonistas se niega a comprar una entrada para ninguna película que no reúna estos tres requisitos: en la película deben aparecer por lo menos dos mujeres y sus personajes han de tener nombre, no ser una aparición más. Esas dos mujeres tienen que hablar entre ellas y el tema de conversación no puede ser un hombre.

—Muy interesante. Lo tendré en cuenta a partir de ahora —asintió la entrevistadora con una gran sonrisa.

—Le sorprendería lo difícil que es encontrar una obra que reúna esos tres requisitos. —Nikolái le devolvió la sonrisa.

* * *

Nikolái permaneció ensimismado en sus propios pensamientos durante un tiempo indeterminado, absorto en sus fantasías y con la mirada hipnotizada en el discurrir de los

copos de nieve, cuya parsimoniosa caída parecía ralentizar el tiempo.

Una furgoneta negra estacionó junto a la puerta del hotel, sacándolo de sus ensoñaciones y devolviéndolo a un Kiev lleno de transeúntes que exhalaban sus almas en el vaho, caminantes acercándose a su muerte con cada paso.

Cuando Nikolái vio al conductor de la furgoneta, el corazón le dio un vuelco. Lo reconoció en el acto. Era Serguéi Aksionov, uno de los amigos de su hermano Iván.

Serguéi se bajó de la camioneta, miró a derecha e izquierda asegurándose de que nadie lo estaba observando y abrió el portón lateral. Del interior salieron Iván y una chica. La muchacha era muy joven y también muy guapa, según pudo apreciar Nikolái a pesar de la distancia que los separaba. La chica llevaba un grueso abrigo de pieles que no le cubría más allá de la mitad del muslo, las piernas al descubierto con solo unas finas medias. Calzaba unos altísimos zapatos de tacón.

La chica se quejó del frío abrazándose a sí misma. Iván la

agarró de un brazo y la condujo hasta el interior del hotel. Serguéi los siguió sin dejar de mirar a un lado y otro como un perro que olisquease desconfiado a su alrededor.

Nikolái se preguntó qué irían a hacer Iván y su amigo con aquella chica en el hotel. ¿Acostarse con ella? ¿En un hotel de lujo? Las actividades de su hermano eran de lo más extraño.

Fuera lo que fuese, lo importante era la constatación de que Iván estaba siguiendo lo que había escrito en su agenda. Era martes y a las nueve allí se había

presentado, en el hotel Intercontinental. La siguiente fecha marcada en la agenda era la del próximo sábado. El lugar: Pripyat.

Nikolái pagó el té, salió de la cafetería y caminó hasta la boca del metro. El gélido viento nocturno azuzó su determinación. El próximo sábado él también viajaría a Pripyat, le gustase a Iván o no.

11. EDUARD SOKOLOV

Kiev, 1986. Horas después del accidente

Supongo que cuando escuchéis esta grabación, si es que alguna vez la escucháis, habrán sucedido nuevas catástrofes.

Espero que sigáis vivos, hijos míos, espero que tengáis una vida larga y próspera.

Los acontecimientos han dado un giro terrible, mucho peor de lo que yo jamás hubiese podido imaginar.

Mi vida acaba de desmoronarse y el mundo entero podría estar llegando a su fin.

Todavía es sábado 26 de abril, todavía no han evacuado la ciudad. Me siento cada vez peor, casi he perdido la visión del ojo derecho, pero debo olvidarme del dolor y dejar constancia de esto para vosotros, quién sabe si para las generaciones futuras; no sé si sobreviviré. Conozco bien los efectos de la radiación; ya deben de

haber muerto bastantes trabajadores de la central y otros muchos irán cayendo en los próximos meses.

Dios mío. Han pasado demasiadas cosas en estas últimas seis horas infernales.

El supervisor Treguv me envió a casa unas tres horas antes de que acabase mi turno. Quería que descansara, que durmiese algo para estar fresco de vuelta en el turno de noche en el que se iba a llevar a cabo el experimento con el reactor cuatro. Poco podía imaginar que regresar a casa tres horas antes de

tiempo sería la peor decisión de mi vida.

No voy a extenderme en detalles. Mi cabeza está a punto de explotar. Simplemente diré que cuando llegué a nuestra casa de Pripyat sorprendí a vuestra madre con otro hombre en la cama.

Sí, lo habéis oído bien. Vuestra madre con otro hombre en la cama. Dios la perdone porque yo no podré perdonarla jamás.

Vuestra madre con otro hombre, pero no era un hombre cualquiera, era Anatoli Kulyk, el jefe de ingeniería de la central de Chernóbil. Mi jefe.

Dicen que cuando estás a punto de morir toda tu vida pasa por tu cabeza. En esos segundos en los que mi vida dejó de tener sentido, una serie de imágenes pasaron ante mí a cámara rápida: los gestos de mi esposa, vuestra madre, cada vez más distante. Su mirada perdida, su distanciamiento, su negativa a tener relaciones conmigo. En un instante, entre sudores de muerte, vi a vuestra madre con su vestido de noche, tan guapa, tan elegante, charlando con el jefe Kulyk en alguna de las cenas de empleados con las que el director de la central solía obsequiarnos en Navidad o a

principios de verano, con motivo del inicio de las vacaciones. Vuestra madre es una de las mujeres más bellas que he conocido jamás y siempre me he sentido tremendamente afortunado de que ella se fijase en mí, que se enamorase de mí. Ella solía destacar por su belleza entre las demás esposas de los empleados de la central. No era de extrañar que otros hombres, incluido el jefe Kulyk, se fijasen en ella.

Lo que yo nunca hubiese podido imaginar era que ella tuviese ojos para otro hombre que no fuese yo. Y mucho menos que se

enamorase de un hombre tan vil como Kulyk.

Pero allí estaban, en nuestra propia cama. Desnudos. Fornicando.

No sé muy bien lo que hice después. Creo que deambulé por las calles durante horas, aturdido como un sonámbulo, hasta que cayó la noche y regresé a la central, tal como me había ordenado mi supervisor. Pensé en presentarme en la sala de control, pero entonces caí en la cuenta de que el hijo de puta de Kulyk estaría presente, volvería a encontrarme con el hombre que acababa de tener

relaciones sexuales con mi mujer. Él estaría en aquella sala tomando el mando de las operaciones en el reactor número cuatro.

Me interné por los corredores inferiores de la central con el corazón latiendo a mil por hora. Pensaba en vosotros, en vuestra madre. Pensaba en cómo iba a afrontar mi vida a partir de entonces. Estaba desesperado. La vida ya no tenía sentido para mí. La idea de quitármela pasó por mi cabeza.

Necesitaba hablar con alguien y pensé en mi padre, vuestro abuelo. Él siempre ha sabido escucharme.

Vuestro abuelo es un gran hombre, uno de los pocos hombres íntegros de verdad que quedan en este asqueroso mundo.

Busqué un teléfono. Me encontraba junto a las turbinas de agua, una zona de la central que yo no había pisado nunca, y le pregunté a un operador.

—Ingeniero, por ese pasillo, al fondo, tenemos una sala que usamos para comer y descansar, ahí encontrará un teléfono —me indicó el operador.

Encontré la sala sin dificultades. En la pequeña estancia, bañada de una luz rojiza

como si estuviera dentro de un submarino, había dos jóvenes cenando. No los había visto antes. Se pusieron en pie cuando me vieron llegar.

—Ingeniero Sokolov —dijo uno con los ojos abiertos como platos—: Andrusiv y Belovov, a su servicio.

Al ver mi rostro desencajado, debieron de creer que estaba pasando algo grave en la central.

—No pasa nada —dije con voz ronca—. Solo necesito un teléfono.

Los jóvenes volvieron a sentarse sin mirarme a los ojos. Sus platos de sopa, rojos como la sangre

bajo aquella extraña luz, no
humeaban.

¿Dónde demonios habrían
calentado aquellos platos de
borsch?, se me ocurrió pensar
desquiciado, ¿o se estaban tomando
la sopa helada?

Miré el reloj: era la una y
cuarto de la mañana.

Marqué el número de vuestro
abuelo en Kiev. Contestó tras seis
timbrazos.

—Papá, soy yo —saludé en
castellano.

—Hijo, menudas horas de
llamar.

—Perdona, papá, no sabía con quién hablar.

Los jóvenes, visiblemente más relajados que antes, no debían, lógicamente, de entender una palabra de español y seguían comiendo despacio.

Le relaté a mi padre como pude lo que había sucedido; la infidelidad de Asenka. Le dije que no podía más, que mi vida no tenía sentido.

—Es duro perder un amor —dijo vuestro abuelo con voz templada—. Pero tienes dos hijos maravillosos y tienes que seguir adelante por ellos. Yo siempre he luchado por ti, Eduard, y creo que

nunca te he decepcionado. Así que no decepciones tú a tus hijos.

Las palabras de mi padre me reconfortaron en parte. Justo en ese momento se escuchó un golpe en la distancia. Sentí que una ráfaga helada se extendía dentro de mis pulmones.

Después se produjo una fuerte explosión que venía desde la sala de turbinas. La línea telefónica se cortó. Un cuchillo helado se quebró en mil pedazos dentro de mis entrañas.

Los dos operarios salieron despavoridos. Seguí sus pasos entre una cacofonía de alarmas, dando

cada paso como si caminase por el fondo de un pantano cenagoso. Cuando llegué a la sala de turbinas, casi arrastrando los pies, comprobé que parte del techo se había derrumbado sobre una de las turbinas y sobre el suelo. Observé los pies de un operador bajo los escombros.

¿Era ese el operador que me había indicado dónde encontrar el teléfono?

Noté entonces un regusto metálico en los labios, en los dientes, como si me hubiera pasado la tarde lamiendo un pedazo de hierro oxidado.

Sobre una tarima observé que colgaban máscaras antigás. Debían de estar ahí para el uso de los ingenieros químicos. Si ahora me aferro a un hilo de esperanza de poder sobrevivir es gracias a esas máscaras. Estaban demasiado altas y no las alcanzaba, por lo que tuve que subirme a un banco adyacente para poder asir una y ponérmela. Comencé a escuchar mi propia respiración, profunda y acelerada, y sospeché que aquello era un sueño, una pesadilla.

Evidentemente, no lo era.

Dos ingenieros corrían escaleras arriba. De la sala contigua

llegaban destellos verdosos, pero una luz roja muy intensa inundaba toda la sala de turbinas. Caminé sobre los escombros que habían caído del techo y pude observar, a través del cristal de mi máscara, el cielo de Chernóbil sobre mi cabeza. La oscuridad absorbente de las alturas parecía reflejar una especie de aura. Me encaramé sobre un bloque de hormigón para ampliar mi campo visual y observé algo que nunca nadie debía de haber visto antes: una columna multicolor, brillante e incandescente, que se elevaba hacia las profundidades del firmamento como un arco iris

rectilíneo que nacía de algún punto de la central.

El núcleo —pensé— se ha recalentado y ha terminado por reventar.

Mientras mi mundo se derrumbaba, se acababa de producir un terrible accidente nuclear.

12. ALEXANDRA IVANOVA

Alexandra Ivanova no había completado aún su transformación.

Había pasado la noche en un apartamento en el mismo centro de Kiev con otras cuatro chicas.

El apartamento, a pesar de no tener casi muebles, debía de ser caro. Desde la ventana se observaban hermosas vistas de la

ciudad. Podía ver sobre la plaza de la Independencia la estatua de Bereginia, la diosa eslava representante de la maternidad, la protectora del hogar (un hogar que Alexandra había perdido), la diosa ante cuyos ojos los habitantes de Kiev se cruzaban por las calles, se transformaban. Alexandra solía pasar por aquella misma calle, a sus pies, cada día para ir a la escuela; cada día pasaba entre la estatua de Bereginia y la de aquel guerrero con alas de ángel. Ninguno de aquellos pedazos de piedra la protegía de nada. Aquellas estatuas tal vez tenían algo divino, algo

genuinamente «de Dios», porque observaban todo y no hacían nada al respecto.

Es curioso las vidas tan diferentes que vivimos unos y otros, aunque caminemos por los mismos lugares. ¿Quién sabe la de dramas y misterios que envuelven las vidas de los desconocidos con los que te cruzas cada día? Si aquellas estatuas pudieran hablar..., pero ni para hablar servían.

Un día eres una estudiante brillante, al siguiente eres una puta. Trágate esa, Bereginia.

Un centelleo hirió las retinas de Alexandra. Era un destello del

sol en el cristal de la ventana, justo en el lugar donde se reflejaba su mechón azul.

Las otras chicas, completamente drogadas, yacían como si estuvieran muertas sobre los colchones que se repartían en aquellas habitaciones. Solo ella pudo ver el sol esconderse, solo ella presenció como la noche caía sobre los terrados de Kiev y arropaba a Bereginia con su manto de oscuridad.

La transformación, sin embargo, no había llegado. Alexandra, a pesar de su inocencia, sabía que su virginidad la hubiera

hecho más especial, más cara en el momento de su transformación; la hubieran reservado para algún depravado ricachón, alguien dispuesto a pagar una gran cantidad con tal de acostarse con una virgen.

Qué asco. ¿Cómo podía haber llegado a este punto? ¿Por qué la abandonaba todo el mundo? ¿Estaba su tía cuidando de su hermano Misha, tal y como le había prometido? Ni siquiera necesitaba saber dónde; le bastaba con saber que su hermano estaba bien, aunque fuera en la otra punta del mundo.

Con la mirada clavada en la oscuridad de la noche sobre Kiev, pensó en huir de aquel apartamento, pero solo fue capaz de mirar la luna, que brillaba majestuosa en mitad del firmamento, y posar la palma de su mano abierta sobre su corazón.

13. NIKOLÁI

Era una mañana muy fría y luminosa. El disco solar irradiaba con tal fuerza que conseguía superar la opacidad de las hojas de los árboles, que resplandecían como si fuesen translúcidas. Eso explicaría el alboroto de los pájaros, volando de un árbol a otro, de una fila de árboles a la siguiente.

Nikolái se había levantado muy temprano y había salido de casa antes de que su hermano se despertase. Cogió un autobús que lo dejó en la gigantesca plaza de la Independencia. Según las indicaciones que había copiado de la agenda de su hermano, aquel era el lugar de encuentro donde una furgoneta recogería a Iván; el inicio del trayecto hacia Pripyat, que supuestamente realizaría una hora después.

Nikolái se resguardó en un portal para no ser visto y esperó pacientemente, frotándose las manos enguantadas y dando

patadas para calentarse. Con solo alzar la mirada podía ver la estatua de Bereginia, la diosa eslava representante de la maternidad y protectora del hogar. Nikolái pensó que los hombres levantaban estatuas con la misma facilidad con la que inventaban nuevos dioses a su gusto. Si creer era un acto de fe, ¿por qué los creyentes necesitaban ver cada día a su Dios para mantener la fe?

Para matar el tiempo, Nikolái empezó a fantasear con la idea de Dios y de que los hombres hubiesen sido creados en realidad por seres llegados de otros mundos, seres

superiores en intelecto, pero no dioses ni omnipotentes, sino simplemente entes que gozasen de una inteligencia tan superior e inaccesible a la nuestra como los hombres son superiores a los insectos. Podría ocurrir entonces que esos seres, que para nuestro entendimiento alcanzarían la categoría de dioses, hubiesen sido creados a su vez por otros seres más avanzados que ellos, habitantes de una realidad más elevada, y que estos no fuesen sino la creación de entidades superiores, y así sucesivamente. La inteligencia de los hombres, limitadísima, sería

incapaz de concebir las realidades paralelas e inalcanzables fuera de su reducido mundo, ni siquiera de imaginarlas, de igual modo que en el cerebro de una hormiga no cabe la idea del jardín en el que se encuentra su hormiguero, y mucho menos el concepto de ciudad, y mucho menos el de país o continente, y mucho menos el de planeta o sistema solar, y mucho menos el de galaxias y cúmulos de galaxias. Quizás el universo entero que los hombres se vanagloriaban de conocer no era más que un reducido pedazo de realidad donde se encontraba el hormiguero

llamado Tierra en el que vivimos. La idea era vertiginosa y Nikolái pensó que bien valía un relato de ficción.

Cerca de las nueve, la aparición de una furgoneta negra conducida por Serguéi Aksionov le sacó de sus cavilaciones, devolviéndolo de sopetón a la realidad de las gélidas calles de Kiev y a sus problemas, tal vez insignificantes desde una escala cósmica, pero que para él lo eran todo.

La furgoneta estacionó al otro lado de la calle. Minutos después, Nikolái vio llegar el autobús de la línea 10. Las puertas se abrieron y

se bajó su hermano Iván, quien, con las manos en los bolsillos del grueso chaquetón y la cara escondida entre las solapas para protegerse del frío, caminó con pasos rápidos en dirección al vehículo estacionado al otro lado de la calle.

Cuando Iván se encontraba a pocos metros, Nikolái salió del portal y se plantó frente a él.

—¡Nikolái! Joder, qué susto me has dado —exclamó Iván abriendo los ojos de par en par, tan sorprendido como si acabase de ver un fantasma—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito que me lleves contigo a Pripyat —respondió Nikolái.

—Oye, ¿tú cómo sabes adónde voy? ¿Has estado espiando en mis cosas?

El rostro de Iván se endureció. Sus ojos eran como dos cristales fríos y sin alma. Nikolái sintió una punzada en el estómago. Hacía tiempo que la mirada de su hermano era la de un extraño capaz de atemorizarlo.

—Iván, tengo que ir a Pripyat y tú vas a llevarme —dijo Nikolái firme.

—Ni hablar. ¿Te has vuelto loco? Tú no tienes ni idea de lo que voy a hacer allí...

—Vas a llevar prostitutas.

Iván lo miró encendido por la irritación.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya no soy un niño, Iván. Sé muy bien lo que haces. No tienes que ocultarme nada, solo te pido que me lleves contigo.

—¿Para qué quieres tú ir a Pripyat?

—Tengo que recuperar algo de nuestra antigua casa.

—Ni hablar. No voy a llevarte a ningún sitio. Lárgate ahora mismo

si no quieres que te dé una paliza.

Iván empezó a caminar hacia la furgoneta. Cuando pasaba a su lado, Nikolái lo detuvo con una sola frase:

—Yo tengo el guante.

Iván se volvió para mirarlo. Nikolái se plantó con firmeza.

—Si no me llevas contigo a Pripyat, te denunciaré a la policía.

Iván lo calibró con la mirada. Nikolái se había autoconvencido para cumplir su amenaza. Se había convencido a sí mismo de que entregar a Iván a la policía era lo mejor que podía hacer por su bien. Puede que así le diesen un buen

susto y lo apartasen de las calles y de las malas amistades que frecuentaba. Nikolái deseaba con toda su alma que su hermano no siguiese por aquel camino.

Nikolái aguantó la mirada de su hermano. Tenía que demostrarle que su determinación no tenía fisuras, que no tenía opciones: o lo llevaba con él o acabaría en la cárcel.

—Eres un cabrón listo, hermanito. —Iván desplegó una sonrisa de medio lado—. Está bien. Te vienes con nosotros. A Serguéi no le va a hacer gracia. Será mejor que tengas la boca cerrada.

Cuando Serguéi los vio llegar se bajó de la furgoneta con cara de pocos amigos. Serguéi era un joven alto y musculoso con la mirada de un loco. Al verle, el ánimo de Nikolái flaqueó; una cosa era convencer a su hermano y otra muy diferente encontrarte con un tipo como aquel, con una existencia mucho más elemental que la tuya, al que tus problemas familiares le importan tanto como tus dudas existenciales.

—¿Qué hace este aquí? — espetó Serguéi a Iván.

—Mi hermano se viene con nosotros.

—¿Tú eres gilipollas? Como se entere Borís nos mata.

—Borís no se va a enterar porque tú no vas a abrir tu boca. Será mejor que nos pongamos en marcha porque vamos mal de tiempo.

Iván abrió el portón lateral de la furgoneta e hizo un gesto a Nikolái para que se metiese dentro. Serguéi le dio un empujón cuando pasó por su lado. Serguéi tenía ojos de loco.

—Oye, deja a mi hermano en paz —le espetó Iván dando a su vez un empujón a Serguéi.

—Vete a la mierda, gilipollas —
gruñó Serguéi de mala gana.

En cierto sentido, Nikolái se dio cuenta de que Serguéi y su hermano Iván compartían la misma mirada peligrosa, fría, de reptil. Nikolái sabía que Iván nunca le haría daño, del mismo modo que sabes que un perro fiero que has criado desde que es un cachorro nunca te va a morder, por muy agresivo que el animal se muestre con los demás. Pero Serguéi era otra cosa.

Nikolái puso un pie en el escalón para subir a la furgoneta y metió la cabeza dentro. Cuando sus

ojos se acomodaron a la penumbra del interior, se llevó la sorpresa de su vida.

Dentro había tres chicas, dos sentadas contra las ventanas de la parte derecha y otra enfrente.

Una de ellas era Alexandra Ivanova, la chica del mechón azul.

Las dilatadas pupilas de Alexandra se clavaron en Nikolái. Alexandra palideció como si hubiese visto un fantasma.

Ninguno de los dos dijo nada.

Serguéi empujó a Nikolái, que dio un traspié y acabó de bruces en el suelo de la furgoneta. Serguéi subió tras él y, antes de que Nikolái

pudiese reaccionar, la furgoneta ya estaba en marcha. Serguéi cerró tras de sí con un fuerte portazo y se sentó junto a las dos chicas.

—¡Siéntate, gilipollas! —dijo empujando con la bota a un tambaleante Nikolái, que cayó en el asiento lateral junto a Alexandra.

Nikolái vio como la expresión del rostro de Alexandra mutaba de la sorpresa a la vergüenza.

La vergüenza dio paso a la rabia. Los ojos de Alexandra brillaron con un destello de odio.

Nikolái hubiese querido decirle que él no era como Serguéi Aksionov ni como su hermano. Él

no tenía nada que ver con aquello. Estaba claro que Alexandra acababa de tomarlo por uno más de la banda, un proxeneta que se aprovechaba de las chicas para obtener beneficio. La frialdad se apoderó de las facciones de la joven.

Nikolái se sintió de pronto como un animal enjaulado en una trampa mortal. Hubiese querido bajarse en aquel mismo momento, pero la furgoneta discurría ya a toda velocidad por las afueras de Kiev en una carretera que atravesaba la estepa de Ucrania.

Nikolái observó con desesperación como las amplias

avenidas y sus grandes edificios se convertían de repente en hileras de árboles y se sintió como si hubiese sido escupido al vacío. El cielo estaba completamente despejado y fresco y la luz del sol seguía irradiando con la suficiente intensidad para atravesar aquellas ventanas ahumadas.

El trayecto hasta Pripyat duró dos horas a través de una carretera gris flanqueada por campos que, en las áreas más despobladas y a través de los árboles, se extendían hacia el infinito a este y oeste. El cielo, sobre sus cabezas, amenazaba con sus tonos grises descargar una

tormenta que hiciera sangrar a la tierra, pero no dejó caer ni una gota.

Las dos horas que duró el trayecto fueron tan largas y tortuosas como las de un reo que espera sentencia. Nikolái casi podía escuchar los latidos de su corazón, bombeando borbotones de sangre que se estrellaban contra sus sienes. Alexandra, sentada a su lado, se había cruzado de brazos y tenía el cuerpo girado hacia el otro lado, dándole la espalda. Alexandra era como el cielo, amenazante pero silenciosa.

Los árboles seguían corriendo en dirección contraria.

Las dos chicas que tenía enfrente miraban a Nikolái con curiosidad, risueñas como si se tratara de un bebé, entornando los ojos y sonriendo a medias. Ambas eran muy guapas y jóvenes, rubias y pálidas, con un rostro como de porcelana. Las dos vestían de idéntico modo: minifalda, medias oscuras, tacones altos y unos gruesos anoraks rojos para protegerse del frío. Serguéi Aksionov, sentado con las piernas muy abiertas entre las dos chicas, lo observaba con aquellos ojos de loco y una mueca en los labios. Tenía el brazo izquierdo por encima de los

hombros de una de ellas y la mano derecha sobre las piernas de la otra, a la que sobaba el muslo.

La mirada de Nikolái recayó un segundo en los prominentes pechos de la chica, mirada que no se le escapó a Serguéi.

—¿Te gustaría tirarte a uno de estos chochitos?

Nikolái se limitó a mirar al suelo.

—Solo tendrías que pagarme cien grivnas y una de ellas es tuya. La que te guste más.

Nikolái apretó los dientes. La sangre le batía en los oídos.

—Solo cien grivnas, piénsalo. Estos chochitos valen mucho más que eso. ¿Sabes cuánto nos va a pagar el tipo al que se las llevamos? Es un general del ejército venido a menos. Nos dará mil grivnas. El cabrón se piensa acostar con las tres a la vez. —Serguéi soltó una carcajada grotesca—. Por lo visto le va montárselo en grupo. Es un puto perverso. ¿Y quién no lo es? Seguro que si tú pudieras también te las follarías, ¿eh, Nikolái?

—Vete a la mierda.

—Oye, tú, gilipollas: no te creas que tu hermano te va a salvar el culo siempre. Ya te ajustaré yo a ti

las cuentas cuando volvamos a Kiev.

Nicolái no se atrevió a mirar a Alexandra, que permanecía encorvada dándole la espalda.

Pasaron unos interminables minutos hasta que por fin la furgoneta se detuvo en el control de la denominada «zona de alienación». Iván se bajó de ella.

Enfrente tenían una barrera vehicular bajada. A través de la ventanilla, Nicolái vio que su hermano hablaba con unos soldados que custodiaban el control de carretera. Los soldados intercambiaban miradas entre Iván

y la furgoneta. Uno de los soldados desplegó una sonrisa.

Se alzó la barrera dejándoles vía libre. Iván regresó y puso de nuevo en marcha el vehículo.

Durante otros diez minutos recorrieron un trecho por una carretera que parecía adentrarse en el bosque, hasta encontrarse con otro puesto de control militar. Frente a ellos había un pequeño edificio de dos plantas, tal vez una oficina, una sala de detención que enarbolaba una bandera de Ucrania.

La puerta lateral de la furgoneta se abrió de par en par.

—Vamos, fuera —ordenó Iván.

Las dos chicas y Alexandra Ivanova se bajaron y fueron hasta el edificio militar escoltadas por Iván y Serguéi. Nikolái sintió que una mano invisible le apretaba el corazón mientras veía como Alexandra se alejaba y desaparecía en el interior del edificio.

Al cabo de unos segundos, su hermano regresó solo a la camioneta.

—¿Conocías a Alexandra? —
inquirió Iván.

Era inútil mentirle. Iván sabía reconocer la mentira tan bien como él mismo. Nikolái asintió con la mirada perdida. Se sentía

entumecido, como si su cuerpo estuviese desconectado de su mente.

—Vamos, Nikolái, no te preocupes por ella. Es solo una puta. Hace esto porque quiere. Nadie la obliga. Y, además, va a sacarse un buen dinero por desnudarse delante de un perverso al que seguramente ni se le ponga tiesa. —Nikolái no dijo nada. Se sentía como un cobarde despreciable—. Bueno, ya estamos en Pripyat. Tenemos un par de horas para ir a donde quieras. ¿Es eso lo que querías, no? Ahora que estás aquí no desperdicies la

oportunidad. Venga, ¿adónde quieres ir?

Nikolái hizo un esfuerzo por quitarse a Alexandra de la mente. Después de todo, había conseguido entrar en Pripyat. Le vino a la mente la imagen de su padre pegando a su madre. Intentó acompasar la respiración y tranquilizarse. Iván tenía razón en lo que decía y en lo que no: no podía hacer absolutamente nada para sacar a Alexandra de la situación en la que, supuestamente, ella misma se había metido. Y, lo que era más importante: no podía

dejar pasar la oportunidad ahora que estaba allí.

—Está bien —dijo al fin—.

Vamos.

Nikolái subió a la cabina del conductor y ocupó el asiento del copiloto junto a su hermano. Desplegó un mapa de Pripyat sobre el salpicadero.

—Tenemos que ir aquí. — Señaló un punto en el mapa—. ¿Lo reconoces?

Iván le echó un vistazo de reojo. Negó con la cabeza.

—Es nuestra antigua casa en Pripyat —desveló Nikolái.

—¿Nuestra antigua casa? ¿Por qué quieres ir ahí?

—Cuando lleguemos lo sabrás.

Media hora después, Nikolái avistó aquellas enormes letras blancas que habían quedado relegadas a un oscuro rincón de su subconsciente. Debajo del nombre de la ciudad, en su soporte, se leía «1970», el año de su fundación: una ciudad exclusiva para los trabajadores de Chernóbil, «la ciudad del futuro», «la ciudad de la prosperidad», «la ciudad sin delincuencia», como la describían los libros.

«La ciudad muerta», se dijo Nikolái.

Siguiendo la ruta marcada en el mapa, Iván condujo hacia el este por la calle Sportyvnyaya hasta que se toparon efectivamente con la calle Leslya Ukrainka, que delimitaba el lado este de Pripyat. El asfalto de las calles estaba levantado y había sido tomado por la maleza. La furgoneta saltaba y traqueteaba constantemente en los baches.

Era extraño moverse por una ciudad fantasma. El silencio era sepulcral. Los edificios tenían los cristales de las ventanas rotos y

todo parecía cubierto por una especie de polvo amarillento. La luz casi fluorescente hacía que todo pareciera brillar con un halo fantasmagórico.

¿Qué había pasado con el tiempo? Nikolái tuvo la impresión de que, como un reloj detenido, el tiempo había dejado de correr en aquella ciudad, igual que la muerte hace que el tiempo se detenga para las personas, congelando sus vidas en un instante determinado. Tal vez desde el punto de vista de Pripyat, si es que la ciudad podía tener un punto de vista por sí sola, Nikolái y su hermano eran un anacronismo

futurista, dos viajeros del futuro que insuflaban una brizna de vida a través de sus calles, como dos gotas de sangre deslizándose solitarias por las venas de un cadáver.

Giraron a la derecha, circulando a partir de entonces en constante dirección noreste, bordeando la ciudad por calles llenas de maleza, sumidas en un hierático silencio. Continuamente tenían que sortear coches abandonados convertidos ya en carcasas devoradas por el óxido. Transitaron a los pies de altos edificios de hormigón cuyas ventanas oscuras sin cristales

parecían observarles con la mirada de un cadáver.

Cuando divisaron las lindes del bosque, Nikolái indicó a su hermano que girase hacia el norte. En apenas un minuto acabaron junto a la entrada de un edificio.

Nikolái consultó el mapa. Habían llegado.

Se bajaron de la furgoneta. La calle Leslya Ukrainka se perdía en la distancia polvorienta, flanqueada a la derecha por el bosque tupido de árboles que alzaban sus ramas como brazos suplicantes tratando de apoderarse de la ciudad, y a la izquierda por los edificios grises

como cadáveres, entre cuyos espacios se hacían eco sus pasos. El cielo estaba completamente blanco, como si el polvo blancuzco de la ciudad se hubiera contagiado a las alturas, en un gran contraste con la luminosidad que habían dejado hacía unas horas en Kiev.

Frente al edificio donde habían vivido de niños se encontraba el parque infantil al que su madre solía llevarlos a jugar. El parque le pareció a Nikolái ridículamente pequeño en comparación con el espacio enorme que fluía en sus recuerdos infantiles. La noria

parecía una maqueta de la que recordaba.

—¿Te acuerdas cuando jugábamos aquí? —preguntó a Iván.

—Haz lo que hayas venido a hacer y larguémonos —respondió su hermano de mala gana.

El portal estaba abierto, con la puerta descolgada, lo cual suponía una primera (y predecible) victoria para Nikolái.

Subieron las escaleras. Había grietas cada tres o cuatro escalones, así como en las paredes. No quedaba un cristal sin romper, la pintura de las paredes estaba desconchada como el barro seco...

Cada peldaño que subían estaba cubierto de un dedo de polvo, de piedrecitas y de objetos inidentificables.

Cuando llegaron al cuarto piso descubrieron que, efectivamente, la puerta de entrada estaba abierta de par en par y solo quedaba un agujero donde antiguamente estuviera la cerradura.

—Alguien ha estado saqueando este sitio —dedujo Iván—. ¿Te crees que vas a encontrar algo aquí todavía?

Nikolái, ignorando los comentarios de su hermano, se internó en el piso buscando su

dormitorio. Tal y como sospechaba, los bloques de juguete con los que jugaba de niño habían desaparecido; en su lugar había unos cubos de madera diminutos, polvorientos, con letras de colores que contrastaban con los grandes bloques que él recordaba. Le sopló el polvo a uno de ellos y encontró sus iniciales, N. S., escritas con rotulador. Sostuvo el cubo en sus manos y quiso recuperar algún nuevo recuerdo, aunque fuera falso, de los días felices y descuidados de su infancia, pero solo supo imaginar que la radiación que acumulaba el cubo tras una década de brisa

radiactiva penetraba en sus dedos, en sus venas.

Dejó el cubo caer en un abismo de tristeza que le embargó el alma. Una pequeña explosión de polvo se irguió desde el suelo.

—Siempre nos lo advierten — dijo Iván desde el umbral de la puerta del dormitorio—: no debemos llevarnos nada de aquí, todo está contaminado, así que deja de estar toqueteando porquerías.

Nikolái pasó de su dormitorio al cuarto de baño. No era un piso lo que se dice lujoso, pero contrastaba con su casa en Kiev. Sabiendo ver más allá de los escombros y las

manchas, era obvio que aquel piso había sido moderno, bien decorado, con una magnífica iluminación en una de las ciudades más deseadas de la Unión Soviética. Nikolái quiso sentir las huellas de la felicidad perdida de su familia, los Sokolov, en aquellos suelos, en aquellas paredes, pero el polvo lo había sepultado todo, hasta los recuerdos.

Agarró una silla desvencijada y la colocó en el baño, junto al lavabo. Se subió en ella y alzó los brazos para empujar una de las placas de escayola. Una nube de polvo se desprendió del techo. Metió la mano en la rendija, tanteando a

ciegas hasta que encontró lo que buscaba. Sintió una punzada de alegría. Había una cinta de casete y también un sobre.

Nikolái se bajó de la silla. Iván lo miraba con curiosidad, aguardando explicaciones. El sobre estaba cerrado y, por el grosor y el tacto, debía de contener un puñado de cuartillas. En el frontal solo había escritas cuatro palabras: «Para Eduard, de Asenka».

¿Un sobre con unos papeles de su madre para su padre? Su abuelo no le había hablado de aquello. Además, el sobre estaba cerrado. ¿Desconocía su padre la existencia

de aquella carta? ¿O no había querido abrirla?

Nikolái intercambió una mirada con su hermano, que esperaba sus explicaciones.

—Esto es una grabación de nuestro padre. —Le mostró la cinta—. El abuelo dice que hace diez años pasó algo que lo volvió loco. Antes no era un monstruo.

—¿El abuelo te ha dicho eso? ¿Y tú te lo crees? El abuelo ha perdido la cabeza, no puedes hacer caso de las alucinaciones de un chiflado. El viejo se piensa que está en España metido en una guerra. ¡Por Dios, no me digas que has

venido aquí solo porque has hablado con el abuelo!

—Bueno, esta cinta de casete no es ninguna alucinación, así que a lo mejor no está tan loco como crees. Esto prueba que dice la verdad.

Iván, a pesar de la obviedad, no se conformaba.

—¿Y esa cinta te va a explicar por qué nuestro padre es un monstruo?

—Puede —respondió Nikolái frunciendo el ceño—. Tenemos que escucharla. He traído mi *walkman*.

Iván lo miró como si se hubiese vuelto loco. Nikolái buscó a su

alrededor. La casa apestaba a podredumbre y humedad y el polvo flotaba en el ambiente. Aquel polvo radiactivo se metía en los pulmones.

—Vamos a otro sitio —dijo Nikolái—. Ven conmigo.

Nikolái salió al rellano, pero en lugar de bajar se dispuso a seguir escaleras arriba.

—¿Adónde vas?

—A la azotea.

Su hermano lo siguió a regañadientes. Conforme ascendían, aumentaban los crujidos, los sonidos extraños, como si el mismo edificio, quejumbroso y

ya cómplice del polvo, se sintiera ultrajado por la presencia de los hermanos. Llegaron al último piso y de ahí subieron a la azotea.

Aquel era uno de los edificios más altos de la ciudad. Nikolái había contado dieciocho pisos hasta la azotea. El sol se acababa de esconder detrás de una manta de nubes grisáceas que no amenazaban con descargar, pero difuminaban la luz que se reflejaba en el denso follaje que estaba engullendo las ruinas de Pripyat.

Desde aquel lugar privilegiado, bajo aquel cielo inopinadamente gris, se quedaron mirando los

edificios blancuzcos y grisáceos. Era como si hubiera llovido sobre todos ellos una cortina de ceniza que los asemejaba a las caras de los mimos de los parques: solitarios, mustios, vacíos en su tristeza.

Al edificio que tenían enfrente se le había derrumbado parte del tejado y desde aquella altura podían adivinar sus entrañas mismas.

Al suroeste, en la distancia, se alzaba la chimenea de la central nuclear de Chernóbil, testigo y responsable de la hermosa desolación que arrasaba toda la ciudad.

Nikolái se sentó sobre el murillo del terrado con los pies oscilando como un péndulo sobre el vacío. Era una vista que quitaba el aliento. El cielo parecía más inmenso que el de Kiev y el horizonte, que no tenía fin en ninguna dirección, se dibujaba sobre un mar arbóreo, recortado solo por la central nuclear: el origen de aquella especie de homenaje a la muerte. Los grandes bloques de edificios dispuestos en zigzag, componiendo calles y plazas, con sus ventanas negras como ojos sin vida, parecían formar un todo corpóreo, un animal gigante y

dormido. Pripyat, sacudido por una ventisca sincopada, parecía estar respirando lentamente, sufriendo en su inmovilismo, aunque para que haya sufrimiento debe haber vida.

—Es impresionante; desde aquí se puede respirar la muerte —dijo Nikolái.

Iván se dejó caer a su lado, sobre el murete. Sentados uno al lado del otro, con los pies colgando en el vacío, a la mente de Nikolái acudió la imagen de los dos jóvenes soldados que se habían sumergido en las aguas radiactivas para evitar la devastadora segunda explosión.

Quiso imaginar lo que habrían sentido en aquel momento, sentados al borde de la piscina, cogidos de la mano, con las aguas mortales bajo sus pies. Arrojarse al agua era lo mismo que saltar desde aquella azotea al vacío: abalanzarse a una muerte segura.

—Si supieras que cien personas van a morir y que solo puedes evitarlo saltando ahora mismo —propuso Nikolái—, ¿lo harías?

—¿Matarme yo para salvar a otros? ¡Ni hablar! Cada cual que se cubra sus espaldas.

—¿Aunque pudieses salvar a cien a cambio de tu vida?

—Ni a cien, ni a mil ni a cien mil. No es cuestión de cuántos, sino de si esas personas significan algo para mí. Cien o mil personas solo es un número que no me dice nada. En cambio —apuntó con firmeza tras una pausa—, a lo mejor sí podría dar mi vida por una sola persona a la que quisiera.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

Una sola persona —pensó Nikolái—. No se atrevió a preguntar a su hermano quién era esa persona por la que estaría dispuesto a morir, si es que existía.

¿Por quién moriría Nikolái si llegara el momento? ¿Por su madre, por su hermano? ¿Tenía sentido cambiar tu vida por la de otra persona? Nikolái miró al cielo cubierto de nubes y se preguntó si no llegaría incluso a llover, y si la lluvia que atravesara aquella atmósfera radiactiva no sería insalubre. Incomprensiblemente, se preguntó si la lluvia desteñiría el mechón azul de Alexandra.

—Iván, ¿alguna vez piensas en la muerte? Yo últimamente no dejo de pensar en eso.

—¿La muerte? No, ¿por qué iba a pensar en la muerte?

—¿Tú no tienes miedo a morir?

—Claro que no. Está claro que al final, pase lo que pase, nos vamos a convertir en polvo, que es lo que éramos antes. Me alegro de estar vivo mientras pueda. Morir no es más que volver al estado en el que estábamos antes de nacer.

—Antes de nacer no estás muerto —replicó Nikolái—: no existías.

—¿Cuál es la diferencia? Ninguna. ¿Qué importancia tenía Nikolái Sokolov en 1960? ¿Piensas en 1960 y sientes miedo? Te diré algo: el año 2100 debería provocarte las mismas sensaciones que el

1900; no es que estés muerto, simplemente no estás. No veo ningún motivo para tener miedo de eso. Mira —dijo Iván mientras le asía la mano con fuerza—: esta mano tuya ha existido desde el principio de los tiempos y aquí va a seguir; lo único es que antes todos sus componentes, átomos, células, lo que sea... estaban esparcidos por el mundo, pero todas esas migajas estaban destinadas a reunirse y formar tu mano. Cuando mueras, volverán a repartirse como polvo otra vez. Solo somos una casualidad para todos estos componentes que nos dan forma.

Nikolái miró a su hermano. Casi olvidaba lo listo que era Iván. Seguramente era la persona más inteligente que conocía. Quería mucho a su hermano. Lo echaba de menos. Echaba de menos hablar con él, compartir aquellas conversaciones que no podía tener con nadie más.

Nikolái, que sentía la presión de la mano de Iván sobre la suya, reprimió un escalofrío al imaginar que el polvo que cubría Pripyat se deslizaba hacia un destino en el que se volvería de nuevo denso, creando formas compactas, nuevos seres, tal vez nuevas especies. Respiró hondo

imaginando todo aquel polvo entrando en sus pulmones a la vez que su cuerpo se deshacía y era arrastrado por el viento. Con el aire frío estremeciendo su cuerpo, la idea de difuminarse y formar parte de aquella ciudad le provocó una alegría desquiciada que hizo brotar una risa nerviosa.

—Mierda, Nikolái —Iván lo miró con recelo—, últimamente estás de lo más raro. Te pasas el día ensimismado. Cuéntame de una vez de qué va todo esto si no quieres que te empuje desde esta maldita azotea y te encuentres demasiado

pronto con esa muerte que tanto temes.

Nikolái apretó el botón del reproductor de su *walkman*. La voz de su padre comenzó a fluir del pequeño altavoz.

14. EDUARD SOKOLOV

Horas después del accidente

Una vez más, reanudo esta grabación. Me llamo Eduard Sokolov, hoy es sábado 26 de abril de 1986.

Es mi obligación retomar el momento en el que dejé esta grabación, cuando me encontraba

en la central observando los primeros efectos de la fuga nuclear.

Prevenido por mis obsesiones, siempre que estoy en la central llevo conmigo pastillas de yodo, contemplando precisamente el improbable que se estaba produciendo a mi alrededor: una fuga nuclear. Me levanté la máscara de gas durante menos de un segundo, engullí dos pastillas y comencé a correr. Localicé fácilmente la posición del reactor que acababa de explotar y llegué sin dificultad hasta sus proximidades. Lo observaba desde un nivel superior, aferrado a una barandilla

doblada. El reactor había explotado y estaba incandescente, en llamas, pero la columna multicolor ya había desaparecido. Abajo pude observar como dos ingenieros con batas blancas trataban de abrir una llave giratoria que parecía haberse obstruido.

Las alarmas seguían sonando y las luces amarillentas y rojas seguían brotando de todas y de ninguna parte.

Bajé para ayudar a los ingenieros mientras sentía un suave picor en la piel. Cuando ya llegaba donde estaban, reconocí a Leonid Toptunov, el hombre que me había

relevado al mando de la consola. El pobre hombre y su acompañante tenían las caras casi negras y un gesto ausente, pero su determinación era incuestionable. Simplemente, no tenían las fuerzas suficientes para girar la llave, estaban demasiado agotados. No reconocí al otro hombre. Sin mediar palabra, giramos la rueda entre los tres; yo ni siquiera sabía qué intentaban hacer, pero un chorro de agua surgió atronador de una tubería adyacente. Solo entonces lo comprendí: estaban tratando de inundar el reactor para contener el fuego.

De no ser por aquella agua, el reactor hubiese explotado devastando media Europa.

Era muy consciente de que aquellos niveles de radiación eran letales y no vi ninguna razón para seguir exponiéndome a ellos. Hice un gesto a los dos hombres para que me siguieran, pero los dos me miraban con ojos vidriosos. Tenían la cara tiznada con manchas negruzcas, con la muerte asomándose a través de las pupilas brillantes como las de una rata asustada, pupilas que no guardaban ya ni una brizna de esperanza.

Aquellos dos muertos vivientes se miraron entre sí y salieron despavoridos en dirección contraria sin invitarme a que les siguiera. Supe que jamás volvería a verles, que aquellos hombres, más que abandonar la vida, estaban a punto de comenzar a bailar con la muerte un vals macabro cuyos primeros compases comenzaban a escuchar.

El suelo ya estaba inundado de agua que corría bajo el socavón, sobre el fuego.

Me sentí aturdido y mareado y comencé a correr sin saber muy bien adónde iba. Simplemente, debía alejarme del reactor. En pocos

minutos, ya fuera de la central, me encontré con el caos más absoluto. Gente corriendo en todas direcciones. Gritos de pánico.

Me sobrevino una arcada que me hizo vomitar violentamente dentro de la máscara. En ese momento debí de perder el conocimiento.

Esta mañana desperté en una habitación de hospital. Todavía llevo conmigo la grabadora. Vuestro abuelo, mi padre, se encuentra junto a mí mientras grabo estas palabras. No sé qué habrá sido de vuestra madre ni de vosotros. A

pesar de todo, quiero a mi mujer más que nunca.

Me siento muy mal.

¡Quisiera tener la oportunidad de contaros tantas cosas, hijos míos!, pero no puedo, al menos hoy ya no puedo más.

Aquí termina mi grabación.

Os quiero.

* * *

EDUARD SOKOLOV,

1986.

**Dos días después del
accidente**

Eduard despertó con un dolor inmenso en el ojo derecho dos días después de perder el conocimiento.

Había un gran trasiego de enfermeras, gente que corría en todas las direcciones. La habitación de hospital estaba abarrotada de camillas con enfermos con quemaduras. Eduard tenía la garganta muy seca. Necesitaba agua. Miró a su alrededor buscando a su padre, pero estaba solo.

Se preguntó si su padre no lo habría abandonado a él también.

Soltó un gemido solicitando agua. Una enfermera se acercó

hasta él y le puso un vaso en los labios.

Eduard bebió con avidez. Después quiso incorporarse, pero no tuvo fuerzas. La cabeza le ardía. Recordó el accidente, las explosiones, la columna multicolor, el momento mismo en el que se derrumbó inconsciente a las puertas de la central.

—Mi familia —murmuró Eduard—, mis hijos...

—No se preocupe, ingeniero, todos han salido ya de Pripyat.

—¿Ya han salido de Pripyat?

—Pripyat está siendo evacuada. Usted debe quedarse aquí de

momento, lo vamos a enviar a Moscú.

—¿Por qué me van a enviar a Moscú? —replicó Eduard, que no era capaz de incorporarse.

—Va a ir usted al Hospital 6 con los demás afectados por la radiación.

Eduard, por fin capaz de sentarse, vio su cara reflejada sobre el metal del respaldo de la cama. Había perdido buena parte del pelo y tenía la cara llena de manchas negruzcas.

La enfermera, sin duda impresionada ante su gesto de horror, trató de tranquilizarlo.

—Su familia está a salvo. Su padre, su esposa, sus hijos..., todos han sido evacuados. Su esposa dejó una carta para usted. Insistió en que era muy importante que la leyese cuando despertase.

La enfermera le tendió un sobre cerrado. Eduard reconoció la letra de su esposa: «Para Eduard, de Asenka».

Dejó el sobre a un lado. Quiso ponerse en pie. El dolor lo traspasó como un rayo de arriba abajo. Tenía la impresión de que una hoguera le ardía dentro.

—Ingeniero, no se preocupe, usted solo estuvo expuesto al

reactor durante unos segundos, podría usted recuperarse. Gracias a la rápida intervención del jefe Anatoli Kulyk, la explosión no tuvo peores consecuencias. ¡Kulyk es un héroe!

—¿Kulyk un héroe? Pero si él...

—Kulyk va a ser condecorado. Y puede que usted también reciba una medalla, al fin y al cabo también estuvo allí. Aunque haya sobrevivido, en algo ayudaría, ¿no es cierto?

Eduard recordó entonces la infidelidad de Asenka, su mujer, lo que le hizo conmoverse y comenzar a temblar. Se dejó caer sobre la

cama y miró al techo. El dolor del ojo derecho, con el que apenas podía ver, se agudizó como si se lo estuvieran atravesando con una aguja al rojo vivo.

Kulyk era un héroe.

Asenka amaba a Kulyk.

Kulyk era un monstruo.

Asenka amaba al monstruo.

Una sonrisa se apoderó de sus labios apretados por el dolor. Miró el sobre que yacía a su lado, la letra apretada de Asenka: «Para Eduard, de Asenka».

Lanzó el sobre lejos, como si quemase. Intentó primero contener una carcajada con golpe de tos,

luego otro, hasta que comenzó a reír con todas sus fuerzas.

La enfermera seguía a su lado y lo miraba asustada, lo que provocó en Eduard una carcajada aún más sonora.

Cuando la asustada enfermera se alejó de él, Eduard ya reía a mandíbula batiente, una risa enloquecida que siguió resonando por los pasillos del hospital durante horas.

15. NIKOLÁI

Cuando la grabación llegó a su fin quedaron rodeados de un silencio funesto. Fue como si el tiempo se detuviera en aquella ciudad en la que el tiempo ya estaba detenido, como matar a un muerto, silenciar el silencio, inundar un océano...

La mirada de Nikolái se perdió en el vacío que había bajo sus pies.

Los sentimientos contradictorios se amontonaban uno tras otro. Su padre era un héroe. Su madre era una adúltera. Tendría que sentirse orgulloso por los actos de su padre, pero la tristeza por la infidelidad de su madre pesaba demasiado en su ánimo.

Pripyat, bajo sus pies oscilantes, seguía respirando de la misma manera y el infinito se seguía adivinando en todas las direcciones de aquel horizonte.

Iván fue el primero en romper el silencio.

—¿Esto es lo que querías descubrir? —usó un tono de

reproche—. ¡Mierda! No me puedo creer que mamá engañase a papá con otro hombre.

Nikolái miró a su hermano, que estaba tan confuso como él mismo. El mundo tal y como lo conocían acababa de ponerse del revés.

—Ya lo has oído. Papá no mentía.

Iván asintió pensativo. Ambos tenían el don de reconocer los matices incluso en la voz y saber cuando alguien mentía o no. Al principio de la grabación su propio padre les había explicado de dónde provenía aquella extraña habilidad: la misma operación que había

eliminado la epilepsia había estimulado de algún modo su capacidad para captar los significados de la expresión corporal.

Pero no eran las secuelas de la operación lo que les preocupaba.

—Entonces mamá se merece los golpes —sentenció Iván con voz dura.

Nikolái miró a su hermano a los ojos y lo que vio lo horrorizó. La mirada de Iván era idéntica a la de su padre. Cargada de odio. Cargada de locura.

—El abuelo recuperó la carta que papá no quiso leer —informó

Nikolái—. Tendríamos que leerla.

—Una carta no puede cambiar el hecho de que mamá lo engañase.

Nikolái rasgó el sobre y sacó un puñado de cuartillas escritas a mano con la letra redonda y limpia de su madre. Empezó a leer sin sospechar que las cosas iban a volver a darse la vuelta, que acababan de atisbar un pedazo de la verdad, pero les faltaba otro igual de importante.

Querido Eduard:

Me marcho y no volveremos a vernos jamás. La vergüenza que siento es demasiado grande y demasiado honda. La vida para mí ya no tiene sentido y pienso que lo mejor será abandonar este cruel

mundo. He decidido suicidarme y esta es una carta de despedida.

Adiós, mi amado Eduard.

Te amo demasiado. Quiero que lo sepas. Eres el amor de mi vida, el hombre de mi vida. Para mí lo has sido y lo eres todo. Me has traído la felicidad, la luz, la alegría.

Mientras lees estas líneas te estarás preguntando por qué entonces, si tanto te amo, he podido acostarme con otro hombre. Permíteme explicarlo. Sé que nada de lo que te diga mitigará tu dolor, pero tienes que saber la verdad; después podrás odiarme. Me merezco tu odio. Me merezco cualquier castigo que quieras infligirme. No soy digna de ti, aunque no por los motivos que piensas en estos momentos.

El pasado es como una sombra que nos persigue a todas horas. Cuando creemos habernos librado de ella, la más mínima luz, por pequeña y miserable que sea, vuelve a desvelar la vergüenza tras nosotros.

Yo creía haber dejado atrás mi pasado, pero el pasado siempre vuelve.

Para explicarte lo que has visto esta tarde necesito remontarme años atrás, a mi vida pasada, una vida de la que nunca te hablé.

Me conociste en Kiev como estudiante de enfermería. Jamás te oculté que nací en la localidad de Ivano Frankivsk, una de las ciudades más deprimidas económicamente de Ucrania, pero nunca te hablé de mi familia, de mi padre en paro, de mi madre, que se ganaba la vida limpiando las casas de los adinerados por un mísero salario. Nunca te hablé de mis cuatro hermanos, agresivos y pendencieros. Nunca te hablé de los malos tratos de mi padre, cuyos castigos físicos a veces rozaban lo obsceno.

Ser una muchacha joven y guapa puede parecer una suerte, pero si has nacido en Ucrania supone una maldición.

Tras graduarme en la secundaria, decidí abandonar mi casa y salir a ganarme la vida en Kiev. Yo era idealista y ansiaba

una vida mejor. Pensaba que armada únicamente con mi fuerza de voluntad y mis ganas de vivir podría salir adelante. Así que un día cogí un autobús con rumbo a Kiev sin despedirme siquiera de mi familia.

Las primeras semanas lo pasé mal. Tuve que dormir incluso en la calle hasta que logré encontrar un trabajo de lavaplatos en un restaurante miserable. Pasé hambre y frío. Entonces, cuando estaba al borde de la desesperación, conocí a un hombre que me hizo una propuesta. Me ofreció cincuenta dólares si me acostaba con otro hombre que él me indicaría. Al principio rechacé la idea. Días después, el hambre y la desesperación me hicieron aceptar la propuesta. Me dije que no pasaría nada por acostarme con alguien, que si tuviese un novio también lo haría, y además gratis.

Así que acepté. Me llevaron a una habitación de hotel donde me esperaba un hombre. Todo pasó muy rápido. El hombre me manoseó, me besó y me penetró. Diez minutos después se había marchado y yo tenía un sobre con cincuenta dólares. Era

más de lo que ganaba en toda una semana lavando platos durante diez horas al día.

Fui una tonta. Dejé el trabajo en el restaurante y acepté más citas con hombres. Me pagaban bien, cada vez mejor. El hombre que me conseguía los clientes me decía que yo era muy guapa, que era una mujer especial y que no debía quemar mi belleza en vulgares burdeles, que había hombres adinerados y poderosos que estaban dispuestos a pagar mucho dinero por acostarse con una mujer como yo.

La belleza puede ser una maldición. Empecé a frecuentar ambientes selectos donde yo y otras chicas nos movíamos como peces en el agua. Nos engañábamos a nosotras mismas haciéndonos creer que estábamos integradas socialmente, cuando en realidad no éramos más que simples prostitutas, mujeres florero para adornar fiestas de hombres poderosos y satisfacer su lujuria y su vanidad.

Durante varios meses me acosté con personajes cuyos nombres nunca llegué a saber. Me pagaban bien y ahorré el dinero

suficiente para poder mantenerme un año. Me matriculé en un curso de enfermería y empecé a llevar una vida supuestamente normal. Aparentaba ser una chica cuyos adinerados padres le estaban pagando los estudios. Al igual que otras muchas jóvenes que también se ganaban la vida con la prostitución, todas aparentábamos llevar una vida normal, aunque yo era capaz de reconocerlas entre la multitud: eran mujeres muy guapas, pero sus ojos eran duros, sin alegría.

Entonces te conocí a ti, mi querido Eduard. Eras un hombre maravilloso: guapo, atento, educado, un poco tímido. Me atrajo de ti tu inteligencia, tu bondad..., pero sobre todo que nunca me miraste con lujuria. Ni siquiera la primera vez que hicimos el amor. Tú eras capaz de ver en mí la persona que yo era, y no la chica rubia y guapa en cuyo cuerpo resbalaban lascivas las miradas de los demás hombres.

Me enamoré de ti. Lo demás ya lo conoces. Nos casamos, tuvimos dos hijos, nos mudamos a Pripyat y yo era la mujer

más feliz del mundo. Tú me hiciste la mujer más feliz del mundo. Pensé que mi pasado había quedado atrás para siempre.

Pero el pasado siempre vuelve.

El veneno se infiltró en nuestras vidas cuando me llevaste a una de las cenas de gala que se celebraban en honor a los empleados de la central. Allí me presentaste a algunos de tus compañeros de trabajo y a sus esposas. Y también conocí a uno de los jefes de la central: Anatoli Kulyk.

Para mí fue uno de los muchos rostros que desfilaron ante mis ojos aquella noche. Nunca hubiese reparado en él de no ser porque se presentó en nuestra casa varios días después. Tú estabas en el trabajo y los niños, en el colegio. Me sorprendió, al abrir la puerta, encontrarme con un desconocido cuyo rostro sin embargo me resultaba familiar. Él me dijo que nos habíamos conocido en la cena de gala, pero que no era la primera vez que nos veíamos.

Me habló de Kiev y del burdel que yo solía frecuentar. Me dijo que él había sido uno de mis clientes, aunque yo no le

recordaba. Lo que sí reconocí fue la lujuria en sus ojos. La misma lujuria impúdica con la que solían mirarme los hombres por aquel entonces. Cuando un hombre sabe que puede pagar para poseer a una mujer, la mira como un objeto. Cuando ejerces la prostitución no te sientes persona, sino cosa.

Y así era exactamente como me miraba Kulyk aquel día cuando se presentó en nuestra casa. Yo fingí no saber de qué me hablaba, pero la rata de Kulyk había venido preparada. Me explicó que en aquella época había trabajado en el KGB y que disponía de fotografías comprometidas de algunos políticos rusos, fotografías en las que yo aparecía en actitud poco decorosa, por decirlo de un modo suave.

Fue un chantaje en toda regla. Me amenazó con hablarte de mi pasado. Me amenazó incluso con enviarte a la cárcel con cualquier excusa si yo no cumplía sus deseos. De pronto mi vida, todo lo que yo más quería, mi esposo, mi familia, estaba a punto de desaparecer.

No sé qué me producía más miedo, si el hecho de que te hablase de mi pasado o la amenaza de enviarte a la cárcel.

Cedí a su chantaje. Me dije que solo tenía que sufrir unos minutos de humillación y después todo volvería a ser como antes.

Por unos minutos volví a ser una puta, como antaño. El mismo Kulyk se complacía en repetírmelo mientras me penetraba: «No eres más que una puta», me decía una y otra vez. Supongo que eso hacía sentirse más hombre a ese miserable.

Puede que Kulyk tuviese razón y yo no sea más que una puta. Solo que esta vez no lo hice por dinero. Lo hice por mi familia. Lo hice por ti, mi querido Eduard. Quería más que nada en el mundo que nuestras vidas siguiesen siendo como eran. A cambio me sometí a la angustiosa humillación de ser penetrada por Anatoli Kulyk.

No puedo expresar con palabras el dolor que me produjo, la angustia infinita de saber que estaba traicionando lo más sagrado que había entre nosotros. Por otro

lado, me engañaba a mí misma, me consolaba diciéndome que acostarme con Kulyk solo era el precio que tenía que pagar: unos minutos de sufrimiento a cambio del resto de nuestras vidas de felicidad.

Qué idiota fui. Durante un año apenas pude mantener la fachada. Kulyk no venía a verme con demasiada frecuencia; una vez al mes, tal vez dos, pero cada visita no hacía sino acrecentar mi angustia.

Ahora todo ha acabado. Mi sufrimiento de estos meses ha sido en vano. Nuestras vidas se han roto para siempre, mi querido Eduard.

No me queda sino marcharme a cualquier lugar, lejos de ti y de nuestros hijos. No soy digna de vosotros. Buscaré un lugar donde morir y fundirme con el olvido. Solo espero que puedas perdonarme algún día. Cuida de nuestros hijos. Intenta rehacer tu vida. Te deseo la mayor felicidad.

Te quiero por encima de todo. Eres el hombre de mi vida y siempre lo serás.

Asenka.

Los dos hermanos bajaron por las escaleras en el más absoluto de los silencios, casi flotando sobre los peldaños.

Se metieron en la furgoneta. Iván condujo hasta el puesto militar, donde Serguéi los esperaba ya junto a las tres chicas. La noche pugnaba por apoderarse del firmamento. Las nubes amenazaban con descargar la rabia contenida desde hacía varias horas.

—¿Qué os pasa a vosotros? — gritó Serguéi cuando los vio llegar —. ¡Menudas caras traéis! ¡Jo, jo, jo! Parece que hayáis visto un fantasma.

—Cállate, gilipollas —espetó Iván.

Alexandra se encontraba apartada y no llevaba puesto el anorak rojo. Temblaba y se abrazaba a sí misma para protegerse del frío ante la indiferencia de Serguéi y las otras dos chicas. Nikolái sintió una punzada amarga en la boca del estómago.

Serguéi abrió el portón trasero y las tres se metieron dentro. Nikolái también se fue detrás. Serguéi se acomodó esta vez en la cabina delantera, en el asiento del copiloto, junto a Iván. El vehículo se puso en marcha.

Alexandra temblaba con espasmos descontrolados. La palma abierta de su mano derecha descansaba sobre su pecho, sobre el corazón, como si tratara de reanimarse a sí misma. Nikolái se quitó su abrigo y se lo pasó por los hombros. Alexandra se arrebujó en la gruesa prenda, agradeciéndoselo con la mirada. Nikolái vio que estaba asustada, a diferencia de las otras dos chicas que solo parecían agotadas. Se preguntó qué habría pasado en el puesto militar. Sin embargo, no se atrevió a decir nada.

Después de unos diez minutos de trayecto atravesando una oscura

carretera, la camioneta se detuvo bruscamente. Nikolái calculó que debían de estar ya cerca del último puesto de control. La puerta lateral se abrió de repente. Al otro lado apareció Serguéi.

—Fuera todos, ahora —ordenó.

Nikolái se bajó seguido por las chicas.

—Tú no —ordenó Serguéi a Alexandra deteniéndola con la palma de la mano—. Quédate dentro.

Serguéi se encaramó al interior de la furgoneta.

—No tardaré mucho.

—¿Por qué nos bajamos? ¿Qué vas a hacer? —preguntó Nikolái.

—¿Tú qué crees, imbécil? Voy a follarme a esta puta. No voy a dejar pasar esta oportunidad —dijo con una sonrisa torcida.

Al escuchar aquello, Alexandra quiso bajarse de la furgoneta, pero Serguéi la agarró por el brazo y la empujó violentamente al interior. Alexandra intentó escabullirse y Serguéi la tumbó de una bofetada salvaje.

—¡Déjala! —grito Nikolái—. ¡No le pegues!

—¡Y a ti qué te importa lo que haga con ella! ¡Si no es más que una

puta! —espetó Serguéi, que ya se aflojaba el cinturón del pantalón.

«No es más que una puta.»

Nikolái sintió que le ardían las entrañas. No era una puta. Alexandra, al igual que su madre, era una persona. No era un objeto que un desgraciado como Serguéi pudiera usar a su antojo.

La rabia espoleó a Nikolái, que saltó sobre Serguéi como un perro rabioso. Aunque lo pilló por sorpresa, el joven ucraniano era más fuerte que Nikolái y se lo quitó de encima de un empujón. Serguéi le asestó un puñetazo en el pecho

que lo dejó tumbado sin respiración.

Nikolái se revolvió en el suelo de la camioneta. Agarró una especie de palanca de hierro que había en el suelo y golpeó a Serguéi en la cara. La nariz del joven se dobló como si fuese merengue. Nikolái lo golpeó en la cabeza. Uno, dos, tres golpes.

«No es más que una puta.»

Estaba decidido a matarlo cuando Iván lo agarró por detrás, sujetándole los brazos.

—¡Nikolái, para! ¡Lo vas a matar!

Los dos hermanos rodaron por el suelo de la camioneta. Iván lo

sujetó con fuerza por las muñecas hasta que Nikolái se calmó lo suficiente para dejar de resistirse.

Serguéi yacía en el suelo, inconsciente. Tenía la nariz horriblemente deformada y un charco de sangre se extendía alrededor de su cabeza.

Alexandra y las otras dos chicas habían desaparecido.

—¡Mierda, Nikolái, me has metido en un buen lío! —exclamó Iván mirando horrorizado a Serguéi.

Intentando detener la hemorragia, Iván se quitó una de las camisetas que llevaba bajo el jersey y la anudó alrededor de la

cabeza de su amigo. Después fue hasta la cabina del conductor y puso la camioneta en marcha.

Nikolái no dijo nada. Se limitó a quedarse sentado en el suelo de la camioneta con la mirada perdida en el vacío.

* * *

—Hábleme más sobre su aventura en Pripyat, cuando era un adolescente —preguntó la entrevistadora.

Nikolái Sokolov, el novelista de éxito internacional, se mostró contrariado en un primer momento.

Tras unos segundos, comenzó a contestar.

—Esa fue una experiencia muy traumática. Viajé a Pripyat con mi hermano Iván...

—Debemos recordar a nuestros televidentes —interrumpió la entrevistadora— que Pripyat era la ciudad dormitorio de Chernóbil, una ciudad abandonada por causa de la radiactividad provocada por el accidente nuclear de 1986. Usted, de hecho, vivía en Pripyat cuando se produjo el accidente, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Nikolái visiblemente molesto por la interrupción—. Mi padre trabajaba

en la central cuando se produjo el desastre; fue uno de los héroes que evitaron la segunda explosión.

—Pero su aventura se produjo en la ciudad abandonada tiempo después, ¿no es así?

—Diez años después.

—¿Por qué fue allí con su hermano? —Nikolái, con los ojos clavados en el suelo, negaba con la cabeza mientras resoplaba con gravedad—. Evidentemente, no parece usted cómodo hablando de este tema; podemos pasar a otra cosa, si le parece.

—No, no, no pasa nada —contestó Nikolái—. El principal

problema que tengo con su pregunta es... —La entrevistadora lo observaba fijamente. Nikolái, con la respuesta a medias, compuso una sonrisa forzada—. Mire usted, señorita, esto le va a parecer completamente absurdo, pero mi problema al hablar de nuestro viaje es que no sé realmente lo que pasó. Por no saber, no sé si salimos de allí con vida...

* * *

—¡Nikolái! ¡Nikolái!

Nikolái miró al frente. Era su hermano Iván quien le gritaba. No

estaba en ningún plató de televisión. Estaba en una sucia camioneta junto a Serguéi Aksionov, que no paraba de sangrar. Serguéi boqueaba como un pez fuera del agua y se convulsionaba con espasmos.

A través de la ventanilla, Nikolái vio coches en movimiento, gente caminando por las aceras, vida. Habían regresado a Kiev.

—¡Bájate aquí y vete a casa! ¿Me oyes? —gritó Iván como si le hablase en medio de un huracán.

—¿Y tú qué vas a hacer? —logró preguntar Nikolái, que sentía que su cuerpo se encontraba a

kilómetros de distancia de su mente.

—Voy a llevar a Serguéi a un hospital antes de que se desangre, joder.

Nicolái no sentía ningún deseo de que Serguéi Aksionov viviese. Si de él hubiese dependido, lo hubiese dejado morir en mitad del bosque de Pripyat para que se lo comiesen los lobos.

Sumido en sombríos pensamientos, Nicolái caminó durante horas por las calles de Kiev. Aquella hermosa y triste ciudad flotaba en el mismo frío y en la misma desesperanza de siempre.

Volvía a verla, pero no supo alegrarse. Era como volver a ver a un ser querido que está herido de muerte.

Kiev era como su madre, Asenka; Kiev era como una especie de Pripyat gigante, pero con gente.

Una ráfaga de aire helado se le clavó en el pecho y fue consciente de que no llevaba su abrigo puesto. Alexandra se lo había quedado. Pensar en ella lo reconfortaba en parte. Al menos la había ayudado, al menos había evitado que ella sufriese una humillante violación.

Morir o vivir. Si la muerte era algo espantoso, ¿cómo se podía

vivir sabiendo lo que a uno inevitablemente le esperaba? Aunque si la muerte no tenía importancia, ¿qué importancia tenía vivir?

Mientras la noche comenzaba a apoderarse de las calles, Nikolái, caminando como un borracho, aturdido y mareado, embargado por la impresión de los acontecimientos del día, visualizó su cadáver sobre el asfalto que pisaba, su cuerpo descomponiéndose, fundiéndose con la cal, con el cemento, alimentando a las plantas que acabarían absorbiendo los edificios

en un futuro lejano, convirtiéndose él mismo en parte de la ciudad.

Después de varias horas de vagar por las calles heladas se dio cuenta de que había acabado en su barrio. Se encaminó hacia su edificio. Abrió el portal y subió hasta su casa. El piso estaba silencioso. En el salón, la televisión estaba encendida con el sonido quitado. Su padre dormía en el sillón. Su madre en el dormitorio. En el suelo había cristales rotos, un cenicero volcado..., señales de una pelea reciente.

Su padre, recostado de lado, roncando suavemente, tenía la

parte quemada del rostro oculta por un cojín. Viendo solo la mitad de su cara que no había sufrido heridas, Nikolái vio al hombre de antes, a su padre antes del accidente tal y como aparecía en la fotografía tomada diez años atrás, el hombre bueno que amaba a su esposa y a sus hijos.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sacó del bolsillo trasero del pantalón el sobre con la carta de su madre y lo depositó en la mesita. Después, sintiendo que se ahogaba, volvió a salir a la calle.

En la acera de enfrente vio la furgoneta negra que conducía su hermano. Se dirigió hasta ella

creyendo que encontraría a Iván en su interior. Pensó por un segundo que, a lo mejor, Serguéi Aksionov no había muerto. A lo mejor él no era un asesino y todo podía volver a la normalidad. Una oportunidad para renacer. Sus padres, su hermano, sus vidas volverían a ser como eran diez años antes.

Sus esperanzas se desvanecieron al aproximarse a la furgoneta y descubrir que dentro no se encontraba Iván, sino dos individuos agazapados fumando cigarrillos. Uno de ellos era muy alto y tenía la cabeza rapada. El nombre de Borís el Skin acudió a su

mente. Había oído hablar de él. Borís era el primo de Serguéi Aksionov, además de una especie de jefe de la mafia en Kiev.

Los dos matones se abalanzaron sobre él en cuanto lo vieron. Nikolái intentó resistirse, pero un fuerte golpe en la cabeza lo sumió en la oscuridad.

«No tengas miedo a la muerte», se dijo a sí mismo antes de perder el conocimiento. Recordó las palabras de su hermano: «Morir es como volver a donde estabas antes de nacer».

Los años 2000 y 1900 eran lo mismo en lo que respectaba a la

existencia de Nikolái Sokolov.

Se sintió bastante satisfecho de sí mismo al comprobar que, efectivamente, no tenía ningún miedo a la muerte.

16. NIKOLÁI Pripyat, 1996

Nikolái recuperó el conocimiento a la par que sentía un doloroso aguijonazo en la cabeza. Abrió los ojos y se encontró con una fría penumbra. Quiso moverse y se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos a una especie de silla metálica.

—Nikolái, ¿estás bien?

Era la voz de su hermano Iván. Nikolái volvió la cabeza y vio que su hermano estaba también atado de pies y manos a una silla, a pocos metros de él. Se encontraban en el centro de una especie de pista de patinaje abandonada con gradas a su alrededor medio destrozadas.

Estaba amaneciendo. A través de una claraboya pudo vislumbrar los edificios grises y sus ventanas sin cristales. Habían vuelto a Pripyat.

—¿Por qué nos han atado aquí?

—dijo Nikolái con voz pastosa.

—Esto es cosa de Serguéi —
respondió Iván.

Nikolái escuchó pasos a su espalda. Serguéi Aksionov apareció ante ellos. Tenía la cabeza vendada y un esparadrapo sobre el puente nasal.

Serguéi clavó en él una mirada de odio. A su lado se encontraba Borís el Skin, su primo.

—Suéltanos, Serguéi —pidió Iván—. Yo te ayudé. Si no te hubiese llevado al hospital, ahora estarías muerto.

—Oh, muchas gracias —respondió Serguéi—, y supongo que también tengo que darte las gracias porque tu hermano me machacase la cabeza a golpes, ¿verdad? Muchas

gracias, Iván, de verdad, te estoy muy agradecido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Por qué nos has traído aquí?

Serguéi no respondió. Se acercó a Iván, le desató las manos y le entregó una especie de mando de control remoto: una caja de plástico con un gran botón circular y unas flechas que señalaban derecha e izquierda. El control tenía un cable que bajaba hasta el suelo. Había otros cables conectados a las sillas que se extendían a lo largo de la pista de patinaje.

—¿Qué coño es esto? —gritó Iván.

—Un escarmiento —respondió Serguéi.

Borís los observaba a unos metros de distancia con una media sonrisa divertida, como si estuviese ante algún tipo de juego.

—Mi primo me ha enseñado cómo funcionan estos artilugios —dijo Serguéi—. Cosas del KGB. No sabes lo listos que son esos cabrones a la hora de inventar formas de tortura. Estos cables conducen la electricidad. La electricidad duele, pero no tiene mucha gracia freír a la gente sin más. Así que se les ocurrió este invento para torturar a la gente

donde más duele: en los sentimientos.

—Eres un enfermo —dijo Iván.

—Y yo creía que tú eras mi amigo —respondió Serguéi apretando los dientes—. Pero tu hermano es más importante para ti, ¿no es eso? Pues vamos a ver si es verdad. El control que tienes en tus manos tiene una marca que señala justo hacia arriba. Es decir, está en el centro mismo, en perfecto equilibrio entre tu hermano y tú.

Serguéi cogió del suelo otro mando que estaba conectado a un cable que se perdía entre las dos sillas.

—Con el mando que tengo en mis manos controlo la electricidad que llega a las sillas. Ahora está en cero, pero por poco tiempo. Supongo que os hacéis una idea de lo que pasará cuando empiece a girar esta rueda, ¿verdad?

Nikolái empezó a sentir una sensación extraña por todo el cuerpo. Desagradable, pero no podía llegar a considerarse dolor. Era un cosquilleo eléctrico. Los músculos empezaron a quemarle como después de un ejercicio muy intenso.

—Con el mando que tienes en las manos —prosiguió Serguéi

mirando a Iván— controlas la cantidad de electricidad que va a cada silla. A la izquierda, la electricidad se deriva a tu hermano. A la derecha, a ti. Ingenioso, ¿verdad?

—Serguéi, esto es una locura — replicó Iván.

Serguéi giró la rueda de su mando y el voltaje subió. Nikolái sintió que mil agujas se le clavaban por todo el cuerpo y soltó un aullido de dolor. Iván giró la rueda de control que tenía en sus manos hacia la derecha y el dolor que sentía Nikolái disminuyó.

—Vais entendiendo el concepto, ¿verdad? —dijo Serguéi con una sonrisa sádica—. Yo voy subiendo el nivel de la corriente. Tú decides cuánta electricidad va para ti y cuánta para tu hermanito. Reconoceréis que es divertido.

—Maldito hijo de puta —masculló Iván entre dientes.

Serguéi empezó a girar la rueda del control.

—Tenéis que saber —continuó Serguéi— que el cuerpo humano puede aguantar una corriente de 0.09 amperios sin que se le pare el corazón. El nivel máximo de corriente que llega a las sillas es de

0.18 amperios, exactamente el doble. Si mantienes la rueda exactamente en el centro, los dos podríais sobrevivir: 0.09 amperios para cada hermano, al límite de la supervivencia. Siempre y cuando aguantes el dolor. Y será muy doloroso.

Nikolái sintió como la sensación de dolor aumentaba hasta que experimentó una vibración horrible en la cabeza, en el cuello, en los dientes, en las sienes. Era como si cuchillos al rojo vivo estuviesen cortándolo por dentro.

—Aunque estas cosas no son una ciencia exacta —añadió Serguéi con una mueca cruel—. Además, se basan en datos rusos, que nunca son muy de fiar...

Nicolái volvió la mirada hacia su hermano. Iván, con manos temblorosas, intentaba mantener la rueda de control en el centro. Látigos de fuego corrieron por sus entrañas. Nicolái no pudo evitar romper a gritar.

—¡IVÁN!, ¡ME DUELE MU... CHO!, ¡IVÁN!, ¡IVÁN!

Nicolái miró suplicante a Serguéi, quien le devolvió una mirada enloquecida.

Serguéi seguía aumentando la corriente, girando la rueda de control despacio. Sonreía como un niño travieso que contempla a dos insectos quemándose a fuego lento.

—¡IVÁN, POR FAVOR, NO ME DEJES MORIR! —gritó Nikolái con un espasmo agónico. El dolor era insoportable.

Serguéi llevó el mando al máximo voltaje.

Ambos hermanos temblaban violentamente, respirando a bocanadas entre cada espasmo.

Nikolái hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y empezó a gritarle a Serguéi Aksionov,

clamando piedad con palabras y gruñidos apenas inteligibles entre convulsiones y sacudidas violentas. Iván ya no decía nada.

Empezaba a oler a quemado.

El dolor ardiente cesó de repente. Nikolái vio como su hermano caía al suelo de bruces. Las cuerdas que los sujetaban se habían deshecho por el calor. Nikolái fue capaz de librarse de ellas y se puso en pie de inmediato. Se convulsionó, pero fue capaz de no caerse. Sentía que los ojos le ardían desde dentro. Veía la figura de Serguéi como detrás de un cristal mojado. Echó un último vistazo al

cuerpo inerte de su hermano Iván, tumbado bocabajo, humeante. El mando, todavía entre sus manos, tenía la rueda completamente girada hacia la derecha.

Entonces comenzó a alejarse, tambaleándose...

Corrió durante un tiempo indeterminado, ciego entre brumas; corrió hasta que sintió que la consciencia se le escapaba, las rodillas le temblaron y no tuvo miedo al impacto cuando se desplomó sobre el suelo. Abrazó con indiferencia la idea de que no volvería a despertar nunca más y

que su polvo se confundiría con el
de la ciudad de Pripyat.

17. NIKOLÁI

«Y mientras la Tierra seguía rotando sobre su eje, yo solo era un fantasma que anhelaba formar parte de algo.»

Habían transcurrido más de cuarenta y ocho horas sin que Nikolái tuviese una conciencia clara de dónde había estado o qué había hecho.

Solo sabía que su hermano Iván estaba muerto.

Iván había dejado de existir. Así que eso era la muerte. Nikolái se había dado cuenta de algo terrible: Iván tenía razón. No había que tener miedo a morir. Morir era como regresar al estado anterior a nacer. Habían transcurrido millones de años antes de su nacimiento y transcurrirían otros millones después. Lo terrorífico era que la muerte resultaba insoportable para las personas que quedaban vivas. Nikolái no podía soportar la idea de que su hermano hubiese muerto por su culpa. Su hermano había

elegido sacrificarse a sí mismo para evitar que él siguiese sufriendo los efectos devastadores de la corriente eléctrica.

Con la sola idea de la muerte instalada en sus pensamientos, Nikolái había vagado durante horas por las calles abandonadas de la ciudad como un fantasma, como un alma en pena.

Por un fantasma lo había tomado el viejo Mijaíl, uno de los escasos habitantes de Pripjat que se resistían a salir de la ciudad evacuada, cuando se topó con Nikolái vagando por las calles.

—Muchacho, si no te llevo a encontrar te comen los lobos.

Nikolái, al borde de la extenuación y casi congelado, se había desplomado inconsciente para despertar poco después en una cama en la casa del viejo Mijaíl, envuelto en mantas. Se incorporó con dificultad. Latigazos de dolor le recorrieron las entrañas.

Cuando logró enfocar la vista, descubrió ante sí a un viejo que sonreía mostrando un solo diente.

—¿Quién es usted?

—Soy Mijaíl Arsentievich, y esta es mi casa.

Nikolái miró a su alrededor. Era una casa de planta baja, amueblada al estilo antiguo: bordados de flores multicolores, un pequeño altar dedicado a los santos ortodoxos, un espejo tras los almohadones...

—¿Qué demonios hace un muchacho como tú aquí? — preguntó el viejo—. ¿No sabes que es peligroso?

—¿Y usted, no lo sabe?

—Claro que lo sé, pero es mi casa. Yo solo he vivido lejos de los bosques de Chernóbil en dos ocasiones. La primera fue durante la Segunda Guerra Mundial —dijo

mientras daba sorbos a un tazón humeante—. Los nazis me llevaron a Alemania. Estuve tres años trabajando a la fuerza para ellos. Me escapé y volví a casa caminando. Cuarenta años después tuve que escapar de nuevo. No era feliz en el lugar a donde nos evacuó el Gobierno soviético. Volví aquí con mi mujer saltando los controles militares, evitando la persecución de la policía. Todo estaba abandonado. Ahora solo los fantasmas deambulan por estos caminos nevados. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Usted lo ha dicho. Yo soy un fantasma.

—Me parece, muchacho, que no estás bien de la cabeza. Tienes fiebre. Toma, ponte esto —dijo tendiéndole un viejo abrigo.

Nikolái sentía que la cabeza le ardía. Estaba débil y mareado, pero tenía que irse.

—¿Puedo quedarme el abrigo?
—preguntó al viejo.

—Claro. Era de mi hijo. Él ya no lo necesita, está muerto. Murió hace años. Fue uno de los trabajadores que lucharon contra el incendio en la central.

—Entonces su hijo es un héroe
—afirmó Nikolái.

—Sí, un héroe. —Los ojos del
viejo Mijaíl brillaron con orgullo—.
Mi hijo es un héroe. Muchacho,
antes de irte bebe un trago
conmigo.

El viejo abrió una botella de
vodka y sirvió dos vasos hasta la
mitad.

—Bébelo de un trago, todo —le
animó Mijaíl—. Aquí tenemos un
dicho: si no bebes tu vodka hasta el
final, lo que dejas en el vaso son
mis lágrimas.

Nikolái se bebió el contenido
de un solo trago. El licor le corrió

por la garganta abrasador. Al momento se sintió mejor.

Dio las gracias al viejo y abandonó la casa. A su alrededor había un bosquecillo de árboles grises y deshojados. Los edificios de Pripyat sobresalían al fondo. Reconoció algunos de ellos. Se encontraba cerca de su antigua casa, a las afueras.

En el porche de entrada, sobre la madera, descansaba una muñeca antigua y una máscara antigás cubierta de polvo blanco. Todo en la ciudad abandonada tenía aquel aspecto blanquecino, como si hubiera recibido un baño de ceniza.

Por eso le llamaron la atención las flores.

En una franja de tierra, junto a la casa, había una hilera de flores con enormes pétalos y un gran colorido: violeta, rojo, púrpura, turquesa.

Nikolái se acercó a ellas asombrado. Nunca había visto flores como aquellas. Los pétalos tenían un brillo casi fosforescente. En aquella tierra desolada crecían las flores más maravillosas que nadie hubiese visto nunca. Flores de otro mundo.

Por un instante tuvo la impresión de que aquellas flores

estaban allí solo para él y que tenían un significado oculto. Los pétalos temblaron con la brisa del amanecer. Era como si a través de su tonalidad discordante quisieran decirle algo importante, algo que no se podía expresar con palabras.

La Tierra continuaba girando y todos formamos parte de algo.

Aquellas flores le hablaban de una oportunidad para renacer. Aquellas flores eran la sangre de Pripyat. A través de ellas, la ciudad y todos sus habitantes muertos seguían viviendo. Ahora entendía por qué le parecía que Pripyat seguía respirando a pesar de sentir

la muerte acechando en cada esquina. La vida continuaba, pese a la muerte. Imaginó entonces un mundo lleno de flores y plantas como aquellas, sin personas, en perfecta armonía. Tal vez en aquella brizna de esperanza no tenían lugar los seres humanos.

Nikolái dejó atrás la casa del viejo Mijaíl, atravesó el pequeño bosque y volvió hasta el bloque de pisos donde se encontraba su antigua casa. Subió hasta la azotea y se sentó en el borde con los pies colgando en el vacío.

Miró al cielo y aspiró el aire con todas sus fuerzas. Si había un

lugar donde se podía respirar la muerte, donde la muerte bailaba con la vida, era aquel.

Lo único que llegaba a sus oídos era el susurro incesante del viento. Observó el vacío bajo sus pies. Podría saltar y todo el dolor que lo ahogaba se acabaría. ¿Qué sentiría durante la caída? ¿Miedo o alivio? ¿Se arrepentiría una vez que ya no pudiese echar marcha atrás?

Sin ser apenas consciente de lo que hacía, Nikolái se puso en pie sobre el murete de la azotea. Abrió los brazos en cruz. El viento le azotaba el rostro.

Estaba a punto de saltar cuando comprendió que no podía matarse sin más. Tenía una cuenta pendiente con Serguéi Aksionov.

No podía dejar que Serguéi siguiese vivo mientras él y su hermano desaparecían sin más.

Le debía algo a Iván. Tenía que acabar con Serguéi. Vio de nuevo la sonrisa burlona de Serguéi, sus ojos de loco. El odio hizo que apretase los dientes hasta que le rechinaron y la mandíbula crujió.

Nikolái cerró los ojos y se vio a sí mismo aplastando aquel rostro hasta convertirlo en un amasijo de carne y sangre. Planificó sus

movimientos. Regresaría al instituto. Allí buscaría a Serguéi en una de las clases del último curso, se acercaría hasta él y le clavaría un cuchillo en el corazón. Así de sencillo.

Después, por supuesto, Borís y sus amigos irían a por él, pero no les daría esa satisfacción. Regresaría a aquella azotea y saltaría al vacío.

De pie sobre el murete de la azotea, con los brazos abiertos en cruz, juró venganza.

—¡No! ¡No lo hagas! —gritó una voz a sus espaldas.

Nikolái abrió los ojos de golpe y dio un paso atrás, trastabillando. La voz pertenecía a su padre.

Su padre de pie en la azotea como una extraña aparición. Lo miraba con su único ojo sano en su cara transfigurada por las cicatrices de la radiación. El resplandor del amanecer confería a su rostro un aspecto fantasmagórico.

—No iba a saltar —dijo Nikolái con un extraño aplomo en la voz. Había decidido no matarse, había decidido que antes de acabar con su vida tenía que matar a Serguéi Aksionov—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó.

Su padre levantó la mano que sostenía un sobre. Era la carta de Asenka, su esposa y madre de Nikolái. El sobre estaba abierto.

—No sabes cuánto siento lo que os he hecho —dijo su padre con la voz en un susurro—. He estado cegado por la ira todos estos años. Os he destruido la vida. Si yo hubiese sido un buen padre, tu hermano seguiría vivo.

Las lágrimas brotaron de su único ojo sano. Eduard Sokolov se dejó caer al suelo de rodillas. Con su elevada estatura parecía un coloso herido y vencido.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, hijo?

Nicolái fue hasta él y lo abrazó. Ambos lloraron en silencio durante mucho tiempo.

Su padre lo agarró por los hombros y lo miró a los ojos.

—Ya he perdido a un hijo y no quiero perder al otro —le dijo.

Nicolái se puso en pie. Todo a su alrededor empezó a dar vueltas: la azotea, el cielo azul, las nubes...

La Tierra seguía rotando sobre su eje. Nikolái Sokolov, el muchacho que un día, en otro tiempo y lugar, se convertiría en un hombre llamado Max N. N., se

sentía como un fantasma incorpóreo condenado a vivir en soledad sin poder aferrarse jamás a nada.

Solo lo mantenía en pie la sed de venganza: acabar con Serguéi Aksionov.

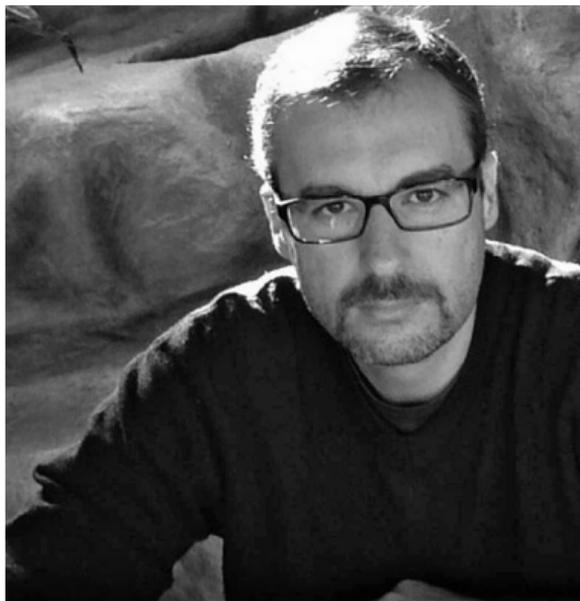
Matar a Serguéi Aksionov era y debía ser el objetivo de su vida. Y no descansaría hasta lograrlo.

FIN DEL LIBRO 2.0



Juan Gallardo. Nacido en 1973, profesor de secundaria. Es colaborador de la conocida revista *online Indyrock*, donde ha escrito decenas de críticas musicales y cinematográficas. Antes de escribir

ficción trabajó en la documentación de las novelas de Rafael Avendaño. Su experiencia docente en Estados Unidos le ha permitido conocer a fondo la vulnerabilidad de los adolescentes en las redes sociales, una realidad que ha trasladado a sus novelas. Es coautor de *Todo lo que nunca hiciste por mí* (Grupo Planeta, 2014) y *Las flores de otro mundo* (Grupo Planeta, 2016).



Rafael Avendaño. Nacido en 1973, ingeniero diseñador de redes de fibra óptica. Ha publicado las novelas *La decisión* (Ficciónbooks, 2012), *Los eternos* (Grupo Ajec, 2011), así como una antología de sus cuentos más premiados titulada *Horizonte de sucesos y otros*

relatos (Parada Creativa, 2012). Durante años colaboró con el portal de escritores EscuelaLiterariadelSur.org, y ha escrito el manual *El arte de novelar* (Senzala, 2011). Es coautor de *Todo lo que nunca hiciste por mí* (Grupo Planeta, 2014) y *Las flores de otro mundo* (Grupo Planeta, 2016).

Web oficial del libro

<http://hyperlinknovelas.com>

Síguenos en

<https://www.facebook.com/hyperlink1>

perlink1

Las flores de otro mundo

Rafael Avendaño / Juan Gallardo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos
Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rafael Avendaño / Juan Gallardo, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área
Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Spacedrone808 /
Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre
de 2016

ISBN: 978-84-08-15568-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial,
S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

The prisoner

Rafael Avendaño/Juan Gallardo

El prisionero

Rafael Avendaño/Juan Gallardo

Todo lo que nunca hiciste por mi

Rafael Avendaño/Juan Gallardo